

R. 135. 820.

UNIVERSIDAD DE VALENCIA

FACULTAD DE GEOGRAFIA

E HISTORIA

LA COLONIZACION FENICIO-PUNICA DE IBIZA:

LOS SIGLOS VII Y VI A.J.C.

Tesis Doctoral presentada por
CARLOS GOMEZ BELLARD, bajo la di-
rección de la Dra. Dña. MILAGRO GIL-
MASCARELL BOSCA, Catedrática de Pre-
historia de la Universidad de Valencia

Valencia, mayo de 1987



UMI Number: U607407

All rights reserved

INFORMATION TO ALL USERS

The quality of this reproduction is dependent upon the quality of the copy submitted.

In the unlikely event that the author did not send a complete manuscript and there are missing pages, these will be noted. Also, if material had to be removed, a note will indicate the deletion.



UMI U607407

Published by ProQuest LLC 2014. Copyright in the Dissertation held by the Author.
Microform Edition © ProQuest LLC.

All rights reserved. This work is protected against
unauthorized copying under Title 17, United States Code.



ProQuest LLC
789 East Eisenhower Parkway
P.O. Box 1346
Ann Arbor, MI 48106-1346

D. 966010

L. 966016

Para Isa

Eivissa davant els ulls

Alta en sòcols de roca groguinosos
et miro encastellada sobre el mar
-mar que guareix, per jove, tota nafra,
i et somriu engrescat amb tots els vents-
des d'un tossal de glauques oliveres
i de púnica escorça cavernosa
de tombes, oh ciutat edificada
en vint-i-set centúries de fonaments, que aixequés
les teves cases blanques, jardins, escales, torres,
damunt una armadura molts de cops renovada,
i a la talaia del teu cel t'eleves
per esguardar un fragment d'aquest planeta:
els teus puigs, el teu mar. Dreta i quieta,
mentres llisquen ventades, ones, núvols.

Marià Villangómez, Poemes Mediterranis, 1945.

PRESENTACION

El presente estudio es el resultado de una investi
gación arqueológica iniciada con nuestra Tesis de Licenciatura
en Ibiza en 1980, y concluida de momento en abril del prese
nte año. Estábamos centrados inicialmente en la época clásica
de la cultura púnico-ebusitana, es decir del siglo V a.
J.C. en adelante, pero los espectaculares hallazgos realizados
en el Puig des Molins a partir de noviembre de 1982 en
el transcurso de excavaciones programadas y de intervenciones
de urgencia nos movieron a adentrarnos en los problemas
de la colonización fenicia de Occidente. Tarea ésta no exenta
de dificultades para quien formado en el estudio de la
cultura púnica, se vió en la necesidad de desenvolverse entre
bibliografías y materiales muy distintos, pertenecientes
a un campo prácticamente virgen en la arqueología isleña.

La Ibiza fenicia, en efecto, pese a estar presente
en la mente de muchos investigadores a raíz de las acertadísimas
exposiciones del Pr. Maluquer en el V Simposio de Pre-
historia Peninsular celebrado en Jerez con el tema "Tartesos
y sus problemas", no dejaba de ser un desideratum que
permitiría aportar algunas explicaciones a ciertos interrogan
tes surgidos en los entonces renacientes estudios de la
colonización fenicia en España.

Muy especialmente el vacío en el mapa de hallazgos
entre Andalucía y el sur de Cataluña resultaba sorprendente,
ya que era evidente que tenían que existir puntos intermedi
os entre ambas zonas en los que los comerciantes fenicios

podieran hacer escala en sus navegaciones hacia el norte.

Las excavaciones de Los Saladares y la Peña Negra en Alicante, así como las de Vinarragell en Castellón, vinieron a demostrar la realidad de esa presencia, pero esos lugares no pueden ser considerados estrictamente como asentamientos fenicios, ya que la presencia indígena parece mayoritaria. Tal vez debamos aquí hablar de factorías, como ha señalado recientemente M.E. Aubet, dado que en esas aglomeraciones mixtas debían de vivir artesanos y comerciantes semitas en forma permanente.

Valorando correctamente estos nuevos hallazgos de los años 70 en la costa oriental peninsular, muchos autores insistieron en que parecía imposible que Ibiza hubiese quedado marginada de todo este proceso de expansión. El objeto de nuestro estudio es presentar por primera vez todas las evidencias arqueológicas que demuestran que no sólo la isla estuvo inmersa en esa amplia red comercial que se ensanchó a partir del s. VII a.J.C., sino que muy rápidamente jugó en ella un papel importante dada su posición estratégica.

Para ello hemos recogido en primer lugar un buen número de materiales que son fundamentales para el conocimiento de esa época y que se encuentran repartidos hoy entre diversos museos españoles. Estas exploraciones en los viejos fondos han demostrado una vez más su utilidad y nos han permitido agrupar por vez primera y dar a conocer objetos concretos muy significativos (y a menudo inéditos), tales como algunas cerámicas importadas, escarabeos, pequeñas

piezas de metal, etc., sin olvidar una imprescindible revisión de las terracotas más antiguas de la isla.

En segundo lugar y a lo largo de varios capítulos hemos presentado de forma lo más exhaustiva posible las memorias de las excavaciones llevadas a cabo en la necrópolis - del Puig des Molins en 1977 y sobre todo en el período 1982-1986. A pesar de que en ocasiones se trata de excavaciones - de urgencia en las que ha existido todo tipo de dificultades que han mermado la información disponible, en general los resultados suponen una gran novedad en el panorama de la arqueología fenicia de nuestro país. Por ello, hemos realizado un minucioso estudio de todos los materiales y de los rituales funerarios para poderlos enmarcar en el conjunto de la colonización semita en Occidente, terminando con un intento de reconstrucción de las primeras fases de existencia de la colonia ebusitana.

Dado que los trabajos son aún muy recientes y que los testimonios arqueológicos de los que disponemos no bastan para resolver todos los problemas de la Ibiza arcaica, - no debe extrañar que presentemos aquí numerosas hipótesis interpretativas. Y es que nuestro estudio pretende ser una obra abierta a la que en los próximos años se incorporen nuevos capítulos. Por una parte, la propia dinámica investigadora hace augurar las mejores esperanzas, ya que son cada vez más numerosas las personas dedicadas en los últimos años a la arqueología isleña a través de la investigación y el trabajo de campo, como esperamos que se pueda apreciar en la bibliografía que recogemos y como prueba bien el hecho de que

en los últimos cinco años, desde que presentamos nuestra Tesis de Licenciatura, se hayan leído otras cuatro en las Universidades de Barcelona, Madrid y Santiago sobre temas de arqueología de Ibiza. Nos quedan aún muchos yacimientos por conocer bien, empezando por el propio Puig des Molins, cuyas cinco hectáreas encierran todavía la clave de más de un problema.

Por otra parte, nuestro trabajo es cronológicamente abierto. El capítulo inicial que dedicamos a los antecedentes, es decir a la prehistoria de las Pitiusas, muestra todavía muchos vacíos que sólo la investigación profunda puede llenar. La cuestión no resuelta del poblamiento indígena inmediatamente pre-fenicio es para nosotros una de las más interesantes, en cuanto afecta directamente al período que estudiamos, y su conocimiento permitiría profundizar en el modo de asentamiento inicial de los primeros colonos fenicios.

Menos problemas plantea el estudio de la fase que sigue cronológicamente a la que aquí consideramos. Para la llamada época clásica que se inicia en el s. V a.J.C. contamos con suficientes elementos materiales como para intentar una amplia reconstrucción histórica, si bien existen evidentemente áreas concretas insuficientemente conocidas, especialmente el mundo rural y los aspectos económicos. Ello es consecuencia de las varias décadas de arqueología funeraria que han caracterizado las investigaciones en la isla. Pero también aquí las tareas de campo van iluminando progresivamente los espacios oscuros y a este respecto tenemos fundadas esperanzas de obtener buenos resultados en los próximos

años, a través del Programa de Investigación sobre el mundo rural púnico-ebusitano que hemos organizado desde 1985.

En resumen, pues, este estudio que presentamos como nuestra Tesis de Doctorado no es un intento aislado por reconstruir la etapa fenicia de la historia de Ibiza y darla a conocer, sino que debe considerarse como el primer fruto - de un proyecto más amplio que pretende cubrir todo el último milenio antes de Cristo en las islas Pitiusas. Deseamos sinceramente que el resultado sea digno del esfuerzo y de las esperanzas puestas en él.

Un trabajo como éste no se podría haber llevado a cabo sin los consejos y la ayuda de un buen número de personas que a lo largo de estos años me han brindado su apoyo.

Mis amigos Rosa Gurrea y Benjamín Costa no sólo me ofrecieron desde un principio los materiales de sus excavaciones para agrupar en un sólo estudio los diferentes sectores del Puig des Molins que se iban excavando, sino que me ayudaron activamente en la preparación de las correspondientes memorias. Trabajar con ellos desde hace años en la arqueología ibicenca es una de mis grandes satisfacciones profesionales y personales.

Jorge H. Fernández, Director del Museo Arqueológico de Ibiza, apoyó desde el principio mi idea de realizar esta investigación poniendo a mi disposición las instalaciones del centro que dirige tanto cuando pertenezca al equipo del Museo como cuando proseguí mi labor desde la Universidad.

La Dra. Milagro Gil-Mascarell Boscà, que ya diri-

gió mi Tesis de Licenciatura, ha sido como entonces pródiga en buenos consejos y en orientaciones a las que este trabajo debe mucho. Lo mismo que ella, las Dras. M^a Eugenia Aubet y M^a Pilar San Nicolás me dedicaron mucho tiempo y me animaron constantemente, dando una muestra más de su interés por la - arqueología ibicenca.

Son varias las personas que me han orientado en el no siempre fácil estudio de los materiales que tuve ocasión de mostrarles. Quiero dar aquí las gracias por ello, especialmente al Pr. H. Schubart y al Pr. E. Acquaro, así como - al Dr. R. Olmos, quién además me orientó hacia una bibliografía que no me era familiar.

Compartimos con A. González Prats (Univ. de Alicante) y M. Ros Sala (Univ. de Murcia) un idéntico interés por la protohistoria y la colonización fenicia, y el intercambio de opiniones con ellos así como la observación de los materiales de sus excavaciones resultaron muy enriquecedores. Lo mismo nos cabe decir de J. Ramón Torres, del Servei d'Arqueologia del Consell Insular de Ibiza, cuyas labores en el yacimiento de Sa Caleta han abierto nuevas perspectivas en el estudio de la colonización fenicia ebusitana.

D. Jordi Rovira i Port, Director del Museo Arqueológico de Barcelona, y D^a Alicia Roderó Riaza, Conservadora del Museo Arqueológico Nacional, nos dieron todas las facilidades para acceder a las colecciones ibicencas conservadas - en dichos museos.

La colaboración iniciada en 1983 con el Dr. Fran-

cisco Gómez Bellard para el estudio de los restos humanos - aparecidos en Ibiza, en especial las cremaciones, ha dado excelentes resultados, y el extenso y profundo estudio que se incluye aquí como Apéndice I es la muestra más reciente de ello. Con él tuvimos ocasión de discutir también muchos aspectos de nuestro capítulo dedicado al ritual funerario.

Otros especialistas han tenido la gentileza de acceder a estudiar restos materiales muy concretos, y sus informes aparecen al final del trabajo como apéndices nº II, - III y IV. Damos las gracias por ello a D^a Elena Grau Almero (antracología), D. Rafael Martínez Valle (zoología) y D^a Virginia Galván y el Dr. José Galván que realizaron los análisis de pastas gracias a la mediación de D^a Belén Martínez, - de la Subdirección General de Arqueología.

Si bien dibujamos nosotros mismos gran parte de - las piezas que se presentan aquí, el resultado final no habría sido posible sin la decisiva participación de Ricardo - González Villaescusa, Manuel y Paloma López Sebastián, Pilar Más y D. Francisco Cortecero, quienes tanto en Valencia como en Ibiza dedicaron muchas horas a restaurar e ilustrar nuestros materiales. Mi deuda con Enrique Dies Cusi en cuanto a dibujos, planos y fotografías es tan grande como tan notables los resultados de su colaboración. Finalmente, debo a Consuelo Alapont tanto la calidad de la presentación mecanográfica como la claridad de la mayoría de los cuadros y tablas.

A todos ellos mi más sincero agradecimiento.

Valencia, mayo de 1987.

I.- INTRODUCCION GEOGRAFICA

Dentro del archipiélago balear, la isla de Ibiza constituye, junto con la de Formentera y una serie de pequeños islotes deshabitados (Conejera, Tagomago, Es Vedrá, ...), el grupo llamado de las Islas Pitiusas. Situada a unos 80 km. de la Península Ibérica (cabo de La Nao o San Martín) y a 82 km. de la isla de Mallorca (Mola de Andraitx), Ibiza tiene una superficie de 541,22 km². (sin contar los islotes adyacentes), con 170 km. de costa y una extensión máxima de 41 km. en dirección SO-NE (del Cap L'Oliva a la Punta d'Es Junc) y mínima de unos 11 km. en dirección NO-SE (de la Bahía de S. Antonio a la Playa d'En Bo sa).

La isla está formada, sobre todo, por materiales secundarios, con predominio de los calcáreos y presencia de margas. La emergencia se produjo durante el Terciario, quedando separada del continente en el Plioceno o Pleistoceno. Al igual que Mallorca, las Pitiusas son una prolongación hacia el NE de los sistemas Prebéticos central y meridional (Rangheard, 1985). Muy afectada por los plegamientos alpinos, con la orientación SO-NE (eje de la isla), Ibiza presenta tres series tectónicas bien diferenciadas, de N a S, que determinan en gran parte su morfología.

a) al norte, la serie de Aubarca, es la más elevada en conjunto (se la conoce como Es Amunts), con alturas comprendidas en general entre los 300 y 400 metros (Es Fornou, - 347 m.; Puig d'En Joan Andreu, 375 m.;...) y grandes zonas de

acantilados sobre el mar. Es la más rica en formaciones cárs-
ticas, con numerosas cuevas (Trías, 1983).

b) al suroeste, una zona más accidentada e irregu-
lar, la serie de Llentrisca, que presenta sin embargo las al-
turas máximas de toda la isla: S'Atalaia de St. Josep, con -
475 m. es la más alta, siguiéndole el Puig d'en Serra (438 m.)
y el Puig Gros (415 m.).

c) al sur, la serie de Ibiza, en la que las alturas
son mucho menores (Puig Palau, 260 m; Puig de Ca's Damià, 248
m.) y están más espaciadas.

Estas tres series montañosas se ven interrumpidas -
por una serie de llanos o plás de distinto tamaño y extensión,
que han sido aprovechados tradicionalmente para la agricultu-
ra. Los principales son:

- el Plá de Vila, al sur, que rodea prácticamente -
la bahía en la que está enclavada la ciudad de Ibiza; limita-
do por la serie del mismo nombre;

- el Plá de Ses Salines, prolongación de éste hacia
el S.;

- el Plá de Portmany, abierto al mar por el oeste,
rodea la bahía de S. Antonio; limitado por la serie de Aubar-
ca al norte y la de Llentrisca al oeste y sur.

- el Plá de Sta. Eulalia, y el de Es Figueral, -
abiertos al mar por el este y limitados por la serie de Ibiza
y la de Aubarca.

Además de éstos, existen pequeñas llanuras interiores, sin salida al mar: plá de Sta. Gertrudis, plá de S. Lorenzo, de Atzaró... (Vallés-Prats-Ramón, s.F, p. 2), y al norte dos pequeños llanos, los de S. Mateo y Sta. Inés, también llamados de Aubarca y Corona, de gran interés, pues se trata de poljes, cubetas abiertas en la roca caliza, llanas, y recubiertas de arcillas rojizas y suelos de gran aprovechamiento agrícola en medio de las montañas (Vilá Valentí, 1960; 1961).

Siguiendo con el relieve, encontramos que los 170 - km. de costa de la isla se pueden dividir en tres tipos principales:

- costa de acantilados, donde los grupos montañosos caen directamente al mar, y son muy escasas y alejadas entre sí las entradas accesibles a las naves; es el caso de casi toda la costa norte, con los refugios del Puerto de S. Miguel, Cala Benirrás y Cala Portinaitx.

- costa de calas y caletas, producidas éstas en general por la desembocadura de un torrente que logra atravesar las montañas; son una configuración típica de la isla y uno de sus mayores atractivos turísticos en la actualidad; las encontramos en numerosas zonas, con una mayor concentración en el SO (cala Tarida, Vedella, cala d'Hort, ...) y en el NE (cala Llonga, Es Caná, cala Mastella, etc., ...); constituyen un excelente lugar de fondeo y desembarco (Gómez Bellard, 1982).

- costa de playa, baja y arenosa; hay pocas en la isla, en aquellos lugares en los que algún plá termina en el mar; especialmente en la bahía de S. Antonio, y zona de Ses

Salines y alrededor de la capital (Figueretes, Talamanca, - ...).

El clima es mediterráneo, teniendo una fuerte influencia los vientos secos predominantes, por una parte, y la fuerte humedad ambiental debida a la propia insularidad, por otra. Las temperaturas medias son suaves (10° en enero, 25° en agosto), pero el régimen de lluvias es muy irregular. Los 400 mm. de media anual se concentran en la primavera y sobre todo otoño, produciéndose largos meses de sequía. Si unimos a ésto la inexistencia de cursos de agua regulares y el hecho de que por la irregularidad interanual del régimen de lluvias son frecuentes los años en que apenas si caen más de 200 mm., se comprenderá que el agua ha sido uno de los problemas vitales de la isla desde hace siglos. Buena prueba de ello son las numerosas cisternas de época púnica y romana que encontramos en la mayoría de los yacimientos rurales.

El único río de la isla (y de las Baleares), totalmente seco desde hace unos veinte años, nacía en la serie de Aubarca y tras recorrer una docena de kilómetros y recibir los aportes de diversos torrentes, desembocaba al NE, en Sta. Eulalia. Sin embargo, existen innumerables torrentes, que aún hoy llevan agua de forma intermitente. La preponderancia de suelos calizos supone la aparición de capas freáticas, aprovechadas desde tiempos medievales mediante norias y molinos de viento ya caídos en desuso (Schiøler, 1964).

Mención especial merece la zona del Plá de Vila, - junto a la bahía. Los aportes de varios torrentes hacían de

ella una área pantanosa, de marjales. Desde la antigüedad se habían aprovechado las aguas subterráneas, creando una extensión relativamente importante de huertos "regados" por capilaridad conocida como Ses Feixes, hoy prácticamente destruida - por el crecimiento de la ciudad (Foster, 1963).

Siendo típicamente mediterránea, la vegetación de la isla presenta sin embargo dos particularidades: por un lado, la escasa variedad de árboles (prácticamente dos) y, por otra, la gran extensión que ocupa este arbolado, lo cual contrasta con lo que ocurre en otras islas mediterráneas de parecida latitud. Básicamente la cobertura vegetal se nos presenta, en todas las zonas mínimamente montañosas, como un bosque de pino carrasco (Pinus Halepensis) y de sabina (Juniperus - Phoenicia), con esporádica presencia del pino piñonero (Pinus Pinea) y de la encina (Quercus Rotundifolia). Los ricos y densos sotobosques son asociaciones diferenciables de especies muy diversas, entre las que se pueden citar el coscojo (Quercus Coccifera), el lentisco (Pistacia Lentiscus), el acebuche (Olea Europaea), el enebro (Juniperus Oxycedrus) y la albeña (Cneorum Triccocon). A todos ellos hay que añadir por supuesto el romero, lavanda, genista, tomillo, etc... (Guerau d'Arellano-Torres, 1981; Llorenç-Pericas-Rosello, 1985).

Por lo que a los tipos de suelo se refiere, las tierras de la isla son de fertilidad media, de reacción básica (difícilmente absorben minerales) y con una pequeña capa de humus. Solamente en los llanos se encuentra las llamadas "tierras rojas", arcillosas, de una mayor calidad y a veces en estratos de varios metros de espesor.

La fauna presenta también algunas interesantes peculiaridades. Refiriéndonos solamente a los vertebrados, es sorprendente la gran cantidad y variedad de lagartijas, así como la ausencia total de serpientes; este hecho y las propiedades de la tierra ebusitana para ahuyentar los reptiles había llamado poderosamente la atención de diversos autores ya desde la Antigüedad (P. Mela, II, 7; Plinio, H.N., XXXV).

La avifauna es bastante rica, y actualmente anidan en la isla 54 especies diferentes.

En cuanto a los mamíferos, son de tamaño pequeño en general y escaso valor cinegético, a excepción del conejo: - marta, gineta, erizo y diversas especies de musarañas y murciélagos. Parece ser que la foca monje tuvo que ser abundante, al igual que en muchos lugares del Mediterráneo, pero fué extinguida en la primera mitad de nuestro siglo (Alcover-Muntaner, 1985). De todas formas, debemos subrayar que estos datos son reflejo de la situación actual, pero que desconocemos totalmente cual pudo ser la fauna en el II y I milenio a.JC, ya que no se ha realizado estudio alguno de restos faunísticos procedentes de excavaciones, o al menos no han sido publicados.

Hemos dejado para el final la referencia a uno de los elementos geográficos que mayor importancia ha tenido para Ibiza a lo largo de su historia hasta hace escasas fechas. Se trata de las salinas, que fueron la base de la riqueza de la isla durante siglos, y en otras ocasiones la única fuente de ingresos para una población empobrecida y con problemas de

subsistencia (Vilá Valentí, 1953; Guerau-Torres, 1979).

Las salinas ibicencas (dejamos de lado las formenterenses, con las que forman una unidad) se encuentran en el extremo sur de la isla, en uno de los plás mencionados anteriormente. La parte norte es el Plá de S. Jorge, una zona agrícola muy fértil; en el sur se asientan probablemente desde época púnica las salinas, limitadas al oeste por la playa de Es Codolar, al sur por el Puig Falcó (144 m.) y la playa de Sa - Trinxà, y al este por la playa d'Es Cavallet y el Puig del - Corb Marí (160 m.). En el extremo norte se encuentran los estanques de la Sal Rossa, hoy abandonados, pero cuyas tierras han proporcionado un muy abundante material arqueológico, desde puntas de flecha púnicas hasta monedas tardo-romanas (Ramón, 1983).

Hasta aquí hemos dado una rápida visión de las características geográficas generales de la isla. Queremos subrayar que muchos de los rasgos físicos presentados han de ser tenidos en cuenta a la hora de valorar la primera instalación de los fenicios en Ibiza. Sus islotes y pequeñas calas, los puntos de aguada, la magnífica bahía en la que se asienta la actual ciudad son algunos elementos que encontramos en los más importantes asentamientos fenicios del Mediterráneo, y no debieron de pasar desapercibidos a los primeros colonos y marinos.

II.- LOS ANTECEDENTES: LA PREHISTORIA DE LAS PITIUSAS

La ocupación humana pre-fenicia de Ibiza y Formentera ha sido uno de los problemas arqueológicos que no se han podido resolver -al menos en parte- hasta hace pocos años. En su siempre citada e imprescindible obra, Tarradell y Font dedicaban en 1975 un capítulo a repasar el estado de la cuestión, titulado significativamente "L'enigma del poblament d'Eivissa i de Formentera abans dels cartaginesos". Dichos autores eran relativamente pesimistas en cuanto a la posibilidad de conocer la prehistoria de las islas, dada la paucidad de los hallazgos realizados hasta entonces, consistentes sobre todo en diversos tipos de hachas de bronce. Una esperanza se apuntaba sin embargo, las posibilidades que abría el hallazgo, entonces recientísimo, de una tumba megalítica en Formentera, cuya excavación podría empezar a iluminar ese oscuro período de la historia isleña (Tarradell-Font, 1975, pp. 225-231).

En los diez años transcurridos desde entonces, y a raíz de los magníficos resultados obtenidos en el sepulcro megalítico de Ca Na Costa, se han multiplicado los estudios, - las excavaciones, etc..., pudiéndose ya hablar de una prehistoria de las Pitiusas, frente a la opinión de gran número de cualificados autores que consideraron que Ibiza y Formentera habrían estado probablemente deshabitadas al menos hasta la llegada de los cartagineses en el s. VII a.J.C. (García y Bellido, 1952, p. 339; Childe, 1957, pp. 263-264; Daniel, 1958,

p. 87; Almagro, 1960, p. 656).

Hemos de matizar sin embargo las líneas que anteceden. Indudablemente existió una presencia humana anterior a la instalación fenicia, como veremos más adelante a través del estudio pormenorizado de excavaciones y hallazgos. Se ha obtenido algunas dataciones absolutas y se ha reestudiado materiales aparecidos desde principios de siglo, situándolos cronológicamente con bastante precisión. Pero no se ha podido establecer una secuencia cultural continua, de manera que nos encontramos ante dos fases prehistóricas, una relativamente bien conocida, en torno al 1.500 a.J.C., y otra menos clara en los siglos VIII-VII a.J.C., pero sin apenas elementos que permitan llenar los siglos intermedios, en realidad casi un milenio. Esto supone un grave problema, pues queda aún por resolver la cuestión de la población indígena de las islas en el momento de la llegada de los primeros comerciantes y marinos fenicios y de su asentamiento en la bahía de Ibiza.

Para aclarar dicha cuestión y establecer el estado actual de los conocimientos, repasaremos, pues aquí todos los yacimientos y materiales prehistóricos conocidos de ambas islas, intentando situarlos en una secuencia cronológica (véase cuadro I). No haremos aquí una historia de la investigación que complicaría innecesariamente la exposición y puede encontrarse además en diversos artículos que iremos citando, alguno de ellos muy reciente (Fernández, 1984).

1. El sepulcro megalítico de Ca Na Costa (Formentera)

Es, sin lugar a dudas, el monumento más interesante de la prehistoria pitiusa, no sólo por su buena conservación, sino también por su originalidad. Se encuentra al norte de la isla, a poco más de 1 km. de Es Pujols, sobre una pequeña lengua de tierra que se adentra en S'Estany Pudent, una de las dos albuferas formenterenses. Fue excavado en 1974 y 1977, publicándose rápidamente y en varias ocasiones dado su enorme interés (Fernández, Plantalamor, Topp, 1976; Topp, Fernández, Plantalamor, 1976, 1979; Fernández, 1977, 1984; Fernández, - Topp, 1984).

Se trata de un sepulcro de planta circular, sin ningún tipo de elaboración compleja o añadidos como cámaras laterales, nichos, etc... Hecho de piedra calcárea, se compone de un pequeño espacio enlosado, un corredor corto y una cámara circular a la que se accede por una losa perforada mal conservada. El atrio mide 2,05 por 1,30 m., y está ligeramente en alto respecto al corredor. Este, que está a nivel de la roca, se abre exactamente hacia el O.. Mide 2,5 m. y está formado por cuatro ortostatos emparejados, dispuestos de manera que el pasadizo resulta más ancho y alto a medida que se acerca a la cámara. Esta está compuesta por siete ortostatos fijados en una hendidura circular poco profunda hecha en la roca madre, falcados por piedras más pequeñas. Tiene un diámetro medio de 3,60 m. y los grandes bloques alcanzan los 2 m., con un espesor de 0,35 m.. Posiblemente la cubierta fuese de material perecedero, vigas, ramas y tierra apisonada. Rodeando

los elementos descritos hay tres muros de retención, interru
pidos por el corredor y el patio, hechos para afianzar los
bloques de la cámara. El muro interno conserva tres hiladas
de piedras de tamaño medio, y el espacio entre éstas y la cá-
mara había sido relleno de piedra menuda y tierra. Este mu-
ro estaba reforzado por 24 grandes bloques a manera de contra
fuertes, colocados en sendas hendiduras hechas en la roca y
dispuestos radialmente, de los que se conservan 14 in situ, -
siendo evidentes las marcas de otros cuatro. Estos refuerzos
simétricamente distribuidos constituyen hoy por hoy un caso
poco frecuente entre las tumbas megalíticas, y el único para-
lelo que se ha podido encontrar es el del sepulcro de Mas Plá,
en Querol (Tarragona). La cámara fué excavada en los años 60
(Maluquer et alii, 1963), pero trabajos más recientes han per
mitido sacar a la luz la cuarta parte del túmulo, comprobán-
dose la existencia de unos contrafuertes radiales, con espa-
cios intermedios rellenos de piedras medianas y grandes (Mes-
tres, 1982).

El espacio entre los contrafuertes fué relleno en
Ca Na Costa con piedra menuda y tierra. En cuanto al tercer
muro, es muy semejante al primero.

Los hallazgos no fueron muy abundantes: fragmentos
cerámicos muy pequeños de formas abiertas, globulares, tronco
cónicas y bitroncocónicas, dos de ellos incisos, un brazalete
de arquero incompleto, dos pequeñas cuentas de collar circula-
res y sobre todo 13 botones de perforación en V completos y
dos fragmentarios, de hueso. Todo ello unido al hallazgo de

tres fragmentos de sílex (los primeros de las Pitiusas), dos de ellos trabajados, y la total ausencia de metal llevó a los excavadores a proponer en una primera publicación una fecha de 2.000-1.600 a.J.C. (Topp et alii, 1976, p. 171). Dicha datación se ha visto confirmada gracias al análisis de C14 de los restos humanos encontrados en la cámara:

BM - 1677 1.600 \pm 80 B.C. = 1.320 \pm 80 b.c.

2. El poblado y los círculos del Cap de Berbería (Formentera).

Como consecuencia del hallazgo y excavación de Ca Na Costa, la investigación se desplazó hacia el sur de Formentera, en la zona denominada Es Cap de Berbería y más concretamente Es Pla del Rei. Había algunas indicaciones antiguas, - como las de José M^e Mañá, director del M.A.I. de 1944 a 1964, que hacían referencia a la existencia allí de "... hitos o - piedras verticales dispuestas en círculos que ... presentan características que recuerdan las citanias del noroeste peninsular, la de Briteiros más concretamente." (Mañá, 1952, p.14). Por desgracia, Mañá no llegó a ver esos círculos, y a principios de los años sesenta fueron arrasados para usar la piedra en la construcción de la carretera que lleva al faro del Cap.

A pesar del pésimo estado de conservación, se han realizado varias excavaciones en diversos puntos, con la esperanza de atestiguar la existencia de lugares de hábitat relacionables cronológicamente con Ca Na Costa. La mayor parte - de los resultados permanecen inéditos, habiéndose publicado -

únicamente algunas breves notas (Topp et alii, 1979; Fernández, 1984).

De los numerosos círculos de piedras existentes - (Gordillo, 1981, p. 54), se han excavado dos en extensión. El primero, en 1976, tiene 13 m. de diámetro y se conserva, en alguna zona muy reducida, hasta 1,10 m. de altura. Dentro de él separado por 0,50 m. hay otro círculo (puede tratarse de los dos paramentos de un mismo muro) que se subdivide en varias habitaciones circulares u ovals, dejando un área central despejada. La posible entrada estaría en el lado sur, pero todo el tercio norte está totalmente arrasado, lo que impide el conocimiento completo de la estructura. La escasez de los hallazgos, apenas unos fragmentos amorfos y un fragmento con asa horizontal, dificulta una posible adscripción cronológica, aunque el claro paralelismo de las estructuras con el poblado que veremos más adelante permite suponer que son contemporáneos. La misma ausencia de cerámicas u otros objetos - induce a pensar que difícilmente puede tratarse de un lugar de hábitat, sino más bien de alguna sencilla estructura destinada a guardar ganado.

El círculo B del Cap de Berbería se encuentra junto a la carretera del Cap, a la altura del km. 4. Fué excavado en 1982 y se presenta como una estructura circular de 6 m. de diámetro; muy arrasada por desgracia, sólo conserva alguna piedra con 0,70 m. de altura. No proporcionó material alguno (1).

(1) Agradecemos a D. Jorge H. Fernández y a D^a Celia Topp los datos facilitados sobre esta excavación, todavía inédita.

Resultados mucho más interesantes está proporcionando el llamado Poblado del Cap, situado a unos 500 m. del círculo A y a unos 200 m. del círculo B. En él se han realizado ya tres campañas de excavaciones.

Se trata de una gran área de unos 1.500 m². cubierta de estructuras ovales y circulares que se cruzan, permitiendo distinguir claramente algunas habitaciones. Los principales hallazgos son una gran cantidad de cerámica, fina, decorada y con asas de botón perforado, así como un "brazalete de arquero" incompleto, todo ello muy semejante a lo encontrado en Ca Na Costa. Si el C14 que se está realizando lo confirma, no cabe duda de que estaríamos ante las estructuras de hábitat contemporáneas a las gentes que erigieron el citado sepulcro (Fernández-Topp, 1984, p. 767).

3. Los hábitats en cuevas: Cova d'Es Fum, Cova des Riuets y Cova Xives.

Situadas las dos primeras en Formentera y la otra - en Ibiza, estas tres cuevas naturales han proporcionado -siempre a nivel de prospección- algunos interesantísimos materiales cerámicos que han permitido suponer su utilización como lugar de hábitat, en una época situable en torno a la mitad del segundo milenio a.J.C.. Desgraciadamente ninguna de ellas ha podido ser excavada científicamente todavía, y las dataciones que se han propuesto, salvo en el primer caso, lo han sido por comparación con las cerámicas bien fechadas de Ca Na Costa.

La Cova d'Es Fum es una de las muchas que se abren en los acantilados del norte de la Mola, en el este de la isla. No es de fácil acceso actualmente y tiene un emplazamiento estratégico: se abre a 50 m. sobre el nivel del mar en un acantilado de algo más de 90 m. de altura, y no es visible ni desde arriba ni desde el mar, camuflada además su boca de entrada por un muro de piedras de cierto tamaño. Sus múltiples galerías interiores a diversos niveles suponen no menos de 8.000 m². que fueron utilizados en diferentes épocas. De las diversas prospecciones realizadas por J.L. Gordillo Courciè - res a lo largo de los últimos años (tuvimos oportunidad de acompañarle en memorable ocasión en 1980) proceden centenares de fragmentos cerámicos de época prehistórica y sobre todo mu sulmana, materiales aún por estudiar. También al parecer pro cedan de esta cueva un pequeño cuenco casi completo y tres fragmentos de cerámica con decoración incisa de gran calidad, entregados al M.A.I. en 1983 por un particular. Recientemente estudiadas por C. Topp, su próxima publicación permitirá ampliar el ámbito de las Pitiusas el problema planteado por las cerámicas incisas mallorquinas y la supuesta existencia de la cultura campaniforme en las islas (Cantarellas, 1972, pp. 78-79; Waldren, 1985).

La Cova des Riuets se encuentra a poca distancia de la d'Es Fum, algo más al este, y forma junto con otras dos (Cova de Sa Fresca y Mamelles) el denominado complejo Ses Mamelles. Fué explorada en 1974 por el Speleo Club de Mallorca, cuyos miembros hallaron cerca de la entrada gran cantidad de cerámica de dos tipos principalmente: vasos de cuerpo globu-

lar sin cuello y asas verticales junto al borde, y otros también globulares pero de cuello alto y marcado, en ocasiones - con labio exvasado y también asas. Estas pueden ser macizas o perforadas. La presencia de restos de fauna, mamíferos (capra, bos, ...) y moluscos diversos, hizo pensar a sus descubridores que se trataba de un lugar de hábitat muy provisional, debido a lo estrecho e incómodo de la cueva. La cronología que le asignaron es del final del pretalayótico (Trías-Roca, - 1975).

Cova Xives se encuentra en Ibiza, concretamente en el Puig Guixa (229 m.), a menos de 2 km. al noreste del pueblo de Nta. Sra. de Jesús. Explorada también en los años setenta por el Speleo Club de Mallorca, esta pequeña cueva (20 por 10 m.) proporcionó en prospección superficial gran cantidad de cerámicas, la mayoría a mano pero también algunas púnico-ebusitanas tardías (Trías, 1977). Se trata de formas globulares y troncocónicas, con asas de botón, pastas oscuras (sobre todo grises y negras) que permiten al descubridor sugerir una fecha en torno al 1.500 a.J.C. para las más antiguas - (truncocónicas) y de transición pretalayótico-talayótico para las otras, al igual que en la Cova des Riuets. Hay que destacar que sus descubridores insisten en general, a través de sus publicaciones, en la semejanza que se da con paralelos mallorquines y menorquines, pensando que las Pitiusas tienen en esa época una secuencia cultural semejante a la de las islas mayores.

Como vemos, estas tres cuevas sugieren todavía más interrogantes que soluciones y sólo el estudio en profundidad

de sus materiales así como su excavación (en especial Cova Xi ves, la más accesible) permitirán fecharlas correctamente y darles un mayor peso en el marco de la prehistoria pitiusa.

4. Los megalitos de Can Sargent (Ibiza).

Estos dos importantes restos se encuentran en el - Plá de S. Jorge, cerca del aeropuerto, y fueron explorados - parcialmente en 1978; se excavó la mitad aproximadamente de Can Sargent I y se levantó la planimetría de los restos visi- bles de Can Sargent II. Una de las excavadoras, C. Topp, nos comentó recientemente (junio 1986) sus serias dudas sobre la exacta adscripción cronológica de Can Sargent II. A la espe- ra de nuevas excavaciones, seguimos aquí lo expuesto en las publicaciones citadas (Topp et alii, 1979; Fernández-Topp, - 1984).

Se trata de dos sepulcros de corredor separados en- tre sí por unos quince metros, contruidos con grandes blo- ques de piedras de 1 m. por 0,50 m., aproximadamente. De Can Sargent I se pudo despejar el corredor (de más de 2 m.) y bue na parte de la cámara, mientras que de Can Sargent II sólo - son visibles los ortostatos que parecen formar el corredor. - Por lo que a hallazgos se refiere, la cerámica recuerda de le jos la de Ca Na Costa, pero su textura es mucho más dura y en general es más basta. Esto, unido al hecho de que algún frag- mento con asa tiene claros paralelos en el Talayótico Inicial de Mallorca y Menorca, sugirió a los excavadores una cronolo-

gía algo más tardía que la del sepulcro de Formentera. Esta suposición podría verse confirmada por el hallazgo en el sector suroeste de la cámara de un pequeño puñal triangular de bronce con dos remaches, de un tipo bien conocido en Levante y en Mallorca. Se trata de un elemento metálico típico de la cultura argárica (Lull, 1983, pp. 155-178), pero que se encuentra además con frecuencia en Mallorca, tanto en yacimientos funerarios como de hábitat: Sa Canova, Sa Mata, Son Maiol, Naveta Alemany, etc... (Veny, 1968, fig. 156 y 170; Roselló Bordoy, 1974, pp. 116-117). Si estos puñalitos deben considerarse o no de producción local es un problema que ha interesado a diversos autores.

Para Veny su fabricación en Mallorca sería incluso anterior a la argárica, apoyando esta idea especialmente en las diferencias técnicas y también en la inexistencia de ejemplares en Ibiza, que debería haber sido lógicamente alcanzada por la difusión del tipo si este procediese del Sureste (Veny 1968, p. 400). Por el contrario, Fernández Miranda, que no cree desde luego en una procedencia argárica estricta de los puñalitos, disiente en cuanto a la mayor antigüedad de las piezas mallorquinas y opina que se trata de objetos que tienen en efecto sus prototipos en El Argar, de donde se difundirían por otras áreas, incluidas las Baleares. Las diferencias técnicas deben achacarse a un peor conocimiento de la metalurgia por parte de los isleños (Fernández Miranda, 1978, pp. 152-153). Por eso las piezas baleáricas, incluida la ibicenca, son de bastante peor calidad que las peninsulares. En cualquier caso, de lo que no cabe duda es de que estos puña-

litos, en Mallorca, se sitúan en el período pretalayótico, - con una amplia cronología comprendida entre 1.700 y 1.300 a. J.C.

Desgraciadamente dos fechas de C14 obtenidas para Can Sargent no vienen a confirmar la datación que sugieren - las cerámicas, el puñal y las mismas estructuras. Estas fechas son:

BM - 1.510	700 B.C.	(= 550 \pm 100 b.c.)
BM - 1.511	800 B.C.	(= 720 \pm 60 b.c.)

Ambas muestras proceden de restos humanos, los primeros hallados cerca del puñal (pero no asociados a él), y - los segundos fuera de la cámara. Este problema, a nuestro entender importante para valorar la presencia indígena en los siglos inmediatamente anteriores a la llegada de los fenicios, sólo puede solventarse si pensamos

a) que las muestras estaban contaminadas y la fecha es equivocada; los restos humanos podrían corresponder efectivamente al sepulcro;

b) que las fechas de C14 son correctas, pero como difícilmente se podría rebajar la cronología del monumento y el ajuar del s. XIII a. J.C., hay que pensar que hubo una reutilización funeraria en el s. VIII a. J.C.. Como no hay ningún resto material de esa fecha, aparte de los propios huesos humanos, resulta imposible fijar una adscripción cultural para esos enterramientos.

Hasta que no se complete la excavación del yacimieno

to resulta de todos modos aventurado intentar extraer más conclusiones. Pero queremos subrayar que si Can Sargent es una prueba segura del poblamiento de Ibiza en el segundo milenio a. J.C., su utilización durante la primera mitad del primer - milenio plantea todavía demasiadas dudas. Las dos fechas de C14 nos parecen un argumento claramente insuficiente si no van acompañadas por elementos materiales.

5. Otros yacimientos.

Presentaremos en este apartado diversos yacimientos de importancia muy diferente, que para el tema aquí planteado, la prehistoria de las Pitiusas, no aportan aún demasiados datos bien por lo antiguo de su exploración, bien al contrario porque están por excavar, pero que indudablemente han de ser tenidos en cuenta.

A. Recinto fortificado de Sa Cala (Formentera)

Se encuentra en la parte más alta y oriental de la isla, La Mola, en su costa norte. Del posible recinto no queda más que un gran muro rectilíneo hecho de grandes ortosta - tos en doble alineación paralela dejando un espacio interme - dio de aproximadamente 1,5 m. que se debió rellenar con piedra menuda y tierra. El tramo conservado mide cerca de 38 metros y los ortostatos son de buen tamaño. Destacan los que - flanquean dos puertas de acceso al recinto, que alcanzan 2 m. de largo por 1,10 m. de alto (conservado) y 0,55 m. de grosor.

Las puertas están separadas entre sí por unos 18 m. (Ramón, 1985, pp. 63-65). El material arqueológico es muy reducido, ya que la construcción se encuentra sobre la roca madre, sin prácticamente nivel alguno de tierra. Los pocos fragmentos cerámicos recogidos han sido puestos en relación con Ca Na Costa, a excepción de dos de ellos con asas perforadas verticales (Topp et alii, 1979, pp. 224-225). Esta pobreza de datos y el hecho de que el yacimiento no esté excavado impiden hacer mayores consideraciones. Se trata de un recinto defensivo, no cabe duda, a 15 m. del borde de un acantilado de un centenar de metros de altura. Posee pues una magnífica posición y una excelente vista sobre Formentera, las costas sur y sureste de Ibiza y el estratégico estrecho de Els Freus, que separan ambas islas. Decir cuándo y contra quién se defendían los constructores del recinto es algo que nos resulta - hoy por hoy casi imposible.

B. El Puig d'Es Jondal (Ibiza).

Este yacimiento ha sido dado a conocer muy recientemente y son pocos los datos que se tienen, ya que no se ha excavado.

Correspondería a un hábitat en la punta Jondal, al sur de la isla, del que el elemento mejor conservado y de mayor interés es un muro defensivo de cerca de 300 m. de perímetro conservado, que sigue la costa recortada a unos 30 m. de altura. La técnica constructiva difiere bastante de lo que hemos visto hasta ahora. Consiste en un apilamiento de losas más o menos planas no trabajadas, de hasta 1 m. de ancho y -

0,40 m. de grosor, formando hiladas horizontales que alcanzan en algunos tramos hasta 1,5 m. El material recogido en superficie, al parecer escaso pero significativo, consiste en cerámica a mano que su descubridor atribuye al Bronce Antiguo, a una época no muy avanzada dentro del segundo milenio (Ramón 1985, pp. 65-66). La presencia esporádica de fragmentos de ánfora fenicia de los s. VII-VI a. J.C. debe relacionarse con el cercano asentamiento de Sa Caleta (sobre el que volveremos en próximos capítulos) y no indica la coexistencia de indígenas y colonizadores, ya que como se ha dicho, la cerámica a mano parece ser del segundo milenio. En cualquier caso, el yacimiento está pendiente de excavación para poder concretar tanto la cronología como su función exacta.

C. La cueva de Es Cuieram (Ibiza)

Se trata, sin duda, de uno de los yacimientos más conocidos de la isla, y desde su descubrimiento en 1907 la riqueza e importancia de los hallazgos sucesivos allí realizados han suscitado el interés de numerosos investigadores. Los centenares de terracotas que representan la diosa Tanit han permitido valorar la cueva como un santuario dedicado a dicha divinidad, con un período de utilización comprendido entre los inicios del s. IV y mediados del s. II a. J.C., con una prolongación de uso como posible hábitat hasta el cambio de era. La abundante bibliografía sobre la cueva en época púnica, a la que remitimos, nos exime de extendernos sobre el proceso de descubrimiento e investigación (Aubert, 1982, pp. 9-12; Ramón, 1985b, pp. 228-230).

El interés de la cueva para la fase que estamos estudiando aquí reside en la existencia de cerámicas a mano que han sido recogidas en varias ocasiones y que han planteado la posible utilización de Es Cuieram en la Edad del Bronce. En la primera obra de conjunto sobre el yacimiento, C. Román, - uno de los excavadores de la primera campaña de 1907, no menciona ningún tipo de cerámica prehistórica (Román, 1913). Sin embargo, muy pocos años después, A. Vives y Escudero -que también participó en la primera campaña- en su obra clásica so - bre Ibiza dió a conocer tres fragmentos de cerámica que él consideró neolítica, encontrados durante sus propias excavaciones en 1909. Son de "barro basto y mal cocido", dos con - asas de botón (uno perforado) y otra de borde decorado "con una orla de adornos de forma ondulada" (posiblemente una deco - ración de cordón aplicado). Desconocemos el paradero actual de estas piezas. Pero el dato más interesante aportado por Vives tal vez sea el de su procedencia: al fondo de la cueva, en un nivel más profundo que el de las terracotas púnicas, ba - jo una ligera capa de sedimento calcáreo (Vives, 1917, pp. 2-4). A lo largo de las décadas siguientes estos fragmentos ce - rámicos fueron uno de los puntos de apoyo para diversos autores que aseguraban una ocupación pre-púnica de la isla (Sorá Boned, 1944; Macabich, 1966, pp. 4-5). Cuando aparece el pr - mer estudio moderno sobre la cueva, su autora hace referencia a las cerámicas de Vives, pero cree que es difícil adscribir-las culturalmente, tanto más cuando "no se conocen aún restos arqueológicos anteriores a la llegada de los cartagineses" - (Aubet, 1968, pp. 38-39).

Cuando por fin se realizan nuevas excavaciones en los años sesenta, aparecen tres fragmentos más de cerámica a mano. Pertenecen a cuencos semiesféricos, son de pasta fina de color parduzco, bien cocida. Dos de ellos tienen asas de botón perforado, el otro una pequeña asa vertical de sección circular. Sus publicadores creen que tienen una tradición en el Bronce del Sureste, y por lo tanto que podrían ser de cronología antigua. Pero no se definen claramente, pues añaden que cerámicas semejantes se siguen fabricando durante siglos, como sucede en la cultura talayótica (Almagro-Fortuny, 1971, pp. 24-25).

Finalmente, a raíz de una campaña de limpieza realizada en 1981 para facilitar el levantamiento topográfico de la cueva, aparecieron algunos fragmentos más hallados en superficie o entre los escombros de las viejas excavaciones. Se trata de un cuenco con botón vertical perforado, otro borde de cuenco hemisférico, una base plana y algunos fragmentos más. La pasta es de calidad, bien cocida, con diversas tonalidades y con las superficies externas espatuladas, de color gris oscuro (Ramón, 1985b, pp. 240-241). Un detalle significativo es que algunos fragmentos presentan adherencias calcáreas que parecen confirmar lo dicho por Vives en cuanto a la estratigrafía. Este hecho y la tipología reconstruible hacen pensar a J. Ramón que se trata realmente de cerámicas del Bronce, y que Es Cuieram sería entonces un lugar de hábitat, muchos siglos antes de convertirse en un santuario rupestre púnico.

Como vemos, los datos de que disponemos para opinar son muy escasos, una docena escasa de fragmentos recogidos a lo largo de casi ochenta años, que deberían ser reestudiados detenidamente. Si nos inclinamos a aceptar, sin embargo, su antigüedad, en especial por la referencia estratigráfica de Vives, nos parece totalmente imposible asignarles una cronología exacta: cualquier fecha entre 1.500 a.J.C. y el siglo -VIII podría ser correcta.

D. El abrigo de Ses Fontanelles (Ibiza).

Este pequeño abrigo rocoso se encuentra al norte de San Antonio, muy cerca del Puig Nonó. Orientado hacia el sur, en sus paredes se encuentran algunas pinturas que fueron estudiadas por H. Breuil durante un viaje a Ibiza en 1917 y publicadas poco después (Breuil, 1920). Están trazadas en negro, ocupando un espacio de tan sólo 0'70 m. de largo, y representan un "entrelacement de traits courbes et rectilignes" de difícil interpretación. Para Breuil, que hizo un croquis lo más exacto posible pero que no pudo sacar un calco, parecen representar una nave de popa cuadrada y proa apuntada. Con mucha prevención se aventuró a fecharlas en la Edad del Bronce, como límite postquem debido a la existencia de algunas hachas de bronce en Formentera. Cuarenta años después, en la correspondencia que mantuvo con el erudito ibicenco, I. Macabich, Breuil sólo expresó que no le parecieron recientes, y aconsejó a Macabich que subrayara las dudas sobre la edad de las pinturas (Macabich, 1966, pp. 9-10). De las cartas intercambiadas entre ambos estudiosos se desprende que pensaban que

no existían representaciones rupestres cartaginesas, lo que -
 hacía probable una fecha antigua para las pinturas. Hoy cono-
 cemos sin embargo diversas representaciones rupestres fecha -
 bles en época púnica, destacando las de Grotta Regina en Sici -
 lia, donde precisamente son frecuentes las representaciones -
 de naves de diferentes tipos (Bisi et alii, 1969; Coacci Pol -
 selli et alii, 1979), y en Jimena de la Frontera (Cádiz), don -
 de se ha estudiado un importante conjunto de pinturas en el
 Abrigo de Loja Alta que incluyen un puerto o fondeadero y tam -
 bién diversas naves, en un ambiente claramente influenciado -
 por la cercana metrópolis fenicia de Gadir (Barroso, 1980, -
 pp. 34-42).

Creemos que la cercanía de Ses Fontanelles al mar -
 (desde donde es muy fácil acceder) y la existencia de peque -
 ños manantiales de agua en el mismo abrigo -hoy desapareci -
 dos- y en otras pequeñas cuevas cercanas, que justifican so -
 bradamente el topónimo, inducen a pensar que una cronología -
 más baja que la propuesta hasta ahora es cuando menos plausi -
 ble y que el lugar pudo ser frecuentado por marinos y pescado -
 res en época púnica. En cualquier caso habrá que esperar que
 se realice un estudio actualizado del conjunto, si es que so -
 brevive el vandalismo y a las pintadas modernas que amenazan
 el abrigo.

E. La cueva de Portussalé (Formentera)

No podemos dejar de citar, para terminar este epí -
 grafe dedicado a los yacimientos que pueden aportar datos so -
 bre la prehistoria pitiusa, una cueva hallada a principios de

siglo en la zona de Portusalé (Portossaler en los documentos antiguos), al oeste de Formentera. Pérez Cabrero recogió de unos campesinos la noticia de que se había encontrado una - cueva en cuyo interior había siete u ocho esqueletos humanos enteros, en posición sentada, y junto a ellos varias cerámicas, algunas rotas (Pérez Cabrero, 1909, p. 109; 1911, p.34). Tanto por tratarse de una cueva como por lo extraño de la - disposición de los muertos, se ha querido ver en ello un enterramiento prehistórico, sin que se disponga de más datos que los mencionados, ya que la cueva fué destruida por los mismos campesinos que la descubrieron. Sin embargo, su emplazamiento exacto es conocido y no puede descartarse que - una futura excavación pueda aportar datos de interés, a pesar del mal estado de conservación.

6. La metalurgia de bronce

Un buen número de objetos de bronce hallados a lo largo de varias décadas de manera casual han supuesto durante muchos años el único elemento con que se contaba para - plantear la existencia de una prehistoria pitiusa. Un puñal, un lingote y sobre todo hachas de diversos tipos eran claros indicios, antes de la excavación del megalito de Ca Na Costa, de que si no tuvieron población estable, ambas islas habrían sido al menos frecuentadas antes del s. VII a.J.C.. Sin embargo, hasta hace escasas fechas, la mayoría de estas piezas habían sido correctamente publicadas, pero no habían sido es tudiadas en profundidad (Fernández, 1973; 1974). Un detalla

do trabajo recientemente publicado nos permite perfilar mejor cronologías y paralelos, al menos para los ejemplares más tar díos (Delibes-Fernández Miranda, 1984).

El total de objetos conocidos para la investigación es (véase cuadro II):

- 1 puñal subtriangular hallado en Ibiza, procedencia -
descoñocida.
- 5 hachas planas procedentes de Cala Xarraca, Ses Salines y Sa Bassa Rotja, en Ibiza.
- 2 hachas de cubo de Ses Salines (Ibiza) y La Sabina -
(Formentera).
- 4 hachas de talón y anillas de Can Mariano Gallet (Formentera).
- 5 hachas de apéndices laterales de Can Mariano Gallet y La Sabina (Formentera).
- 1 lingote plano convexo de La Sabina (Formentera).

No contamos aquí el puñalito de Can Sargent, el -
único procedente de una excavación científica y que hemos es tudiado en el lugar correspondiente (véase supra, apartado 4).

Como hemos señalado, las piezas más antiguas no -
han sido valoradas suficientemente. De las cinco hachas planas de las que se tiene noticia, sólo una se conserva para -
la investigación, la de Sa Bassa Rotja; las demás han desapa recido, y sólo se conoce un deficiente dibujo de uno de los ejemplares de Xarraca (Sorá Boned, 1944, p. 18; Marí Tur, -
1973; Fernández, 1974, lám. II-III).

Los ejemplares conocidos son de un tipo muy extendido cuyo origen está probablemente en el SE peninsular, a finales del tercer milenio. Adaptación al metal de los antiguos modelos en piedra pulida, las hachas planas gozarán de una gran aceptación y por ello las encontramos a lo largo de toda la Edad del Bronce. Existen, sin embargo, elementos que permiten matizar su cronología.

El ejemplar hallado cerca de Cala Xarraca era estrecho, casi trapezoidal, con los bordes lisos y levemente curvados en ambos extremos; se supone que el otro ejemplar perdido del que no se conserva dibujo era semejante. Esta forma alargada y con el arco del filo poco marcado podría ser antigua, pues se encuentra en época de Los Millares, c. 2.000 a. J.C.. Sin embargo, prolonga su existencia a lo largo del Bronce Antiguo, conociéndose ejemplares parecidos al nuestro en Andalucía (Blance, 1971, lám. 13; Harrison-Craddock, 1981, pp. 117-119) y Cataluña (Martí, 1970, pp. 108-115). Piezas de este tipo antiguo no se conocen en otros lugares de Baleares, y son escasas en las áreas geográficas más cercanas a las islas: País Valenciano, etc... Podríamos fechar con reservas el ejemplar ebusitano en torno a mediados del segundo milenio.

El hacha de Sa Bassa Rotja es más fácil de encuadrar tipológica y cronológicamente. De casi 17 cm., tiene forma trapezoidal con un filo muy marcado en arco de círculo, con salientes laterales y el talón plano. Estos rasgos definen un tipo de hacha que conoce una gran expansión por gran parte de la Península Ibérica, en especial en Andalucía y Por

tugal (Blance, 1971, lám. 23-24; Schubart, 1975, lám. 47-50), pero también en otras zonas más al norte (Harrison-Craddock, 1981, pp. 118-125), con algunos ejemplares en el País Valen - ciano y en Cataluña (Lerma, 1981, p. 137; Martí, 1970, pp. - 108-117). También aparecen en Mallorca, especialmente en una serie de depósitos de bronce bien conocidos. Merecen desta - carse los de Es Mitjà Gran (Sea Salines) y Cas Corraler (Fela - nitx), con cinco y dos hachas, respectivamente. En ambos casos se les asignó una cronología bastante baja: s. VII-V a.J. C. para el primero (Almagro, 1962, E.8.2) y VIII-V a.J.C. para el segundo (Almagro, 1967, E.19). Sin embargo, en fechas más recientes se han reconsiderado las dataciones. Así Roselló Bordoy sitúa Cas Corraler en torno al 1.000 a.J.C. y Es Mitjà Gran hacia el 900 a.J.C., dentro de su fase del Talayó - tico I, aunque con muchas dudas (Roselló Bordoy, 1974, p. 120 fig. 2). Por su parte, Fernández Miranda tampoco cree que - esos conjuntos puedan ser de fechas tardías. Incluso subraya que el tipo plano corresponde en general, en otras áreas, al Bronce II mediterráneo, con fechas dentro del segundo milenio. Pero su asociación en depósitos con espadas de pomo y esco - plos le sugiere una datación intermedia entre la de los paralelos externos y la tardía propuesta por Almagro: en torno a los s. IX-VIII a.J.C., dentro de su Talayótico I o Antiguo - (Fernández Miranda, 1978, pp. 93-99 y p. 210).

El lote más numeroso de objetos de bronce lo consti - tuyen las hachas de cubo, de talón y de apéndices laterales, que han merecido un exhaustivo estudio reciente en el ámbito de todas las Baleares, estudio que resumiremos aquí muy breve -

mente (Delibes-Fernández Miranda, 1984).

De las quince hachas de cubo conocidas en Baleares, sólo dos proceden de las Pitiusas: una de Ibiza y otra de Formentera. Los autores más arriba citados las incluyen en uno de sus tipos que denominan "balear" (ya que está representado en las cuatro islas mayores), al que consideran local, pero - producto de la adaptación de prototipos foráneos. La búsqueda de estos prototipos es ciertamente difícil, pues si el tipo - "balear" tiene ciertos paralelos en modelos británicos, no ca be ponerlo en relación con el grupo más importante de hachas de cubo peninsular, el llamado galaico-portugués (Hardaker, - 1976, pp. 162-163) debido a las claras diferencias morfológi- cas existentes. Habría por el contrario algunas semejanzas - con la zona del Noreste peninsular pero sobre todo con el Mi- di francés, donde el tipo llamado launaciense parece ser un prototipo claro (Chardenoux-Courtois, 1979, pp. 122-127).

Los otros tipos de hachas revisten un especial inte- rés por cuanto sólo están representados en las Pitiusas, no conociéndose en la actualidad ni en Mallorca ni en Menorca. - De las cinco hachas de apéndices laterales la de La Sabina, - maciza y con dos apéndices, corresponde más al tipo clásico - originario de Oriente que conoce una gran expansión hasta lle- gar a la Península Ibérica, donde es relativamente abundante. El hecho de que se trate de un unicum (veremos que las otras cuatro son muy diferentes) obliga a buscar su procedencia fue- ra de las islas, y al no existir en el norte de Africa ni en el Midi, parece que su origen debe de ser sardo o peninsular. En efecto, el modelo es frecuente en Cerdeña, en el famoso de

pósito de Sa Idda y también en el de Flumenulongu, en fechas tardías del Bronce Final, destacando el hecho de que el ejemplar de La Sabina apareció junto con un lingote circular plano-convexo del tipo frecuente en los depósitos sardos (2). La posible procedencia peninsular la basan Delibes y Fernández - Miranda en un claro paralelo procedente del Camp de Tarragona (Martí, 1970, p. 134, fig. 14,4). Sin embargo, el mismo autor que publicó esta pieza subraya dos hechos importantes: que dicha pieza procede del comercio de antigüedades y que el tipo es "desusado" en la región. Personalmente opinamos que esto - hace al paralelo poco digno de ser tomado en consideración.

Las otras cuatro hachas de apéndices resultan problemáticas, por cuanto son extremadamente endeble, al tener sólo algunos milímetros de espesor, conservar el cono de fundición en el extremo distal y tener diferente número de apéndices, resultado de una fundición poco cuidada con moldes bivalvos en los cuales las improntas de esos apéndices no coincidían. Estos "simulacros de hachas", como los denominó Siret, sólo se encuentran en el depósito de Elche (Almagro, 1967, E. 13/2) y en el poblado de la Peña Negra de Crevillente, también en Alicante. Aquí el excavador rechazó la clasificación de hachas y creyó que eran un "positivo de bebedero de molde". Su aparición exclusivamente en Elche, Crevillente y Formentera le indujo a relacionar estas piezas con una labor de reco

(2) Al parecer había varios lingotes más en el depósito de - La Sabina (Fernández, 1974, p. 68), que han desaparecido; puede verse, sin embargo, uno en Vives, 1917, p. 4, fig. 7.

gida de chatarra por parte de comerciantes semitas.

Más recientemente ha propuesto que se consideren estas piezas (ya numerosas en Peña Negra) como auténticos lingotes relacionables con el comercio semita, dado que de los análisis se desprende su gran pureza: 99% de cobre o de plomo, - según los ejemplares, que hacen de ellas un excelente elemento de intercambio económico (González Prats, 1986). Los análisis realizados sobre las piezas pitiusas parece que apoyan esta hipótesis, ya que también tienen un alto grado de pureza - (véase apéndice al final de este capítulo).

Incluidas en la fase II de Peña Negra, fecha estos ejemplares en el 600/550 a.J.C. (González Prats, 1982, p.373, fig. 28), datación que Delibes y Fernández Miranda consideran tal vez correcta para dicho yacimiento, pero demasiado baja para los ejemplares de Can Mariano Gallet, ya que aquí se encuentran asociados con hachas de talón.

Estas hachas con talón y anillas son características del Bronce Final de la Península Ibérica y tienen diversas variantes. El máximo número de hallazgos se da en el Noroeste, siendo esporádicos al sur del Tajo y contados los ejemplares de Andalucía y el Sureste. No se han encontrado en el País Valenciano ni en Cataluña (Harrison-Craddock, 1981, p. 168, fig. 28). Tipológicamente los ejemplares de Formentera - se alejan bastante de los tipos del Noroeste, y sus paralelos más exactos se encuentran en el pequeño grupo de hachas del Sureste (hallazgos de Galera, Caniles, Cardenete y Totana) - que fueron englobados por Monteagudo en un llamado "tipo Gale

ra" (Montesegudo, 1977, p. 161). El depósito de este nombre es el que tiene las hachas más parecidas a las nuestras (Schüle, 1969, pp. 20-22).

En resumen nos interesa subrayar que la mayoría de los objetos de bronce considerados tiene probablemente un origen extrainsular. A excepción de las hachas de cubo de tipo balear (con sólo dos ejemplares en las Pitiusas), las demás no parecen ser productos locales, y se puede determinar con cierta seguridad su lugar de procedencia.

7. Conclusiones

De este largo repaso de los conocimientos actuales sobre la prehistoria de Ibiza y Formentera se desprende en primer lugar la comprobación de que son muy pocos los hechos establecidos y muchas las hipótesis. Ca Na Costa, excavada científicamente y con una fecha de C14 fiable, aparece como el yacimiento-clave a partir del cual se articula buena parte del período. No deja de ser extraño de todas formas que las Pitiusas sean prácticamente las únicas islas del Mediterráneo que no conocen un poblamiento hasta la primera mitad del segundo milenio, cuando las demás se pueblan mucho antes, incluso en el sexto milenio (Córcega) y la misma Mallorca podría haber sido frecuentada en el cuarto milenio (Camps, 1974). No podemos olvidar el dato de que Ibiza es visible numerosos días al año, tanto desde Mallorca como desde la costa alicantina, de las que dista un centenar de kilómetros (Schüle, 1970, fig. 1).

En cualquier caso existe claramente un Bronce Antiguo, con un sistema de enterramiento megalítico (Ca Na Costa, Can Sargent) y unos hábitats en zonas llanas y sin aparentes sistemas defensivos (Cap de Berberia). Este período difícilmente podría compararse con el pretalayótico balear, como parecen hacer algunos autores, dadas sus evidentes peculiaridades. Recordemos simplemente que los escasos sepulcros megalíticos conocidos en las islas mayores (Montplé, Alcaidús, Son Bauló de Dalt, ...) son difícilmente equiparables a Ca Na Costa, a pesar de algunos rasgos comunes que encontramos en numerosas construcciones megalíticas de las más diversas áreas geográficas (Plantalamor, 1978).

Si fechamos en la primera mitad del segundo milenio las cuevas conocidas (Riuets, d'Es Fum, Xives) y las fortificaciones de Sa Cala y Punta Jondal, el claro panorama del Bronce Antiguo se complica un poco. Parecen en efecto poco compatibles grandes hábitats en llano con pequeños grupos humanos viviendo en cuevas, a los que además no podemos suponer desconectados entre sí, al menos en Formentera donde la distancia máxima es de unos 20 km. y donde no existen dificultades orográficas. La imprecisión en nuestro conocimiento de estos últimos yacimientos citados nos impide llegar a una clara conclusión, pero al menos podemos plantear dos hipótesis:

a) existe una sola cultura con diferentes manifestaciones que aún no podemos relacionar, en un mismo período; de hecho, las cuevas podrían ser utilizadas ocasionalmente, no como hábitat permanente.

b) el grupo de las cuevas y lugares defensivos es cronológicamente diferenciable del "horizonte Ca Na Costa".

Esta segunda posibilidad, que nos parece más lógica pero que no podemos comprobar aún por falta de estudios aceptables, implicaría la existencia de una ocupación de las islas bien en el período 2.000-1.600 a.J.C., para la cual sólo tenemos de momento los dos fragmentos incisos de la Cova d'Es Fum, bien en el Bronce Medio, en los últimos siglos del segundo milenio, pero sin llegar al Bronce Final (s. IX-VII), ya que no se conocen elementos de contacto con los colonizadores.

Si dejamos de lado la cueva de Es Cuieram, por la escasez de materiales conocidos y su amplia cronología posible, así como el abrigo de Ses Fontanelles, sobre cuya datación ya expresamos serias dudas, sólo nos quedan por valorar los diversos hallazgos de bronce, en especial los depósitos de La Sabina y Can Mariano Gallet. Su cronología de los siglos VIII-VII y en especial los paralelos de las "hachas" de apéndice de Can Mariano Gallet en Alicante han sugerido que los responsables de la formación y aparición en Formentera de ambos conjuntos pudieron ser los "grupos semitas que según parece fundaron Ebussus a mediados del s. VII a.J.C." (Delibes-Fernández Miranda, 1984, p. 1011). Tal hipótesis nos parece plenamente aceptable, y se vería reforzada además por el lugar de origen probable de la mayoría de los elementos de bronce, incluidos los ejemplares de Ses Salines y Sa Bassa Rotja: Sureste peninsular, Midi francés y tal vez Cerdeña (al menos el lingote). Estas coordenadas geográficas, como volveremos a

ver mucho más adelante en el presente trabajo, corresponden - bien con la idea de un origen meridional para los primeros fenicios que frecuentaron y luego se instalaron en Ibiza, dentro de un movimiento de expansión comercial que se desarrolla a lo largo de la costa mediterránea peninsular hasta llegar - al sur de Francia.

Todo ello no nos debe hacer descartar la posibilidad de la existencia de algunos grupos humanos en las Pitiusas en los s. VIII-VII a.J.C.. Ya hemos visto cómo en los últimos años la idea de un despoblamiento de las islas antes de los fenicios se ha desmoronado gracias a la investigación y a las excavaciones, y no se puede ser tajante en estos problemas en los que un trabajo de campo más intenso puede dar grandes sorpresas. Sin embargo, creemos que la situación actual de la investigación permite hacer una serie de reflexiones.

No existe en ninguna de las dos islas yacimiento indígena alguno fechable en el s. VII a.J.C., que como veremos es el de la instalación de los fenicios en Ibiza. No sólo no tenemos tumbas, santuarios, hábitats, etc...: es que simplemente no existe hoy por hoy ningún elemento material que nos hable de esa teórica cultura isleña, no hay cerámicas, objetos de metal... Incluso los escasos objetos de bronce, las hachas especialmente, que hemos revisado apuntan más a las relaciones comerciales de los fenicios en la zona mediterránea occidental que a las actividades de isleños en la Edad del Bronce. Precizando más y adelantándonos en la exposición, hay que decir que las escasas cerámicas a mano recogidas en las excavaciones metódicas del Puig des Molins corresponden clara

mente bien a modelos fenicios bien a cerámicas talayóticas mallorquinas y menorquinas. Estas últimas nos hablan de contactos fenicios con las Baleares mayores, atestiguados ya sin ningún género de dudas en el s. VI a.J.C. (Guerrero, 1984, pp. 9-17), pero difícilmente pueden servir para plantear la existencia de un talayótico ibicenco.

En resumen, el panorama de la prehistoria es para nosotros de momento el siguiente: un Bronce Antiguo claramente atestiguado, un posible pero dudoso Bronce Medio y un vacío de varios siglos, al menos desde finales del segundo milenio hasta el s. VII a.J.C.. A este respecto queremos subrayar que ese vacío no debe parecer un fenómeno totalmente anómalo. Estudiando el poblamiento inicial de las islas mediterráneas en su conjunto, J. Cherry ha mostrado en efecto que no son excepcionales los casos en que un vacío cronológico corresponde realmente a una ausencia de población: así puede comprobarse la recolonización de Chipre en el cuarto milenio, tras una fase neolítica notable en el sexto milenio y un hiato de casi mil años. Semejante situación se produce en varias islas de las Cícladas (Astipalea, etc., ...) e incluso Creta conoce la casi extinción de su población en el Neolítico inicial y medio. Como expone el mencionado autor refiriéndose a aquellos lugares poblados por grupos demográficos muy restringidos y relativamente aislados, como podemos pensar que eran los de Ibiza y Formentera en el segundo milenio, "the material consequences of such small-group demographic processes in strictly bounded, unpredictable environments are likely to be very slow growth in population numbers and local extinc-

tions, producing breaks in the archaeological sequence" (Cherry, 1981, pp. 60-61).

Creemos, pues, que cabe pensar que en el área que nos afecta se produjo una ruptura en la secuencia cultural, y otros investigadores están empezando a tomar también en cuenta las ideas de Cherry sobre extinciones puntuales de población en las Baleares (Chapman, 1985, pp. 146-147). Evidentemente los ejemplos que hemos mencionado se refieren a periodos muy anteriores al que aquí tratamos, y podría parecer extraño que a fines de la Edad del Bronce las Pitiusas estuvieran despobladas. ¿Pero acaso la misma Formentera no estuvo totalmente deshabitada durante 300 años en época bien reciente, entre los s. XIV y XVII (Macabich, 1952, pp. 574 y ss.; Mari Cardona, 1983, pp. 9 y ss.)?. Para nosotros esta ausencia de población (o, dejando la puerta abierta al futuro, la escasa entidad numérica y cultural de los pobladores) en los s. VIII y VII a.J.C. fué uno de los factores que favorecieron la instalación de una factoría fenicia en Ibiza. A su vez, esta falta de sustrato indígena condicionará muy peculiarmente el desarrollo colonial de la isla; es el único lugar del Mediterráneo en el que los fenicios se asientan con entera libertad de acción y en el que su posterior evolución social y cultural no depende de sus relaciones con la población autóctona, como en Chipre, Malta, Sicilia, Cerdeña o cualquier otro lugar. Sobre estas ideas habremos de volver en capítulos posteriores.

Yacimiento	Situación	Cronología C-14	Cronología posible
Ca Na Costa	Formentera	1600 B.C.	1600 a.J.C.
Can Sargent	Ibiza	800-700 B.C.	1500-1300 a.J.C.
Cap de Berberia (Poblado y círculos)	Formentera	-	circa-1500 a.J.C.
Cova de Riüets	Formentera	-	1ª mitad IIª milenio
Cova Xives	Ibiza	-	1ª mitad IIª milenio
Cova d'Es Fum	Formentera	-	1ª mitad IIª milenio
Sa Cala	Formentera	-	1ª mitad IIª milenio
Puig Jondal	Ibiza	-	1ª mitad IIª milenio
Es Cuieram (1ª fase)	Ibiza	-	1500 - 800 a.J.C. ?
Ses Fontanelles	Ibiza	-	?
Depósito La Sabina	Formentera	-	800-600 a.J.C.
Depósito Can M.Gallet	Formentera	-	800-600 a.J.C.

CUADRO I.- Cronología de los principales yacimientos prehistóricos de las Pitiusas.

Lugar de hallazgo	Puñales	Hachas planas	Hachas de cubo	Hachas de talón	Hachas de apéndices laterales	Lingotes	Cronología	Paradero actual
Isla de Ibiza, 1907	1							M.A.I.
Cala Xarraca, c. 1927		2					c. 1500 a. J.C.	Desconocido
Ses Salines, 1910		2	1				VIII-VII a. J.C.	Desconocido
Sa Bassa Rotja, 1969		1					IX-VIII a. J.C.	Col. J. Martí Tur (Ibiza)
La Sabina, 1910			1		1	1	VIII-VI a. J.C.	M.A.I.
Can M. Gallet				4	4		VIII-VII a. J.C.	M.A.I.
Can Sargent, 1977	1						1700-1300 a. J.C.	M.A.I.

CUADRO II. - Hallazgos de bronce prehistóricos en las Pitiusas.

APENDICE

Resultados de los análisis de los objetos de bronce de Ibiza y Formentera citados en el capítulo. Department of Metallurgy, Universidad de Oxford, 1984.

Procedencia	Museo Nº	Sn	As	Sb	Pb	Co	Ni	Fe	Ag	Au	Zn	Bi
1 Can Mariano, Gallet, For- mentera	Ibiza 1	-	0'06	0'04	-	-	0'08	0'01	0'02	0'03	-	-
		-	-	-	0'19	-	0'12	-	0'02	-	-	-
		-	-	-	0'17	-	0'10	-	0'08	-	-	-
2 Can Mariano, Gallet	Ibiza 2	-	0'10	-	1'00	-	-	-	0'07	-	-	-
		0'03	0'16	-	0'47	-	0'03	0'01	0'04	0'09	-	-
		-	-	-	0'51	-	-	-	-	-	-	-
3 Can Mariano, Gallet	Ibiza 3	-	0'04	-	0'63	-	0'08	0'01	0'04	0'05	-	0'06
		-	-	-	0'28	-	0'09	0'01	0'02	-	0'02	-
		0'02	0'15	0'04	0'41	-	0'05	0'01	0'03	-	-	-
4 Can Mariano, Gallet	Ibiza 4	5'15	-	-	0'26	-	0'06	0'01	0'08	-	-	0'02
		2'33	0'06	0'02	0'19	0'01	0'06	-	0'05	-	-	-
		2'62	0'04	-	0'33	-	0'02	-	0'03	-	-	-
5 Can Mariano, Gallet	Ibiza 5	13'10	0'38	0'11	0'72	0'01	0'06	0'05	0'08	-	0'07	-
		8'28	0'28	0'06	0'84	-	0'03	0'10	0'02	0'06	0'16	-
		3'58	0'10	0'02	0'46	0'01	0'07	0'10	-	-	0'21	-
6 Can Mariano, Gallet	Ibiza 6	-	0'05	0'02	-	0'02	0'17	-	0'07	0'04	0'05	-
		0'03	-	0'02	0'10	-	0'19	-	0'07	-	-	-
		-	-	-	-	-	0'18	-	0'07	0'07	-	-
7 Can Mariano, Gallet	Ibiza 7	-	-	-	-	-	0'10	0'01	0'05	0'04	-	-
		-	0'06	-	-	-	0'08	-	0'11	-	-	-
		-	-	-	0'08	-	0'07	-	0'10	-	-	-
8 Can Mariano, Gallet	Ibiza 8	0'04	-	-	-	0'01	0'06	-	-	-	0'02	-
		0'05	-	-	0'07	0'01	0'04	-	0'06	-	-	-
		0'05	0'04	-	0'04	-	0'06	-	0'06	-	0'03	-
9 La Sabina, Formentera	MAI 1492	6'94	0'23	0'02	-	-	0'04	-	-	-	-	-
		5'77	0'08	-	-	0'02	0'04	0'02	0'05	-	-	-
		11'63	0'12	-	-	0'02	0'03	-	-	-	-	0'04
10 LaSabina (lingote)	MAI 1493	-	0'06	0'07	-	0'02	0'02	-	0'09	0'05	-	-
		0'02	0'09	0'04	-	-	0'05	0'02	0'03	-	-	-
		-	0'13	0'06	-	-	0'02	-	0'09	-	-	-
11 La Sabina	MAI 1494	8'43	-	0'05	0'06	0'02	0'22	0'01	0'06	-	-	-
		8'67	-	0'05	-	0'01	0'20	0'01	0'10	-	0'02	-
		8'83	0'10	0'05	-	-	0'28	0'01	0'05	-	-	-

III.- LOS MATERIALES ARCAICOS HALLADOS ANTES DE 1982.

Como se verá a lo largo de este trabajo, los datos más relevantes que se han obtenido para el estudio de la colonización fenicia de Ibiza proceden de las excavaciones realizadas en la isla en los últimos años, tanto las programadas como las de urgencia. Sin embargo, no hay que desdeñar la información que encierran un buen número de piezas, algunas conocidas desde principios de siglo, que se encuentran repartidas por diversos museos nacionales y algunas colecciones particulares. Cerámicas, terracotas, escarabeos, elementos metálicos y diferentes objetos más fueron recuperados a centenares y millares en las excavaciones de la Sociedad Arqueológica Ebusitana, Carlos Román, Antonio Vives, José M^a - Mañá entre otros, así como en los metódicos saqueos a que fueron sometidos los yacimientos ibicencos, especialmente el Puig des Molins.

Entre esas numerosísimas piezas existen algunas - que cabe sin ningún género de dudas fechar en los siglos VII y VI a.J.C., y que son capaces por lo tanto de aportar fechas, estilos, encuadres culturales, de interés para nuestro estudio. Algunas fueron debidamente valoradas, con mayor o menor acierto, por diferentes investigadores, mientras que otras han pasado desapercibidas o incluso permanecen inéditas. Por nuestra parte, hemos creído oportuno reunir las aquí y estudiarlas de nuevo a la luz de los datos recientes, aunque en muchos casos simplemente repetiremos lo dicho por los

autores que nos precedieron. Nuestra intención no ha sido - realizar un mero corpus, sino agrupar las piezas por categorías y extraer de ellas todo lo que pueda ser relevante. En último extremo muchas de ellas adquieren un significado nuevo al poderlas incluir en los contextos que vamos conociendo, pasando de ser piezas de museo a documentos arqueológicos vivos. Sólo por ello la labor a menudo ingrata de bucear en los viejos fondos museísticos ha valido la pena.

1. Las terracotas

Constituyen uno de los grupos de materiales más numeroso y más original de los hallados en Ibiza. Desde la aparición del primer busto femenino, hallado en 1896 en la Marina de las Monjas -zona de Talamanca, en la bahía de Ibiza- (Román, 1906, p. 44, lám. I), han atraído la atención de los investigadores y a lo largo de este siglo son muy numerosas las publicaciones que se les ha dedicado, total o parcialmente. Sin embargo, sólo en fechas relativamente recientes, como veremos más adelante, se ha completado casi en su totalidad el corpus de estas piezas. Su gran número, más de 2000 ejemplares conocidos repartidos por diversos museos y colecciones, no ha facilitado desde luego la labor. Pero es muy comprensible su atractivo, no desde un punto de vista estético, sino porque la coroplastia es prácticamente la única representación que conocemos dentro de la plástica fenicio-pú-

nica de Ibiza. La otra vertiente artística más importante, - la de las estelas, tan frecuentes en Cartago, Sicilia, Cerdeña, etc... se reduce en la isla a un único ejemplar (Almagro Gorbea, 1967, pp. 5-11).

La heterogeneidad, la amplitud cronológica y las diversas influencias que se pueden apreciar en su realización, han hecho que la identificación e interpretación de este grupo hayan variado considerablemente de un autor a otro. Sería demasiado extenso, y tampoco es ese nuestro objetivo - aquí, repasar minuciosamente toda la bibliografía. Pero sí nos interesa seguir a grandes rasgos las principales opiniones emitidas por diversos investigadores, y muy especialmente lo que concierne a las terracotas más antiguas, aquéllas que sin ningún género de dudas pueden fecharse cuando menos en el s. VI a.J.C.

La procedencia de las terracotas es relativamente variada, una quincena de yacimientos, pero en muchos de ellos hay contados ejemplares. Los hallazgos más numerosos se realizaron en la cueva de Es Cuieram, la necrópolis del Puig des Molins, y el santuario de Illa Plana. De la primera no trataremos aquí, ya que la cronología de sus materiales no puede remontarse más allá del s. V a.J.C.. Veremos, pues, los otros dos y además los escasos restos de terracotas hallados en Puig d'en Valls, de interpretación y cronología muy interesantes.

Illa Plana, junto con Illa Grossa y Botafoo, constituye un pequeño grupo de islitas que se encontraban hasta

el siglo pasado en medio de la gran bahía de Ibiza. Actualmente están unidas entre sí y a su vez con la costa mediante una lengua de tierra que fué rellenada artificialmente, dividiendo así aquella bahía en las dos que hoy existen: la de Ibiza (con el puerto) y la de Talamanca.

A principios de siglo, la Sociedad Arqueológica Ebusitana (S.A.E.) exploró toda la zona, y en 1907 tuvo la suerte de encontrar, al realizar unas trincheras en la parte norte y centro de Illa Plana, dos bothroi, uno de ellos con abundantes restos humanos y otro con varias decenas de figuras masculinas y femeninas de gran originalidad (Pérez Cabre ro, 1911, pp. 23-30; Román, 1913, pp. 45-65). Estas terracotas han sido publicadas en repetidas ocasiones, así como los fragmentos de otros tipos (egiptizantes, etc...) y remitimos a la bibliografía para su descripción, etc. (Ferron-Aubet, - 1974; Almagro Gorbea, 1980).

El Puig d'en Valls es una pequeña colina de unos 36 m. de altura, a menos de 3 km. del centro de la ciudad de Ibiza, que cierra la bahía por su parte norte. La S.A.E. excavó allí en 1906 "grandes ruinas de edificaciones, silos ... , cisternas, trincheras Hallados fueron también los restos de un templo subterráneo y de otro en la superficie del terreno..." (Román, 1913, p. 123). Todos los estudiosos coinciden en la importancia de este yacimiento y de sus materiales, pero el mismo Román ya subrayó que no se había excavado "... con el método y el orden necesarios". No se ha vuelto a trabajar allí desde entonces, y parece que las casas edificadas en los últimos veinte años hacen casi

imposible plantear alguna labor seria de salvamento. Aún hoy desconocemos si se trataba de un lugar de hábitat, una necrópolis (hay varios hipogeos aún visibles) o de un santuario, aunque parece que los investigadores modernos se inclinan más hacia la existencia de algún centro de tipo religioso, dada la presencia de candelabros de cerámica y de terracotas parecidas a algunas de las halladas en Illa Plana (Tarradell -Font, 1975, pp. 126-127).

Finalmente, en cuanto a la necrópolis del Puig des Molins, creemos que es sobradamente conocida y no nos extenderemos en su descripción y características generales, tanto más cuando en los capítulos sucesivos nos iremos refiriendo a ella constantemente. Nos permitimos también aquí remitir a las publicaciones más recientes, donde se encontrarán las generalidades y una bibliografía exhaustiva (Gómez Bellard, -1984; Fernández, 1986).

La importancia de los diversos grupos de terracotas mencionados hasta aquí fué subrayada casi desde el mismo momento de su descubrimiento, pero los autores que se ocuparon de ellas pecaron en exceso de imaginación; así por ejemplo, a título de anécdota, se atribuyeron las figuras de Illa Plana al arte egeo, especialmente chipriota, con una cronología entre los s. XX-XII a.J.C. (Vives, 1917, p. 8). Habrá que esperar bastantes años para que Colomines, en un pequeño catálogo selectivo de algunas de las mejores terracotas de Ibiza pertenecientes al M.A.B., sugiera una datación más cercana a la realidad: "Aquestes figuretes podrien marcar el nivell infim de l'arqueologia eivissenca. Es poden

datar vers els segles VIII-VII i responen a una tradició de la plàstica en terrissa de l'Àsia Menor i de Síria d'origen "hetita" (Colomines, 1938, p. 16). En estas línies vemos dos de las características que se repetirán con frecuencia en los estudios de las piezas de I.P.: asignarles una cronología en torno a la fecha tradicional de fundación de Ibiza y buscarles paralelos y precedentes en diversas zonas del Mediterráneo, algunas muy alejadas.

El siguiente autor en ocuparse del tema fué A. García y Bellido. En su obra clásica sobre fenicios y cartagineses en España, expone su idea de que los primeros colonos semitas de Ibiza se asentaron en Illa Plana, no encontrando dificultades, ya que Ibiza estaría deshabitada o la población sería "rala en extremo". Al poderse fechar algunas de las terracotas en la segunda mitad del s. VII a.J.C., coincidirían así datos arqueológicos y tradición literaria. Las piezas más antiguas serían las figuras que tienen los ojos perforados, unas incisiones lenticulares. Por lo que se refiere al resto de la coroplastia de la isla, destaca que hay algunas que podrían fecharse en la segunda mitad del s. VI a.J.C., en especial las que son "trasunto" de obras griegas arcaicas (García y Bellido, 1942, pp. 31-33; 233-234).

Algunos años después, dentro de la Historia de España de Menéndez Pidal, García y Bellido repite básicamente las ideas ya expuestas. Sin embargo, al mismo tiempo que destaca la antigüedad de las figuras de Illa Plana, matiza y expone sus dudas sobre la cronología exacta, ya que algunas - de las variantes de estas terracotas perdurarían hasta el s.

V a.J.C.. Dentro de las de inspiración griega o "falsificación cartaginesa de modelos griegos" (sic), sigue proponiendo una fecha de la segunda mitad del s. VI a.J.C. para los ejemplares más antiguos que siguen modelos griegos arcaicos (García y Bellido, 1952, pp. 470 y ss.).

En 1972, al publicar las terracotas conservadas en el Museo del Servicio de Investigaciones Prehistóricas de Valencia, C. Picard estudia entre otras dos piezas que podrían ser anteriores al s. V a.J.C.. Una es la parte superior de una pieza en la que la cabeza conservada de una figura femenina recuerda mucho los rasgos llamados dedálicos del arte griego del final del período orientalizante. Podría ser de la segunda mitad del s. VI a.J.C. La otra es una figura completa de mujer tocando el tímpano, posiblemente el ejemplar peor acabado de cuantos se conocen procedentes de Ibiza. Podría fecharse a finales del s. VI a.J.C., con dudas (Picard, 1972, pp. 82-83).

A partir de 1973, A.M. Bisi inició el estudio de algunos grupos de terracotas de Ibiza repartidas por diver-sos museos españoles, centrando su atención en las que llama de tipo greco-púnico, con el fin de poder apreciar bien las influencias de la plástica griega en el desarrollo de la co-roplastia ebusitana.

Estudió en primer lugar el pequeño lote del Museo de Cap Ferrat de Sitges, perteneciente a la colección que formara Santiago Rusiñol. En ella sólo encuentra piezas si-tuables como mucho en el s. V a.J.C. (prótomos femeninos) - pero cuyos prototipos, especialmente los rodios, habrían de

fecharse en la segunda mitad del s. VI a.J.C. (Bisi, 1973, pp. 79 y ss.).

Sin embargo, al conocer la colección mucho más numerosa del M.A.B., en la que son claramente distinguibles - piezas inspiradas en modelos jonios, especialmente rodios y samios, opina que la datación de estas piezas ebusitanas podría elevarse a finales del s. VI a.J.C. Pero ello sólo para algunas piezas determinadas, ya que otros grupos de "aire" arcaico como las korai jonias, las tocadoras de tímpano y alguna figura egiptizante con velo no pueden ser anteriores al s. V a.J.C. (Bisi, 1974).

Finalmente, al estudiar los ejemplares greco-púnicos del M.A.I., esta investigadora cambia bastante radicalmente su punto de vista en cuanto a la cronología. Aceptando las opiniones del Pr. Tarradell, expuestas en dos obras que comentaremos más adelante, rebaja la datación de las terracotas ibicencas hasta el 450 a.J.C. como fecha postquem, y estima que hay piezas que parecen llevar en la isla un retraso de uno o dos siglos respecto a sus prototipos (Bisi, 1978, pp. 214 y 218).

Ya en 1974, el Pr. Tarradell publicó un breve catálogo de algunas de las mejores terracotas ibicencas, en el que aseguró que ninguna de las terracotas del Puig des Molins podía ser anterior al s. V a.J.C., ya que los hipogeos más antiguos de la necrópolis se fechaban en torno al 450 a.J.C. En cuanto a las figuras de Illa Plana, rechaza cualquier fecha antigua y las rebaja drásticamente al s. IV a.J.C. (Tarradell, 1974, pp. 24 y 27).

El año siguiente se publica el libro clásico de M. Tarradell y M. Font sobre la Ibiza cartaginesa, en el que se vuelve a discutir estos puntos, insistiendo en dos ideas básicas: la datación baja para Illa Plana y el "atraso" en la coroplastia ebusitana del Puig dels Molins, donde se copiarían desde el s. V modelos más antiguos griegos y de otras zonas (Tarradell-Font, 1975, esp. pp. 119-126 y 133-147).

No podemos dejar de citar la publicación exhaustiva de las figuras de Illa Plana junto con los ejemplares de otros lugares (Cartago, Bithia, ...) a cargo de J. Ferron y M.E. Aubet. Para ambos autores, los orantes ebusitanos se si tuarían entre los s. VI-IV a.J.C. Los más antiguos, el grupo IA, derivarían del grupo IC de Cartago, y deberían fecharse dentro del s. VI a.J.C. (Ferron-Aubet, 1974, pp. 44-45).

La aparición en 1980 del Corpus casi completo de las terracotas de Ibiza, a cargo de M^a J. Almagro, empezó a modificar algo esta marcada tendencia de los años 70 a bajar todas las cronologías de la coroplastia. Por una parte, al disponer del conjunto de materiales en una sólo obra, se pudo apreciar mejor la diversidad de influencias pero también la homogeneidad y antigüedad de varias de estas corrientes. Pero además la autora, que había revisado más del 95% del ma terial estudiado, hizo una serie de consideraciones sobre la existencia de piezas muy antiguas que merecen destacarse. Para ella no hay motivo para rebajar sistemáticamente las fe chas, modernizar sin más las producciones ebusitanas (al - igual que se hace para las producciones de muchas otras ne- orópolis púnicas) simplemente porque no se acepten fechas -

cercanas a los prototipos. Cree que existen algunas contadas piezas que cabría situar a fines del s. VII y bastantes más ya dentro del s. VI a.J.C., iniciándose por supuesto la época de máxima expansión y producción a partir del s. V a.J.C. (Almagro Gorbea, 1980, pp. 311-312). Volveremos más adelante sobre este trabajo para indicar exactamente las obras que son anteriores al 500 a.J.C., casi con toda seguridad.

Otra autora que ha tratado exhaustivamente el tema y bien recientemente, es M^{ra} del P. San Nicolás. Aún en curso de publicación su trabajo, disponemos de la parte dedicada a la tipología y cronología de las terracotas, gracias a su gentileza.

Divide esta autora todas las piezas conocidas en tres series:

- serie I: figuras masculinas
- serie II: figuras femeninas
- serie III: indeterminadas.

No incluye, al contrario que M^{ra} J. Almagro, las plaquitas, moldes con temas animales y vegetales, etc... Las dos primeras series se dividen en seis grupos cada una, y cada grupo en uno o varios tipos. La serie III sólo tiene dos tipos. En total presenta 102 tipos, repartidos cronológicamente en cuatro etapas o fases, que abarcan desde mediados del s. VII a.J.C. al 123 a.J.C.

La etapa de iniciación, que es la que aquí nos interesa, iría de mediados del s. VII a finales del s. VI a.J.C.. En ella se incluyen diversos tipos, que especificamos en

el cuadro III.

A grandes rasgos, coinciden M^ªJ. Almagro y P. San Nicolás en su identificación de las terracotas más antiguas. Tal vez cabría añadir que la primera investigadora data también en el s. VI a.J.C. dos grupos bastante numerosos, como serían algunas de las llamadas "tocadoras de tímpano" (Almagro, 1980, l. XXIV, 1 y 3), prótomos femeninos, así como algunas figuras individuales bien fechables: un molde de Astar^{te} (l. CXVIII, 1-2), una figura femenina entronizada posiblemente de fabricación griega (l. LXXXIX), etc...

Pero no son éstas las únicas producciones fechables en el s. VI. Dentro del amplio grupo de placas y moldes planos recuperados en el Puig des Molins, existen algunas que han merecido una especial atención por parte de los investigadores, tanto por su interés iconográfico como por su probable antigüedad. Destacan en especial dos: un disco con jinete y el pynax con representación de esfinge (Almagro, 1980, l. CC, 1-2; CXCIX).

El primero de ellos tiene pocos pero claros paralelos en piezas de la necrópolis de Douimes (Cartago), y en Guadalhorce (Málaga), habiendo sido todos repetidamente estudiados. Varios autores han diferido tanto en la identificación del personaje (¿muerto heroizado, dios Yam?) como en las posibles influencias que cabe detectar en estos discos: etruscas, griegas, etc. Sin embargo, no cabe duda de que se trata de una producción típicamente fenicio-púnica, y prácticamente todos los autores coinciden en atribuirle una cronología dentro del s. VI a.J.C. (Astruc, 1957, pp. 182-183; -

Fantar, 1966; Blázquez, 1966; Arribas-Arteaga, 1975, pp. 90-91).

El llamado pynax del Puig des Molins es la mitad de una gran placa horizontal (probablemente llegaría a medir 0,24 x 0,15 m.) que representaría el tema de dos esfinges afrontadas con una de las patas delanteras apoyadas sobre un árbol sagrado. Esta pieza fué dada a conocer por Vives, y desde entonces ha sido estudiada y publicada repetidas veces (Vives, 1917, p. 133, lám. LII,1; Almagro G., 1980, pp. 269-270, l. CXCIX). Al contrario que la anterior, su cronología ha sido objeto de mucha discusión. Para Blázquez habría que situarla en la segunda mitad del s. VII a.J.C. (Blázquez, 1956). Por el contrario, Astruc opina que no se puede asegurar su origen fenicio o chipriota, como por ejemplo hizo Riis (1950, p. 120), dado que los prototipos no son de cerámica, sino de metal o marfil, y que debe rebajarse la fecha propuesta por Blázquez, tanto por su estilo, que no le parece a dicha autora tan antiguo, como por su procedencia del Puig des Molins, yacimiento que para ella no puede remontarse al s. VII (Astruc, 1957, pp. 177-178). Almagro, por su parte, cree efectivamente que la pieza es antigua, de origen fenicio, y que por su clara inspiración en modelos de marfil, como los de Nimrud, o en las representaciones de esfinges en páteras halladas en Curium y Larnaka, puede fecharse perfectamente a finales del s. VII o en el s. VI a.J.C. (Almagro, 1980, p. 270). Por nuestra parte, añadiremos que algunas placas de marfil chipriotas, como las de Salamina, entre las que hay dos esfinges sin alas afrontadas formando parte

de una cama, o la estupenda esfinge que es una placa recortada formando parte de la decoración de una de las ricas sillitas del ajuar (Karageorghis, 1969, l. V; 1970, fig. 127 y 129), todo ello fechado a finales del s. VIII a.J.C. , son argumento suficiente para pensar que al menos en el s. VI podemos encontrar en Ibiza el tema decorativo, aunque representado en materia mucho más modesta.

Hasta aquí este breve repaso de las ricas colecciones de terracotas de Ibiza. Evidentemente no hemos profundizado, dado que ya es abundante la bibliografía asequible sobre el tema, pero si hemos intentado destacar la evolución de la cronología que proporcionan estos materiales según los diversos autores. A nuestro entender, es indudable que existe un importante número de figuras que pueden fecharse perfectamente dentro del s. VI a.J.C., en contra de lo que pensaron muchos autores. El principal argumento contrario a las cronologías altas, a saber la inexistencia de materiales en el Puig des Molins anteriores al s. V a.J.C., cae por su propio peso ante la evidencia que la investigación de los últimos años está aportando. Por una parte, los autores que se han ocupado en profundidad del tema en fechas más recientes, como Almagro Gorbea o San Nicolás, no dudan en defender vehementemente la existencia de producciones locales o importaciones mucho antes del 500 a.J.C. Por otra, las recientes excavaciones de la necrópolis, y de modo especial los hipogeos arcaicos hallados en 1983 en la calle León 10-12 (véase infra, cap. V, 3) permiten asegurar que en la segunda mitad del s. VI a.J.C. se abrieron hipogeos en la necrópolis urba-

na. Y para mayor confirmación, entre el ajuar de uno de ellos debe destacarse un precioso prótomo femenino cuya cronología no ofrece ningún género de dudas.

En resumen, los principales argumentos para rebajar las fechas de las terracotas del Puig des Molins han caído. Por lo que se refiere a los otros yacimientos, Puig d'en Valls y sobre todo Illa Plana, parece difícil aplicar lo dicho para la necrópolis. Y sin embargo, también en este caso hay que decir que si no se aceptaba plenamente unas fechas antiguas para el inicio del uso de ambos lugares, era porque muchos investigadores no se atrevían a datar en el s. VI unos santuarios relacionados con una ciudad cuya rica necrópolis apenas si ofrecía datos anteriores al 450 a.J.C. Pensamos que actualmente no cabe semejante reparo, y como veremos en otro capítulo, los dos santuarios, femenino y masculino, pueden corresponder al inicio de la segunda fase de la colonización de la isla, con la llegada de los púnicos del Mediterráneo central a partir de mediados del s. VI a.J.C.

Tipo	Procedencia	Cronología	Referencia
Serie II, tipo 3.4.2.	Illa Plana	2ª mitad s. VII	Almagro, 1980, l. XIX
I, 4.12.a	Illa Plana	finis s.VII - s.VI	Almagro 1980, l. XV-XVI
I, 4.12.b	Illa Plana	finis s.VII - s.VI	Almagro 1980, l. XII, 2
I, 4.13.a	Illa Plana Puig des Molins	s. VI	Almagro 1980, l. XXI Tarradell-Font 1975, p. 125 San Nicolás 1985, fig. 1b.
I, 4.13.b.	P. d'en Valles Illa Plana	mediados s. VI	San Nicolás 1985, fig. 1c.
I. 5.2.	Puig des Molins	mediados s. VI mediados s. V	Almagro 1980, XX, 1.
I. 6.5.	Illa Plana (')	s. VI	Font 1978 Almagro 1980, l. XX, 4
II. 3.1a	Puig des Molins	2ª mitad del s. VI	Almagro 1980, l. XXIII
II. 3.4.1a y b	Illa Plana Puig des Molins	finis s.VII - s.VI	Almagro 1980, l. VIII, 1 Gómez Bellard 1984, l. IX, 1 y 2
II. 3.4.3	Puig des Molins	finis s.VII - s.VI	Almagro 1980, l. LXXIX, 3
II. 5.2.b	Puig des Molins	finis s. VI - s. V	Almagro 1980, l. CXVIII, 3
III. 1 y 2	Illa Plana	s. VI a.J.C.	Almagro 1980, l. XXI, 1; CXCVIII

(') NOTA: no es segura esta procedencia; Font la dá como probable de Puig des Molins, opinión que suscribimos.

CUADRO III.- Cronología de las terracotas de Ibiza, según P. San Nicolás.

2. La cerámica

En este segundo apartado, referido también a materiales arcaicos diversos, hemos creído oportuno incluir todas aquellas piezas de cerámica repartidas por diversos museos (Barcelona, Madrid, Ibiza...) cuya antigüedad ha llamado en general la atención a numerosos investigadores por no coincidir con las fechas corrientemente aceptadas para la Ibiza púnica. En algún caso presentaremos aquí cerámicas que sólo han sido valoradas muy recientemente, como el aryballos de imitación del M.A.B. o el lekythos samio del M.A.I. Hemos incluido únicamente piezas cuya procedencia de Ibiza es segura, salvo el caso de un pequeño lote de cerámicas corintias conservadas en el Museo Municipal de Valencia de dudosa atribución y cuyas peculiaridades examinaremos. En cualquier caso, no hay que dejar de tener presente que la información que podemos obtener está condicionada por la carencia de contexto, pero ésta viene indudablemente suplida por el gran interés de los materiales estudiados.

A. Museo Arqueológico de Barcelona.

Se conserva aquí una de las dos mayores colecciones de arqueología ebusitana existentes fuera de la isla. Fue formada inicialmente por Josep Costa a. "Picarol", anticuario afincado en Palma de Mallorca que tenía hombres a sueldo trabajando con regularidad en Ibiza, dedicados a saquear en especial el Puig des Molins. Esta gran colección fue adquirida por la Junta de Museus de Barcelona con oca-

sión de la exposición organizada por Costa en el Palacio de Bellas Artes en 1914 y con los años se le fué añadiendo algunos pequeños lotes procedentes de otras colecciones particulares.

De entre los varios centenares de objetos conservados, merecen destacarse aquí al menos dos cerámicas de sumo interés (1).

1. Jarra de cuerpo globular, base plana y cuello - muy largo que se va estrechando hacia la boca, con un resalte tan marcado que propiamente podríamos hablar de un "zócalo cilíndrico" según la expresión de I. Negueruela; la boca es circular, el labio muy exvasado con tendencia a la horizontalidad, pero sin llegar a ella; un asa gruesa de sección circular va del resalte del cuello a la parte superior de la panza; la pasta es rojiza, con partículas blancas muy pequeñas y otras marrón granate más grandes; la superficie externa es beige oscuro; intacta.

Alt.: 17 cm. D.boca: 6,2 cm. D.base: 4,9 cm.

D.máx.: 11,3 cm.

Procedencia: Ibiza, ¿Puig des Molins?

Nº Inv.: M.A.B. 8129.

Bibliografía: Tarradell-Font, 1975, p. 157, fig. 45.

Es evidente que la simple observación del dibujo -

(1) Queremos agradecer a D. Jordi Rovira i Port y D. Manuel Gasca las facilidades y ayuda prestadas para el estudio de las piezas del M.A.B.

de la pieza invita a compararla con una jarra de boca de seta (2), como bien señalaron Tarradell y Font en la bibliografía reseñada. Sin embargo, no sólo la boca no llega a ser la que dá nombre a esta típica producción fenicia, sino que es difícil encontrar jarras de boca de seta con el cuerpo tan globular y pequeño respecto al cuello. Igualmente es característico el fondo levemente rehundido y la base con pié anular, salvo contadas excepciones, por ejemplo la pieza del enterramiento 1 de la tumba 4 de Trayamar (Schubart-Niemeyer, 1976, p. 144, lám. 16, nº 601).

Las generalidades sobre esta producción son bien conocidas, y han sido estudiadas y publicadas repetidamente por diversos autores, a medida que avanzaba la investigación; hay que destacar los estudios sobre los ejemplares de Almuñécar - (Pellicer, 1963, pp. 56-57), el de Casa de la Viña en Torre del Mar (Almagro Gorbea, 1972), los de Toscanos (Schubart et alii, 1969, pp. 113-116), así como los de conjunto de A. M. Bisi (1970, pp. 30 y 46) y J. M. Blázquez (1975, pp. 29-32), Pero sobre todo el más reciente y completo a cargo de I. Negueruela (1983).

Las jarras de boca de seta tienen un origen oriental, sin que esté claramente establecido si derivan de los "bilbil" característicos sirios (Blázquez, 1975, p. 30) o bien de los conocidos "pilgrim-flasks". Se extienden ya en los s. X-IX a. J. C. por

(2) Estamos de acuerdo con I. Negueruela en que no debe hablarse de oinokoi, ya que la finalidad de estas jarras es totalmente distinta, no para verter agua o vino, sino para fumes o aceites.

toda Fenicia y Palestina (Bikai, 1978, pp. 33-35, fig. XCII) con una rápida expansión a Chipre, donde goza de una enorme difusión, y luego al Mediterráneo Central, encontrándose en Cerdeña, Sicilia, Malta, Norte de Africa, Península Ibérica, etc....

Debemos de matizar aquí que todo lo que estamos - tratando es referido a jarras de engobe rojo, mientras que estamos convencidos que el ejemplar del M.A.B. nunca llevó engobe, y es una producción tardía de un artesano que indudablemente conoció las jarras originales y otras formas relacionadas. Si procedemos sin embargo a buscar posibles prototipos o modelos, vemos por una parte que la concepción del cinokoe nº 65 de Cintas es muy semejante al nuestro: cuerpo globular bajo (aunque con base rehundida), cuello grueso y cilíndrico que se estrangula de repente haciendo resalte; el labio es evidentemente horizontal (Cintas, 1950, pp. 87-88, lám. VI). Este jarro se fecha en el s. VII, pero por desgracia no parece que podamos fiarnos del dibujo, ya que Cintas remite en sus paralelos a unos ejemplares recuperados por - Gauckler y si confrontamos ambos vemos que Cintas esquematizó bastante (Gauckler, 1915, lám. C).

Lo que sí parece fiable y aceptado es que la evolución del cuello, que es uno de los elementos que permiten realizar distinciones cronológicas, va en el sentido de un - descenso de su ensanche hacia la panza, hasta llegar al estado final que es el de cuello en forma de zócalo cilíndrico, como si fueran dos secciones, una embutida dentro de la

otra (Negueruela, 1983, p. 264). El mejor ejemplo de esta fase final de la evolución, al menos en la Península Ibérica, estaría en el ejemplar nº 550 de la tumba nº 1 de Trayamar, en el que a un cuerpo perfectamente ovoide se le añade un cuello del tipo mencionado (Schubart-Niemeyer, 1976, lam. - 13).

Hasta aquí hemos considerado el posible paralelismo entre nuestra pieza y las llamadas bocas de seta. Sin embargo, habría que estudiar su similitud con otro amplio grupo de jarras pertenecientes a la llamada neck-decorated ware aunque por supuesto solamente desde un punto de vista formal ya que aquí no tenemos decoración.

Estas jarras aparecen al inicio del Hierro Medio - en Siria-Palestina, y conocen una gran expansión por toda el área, hallándose en Al-Mina, Khaldé, Tell Abu Awam, Atlit Akziv, Tell Er-Reqeish (Saidah, 1966, nº 23-24; Johns, 1937, fig. 7.1; Culican, 1973, fig. 12-13; Chapman, 1972, pp. 153-155, fig. 6-7). Tiene diversidad de decoraciones, pintada, barnizada, etc..., y también existe sin decorar. Se difunde hacia occidente, con gran aceptación en Chipre (en la clase Bicroma IV) y Rodas (Coldstream, 1969, fig. I) y, según -- Chapman, sería el origen de muchas de las jarras púnicas con resalte en el cuello que se encuentran en Cartago y otros lugares del Mediterráneo Central y Occidental (Cintas, 1950, lám. VI; Gómez Bellard, 1982). Los únicos ejemplares que conocemos de la Península Ibérica que se podrían incluir en este grupo son el jarro de El Carambolo, muchas veces conside-

rado como de boca de seta, pero que parece más emparentado - con este grupo (Carfiazo, 1973, fig. 457-461), y la pieza - chipriota hallada en Ampurias (Trías, 1967, pp. 46-47, lám. X,2).

Tras repasar todos estos materiales que podrían haber inspirado la pieza estudiada, pensamos que la solución - podría ser la que nos brinda S. Chapman. En su estudio de un conjunto de materiales procedentes de varias necrópolis del sur del Líbano, subraya que estas jarras (neck-decorated - neck-ridge jugs) no son el origen de las bocas de seta como habían sugerido algunos autores, sino que inicialmente se - trata de formas distintas. Pero evolucionan rápidamente y - toman rasgos la una de las otras para formar híbridos (el - subrayado es nuestro) (Chapman, 1972, p. 155). Creemos, por lo tanto, que la jarra ebusitana sería, como hemos señalado más arriba, una producción intermedia, que no se puede incluir en ninguna de las dos series consideradas, pero que toma rasgos de ambas. No creemos que se trate de una producción local, y si lo es no tiene, desde luego, la pasta característica de las producciones isleñas. En cuanto a la cronología, es evidentemente arriesgado, al tratarse de un unicum y al no tener contexto. Por una parte, sabemos que las jarras de boca de seta no existen ya, al menos en occidente, - en el s. VI, siendo un ejemplar tardío el citado más arriba de Trayamar, tumba nº 1, de la segunda mitad del s. VII avanzada, que es el que tiene precisamente una tipología más parecida a nuestro ejemplar. Por otro lado, la otra serie de - jarras parece perdurar al menos en sus variantes a lo largo

del s. VI a.J.C., si seguimos a Chapman. Por todo ello, creemos que la jarra de M.A.B. debe fecharse en un momento del s. VI no demasiado avanzado, cuando aún se conservaba el recuerdo de las jarras de boca de seta. No nos parece descabellado proponer para ella una cronología del 575-550 a.J.C.

Pasemos a ver ahora la otra pieza que nos interesa conservada en el M.A.B.

2. Arybalos piriforme, de base diferenciada y pié - anular, con leve arista en alguna zona: base ligeramente rehundida, con umbo ; boca redonda con labio horizontal formando disco, fragmentado; asa de cinta formando codo desde el labio a la parte superior de la panza, algo más ancha en la parte superior que en la inferior; pasta y superficie externa de color rosa claro, con algunas partículas de mica; - porosa. No quedan restos de decoración.

Alt.: 6 cm. D.máx.: 4,3 cm. D.base: 1,9 cm.

Procedencia: Ibiza, ¿Puig des Molins?

Nº Inv.: M.A.B. 8427

Bibliografía: Ramón, 1983, fig. 1, nº 2.

La ausencia de contexto y la falta de decoración - dificultan evidentemente el estudio de esta pieza. Ante todo hay que determinar su adscripción cultural, y para nosotros es casi seguro de que se trata de una producción etrusco-corintia, tal como opinaba el primer investigador que la publicó (Ramón, 1983, p. 115). En efecto, no sólo es una forma - imitada en el mundo etrusco, como más adelante veremos, sino

que su pasta con un tono claramente rosáceo entra bien en la definición de las producciones características etrusco-corintias (Payne, 1931, p. 208).

Arybaloi de este tipo no se encuentran con frecuencia en lugares de colonización fenicia del Mediterráneo central. Son bien conocidos algunos ejemplares de Cartago, - donde junto a una posible imitación púnica encontramos dos arybaloi piriformes, varios alabastrones y numerosos arybaloi globulares, además de una copa (Boucher, 1953, pp. 29-32 fig. XVI-XVIII). Por el contrario, en toda la isla de Cerdeña, en la cual es abundante el bucchero y hay bastantes piezas etrusco-corintias, solo hemos podido encontrar un arybalos piriforme. Se trata de un ejemplar con abundante decoración procedente de la necrópolis de Tharros, fechable en el último cuarto de s. VII a.J.C. (Ugas-Zucca, 1984, p. 147; - fig. L, 10, lám. XL,8).

En cuanto a las áreas geográficas más cercanas a Ibiza, debemos subrayar que en la Península Ibérica sólo se conoce hasta hoy un ejemplar parecido al nuestro. Es un arybalos decorado, ligeramente más grande, procedente de Ampurias y fechado a inicios del s. VI a.J.C. (Trías, 1967, p. - 48, lám. XI,2).

Con esta escasez de datos y paralelos, poco más se puede decir de la pieza que estudiamos, aunque su valoración será hecha en otro capítulo. Sin embargo, y desde un punto de vista cronológico, nos aventuraríamos a señalar una fecha para esta pieza entre finales del s. VII e inicios del s. VI

a.J.C. En efecto, los paralelos que hemos citado en Cartago y Cerdeña son del último cuarto del s. VII a.J.C.; la ausencia de decoración (que, repetimos, no parece perdida), así como la cronología de la única obra pieza etrusca conocida - de Ibiza, un kantharos de bucchero hallado en 1985, nos aconsejan rebajar la datación, toda vez que ningún elemento nos permite hoy por hoy fecharla adecuadamente.

B. Museo Arqueológico Nacional.

La colección de materiales procedentes de Ibiza - conservada en este Museo tiene su origen en la colección particular de D. Antonio Vives y Escudero, Catedrático de la Universidad de Madrid, que estuvo excavando en diversos lugares de la isla hasta los años 1920, principalmente en el Puig des Molins. En los últimos años se ha iniciado la publicación de algunos de los más ricos materiales de dicha colección: las terracotas (Almagro Gorbea, 1980), la cerámica púnica (Rodero, 1980), la cerámica ática y la campaniense (Sánchez, 1981; Prados-Santos, 1985), y a ellas remitimos para un mejor conocimiento de las circunstancias en que se formó la colección.

De todas las cerámicas ebusitanas conservadas en el M.A.N., solamente una nos interesa a los efectos del presente estudio. Se trata de un aryballos de fayenza, del grupo llamado de Naucratis.

3. Pequeño aryballos de cuerpo ovoide, base plana

de disco, cuello muy corto y estrecho y gran boca circular, con pequeño agujero de salida; asa corta y recta, del labio a la panza; debajo del asa, ocupando buena parte de la superficie de la parte posterior de la panza, hay una palmeta con dos volutas en posición invertida; en el lado opuesto hay un cartucho con tres signos jeroglíficos, muy borrados, coronado con las dos plumas de Horus; pasta gris amarillenta, con algún punto negro; superficie recubierta del clásico vidriado verdoso, perdido en la mitad de la pieza y muy bien conservado en la boca; intacto, salvo en labio y asa donde falta algún fragmento.

Alt.: 5,3 cm. D.boca: 3,4 cm. (sin asa) D.máx.: 4,5 cm.

D.base: 3 cm.

Procedencia: Ibiza. ¿Puig des Molins?

Bibliografía: Vives y Escudero, 1917, p. 109, l. XXXIX, 3.

García y Bellido, H.G., II, l. LXVI, 1.

Idem: 1952, fig. 533.

Trías, 1967, p. 296, lám. CXLVI, 1.

Almagro Gorbea, 1978.

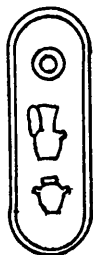
Como se puede ver por la bibliografía citada, esta pieza ha atraído la atención de numerosos investigadores, - desde su primera publicación en 1917. Hace pocos años, M.J. Almagro realizó un estudio monográfico, en el que por primera vez se propuso una interpretación del cartucho. Como veremos, la discusión en torno a esta lectura es la que ha hecho dudar sobre su exacta cronología.


Se trata sin duda de un aryballos de Naucratis, ti

po de cerámicas de fabricación egipcia con cierta difusión - en el Mediterráneo occidental, pero del que sólo se conocen menos de una docena en la Península Ibérica: seis en Ampurias y uno en El Molar (Alicante), Los Villares (Albacete) y La Bobadilla (Jaén) (Almagro Gorbea, 1978, pp. 409-412). La discusión sobre un posible origen griego y concretamente rodio para estas piezas, iniciado ya a principios de siglo por F. Bissing, parece superado, y la mayoría de los autores se inclinan claramente por su origen egipcio (Padró, 1983, pp. 10-12; Vercoutter, 1945, pp. 277-279; Almagro Gorbea, p. 413) aunque la hipótesis de una producción rodia, con alguna intervención de Naucratis en la última fase de fabricación se sigue defendiendo todavía (Webb, 1978, p. 5).

Todos estos aryballoi se fechan dentro del s. VI - a.J.C., pero la presencia de un cartucho en el ejemplar ebustitano permite precisar algo más la cronología.


Almagro Gorbea propuso la lectura de los tres signos como el nombre del faraón Amasis (570-526 a.J.C.), a pesar de la dificultad de descifrar el signo intermedio, muy perdido. Siendo por lo tanto:



Su argumento se basa en que en el espacio del signo central no cabe el signo , el cual formaría el nombre de los faraones Psamético I (664-610 a.J.C.) o Apries (589-

-570):



Sin embargo, W. Webb subraya que es frecuente que en época ptolemaica ese segundo signo sea reemplazado por un cuadrado o rectángulo, , con el mismo valor fonético (Webb, 1978, p. 115).

Creemos, habiendo visto detenidamente la pieza, - que ésta sería la lectura más probable:



La transcripción del cartucho por el nombre Wa-hi-brè^o (Psamético I o Apries) está confirmada por I. Gamer-Wallert y para Webb sería una pieza similar a las que ella publicó de Lipara, Rodas y otra conservada en el Louvre, debiendo figurar en su catálogo tras la n^o 767 (3). En este caso, no parece que haya duda alguna en cuanto a la identidad del faraón, Apries, descartado en general por diversos motivos la atribución de este grupo cerámico a la época de Psamético I (Webb, 1978, pp. 116-118, l. XVIII, n^o 768-769).

(3) Carta personal de V. Webb al Dr. Ricardo Olmos (26-9-84). Queremos agradecer aquí al Dr. Olmos su autorización para mencionar este dato, una muestra más de la generosidad y paciencia que ha tenido con nosotros en cuantas ocasiones le hemos consultado.

Si esta hipótesis es cierta, como creemos, nuestra pieza deberá fecharse en el primer cuarto del s. VI a.J.C., independientemente de que su casi segura deposición en alguna tumba del Puig des Molins se hubiese producido algún tiempo después.

Además de su interés como objeto fechable con cierta precisión, este aryballos representa, junto con un "lekythos samio" conservado en el M.A.I. que estudiamos más adelante, el único material hallado en Ibiza encuadrable en lo que se suele llamar cerámica greco-oriental (dejando de lado el problema de si es una producción rodia o naucrática).

C. Museo Arqueológico de Ibiza.

Entre los ricos fondos conservados en la propia isla, fundamentalmente en el Museo Arqueológico (las numerosas colecciones particulares no son fácilmente accesibles), hay que destacar unas cuantas piezas que sólo hace unos años han atraído la atención de los investigadores. Una vez más debemos rendir homenaje a la labor pionera de M. Tarradell y M. Font, quienes subrayaron el interés entre otras posibles piezas arcaicas de las ampollas del tipo Bisi.3 conservadas en el M.A.I., algunas sin procedencia y otras encontradas por J.M. Mañá en su campaña de excavaciones de 1946 en el Puig des Molins. Fueron clasificadas por dichos autores, en su tipología desgraciadamente inédita, como forma Eb.12, pero sólo años después se han dado a conocer los ejemplares ebusitanos de este tipo cerámico que ya había sido estudiado con -

cierta profundidad por Culican (1970) y que en los últimos - años ha provocado una abundante bibliografía.

La labor de investigación llevada a cabo en los - fondos del M.A.I. desde 1975 por una parte, y el estudio de la campaña de Mañá de 1946 por otra, nos permiten presentar en este trabajo un buen número de estas piezas. Sin embargo el hallazgo de varias de ellas en claros contextos cerrados durante las excavaciones de 1982-86 en el Puig des Molins - nos incita a estudiarlas en otro apartado dedicado a la expo sición de los resultados de dichas campañas. Nos limitaremos aquí, pués, a inventariar las ampollas fenicias sin proceden cia exacta, tanto las del M.A.I. como algunas publicadas de colecciones particulares, reservando la presentación de las procedentes de la campaña de 1946 y las de las excavaciones recientes para el lugar oportuno, con su consiguiente estu dio y valoración.

4. Pequeña ampolla con el cuerpo casi globular, - acabado en la parte inferior en un grueso mamelón en punta; cuello largo, que se estrecha hacia la boca, con un marcado engrosamiento en su parte central, pero sin hacer arista; la bio exvasado de sección triangular, boca levemente aplastada, lo que hace que no sea redonda; asa de cinta, muy aplanada, que vá del centro del cuello a la parte superior de la panza; pasta y superficies naranja oscuro, de textura polvorienta y porosa; partículas medianas grises y otras pequeñas granate; cerca de la base conserva un área diminuta de superficie ali sada amarillenta, que pudo ser el recubrimiento original. In

tacta, salvo un agujero en la panza de unos 0,5 cm. de diámetro.

Alt.: 9,1 cm. D.boca: 2,8 cm. D.máx.: 5,9 cm.

Procedencia desconocida.

Nº Inv.: M.A.I. 6331

5. Ampolla con cuerpo de tendencia ovoide acabado en un mamelón regular; cuello corto que se estrecha hacia la boca, con leve engrosamiento en su parte baja; boca redonda, labio exvasado de sección triangular; asa gruesa de sección casi cuadrada, que va del cuello (del que ocupa casi la mitad en el arranque) a la parte superior de la panza; pasta rosácea, dura y compacta, con partículas grises y de cal; la superficie externa conserva bien en algunas zonas un engobe blanco-amarillento, no muy espeso pero de calidad, que debió recubrir originalmente toda la pieza. Esta tiene un buen acabado, y tanto por su pasta como por su cuasi perfección geométrica es sin duda la mejor de las ampollas conservadas en el Museo de Ibiza.

Alt.: 8,5 cm. D.boca: 2,5 cm. D.máx.: 5,7 cm.

Nº Inv.: M.A.I. 6338.

6. "Frasco de perfume o ampolla tipo Vuillemot - (1965, fig. 18) R-17/19, Bisi (1970) forma 3. Asa y boca desaparecidos, cuello cónico-convexo, largo aproximado 3,7 cm. Ø máx. del cuello 3,1 cm., cuerpo esferoide con el Ø de 6,6 cm. ligeramente desplazado abajo. Fondo ojival, formando un

ligero mamelón. Altura total aprox. 9,8 cm. Pasta: cocción - media-fuerte. Partículas férricas escasas de grano medio. - Textura arenosa, arenilla de cuarzo triturado muy fina. Color naranja-rosado pálido. Pátina exterior, no muy consistente, color amarillo-blancuzco."

Procedencia: Puig des Molins (Via Romana)

Depósito: Colección particular, Ibiza.

Bib.: J. Ramón, 1983, p. 115, fig. 1,3.

7. "Idem anterior. Punta desaparecida, el resto in tacto. Boca de sección triangular aristada, cóncava en su - parte interna, como es muy frecuente en estos pequeños envases para la sujeción del tapón. Cuello cónico convexo corto de 1,65 cm. de altura (boca excluida). Ø máx. del cuello 2,9 cm. Cuerpo ovoidal, un tanto alargado, Ø en el centro de 6,2 cm. Long. total aproximada, 9,5 cm. Pasta: color marrón-beig claro, puntos de cal, partículas férricas escasas y otras ro jas de naturaleza indeterminada, tal vez cerámica triturada, un tanto porosa. Cocción media."

Procedencia: Puig des Molins (Via Romana)

Depósito: Colección particular, Ibiza.

Bib.: J. Ramón, 1983, p. 115, fig. 1,4.

J. Ramón, que las dió a conocer, especifica que am bas piezas proceden de las obras de construcción de un edificio en la Via Romana, hace pocos años. Añade el detalle de que antes de limpiarlas él mismo, pudo apreciar una capa ne-

gruzca que las recubría, por lo que debían de formar parte del ajuar de incineraciones. Esta posibilidad es ahora segura, ya que el solar donde fueron halladas es el nº 40 de la Via Romana, contiguo al nº 38 de Can Partit, donde se han excavado decenas de incineraciones arcaicas en 1985-86 (véase infra, cap. VI).

Una pieza inédita hasta hace escasas fechas y que sí había pasado casi desapercibida entre los fondos del M.A.I. es una gran botella del grupo llamado generalmente - lekythoi samios. Dado su gran interés, le dedicamos hace poco un estudio monográfico (Gómez Bellard, 1986).

8. Lekythos del tipo llamado samio o greco-oriental; su cuerpo es cilíndrico en la parte superior, pero vá estrechándose a medida que se acerca a la base; ésta es plana, con pié diferenciado; el cuarto superior de la pieza, separado por un hombro, también se estrecha hacia el cuello, - que presenta una fina y marcada moldura; la boca es pequeña, circular, con labio alto y grueso; el asa ancha de cinta va del resalte del cuello a la parte superior del cuerpo; pasta marrón rojizo, superficie externa beige oscuro, bien alisada; no se aprecian restos de pintura.

Altura: 37,1 cm. D.base: 8,7 cm. D.boca: 6,5 cm.

D.máx.: 25,4 cm.

Nº Inv.: 2.176

Procedencia: Puig des Molins, 1909.

Desgraciadamente la fecha de 1909 no nos proporcio

na indicación alguna sobre el contexto general de la pieza. En efecto, no existe actualmente testimonio alguno que sugiera que en dicho año se realizaran excavaciones en la isla. - El libro de registro del M.A.I. refleja únicamente que en 1909 ingresaron en los almacenes algunos centenares de piezas, que recibieron los números de inventario 2.112 y 2.114 a 2.472, con la mención expresa en todos ellos de su procedencia: el Puig des Molins.

Si la revisión actualmente en curso de los archivos del Museo no aporta algún dato nuevo, cabría pensar que se trata de materiales procedentes de las excavaciones de la Sociedad Arqueológica Ebusitana que no ingresaron por razones desconocidas en 1907, en el momento de la fundación del M.A.I. En cualquier caso, nos interesa subrayar que tenemos la seguridad de que el lekythos procede de la gran necrópolis urbana.

La identificación e individualización de lo que se llamó y se sigue llamando por los arqueólogos clásicos lekythos samio fué realizada por J. Boeblau a finales del siglo pasado, y desde entonces su presencia ha sido atestiguada en numerosos puntos del Mediterráneo, sobre todo central y oriental (Boeblau, 1898, pp. 36-38, 147-148, lám. VII). Hace escasos años A.M. Bisi dedicó un amplio estudio monográfico a estas piezas, en el que queda recogida la mayoría de la bibliografía existente hasta entonces. El mayor interés de este trabajo reside en el planteamiento de la discusión sobre su origen, revisando las aportaciones de los diversos inves-

tigadores y proponiendo una nueva hipótesis, así como el establecimiento de un nuevo tipo de lekythos de la misma familia. Dada la validez de este estudio, seguiremos a dicha autora en la exposición de las principales opiniones sobre este tipo de cerámica (Bisi, 1979).

Trás la identificación de Boehlau, las primeras dudas sobre el origen de esta forma surgieron por ser mucho más frecuentes en los yacimientos de Rodas que en los de Samos - (Jacopi, 1929, p. 83; 1931, pp. 55, 286, 308, 322). Cuando empezaron a hallarse con cierta abundancia más hacia occidente, en especial en Sicilia e Italia meridional, F. Lo Porto - propuso una clasificación esquemática de los lekythoi, llamando tipo A a la variante de cuerpo "oblungo e piriforme" y tipo B a la de forma troncocónica y cuerpo más ancho en la parte superior (Lo Porto, 1960, p. 126). Por su parte, C. Kerényi, al publicar un ejemplar bien datado de Selinunte, subraya el carácter funerario de estas cerámicas, pues de las conocidas hasta entonces sólo la de Perachora no procedía de alguna tumba (Dunbabin-Shefton, 1962, p. 375, nº 4057). En cuanto al origen, aún reconociendo que la identificación no puede ser exacta y que pudo haber más de un lugar de fabricación, no cabe duda para ella de que se trata de un producto de la Jonia (Kerényi, 1966, pp. 298-309).

En 1972 P. Zancani dió a conocer algunos ejemplares del sur de Italia, concretamente del área de Sibaris, anunciando la elaboración de un estudio general de los lekythoi - samios conocidos (Zancani, 1972).

Por fin, W. Culican presentó poco después una serie de conjuntos funerarios procedentes de Sheik Abaroh, cerca de Sidón, en los que no encontró cerámica griega y que contenían entre otras, varias de las piezas que aquí estudiamos. Para este autor se trata claramente de productos locales fenicios, y no admite siquiera su origen en los llamados decanters palestinos, a los que nos referiremos más abajo. Las tumbas que presenta se fechan alrededor de 600 s.J.C., y los mal llamados lekythoi samios deberían ser botellas sidonias, al menos por su origen (Culican, 1975).

En el artículo citado de Bisi se propone la definición de un tercer tipo de lekythos más estrecho y de dos asas, que derivaría de los alabastrones egipcios y se difundiría junto con las otras dos variantes de Lo Porto.

En conjunto, todos ellos serían fabricados en esa amplia área del Mediterráneo oriental en la que convivían comerciantes y artesanos griegos y fenicios: Líbano, norte de Siria, Naucratis, Rodas, siendo esta última isla la responsable de su difusión por occidente.

Mucho más recientemente J. de la Genière ha hecho una nueva propuesta, planteando la posibilidad de que los lekythoi procedan de Anatolia y concretamente del hinterland de Focea, en el valle del río Hermos (de la Génrière, 1982). Esta hipótesis se apoya en el gran número de lekythoi aparecidos en dicha área, fechados en la primera mitad del s. VI a.J.C., siempre en asociación con lydiones. Esta investigadora subraya además que esta forma no aparece en occidente hasta la segunda mitad de ese siglo.

Este breve repaso del estado de la cuestión nos -
permite resumir en cuatro las diversas hipótesis aceptables
sobre el origen de estos lekythoi:

a) la que mantiene la visión tradicional de un ori-
gen jonio, especialmente rodio.

b) la que propone situar en Anatolia el lugar de
origen y hace de los focenses sus principales distribuido -
res.

c) la que defiende la mayor antigüedad de las pie-
zas de Sidón, haciendo pues de estos lekythoi una producción
fenicia en origen, ampliamente imitada.

d) la que podríamos llamar hipótesis intermedia, -
que buscaría en un área de coexistencia activa greco-fenicia
del Mediterráneo oriental los talleres de estas piezas, sien-
do Rodas uno de los centros de distribución comercial.

Creemos, sin embargo, que no debe desdeñarse algu-
na posibilidad más, como es la de buscar el origen de estos
lekythoi en los decanters de la Edad del Hierro de Palestina,
siguiendo la propuesta que hace muchos años realizara Dunba-
bin (1948, p. 477). Estas frecuentes jarras para agua de la
Edad del Hierro II C del sur de Palestina son más antiguas -
que cualquier otro prototipo, fechándose antes de los ini-
cios del s. VI a.J.C. en Laschish, Beth Mirsin, Beth Shemesh
(Amiran, 1970, fig. 89, nº 1 y 2, fot. nº 258, 259, 261; Ola-
varri, 1973, pp. 130-133). Desde allí es fácil aceptar una
expansión hacia el norte, llegando a Fenicia (ejemplares de
Sidón) y rápidamente a Anatolia y Rodas, isla ésta en la que

sabemos que existía una importante actividad comercial fenicia (Coldstream, 1969).

Finalmente, conviene apuntar una última posibilidad en la investigación. En un reciente congreso, B.B. Shefton sugirió que lo que llama East greek lekythoi podían tener su origen en las numerosas variantes de botellitas fenicias de aceite o ungüentos perfumados que sirven para exportar a muchos lugares del Mediterráneo dicho producto (Shefton 1982, p. 273). Esta idea resulta más coherente con el supuesto contenido de los lekythoi que la que ve su origen en la forma de decanter.

Si parece probable este origen fenicio o palestino de la forma, de lo que tampoco cabe duda es de que son los griegos del este los que la difunden por occidente, siendo Sicilia uno de los lugares donde mejor acogida tuvo, pero también la Península Itálica.

Sea cual sea la hipótesis que se acepte, ello no supone una clarificación del nombre que han de recibir estas cerámicas. Casi todos los investigadores están de acuerdo en que no son desde luego de origen samio. Pero las alternativas que se nos ofrecen no son más exactas pues llamarlas "botellitas sidonias" o lekythoi greco-orientales sería caer en el mismo error de adscribirlas a un lugar determinado sin tener en cuenta la probable multiplicidad de centros de fabricación. El nombre definitivo deberá ser adoptado en función del origen exacto que se acepte finalmente. En cualquier caso, es probable que se continúe hablando de lekythoi samios por muchos años.

¿Dónde encaja nuestro ejemplar de Ibiza dentro de este panorama? En primer lugar hay que decir que tipológicamente es bastante diferente de la mayoría de los lekythoi que conocemos, con el diámetro máximo en la parte superior, cuerpo ahusado y base pequeña en relación al cuerpo (menos de 9 cm.). El tamaño de la pieza es también poco usual, ya que al menos en los casos que hemos podido comprobar los lekythoi - rara vez llegan a los 25 cm. frente a los 37 cm. del ejemplar ebusitano (aunque hay que subrayar que son pocos los ejemplares publicados que tengan claramente indicadas sus medidas). Estas particularidades de la propia pieza unidas al hecho de que carezca de contexto hacen que nos resulte difícil fecharla con cierta precisión. Sin embargo, pensamos que nos podemos guiar por las cronologías bastante seguras que ofrecen algunos de los hallazgos realizados en la zona de difusión de estos lekythoi más cercana a Ibiza, es decir Sicilia y el sur de la Península Itálica. En el cuadro que presentamos a continuación, pueden verse algunos de estos hallazgos, y comprobamos que la segunda mitad del s. VI a.J.C. parece la fecha más acorde para la mayoría de ellos sin olvidar piezas más antiguas, como por ejemplo la de Tarento.

<u>Yacimiento</u>	<u>Cronología</u>	<u>Fuente</u>
Tarento	c. 580 a.J.C.	Lo Porto, 1978, p.135
Macchiabate (Sibaris)	600-525 a.J.C.	Zancani, 1972, p.375
Selinunte	c. 550 a.J.C.	Kerenyi, 1966, p.211
Gela	575-525 a.J.C.	Orlandini, 1978, p.97

Ya A.M. Bisi subrayó la escasez de estos lekythoi en lugares de ambiente fenicio o púnico en occidente, citando sólo dos ejemplares en Cartago, procedentes de la necrópolis de Douïmes (Cintas, 1950, p. 91, lám. VI, p. 74; Bisi, - 1979, p. 1, n. 4). A ellos cabe sólo añadir otros dos ejemplares conservados en el Museo de Sassari (Cerdeña), de procedencia dudosa, ya que podrían ser tanto de Porto Torres como de la propia Tharros (D'Oriano, 1984, pp. 87-90). A nuestra hasta ahora única pieza de Ibiza puede buscársele, pues, un lugar de origen no vinculado forzosamente a algún establecimiento fenicio-púnico. Si en un primer momento consideramos Sicilia como la más propicia (Gómez Bellard, 1986, p.55), creemos ahora a la vista de los nuevos materiales de importación griegos y etruscos estudiados en otros apartados que sería también plausible pensar en una procedencia desde Etruria, vía Cerdeña (Costa-Gómez Bellard, en prensa). En cualquier caso se trata sin duda alguna de una pieza de gran interés, una de las escasas importaciones del mundo griego en Ibiza en el s. VI a.J.C. que aporta un dato más a este inventario de elementos arcaicos.

Para terminar con el apartado dedicado a las piezas conservadas en el M.A.I. no podemos dejar de referirnos a una lucerna de engobe rojo, intacta, hallada de modo casual hacia 1973 y dada a conocer algunos años después.

9. Lucerna de dos picos de engobe rojo; pasta rojiza de buena calidad, con impurezas de color oscuro; superficie externa beige, bien alisada; la superficie interna está

recubierta de un barniz rojo no muy espeso, de color castaño en alguna zona; ambos picos están ennegrecidos por la combustión.

Alt. 3,1 cm. Anchura máx.: 13 cm. Largo máx.: 11,9 cm.

Nº Inv.: M.A.I. 5379

Bibliografía: Ramón, 1978, pp. 69 y 72-73, fig. 3, nº 6.

Fernández-Gómez Bellard-Gurrea, 1984, p.788,fig.2.

Esta lucerna procede del solar nº 40 de la calle - Via Romana, muy cerca del actual Museo y contiguo al solar - nº 38 (o de Can Partit) que se excavó en 1985-86 y al que ya nos hemos referido. Durante la construcción de un edificio - de varias plantas, con la consiguiente destrucción de las tumbas allí existentes, diversos aficionados recogieron algunos materiales de interés (hoy en colecciones particulares), entre ellos esta lucerna que curiosamente fué la única pieza entregada al Museo. La tierra que la cubría impidió entonces ver sus características especiales, y fué arrinconada en los almacenes, junto con las decenas de lucernas de doble pico - que se conservan allí. Pocos años después se procedió a su limpieza, junto con buen número de otras piezas, y por fin - pudo identificarse como la primera producción de engobe rojo hallada en la isla. Dado su interés, fué rápidamente publicada, junto con el resto de materiales del solar en manos particulares, todos ellos de cronología muy posterior.

No vamos a entrar aquí en su estudio detallado, - que haremos más adelante en la parte correspondiente. Únicamente adelantar que se fechó ampliamente, a partir de los da

tos de Toscanos y de aparentes paralelos de la necrópolis - Laurita (Almuñecar), en el s. VII a.J.C. o muy poco después del 600 a.J.C. como muy tarde (Ramón, 1978, p. 73).

D. Museo Municipal de Valencia.

En este último apartado dedicado a los materiales cerámicos dispersos por diferentes museos, queremos tratar brevemente el problema planteado por la existencia de un pequeño lote de cerámica corintia en el Museo Municipal de Valencia, material que se encuentra actualmente depositado en el S.I.A.M. (Servicio de Investigaciones Arqueológicas Municipales) a la espera de la ubicación definitiva de dicho museo.

Estas piezas corintias formaban parte de la importante colección de D. Miguel Martí Esteve (1867-1939), quien entre gran número de objetos llegó a completar un interesante lote de procedencia ebusitana. Este ha sido publicado recientemente en su totalidad, en forma de apreciable catálogo que, junto con diversas publicaciones, está permitiendo recuperar los viejos fondos procedentes de Ibiza repartidos por los más insospechados museos y colecciones (Vento, 1985). Al final de su trabajo dicha autora presenta las cinco piezas que nos interesan: se trata de tres aryballoi globulares - (uno de ellos tal vez etrusco-corintio) con decoración vegetal (MEEI, nº 111, 113 y 114), un alabastrón con decoración de lengüetas, bandas y puntitos (MEEI nº 110) y un pequeño oinokoe de asa sobreelevada sin decoración (MEEI nº 104) -

(Vento, 1985, pp. 111-113, fig. 41). La cronología de todos ellos estaría en el s. VI a.J.C., salvo el alabastrón que ya sería del s. V a.J.C.

Las cinco piezas aparecen en el M.M.V. como procedentes de Ibiza, en las mismas cajas que el resto de los materiales púnico-ebusitanos. Vento cree firmemente que no pueden tener esa procedencia, en primer lugar por su antigüedad, y en segundo lugar por no hallarse en la isla ninguna importación griega de esas características. A nuestro entender es fácilmente aceptable la idea de que o bien el Sr. Martí Esteve fué engañado en el momento de comprarlas (de lo cual dudamos, pues a él le era indiferente el lugar de origen), o bien y más probablemente a lo largo de las diversas vicisitudes que conoció el conjunto de la colección Martí Esteve hubo "trasvases" de una caja a otra y se juntaron con las piezas abusitanas estas cinco cerámicas griegas, seguramente de Ampurias, ya que Martí Esteve tenía una rica colección de la colonia focense, y tanto los aryballoi como el alabastrón tienen buenos paralelos allí.

Sin embargo, no creemos que la cuestión esté definitivamente zanjada, y por eso hemos mencionado el problema aquí. Las recientes identificaciones y hallazgos de cerámica etrusco-corintia y corintia en Ibiza, fechables en el s. VI a.J.C., vienen a hacer planear una duda: las cerámicas de Valencia ya no son únicas y totalmente extrañas a lo conocido de la arqueología isleña. Cabe ahora la posibilidad histórica de que sean de procedencia ebusitana. Pero creemos que las dudas existentes son tan grandes y las circunstancias de

la colección tan poco fiables que no debemos contabilizar de momento las cinco cerámicas del M.M.V. en el recuento de las importaciones griegas a Ibiza. Bueno es conocerlas y tener - las presentes, pero nada más. Su interés no decae por ello, pues si su procedencia es ampuritana, no dejan de ser nuevos elementos para el conocimiento del s. V^o a.J.C. en el nores- te peninsular.

3. Los escarabeos

El gran lote de escarabeos aparecidos en Ibiza - constituye uno de los grupos de materiales que más han llama do la atención de los investigadores, quienes les han dedi- cado numerosos estudios monográficos o de conjunto desde la aparición de los primeros ejemplares a principios de siglo.

Desgraciadamente ese interés no se ha podido ver plasmado en la publicación de un Corpus completo, debido entre otras cosas a las múltiples vicisitudes de las coleccio- nes y a la mala suerte personal que ha parecido perseguir a los investigadores que se han dedicado al estudio de los amu letos: J. Quintana, M. Astruc, L. Baqués... Hasta fechas - bien recientes sólo disponíamos de publicaciones parciales; sin embargo, la reciente aparición del catálogo completo de los escarabeos conservados en el M.A.I., donde además se da- ba a conocer el contexto de muchos de ellos, supuso una nove

dad en este campo, ya que por primera vez se hacía una publicación que iba más allá del inventario y estudio iconográfico (Fernández-Padró, 1982). Posteriormente se ha publicado un catálogo completo de los escarabeos no-egipcios de Ibiza depositados en el M.A.N., el M.A.B. y el M.A.I., con un estudio estilístico (Boardman, 1984). Si unimos a ello la publicación pionera de L. Baqués sobre los escarabeos de tipo egipcio, tenemos pues actualmente repartidos en tres publicaciones todos los escarabeos de Ibiza conservados en centros oficiales españoles (Baqués, 1976). A pesar de la gran dispersión de estos materiales, que por su pequeño tamaño y gran originalidad han sido siempre muy solicitados en los mercados de anticuarios y coleccionistas, podemos decir que toda una serie de publicaciones monográficas permiten conocer científicamente la casi totalidad de los escarabeos ibicencos. Cuántos han quedado en manos de particulares es algo imposible de calcular, pero deben de ser relativamente abundantes. En cualquier caso, remitimos a la bibliografía más reciente a quien esté interesado en profundizar en la complicada historia de la investigación de estos escarabeos (Fernández-Padró, 1982, pp. 7-12). Seguiremos a los citados autores para la exposición de generalidades.

De la gran predilección que en Ibiza se tuvo por los amuletos que representan el escarabajo sagrado (Scarabeus sacer) dá idea la cifra de más de 270 ejemplares conocidos de la isla, la mayoría del Puig des Molins. En toda la Península Ibérica hay recogidos un centenar de ellos, siendo los lotes más numerosos el de Ampurias (Padró, 1974) y el de

Gorham's Cave, en Gibraltar (Culican, 1972). Es fácil deducir pues la importancia de este elemento egipcio en el comportamiento religioso de los habitantes de la isla.

Hay que precisar que la mayoría de los ejemplares conocidos con de cronología posterior al s. VI a.J.C., siendo producciones en diversos tipos de piedra (jaspe verde, - cornalina roja...) que son atribuidos a talleres griegos, - etruscos y sobre todo púnicos (probablemente sardos, tal vez Tharros). Pero a los efectos que aquí nos interesan, - existe un cierto número de piezas de cronología alta, bien estudiados, que permiten incluirlos en este apartado de elementos para el estudio de la Ibiza arcaica.

El malogrado L. Baqués dedicó dos excelentes trabajos a estudiar los escarabeos de tipo egipcio de Ibiza, - pudiendo fechar perfectamente varios de ellos e insistiendo en que se trataba de un elemento material que contribuía a confirmar la fecha tradicional de fundación de Ibiza (Baqués, 1976; 1979).

A partir de esos trabajos y de las aportaciones - posteriores de Fernández y Padró, damos a continuación un inventario de los escarabeos ibicencos cuya fabricación antes del 500 a.J.C. es segura.

10. Escarabeo de pasta, con inscripción jeroglífica en la base que se puede leer Horus hijo de Isis; se adapta a la grafía Harsiese o Horsaïset, y puede considerarse - como el nombre de un faraón de la dinastía XXII, hijo de -

Seshonq II y corregente con Osorkon II, que reinó entre el - 874 y el 850 a.J.C. Aunque el culto de Harsiese perduró hasta el s. VII a.J.C., Baqués se inclina por fechar este ejemplar en el s. IX a.J.C., independientemente de que fuera depositado en una tumba de la isla bastante después (Baqués, - 1976, nº 40); M.A.N., nº inv. 37548.

11. Escarabeo de pasta marrón oscuro, que representa dos figuras en pié: a la izquierda probablemente la diosa Sekhmet (¿o tal vez Isis?) y a la derecha un oferente, con bastante seguridad el dios Nilo. Corresponde esta pieza a los llamados escarabeos de inundación, fabricados para conmemorar inundaciones milagrosas del gran río. Son piezas escasas y bien estudiadas, con una cronología de las dinastías - XXV y XXVI, es decir desde finales del s. VIII a finales del s. VII (Baqués, 1976, nº 8); M.A.B.; nº inv. 9340.

12. Escarabeo de pasta resistente, de buen tamaño (con 35 mm. es la pieza más grande de Ibiza), que representa a dos uraei erguidos frente a un cántaro, y debajo de ellos un escarabajo entre dos panes. Estos signos se interpretan - como una breve fórmula de ofrendas: el cántaro es la ofrenda que se pide al faraón, los panes ofrenda de alimentos y el - escarabajo, de renacimiento. Para Baqués se trata de un escarabeo funerario, que debe fecharse como muy tarde en los s. VII o VI a.J.C. (Baqués, 1976, nº 22); M.A.N.; nº inv.38428.

13. Escarabeo de pasta de color blanco, con ins- -

cripción jeroglífica de 8 signos en la base que se lee: "que Psamético esté sano". Esta interesante pieza ha dividido las opiniones de los investigadores. Por una parte podría tratarse de una inscripción desiderativa, dedicada a uno de los tres faraones que llevaron ese nombre, en la dinastía XXVI. Por otro lado, podría ser uno de los nombres basilóforos, que son frecuentes en Egipto en el período saíta, cuando personas de alto rango adoptan este tipo de nombre. Sin embargo la mayoría de los autores se inclinan, por diversas razones, hacia la primera explicación. Este escarabeo podría fecharse pues entre Psamético I (664-610 a.J.C.) y Psamético III (526-525), aunque es más probable que sea Psamético II (595-589), en época del cual se pusieron de moda los nombres basilóforos. (Baqués, 1976, nº 41; Fernández-Padró, 1982, nº 2, pp. 25-28); M.A.I.; nº inv. 2891.

14. Pequeño escarabeo de pasta blanca engarzado en un anillo de plata, que representa a Harpócrates (Horus niño) sedente. Por sus paralelos en Cartago y en la propia Naucratis, donde probablemente fué fabricado, se fecha en los s. VII y VI a.J.C. (Baqués, 1976, nº 4; Fernández-Padró, 1982, nº 11, pp. 56-57); M.A.I.; nº inv. 903.

15. Escarabeo de pasta azul, bastante mal conservado, montado en anillo de plata; representa un carro tirado por un caballo y conducido por un auriga, probable representación del faraón victorioso. Baqués lo consideró tardío, sin mayores precisiones, y de hecho se encontró en el hipogeo

85 de la campaña de 1929 en el Puig des Molins, con un ajuar variado que va de mediados del s. V al s. III a.J.C.. Sin embargo, Fernández y Padró lo fechan entre el s. VII y VI a. J.C., por paralelos, suponiendo que pudo haber una primera utilización del hipogeo al menos a finales del s. VI. (Baqués, 1976, nº 6; Fernández-Padró, 1982, nº 35, pp. 101 y - 104); M.A.I., nº inv. 4866.

16. Pequeño escarabeo de pasta amarillenta que representa dos uraei afrontados y en medio de ellos el signo nfr. Baqués no lo fecha, pero Fernández y Padró, además de proponer una triple lectura posible del escarabeo, que reforzaría así su carácter de talismán, lo fechan en los s. VII y VI a.J.C. por los diversos paralelos conocidos: Villaricos, Gorham's Cave, Cartago... (Baqués, 1976, nº 20; Fernández-Padró, 1982, nº 1, pp. 23-25); M.A.I., nº inv. 608.

Estos siete ejemplares pueden considerarse los más representativos de la serie relativamente numerosa de escarabeos que tienen su fecha de fabricación en los s. VII y VI a.J.C. Además de los 41 ejemplares dados a conocer por Baqués, hay todavía alguno más que podría ser antiguo. Así, el escarabeo de pasta azul con montura de plata (MAI 7016) que fué encontrado en el Puig des Molins durante la campaña de 1946, podría fecharse en el s. VI a.J.C., a pesar de tener la decoración completamente borrada. Por una parte, el tipo de material así lo indicaría, ya que sabemos que todos los escarabeos de pasta son manufacturas egipcias que no se pue-



den bajar del s. VI a.J.C. (Padró, 1980, pp. 55-56), aunque según otros autores duran hasta el s. V a.J.C. (Vercoutter, 1945, p. 63). El contexto del hallazgo, por otra parte, en el denominado sector ánforas de 1946, sugiere que la trinchera en donde se halló debió de alterar algunos enterramientos arcaicos, donde se encontrarían el escarabeo y una ampolla - del tipo Bisi-3, así como inhumaciones más tardías, tal vez del s. IV como indica un cuenco de imitación ática (M.A.I. - 7006) (Fernández-Padró, 1982, p. 174; Gómez Bellard, 1984, - pp. 131 y 133).

El escarabeo M.A.I. 2895, que representa un prótomo de león y otro de caballo, ambos alados y unidos por la espalda, ha sido datado con dudas a finales del s. VI a.J.C. a pesar de ser de jaspe, basándose en un paralelo sardo que G. Richter fechó en los s. VII y VI (Fernández-Padró, 1982, pp. 159-160).

Existe además un grupo bastante numeroso que se data ampliamente en el período del 550 al 450 a.J.C. No contaremos aquí estas piezas, ya que podrían ser del s. V y saldrían pues de la época que nos interesa (Fernández-Padró, - 1982, pp. 227).

Vemos, por lo tanto, que existe un número relativamente notable de escarabeos hallados en Ibiza que tienen - unas fechas antiguas. Sin embargo, se ha objetado a veces - que la fecha de fabricación es muy anterior a la de su deposición en las tumbas, por lo cual estas piezas no serían un argumento para fechar una sepultura en el s. VII ó VI a.J.C., sobre todo en Ibiza donde no se conocían hasta hace poco en-

terramientos tan antiguos. Este punto de vista ha sido aplicado repetidas veces a diferentes objetos recuperados en Ibiza sin contexto, ya sean terracotas o el famoso aryballos - de Naucratis conservado en el M.A.N. (Bisi, 1978; Gamer Wallert, 1978).

Por lo que se refiere exclusivamente a los escarabeos, ya Baqués dejó claro que son éstos objetos de poco valor económico, pero de gran valor religioso que no podían ser usados a lo largo de muchas generaciones: "Los escarabeos con motivos religiosos podían pasar de una a otra generación, pero ello debía de ser muy poco frecuente. Los escarabeos tenían un valor mágico infinitamente mayor que el material, por lo que el propietario los adquiría no sólo para protegerse durante su vida, sino con el deseo de que su eficacia lo acompañara en la otra, mucho más larga que la terrenal" (Baqués, 1976, p. 145). Sobre esta dualidad en el carácter religioso ya se pronunció Vercoutter, para quien los escarabeos egipcios no sólo tenían una función de amuletos para los vivos y para los muertos, sino que además, y al menos desde el Imperio Medio, servían como sellos personales y también como ofrendas votivas a las divinidades (Vercoutter, 1945, p. 47). Con esa doble función en vida del dueño del escarabeo, amuleto protector y sello, es razonable pensar que su propietario se lo llevase a la tumba. De hecho en Cartago ya se señaló que las tumbas antiguas más pobres a menudo sólo contenían un escarabeo como ajuar junto a escasa cerámica, siendo una "sorte de carte d'identité du mort" (Gauckler, 1915, II, p. 396). Es evidente que estas ideas son acepta -

bles para los fenicios, quienes rendían culto a divinidades egipcias y conocían las cualidades de los diversos tipos de amuletos, pero debemos ser más precavidos al considerar la cuestión en el medio indígena, especialmente el de la Península Ibérica.

Pero el argumento irrefutable en favor de la validez de estos escarabeos como indicadores cronológicos claros de la presencia fenicia arcaica en Ibiza ha sido la propia investigación de campo. En efecto, las excavaciones de 1983 y 1986 han proporcionado dos excelentes escarabeos con un buen contexto.

Por una parte, en el pozo del hipogeo nº 7, situado en el solar de la calle León 10-12 excavado en 1983 y 1984, se encontró un enterramiento con un ajuar que se puede fechar claramente en la segunda mitad del s. VI a.J.C. (véase infra, cap. V, 3) que contenía, entre otros, un pequeño escarabeo de pasta azul.

Por otro lado, la sepultura nº 19 de Can Partit (Via Romana, 38), era una incineración en urna del tipo Cruz del Negro, que tenía como ajuar un escarabeo de pasta montado en anillo de plata fechable en los s. VII-VI a.J.C. (véase infra, cap. VI).

¿Qué nos indican los escarabeos ebusitanos, además de ilustrarnos sobre aspectos religiosos a los que haremos referencia en otro lugar? Evidentemente son un argumento más dentro de los que estamos presentando, en favor de una temprana colonización de la isla, como ya señalara insistentemente

mente Baqués (1976, pp. 143-146; 1979). Nos permiten además suponer, dentro de la historia de la investigación en la isla, que los trabajos realizados por A. Costa y sus hombres a principios de siglo en el Puig des Molins debieron de afectar un área arcaica que por desgracia hoy desconocemos. Algo más del 70% de los escarabeos egipcios más antiguos conocidos proceden de las remociones de dicho anticuario, cuya colección, como ya dijimos, pasó al M.A.B.. Este área no tiene por qué haber sido ocupada exclusivamente por hipogeos arcaicos, del tipo documentado en la calle León 10-12, ya que ahora sabemos que también acompañan incineraciones arcaicas, en urna y posiblemente otras más simples.

Finalmente, los escarabeos ibicencos antiguos, que forman el lote más numeroso conocido en Occidente antes del s. V, pueden ayudar a explicar la presencia de varios escarabeos en contextos peninsulares indígenas de esta época. Es sabido que se tiende a considerar a Cádiz como el centro artesanal del que partían muchos de los productos manufacturados comercializados por la Península (marfiles, etc...) (Aubert, 1971, pp. 122-128), jugando tanto el papel de fabricante como el de distribuidor. Baqués ya señaló que los escarabeos no llegaban de oriente a Ibiza vía Cartago, ya que la iconografía de los escarabeos de uno y otro lugar era muy diferente, y dudando de un comercio directo pensó en el intermediario lógico de Cádiz. Es factible que de aquí se distribuyeran por el ámbito del sur peninsular, con alguna penetración interior: Gorham's Cave, Guadalhorce, Jardín, Morro de Mezquitilla, Almuñecar, Villaricos, La Joya, Frigiliana, -,

Cruz de Negro, Medellín y La Guardia (Jaén) (Padró, 1981). - Pero al norte de Villaricos, encontramos escarabeos de esta cronología en yacimientos costeros que muy bien pudieron llegar vía Ibiza, que debió ser otro centro redistribuidor si consideramos el número de ejemplares conocido, mayor, hoy - por hoy, que el de la propia Cádiz. Tal sería el caso de El Molar, Peña Negra, La Solivella, Tossal del Moro, Mas de Musols y Can Canyís.

En todos estos lugares los escarabeos conocidos - son producciones de los s. VII y VI a.J.C. Un caso aparte - lo constituye Ampurias, donde se conocen cuatro escarabeos - del s. VI a.J.C., pero también otros ocho de los s. V y III a.J.C., hecho excepcional en la Península (Padró, 1974). Si para estos últimos se ha podido argumentar, por la cronología, una llegada vía griegos o etruscos, creemos que los primeros son indudablemente un indicio más de las tempranas relaciones entre Ampurias e Ibiza.

En cualquier caso, habremos de volver ampliamente - sobre el tema de los contactos con el País Valenciano y Cataluña. Quede sólo subrayado que los escarabeos más antiguos - recuperados en la isla, a pesar de no tener casi nunca contexto arqueológico, fueron desde hace años un argumento de - cierto peso en el estudio de la fase arcaica.

4. Objetos metálicos y varia

Además de los elementos cerámicos que hemos venido repasando hasta ahora y de los escarabeos, que constituyen un grupo homogéneo de restos analizables de manera agrupada, existe una pequeña serie de objetos, la mayoría de ellos metálicos, que proceden en general de las viejas excavaciones en Ibiza y pueden aportar algún dato sobre la fase arcaica.

Debemos precisar que salvo excepciones, las piezas de bronce y hierro han sufrido unas condiciones de almacenamiento pésimas, lo que hace que muchas de ellas se hayan perdido para la investigación. Hace pocos años que el Museo de Ibiza dispone de taller de restauración, y en la actualidad se están realizando grandes esfuerzos para la conservación de los elementos metálicos. La propia calidad de la tierra de los principales yacimientos, no ha favorecido de todas formas una preservación aceptable. Solemos encontrar los elementos de adorno, monedas, etc..., en muy malas condiciones, salvo cuando se trata de oro y plata, naturalmente.

Queremos también advertir que no intentamos aquí realizar un estudio exhaustivo de esta categoría de objetos, ya que no hemos considerado los fondos del Museo Arqueológico Nacional y del Museo Arqueológico de Barcelona, merecedores sin duda de un trabajo monográfico y cronológicamente más amplio. Presentaremos, por lo tanto, solamente algunas piezas recuperadas en los almacenes del Museo Arqueológico de Ibiza y otras conocidas bibliográficamente que nos pueden permitir proponer unas fechas anteriores grosso modo al 500

a.J.C.

1. Joyería.

No nos extenderemos sobre este apartado, ya que el conjunto de la joyería de oro y plata ebusitana está siendo reestudiada por diversos especialistas, y esperamos que el Corpus correspondiente salga a la luz rápidamente. Sin embargo, sí queremos llamar la atención sobre dos piezas de oro escasamente conocidas, que han sido publicadas y estudiadas recientemente.

17. Lámina de oro que forma un colgante rectangular con la imagen de Astarté desnuda sujetándose los senos, repujada. La representación aprovecha todo el campo como si se tratara del cuerpo, y se aprecian con nitidez la cabeza, los pechos y la región púbica; incompleta, falta el sistema de suspensión (San Nicolás, 1986, p. 62, fig. 1).

Dim.: 3 x 1 cm.

M.A.N.

18. Lámina de oro: colgante semejante al anterior, con mayor relieve en la representación del cuerpo; Astarté está peinada con los rizos hathóricos y tocada con una diadema. Está desnuda de cintura para arriba, y se destacan los pezones por medio de un orificio. Lleva una falda plisada abierta, sujeta por un cinturón ancho; dos perforaciones en la parte superior, a ambos lados de la cara; también está incompleta y le falta el sistema de sujeción (San Nicolás, -

1986, p. 63, fig. 2).

Dim.: 2,3 x 1,3 cm.

M.A.N.

Ambas piezas han sido publicadas varias veces desde 1980, lo que dá idea de su interés (Almagro Gorbea, 1980, p.185; 1986, pp.163-165; San Nicolás, 1983, fig. 18 y 19; 1986, pp. 62-63). Aunque el motivo iconográfico se conoce ya en Mesopotamia en el tercer milenio a.J.C., estos colgantes tienen sus precedentes en producciones semejantes del área sirio-palestina, como las halladas en Ras Shamra, Byblos, etc., fabricadas desde el s. XVI a.J.C. (Maxwell-Hyslop, 1971, pp. - 138-140). En Chipre se conoce en el s. VII y hacia occidente hay ejemplares en Tharros y Cartago, fechadas desde el s.VII hasta el s. IV a.J.C., los más recientes (San Nicolás, 1986, pp. 69-71). Los dos colgantes ebusitanos han sido fechados, tanto por su iconografía como por sus paralelos, en los s. VII-VI a.J.C. (San Nicolás, 1986, p. 71).

2. Puntas de flecha de bronce.

Desde su hallazgo en las excavaciones del poblado ibérico de El Macalón (Nerpio, Albacete) y la llamada de atención que realizó poco después García Guinea, las puntas de flecha originalmente llamadas "de arpón" han interesado a diversos investigadores (García Guinea-San Miguel, 1964; García Guinea, 1967). Sin embargo, el único trabajo de conjunto posterior sobre ellas ha aparecido hace ya más de 10 años -

(Sanchez Meseguer, 1974), y el anunciado corpus y estudio - global a cargo de J. Pereira será sin duda de gran utilidad cuando vea la luz.

Ibiza siempre ha figurado en los trabajos sobre estas flechas, ya que Vives, en su obra pionera varias veces - citada, publicó algunas de ellas (Vives, 1917, p. 58, l. XV, nº 1-5). Sin embargo, un artículo monográfico de J. Ramón es tudiando los problemas de estos proyectiles y publicando 25 ejemplares inéditos, ha demostrado que la isla es el lugar - con mayor número de hallazgos, algo más de 40, de todo el Mediterráneo occidental (Ramón, 1983).

Las diferentes cuestiones que se han suscitado, especialmente sobre el origen y cronología de estas piezas, están lejos de haber sido solventadas, pero al menos un grupo dentro de ellas puede fecharse entre los s. VIII y VI a.J.C. y por ello debemos incluirlas en este apartado.

En primer lugar, no resulta ya tan fácil definir - estas producciones. El elemento que las caracterizaba y que hizo que se las llamara puntas de arpón o à barbillon no - aparece en todos los ejemplares, no dejando por eso de formar parte del mismo conjunto. Se ha señalado con acierto que la función de retención del arpón podría realizarse, sobre todo en los ejemplares menos antiguos, por los extremos inferiores de las hojas, que pasan de ser lanceoladas a triangu- lares (Ramón, 1983, p. 310).

Definámoslas, pues, como puntas de flecha de bron- ce (existen algunos ejemplares de hierro, escasos; en Ibiza

no se conocen), de 3 a 5 cm. de largo, de cañón hueco con alguna perforación para unir la punta a la flecha de madera y hoja alargada lanceolada unas veces, triangular otras, incluso romboidal; esta hoja es plana en las piezas más antiguas, pero puede tener también sección triangular, presentando por lo tanto tres facetas; es característico de muchos ejemplares la presencia de uno (raramente dos) apéndices laterales debajo de la hoja, a modo de arpón, que sirven para dificultar la salida de la flecha una vez clavada.

El debate principal sobre estas piezas se produce en torno a su lugar de origen. Los numerosos hallazgos alrededor del Mar Negro, tanto en Armenia como en el norte de Anatolia, así como en la actual Rumanía, han sugerido que de allí se extenderían por Siria-Palestina y Grecia, tanto la del este como la peninsular. Para otros autores, el foco originario de las flechas estaría en Grecia y de allí se extendería hacia el este y hacia occidente. Más recientemente, se ha sugerido su origen en los Campos de Urnas de Centroeuropa en cuyo período I (s. XIII a.J.C.) ya se conocen prototipos - (González Prats, 1983, p. 246). Si es así, la expansión de los Campos de Urnas hacia oriente explicaría su llegada a la zona del Mar Negro, y de allí el paso que hemos comentado a las áreas griegas y fenicias.

La discusión ha seguido sobre quién transportó precisamente estos objetos hacia occidente, si los griegos o los fenicios. La fuerte concentración de hallazgos en el sur de la Península Ibérica por un lado y en el área del Rosellón y Ampurdán por otro -aunque aquí sean cuantitativamente

menos importantes- (Sánchez Meseguer, 1974, p. 74, fig. 3; González Prats, 1983, pp. 246-247, fig. 52) han hecho diverger claramente las posturas: los investigadores franceses hablan de un elemento cultural griego, con hallazgos en Marsella, Fontvieille, Pech Maho, Ampurias, etc...; los investigadores españoles señalan una indudable conexión con la colonización fenicia (Almagro Gorbea, 1981, p. 112).

Existe una postura conciliadora que opina que, por tratarse de un arma de gran efectividad, fue aceptada tanto por griegos como por fenicios, se "internacionalizó" y divulgó simultáneamente por ambas áreas de influencia (González Prats, 1983, p. 246).

En cuanto a los ejemplares ebusitanos, no tenemos la menor duda sobre su encuadre cultural. Los hallazgos de Toscanos y Villaricos (Schubart-Niemeyer, 1969, p. 209, fig. 4; Astruc, 1951, p. 22, lám. IX, nº 2; Siret, 1906, pp. 455-456, l. VII, nº 4 y 74) nos confirman su presencia en el ámbito colonial puramente fenicio, y su número la gran aceptación y uso en la isla. A este respecto, queremos dejar constancia de nuestras dudas sobre una real utilización bélica de estas flechas.

Las numerosas puntas que conocemos de visu nos parecen francamente pequeñas, y sobre todo el diámetro del cañón supone que irían enmangadas en largas pero muy finas varillas. Creemos más bien que se trata de un elemento de caza, y los abundantes hallazgos de la isla de épocas diversas deben atribuirse pues a actividades cinegéticas y no a comba -

tes contra los indígenas, como se ha sugerido (Ramón, 1983, pp. 318 y 320). Un último argumento en favor de nuestra tesis es la aparición de estas flechas en el Puig des Molins. Nunca hasta hoy se ha documentado la presencia de armas de ningún tipo en las necrópolis ibicencas, y sabemos que son muy escasas en las tumbas de todo el mundo fenicio-púnico, con la excepción de la necrópolis de Rachgún (Vuillemot, 1965, pp. 80-82) y algunas pocas armas de Mozia (Whittaker, 1921, p. 244, quién subraya su excepcionalidad). Parece lógico, sin embargo, que se depositaran en las tumbas los elementos de caza, al igual que encontramos a menudo en ellas anzuelos y otros aparejos de pesca. Son actividades económicas o de distracción, no guerreras.

Como balance final, subrayemos pues que se conocen en Ibiza varias decenas de puntas de flecha, entre las cuales las de la forma 1 propuesta por J. Ramón se fechan perfectamente en los s. VII o VI a.J.C. (Ramón, 1989, pp. 318-320, fig. 1). Esperemos de todas formas que hallazgos cerrados o con contexto más claro permitan en un futuro afinar tanto la tipología como la cronología.

3. Fibulas de doble resorte.

Con sumas reservas presentamos aquí dos piezas muy incompletas de bronce que a nuestro entender podrían ser fragmentos de fíbulas de doble resorte. Desgraciadamente, una vez más se trata de objetos que carecen totalmente de contexto. En efecto, pertenecieron a la colección Sainz de

la Cuesta, actualmente formando parte de los fondos del M.A. I., sobre la cual no existe el más mínimo dato en cuanto a procedencia exacta; sólo se sabe que reúne hallazgos de Ibiza y en contadas ocasiones podemos afirmar una procedencia, por ejemplo para las terracotas de Es Cuieram, que hablan por sí solas. Para aumentar nuestras prevenciones, de estas posibles fíbulas sólo se conserva uno de los resortes, cambiando además la posibilidad de que se trate de los dos resortes de una misma fíbula. Estas son las piezas.

19. Fragmento de una fíbula de doble resorte, de bronce, de la que queda uno de los resortes casi completo, con seis giros en la espiral y parte de lo que podría ser el puente o también el vástago de cierre, de sección circular.

Alt.c.: 2,5 cm.

Largo c.: 3,2 cm.

20. Fragmento de una fíbula del mismo tipo que la anterior, que conserva un resorte completo con doce giros más estrechos sobre los que se aprecia una varilla que se enrolla en espiral.

Alt.c.: 3,5 cm.

Dentro de la gran variedad de fíbulas conocidas en la Península Ibérica, este tipo, con sus numerosas variantes, es sin duda el más antiguo de todos, y se ha convertido en la actualidad en una de las piezas características del orientalizante de la Península. Algunos estudios detallados han permitido reconocer varios grupos, principalmente en función

del puente (sección circular, cuadrangular, romboidal, ...) y del pié (Navarro, 1970, pp. 27-40), siendo en parte esos elementos determinantes para el establecimiento de la cronología. Por desgracia, nuestros fragmentos conservan sólo parte, el resorte, que es insuficiente para estudiarlos así y catalogarlos convenientemente.

Las fíbulas de doble resorte parecen tener su origen en el Mediterráneo oriental, concretamente en el área sirio-palestina incluyendo tal vez Chipre, ya que se conoce al menos un ejemplar en Hama fechado por Riis en los s. XI-X a.J.C. (Almagro, 1966, p. 224; Arribas-Wilkins, 1969, p.203). Otros autores, como E. Cuadrado y J.M. Blázquez se inclinan por un origen italiano, siguiendo básicamente las ideas expresadas por Kimmig (1954, citado en Navarro, 1970, p. 37). Creemos, sin embargo, que la interpretación de Arribas es la más lógica, a la vista de los hallazgos más recientes. Cree dicho autor que desde el área mediterránea llegaría esta forma directamente al sur de la Península Ibérica, y por otro lado llegaría también a Italia, donde las culturas hallstáticas los transportarían al sur de Francia y por los Pirineos pasaría al importante foco del noreste peninsular (Arribas-Wilkins, 1969, pp. 203-204). Más recientemente González Prats, quien publica un amplio mapa de dispersión y detalla bibliográficamente los hallazgos, cree que desde el área andaluza la expansión de estas fíbulas se produce por el interior, - vía Medellín, hasta alcanzar Salamanca y Avila (Cerro del Berreuco, Sanchorreja), por la boca del Ebro, hacia todo el noreste, y desde el Hérault por los escasos puntos del Lan-

guedoo en que se han encontrado. Todo ello como resultado de las actividades comerciales fenicias (González Prats, 1983, pp. 236-239).

En cualquier caso, y a efectos de valorar en lo posible los fragmentos de Ibiza, la mayoría de los autores están de acuerdo hoy en el papel jugado por los fenicios en la difusión de las fibulas de doble resorte, al menos al sur del Ebro. Con unas dataciones de los s. VII ó VI en yacimientos fenicios o de fuerte impacto fenicio (Trayamar, Villaricos, Peña Negra), cabría la posibilidad de que las piezas ebusitanas se inscribieran en ese marco cronológico y en esa expansión propuesta por varios autores, de sur a norte.

4. Placa de marfil con representación de esfinge.

Apenas si se conocen en Ibiza objetos realizados - en marfil en época fenicio-púnica, y ello no debe de extrañar ya que como es sabido, a partir del s. V a.J.C. esta materia desaparece rápidamente del ámbito de la cultura púnica, siendo sustituida por el hueso, que sí es utilizado con frecuencia en la isla: mangos de cuchillo, botones, amuletos diversos, etc... Sin que las causas de esta desaparición estén todavía muy claras, el hecho es que los florecientes talleres de marfil que habían funcionado en Cartago y otros lugares durante los s. VII y VI a.J.C. dejan prácticamente de producir.

Por estas razones cobra especial interés un fragmento de placa de marfil conservado en el M.A.I. y que hace

algunos años llamó la atención a M.E. Aubet, quien lo dió a conocer en un breve pero conciso estudio cuyas ideas básicas retomamos aquí (Aubet, 1973).

21. Placa de marfil incompleta que representa la parte anterior de una esfinge en posición yacente, reproducida de perfil y de estilo egiptizante. Mide 3,7 cm. de alto - por 3,6 cm. de ancho y 0,4 cm. de espesor. Bien conservada, el marfil es de color blanco mate, y la decoración se realizó mediante incisión, siendo sobria y esquemática. Representa una esfinge masculina, tocada con el klaft y con las patas extendidas hacia delante. Si temáticamente encontramos esta iconografía en la artesanía fenicia ya desde el s. IX - a.J.C., con representaciones en marfiles y páteras procedentes sobre todo de Nimrud y de Chipre (Barnett, 1957, pp. 84-86; Karageorghis, 1969, p. 96, lám. V), por el estilo y la temática la pieza ibicenca debe ser adscrita a algún taller de Cartago, dada la ausencia de corona o de uraeus, elementos que suelen caracterizar las esfinges orientales. Y esto a pesar de que técnicamente los paralelos no nos llevan allí pues las placas caladas son muy escasas en el ámbito fenicio-púnico occidental, a excepción de algún ejemplar tardío de Monte Sirai, en Cerdeña (Moscati, 1972, pp. 406-407). Para Aubet existe un claro paralelismo entre nuestra pieza y un peine de Cartago procedente de la colina de Juno y fechado - bien entre el 700-550 a.J.C. (Bisi, 1968, pp. 43-44), bien en el VI a.J.C. (Harden, 1962, p. 207).

Por desgracia, el contexto arqueológico de la pie-

za ebusitana no permite hacer precisiones cronológicas. Procede del Puig des Molins, y se halló en el hipogeo 23 de la campaña de 1923 (nº inv. 4172), junto con algunos objetos romanos (ungüentarios de vidrio y cerámica, copa de Terra sigillata, ...) que constituyen una clara intrusión del s. I d. J.C. y un escarabeo de jaspe que tampoco aporta dato alguno. Se trata claramente de un hipogeo revuelto casi totalmente - saqueado (Román, 1924, pp. 15 y 37-38; Fernández-Padró, 1982 pp. 45-46). Sin embargo, existe una placa calada de hueso - muy semejante que constituye el mejor paralelo conocido. Se trata de una esfinge casi completa hallada en 1971 en Ullastret (Gerona), a la que sólo faltan las alas. Es de calidad bastante inferior, tanto por la materia como por la técnica empleadas. Pero es evidente que debe relacionarse con algún taller fenicio-púnico, siendo posiblemente Ibiza la vía de llegada hasta la costa catalana, si no su lugar de fabricación. La procedencia estratigráfica de la pieza, junto con cerámica de tipo jonio-focense, permite fecharla sin lugar a dudas en el s. VI a.J.C. (Martín, 1980, p. 23, fig. 1).

Así pues, a la hora de fechar la placa del Puig - des Molins, Aubet cree que su vinculación a la escuela de grabadores de Cartago, que funciona sobre todo durante los s. VII-VI y que en sus prolongaciones durante parte del s. V a.J.C. pierde la inspiración orientalizante, unida a la fecha del ejemplar de Ullastret, permite asegurar que se trata de una pieza del s. VI a.J.C.

5. Hallazgos con contexto y excavación de 1977

Acabada esta larga relación de los elementos materiales que podemos denominar arcaicos y que en un momento u otro han interesado a los investigadores por motivos diversos, queremos presentar en este apartado dos hallazgos casuales que tuvieron lugar en los años setenta en el Puig des Molins cuyo interés llevó a la realización de una corta campaña de excavaciones en 1977. Sobre ésta pesan una serie de problemas extra-científicos que dificultan como veremos su estudio, pero sus significativos resultados merecen que se intente siquiera sea una aproximación o una reseña de los trabajos.

A. La fosa de 1973.

En ese año se procedió a ampliar la antigua carretera de Ibiza a San José, actualmente Vía Romana, calle que cruza la necrópolis del Puig des Molins a lo largo de unos doscientos metros al pié de la falda norte (fig.). En el borde sur de la calle el terreno formaba entonces un talud de unos dos metros de altura. Al cortar el terreno los obreros apareció en la sección del talud, a media altura y a unos 20 metros al oeste del edificio del Museo, una fosa excavada en la roca. Hay que subrayar que no se realizó ningún tipo de intervención arqueológica, y que los datos y la única pieza recogida se deben al interés de J. Ramón, quién la publicaría años después (Ramón, 1981b, p. 27, fig. 4). Personalmente pudimos reexcavar la fosa en el transcurso de la

campaña de 1982, completando esencialmente la parte gráfica.

Se trata de una fosa rectangular excavada en la roca, de pequeñas dimensiones: 1,10 m. de largo, 0,85 m. de profundidad y 0,30 m. de anchura. A unos 0,35 m. del nivel del terreno tiene unos marcados resaltes laterales sobre los cuales se apoyaban originalmente las tres losas planas que formaban el cierre. Estas eran de piedra calcárea rojiza, y la primera de ellas se hallaba parcialmente rota y hundida en la fosa, sin que por ello pareciera que se hubiese removido mucho la fosa. En su interior había una fina tierra de color grisáceo que llenaba casi un tercio del espacio y parecía haberse filtrado del exterior con el tiempo. En ella se encontraron algunos huesos incinerados y un único elemento de ajuar, una vasija hecha a mano que describimos a continuación.

22. Pequeña taza de un asa (que falta), hecha a mano, con boca circular y labio levemente exvasado; base aplanada, irregular; pasta rojiza con desgrasante blanco mediano, superficie externa gris, alisada.

Alt.: 8,5 cm. D.boca: 8 cm. D.máx.: 10,8 cm.

D.base: 5 cm.

Nº Inv.: M.A.I. 5380

Bibliografía: Ramón, 1981,b, p. 27, fig. 6,3 (indica por error fig. 6,1).

Ya en el momento de su publicación se consideró esta pieza como una versión a mano de la forma Cintas 58, iden

tificación que creemos plausible (Cintas, 1950, lám. V). Con ese nombre se agrupa un tipo de cerámicas de cocina (cooking-pot) que Cintas llamaba marmites y que se encuentran en Car^utago desde época antigua. Así están presentes en el nivel Ta^unit I del tophet, y también en muchas tumbas arcaicas, por ejemplo en la colina de Juno (Cintas, 1970, pp. 338-340; Fan^utar, 1972, pp. 23-24). Estos ejemplares norteafricanos están hechos a torno, con el asa algo más arriba que en la pieza ebusitana, incluso a veces arrancando del mismo labio. Sin embargo, se caracterizan por una mala técnica de fabricación, y arcillas poco depuradas, con muchas impurezas gruesas y una cocción a menudo mediocre, según Cintas. Este autor considera que hay que buscar su origen por lo menos en la Edad del Bronce, presentando prototipos orientales de Byblos y de Lachish (Cintas, 1970, p. 338).

Las excavaciones en diversas áreas del Mediterráneo central de los últimos años han aportado nuevos datos de especial relevancia para estas sencillas "marmitas". Si su carácter de cerámica de cocina es indudable, ya que a menudo conservan restos de combustión en su fondo externo (Chelbi, 1985, pp. 110-111), su aparición constante en tumbas arcaicas de Cartago y Mozia ha permitido sugerir que forman parte del ajuar obligatorio de los enterramientos del s. VII y primera mitad del s. VI a.J.C. (Lancel, 1981, pp. 160 y 162). Se repiten en efecto en el grupo de tumbas bien excavadas por la misión francesa de la UNESCO en la colina de Byrsa, donde la mayoría son inhumaciones, y junto con una jarra de boca de seta y un oinokoe trilobulado parecen ser los cuatro

elementos rituales cuya deposición junto al muerto era preceptiva: dos recipientes para alimentos sólidos y dos para líquidos (Lancel, 1982, pp. 363-364). La frecuentísima aparición de esta forma en la necrópolis arcaica de Mozia, donde la encontramos en 91 de las 160 incineraciones excavadas, permite suponer también que jugaba el mismo papel en Sicilia aunque allí aparece por parejas sólo en siete casos (Tussa, 1978, pp. 91-97). Creemos de todas formas que hay que manejar con precaución los datos, al menos para Cartago, donde la revisión de los ajuares de numerosísimas tumbas realizada por Bénichou-Safar no ha permitido a esta autora considerar estos cooking-pots como elemento fijo de los ajuares de los s. VII y VI a.J.C. (Bénichou-Safar, 1982, pp. 289-301).

Para completar la difusión de este tipo de cerámica y resaltar su especial aceptación en el área del Mediterráneo central, cabe mencionar su frecuente aparición en Cerdeña, ya que está documentado en Sulcis, Monte Sirai, Tharros, etc... (Bartoloni, 1983, p. 29). No conocemos sin embargo ningún ejemplar más a occidente, salvo por supuesto esta producción a mano hallada en el Puig des Molins. No cabe duda para nosotros de que se trata de un producto local, atribuible a manos fenicias, ya que hemos expuesto claramente nuestro punto de vista sobre la ausencia de población indígena. Fechable en la primera mitad del s. VI a.J.C., esta marmite apareció en un contexto funerario perfectamente definible, dentro del área que como veremos en otros capítulos era la del sector arcaico de la necrópolis urbana. De todas formas, volveremos sobre el tema de las escasas cerámicas a

mano halladas en este yacimiento (véase infra, cap. VII,5).

B. La urna de 1976.

Es sabido que la necrópolis del Puig des Molins - fué declarada Monumento Histórico-Artístico en la famosa Orden de 3 de junio de 1931, junto con muchos otros monumentos y yacimientos nacionales. Sin embargo, nunca se delimitó claramente su extensión real, quedando sólo una parte en manos del Estado por cesión de D. Carlos Román y estando protegida únicamente un área reducida ocupada por instalaciones militares y todavía hoy en manos del Ministerio de Defensa.

El vallado y protección de los varios miles de metros cuadrados de propiedad estatal no se llevó a cabo hasta 1976. Con ese motivo, y para instalar un muro con verja que impidiese el acceso indiscriminado y destructivo a las tumbas, se tuvo que proceder a diversos movimientos de tierras en algunas zonas. Una vez más el hallazgo que vamos a reseñar se produjo en la ladera norte de la colina, en el mismo talud que hemos mencionado anteriormente, y a poco más de un metro al éste de la fosa hallada en 1973 (fig.). Se rebajaron las tierras en esta zona, pues el talud tenía una altura excesiva para el muro, mediante elementos mecánicos primero y a pico y pala después hasta llegar al nivel de la roca, con la consiguiente pérdida de una valiosa información - dado el carácter de los instrumentos utilizados y la falta de control científico. Sin embargo, sí apareció in situ un enterramiento en urna que pudo ser documentado por el Direc-

tor del Museo y conservado.

23. Urna de boca circular y labio exvasado, corto, y perfil triangular; cuello corto y troncocónico del que salen dos asas geminadas; cuerpo de tendencia ovoide y base levemente rehundida, con umbo ; pasta rojo anaranjado, con - partículas de mica y cal; la superficie externa está recu- bierta por un fino engobe de buena calidad algo más claro - que la pasta, muy perdido; lleva decoración pintada al ini- cio de la mitad inferior del cuerpo, consistente en una ban- da y un filete ancho rojos.

Alt.: 31,4 cm. D.boca: 9,8 cm. D.máx.: 24,4 cm.

D.base: 7,6 cm.

Nº Inv.: M.A.I. 6206

Bibliografía: Fernández, 1983, p. 49.

Fernández-Gómez Bellard-Gurrea, 1984, p. 788, fig.3.

La urna se clasifica fácilmente como perteneciente al tipo Cruz del Negro, posiblemente a una forma evolucionada con el cuerpo menos globular que sus prototipos andaluces. Sobre ella volveremos en el estudio general de materiales.

En su interior no se encontró ajuar alguno. Contenia únicamente los restos incinerados de una mujer joven, de 20 a 25 años (v. apéndice I). La urna había sido colocada en posición vertical en el interior de un agujero circular perfectamente excavado en la roca, que medía 0,63 m. de diáme - tro por 0,28 m. de profundidad, de manera que la urna apenas si sobrepasaba el nivel del suelo (lo que explica su buen es

tado de conservación). Aparentemente no había sistemas de sujeción o falcado, como piedras, etc...

Se puede decir que este hallazgo puso en marcha finalmente la investigación metódica y organizada del sector más antiguo de la necrópolis. La valoración de los materiales encontrados anteriormente de modo casual y la comproba-ción de que podían existir todavía enterramientos no removidos, no en el interior de los hipogeos sino en la superficie del Puig des Molins, abrían la posibilidad de llevar a cabo excavaciones en extensión con una metodología científicamente aceptable que garantizase la recuperación del más mínimo vestigio. Aunque resulte penoso recordarlo, este yacimiento tuvo que esperar más de setenta años para que se llevasen a cabo en él excavaciones en superficie. La excavación de 1977 se planificó y llevó a cabo con estas ideas en mente.

C. La excavación de 1977.

Se realizó con escasos medios técnicos y humanos en el mes de julio , durante tan sólo dos semanas. La dirección de los trabajos de campo corrió a cargo de J. Ramón Torres, bajo la supervisión del Director del M.A.I.. Se eligió para intervenir el espacio situado junto a la valla re-ción instalada, y para ello se cuadrículó un área de aproximadamente 15 m. por 5,5 m. de ancho a lo largo del muro. Poco más de 80 m². quedaron así divididos en cuadros de 1 x 1 m, en los que, dada la escasa estratigrafía, se trabajó con instrumental fino. Se dejaron varios cuadros sin tocar para facilitar la circulación y colocar piquetes, gomas, etc..., -

con lo que se puede calcular que fueron unos 50 ó 60 m². los excavados.

Además de diferentes materiales rodados o muy fragmentarios, se hallaron diversas sepulturas entre las que destacaremos una fosa excavada en la roca, una urna casi completa y un agujero en la roca.

En la primera aparecieron diversos fragmentos, como restos de urna y la parte superior de una jarrita Eb. 12, pero no se excavó más que la mitad. Tuvimos ocasión de completar su excavación en 1982, y puede verse su estudio en el capítulo correspondiente a dicha campaña (véase infra, cap. IV).

La urna recuperada (incineración I) estaba en posición casi horizontal, recostada en una oquedad natural de la roca y apareció muy fragmentada in situ, por lo que es fácil suponer que pudo romperse en fechas recientes, probablemente durante los trabajos de vallado. Es próxima al tipo Cruz del Negro y estaba llena de huesos incinerados que por desgracia han sido extraviados antes de poder ser estudiados. No apareció ajuar alguno.

Inventario.

24. Urna de cuerpo globular y cuello troncocónico con marcado resalte; boca circular, labio exvasado corto de sección triangular; del cuello salen dos asas circulares geminadas que llegan a la parte superior del cuerpo; falta la base. La pasta y las superficies son grises con partículas -

finas de mica y otras medianas de color blanco.

Alt.: 31 cm. C.máx.: 24 cm. D.b.ap.: 10,6 cm.

Nº Inv.: M.A.I. 6330.

La incineración II se encontró a menos de un metro al este de la urna de 1976. Consistía en un agujero circular perfectamente excavado en la roca, al igual que el que contenía aquélla, pero de paredes más verticales (fig.). Había sido parcialmente afectado por la construcción del pozo de un hipogeo cercano.

Medía 0,35 m. de diámetro y tenía 0,25 m. de profundidad. En su interior se había depositado un pequeño amontonamiento de huesos quemados y para protegerlos se había dispuesto casi verticalmente una pequeña losa de marés (piedra arenisca de Ibiza) y una piedra calcárea de forma aplanaada pero sin desbastar. Junto con los huesos sólo había un fragmento de cerámica a mano (Ramón, 1981,c, p. 27). Por desgracia, los huesos de este enterramiento también se extraviaron, al igual que algunos otros encontrados directamente sobre la roca.

Pese al interés evidente de los resultados que se estaban obteniendo, las excavaciones quedaron bruscamente interrumpidas por profundos desacuerdos entre la Dirección del Museo y los excavadores. Sólo cinco años después, en 1982, - aunque con fecha del año anterior, salió a la luz el artículo ya citado de J. Ramón dando a conocer estas incineraciones arcaicas in situ junto a otros elementos fenicios antiguos. Pero en líneas generales la excavación permanece inédita.

dita, y esperamos que a la luz de los nuevos y numerosos hallazgos de estos últimos años pueda completarse su estudio - en breve plazo.

6. El estudio de la campaña de 1946

Hemos dejado para el final de este capítulo algunos materiales que cronológicamente fueron descubiertos antes que la mayoría de los ya expuestos. Sin embargo, pensamos que de otra manera no hubiese quedado clara para el lector la evolución de la investigación, la pequeña historia de los hechos que han ido configurando los estudios de la primera fase de la colonización fenicia de Ibiza. Y en realidad no engañamos ni tergiversamos, pues si los elementos que vamos a presentar a continuación se recuperaron en 1946, no fueron realmente valorados hasta cerca de treinta años después.

La campaña realizada por José M^º Mañá de Angulo en 1946 en el Puig des Molins supuso su primera intervención en la arqueología ebusitana. La figura de Mañá (1912-1964) ha sido ya valorada suficientemente en los últimos años, pero queremos simplemente recordar que además de otros meritorios trabajos por los que ha llegado a ser muy conocido (p.e., su famosa clasificación de las ánforas púnicas), realizó numerosas excavaciones en Ibiza a lo largo de los veinte años en

que fué Director del M.A.I.: en el Puig des Molins hizo al menos seis largas campañas (1946, 1949, 1950, 1951, 1954, - 1955), publicando por desgracia sólo breves resúmenes de las tres primeras (todos los artículos de Mañá han sido recopilados en una reciente publicación: Mañá, 1984). Afortunadamente, el M.A.I. conserva buena parte de la documentación manuscrita y fotográfica referida a dichas campañas, lo cuál nos permitió abordar en 1980 el estudio exhasutivo de la de 1946. Fruto de dicho trabajo fué la publicación de la memoria de excavación, la primera en ver la luz desde la aparición de las breves memorias de Carlos Román a la J.S.E.A. en los años veinte (Gómez Bellard, 1984). El resto de las excavaciones de Mañá se encuentra actualmente en estudio y serán pronto publicadas.

La campaña de 1946 tuvo lugar principalmente en el área cercana al edificio del Museo, sobre todo al oeste, afectando por lo tanto la zona en la que muchos años después se realizarían los hallazgos que hemos descrito en el apartado anterior. De todo el material que pudimos identificar y al que se dió una procedencia exacta, destacan una serie de objetos que se emparentaban claramente con otros materiales arcaicos sin procedencia. Nos referimos fundamentalmente a las ampollas de aceite y a una urna ovoide con decoración pintada.

25. Ampolla de cuerpo globular, con base formando mamelón; cuello con resalte que se vá estrechando hasta la boca, circular; labio exvasado; el asa, que falta, iría del

resalte del cuello a la parte superior del cuerpo, siendo pe queña, gruesa y de sección circular; pasta anaranjada, hojaldrada, poco depurada, con cal y diminutos puntos negros; superficie naranja rojizo; incompleta y restaurada.

Alt.: 8,7 cm. D.boca: 2,7 cm. D.máx.: 6,2 cm.

N^o Inv.: M.A.I. 7277

Bibliografía: Gómez Bellard, 1984, p. 100, fig. 45,1.

Fernández-Gómez Bellard-Gurrea, 1984, p. 788, fig. 4 A.

26. Ampolla de cuerpo globular acabado en botón, - cuello ancho que se estrecha progresivamente formando resalte, y boca con el labio grueso de sección triangular; asa pe queña que va de la mitad del cuello a la parte superior del cuerpo, con sección ovalada; pasta beige amarillento, poco - depurada, superficie del mismo color.

Alt.: 10,2 cm. D.boca: 2,9 cm. D.máx.: 6,4 cm.

N^o Inv.: M.A.I. 7349

Bibliografía: Gómez Bellard, 1984, p. 133, fig. 63,2.

Fernández-Gómez Bellard-Gurrea, 1984, p. 788, fig. 4 B.

27. Ampolla grande de cuerpo completamente esférico, cuello macizo diferenciado que se estrecha después de un marcado resalte y labio de sección triangular; un asa muy - corta de sección ovalada va del resalte del cuello a la parte superior del cuerpo; la pasta es dura, bien cocida, y la superficie es de color ocre claro.

Alt.: 14,3 cm. D.boca: 3 cm. D.máx.: 10,5 cm.

Nº Inv.: M.A.I. 7350

Bibliografía: Gómez Bellard, 1984, p. 134, fig. 63,1.

Fernández-Gómez Bellard-Gurrea, 1984, p. 788, fig. 5.

28. Urna de cuerpo ovoide, base rehundida, boca - circular y labio exvasado; tiene un resalte a la altura media del cuello, del que salen dos asas pequeñas (falta una), de sección elíptica algo hundida en uno de sus lados; pasta de color ocre oscuro con impurezas de mica y cal muy abundantes; lleva decoración pintada muy perdida, en color negro, - consistente en una banda por encima del diámetro máximo, enmarcada por seis bandas estrechas encima y otras dos debajo, del mismo color; la pieza es incompleta, faltándole una mitad lateral de la panza.

Alt.: 35 cm. D.boca apr.: 14 cm. D.base: 8 cm.

D. máx.: 25 cm.

Nº Inv.: M.A.I. 7366

Bibliografía: Gómez Bellard, 1984, p. 134, fig. 62.

29. Colgante de plata circular, con anilla de suspensión en la parte superior en forma de carrete; recorre su diámetro un engrosamiento que penetra hacia el interior en la parte baja; tiene además un botón centrál.

Alt.: 2,2 cm. D.disco: entre 1,7 y 1,9 cm.

Nº Inv.: M.A.I. 7259

Bibliografía: Gómez Bellard, 1984, p. 91, fig. 37,2 y lám.

VI, 4.

Mateu Prats, 1984, pp. 137-139.

Además de estos cinco elementos de los s. VII-VI a. J.C., señalamos entonces la antigüedad de algunos restos de terracotas, que siguiendo los trabajos de M^{re} J. Almagro y P. San Nicolás fechamos en el s. VI a.J.C. (Gómez Bellard, 1984 p. 57, lám. VI,3).

Lógicamente el balance cuantitativo era poco aleccionador, pero por el contrario pudimos sacar provecho de la identificación del lugar de procedencia. El colgante y las terracotas provienen indudablemente de hipogeos, y merece subrayarse que el hipogeo 30, donde se halló la joya, estaba junto al solar de la calle León 10-12, donde se excavaron en 1983 los primeros hipogeos fechables en el s. VI a.J.C. Pero tanto las ampollas como la urna fueron encontradas en superficie, todas menos una en el área denominada por Mañá "sector ánforas" o "zanjas chipriotas", la otra (n^o 25) junto a la boca del hipogeo 42, a menos de 50 m. del citado sector (Gómez Bellard, 1984, pp. 21-24).

Debemos reconocer que Mañá no consignó en lugar alguno la aparición de incineraciones a cuyo ajuar se pudiese atribuir estas cerámicas. También es verdad que la metodología empleada entonces no era la más idónea. Hoy sabemos que estas incineraciones arcaicas aparecen a menudo como reducidos amontonamientos de huesos quemados, frágiles, con un pequeño objeto de acompañamiento. Es poco probable que los obreros que trazaban zanjas a pico y pala en busca de bocas

de hipogeo pudieran sospechar que no encontraban piezas cerámicas sueltas, sino que se trataba de modestas tumbas individuales. De todas formas, hay que ser justos, y la experiencia de las excavaciones de estos últimos años nos ha enseñado que todo este sector del Puig des Molins estaba bastante alterado por la sucesión de enterramientos a lo largo de más de 700 años. En concreto, la zona estudiada por Mañá tenía una serie de enterramientos en ánforas del s. IV a.J.C., casi al mismo nivel que las incineraciones antiguas, como también comprobamos en la campaña de 1982. Es fácil pensar en conclusión que la insospechada complejidad de la zona no permitiera en aquella ocasión documentar con fidelidad los hallazgos.

Cuando a mediados de 1982 ultimamos el estudio de la campaña de 1946, relacionamos los hallazgos casuales de los años setenta con los resultados de Mañá, exponiendo nuestras esperanzas de que aparentemente se había localizado por fin el sector arcaico del Puig des Molins. Escribimos entonces: "En resumen tenemos una serie de objetos bien datados - en el s. VI a.J.C. que han aparecido en una zona circunscrita de la necrópolis que apenas sobrepasa los 1.000 metros cuadrados. Creemos, pues, que hay que empezar a pensar seriamente en la existencia de un área de enterramientos arcaicos, reducida, a ambos lados de la calle Via Romana. Área por supuesto destruida, arrasada por los trabajos agrícolas, en especial en su parte más meridional donde la capa de tierra es mínima. Pero destruida a nuestro entender desde muy antiguo, pues en toda ella se abrieron innumerables hipogeos. En resu

men, hubo en nuestra opinión un área en la necrópolis en la que se realizaron enterramientos, incineraciones por los datos que poseemos, en el momento casi inicial de la existen -
cia de la colonia púnica. Posteriormente quedó destruida con la apertura de hipogeos y fosas, en los siglos sucesivos, y la consiguiente remoción de tierras. ... Por supuesto, -
subsisten aún muchas dudas y no sabemos si una futura excava -
ción en extensión del sector mencionado corroborará o, al -
contrario, invalidará esta idea." (Gómez Bellard, 1984, p. -
153).

La publicación de los primeros datos de la excava -
ción de 1977 (Ramón, 1981, c).nos confirmó en la idea de que
sólo unas nuevas excavaciones metódicas, que afectaran a un
área más amplia, nos permitirían documentar fielmente esos
restos fenicios de la primera fase y estudiar de nuevo, como
hacían otros autores, los orígenes de la colonia abusitana.
Con este fin planteamos la realización de la campaña de 1982.

IV.- LA CAMPAÑA DE 1982

Queremos subrayar que los trabajos de campo emprendidos en el Puig des Molins en 1982 son la consecuencia lógica de toda la investigación anterior y que desde el primer momento fueron planificados con un objetivo concreto: atestiguar definitivamente la existencia de un sector de enterramientos arcaicos en la necrópolis mediante el hallazgo in situ de sus restos, como ya en 1977 se había podido prever. Si algunos de los resultados espectaculares de los años posteriores se deben a menudo al azar o a las excavaciones de urgencia, en esta breve campaña intentamos que la minuciosidad del trabajo nos permitiese recoger hasta el más mínimo indicio y hacer irrefutable la idea de una Ibiza fenicia anterior al s. V a.J.C.

Para evitar confusiones debemos señalar que en ese año las excavaciones afectaron a dos zonas bien diferenciadas de la necrópolis: la pequeña área del NO, de la que ahora nos ocuparemos, y un extenso sector al NE en el que se hallaron estructuras principalmente medievales en esta campaña, pero que en 1983 proporcionó el conjunto más importante de cerámicas fenicias. Todo ello será expuesto en el capítulo V.

Como observación preliminar hemos de decir que no vamos a presentar aquí la memoria definitiva de estas excavaciones. En efecto, la campaña de 1982 no sólo proporcionó, como veremos, valiosos datos sobre la fase más antigua de la necrópolis, sino que permitió también atestiguar otros rituales

funerarios de época posterior. Hipogeos y fosas, junto con los materiales en ellos recuperados unidos a los hallazgos dispersos sobre la roca madre del Puig des Molins, han aportado gran cantidad de nuevos datos que merecen ser dados a conocer. Estamos convencidos sin embargo de que presentarlos aquí sólo contribuiría a complicar la exposición y a alejarnos del tema central de nuestro trabajo. Como quiera que la memoria definitiva está ya redactada y a punto de publicarse, hemos optado por extraer de ella únicamente los elementos que tienen relación con la época que estudiamos, y por lo tanto con una cronología de los s. VII y VI a.J.C. Trás una descripción sumaria de la excavación en sí y su desarrollo, haremos una valoración también breve, remitiéndonos al capítulo VII para el estudio de los materiales, y al VIII para todo lo referente al ritual funerario.

Las excavaciones fueron co-dirigidas con nuestra colega Rosa Gurrea Barricarte, y decidimos plantear los trabajos partiendo de la zona estudiada en 1977. Para ello, se cuadruló toda el área comprendida entre la valla de la necrópolis (al N y O), el edificio del Museo (al E) y un sendero que desde éste conduce a los hipogeos habilitados para la visita del público (al S), marcando rectángulos de 4 x 3 metros, con testigos de un metro de ancho. A lo largo de la campaña, que duró del 4 de noviembre al 13 de diciembre, se excavaron cuatro catas separadas (B-1, B-2, B-3 y C-2) más tres de las marcadas junto a la valla, correspondientes a la letra A y unificadas en una sola gran cata denominada Area Valla. En total, la superficie excavada es de unos 130 m².

En todas las catas excepto en el Area Valla (en adelante A.V.) se han distinguido claramente dos niveles.

El primero (nivel 1) corresponde al estrato superficial, compuesto por tierra gris oscura con abundantes piedras pequeñas y humus. El material arqueológico aparece en poca cantidad y está casi siempre fragmentado y rodado a causa de la pendiente del terreno. En algunos casos se encontró material más completo que procede, sin duda, del vaciado antiguo de los hipogeos.

El espesor de este nivel varía bastante según las catas, debido también en parte al rebaje de tierras realizado en 1976 (véase supra, cap. III, 5, B). En las catas más meridionales la potencia de este estrato es mayor, siendo casi inexistente en el A.V.

El nivel 2 es de tierra rojiza, suelta y sin piedras. Se asienta directamente sobre la roca calcárea del cerro, que se presenta bastante irregular, con oquedades y desniveles naturales que fueron aprovechados a veces como veranos para depositar huesos incinerados. Este nivel fué removido sin duda ya en época antigua: casi todo el material recuperado en él es muy fragmentario (con notables excepciones) y hay algunas intrusiones del nivel superior.

Su espesor no sobrepasa en ninguna cata los 0,30 m. y en el A.V. es casi el único existente entre los afloramientos de la roca madre. En esta zona hemos mantenido la denominación de nivel 2 para simplificar su identificación con el mismo nivel de las demás catas.

Debemos subrayar que en todas ellas hemos encontrado bocas de hipogeos. En estos casos se ha excavado el acceso pero sin dejarlo abierto, únicamente se ha despejado para poder señalarlo en las planimetrías generales de la necrópolis. Recordaremos que gran parte de los hipogeos conocidos actualmente en el Puig des Molins se comunican entre sí debido a los saqueos y excavaciones antiguos, en el transcurso de los cuales se perforaron las paredes de las cámaras. Por ello penetramos en los explorados en esta campaña por la boca de uno que queda fuera del área excavada, y se ha comprobado que todos los pozos localizados corresponden a hipogeos vaciados de antiguo, parcial o totalmente. Dado que esta campaña tenía como fin primordial la excavación de las áreas al aire libre, donde se podían hallar los elementos arcaicos, se consideró que no convenía desviar medios humanos y materiales para el vaciado completo de las cámaras.

1. Cata B-1.

Se sitúa directamente al sur de la excavación de 1977 y es la más occidental de las de esta campaña.

El nivel 1 oscila, en la mitad oriental de la cata, entre los 0,15 y 0,25 m., mientras que en la parte occidental alcanza los 0,70 m. probablemente por haberse depositado aquí tierra del vaciado del hipogeo. De hecho, el material es escasísimo y muy fragmentario, encontrándose excepcionalmente un cuenco intacto que por hallarse al N de la boca y junto a ella procede presumiblemente del interior de la cámara.

El nivel 2 sólo aparece en el área oriental con un espesor medio de 0,20 m. Entre el escaso material recogido - destacaron un pequeño plato de pocillo y la parte superior de una jarrita de boca trilobulada, fechables cuando menos en - los s. V o IV a.J.C.

En el ángulo SO de la cata apareció la boca de un - hipogeo que mide 2,10 m. de largo por 0,87 m. de ancho, y que presenta como rasgo poco usual una pequeña pared de piedras - careadas y bien trabadas que delimita parte de uno de sus la- dos. Mide este murete 1,06 m. de largo por 0,40 m. de ancho. Del relleno del pozo se pudo recuperar gran cantidad de mate- rial muy fragmentado, principalmente de época romana.

Al N de la cata se excavó la mitad de la fosa cuyo vaciado no se había completado en 1977 (incineración I). Está excavada en la roca y tiene planta rectangular pero sus sec - ciones son cóncavas. Las medidas totales son 1,65 m. de largo 0,75 m. de anchura y 0,90 m. de profundidad máxima. Si en la parte superior había tierra de relleno con cerámica revuelta de varias épocas, los últimos 0,30 m. estaban compuestos por una tierra más compacta de color naranja-amarillento con abun - dantes piedrecitas. En el fondo había una bolsada de cenizas y huesos quemados, estando ennegrecida la pared oeste. En es- te nivel inferior y junto con los restos humanos se recuperó el primer material arcaico: una ampolla intacta y restos de - dos urnas.

Inventario.

30. Ampolla de la forma Bisi-3 de cuerpo globular acabado en mamelón, cuello troncocónico con engrosamiento y boca circular de labio grueso y exvasado; el asa, pequeña y estrecha, es de sección casi circular y va del cuello a la parte superior del cuerpo; pasta beige anaranjada, con abundantes partículas gruesas de cal y algunas más pequeñas de color rojo oscuro.

Alt.: 9,7 cm. D.b.: 3,4 cm. D.máx.: 6,8 cm.

Nº Inv.: B1-F1-1.

31. Dos fragmentos correspondientes al cuello y la panza de una urna de tipo Cruz del Negro; cuerpo ovoide, cuello recto con resalte y boca circular de labio exvasado; pasta y superficies ocres con abundantes partículas medianas de cal.

Alt.c.: cuello 6,2 cm. D.b.aprox.: 10 cm.

cuerpo 16,5 cm. Alt.reconstruida: 34 cm.

Nº Inv.: B1-F1-2.

32. Parte inferior fragmentada e incompleta de una urna de base rehundida; pasta y superficie ocre oscuro, con zonas gris-negro; partículas medianas de cal.

Alt.c.: 7,3 cm. D.base aprox.: 5 cm.

Nº Inv.: B1-F1-3.

Además de estos materiales de la fosa merecen reseñarse dos fragmentos hallados en superficie.

33. Fragmento de boca de un ánfora tipo Rachgún-1 de labio grueso y exvasado; pasta y superficies marrón con muchas partículas de mica, cal y otras rojizas.

Alt.c.: 4,8 cm. D.base aprox.: 16 cm.

Nº Inv.: B1-S-1.

34. Fragmento de borde de un plato de pasta marrón con mica y partículas grises; borde vuelto hacia el exterior, decorado en su superficie con tres filetes de engobe rojo.

Alt.c.: 1,2 cm. D.base aprox.: 14,5 cm.

Nº Inv.: B1-S-2.

2. Cata B-2.

Tenía una potencia de tierra muy pequeña, sólo 0,50 metros en su parte occidental. En ambos extremos el nivel 1 tenía sólo entre 0,08 y 0,10 m. y el nivel 2 de 0,15 a 0,40 m., mientras que en el centro el nivel 2 había desaparecido prácticamente. Aquí se encuentra la boca intacta de un hipogeo, de 1,90 por 0,85 m., que está cerrada por grandes lajas a 0,80 m. del nivel de la superficie rocosa. Se accedió a dicho hipogeo a través de la cámara de la cata B-1 y se vió que estaba prácticamente vacío.

Al lado este de la boca del pozo y directamente depositados sobre la roca se hallaron fragmentos de huesos y algunos dientes correspondientes a una inhumación infantil. El ajuar que la acompañaba está compuesto por un vasito-biberón

púnico, un ancho brazalete de plata decorado con incisiones, una campanita de bronce y tres pequeños amuletos y cuentas de collar de pasta vítrea; había además dos pequeñas monedas de plata con sendas perforaciones para llevar colgadas que pueden pertenecer a una emisión poco conocida y estudiada de Ampurias, fechables en el s. IV-a.J.C. (1). Coincide con la datación del vaso-biberón y podemos hacerla extensiva al enterramiento.

Al N del hipogeo apareció una pequeña fosa excavada en la roca de 1,22 por 0,45 m. que contenía escasos huesos y dientes también de una inhumación infantil. Como quiera que el único material recogido, dadas las remociones sufridas por esta sepultura, fueron una cuenta de collar de pasta vítrea y restos de un brazalete de bronce, es imposible aventurar una cronología.

A pesar de su poca potencia, aparecieron tres fragmentos cerámicos de gran interés en el nivel 2.

Inventario.

35. Fragmento de boca y parte del cuello de una ampolla Bisi-3; pasta ocre anaranjada con partículas de mica y cal.

Alt.c.: 2,9 cm. D.base aprox.: 1,5 cm.

Nº Inv.: B-2-2-1

(1) Agradecemos al Dr. P.P.Ripollés Alegre el estudio de éstas y otras monedas aparecidas en nuestras excavaciones en la isla.

36. Fragmento de boca de una vasija de labio verti cal, hecha a mano; partículas de mica y cal, y otras gruesas de cuarzo; pasta gris y anaranjada según zonas.

Alt.c.: 2,5 cm. D.base aprox.: 7 cm.

Nº Inv.: B2-2-2.

37. Fragmento de base plana y arranque del cuerpo de una vasija hecha a mano; pasta gris parduzco con mica y - cuarzo; superficie alisada.

Alt.c.: 2,2 cm.

Nº Inv.: B2-2-3.

3. Cata B-3.

El nivel 1 oscilaba en esta cata entre 0,50 m. al E donde llegaba hasta la roca, y 0,08 m. en el O. En la zona - central de la cata el nivel 1 era casi inexistente y el nivel 2, allí donde se encontró, tenía 0,30 m. de potencia. Se loca lizaron dos bocas de hipogeo y una fosa, y con el fin de en- globarlas totalmente se amplió la cata de 1 m. a lo largo de 2,5 m. de su lado norte.

La fosa fué realizada aprovechando la boca de un hi pogeo que no llegó a construirse. En efecto, quienes llevaron a cabo la perforación del pozo se dieron cuenta de que debajo de ellos se encontraba la cámara de un hipogeo contiguo, cuya bóveda llegaron a agujerear. A la vista del error, muy poco frecuente en la necrópolis, abandonaron la tarea. En época - posterior imposible de precisar la boca fué parcialmente uti-

lizada para inhumar el cuerpo de un adulto; para ello se completó la fosa con un murete de piedras careadas medianas que la delimitaban, conservado parcialmente. El esqueleto estaba en muy mal estado y no se encontró ajuar alguno.

En los pozos de los dos hipogeos se halló un material relativamente abundante, y merece destacarse el cierre - de uno de ellos. Consistía en una gran losa de piedra arenisca, rectangular, de 2,10 m. por 0,83 m. que se conserva in situ y tapa totalmente la comunicación con la cámara.

De especial interés es el hallazgo en el ángulo SO. de la cata de una bolsada de tierra quemada dispuesta directamente sobre la roca, que contenía huesos incinerados de un niño así como algunos carboncillos (incineración nº II).

Los hallazgos de cerámicas arcaicas fueron muy escasos, pero relevantes, ya que aparecieron en el nivel 1 varios fragmentos de cerámica de engobe rojo (sólo uno con forma) - que se unían así al hasta entonces unicum que constituía la lucerna recuperada en el solar nº 40 de la Via Romana, justo enfrente del área de excavación.

Inventario.

38. Fragmento del borde de un plato de engobe rojo; pasta marrón rojiza, porosa, con partículas de mica y pequeños puntos gris-negro; están recubiertas del engobe, de buena calidad y color rojo-marrón.

Alt.c.: 1,5 cm. D.m.aprox.: 13 cm.

Nº Inv.: B3-N1-1.

39. Fragmento de asa geminada grande, de pasta porosa y superficie de color ocre, con partículas de mica y cal.

Nº Inv.: B3-N2-1.

4. Cata C-2.

A medida que se excavaba esta cata tuvo que ser ampliada 0,30 m. al N y 0,40 m. al S para poder englobar las ánforas que se mencionan más adelante.

Tenia mayor espesor de tierra, probablemente por encontrarse en zona más alta que las anteriores y más alejada de la calle, viéndose así menos afectada por el rebaje de tierras efectuado en 1976. El nivel 1 tenía aproximadamente 0,35 m. de potencia, y aparecieron en él dos ánforas púnicas acanaladas, rotas e incompletas (A1 y A3), situadas en el corte sur de la cata. Por el hecho de estar los fragmentos, grandes, amontonados y no encontrarse ni huesos ni otro tipo de material pensamos que podría tratarse de restos removidos de un enterramiento de los que Mañá halló en 1946, ya que esta zona está pegada al "sector ánforas" descubierto en aquella campaña (Gómez Bellard, 1984, pp. 130-138). Confirmando esta hipótesis, apareció en el ángulo NO una tercera ánfora (A2), del tipo PE-14, casi completa y que se ha podido reconstruir, a falta sólo de la boca y las asas. Estaba tumbada y perfectamente falcada con piedras no trabajadas de tamaño mediano. En su interior se hallaron únicamente algunos pequeños huesos humanos, pero delante de la boca, al sur del ánfora, aparecieron otros huesos sueltos y algunas piezas que debemos conside

rar como el ajuar. Ambos grupos de huesos corresponden a un recién nacido, y se trata de una inhumación, sin señal alguna aquí de cremación. Un tercer grupo de huesos aparecido al este del ánfora, fué considerado en principio como perteneciente al mismo enterramiento. Pero el estudio antropológico reveló que si los restos eran también de un recién nacido, habían sido fuertemente quemados. Todo ello nos lleva a considerar ahora que se trata de una incineración arcaica (incineración nº III), a pesar de la falta de ajuar, semejante a la de la carta B-3 y que se vió afectada por la deposición del ánfora 2.

El ajuar que acompañaba a ésta consistía en un ungüentario globular de pasta rojiza, dos monedas perforadas de una ceca de Cerdeña unidas con una cuenta de pasta vítrea mediante un cordel, dos aretes de plata (uno con decoración incisa) y dos brazaletes, uno de bronce y otro de hierro. Puede fecharse en la 1ª mitad del s. III a.J.C.

Mezclados en este nivel 1 aparecieron restos de pavimento de mala calidad, de color amarillento. A medida que avanzaba la excavación se pudo constatar que correspondían - efectivamente, a un pavimento hecho con piedras menudas y un enlucido de arcilla, que aparecía con una anchura de 0,40 m. a lo largo de la cata. Despejado poco a poco, se localizó la boca de un hipogeo de 2,13 m. por 0,77 m., pudiéndose comprobar que el pavimento rodea la boca totalmente. Hacia el interior se eleva en curva, y es casi seguro que originalmente se llaba toda la entrada de la tumba, siendo destruido para acceder a ella.

El nivel 2, que tenía unos 0,40 m. de espesor, proporcionó algunos hallazgos sueltos, destacando una vasija a mano entera y un cuenco, en el centro aproximadamente de la cata, además de otra bolsada de huesos quemados depositados sobre la roca (incineración nº IV).

Inventario.

40. Olla pequeña hecha a mano, de boca circular y labio recto ligeramente inclinado hacia el exterior; cuerpo de tendencia globular, base plana con pié horizontal indicado; dos asas planas van desde el arranque del labio hasta la mitad del cuerpo; pasta gris oscuro, superficie interna rojiza, superficie externa grisácea con algunas zonas rojizas.

Alt.: 12,6 cm. D.b.: 8,5 cm. D.base: 7,7 cm.

Nº Inv.: C2-N2-8.

41. Fragmento del borde de una vasija hecha a mano; pasta gris oscuro, con abundantes partículas de mica y cuarzo.

Alt.c.: 2 cm. D.b. aprox.: 10 cm.

Nº Inv.: C2-N2-1.

42. Fragmento de borde de una vasija hecha a mano, de boca levemente inclinada hacia el exterior; pasta gris oscuro y superficies marrón, con desgrasante grueso de cuarzo.

Alt.c.: 3,5 cm. D.b. aprox.: 10 cm.

Nº Inv.: C2-N2-3.

43. Fragmento del borde de una vasija hecha a mano, con labio ligeramente exvasado; pasta marrón y superficies - gris oscuro.

Alt.c.: 3,5 cm. D.b. aprox.: 9 cm.

Nº Inv.: C2-N2-4.

44. Fragmento del fondo de una vasija posiblemente hecha a mano, de la que se conserva el inicio de la base; pasta muy grosera, gris al igual que las superficies, con desgrasante mediano.

Alt.c.: 3 cm.

Nº Inv.: C2-N2-5.

45. Cuenco pequeño de cuerpo achatado, base plana y labio levemente engrosado; pasta y superficies beige, con mica y cal; intacto.

Alt.: 4,4 cm. D.b.: 5,7 cm. D.base: 3,6 cm.

Nº Inv.: C2-N2-9.

5. Area Valla.

Se inició la excavación por la cata A4, que tenía - las mismas dimensiones que las demás. El nivel 1 no llegaba a los 0,10 m. y el nivel 2 aparecía también con un espesor muy reducido, en ocasiones sólo entre las oquedades de la roca - que afloraba intermitentemente. Se localizaron dos bocas de hipogeo, una de ellas sin remover, y justo en el límite de la cata, en la esquina NO, se encontró una incineración infantil.

Los huesos quemados habían sido depositados en una oquedad natural de la roca, parcialmente retallada y sobre ellos se situó una ampolla del tipo Bisi-3, que apareció fragmentada pero completa (incineración nº V).

El interés de este hallazgo hizo que se decidiera ampliar la cata por el N hasta la misma valla, y dada la poca potencia de tierra, también en dirección al edificio del Museo, sin dejar testigos. Se unieron así la cata A-4 y siguientes (A-5 y A-6), para formar una extensa área rectangular de 17,50 m. de largo por 4,30 m. de ancho. En la ampliación se delimitaron las bocas de los hipogeos 3, 4, 5, 6 y 7, cuyas cámaras estaban vacías o revueltas. El pozo del hipogeo 7 está cortado por la calle Vía Romana. Lo que pensamos que era otro hipogeo, el nº 8, no fué apenas tocado, pero una vez finalizada la excavación y con las primeras lluvias, observamos que las aguas no se filtraban, se quedaban estancadas en la boca. Todos los hipogeos, por el contrario, absorben rápidamente el agua. Esto nos ha llevado al convencimiento de que se puede tratar de una fosa, pero sólo la ampliación de las excavaciones en la misma área lo podrá confirmar.

De los materiales cabe destacar, además de la ampolla citada, el fragmento de boca de urna tipo Cruz del Negro hallado en el pozo del hipogeo 4 y un fragmento de ánfora R-1 del nivel 1.

Inventario.

46. Fragmento de la boca de un ánfora R-1; labio -

grueso de sección triangular, pasta y superficies gris claro, con mica y puntos blancos y negros.

Alt.c.: 2 cm. D.boca aprox.: 15,5 cm.

Nº Inv.: AV-N1-1.

47. Ampolla de la forma Bisi-3, de cuerpo globular acabado en mamelón; cuello troncocónico con engrosamiento; -- boca circular de labio exvasado; asa pequeña de sección aplana-
nada que va del cuello a la parte superior del cuerpo; pasta rojo anaranjada; la superficie externa está recubierta de un engobe blanco amarillento.

Alt.: 9,7 cm. D.b.: 3,7 cm. D.máx.: 6,5 cm.

Nº Inv.: AV-N2-1.

48. Fragmento de boca de una urna posiblemente del tipo Cruz del Negro; pasta y superficies grises con mica y -
cal así como partículas medianas de color gris brillante; labio exvasado, resalte en el cuello.

Alt.c.: 3 cm. D.b. aprox.: 8 cm.

Nº Inv.: AV-H4-1.

Sin ser tampoco espectaculares, como se ha podido -
apreciar, los resultados de las excavaciones de 1982, además
de aportar datos significativos sobre la época púnica clásica,
confirmaron la existencia en el área NO del Puig des Molins -
de un momento temprano dentro de la presencia fenicia en la is
la. Quedó bien patente la diversidad de los rituales, aunque

siempre siguiendo la práctica de la incineración, y la escasez de los ajuares no siempre atribuible al saqueo o la destrucción. Este sin embargo era un elemento a tener en cuenta, ya que independientemente de los daños causados en época reciente, parecía que esta zona arcaica de la necrópolis ya se había visto afectada al menos desde el s. V a.J.C. con la apertura de hipogeos y posteriormente con variados tipos de enterramientos. Por lo tanto, quedó claro de cara al futuro que sólo un sistema de excavación minucioso permitiría extraer toda la documentación existente, preservada aquí y allá en una pequeña extensión de terreno por los accidentes naturales de la roca y la casualidad de haber escapado tanto a las remociones antiguas como a los modernos saqueos.

V.- LAS EXCAVACIONES DE 1983

Los resultados de las diversas actuaciones realizadas a lo largo de 1983, que a continuación expondremos, sólo responden en parte a la continuación de las excavaciones metódicas del año anterior. En efecto, se puede decir que intervino el factor sorpresa, por un lado, y por otro las imposiciones y fatigas de las excavaciones de urgencia tuvieron su recompensa en el hallazgo de los primeros hipogeos del s. VI a. J.C. bién documentados.

Para una mejor claridad en la exposición, vamos a subdividir en tres las actuaciones, entre otras razones porque aunque en todos los casos se trata de excavaciones en la necrópolis, las áreas en las que se realizaron dieron resultados muy diferentes.

1. Los hipogeos del sector N.E.

Ya hemos señalado en el capítulo anterior, aunque muy brevemente, que en 1982 se excavó en dos zonas bien diferenciadas del Puig des Molins: el sector NO, con los resultados ya expuestos, y en el otro extremo, el sector NE. En esta segunda zona las labores vinieron condicionadas por la necesidad de comprobar si había o no restos arqueológicos de interés, ya que existía un proyecto oficial de ceder esa parte

del yacimiento para crear un parque público, ante la escasez de zonas verdes en la ciudad de Ibiza. Por lo tanto, hubo - que abrir una gran extensión de terreno, y ante la comprobación de que los niveles superiores eran muy recientes, poste_riores a 1950, se procedió a rebajar tierras mecánicamente.

El área explorada está justo al pié de la colina, es una zona llana donde se acumulan rápidamente los aportes de tierra que vienen pendiente abajo (de allí la potencia de los estratos modernos), y es la zona conservada de la necrópolis más cercana al puerto y a la ciudad antigua, de los - que tan sólo dista unos 400 metros.

Las excavaciones de 1982-1983, dirigidas por nuestro compañero Benjamín Costa, han permitido documentar tres gran_des épocas de utilización de la zona, desde la fenicio-púnica a la medieval.

Del máximo interés resulta el conjunto de cons_trucciones correspondientes a un asentamiento de época islámica, que se ha interpretado como una alquería (Fernández - Costa, 1985, pp. 52-53).

Las estructuras sacadas a la luz están a más de - dos metros bajo el nivel actual, y merece destacarse una noria excavada en la roca, de varios metros de profundidad, - construida posiblemente a partir de un pozo más antiguo. Que_da rodeada por una plataforma circular de 7 m. de diámetro, y junto a ésta existe una construcción de planta cuadrangu_lar, de 5 m. de lado, que podría ser un aljibe para la reco_gida del agua extraída de la noria.

La estructura principal está situada al oeste, y -
consiste en un conjunto de habitaciones rectangulares, algu -
nas de ellas con suelo de arcilla apisonada y cal. Cabe desta -
car el hallazgo de varios pequeños basureros, simples agujer -
os excavados en el suelo de las habitaciones y rellenos de
cerámica, huesos, etc..., y también la documentación de unos
pocos hogares.

Las paredes son de piedra desbastada trabada con -
tierra, y los tejados serían de madera y tejas.

Aunque el conjunto sigue en estudio, ya que no se
ha excavado en su totalidad (sólo en 1984 se le dedicó otra -
campaña), parece que se puede fechar entre los s. X y finales
del XII (Fernández-Costa, 1985, p. 53).

Los niveles subyacentes a esta alquería no han sido
todavía valorados, y debemos los datos aquí expuestos a la -
gentileza de B. Costa.

Al segundo período corresponden los restos de unas
habitaciones de época romana, fechables en el s. I d.J.C., -
muy afectadas por su reutilización como necrópolis, ya en épo -
ca tardía. Quedan algunas paredes de piedra bien construidas,
y suelos de arcilla apisonada y alisada con cierto cuidado. -
Algunos muros de la alquería también afectan a estas estructu -
ras, y por debajo de ellas se ha podido documentar un muro de
gruesos bloques, tal vez prerromano, pero cuya función y exac -
ta cronología sólo futuras excavaciones podrán explicitar.

Finalmente, el tercer período es el de la utiliza -
ción del espacio como necrópolis de hipogeos, tal como cabía

esperar.

La mayoría de las cámaras se encuentran al oeste - de las principales estructuras romanas e islámicas. Son bastante numerosas y se comunican entre sí, como consecuencia - de los saqueos y de las excavaciones de Mañá, sobre las que volveremos. Fueron halladas al realizar unas catas largas y estrechas (8 x 2 m.) en dirección oeste, partiendo del área principal de estructura.

Se exploraron en 1982, y se pudo comprobar lo re- vueltas que estaban, por lo que se decidió no excavarlas de momento. Dos de ellas se encontraban además rellenas de pie- dras, lo que dificultaba mucho cualquier labor y hacía con- cebir pocas esperanzas de hallazgos de interés.

La campaña de 1983, al igual que la anterior, se llevó a cabo mediante convenio entre el I.N.E.M. y el Minis- terio de Cultura. Se puede decir que la necesidad de hacer trabajar todos los días a los obreros, en cualquier condi- ción atmosférica, fué determinante para el descubrimiento ca- sual de los materiales arcaicos que presentamos más adelan- te.

En efecto, a finales de octubre y primeros de no- viembre de 1983, las abundantes lluvias impidieron que los - trabajos pudieran proseguir a cielo abierto. Se destinó por eso un grupo de trabajadores al vaciado, con supervisión téc- nica, de los hipogeos hallados el año anterior. Trás retirar grandes cantidades de piedras, que pensábamos compondrían la mayoría del relleno, tuvimos la sorpresa de llegar a un espe

so nivel de tierra bastante suelta que contenía abundante ce rámica. Se comprobó que ésta era de épocas diversas, sobre - todo púnica tardía, romana e islámica, encontrando incluso - un gran fragmento de reflejo metálico de Paterna-Manises. Se excavó, por lo tanto, todo el nivel, recogiendo la cerámica en cajas que ingresaban directamente al almacén del Museo, - pensando en su futura limpieza.

Cuando se llevaba unos días realizando esta labor, un buen aficionado que participaba en las tareas, nuestro - amigo F. Bonet, nos llamó la atención sobre la frecuente apa rición de fragmentos de vasos cerámicos con asas geminadas. Debemos reconocer que no le dimos excesiva importancia, y - ocupados en otras tareas el Director de las excavaciones, B. Costa y yo mismo, el material siguió aumentando e ingresando en los almacenes.

A los pocos días el azar volvió a intervenir. Es- tando trabajando en los talleres de restauración del Museo, vimos pasar con mirada distraída una gran caja llena de cerá mica de esos hipogeos que se transportaba para ser guardada. Entre la tierra y los demás fragmentos, nos llamó mucho la atención un borde de ánfora. Paramos, miramos y nos convenci mos de que era efectivamente parte de la boca de un ánfora - R-1, arcaica, con el típico labio de sección triangular. - Puestos sobre aviso todos los que allí trabajábamos, nos pu- simos a rebuscar en la misma caja y es imaginable nuestra - sorpresa (y alegría) al ver aparecer un fragmento de plato con un precioso engobe rojo recubriéndolo... A partir de -

allí se vaciaron esa y todas las cajas, se lavó todo el material, y se pudo recuperar un conjunto de cerca de 300 piezas o fragmentos de urnas pintadas, engobe rojo, ánforas, cuencos trípode, etc... El material fenicio más antiguo de Ibiza estaba allí.

Evidentemente el problema del contexto nos lleva preocupando desde el mismo día de la identificación del material. Afortunadamente no se había terminado de excavar el sector de hipogeos de donde procedía, y se pudo continuar la labor despacio, con más luz y menos prisas.

La totalidad de la cerámica arcaica procede de una bolsada repartida por dos cámaras, comunicadas entre sí, y se presentaba como sendos amontonamientos junto a los agujeros de comunicación. La tierra era más oscura que la de su alrededor, y apenas si había material posterior mezclado.

Para complicar más las cosas, hay junto a la cámara que llamaremos B y comunicando con ella por los mismos agujeros, un profundo pozo que desde la superficie baja más abajo que el nivel de los hipogeos, con un total de seis metros. Este pozo se había realizado aprovechando el corto pasadizo de entrada de un tercer hipogeo, en época indeterminable (¿medieval?). Accediendo a él se pudo comprobar que su boca estaba tapada con gruesos maderos, y desde la superficie era invisible.

Las preguntas que nos planteamos son las siguientes:

a) ¿cuándo y cómo se rellenaron los hipogeos?

b) ¿formaba parte del mismo relleno el material antiguo?

c) si no, ¿cómo había llegado éste, estando además repartido por las cámaras?

Y las respuestas más satisfactorias, pero no por ello definitivas, que hoy tenemos, son éstas:

a) Siguiendo el criterio arqueológico, el relleno debió realizarse en la fecha del material más moderno, por lo menos. Sin embargo, como sólo hay un fragmento de reflejo metálico (s. XV en adelante) y luego el lote más abundante lo componen las cerámicas islámicas, podría fecharse el relleno tal vez en el s. XIII. Recordemos que en 1235 se produjo la conquista de Ibiza por Jaime I, y es posible pensar que los restos proceden de la vecina alquería. De todos modos, nada impide pensar que el relleno fuese progresivo, a lo largo de toda la época islámica, mezclándose así la cerámica de esta época con la púnica y romana.

Por dónde se hizo el relleno es cuestión más compleja. De todas formas, no tenemos todos los elementos para responder. Sabemos que no pudo efectuarse por la boca del hipogeo A, pues en ella se encontró en 1982 una inhumación romana intacta, con su ajuar, que se fecha en el s. II d.J.C. El relleno es evidentemente posterior. Tendría que haberse hecho por alguna otra boca de hipogeo (que no están excavadas aún) o bien por el pozo, si es que existía. Si no existía, era de todas formas la boca del hipogeo C, y permitiría

por tanto acceder a las cámaras.

b) Por su disposición, por el tipo de tierra en - que se hallaba y por no estar casi mezclado con otras cerámicas, el conjunto arcaico no parece formar parte del relleno mayoritario.

c) La única explicación plausible sobre la deposición de este conjunto está en función del pozo y del aspecto actual de éste.

Sabemos a ciencia cierta que Mañá excavó en este - área en 1953, gracias a su diario de campo y a algunos croquis. De hecho se han encontrado durante estas campañas varias de las trincheras que realizó. Pero lo más interesante es que el pozo, sin posible error de identificación, figura en sus planos, y fué excavado por él. La hipótesis que me - adelanta B. Costa es que los hombres de Mañá iniciaron la excavación del pozo, como siempre en busca de cámaras. Fueron arrojando la tierra a algún lugar que desconocemos, o incluso la esparcieron en los alrededores. Como el material cerámico era fragmentario, no interesaba. Al llegar a los agujeros de los saqueadores, es decir a 3 ó 4 m. de profundidad, exploraron las cámaras, que no debieron interesar a Mañá, - con sus cascotes, su relleno revuelto (según dice el Diario). Siguieron por lo tanto profundizando el pozo, en busca tal - vez de un segundo nivel de hipogeos, como existe en otros - puntos del Puig des Molins. Pero por comodidad, y dado que estaban bajando ya varios metros, arrojaron las tierras en - algunas de las cámaras que rodean el pozo, nuestras B y C, -

lo que explica que buena parte de esta cerámica arcaica se -
encuentre exclusivamente junto a éste. Porque ésta es nues -
tra hipótesis: el relleno del pozo estaba compuesto por el
material fenicio. En la campaña de 1983 se pudo recoger, en
los 0,15-0,20 m. de tierra que quedaban en el fondo, bastan -
tes fragmentos arcaicos. Los hombres de Mañá seguramente se
cansaron antes de llegar al fondo, o se decidió que era inú -
til proseguir. En cualquier caso, se abandonó tal cual el -
sector, no sin antes cerrar convenientemente la boca del po -
zo (pero no rellenarlo), ya que esos terrenos eran muy tran -
sitados en aquellos años, siendo además de propiedad privada.
Treinta años después se sacó el conjunto a la luz, y se reem -
prendieron los estudios.

Como vemos, todo esto no solventa el problema con -
creto del relleno del pozo. Aparentemente pudo realizarse -
después del relleno de las cámaras. Pero posiblemente nunca
podremos precisar cuándo se hizo. En cuanto a su lugar de -
origen, es un tema que trataremos más adelante, al valorar -
los materiales. En todo caso, creemos que no debe venir de -
muy lejos.

INVENTARIO DE MATERIALES

49. Plato hondo, de base levemente rehundida y pié indicado, paredes altas y labio engrosado reentrante; pasta gris-marrón, con desgrasante pequeño y mediano de mica, cuarzo y partículas grises; superficies alisadas, recubiertas de engobe gris oscuro. En el fondo interno lleva, finamente bruñido, un motivo en forma de espiral.

Alt.: 4,2 cm. D.base: 6,2 cm. D.máx.: 18 cm.

Nº Inv.: PM-83-1

50. Plato incompleto de forma semejante al anterior, pero con la pasta y la superficie externa totalmente marrón; ésta no lleva engobe.

Alt.cons.: 4 cm. D.máx.: 17,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-2

51. Plato incompleto semejante a los anteriores; pasta marrón oscuro.

Alt. cons.: 4,7 cm. D.máx.: 23,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-3

52. Plato incompleto (falta el borde) semejante a los anteriores, con desgrasante más grueso y engobe en ambas superficies.

Alt.cons.: 4,3 cm. D.base: 8,4 cm.

Nº Inv.: PM-83-4

53. Fragmento de un plato semejante a los anteriores.

Alt.cons.: 3,6 cm. D.máx.ap.: 18 cm.

Nº Inv.: PM-83-5

54. Fragm. de un plato semejante a los anteriores; la pasta, por defecto de cocción, en gris oscuro en una zona y marrón en otra.

Alt.cons.: 3,3 cm. D.máx.ap.: 17,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-6

55. Fragm. de un plato semejante a los anteriores; el engobe de la superficie interna ha saltado en gran parte, dejando ver la pasta que es casi toda gris.

Alt.cons.: 3,7 cm. D.máx.ap.: 24 cm.

Nº Inv.: PM-83-7

56. Fragm. de un plato semejante a los anteriores, con abundante mica y labio apenas engrosado.

Alt.cons.: 3,3 cm. D.máx.ap.: 20 cm.

Nº Inv.: PM-83-8

57. Fragm. de un plato semejante a los anteriores, con las superficies gris más claro.

Alt.cons.: 4,5 cm. D.máx.ap.: 22 cm.

Nº Inv.: PM-83-9

58. Plato incompleto semejante a los anteriores, -

pero sin engobe en sus superficies.

Alt.cons.: 5,8 cm. D.máx.ap.: 27 cm.

Nº Inv.: PM-83-10.

59. Plato grande incompleto parecido a los anteriores, pero con el perfil algo más anguloso debajo del labio; la superficie interna es gris-ocre.

Alt.cons.: 4,5 cm. D.máx.ap.: 32,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-11

60. Plato incompleto semejante a los anteriores.

Alt.cons.: 5 cm. D.máx.ap.: 23,8 cm.

Nº Inv.: PM-83-12

61. Fragm. de un plato semejante a los anteriores, sin engobe en las superficies.

Alt.cons.: 3,7 cm. D.máx.ap.: 25 cm.

Nº Inv.: PM-83-13

62. Fragm. de borde de un plato semejante a los anteriores.

Alt.cons.: 2,2 cm. D.máx.ap.: 23 cm.

Nº Inv.: PM-83-14

63. Fragm. de borde de un plato semejante a los anteriores.

Alt.cons.: 2,5 cm. D.máx.ap.: 22,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-15.

64. Fragm. de un plato semejante a los anteriores.

Alt.cons.: 4 cm. D.máx.ap.: 22,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-16

65. Parte superior incompleta de un gran cuenco -

hondo de pasta ocre y superficies grises; borde vuelto hacia dentro con moldura exterior, de sección triangular.

Alt.cons.: 4,8 cm. D.máx.ap.: 25,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-17

66. Fragm. de borde de un plato semejante al número

49.

Alt.cons.: 2,5 cm. D.máx.ap.: 24 cm.

Nº Inv.: PM-83-18

67. Fragm. de borde semejante al anterior.

Alt.cons.: 2,5 cm. D.máx.ap.: 25,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-19

68. Fragm. de borde semejante al anterior, superficies

sin engobe; pasta gris con abundante cal.

Alt.cons.: 3 cm. D.máx.ap.: 26,9 cm.

Nº Inv.: PM-83-20

69-87. Diecinueve fragmentos de bordes semejantes

a los anteriores.

69- Alt.cons.: 2,9 cm. D.máx.ap.: 22,5 cm. Nº Inv.: PM-83-21

70- " 2,6 cm. " 26 cm. " PM-83-22

71-	Alt.c.:	2,1 cm.	D.máx.ap.:	21,4 cm.	Nº Inv.:	PM-83-23
72-	"	2,2 cm.	"	20 cm.	"	PM-83-24
73-	"	2,3 cm.	"	20 cm.	"	PM-83-25
74-	"	2,5 cm.	"	21 cm.	"	PM-83-26
75-	"	3,1 cm.	"	29 cm.	"	PM-83-27
76-	"	2,5 cm.	"	19 cm.	"	PM-83-28
77-	"	2 cm.	"	28,5 cm.	"	PM-83-29
78-	"	2,7 cm.	"	24 cm.	"	PM-83-30
79-	"	3,1 cm.	"		"	PM-83-31
80-	"	2,5 cm.	"	25,5 cm.	"	PM-83-32
81-	"	2,8 cm.	"		"	PM-83-33
82-	"	2,8 cm.	"	24 cm.	"	PM-83-34
83-	"	2 cm.	"	20 cm.	"	PM-83-35
84-	"	2,3 cm.	"		"	PM-83-36
85-	"	2,4 cm.	"	19 cm.	"	PM-83-37
86-	"	2,7 cm.	"	18 cm.	"	PM-83-38
87-	"	2,9 cm.	"	24 cm.	"	PM-83-39

88. Fragm. del borde de un plato de paredes gruesas, de borde redondeado sin engrosamiento; pasta y superficies semejantes a las anteriores.

Alt.cons.: 3 cm.

Nº Inv.: PM-83-40

89-101. Trece fragmentos de borde de plato semejantes al número 49.

89- Alt.c.: 3,8 cm. ~~D.máx.ap.:~~ Nº Inv.: PM-83-41

90- " 2 cm. " PM-83-42

91-	Alt.c.:	2,6 cm.	D.máx.ap.:	22 cm.	Nº Inv.:	PM-83-43
92-	"	2,8 cm.	"	24,5 cm.	"	PM-83-44
93-	" _n	1,9 cm.	"	18 cm.	"	PM-83-45
94-	"	2,6 cm.	"	26,5 cm.	"	PM-83-46
95-	"	1,6 cm.	"	20 cm.	"	PM-83-47
96-	"	3,3 cm.	"	20 cm.	"	PM-83-48
97-	"	1,7 cm.	"	24 cm.	"	PM-83-49
98-	"	2,4 cm.	"	26 cm.	"	PM-83-50
99-	"	2,1 cm.	"	18 cm.	"	PM-83-51
100-	"	3 cm.	"	21 cm.	"	PM-83-52
101	"	2,1 cm.	"	"	"	PM-83-53

102. Fragm. del borde de un cuenco carenado abierto, de paredes gruesas inclinadas hacia fuera y labio anguloso; pasta y superficies grises.

Alt.cons.: 2,5 cm. D.máx.ap.: 20 cm.

Nº Inv.: PM-83-54

103. Fragm. del borde de un plato de labio grueso y reentrante.

Alt.cons.: 1,6 cm. D.máx.ap.: 22 cm.

Nº Inv.: PM-83-55.

104. Fragm. del borde de un cuenco o jarro de labio eivasado y redondeado; pasta marrón rojizo, con abundante desgrasante; superficies grises.

Alt.cons.: 2,6 cm. D.máx.ap.: 14 cm.

Nº Inv.: PM-83-56

105-109. Cinco fragmentos de bordes de platos semejantes al n^o 49.

105-	Alt.c.:	2,9 cm.	D.máx.ap.:	22 cm.	N ^o Inv.:	PM-83-57
106-	"	3,6 cm.	"	"	"	PM-83-58
107-	"	2,1 cm.	"	20 cm.	"	PM-83-59
108-	"	3 cm.	"	27 cm.	"	PM-83-60
109-	"	2,1 cm.	"	18 cm.	"	PM-83-61

110. Base incompleta de un plato, de pasta gris-marrón y superficies grises; base levemente rehundida, pié indicado.

Alt.cons.: 1,5 cm. D.base: 7,6 cm.

N^o Inv.: PM-83-62

111. Base incompleta y parte del cuerpo de un plato semejante al n^o 49.

Alt.cons.: 2,7 cm. D.base: 7 cm.

N^o Inv.: PM-83-63.

112. Base incompleta y parte del cuerpo de un plato semejante al anterior, pero de pasta rojiza.

Alt.cons.: 3 cm. D.base: 7 cm.

N^o Inv.: PM-83-64

113. Base incompleta y parte del cuerpo de un plato semejante al anterior, con leve umbo.

Alt.cons.: 2,4 cm. D.base: 8,5 cm.

N^o Inv.: PM-83-65.

114. Base incompleta y parte del cuerpo de un plato semejante al anterior, pero con la superficie interna ocre claro.

Alt.cons.: 2,5 cm. D.base ap.: 9 cm.

Nº Inv.: PM-83-66

115. Fragm. semejante a los anteriores, pero de pasta marrón oscuro.

Alt.cons.: 2,7 cm. D.base ap.: 8 cm.

Nº Inv.: PM-83-67.

116. Fragm. de base de un gran plato o cuenco de paredes gruesas; base aparentemente rehundida (desgastada); pasta marrón rojiza.

Alt.cons.: 4,2 cm D.base ap.: 12 cm

Nº Inv.: PM-83-68

117. Base incompleta y parte del cuerpo de un plato semejante al nº 49; pasta parcialmente gris-negro.

Alt.cons.: 2,6 cm. D.base ap.: 8 cm.

Nº Inv.: PM-83-69

118. Base incompleta y parte del cuerpo de un plato semejante al anterior.

Alt.cons.: 2,8 cm. D.base ap.: 7 cm.

Nº Inv.: PM-83-70

119. Fragm. de base de un plato semejante al ante-

rior, con paredes más gruesas.

Alt.cons.: 2,5 cm. D.base ap.: 8 cm.

Nº Inv.: PM-83-71

120. Base incompleta y parte del cuerpo de un gran plato hondo o cuenco de paredes gruesas; pasta gris marrón.

Alt.cons.: 4,3 cm. D.base ap.: 7 cm.

Nº Inv.: PM-83-72.

121. Fragm. de base de un cuenco o plato de paredes gruesas; superficie externa ocre.

Alt.cons.: 2 cm. D.base ap.: 6,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-73

122. Fragm. de base de un plato semejante al número 49.

Alt.cons.: 1,8 cm. D.base ap.: 8 cm.

Nº Inv.: PM-83-74

123. Fragm. de base de un cuenco o plato semejante al nº 120.

Alt.cons.: 3,2 cm. D.base ap.: 8,2 cm.

Nº Inv.: PM-83-76

124. Cuenco hecho a mano, de forma casi hemisférica y base plana; pasta marrón oscuro, con partículas medianas de cuarzo y otras blancas; superficies bruñidas, entre gris oscuro y negras según las zonas; incompleto, restaurado.

Alt.: 5,4 cm. D.boca: 12,3 cm. D.base: 5 cm.

Nº Inv.: PM-83-77

125. Plato de engobe rojo de ala ancha, paredes - gruesas y cazuela central; base rehundida; pasta beige oscura, con algunas partículas de cal y de mica, y otras más - gruesas de color gris; superficie externa beige algo más claro; la superficie interna, incluyendo el borde del labio, es tá recubierta de un fino engobe de color castaño rojizo, ha- biéndo sido la superficie previamente alisada; la pieza está levemente inclinada; casi completo, restaurado.

Alt.: 3,4 cm. D.máx.: 18,5 cm. D.base: 6,8 cm.

Nº Inv.: PM-83-78

126. Plato de engobe rojo semejante al anterior, - aunque más grande y con la pared del fondo más fina; base menos rehundida; engobe castaño rojizo; incompleto, restaurado.

Alt.: 3 cm. D.máx.: 25,4 cm. D.base: 7,8 cm.

Nº Inv.: PM-83-79

127. Plato de engobe rojo de tipología y pasta se- mejante a los anteriores; el engobe que recubre la superfi - cie interna es sin embargo rojo rosáceo, estando bastante - perdido en la cazuela; incompleto, restaurado.

Alt.: 3,4 cm. D.máx.: 22,4 cm. D.base: 6,8 cm.

Nº Inv.: PM-83-80

128. Plato de engobe rojo, semejante a los anterio-

res, pero con la cazuela más profunda; engobe rojo más espeso, bien conservado; incompleto, reconstruido.

Alt.cons.: 4,5 cm. D.base: 6,8 cm.

Nº Inv.: PM-83-81

129. Plato de engobe rojo semejante al anterior, - con cazuela profunda que se levanta ligeramente en su zona central; engobe rojo en el interior de la cazuela, castaño en el ala; incompleto.

Alt. cons.: 3,7 cm. D.base: 7 cm.

Nº Inv.: PM-83-82

130. Varios fragmentos que unen formando el fondo de un plato de engobe rojo, semejante a los anteriores, sin que se pueda apreciar la cazuela; engobe rojo.

Alt.cons.: 3,5 cm. D.base: 6 cm.

Nº Inv.: PM-83-83

131. Parte superior de un plato de engobe rojo de ala ancha; engobe castaño; restaurado.

Alt.cons.: 2,9 cm. D.máx.: 23 cm.

Nº Inv.: PM-83-84

132. Gran fragmento del ala y parte de la cazuela de un plato de engobe rojo semejante al anterior; engobe castaño rojizo.

Alt.cons.: 3,2 cm. D.máx.: 25,8 cm.

Nº Inv.: PM-83-85

133. Fragm. grande de ala y parte de cazuela de un plato de e.r.; paredes gruesas, superficie externa con zonas ennegrecidas; engobe castaño.

Alt.cons.: 3,5 cm. D.máx.ap.: 23 cm.

Nº Inv.: FM-83-86

134. Fragm. de la parte superior de un posible askos zoomorfo; acabado en punta levantada, imitando una cola; en el centro, muñón del que saldría el asa, que falta; en el extremo opuesto conservado se aprecia parte del agujero de alimentación; pasta semejante a los platos anteriores; superficie externa y agujero recubiertos de engobe rojo.

Largo conservado: 7,8 cm. Espesor medio: 0,6 cm.

Nº Inv.: FM-83-87

135. Fragm. de ala de plato e.r.; pasta con partículas calcáreas más gruesas; capa fina de engobe rojo claro.

Alt.cons.: 1,8 cm. D.m. ap.: 23 cm.

Nº Inv.: FM-83-88

136. Fragm. de ala de plato de e.r.; pasta beige - anaranjada, con las mismas partículas que las piezas anteriores; superficie externa beige amarillenta; superficie interna con engobe castaño rojizo.

Alt.cons.: 1,6 cm. D.ap.: 25 cm.

Nº Inv.: FM-83-89

137. Dos fragmentos que unen de un ala de plato de e.r., semejante a los anteriores; engobe castaño.

Alt.cons.: 1,2 cm. D.ap.: 25,3 cm.

Nº Inv.: PM-83-90

138. Fragm. borde plato e.r., de paredes gruesas.

Alt.cons.: 2,4 cm. D.m.ap.: 24 cm.

Nº Inv.: PM-88-91

139. Fragm. de ala de plato e.r.; engobe marrón ro
jizo.

Alt. cons.: 1,2 cm. D.m.ap.: 21 cm.

Nº Inv.: PM-88-92

140. Fragm. de ala plato e.r.

Alt.cons.: 1,2 cm.

Nº Inv.: PM-83-93

141. Fragm. de ala plato e.r.

Alt.cons.: 0,9 cm. D.m.ap.: 22 cm.

Nº Inv.: PM-83-94

142. Fragm. de ala plato e.r.

Alt.cons.: 1,1 cm. D.m.ap.: 25,3 cm.

Nº Inv.: PM-83-95

143. Fragm. de ala plato e.r.

Alt.cons.: 0,9 cm. D.m.ap.: 21 cm.

Nº Inv.: PM-83-96

144. Fragm. de ala plato e.r.; engobe castaño, muy perdido.

Alt.cons.: 1,7 cm D.m.ap.: 19,3 cm

Nº Inv.: PM-83-97

145. Fragm. de ala plato e.r.; engobe espeso, color rojo vinoso, casi granate.

Alt.cons.: 0,9 cm. D.m.ap.: 21 cm

Nº Inv.: PM-83-98

146. Fragm. de ala plato e.r.; engobe marrón claro, muy perdido.

Alt.cons.: 0,6 cm. D.m.ap.: 28 cm.

Nº Inv.: PM-83-99

147. Fragm. de ala plato e.r.; engobe muy perdido.

Alt.cons.: 1,3 cm. D.m.ap.: 20,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-100

148. Fragm. de ala plato e.r.; engobe castaño muy perdido.

Alt.cons.: 1,1 cm.

Nº Inv.: PM-83-101

149. Fragm. de borde plato e.r.; engobe castaño.

Alt.cons.: 0,9 cm. D.m.ap.: 18 cm.

Nº Inv.: PM-83-102

150. Dos fragmentos que unen de ala plato e.r.; en gobe castaño claro, espeso y de calidad.

Alt.cons.: 1 cm. D.m.ap.: 20 cm.

Nº Inv.: PM-83-103

151. Tres fragmentos que unen de un plato semejante al anterior.

Alt.cons.: 0,8 cm. D.m.ap.: 20 cm.

Nº Inv.: PM-83-104

152. Fragn. ala plato e.r.; engobe rojo muy perdido.

Alt.cons.: 1,1 cm. D.m.ap.: 21 cm.

Nº Inv.: PM-83-105

153. Fragn. ala plato e.r.; engobe castaño claro.

Alt.cons.: 1 cm. D.m.ap.: 26 cm.

Nº Inv.: PM-83-106

154. Fragn. de borde de un cuenco o plato hondo de paredes exvasadas; barniz castaño rojico en la superficie interna.

Alt.cons.: 2,1 cm. D.m.ap.: 23 cm.

Nº Inv.: PM-83-107

155. Pequeño fragmento ala plato e.r.; engobe castaño.

Espesor m.: 0,7 cm.

Nº Inv.: PM-83-108.

156. Dos fragmentos que unen de un ala plato e.r.; engobe rojo muy perdido.

Alt.cons.: 1,1 cm.

Nº Inv.: PM-83-109

157. Dos fragmentos (que no unen) del borde de un cuenco o plato hondo de paredes exvasadas; el engobe rojo, bastante perdido, cubre ambas superficies.

Alt.cons.: 2,4 cm. D.m.ap.: 24 cm.

Nº Inv.: PM-83-110

158. Fragm. de una lucerna; engobe castaño en su superficie interna y borde.

Alt.cons.: 1,9 cm. D.m.a.: 14 cm. Anchura borde: 1,7 cm.

Nº Inv.: PM-83-111

159. Fragm. grande de ala plato e.r.; engobe castaño muy perdido.

Alt.cons.: 1,3 cm. D.m.a.: 22 cm. Anchura ala: 6,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-112

160. Dos fragmentos que no unen de una posible tapadera de e.r.; el engobe claro y bastante perdido, cubre la superficie externa de la pieza.

Alt.cons.: 2,5 cm. D.m. ap.: 14,3 cm.

Nº Inv.: PM-83-113

161. Tres fragmentos que unen de ala plato e.r.; - paredes muy finas; engobe rojo oscuro.

Alt.cons.: 0,6 cm.

Nº Inv.: PM-83-114

162. Fragm. borde ala plato e.r.

Alt.cons.: 0,8 cm.

Nº Inv.: PM-83-115

163. Fragm. de plato e.r., en el que se aprecia el inicio de la cazuela.

Alt.cons. 0,9 cm.

Nº Inv.: PM-83-116

164. Fragm. grande de plato e.r., con parte del ala y cazuela.

Alt.cons.: 2,9 cm.

Nº Inv.: PM-83-117.

165. Fragm. semejante al anterior, pero con el engobe castaño claro bastante perdido.

Alt.cons.: 2,3 cm.

Nº Inv.: PM-83-118

166. Fragm. semejante al anterior.

Alt.cons.: 1,6 cm.

Nº Inv.: PM-83-119

167. Dos fragmentos que unen de plato de e.r.

Alt.cons.: 2 cm.

Nº Inv.: PM-83-120

168. Fragm. de plato semejante al anterior.

Alt.cons.: 2,2 cm.

Nº Inv.: PM-83-121

169. Fragm. de cazuela plato e.r.

Alt.cons.: 1,4 cm.

Nº Inv.: PM-83-122

170. Fragm. base de un plato e.r.; base plana y fina; engobe castaño.

Alt.cons.: 1,3 cm. D.base ap.: 7 cm.

Nº Inv.: PM-83-124

171. Fragm. del borde de una gran fuente o plato de labio exvasado y redondeado; pasta y superficie beige oscuro, con partículas de mica, cal y otras más gruesas gris oscuro; superficies alisadas.

Alt.cons.: 1,8 cm. D.m.ap.: 33 cm.

Nº Inv.: PM-83-125

172. Fragm. de borde de un cuenco de labio entrante y engrosado; pasta semejante al anterior; la superficie interna lleva restos de un engobe marrón claro, que recuerda el de algunos platos de e.r.

Alt.cons.: 1,7 cm. D.m.ap.: 9 cm.

Nº Inv.: PM-83-126

173. Fragm. de cuenco de paredes gruesas, labio entrante y engrosado; pasta idéntica a la de los platos de -

engobe rojo, pero la superficie externa está alisada y la interna bruñida.

Alt.cons.: 3,2 cm. D.m.ap.: 24,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-127

174. Fragm. de un cuenco semejante al anterior, la bio menos engrosado, paredes más finas.

Alt.cons.: 2,8 cm. D.m.ap.: 25 cm.

Nº Inv.: PM-83-128.

175. Fragm. borde de una gran fuente semejante a - la número 171, con paredes gruesas, labio exvasado y una leve carena a pocos centímetros del labio.

Alt.cons.: 3,5 cm. D.m.ap.: 42 cm.

Nº Inv.: PM-83-129

176. Fragm. de un cuenco carenado de labio fino y exvasado; pasta beige claro, partículas ya descritas.

Alt.cons.: 4,5 cm. D.m.ap.: 25 cm.

Nº Inv.: PM-83-130

177. Fragm. de un plato hondo con leve carena interior y exterior; paredes finas y oblicuas; pasta y superfi-cies grises con zonas ocre claro; la superficie externa bien alisada.

Alt.cons.: 2,5 cm. D.m.ap.: 20 cm.

Nº Inv.: PM-83-131

178. Fragm. de un pequeño cuenco o taza, carenado, con pared de tendencia vertical y labio exvasado de sección triangular; pasta beige anaranjada.

Alt.cons.: 2,9 cm. D.m.ap.: 14,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-132

179. Fragm. de borde de pieza indeterminada; pasta beige claro.

Alt.cons.: 3,4 cm. D.m.ap.: 13,3 cm.

Nº Inv.: PM-83-133

180. Fragm. del borde de una fuente semejante a la número 175, con leve carena; la pasta sin embargo es de color rojizo y las superficies beige-grisáceo.

Alt.cons.: 4 cm. D.m.ap.: 34,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-134

181. Fragm. de cuenco carenado semejante al número 176, con las paredes algo más finas.

Alt.cons.: 4,5 cm. D.m.ap.: 17 cm.

Nº Inv.: PM-83-135

182. Fragm. de cuenco carenado semejante al número 176, algo más grande.

Alt.cons.: 5 cm. D.m.ap.: 21,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-137

183. Fragm. de pequeño cuenco carenado; pasta y su

perficies beige rosáceo; además de las partículas más frecuentes, se aprecian algunas medianas de color granate.

Alt.cons.: 2,5 cm. D.m.ap.: 12 cm.

Nº Inv.: PM-83-138

184. Fragm. de borde grueso de un posible plato; pasta marrón rojizo, superficie beige grisáceo.

Alt.cons.: 1,6 cm. D.m.ap.: 16,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-140

185. Fragm. del cuerpo de un posible cuenco; paredes gruesas, carena marcada; pasta y superficies beige claro con algunas zonas rosáceas.

Alt. cons.: 4,1 cm.

Nº Inv.: PM-83-141

186. Base incompleta rehundida de un gran plato hondo o cuenco con paredes gruesas; pasta marrón oscuro, superficie gris.

Alt.cons.: 1,2 cm. D.base: 9 cm.

Nº Inv.: PM-83-142

187. Cuenco carenado de ala más gruesa que las paredes del cuerpo, vuelta al exterior; por lo demás, semejante al número 176 y similares.

Alt.cons.: 3,8 cm. D.m.ap.: 16 cm.

Nº Inv.: PM-83-143

188. Cuenco trípode de borde alto inclinado leve-

mente hacia el interior, con pasta semejante a las mencionadas hasta ahora; su color, al igual que el de las superficies, es beige; el fondo externo es irregular; el interno es tá bien alisado.

Alt.cons.: 3,8 cm. D.boca: 25 cm.

Nº Inv.: PM-83-144

189. Fragm. de cuenco trípode de características - similares al anterior, con borde menos alto; pasta y superficies anaranjadas.

Alt.cons.: 3,8 cm. D.boca: 26 cm.

Nº Inv.: PM-83-145

190. Fragm. de cuenco semejante a los anteriores; pasta rojo anaranjado, superficies beige; están alisadas.

Alt.cons.: 3,6 cm. D.boca ap.: 28,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-146

191. Fragm. de cuenco trípode semejante al nº 188 con base gruesa; superficies beige oscuro; el fondo externo poco cuidado.

Alt.cons.: 4,6 cm. D.boca ap.: 27,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-147

192. Pequeño fragmento del borde de un cuenco trípode, con sección más triangular.

Alt.cons.: 2,2 cm. D.boca ap.: 29 cm.

Nº Inv.: PM-83-148

193. Pié incompleto de un cuenco trípode; pasta y superficies beige anaranjado.

Alt.cons.: 5,1 cm.

Nº Inv.: PM-83-149

194. Pié completo de un cuenco trípode; sección triangular aprox.; pasta y superficies gris oscuro, con las partículas ya descritas.

Alt.cons.: 6,1 cm.

Nº Inv.: PM-83-150

195. Parte superior de una urna de tipo Cruz del Negro; cuello con marcado resalte y de paredes levemente inclinadas hacia fuera; labio exvasado de sección triangular; asas cortas geminadas; pasta marrón rojizo, con diminutas partículas de mica y otras medianas grises y de cuarzo; superficies beige; la exterior lleva una variada decoración pintada; por encima de la unión de las asas, el cuello y el labio están pintados de color castaño rojizo, y sobre éste hay cuatro filetes negros irregulares; en la parte superior del cuerpo, una ancha banda de color castaño está enmarcada por dos filetes negros arriba y aparentemente otro abajo; - factura cuidada, con toda la superficie exterior alisada; in completa; restaurada.

Alt.cons.: 16,5 cm.

D.boca interior: 13,5 cm.

D.m.ap.: 30 cm.

Nº Inv.: PM-83-151

196. Parte superior de una urna del tipo anterior; paredes del cuello inclinadas, resalte del cuello ancho y - marcado; pasta y superficies rojo anaranjado; por el labio y cuello, posibles restos apenas apreciables de pintura rojiza; restaurada.

Alt.cons.: 10,2 cm. D.boca interior: 11,8 cm.

D.m.c.: 19 cm.

Nº Inv.: PM-83-152

197. Parte superior de una urna del tipo anterior; pasta y superficies beige; asas geminadas aplanadas por los laterales; incompleta.

Alt.cons.: 8,3 cm. D.boca: 10,4 cm.

D.m.c.: 17 cm.

Nº Inv.: PM-83-153

198. Parte superior de una urna del tipo anterior; resalte del cuello poco indicado; pasta y superficies beige; éstas no están bien alisadas, y son muy visibles las partículas medianas y gruesas; incompleta.

Alt.cons.: 9,5 cm. D.boca: 11,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-154

199. Asa geminada y parte del cuerpo y cuello de una urna del tipo anterior; pasta y superficies beige claro, con partículas de mica y cal; restos de un filete castaño rojizo debajo del asa.

Alt.cons.: 6,6 cm.

Nº Inv.: PM-83-155

200. Fragm. de urna semejante al anterior, con asa geminada y señales de resalte en el cuello; pasta y superficies marrón anaranjado, con partículas medianas de color gris y negro.

Alt.cons.: 6,2 cm.

Nº Inv.: PM-83-156

201. Fragm. de urna semejante a los anteriores, con asa geminada; pasta marrón grisáceo, hojaldrada, con abundantes partículas grises y negras; superficie interna marrón rojizo, la externa es beige y conserva restos de filetes de pintura oscura, muy perdida, en el cuello y bajo las asas.

Alt.cons.: 8,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-157

202. Fragm. de urna semejante a los anteriores, con asa geminada; pasta marrón rojizo con partículas grisáceas; superficie interna rojo anaranjado, la externa beige.

Alt.cons.: 6,9 cm.

Nº Inv.: PM-83-158

203. Parte superior del cuerpo de una urna del tipo llamado pithoide; boca circular grande, con labio bien exvasado de sección aproximadamente triangular, algo aplanada; cuello corto de paredes rectas, e inicio del cuerpo que sigue bastante recto; conserva una de las asas geminadas, que va del mismo borde de la boca a la parte superior del cuerpo;

pasta tricolor con núcleo gris, que se vuelve rojo al exterior y ocre al interior, con abundantes partículas pequeñas de mica y otras medianas blancas y esquistos (?); restos de pintura marrón, muy perdida, en la parte superior del labio; en el cuerpo, tres filetes oscuros.

Alt.cons.: 7,7 cm. D.boca ap.: 22 cm.

Nº Inv.: FM-83-159

204. Parte superior de una urna semejante a la anterior, que conserva un asa geminada completa; pasta y superficies beige oscuro, con partículas de cal y algunas grisáceas de tamaño mediano.

Alt.cons.: 7 cm. D.boca ap.: 20 cm.

Nº Inv.: OM-83-160

205. Parte superior de una urna semejante a las anteriores; el asa es grande y maciza, y el labio es más grueso que en los demás ejemplares, pasta y superficies beige oscuro, con algunas partículas grisáceas.

Alt.cons.: 9 cm. D.boca ap.: 22,5 cm.

Nº Inv.: FM-83-161

206. Parte superior de una urna semejante a las anteriores, que conserva un asa geminada completa; pasta y superficie interna beige, con partículas de mica, cal y algunas granate; superficie externa anaranjada, con restos de dos filetes de pintura oscura bajo el asa.

Alt.cons.: 8,6 cm. D.boca ap.: 21 cm.

Nº Inv.: FM-83-162

207. Parte superior de una urna pithoide semejante a las anteriores, pasta y superficies beige claro, con partículas de mica y cal.

Alt.cons.: 5,8 cm.

Nº Inv.: PM-83-163

208. Parte superior de una urna semejante a las anteriores; pasta y superficie beige oscuro, con un filete de pintura marrón oscuro en la parte superior del labio.

Alt.cons.: 7,7 cm. D.b.ap.: 21 cm.

Nº Inv.: PM-83-164

209. Parte superior de una urna semejante a las anteriores, con el asa geminada incompleta; pasta y superficies gris azulado, con abundantes partículas de mica y cal.

Alt.cons.: 8 cm. D.b.ap.: 20 cm.

Nº Inv.: PM-83-165

210. Fragm. de boca y arranque del asa de un recipiente de forma indeterminada; la pared es levemente inclinada hacia el exterior, con el labio redondeado, pero no engrosado; asa geminada; pasta marrón rojizo, superficies beige oscuro.

Alt.cons.: 3,2 cm.

Nº Inv.: PM-83-166

211. Pequeño fragmento del borde y arranque de asa geminada de una urna pithoide; pasta y superficies beige oscuro.

ge, con muy abundantes partículas de cal.

Alt.cons.: 1,9 cm.

Nº Inv.: PM-83-167

212. Fragn. del cuerpo y arranque del asa geminada de una urna de tipo indeterminado, probablemente una pithoi-de o Cruz del Negro; pasta y superficies beige oscuro.

Alt.cons.: 4,8 cm.

Nº Inv.: PM-83-168

213. Fragn. del borde y de asa de una gran olla o cazuela; labio engrosado, asa geminada de espuerta; pasta - marrón oscuro con abundantes partículas pequeñas de mica, - cal y otras grisáceas; superficies beige oscuro.

Alt.cons.: 6 cm.

Nº Inv.: PM-83-169

213 bis. Cuenco trípode de buen tamaño casi completo; labio de sección triangular; pié macizo de sección pentagonal (facetado); pasta beige y ocre según zonas, con abun-dantes partículas grandes y medianas de color gris, y otras blancas más pequeñas. Las superficies son beige, y ambas llevan unos profundos surcos en espiral; la interna muestra restos de algún producto de color rojo-anaranjado, irregularmente distribuido.

Alt.: 8,4 cm

D.b.: 22 cm

Nº Inv.: PM-83-170

214. Fragm. del borde de un posible cuenco trípode; labio alto, sin res^alte en la parte inferior como es frecuente; pasta marrón oscuro, con abundantes partículas de mica, cal y otras grisáceas; superficies beige claro.

Alt.cons.: 3,3 cm. D.b.ap.: 23 cm.

Nº Inv.: PM-83-171

215. Fragm. del borde de un cuenco trípode, de pasta y superficies ocre, éstas bien alisadas.

Alt.cons.: 4 cm. D.b.ap.: 13,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-172

216. Parte superior de una urna pithoide, que sólo conserva el cuello y labio; pasta rojiza, superficies beige, con mica y cal; lleva tres líneas incisas paralelas bien marcadas.

Alt.cons.: 4,5 cm. D.b.ap.: 21 cm.

Nº Inv.: PM-83-173.

217. Fragm. grande de la parte superior de un ánfo^{ra} del tipo R-1 con la clásica arista del hombro bien marcada; pasta y superficies beige oscuro, con partículas de mica y cal; la superficie interna tiene leves acanaladuras y numerosas estrías del torneado.

Alt.cons.: 7,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-175

218. Fragm. de la boca y parte del cuerpo de un án

fora R-1; pasta y superficies beige

Alt.cons.: 4,5 cm. D.b.ap.: 12 cm.

Nº Inv.: PM-83-176

219. Fragm. de la boca y parte del cuerpo de un ánfora del tipo R-1; labio de pared exterior recta, inclinándose hacia el interior, con una sección aproximadamente triangular, una clara línea incisa separa el labio del cuerpo; - pasta marrón oscuro, con abundantes partículas pequeñas de mica y cal y otras medianas gris oscuro; superficies beige.

Alt.cons.: 4,9 cm. D.b.ap.: 13 cm.

Nº Inv.: PM-83-177

220. Fragm. de la boca de un ánfora R-1, semejante al anterior; pasta y superficies beige anaranjado, con partículas medianas y gruesas de cal y grises.

Alt.cons.: 4,1 cm. D.b.ap.: 13 cm.

Nº Inv.: PM-83-178

221. Fragm. de base de un vaso de alabastro de forma indeterminable; es de base plana e indicada; la piedra es blanca y brillante en los cortes y grisácea en las superficies; de éstas la interna es lisa y suave, la externa algo rugosa.

Alt.cons.: 3,5 cm. D.base ap.: 13 cm.

Nº Inv.: PM-83-179

222. Fragm. del cuello y boca de una urna pithoi-

de; pared del cuello levemente inclinada hacia fuera, labio pequeño exvasado de sección triangular; pasta y superficies beige oscuro.

Alt.cons.: 4,9 cm. D.b.ap.: 18 cm.

Nº Inv.: PM-83-181

223. Fragm. de cuello y boca de una urna del tipo Cruz del Negro; pared fina, labio corto de sección triangular; pasta y superficies beige anaranjado, con mica y cal.

Alt.cons.: 6 cm. D.b.ap.: 10,7 cm.

Nº Inv.: PM-83-182

224. Fragm. del cuello y boca de una urna semejante a la anterior; resalte marcado en el cuello; pasta y superficies beige.

Alt.cons.: 6,5 cm. D.b.ap.: 11,2 cm.

Nº Inv.: PM-83-183

225. Fragm. de boca y cuello de una urna pithoide, cuello recto y grueso; el labio es ancho y también grueso, - con restos de pintura color castaño en su parte superior; pasta y superficies beige, con escasas partículas de mica y cal.

Alt.cons.: 7 cm.

Nº Inv.: PM-83-184

226. Fragm. de urna pithoide semejante al anterior; los restos de pintura están muy perdidos.

Alt.cons.: 4,3 cm.

D.b.ap.: 17,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-185

227. Fragm. de cuello y boca de una urna tipo Cruz del Negro; pasta y superficie beige, con mica, cal y partículas medianas grises.

Alt.cons.: 5,5 cm.

D.b.ap.: 14 cm.

Nº Inv.: PM-83-186

228. Fragm. de cuello y boca de una urna tipo Cruz del Negro, que conserva el arranque de las asas; pasta marrón oscuro, superficies beige; la superficie externa tiene decoración pintada, una ancha banda castaño debajo del labio, que también conserva restos de pintura.

Alt.cons.: 7,5 cm.

D.b.ap.: 12 cm

Nº Inv.: PM-83-188

229. Fragm. de cuello y boca de una urna pithoide, de pasta y superficies beige, con decoración en el labio.

Alt.cons.: 5,4 cm.

D.b.ap.: 20 cm.

Nº Inv.: PM-83-189

230. Fragm. de boca y cuello de una urna tipo Cruz del Negro; pasta y superficies beige anaranjado, con partículas de mica, cal y granates; restos muy perdidos de pintura rojiza en el labio.

Alt.cons.: 5 cm.

D.boca ap.: 13,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-190

231. Fragm. de la parte superior de una urna pithoi de; cuello y labio cortos; pasta marrón grisáceo, con algún núcleo rojizo; superficies beige; restos casi desaparecidos de pintura en el labio.

Alt.cons.: 8,2 cm.

D.b.ap.: 19 cm.

Nº Inv.: PM-83-191

232. Fragm. de cuello y boca de una urna de tipo - Cruz del Negro, con marcado resalte en la parte baja del cuello; pasta y superficies beige claro.

Alt.cons.: 7,2 cm.

D.b.ap.: 13 cm.

Nº Inv.: PM-83-192

233. Fragm. de borde de una urna pithoide; pasta y superficies beige, con muy abundantes partículas medianas de cal; restos de pintura castaño rojizo en la parte superior - del labio.

Alt.cons.: 2,5 cm.

D.boca ap.: 20 cm.

Nº Inv.: PM-83-193

234. Fragm. de borde semejante al anterior; pasta marrón rojizo con partículas medianas de color gris; superficies beige; escasos restos de pintura oscura en la parte superior del labio.

Alt.cons.: 4 cm.

D.boca ap.: 20 cm.

Nº Inv.: PM-83-194

235. Fragm. de borde de urna tipo Cruz del Negro,

con la pared del cuello abierta; pasta y superficie beige - anaranjado.

Alt.cons.: 3,4 cm. D.boca ap.: 13,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-195

236. Fragm. de borde de urna semejante a la anterior; pasta y superficies anaranjadas, con restos de pintura roja en la parte superior del labio.

Alt.cons.: 3,9 cm. D.boca ap.: 11 cm.

Nº Inv.: PM-83-196

237. Dos fragmentos del borde y cuello de una urna pithoide; pasta y superficie interna beige oscuro; conserva en la superficie externa una banda de pintura marrón oscura, que ocupa la superficie inferior del labio y lo que queda - del cuello.

Alt.cons.: 4,2 cm. D.b. ap.: 18,2 cm.

Nº Inv.: PM-83-197

238. Fragm. de borde de una urna tipo Cruz del Negro; pasta y superficies ocre oscuro.

Alt.cons.: 4,4 cm. D.b.ap.: 13 cm.

Nº Inv.: PM-83-199

239. Fragm. del borde de una urna no determinable, tal vez pithoide; labio corto, con restos de pintura rojiza en la parte superior del labio.

Alt.cons. 3 cm. D.b.ap.: 16 cm.

Nº Inv.: PM-83-200

240. Pequeño fragmento del borde de una urna de tipo Cruz del Negro; pasta rojiza con núcleo marrón; partículas de mica y cal.

Alt.cons.: 3 cm. D.b.ap.: 15,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-201

241. Fragm. de borde de una urna pithoide; pasta rojiza, superficies beige; abundantes partículas de cal.

Alt.cons.: 3,2 cm. D.b.ap.: 12 cm.

Nº Inv.: PM-83-202

242. Fragm. pequeño del borde de una urna de tipo Cruz del Negro; pasta y superficies beige.

Alt.cons.: 2,8 cm. D.b. ap.: 16,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-204

243. Gran fragmento de la parte superior de un soporte o carrete, de paredes gruesas; su utilización queda claramente demostrada por el desgaste observable en la cara interna del labio; pasta rojiza, dura y compacta, con partículas medianas y gruesas de diversos colores (cal, cuarzo...) superficies beige oscuro, bien alisadas.

Alt.cons.: 6,4 cm. D.b. ap.: 19,8 cm

Nº Inv.: PM-83-205

244. Fragm. del borde de una urna pithoide; labio fino; pasta y superficies gris claro, con abundantes partículas de mica y cal.

Alt.cons.: 3,4 cm.

D.b.ap.: 16,8 cm.

Nº Inv.: PM-83-206

245. Fragm. pequeño del borde de una urna del tipo Cruz del Negro; pasta y superficies beige anaranjadas.

Alt.cons.: 2,7 cm.

D.b.ap.: 13 cm.

Nº Inv.: PM-83-208

246. Base incompleta rehundida; la pasta es ocre - oscuro en el interior y beige anaranjado en el exterior, al igual que las superficies; alguna partícula de cuarzo muy visible; correspondería, al igual que las cuatro siguientes, a una urna pithoide o tipo Cruz del Negro.

Alt.cons.: 1,2 cm.

D.base ap.: 5 cm.

Nº Inv.: PM-83-209

247. Base incompleta semejante a la anterior; pasta y superficies rojo anaranjado.

Alt.cons.: 1,9 cm.

D.base ap.: 8,7 cm.

Nº Inv.: PM-83-210

248. Base casi completa semejante a las anteriores pero conservando el centro con botón bien marcado; pasta y superficies beige, con abundantes partículas de mica.

Alt.cons.: 2,1 cm.

D.base: 9,8 cm.

Nº Inv.: PM-83-211

249. Base incompleta semejante a las anteriores;

pasta y superficies rojo anaranjado.

Alt.cons.: 2,5 cm. D.base ap.: 5,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-212

250. Fragm. de base semejante al anterior.

Alt.cons.: 2,5 cm. D.base ap.: 5 cm.

Nº Inv.: PM-83-213

251. Fragm. pequeño del borde de un posible cuenco trípode; pasta gris oscura en el núcleo, rojiza en el exterior; superficies beige, tiene numerosas partículas gruesas de cal.

Alt.cons.: 2,1 cm.

Nº Inv.: PM-83-214

252. Parte superior de un pequeño cuenco o vaso de paredes finas; pasta y superficies beige; la superior externa está descuidadamente alisada, siendo irregular al tacto.

Alt.cons.: 2,5 cm. D.b.ap.: 4,1 cm.

Nº Inv.: PM-83-215

253. Fragm. del borde de lo que posiblemente sea - una gran cazuela; pared exvasada, labio redondeado aunque ligeramente anguloso; pasta hojaldrada gris, superficies del mismo color, salvo en una zona de tono beige oscuro.

Alt.cons.: 2,9 cm. D.b.ap.: 29 cm.

Nº Inv.: PM-83-216

254. Fragm. de boca de ánfora, tal vez del tipo

R-1 aunque la sección del labio es atípica, redondeada; pasta rojiza, superficies beige, con pequeñas partículas de cal.

Alt.cons.: 2,9 cm. D.boca ap.: 11,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-218

255. Fragm. de ala de un posible plato de paredes

gruesas y labio redondeado; pasta y superficies beige anaranjadas.

Alt.cons.: 1,4 cm. D.máx. ap.: 19 cm.

Nº Inv.: PM-83-219

256. Dos fragmentos del borde de una gran cazuela,

de perfil sinuoso sin llegar a tener carena; pasta porosa, - color rojo ladrillo, con pequeñas partículas grises; superficies beige, bien alisadas y espatuladas, sobre todo la externa.

Alt.cons.: 5 cm. D.máx.ap.: 42 cm.

Nº Inv.: PM-83-220

257. Fragm. de boca de un ánfora no identificable;

con labio grueso de sección con tendencia rectangular hacia el interior; presenta unas acanaladuras tanto en la cara interna del labio (parte superior) como en la externa; pasta y superficies beige rosáceo, con partículas grises.

Alt.cons.: 3,3 cm. D.b.ap.: 17,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-221

258. Fragm. del cuerpo de un ánfora tipo R-1, correspondiente a la carena del hombro; pasta y superficies beige oscuro, partículas grises, mica escasa.

Alt.cons.: 6,9 cm.

Nº Inv.: PM-83-223

259. Fragm. de ánfora semejante al anterior; pasta ocre oscuro.

Alt.cons.: 4,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-224

260. Fragm. del cuello y arranque de un asa geminada de urna, posiblemente tipo Cruz del Negro; pasta y superficies gris oscuro, con partículas negras y mica.

Alt.cons.: 4,1 cm.

Nº Inv.: PM-83-225

261. Fragm. de carena y asa de un ánfora, posiblemente R-1; pasta ocre grisáceo, con abundantes partículas blancas y grises; algo de mica; superficies del mismo color, algo más claras.

Alt.cons.: 6,1 cm.

Nº Inv.: PM-83-226

262. Fragm. de ánfora semejante al anterior, que conserva algo más de pared y asa; pasta y superficies beige claro, con caliza y mica, algunas partículas grisáceas.

Alt.cons.: 8,8 cm.

Nº Inv.: PM-83-227

263. Fragm. de un asa de ánfora semejante a las anteriores; pasta y superficies ocre grisáceo, muy abundantes partículas calcáreas (¿concha machacada?).

Altcons.: 6,6 cm.

Nº Inv.: PM-83-228

264. Fragm. de asa pequeña de un ánfora o urna de forma indeterminable; pasta y superficies naranja, con partículas grises y blancas.

Alt.cons.: 8 cm.

Nº Inv.: PM-83-229

265. Fragm. de asa de ánfora, posiblemente R-1; - pasta y superficies beige; abundantes partículas medianas y gruesas de color negro, algunas también gruesas marrones.

Alt.cons.: 5,8 cm.

Nº Inv.: PM-83-230

266. Fragm. de asa semejante a la anterior; pasta y superficies beige grisáceo, con partículas blancas y grises.

Alt. cons.: 5 cm.

Nº Inv.: PM-83-231

267. Asa completa de ánfora, posiblemente R-1; pasta y superficies rosa oscuro, con partículas de cal y negras; la pasta es más oscura que las superficies.

Alt.cons.: 11,2 cm.

Nº Inv.: PM-83-232

268. Asa completa de ánfora (¿R-1?); pasta y superficies beige anaranjado; con pocas partículas de mica y grises; superficie bien alisada.

Alt.cons.: 11,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-234

269. Fragm. grande de asa semejante a la anterior; pasta y superficies beige, más oscura la primera.

Alt.cons.: 11 cm.

Nº Inv.: PM-83-235

270. Fragm. de la parte inferior de un asa semejante a las anteriores; pasta beige rojizo, superficies beige - amarillento, con partículas de mica y cal, alguna partícula gruesa de color granate.

Alt.cons.: 5,7 cm.

Nº Inv.: PM-83-237

271. Fragm. del cuerpo de un ánfora R-1, correspondiente a la carena del hombro; pasta y superficie interna - ocre grisáceo, la externa beige oscuro; partículas calcáreas y micáceas.

Alt.cons.: 5,2 cm.

Nº Inv.: PM-83-238

272. Fragm. del cuerpo y asa de un ánfora R-1; pasta y superficie interna ocre grisáceo; la externa es beige - claro; abundantes partículas grises y de cal, éstas gruesas.



Alt.cons.: 5,9 cm.

Nº Inv.: PM-83-239

273. Fragm. del cuerpo de una vasija indeterminable; pasta y superficies anaranjadas, con mica y partículas grises; tal vez algo de cuarzo; conserva cinco filetes oscuros en la parte inferior y uno separado en la superior.

Alt.cons.: 12 cm.

Nº Inv.: PM-83-241

274. Cuatro fragmentos del cuerpo de una vasija grande, de paredes gruesas y pesadas; pasta y superficies ocre rojizo, con mica y partículas grises y blancas; decoración en color rojo vinoso, consistente en una sucesión de filete, banda estrecha, dos filetes debajo y otra banda estrecha (de arriba abajo).

Alt.cons.: 9,9 cm.

Nº Inv.: PM-83-242

275. Fragm. de la parte superior de una urna del tipo Cruz del Negro, muy parecida a la nº 195 en cuanto a la superficie externa; pasta ocre grisáceo, superficie interna igual pero más oscura; la superficie externa es beige, con restos de una banda de color castaño marcada por un filete negro, y otro algo más estrecho por encima.

Alt.cons.: 7 cm.

Nº Inv.: PM-83-243

276. Fragm. del cuerpo de una vasija indeterminable; pasta y superficies ocre, partículas de mica y otras - gris oscuro, medianas y grandes, abundantes; banda de color marrón con cuatro filetes negros por debajo y uno por encima.

Alt.cons.: 6,9 cm.

Nº Inv.: FM-83-246

277. Fragm. del cuerpo de vasija indeterminable; pasta y superficies beige; restos muy perdidos de una banda ancha castaño, y dos filetes negros por debajo

Alt.cons.: 5,6 cm.

Nº Inv.: FM-83-247

278. Fragm. indeterminable; pasta beige; restos - perdidos de banda castaño y dos filetes negros por encima.

Alt.cons.: 5,5 cm.

Nº Inv.: FM-83-248

279. Fragm. indeterminable; pasta rojiza; superficies beige; restos de banda castaño y dos filetes negros por encima; muy perdida.

Alt.cons.: 5,9 cm.

Nº Inv.: FM-83-250

280. Dos fragmentos de vasija indeterminada; pasta y superficie interna ocre, la superficie externa es beige; - lleva seis filetes estrechos en negro.

Alt.cons.: 6,1 cm.

Nº Inv.: PM-83-253

281. Pequeño fragmento indeterminable; pasta ocre rojizo, superficies ocre; cuatro filetes marrones.

Alt.cons.: 4,3 cm.

Nº Inv.: PM-83-254

282. Fragm. indeterminado; pasta y superficies beige; restos de una banda de color castaño muy perdida y un filete negro encima.

Alt.cons.: 5,9 cm.

Nº Inv.: PM-83-256

283. Fragm. curvo del cuerpo de una vasija indeterminable; se aprecian restos de dos bandas castaño claro y dos filetes oscuros.

Alt.cons.: 5 cm.

Nº Inv.: PM-83-257

284. Fragm. indeterminable; pasta ocre rojizo; superficies ocre grisáceo; dos filetes y una banda marrón muy oscuro, casi negro.

Alt.cons.: 5,9 cm.

Nº Inv.: PM-83-258

285. Pequeño fragmento indeterminable; pasta y superficies beige; dos filetes anchos en negro.

Alt. cons., 2,7 cm.

Nº Inv.: PM-83-260

286. Fragm. indeterminable; pasta y superficies - beige anaranjado; lleva restos de una banda roja.

Alt.cons.: 3,8 cm.

Nº Inv.: PM-83-261

287. Fragm. indeterminable; pasta y superficie interna beige anaranjado; superficie externa beige, con banda color castaño y tres filetes oscuros.

Alt.cons.: 4 cm.

Nº Inv.: PM-83-262

288. Fragm. indeterminable; pasta y superficie interna ocre; superficie externa beige anaranjado, con restos de cuatro filetes negros.

Alt.cons.: 4,2 cm.

Nº Inv.: PM-83-263

289. Fragm. indeterminable; pasta marrón oscuro; superficies ocre; restos de cinco filetes estrechos oscuros.

Alt.cons.: 4 cm.

Nº Inv.: PM-83-265

290. Fragm. de la parte superior del cuerpo de una vasija indeterminada; pasta de núcleo marrón-gris, con la superficie interna ocre y la externa rojiza; partículas de mi-

ca, cuarzo (?) y esquisto (?); restos casi desaparecidos de pintura roja, al menos de una banda.

Alt.cons.: 6,2 cm.

Nº Inv.: PM-83-267

291. Dos pequeños fragmentos que unen de una vasija indeterminada de paredes finas (0,3 cm.); pasta y superficie interna beige, la externa ocre; decoración muy perdida - pero se aprecia un entrecruzamiento de filetes formando retículo, en color oscuro.

Alt.cons.: 4,2 cm.

Nº Inv.: PM-83-268

292. Fragm. de una vasija indeterminable; pared -- gruesa; pasta y superficies beige; enteramente cubierta de pintura rojo, algo perdida.

Alt.cons.: 5,8 cm.

Nº Inv.: PM-83-270

293. Boca incompleta de un ánfora del tipo R-1, de labio corto y pequeño; pasta y superficies beige, con mica y cal.

Alt.cons.: 4,6 cm.

D.b.ap.: 13 cm.

Nº Inv.: PM-83-271

294. Boca incompleta de ánfora R-1, de labio alto y grueso de sección más triangular; pasta y superficies beige rojizo, con mica, partículas grises y otras blancas media

nas.

Alt.cons.: 4,5 cm. D.b.ap.: 12 cm.

Nº Inv.: PM-83-272

295. Boca incompleta de ánfora R-1, labio pequeño; pasta y superficies ocre grisáceo, con mica, cal y partículas grisáceas.

Alt.cons.: 4,8 cm. D.b.ap.: 12 cm.

Nº Inv.: PM-83-273

296. Boca incompleta de ánfora R-1; labio aplanado pero ancho y con sección triangular, llegando a tener carena en la cara interna; pasta y superficies ocre muy oscuro, con algo de mica y otras partículas blancas, pero sobre todo muy abundantes partículas gris oscuro medianas y gruesas.

Alt.cons.: 3,5 cm. D.b.ap.: 12,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-274

297. Boca incompleta de ánfora R-1, con el labio semejante a la anterior, pero con una leve moldura exterior; pasta y superficies ocre, con mica, y escasas partículas blancas y grises.

Alt.cons.: 3,6 cm. D.b.ap.: 13 cm.

Nº Inv.: PM-83-275

298. Fragm. de boca de ánfora R-1; pasta y superficies beige; sólo se aprecian diminutas partículas blancas.

Alt.cons.: 4 cm. D.b.ap.: 11,5 cm.

Nº Inv.: PM-83-276

299. Fragm. de labio de ánfora R-1; es bajo, grande y aplanado, con marcada moldura exterior; pasta y superficies beige anaranjado, con mica y partículas gris oscuro.

Alt. cons.: 2,7 cm. D.b.ap.: 13 cm.

Nº Inv.: PM-83-277

300. Fragm. de labio de ánfora R-1; pasta y superficies beige rosáceo, con mica y partículas de color blanco y gris.

Alt.cons.: 2,5 cm. D.b.ap.: 14 cm.

Nº Inv.: PM-83-280

301. Fragm. de labio de ánfora R-1; pasta y superficies beige anaranjado; partículas grises y blancas.

Alt.cons.: 2 cm. D.b.ap.: 12 cm.

Nº Inv.: PM-83-281

302. Fragm. de labio de ánfora R-1; pasta y superficies beige.

Alt.cons.: 2,4 cm.

Nº Inv.: PM-83-283

303. Fragm. del fondo de un cuenco tripode; pasta y superficies beige rojizo, con abundantes partículas de mica, blancas y grises; en la superficie externa presenta unos profundos surcos regulares.

Largo cons.: 7,2 cm.

Nº Inv.: PM-83-284

304. Parte superior de una urna o ánfora de boca circular y labio alto levemente engrosado con tendencia vertical; hombro marcado con fuerte carena, del que sale un asa geminada pequeña y semicircular; pasta marrón oscuro, casi negruzca, con pequeñas partículas grises, blancas y negras; superficie interna ocre, con abundantes líneas de torno; la superficie externa era beige y sobre toda ella (incluidas las asas) se aplicó un fino engobe de color castaño, para finalmente ser alisada; la cocción y la factura de la pieza son excelentes.

Alt. cons.: 12,3 cm.

D.b. ap.: 10,6 cm

Nº Inv.: FM-83-174

APENDICE. La campaña de 1984

En este año y de nuevo mediante un acuerdo con el I.N.E.M., se realizó una larga campaña de excavaciones que afectó únicamente al sector NE del Puig des Molins. Dirigidas por Joaquín Bolufer i Marqués, las labores se orientaron sobre todo a ampliar la zona correspondiente a la alquería - de época islámica. Para ello se trazaron dos grandes catas (1 y 2) que se unirían finalmente en una extensa área de 12 x 10 m. La totalidad de la campaña está por estudiar, pero el excavador tuvo la amabilidad de confiarnos algunos materiales fenicios que fueron hallados en los niveles inferiores, bajo una potente secuencia estratigráfica que va del s. VII-VI a.J.C. a época islámica, con unas interesantes estructuras que esperamos sean dadas a conocer algún día. Cabe destacar la excavación de varios hipogeos, cercanos a los vaciados en 1983. Uno de ellos al menos no comunicaba con ningún otro y parecía no estar excesivamente revuelto, por lo que dada además la cantidad de tierra que contenía fué excavado minuciosamente, obteniéndose también una secuencia del mayor interés.

Nos limitaremos aquí a presentar los escasos materiales encontrados en el nivel inferior, correspondiente a un estrato de tierra rojiza muy parecido al nivel 2 del sector NO (véase campaña de 1982).

Estas cerámicas aparecieron dispersas y aisladas, sin relación con estructura alguna. En casi toda la cata se llegó al nivel roca, no pudiéndose hallar restos de huesos o

incineraciones sobre él, por lo que en principio puede deducirse que no fué utilizado como necrópolis en época arcaica. En cualquier caso, creemos que son de gran interés y que futuras campañas en el mismo sector contribuirán a enmarcarlas mejor.

Inventario

305. Fragm. grande de la parte superior de un ánfora del tipo R-1; labio ancho y alto de sección triangular; - pasta ocre, superficies beige con mica y partículas grisáceas muy escasas.

Alt.cons.: 4,3 cm.

D.b.ap.: 13 cm.

Nº Inv.: PM-84-1

306. Dos fragmentos que no unen de un cuenco carenado y posiblemente profundo de engobe rojo, con labio redondeado y pared casi vertical; pasta hojaldrada rojo anaranjado, con puntos blancos y partículas gris oscuro; la superficie interna está recubierta de un engobe rojo oscuro fino y bien conservado que en la externa sólo se ha aplicado hasta la carena.

Alt.cons.: 3,8 cm.

D.b.ap.: 18 cm.

Nº Inv.: PM-84-2

307. Dos fragmentos que unen de un gran cuenco tripode de borde vertical con marcado saliente en la parte inferior; en la superficie externa tiene unas profundas acanala-

duras; paredes muy gruesas; pasta anaranjada porosa con partículas de cal y puntos marrones; superficies recubiertas de un engobe amarillo verdoso.

Alt.cons.: 4,2 cm. D.m.ap.: 28,7 cm.

Nº Inv.: PM-84-3

308. Fragm. del borde de un cuenco trípode con labio estrecho de sección triangular recorrido en su cara externa por dos acanaladuras poco marcadas; pasta y superficies beige con mica, partículas blancas y grises.

Alt.cons.: 2,7 cm.

Nº Inv.: PM-84-4.

309. Base incompleta de un plato de pocillo de engobe rojo; base levemente rehundida con pié plano indicado; pasta gris en el núcleo y rojiza en el exterior, con abundantes partículas blancas y oscuras; superficie externa anaranjada; la interna está recubierta de un engobe rojo oscuro de calidad, espeso y bien extendido.

Alt.cons.: 3 cm. D.base ap.: 7 cm.

Nº Inv.: PM-84-5

310. Fragm. de boca de un ánfora de tipo R-1, con labio de sección triangular; pasta gris en el núcleo y beige en el exterior, al igual que las superficies; puntos de mica y partículas grises y blancas.

Alt.cons.: 2,8 cm. D.b.ap.: 13 cm.

Nº Inv.: PM-84-6

311. Fragm. de un cuenco o plato hondo de cerámica gris, con el labio muy levemente engrosado y vuelto hacia dentro; pasta marrón oscuro, superficies bien alisadas gris oscuro, la interna casi negra.

Alt.cons.: 3 cm. D.b.ap.: 17,5 cm.

Nº Inv.: PM-84-7

312. Fragm. del borde de un cuenco o plato hondo de cerámica gris; labio apenas engrosado y vuelto hacia dentro; pasta marrón, superficies ásperas y grises.

Alt.cons.: 2,6 cm.

Nº Inv.: PM-84-8

313. Fragm. de plato o cuenco semejante al anterior, de paredes algo más verticales.

Alt.cons.: 2,6 cm.

Nº Inv.: PM-84-9

314. Fragm. de borde semejante a los anteriores con el labio más engrosado; pasta marrón, superficies gris oscuro bien alisadas.

Alt.cons.: 2,2 cm.

Nº Inv.: PM-84-10

2. El área α - β del sector NO de la necrópolis

En 1983 se aprobó un amplio proyecto de reformas de las instalaciones del Museo Monográfico del Puig des Molins, entre las que se preveía la construcción de un acceso secundario al mismo adosado a la fachada oeste del edificio, muy cerca del área excavada el año anterior. No habiendo dudas posibles sobre la existencia de restos arqueológicos y - en previsión de que las obras pudieran afectarlos, la Dirección del Museo decidió realizar una intervención previa, encomendando la dirección de la misma a Benjamín Costa.

Planteada como una excavación de urgencia, se delimitó en primer lugar el área que iba a verse afectada por la construcción del acceso, resultando un rectángulo de 15 por 6 metros que fué dividido en diez cuadros de 3 x 3 m. El eje frontal se adosó paralelamente a la valla norte de cierre de la necrópolis, mientras que el eje sagital era paralelo a la fachada occidental del Museo. Para la identificación de los cuadros, los dos segmentos de 3 metros en que se dividía el eje frontal fueron denominados con las letras griegas α y β con el fin de evitar confusiones con las catas de 1982 en las que se usaron letras latinas. Del mismo modo, los tramos del eje sagital fueron numerados del 1 al 5, y así cada cuadro se identifica mediante una letra griega seguida de un número entre paréntesis: α (1), β (3), etc... Una vez iniciados los trabajos, el hallazgo de diversos enterramientos en el extremo meridional de la excavación motivó que ésta se ampliara en cuatro cuadros más, α (6,7) y β (6,7).

El método empleado fué el estratigráfico, y el registro de datos se realizó mediante un diario de excavaciones, complementado por planos parciales y una planimetría general, que es la única que presentamos aquí. Las fotografías y diapositivas conservadas son muy escasas, ya que varios carretes se perdieron debido a un lamentable accidente.

El desarrollo de las excavaciones no fué todo lo normal y continuado que hubiese sido deseable, ya que se produjeron diversas interrupciones que han hecho que en el momento de escribir estas líneas no se hayan podido finalizar los trabajos.

La primera fase tuvo lugar del 3 al 27 de octubre, interviniendo en ella personal contratado dentro de un Convenio entre el INEM y el Ministerio de Cultura. Se levantó el estrato I en todo el área de excavación (cuadros $\alpha\text{-}\beta(1\text{ a }5)$), en el que aparecieron algunos enterramientos de inhumación de época islámica, así como cuatro fosas romanas. Se inició también la excavación del estrato II en los cuadros $\alpha\text{-}\beta(1,2)$ y parte de $\alpha\text{-}\beta(3)$, documentándose las primeras tumbas fenicias y púnicas.

A finales de octubre el inicio de las obras en el cercano solar de la calle León nº 10-12 (véase infra, apartado 3) obligó a organizar una intervención de urgencia que su puso la interrupción de los trabajos en el sector NO. Solamente en el mes de diciembre, y gracias a que el citado solar había quedado inundado por las fuertes lluvias, se pudo reemprender la excavación durante dos semanas. En esta oca-

sión se abrieron los cuadros α - β (6,7), ya que algunos de los enterramientos islámicos de los cuadros α - β (5) quedaban cortados por el límite meridional del área, y se pensó en documentarlos en su totalidad lo mejor posible al ser los primeros de esa cronología que aparecían en Ibiza.

La mayor parte de la superficie de estos nuevos cuadros estaba removida a causa de la construcción del edificio del Museo en los años 30. No obstante, apareció otra tumba islámica intacta, dos más muy arrasadas y algunas piezas de gran interés aunque todas ellas sin contexto.

En 1984 la continuación de las excavaciones de la calle León impidieron que se pudiese proseguir excavando en este área, si bien la evidente importancia de los restos descubiertos hasta entonces hizo que se modificara el proyecto de nuevo acceso, de tal forma que no resultaran dañados. En 1985, cuando se programó una nueva campaña, surgió la intervención de urgencia de Vía Romana 38 o Can Partit (véase infra, cap. VI).

En el transcurso de esos meses, la acción de las lluvias había provocado que algunos enterramientos del estrato II que no habían podido ser excavados con anterioridad quedaran al descubierto. Por ello se aprovechó una corta interrupción en las excavaciones de Can Partit, del 15 al 20 de enero de 1986, para salvar esos conjuntos funerarios. Desde entonces y por razones diversas no se ha vuelto a trabajar en la necrópolis, quedando actualmente por excavar en el área los cuadros α - β (4,5), es decir cerca de 36 m².

Por estas razones deben considerarse los resultados que aquí presentamos como puramente provisionales, y tener en cuenta que incluso los inventarios son incompletos, ya que únicamente se pretende dar una visión general del área que permita relacionarla con los demás sectores estudiados. Una vez ultimadas las excavaciones, suponemos que se terminarán las restauraciones de materiales, dibujo, planimetría, estudio de los huesos, etc..., que permitirán preparar la memoria definitiva de los trabajos.

El área excavada, situada junto a la de 1982, presenta a grandes rasgos las mismas características que ella, con una fuerte inclinación de la pendiente de S. a N., que siguen los estratos. Estos son solamente dos, uniformemente repartidos por toda la excavación y fáciles de diferenciar.

Estrato I: formado por tierras de color marrón oscuro o parduzco que al secarse adquieren tonos grises. Su textura es arenosa y contiene gran número de piedras, normalmente trozos de caliza de la propia colina, además de algunos pequeños cuarzos y nódulos de calcita. Es un claro estrato geológico formado por la deposición de material procedente de la parte alta del Puig arrastrado por la erosión.

Es de espesor variable. En su parte septentrional donde prácticamente termina la pendiente se había acumulado mayor cantidad de materiales, pero los rebajes hechos en 1976 para instalar la valla de cierre de la necrópolis (véase supra, cap. III, 5 B) suprimieron más de un metro del estrato. De esta manera actualmente su potencia oscila entre

los 0,60 m. de la parte sur del área hasta los 0,20 m. del norte.

Sobre este estrato se asienta una escasa cobertura vegetal, formada por diversos tipos de herbáceas. En su parte superior presenta numerosas intrusiones de material moderno a causa de las distintas obras realizadas en el Museo, estando especialmente removido en los cuadros α (7) y β (6-7). En otra zona de las excavaciones se constató la existencia de dos trincheras de una antigua excavación arqueológica, vueltas a rellenar, procedentes casi con toda seguridad de las excavaciones de J.M. Mañá en 1946 (Gómez Bellard, 1984, pp. 21-23).

El material arqueológico es de distintas épocas, de la púnica a la moderna, y abundante, aunque en su mayoría rodado y sin contexto. No obstante en los cuadros α - β (4, 5, 6) han aparecido 12 inhumaciones de época islámica y en los α - β (3, 4) cuatro fosas de inhumación romanas, situadas en la parte inferior del estrato y penetrando alguna de ellas en el siguiente.

Estrato II: es una capa de tierra de textura arcillosa, con arenas finas, gravas poco abundantes y algunas piedras, en general pequeños bloques desprendidos de la roca madre por descomposición. Es de color anaranjado o castaño claro, aunque en su parte inferior se acentúa la tonalidad hasta ser totalmente rojo entre la roca madre y encima de ésta. En resumen, parece un estrato natural resultante de la oxidación y descomposición de la propia roca del Puig.

Los conjuntos funerarios y los materiales hallados en este segundo estrato no están muy removidos, y todos ellos son anteriores a los s. IV-III a.J.C. Hasta el momento se han excavado cinco incineraciones de época arcaica y dos inhumaciones púnicas: la primera una inhumación infantil en ánfora y la segunda correspondiente a un adulto, posiblemente una mujer, depositada en una fosa simple cavada en la tierra hasta el nivel roca y orientada N-S.

Por debajo del estrato II aparece la roca madre, que presenta una notable pendiente y una superficie irregular con numerosas grietas y oquedades naturales. Es caliza y presenta en general una primera capa de descomposición, formada por bloques irregulares redondeados y abundante tierra roja. Tallados en la roca han aparecido cuatro hipogeos de época púnica (numerados de I a IV), todos ellos removidos y casi totalmente saqueados.

En conclusión podemos pensar que en época arcaica (s. VII y VI a.J.C.) el estrato II estaba en formación y que la roca afloraría en casi toda la superficie del terreno. Este proceso seguiría en época púnica, pero sin embargo en época imperial romana ya se había producido un cambio en la sedimentación del área, ya que en el momento de abrirse las fosas de inhumación romanas (s. II-III d.J.C.) ya se estaba formando el estrato I, cuyo desarrollo continuaría en época medieval y moderna sin cambios sustanciales, hasta su drástico rebaje en 1976.

Presentamos a continuación una detallada descripción de las cinco incineraciones (I a V) arcaicas con parte de su material, así como algunos otros conjuntos o hallazgos de interés para este estudio.

Incineración nº I

Situación: esquina NO del cuadro β (1)

Se trata de un enterramiento de incineración cuyos restos fueron depositados en el interior de una urna, la cual a su vez fué colocada en un hoyo más o menos circular cavado en el estrato II. No se encontró ajuar alguno en su interior, únicamente los huesos limpios y cubiertos por tierra filtrada del exterior.

De la urna sólo se conserva el tercio inferior que estaba in situ, por lo que cabe pensar que el resto fué limpiamente cortado en alguna de las remociones modernas. Es de forma troncocónica, con base rehundida de umbo y tal vez próxima al tipo Cruz del Negro, aunque debió de ser poco ovoide.

Incineración nº II

Situación: cuadros α - β (2).

Este enterramiento se encontró en una oquedad natural de la roca, poco profunda y más o menos circular, con un diámetro de 0,90 m. En ella se había depositado una capa de unos 0,15 m. de tierra negra con cenizas y carboncillos, así como buen número de fragmentos óseos incinerados. En la parte S. de la bolsada apareció una navaja de afeitar de bronce

y dos pequeñas cuentas de collar, una de oro y otra de pie -
dra dura de color blanco.

Rodeando el enterramiento por el lado N. hay una se
rie de piedras a modo de murete, formado por bloques irregu-
lares de caliza de mediano y gran tamaño. Entre las piedras
apareció un plato de pocillo central, ala ancha, pié diferenen
ciado y base plana, roto pero completo. Debajo del murete se
encontró también un nuevo conjunto de huesos incinerados, pe
ro en este caso sin tierra negra ni carbones, sino totalmen-
te limpios.

El conjunto estaba cubierto con tierra arcillosa -
anaranjada, entre la que se hallaron fragmentos amorfos de -
ánfora, de cerámica gris, de una posible jarrita Eb-5, un mi
núsculo fragmento amorfo de cerámica a mano, así como otros
de cerámica común, rodados. Justo encima y en el centro de
la tierra que cubría el enterramiento apareció un plato de -
características idénticas al descrito anteriormente, coloca-
do boca abajo, roto pero casi completo y que con toda seguri
dad había sido colocado allí de modo intencional.

Se trata en conclusión de una incineración deposi-
tada en una oquedad natural, y a pesar de la gruesa capa de
tierra negra con carboncillos que tenía no parece que la cre
mación se realizara in situ. De hecho en toda la zona (cua-
dros α - β (2)) existen en el terreno trazas de haberse produ-
cido combustiones más o menos intensas, por lo que nos pare-
ce probable que la pira funeraria no estuviera muy lejos del
enterramiento. En cuanto al conjunto de piedras que lo ro-
dean por su lado N, podría tratarse de un simple elemento de

contención que reforzase la protección de los restos. Sin em bargo, los huesos hallados bajo las piedras plantean un problema de interpretación. De momento y a la espera de su estudio, podemos avanzar dos hipótesis. Si se tratase de restos animales, cabría pensar en algún tipo de ofrenda. Pero si - fuesen humanos, como parece más probable a la vista de los hallazgos del área, corresponderían entonces a una incineración anterior a la n^o II depositada bajo un encachado de pie dras regularmente dispuestas, tal como se ha podido documentar en algunas tumbas de la Vía Romana 38. Al realizarse la incineración n^o II se removió esta sepultura, aprovechándose parte del empedrado para proteger la nueva deposición.

En cualquier caso, una vez hecha ésta se cubrió el conjunto con tierra rojiza, para colocar después sobre ella dos platos de pocillo que no deben interpretarse como parte del ajuar sino como el resultado de una ofrenda funeraria, - de algún rito relacionado posiblemente con alimentos.

Incineración n^o III

Situación: cuadros β (2,3).

Se presenta como un área de forma elíptica cubierta por una capa de tierra negra de 0,10 a 0,15 m. de espesor con carbones y cenizas, a excepción de la parte sur donde la tierra es la propia del estrato II pero que ha adquirido - aquí una tonalidad marrón oscuro a causa de la combustión.

Por el lado O el enterramiento está cortado por la fosa de la inhumación púnica n^o 2. Por el SE conservaba algu

nas piedras irregulares dispuestas ordenadamente para delimitarlo. Presenta las siguientes medidas:

longitud máxima: 1,60 m.

anchura conservada: 1 m.

En el interior de toda el área eran numerosos los fragmentos óseos incinerados, especialmente en la tierra negra, siendo menor su cantidad en la parte S, entre la tierra marrón oscuro. Cabe destacar el hallazgo en la parte N de un tronco de madera carbonizado de unos 0,35 m. de largo y 0,10 m. de diámetro, así como de otro amontonamiento de carboncillos en el centro (véase Apéndice II). No se encontró ajuar alguno, únicamente un fragmento amorfo de ánfora.

El enterramiento estaba cubierto por la tierra del estrato II, entre la que aparecieron algunos fragmentos cerámicos, muchos de ellos también amorfos.

El interés de esta incineración reside especialmente en que se trata de un bustum, ya que no cabe duda que la cremación se realizó en ese mismo lugar.

Restos óseos.

Corresponden a una mujer joven, de 20 a 25 años.

Inventario.

315. Fragm. de boca de un ánfora del tipo R-1; labio de pared recta, pasta y superficie interna grisácea con partículas negras y blancas; superficie externa anaranjada.

Alt. cons.: 2,5 cm.

D.b.ap.: 14 cm.

316. Parte inferior incompleta de un cuenco de - gran tamaño; base levemente rehundida, paredes gruesas; pasta anaranjada con abundantes partículas de mica y cal; superficies beige, recubierta la externa además de un engobe beige más claro, saltado en muchas zonas; tal vez podría tratarse de una forma cerrada, una pequeña urna por ejemplo.

Alt.cons.: 4 cm.

D.base: 6,8 cm.

Incineración nº IV

Situación: cuadro x (3).

Su existencia fué detectada en 1983 y puesta al - descubierto en 1986, pero aún no ha sido excavada. Se define por un área de tierra negra con carboncillos y huesos incinerados, de forma alargada más o menos elíptica. Está cortada al E por la antigua escalera de salida del Museo a la necrópolis, y al O por la fosa de inhumación romana nº 3. Algunas piedras aparecidas in situ en este lado occidental, que no parecen corresponder al murete lateral de la fosa romana, indicarían que este enterramiento estaba delimitado por un círculo de piedras.

Sus dimensiones son:

longitud máxima: 1 m.

anchura máxima cons.: 0,60 m.

Incineración nº V

Situación: cuadro β (3).

En este enterramiento los huesos quemados habían sido depositados en el interior de la mitad inferior de una urna de base cóncava y umbilicada, la cual a su vez había sido colocada en una oquedad natural de la roca. Esta media urna fué rodeada con grandes trozos de un ánfora del tipo PE-11 así como con una vasija hecha a mano casi entera. Se trata de una interesante urna talayótica, de cuerpo más o menos globular, aparentemente (no restaurada), boca exvasada y base convexa. Presenta cuatro pequeñas asas y su superficie finamente alisada es de color marrón-grisáceo.

El conjunto fué delimitado con dos piedras calizas irregulares, una al S y otra al E, y cubierto con tierra y un fragmento paralelepípedo de márés con dos caras alisadas. Como único elemento de ajuar hay que señalar un pequeño cuenco de pasta ebusitana que había sido colocado dentro de la urna, encima de los huesos.

Esta sepultura de incineración resulta doblemente interesante, ya que por una parte parece una derivación de la clásica incineración en urna y por otra al estar protegida por restos de un ánfora PE-11 su cronología debe situarse sin ninguna duda a mediados del s. VI a.J.C., y mejor en su segunda mitad.

Inventario.

317. Pequeño cuenco de paredes gruesas y labio en-

grosado; base plana irregular; pasta y superficies beige rosáceo con mica y cal.

Alt.: 3,9 cm. D.base: 3,3 cm. D.boca: 6,3 cm.
D.máx.: 6,6 cm.

Otros hallazgos

Además de los enterramientos que se han presentado someramente, en esta misma área han aparecido algunos otros elementos que no pueden considerarse como tales, pero cuyos materiales revisten un indudable interés.

A. En el cuadro α (3), entre las incineraciones nº III y IV, apareció un área de tierra oscura de forma casi circular cortada en su lado E por la fosa de inhumación romana nº 3.

longitud máxima: 1,60 m.

anchura máxima cons.: 1,20 m.

Dentro de esta bolsada se distinguieron dos zonas, de acuerdo con la coloración de la tierra. La zona central de forma circular un tanto alargada, de 1 x 0,80 m., era de color negro intenso, con abundantes carboncillos y cenizas. La zona periférica que la rodeaba presentaba por el contrario una coloración grisácea. A excepción del lado oriental cortado por la fosa romana, contenía piedras de pequeño y mediano tamaño que rodeaban la mancha negra central.

En esta última apareció un cuenco muy fragmentado pero bastante completo así como la boca y fragmentos de un

aryballos corintio cuyo perfil se pudo reconstruir. En la zona gris se hallaron fragmentos amorfos de ánfora, alguno más del aryballos y dos minúsculas astillas de hueso quemado.

Las especiales características del conjunto hacen que no lo consideremos como un enterramiento, en especial dada la ausencia de restos humanos definibles. No cabe duda de que se produjo allí una intensa combustión, cuyos restos forman la parte central delimitada por algunas piedras, y que afectó la superficie circundante (zona gris). Situado en la necrópolis entre varias incineraciones, todo invita a considerar este fuego como un ustrinum, pero sus reducidas dimensiones y los hallazgos realizados en él nos hacen rechazar esta hipótesis. El conjunto, que denominamos fuego nº 1, parece ser el resultado de una hoguera encendida con fines rituales, para realizar alguna ofrenda relacionada probablemente con alguna de las sepulturas entre las que se encuentra.

Inventario.

318. Siete fragmentos de diverso tamaño de la boca y panza de un aryballos globular de producción corintia; la boca es circular y grande, con asa de cinta fina, conservando ambas restos de decoración en negro; los fragmentos del cuerpo son de paredes relativamente finas (entre 3 y 4 mm.) y los que conservan decoración pintada en negro, representan parte del cuerpo de un ave, con las dos patas, estando las alas incisas, así como un perfil humano con clara indicación del ojo también mediante incisión; la pasta y las superficies son amarillo oscuro, presentando sólo alguna impureza -

calcárea; los fragmentos están todavía en proceso de limpieza y restauración, y las medidas que damos son las de la reconstitución hipotética realizada por D. Enrique Dies.

Alt.: 14 cm. D.boca: 5,9 cm. D.máx.: 11,5 cm.

319. Pequeño cuenco incompleto; paredes del cuerpo con tendencia curva, labio engrosado levemente exvasado; pasta hojaldrada, porosa, de color naranja intenso y con muy abundantes partículas de cuarzo y cal; la superficie interna es del mismo color, mientras que la externa está cubierta de un engobe blanquecino muy perdido; la pieza se encuentra ennegrecida en muchas zonas por la acción del fuego.

Alt.cons.: 4,2 cm. D.b.: 7,7 cm. D.máx.: 8,3 cm.

B. Una segunda área o bolsada de tierra negra con cenizas y carboncillos apareció en el cuadro α (2), en la superficie del estrato II y justo por debajo del estrato I.

Su forma es irregular y alargada, de 1,50 m. de longitud por 0,70 m. de anchura máxima. Está cortada en su lado oriental por el relleno de la trinchera donde está instalado uno de los desagües del Museo. La impresión que da es la de un montoncillo de tierra que por acción natural o antrópica ha ido desparramándose por la pendiente.

En su interior aparecieron varios fragmentos de una gran ampolla globular con decoración pintada, así como otros amorfos de diferente calidad.

Se recogió tan sólo un minúsculo fragmento de hueso quemado, por lo que evidentemente no podemos considerarlo

como un enterramiento de incineración. Tampoco parece que se trate de los restos de un fuego intencional como en el caso anterior. Por sus características y sobre todo por su posición estratigráfica pensamos que lo más probable es que se trate de tierra y materiales extraídos del fuego nº 1 o de la incineración nº IV al realizarse la fosa romana nº 3 que los corta a ambos. Tal vez la futura excavación de la incineración nº IV permita confirmarlo.

Inventario.

320. Parte superior incompleta de una botella o ampolla de forma probablemente globular, a la que falta el cuello; pasta hojaldrada gris claro, con diminutas partículas calizas y otras de color negro; en la base del cuello hay un marcado resalte del que salen dos pequeñas asas de cinta que más parecen perforaciones para colgar la pieza mediante un cordel; las superficies son rugosas, del mismo gris que la pasta; la superficie externa lleva debajo de las asas una decoración consistente en una banda de pintura gris oscuro perfectamente enmarcada por un filete marrón oscuro.

Alt.cons.: 6,2 cm.

D.m.cons.: 14,2 cm.

C. Otra bolsada de tierra negra se encontró en el cuadro β (1), a unos 0,70 m. al E de la incineración nº I. Era de forma semicircular, con 0,30 m. de diámetro, y quedaba cortada por la valla de cierre de la necrópolis. En su interior no apareció hueso o material arqueológico alguno, y dadas sus reducidas dimensiones, no parece tratarse de un en-

terramiento. Parece más bien el resultado de un fuego que ardió en el lugar, dentro de un pequeño hoyo cavado en la tierra del estrato II. Esto y su cercanía a la incineración nº I nos indican que debe estar en relación con ésta, pero no tenemos elementos que nos permitan sugerir una interpretación más concreta.

Para concluir con los resultados provisionales de las excavaciones en el área $\alpha - \beta$, presentamos a continuación, sólo a título de inventario, algunos materiales de interés recogidos tanto en superficie (Nº 321) como en el estrato II en diferentes cuadros.

Inventario.

321. Fragm. de boca de un ánfora de tipo R-1 con el labio corto de sección triangular; pasta y superficies ocre, con puntos de mica y partículas negras y blancas.

Alt. cons.: 2,2 cm. D.b.ap.: 12 cm.

322. Fragm. del cuerpo de un ánfora del tipo R-1; se conserva parte de la arista característica del hombro y el arranque del asa de sección circular; la pasta es ocre rojiza, con bastantes partículas de color negro y blanquecino; la superficie interna es grisácea y la externa beige amarillenta.

Alt. cons.: 5,9 cm.

323. Fragm. de asa de un ánfora de tipo R-1; pasta ocre gris, superficies ocre, con mica y partículas blancas y

grises.

Alt.cons.: 5 cm.

324. Cuenco pequeño de cocina, pasta muy hojaldrada y porosa con puntos blancos y grises; pasta y superficie interna naranja brillante que se vuelve oscura hacia el exterior; la superficie externa es castaño oscuro en varias zonas, y presenta señales de combustión.

Alt.: 6,9 cm.

D.b.: 8 cm.

D.máx.: 10,6 cm.

D.base: 3,6 cm.

3.- El solar de la calle León nº 10-12

Este solar se encuentra situado en una calle corta perpendicular a la Via Romana, a unos escasos treinta metros del área protegida de la necrópolis. Aunque su excavación es ta prevista de antemano, habiéndose llegado a un acuerdo - con los nuevos propietarios que pensaban construir un edificio de varias plantas y sótano, la demolición anticipada de las dos pequeñas casas que allí se encontraban obligaron al equipo del M.A.I. a intervenir, debiendo interrumpirse las excavaciones que se estaban realizando en el sector NO del Puig des Molins.

Las expectativas de poder realizar una investigación de interés eran fundadas, ya que existía la total seguridad, por testimonios antiguos, de que el solar formaba par te integrante del área de la necrópolis. Otros alicientes de la excavación eran que esa zona no había sido explorada nunca de forma científica, y que cabía la posibilidad de encontrar una importante potencia estratigráfica, al contrario - que en la colina.

El terreno en el que se intervino, con una superfi cie cercana a los 400 m²., está al pié del Puig, en un área casi llana, con una ligera pendiente en dirección NO. Hasta los años 50 fué zona de cultivo, como casi todo lo que es - hoy el urbanizado barrio de Sa Capelleta. Por aquellas fechas se construyó una vivienda de unos 70 m²., que ocupó el ángulo noreste, dedicándose el resto a jardín. En los años - 70 se levantó otra pequeña construcción de unos 40 m². en la

esquina suroeste. Si en esta ocasión la poca profundidad de los cimientos no supuso casi daño para los niveles arqueológicos, la construcción de la casa, sobre todo por la cisterna y el pozo negro, destruyó los restos que pudieron existir.

A pesar de tener conocimiento de que había que proceder a una excavación, la empresa constructora inició el rebaje de tierras con pala mecánica poco después de derribar - las dos edificaciones. La rápida intervención del M.A.I., - apenas una hora después de comenzadas las tareas, supuso la total paralización de la maquinaria y de las obras. Sin embargo, eso no impidió que buena parte del centro del solar fuese prácticamente arrasada, pudiéndose sólo recuperar entre las tierras fragmentos de cerámica y vidrio, la mayoría de época romana, así como numerosos huesos. Por lo menos a - la hora de iniciar la excavación, se sabía con seguridad que estábamos efectivamente en un sector de la necrópolis.

Las excavaciones se llevaron a cabo entre el 31 de octubre de 1983 y el 20 de marzo de 1984, bajo la dirección primero de B. Costa Ribas (hasta diciembre de 1983) y después de R. Gurrea Barricarte. Se cuadrículó el solar en nueve catas de 6x6 m., con testigos de 1 metro de anchura. Las labores se centraron en las tres catas situadas al sur. Las tres centrales estaban prácticamente arrasadas por las máqui- nas, y las tres más septentrionales parecían tener un escaso nivel de tierra, por lo que se dejaron para el final. Fué en éstas donde aparecieron los hipogeos arcaicos, únicos enterra- mientos que estudiaremos en detalle. Comentaremos antes bre- vemente los principales resultados de los trabajos, cuya pu-

blicación preparan actualmente los excavadores.

El solar de la calle León ha permitido por vez primera documentar una secuencia estratigráfica clara y de cierta potencia en el Puig des Molins, ya que en algunos lugares se excavó más de 1,50 m., con hallazgos en todos los niveles. La secuencia provisional propuesta por nuestros compañeros - del M.A.I. con motivo de la exposición organizada para presentar los resultados de la calle León es la siguiente (Costa-Gurrea, 1984, p. 10):

- nivel 1: detectado solamente en la esquina sur-oeste del solar; aparecen en él los restos muy deteriorados de una construcción de dos muros formando ángulo, de la que únicamente se conservaba la primera hilada de piedras desbastadas y trabajadas con mortero. Junto a uno de los muros había una cubeta cuadrada, con revoque interior, mal conservada; se hallaron abundantes cerámicas que permiten fechar la construcción en época medieval.

- nivel 2: en el área oriental del solar, aparecen numerosas incineraciones de época romana depositadas en la tierra y delimitadas por cerámicas; hay además alguna fosa de inhumación; ajuares pobres, salvo en el caso de una incineración en urna de vidrio, con ajuar de varios platos de terra sigillata, una lucerna, etc.... Cronología: siglos I y II d.J.C.

- nivel 3: mejor documentado en el sector suroriental; gran abundancia de restos humanos fragmentados y dispersos, junto con material arqueológico; en los niveles inferio

res se pudieron delimitar algunas inhumaciones completas de época púnica. Sorprende en cualquier caso el gran número de huesos, abundantísimos en relación a los objetos; predominan entre éstos las vasijas de pequeño tamaño (jarras, cuencos, unguenterios), en general completos; hay además cuentas de collar, amuletos y monedas; merecen destacarse dos betillos de piedra arenisca recubierta de estuco; uno de ellos en forma de urna (Gubel et alii, 1986, pp. 100 y 264). Cronología estimada: s. IV-II a.J.C.

- nivel 4: se incluyen aquí los elementos excavados en la roca; además de una cisterna de datación imprecisa, se halló un total de ocho hipogeos, cuatro al sureste y otros cuatro al noroeste. De los primeros, el nº 1 y 1A (que comunicaban) tienen diversos enterramientos que dan unas fechas de utilización entre el s. IV y el s. II a.J.C.; los nº 2 y 3 estaban totalmente saqueados y vacíos. De los otros, tres son los hipogeos arcaicos que estudiamos más adelante (nº 5, 6 y 7); el cuarto (nº 7A) posiblemente fuese también de época antigua, pero al encontrarse casi totalmente bajo el edificio contiguo (c/ León nº 8, entonces Comisaría de Policía) no ha podido ser bien documentado; en cualquier caso parecía estar revuelto, con materiales de cronología diferente y tardía como veremos.

Hay que subrayar que la documentación de todo tipo recogida en el solar de la calle León, aún siendo todo lo exhaustiva posible, siempre será incompleta por dos razones. En primer lugar, por los daños causados por las máquinas antes de iniciar las excavaciones. Y en segundo lugar, por la

destrucción premeditada, sistemática y total de los restos - arqueológicos llevada a cabo por los propietarios del solar el día 12 mayo 1984.

En efecto, cansados de las molestias y retrasos - que los arqueólogos les causábamos en sus planes de construcción, y aprovechando las horas tempranas de un sábado (en - que no se trabajaba), hicieron entrar una máquina perforadora que en pocos minutos acabó con todo lo que quedaba, incluyendo los hipogeos más antiguos, hundidos y explanados. Nunca se pudo por tanto completar la excavación, especialmente en dos catas del norte del solar, la central y oriental, que se habían dejado para el final, dado que sobre ellas estaba la gran rampa de tierra que permitía bajar desde la calle al nivel alcanzado. Digamos únicamente que a pesar de las denuncias, no se llevo a cabo ningún tipo de acción legal contra nadie. Hubo un cierto escándalo, que tuvo eco incluso en la prensa nacional (EL PAIS, 16-7-84, p. 23), pero al poco tiempo las aguas volvieron a su cauce y no ocurrió nada. Como veremos, este triste precedente tuvo su continuación hace escasas fechas con la destrucción de otro solar del Puig des Molins del mayor interés. A título anecdótico, añadiremos que actualmente en la calle León nº 10-12 se levanta un moderno edificio residencial de cuatro plantas y garage. Se llama - "Edificio Púnic" ...

Los tres hipogeos que estudiamos a continuación se encontraban agrupados en el sector NO del solar, como hemos dicho, muy cercanos entre sí. Los nº 5 y 6 tenían una orientación NO-NE, mientras que el nº 7 estaba perfectamente -

orientado de O a E. Los tres tenían su entrada hacia el Este.

Presentaremos una descripción detallada de cada -- uno de ellos, seguida del inventario y descripción de los materiales hallados para terminar con el estudio de éstos y la datación del conjunto.

A. Hipogeo 5

El pozo de acceso era de forma casi rectangular, -- perfectamente tallado con paredes verticales, siendo ligeramente más ancho cerca de la boca de acceso a la cámara. Medía 1,92 m. de largo por 0,72 m. de anchura mínima y 0,94 m. de anchura máxima. Su profundidad era de 1,95 m.

Estaba relleno de tierra ocre muy apelmazada y homogénea, sin material arqueológico alguno a excepción de una boca de oinokoe de la forma Eb.12 (nº 325). A medida que se fué vaciando el pozo, se pudo apreciar la existencia de tres hendiduras excavadas en la roca a modo de escalones en ambas paredes mayores, con una separación entre ellos de unos 25 -- cm., situándose la última aproximadamente a 0,60 m. del fondo del pozo. El descenso a éste era así muy cómodo.

La boca de acceso se encontraba sellada por una -- gran losa de piedra de forma más o menos rectangular (medi-- das: 1,20 m. de alto, 0,60 m. de ancho y 0,20 m. de espesor) falcada en posición vertical por piedras pequeñas y apoyada sobre otra losa plana y cuadrada de tamaño más reducido (0,54 m. por 0,54 m., con 0,10 m. de grosor) colocada horizontalmente.

Retiradas las piedras, se accedía a una cámara con planta de tendencia rectangular y forma prácticamente cúbica que tenía las siguientes dimensiones:

- pared del fondo: 1,60 m. de anchura y 1,25 m. de altura,
- pared de la entrada: 0,38 m. (más 0,94 m. de vano) y 1,10 m. de altura.
- pared lateral norte: 2,10 m. de anchura.
- pared lateral sur: 2 m. de anchura.

Curiosamente, las paredes de la cámara no estaban tan bien terminadas como las del pozo, siendo ligeramente cóncavas. El techo tenía una leve inclinación descendente desde el fondo hacia la boca.

Sobre el suelo alisado, cubierto al igual que parte de las paredes de raíces, se encontraba un esqueleto de adulto en posición de decúbito supino, con una orientación SO-NE. Como único ajuar se encontró una lucerna de dos picos (nº 326), depositada a la derecha del muerto y a la altura de la pelvis, así como quince botones de hueso, cuatro ganchos de bronce y dos cuentas de collar de pasta vítrea dispersos por el resto de la cámara (nº 327-329).

Queremos subrayar que este hipogeo no presentaba tipo alguno de comunicación con cualquier otra cámara, y que la losa de cierre estaba in situ sin presentar señales de haber sido desplazada, razón por la que no se encontró tierra alguna en el interior. Se trata, pues, de un conjunto cerrado, sin alteraciones, y en nuestra opinión totalmente intacto.

Inventario.

a) Pozo

325. Boca incompleta de un oinokoe de la forma Eb. 12, con labio engrosado y exvasado y cuello con resalte poco marcado; pasta y superficies beige, con mica y cal.

Alt.cons.: 3,2 cm. D.b.ap.: 3,5 cm.

Nº Inv.: CL-24

b) Cámara

326. Lucerna de dos picos, de pasta beige claro - con abundantes partículas de mica; superficies de color rosá ceo, en las que se aprecia una gruesa capa de engobe clara - mente diferenciado de la pasta que se conserva sobre todo en la parte inferior de la pieza; la cazuela es poco profunda y está bien delimitada; bordes muy deteriorados; no hay seña - les de combustión.

Alt.: 3,14 cm. Largo: 10,2 cm. Anch.máx.: 11,4 cm.

Nº Inv.: CL-25

327. Quince botones de hueso circulares en forma - de casquete, con agujero central en la parte lisa.

D.: entre 0,9 y 1,1 cm.

Nº Inv.: CL-26

328. Cuatro clavos o pernos de bronce, en forma de ganchos y cabeza circular; tres en buen estado y uno muy de - teriorado.

Alt. c.: 5,5 cm.

Nº Inv.: CL-27.

329. Dos cuentas de collar de pasta vítrea en forma de esfera achatada con perforación central: a) tiene decoración de siete círculos dobles amarillos sobre fondo azul marino; b) círculos azules y blancos sobre fondo turquesa.

Alt.: 0,9 cm. y 0,8 cm. D.máx.: 1,1 cm. y 0,9 cm.

Nº Inv.: CL-28

B. Hipogeo 6

Estaba situado aproximadamente a un metro al N del anterior, exactamente con la misma orientación, estando prácticamente paralelos.

El pozo de acceso era también muy parecido, de forma aproximadamente rectangular, con las siguientes medidas: 2,10 m. de largo, 0,70 m. de anchura mínima y 0,90 m. de anchura máxima. Su profundidad junto a la boca de la cámara -- era de 2,10 m. y en el extremo opuesto de 1,60 m.

En ambas paredes mayores del pozo debía de haber originalmente tres escalones semejantes a los del hipogeo 5, pero dos de los de la pared norte habían desaparecido al abrir un agujero los saqueadores. Dicho orificio comunicaba con una serie de hipogeos revueltos, con abundante material de época musulmana, situados bajo el edificio del solar contiguo (calle León nº 8). El vaciado de la tierra de este pozo proporcionó un escaso material rodado (que no inventariamos aquí) de pasta púnico-ebusitana y una jarrita casi completa (nº 330). Señalemos que en el fondo del pozo había abundantes piedras de buen tamaño, sin que se sepa si cayeron ca

sualmente al hacer el agujero de saqueo o si fueron colocadas intencionalmente, al menos algunas, ya que la más grande de ellas era la situada a mayor profundidad y sustentaba las losas de cierre.

La boca de acceso a la cámara era de un tipo único hasta ahora en el Puig des Molins, ya que no ocupaba la totalidad de la anchura del pozo como es norma en todas las otras cámaras conocidas del yacimiento, sino que está situado en la parte sur de la pared, medía aproximadamente 0,58 m. de ancho por 0,90 m. de altura. Esta entrada se encontraba cerrada parcialmente en el momento de su descubrimiento por cuatro grandes piedras, colocadas dos horizontalmente y dos verticalmente sobre éstas. El tercio superior de la boca estaba al descubierto, habiendo despejado sin duda los saqueadores el espacio necesario para pasar.

La cámara en sí era también semejante a la del hipogeo 5, con planta casi rectangular y forma cúbica. Las paredes estaban bien talladas y alisadas, y tenían las siguientes medidas:

- pared del fondo: 1,50 m. de anchura y 1,24 m. de altura
- pared de la entrada: 0,74 m. (más 0,68 m. de vano) y 1,18 m. de altura.
- pared lateral norte: 2 m. de anchura
- pared lateral sur: 2,20 m. de anchura.

La cámara contenía una capa de tierra de unos 0,20 m., salvo en la zona de la entrada en la que había un fuerte talud a causa de las filtraciones. En su interior sólo se en

contraron tres diminutos fragmentos de cerámica de pasta aparentemente "arcaica" (no inventariados), un fragmento de un plato gris fenicio (nº 331) y un fragmento de un cuenco o plato carenado (nº 332).

Como se puede apreciar, el saqueo fué absoluto si es que hubo alguna vez un ajuar dentro, ya que la total ausencia de huesos no deja de ser sorprendente. No podemos rechazar de todas formas la posibilidad de que los saqueadores extrajeran toda la tierra y que una vez cribada, ésta y los huesos fueran a parar a los hipogeos contiguos. Aún así, sería una limpieza demasiado meticulosa y que no concuerda con la manera de actuar de los saqueadores, bien conocida por todos los que hemos trabajado en el Puig des Molins. En cuanto a la posibilidad de que la tumba hubiese sido excavada de antiguo (Román, Mañá, ...), no consta que esta zona haya sido tocada jamás, como ya dijimos. Y además se hubiese derribado todo el cierre de losas de la entrada para facilitar las tareas, bien incómodas de realizar con las piedras dispuestas tal como aparecieron en 1983.

Inventario

a) Pozo

330. Oinokoe trilobulado de boca estrecha y pico - vertedor ancho, con arranque del asa (que falta) en la parte posterior; el cuerpo es piriforme, con un marcado resalte en el tercio inferior; pasta y superficie interna gris, con partículas de mica; superficie externa gris oscuro; cercano a la forma Cintas 156 por el resalte, aquí menos pronunciado -

(Cintas, 1950, fig. XII).

Alt.cons.: 8,2 cm. D.máx.cons.: 7,6 cm.

Nº Inv.: CL-175

b) Cámara.

331. Fragm. de un cuenco de cerámica gris, de la -
bio engrosado y reentrante; pasta marrón oscuro, hojaldrada,
con diminutas partículas de mica; superficies gris oscuro, -
bien alisadas.

Alt.cons.: 2,3 cm. D.b. ap.: 21 cm.

Nº Inv.: CL-173.

332. Fragm. de un cuenco al que faltan borde y ba-
se; una carena bastante marcada separa claramente la parte -
superior, exvasada, de la inferior que es levemente cóncava;
pasta y superficies gris claro con partículas medianas de co
lor gris y blanco; la pasta es porosa y las superficies rugo
sas.

Alt.cons.: 4,6 cm. D.boca cons.: 14,3 cm.

Nº Inv.: CL-174.

C. Hipogeo 7

Se encontraba al este de los dos anteriores, delan
te de ellos, y seguía perfectamente la orientación O-E. El
pozo era de planta rectangular, pero sin embargo el fondo -
era irregular, liso primero y bajando luego suavemente hacia
la boca de la cámara. Sus medidas eran: 2,10 m. de largo y -
0,78 m. de ancho (en ambos extremos), con una profundidad -
junto a la entrada del hipogeo de 2,34 m. y de 1,90 m. en el

extremo opuesto. También aquí había peldaños excavados en la roca, esta vez sólo dos en cada pared longitudinal separados entre sí por unos 0,40 m.

En la pared norte, junto a la losa de cierre, se pudo apreciar la existencia de un agujero de saqueo que afectaba principalmente a la cámara, como se comprobaría después. La mencionada losa era un gran bloque de piedra caliza de-
bastada, de 1,55 m. de altura, 0,70 m. de anchura y 0,38 m. de espesor máximo. Estaba apoyada directamente sobre el fondo del pozo, y sellaba totalmente la entrada, con sólo otras dos pequeñas piedras en la parte superior.

Del interior de este pozo procede uno de los hallazgos más sorprendente y gratificante de toda la excavación. En efecto, a 1 m. de profundidad y a 0,20 m. por delante de la losa de cierre aparecieron restos de un enterramiento con un rico ajuar consistente en una terracota en forma de prótomo femenino (nº 340), media cáscara de huevo de avestruz decorada (nº 341), un escarabeo de pasta azul de Nancra
tis (nº 343), un amuleto egipcio de esteatita representando un cinocéfalo (nº 342), veintiocho cuentas de collar de pasta vítrea completas y fragmentos de al menos otras ocho y dos conchas marinas (nº 344). El conjunto estaba perfectamente agrupado, dando la impresión de haber sido depositado cuidadosamente en ese lugar, aunque ningún tipo de estructura (piedras, etc...) lo delimitara o señalara.

Además del enterramiento aparecieron en el resto de la tierra, que era ocre oscuro y estaba apelmazada y endu

recida, fragmentos diversos de piezas incompletas repartidos a diferentes profundidades (nº 333 a 339). Todo el relleno - del pozo parecía homogéneo, sin que pudieran apreciarse cambios en la coloración de las tierras o en su textura que indicaran algún tipo de remoción posterior a la deposición del enterramiento.

Una vez retirada la losa de cierre, con muchas dificultades debido a su peso, se pudo comprobar que los saqueadores se habían introducido directamente en la cámara mediante un agujero en la pared norte, el mismo que ya se había visto parcialmente en el pozo. Este agujero comunicaba con los hipogeos ya citados situados bajo el edificio contiguo, y a través de éstos con el hipogeo 6. La cámara por tanto debía de haber sido saqueada, a pesar de lo cual se hallaron los objetos citados más abajo. Contenía unos 0,25-0,30 m. de tierra marrón oscuro, y sobre ésta algunas piedras; debajo del agujero de saqueo las tierras caídas desde el hipogeo contiguo (denominado 7-A) habían formado un pequeño montón. En él se encontró un único objeto, una boca de jarrita de -- la forma Eb.13 de los s. III-II a.J.C. (CL-189, no inventariado aquí).

Las medidas de la cámara eran las siguientes:

- pared del fondo. 1,50 m. de ancho por 1,40 m. de altura
- pared de la entrada: 0,46 m. (más 0,78 m. de vano) por 1,10 m. de altura.
- pared lateral norte: 2,18 m. de largo.
- pared lateral sur: 2,15 m. de largo.

La cámara era también cúbica, de planta más o menos rectangular, pero las paredes eran ligeramente cóncavas en especial hacia la boca; el techo tenía una marcada inclinación hacia la entrada, acentuada sobre todo a partir de la mitad, con un desnivel total de 0,30 m.

Había en el interior un esqueleto de adulto muy mal conservado, con gran parte de los huesos revueltos; el cráneo, que estaba en mejor estado, se hallaba en el ángulo SO de la cámara. A escasos centímetros de él se encontró un pequeño cuenco (nº 345). Además sobre el suelo rocoso, a 1 m. de la boca y a 0,40 m. de la pared sur, apareció una navaja de afeitar de bronce (nº 347). Finalmente muy cerca de la boca de entrada y totalmente cubierta por la capa de tierra se halló tumbada una urna bitroncocónica de dos asas (nº 346).

Inventario.

a) Pozo. Material revuelto.

333. Oinokoe de la forma Eb.12 (Tarradell-Font, 1975, p. 156) al que le falta el tercio inferior; boca redonda, labio engrosado y exvasado; cuello estrecho con marcado resalte; asa de cinta que va del cuello a la altura media del cuerpo; pasta y superficies ocre claro, con partículas de mica y cal.

Alt.cons.: 6,3 cm. D.boca: 3,6 cm. D.m.cons.: 6,6 cm.

Nº Inv.: CL-180

334. Plato púnico de pocillo con ala de tendencia muy recta, pocillo central poco profundo y base ligeramente

rehundida; pasta ocre, superficies beige rosáceo, con mica y partículas de cal.

Alt.: 3,5 cm. D.base: 5,2 cm. D.máx.: 18,2 cm.

Nº Inv.: CL-190

335. Fragm. de labio de un ánfora ebusitana del tipo PE-12 (Ramón, 1981a, pp. 98-99); pasta y superficies ocre claro, con partículas de cal y mica.

Alt.cons.: 2,8 cm. D.b.ap.: 14 cm.

Nº Inv.: CL-191

336. Plato hondo de pocillo central y ala ancha de tendencia recta; pasta y superficies grises, con mica y cal.

Alt.cons.: 3,8 cm. D.boca: 17 cm.

Nº Inv.: CL-192

337. Fragm. de la parte superior de un cuenco mediano de paredes verticales, levemente inclinadas hacia el interior; en la parte inferior conservada se insinúa una ligera carena; pasta y superficies beige, con zonas rosadas; muy abundantes partículas de mica, cal y otras granate.

Alt.cons.: 4,3 cm. D.b.ap.: 14 cm.

Nº Inv.: CL-193

338. Fragm. de asa de sección circular, perteneciente probablemente a un ánfora del tipo R-1; pasta marrón rojizo, con abundantes partículas, superficie beige verdoso.

Alt. cons.: 7,2 cm. D.m.: 3,1 cm.

Nº Inv.: CL-194

339. Varios fragmentos que unen del ala de un plato púnico, posiblemente de pocillo; pasta rosa anaranjada, superficies ocre claro, con diminutas partículas de mica y cal.

Alt.cons.: 1,8 cm. D.m.: 17,5 cm.

Nº Inv.: CL-195

b) Pozo. Enterramiento.

340. Terracota a molde en forma de prótomo femenino; la cabeza está peinada con larga cabellera (o peluca) de rizos, realizados mediante impresiones de ondas; las orejas son grandes y quedan despejadas; los ojos almendrados son oblicuos y sobre ellos están marcadas unas espesas cejas; la nariz es relativamente larga y algo respingona; boca pequeña algo más sonriente que impasible; barbilla corta; en la parte superior posterior lleva agujero de suspensión; conserva abundantes restos de decoración pintada distribuidos de la siguiente manera: cabellos y cejas negros; ojos negruzcos; cara y cuello rojizos; labios rojos de un tono más oscuro; pasta y superficies beige con zonas rojizas, especialmente en la parte posterior; diminutas partículas de cal y granates, con muy escasa mica apenas apreciable.

Alt.: 19,2 cm. Anchura: 12,5 cm.

Nº Inv.: CL-181

341. Cáscara de huevo de avestruz en forma de copa o casquete hemisférico; se conserva casi completo a excepción de algunos fragmentos de la parte inferior; superficies

de color marfil mate; lleva decoración pintada (muy deteriorada) de color marrón oscuro en la mitad superior de la superficie externa; consiste en dos filetes en zig-zag que enmarcan una banda estrecha con una línea trenzada.

Alt. 8,2 cm. D.boca: 13,8 cm.

Nº Inv.: CL-182

342. Amuleto egipcio de esteatita que representa - un cinocéfalo puesto en pié, con las piernas juntas; tiene anillo de suspensión en la espalda.

Alt.: 2,1 cm. Anchura base: 0,5 cm.

Nº Inv.: CL-183

Bibliografía: Fernández-Padró, 1986, pp. 59-60, nº 169

343. Escarabeo de pasta azul de reducidas dimensiones, posiblemente fabricado en Nancratis; en la parte inferior lleva una inscripción jeroglífica que puede leerse: -

"Nut es una diosa permanente". (1)

Largo: 0,8 cm. Anchura: 0,6 cm. Alt.: 0,5 cm.

Nº Inv.: CL-184

344. Veintiocho cuentas de collar de pasta vítrea de diversos tamaños y colores.

- . siete de forma cilíndrica y color verde. L.máx.: 1,7 cm.
- . cuatro de igual forma pero azul oscuro. L.máx.: 1,5 cm.

(1) Debemos estos datos al Dr. J. Padró, a quien damos las gracias aquí por su gentileza al acceder a estudiar para nosotros algunas piezas presentadas en este trabajo.

- . seis globulares con círculos azules y blancos so
bre fondo turquesa. D.máx.: 0,8 cm.
- . dos casi cuadradas, de igual decoración que las
anteriores. D.máx.: 0,7 cm.
- . cuatro circulares, color turquesa. D.máx.: 0,6 -
cm.
- . una cilíndrica, irregular, negra. L.máx.: 1,1 cm.
- . una circular negra. D.máx.: 0,8 cm.
- . una agallonada, con 3 caras, negra. Anch.: 0,6 cm.
- . una cilíndrica marrón. D.máx.: 0,6 cm.
- . una cilíndrica azul oscuro. D.máx.: 0,6 cm.

Hay además fragmentos no restaurables de al menos
ocho cuentas más.

Junto a todas ellas, hay dos conchas marinas.

- . Familia: Glycymeridae

Género y especie: *Glycymeris violascens*
(Lamarck, 1819)

- . Familia: Cypraeacea

Género y especie: ¿*Cypraea spurea*? (2)

Nº Inv.: CL-185.

c) Cámara

345. Pequeño cuenco o bol de paredes gruesas y ba
se plana irregular; pasta y superficies de color beige cla-

(2) Agradecemos a D. Martín Domínguez Romero, del Departamen-
to de Biología Animal de la Facultad de Ciencias Biológi-
cas (Universidad de Valencia) su gentileza al acceder a
identificarnos estos restos.

ro, con mica y cal

Alt. 3,2 cm. D.boca: 6,3 cm. D.base: 2,9 cm.

Nº Inv.: CL-186.

346. Urna bitroncocónica de boca redonda, labio en grosado y cuerpo ovoide, con el diámetro máximo en la mitad inferior y un marcado resalte en la mitad superior; tiene dos asas de cinta gruesas y de acabado diferente que salen del resalte y acaban en el inicio del tercio superior; base rehundida con umbo; pasta y superficies ocre con zonas verdosas y rojizas por defecto de cocción, que presentan gruesas partículas de cal

Alt.: 19,8 cm. D.boca: 8,8 cm. D.base: 7,4 cm.

D.máx.: 14,3 cm.

Nº Inv.: CL-187

347. Navaja de afeitar de bronce con mango casi completo pero a la que falta todo el filo; mango bifido; en la parte superior del cuerpo tiene tres dientes y agujero de suspensión.

L.cons.: 9,8 cm. Espesor máx.: 0,3 cm.

Nº Inv.: CL-188

A pesar de su notable escasez, los materiales hallados en este conjunto de hipogeos permiten fecharlos claramente dentro de la segunda mitad del s. VI a.J.C.

Así, por ejemplo, tenemos en el hipogeo 5 como único ajuar indicativo la lucerna depositada junto al cuerpo. No lleva engobe rojo, lo que significa que es más tardía que las que tienen este recubrimiento, pero tampoco es completa-

mente lisa como sus sucesoras que se generalizan a partir del s. V a.J.C. Pertenece al tipo 4-5 de Cintas y al Deneauve - III, que se encuentran en Cartago a lo largo de los s. VII y VI a.J.C. (Deneauve, 1969, pp. 26-28). Una datación en la segunda de estas fechas convendría mejor al ejemplar ebusitano y se vería reforzada por la presencia de una boca de jarrita Eb.12 recuperada en el pozo del hipogeo (Gómez Bellard, 1981).

Al estar saqueado el hipogeo 6 no puede proporcionar datos fiables, aunque los tres objetos hallados tienen una cronología antigua. La jarrita procedente del pozo (nº 330) pertenece a un grupo amplio asimilable a la forma Cintas 156 y similares, como ya se ha señalado, fechable en el s.VI a.J.C. De los dos fragmentos recogidos en el interior de la cámara, el del cuenco de cerámica gris fenicia podría ser del s. VII a.J.C. y haber caído dentro del hipogeo en fecha posterior. Su valoración, al igual que la del otro cuenco (nº 332) puede verse en el cap. VII.

El hipogeo 7 es, sin duda, el que más datos proporcionó para el estudio del conjunto. Los materiales revueltos de la boca, introducidos en el momento de hacer el enterramiento, que se halla en ella, son casi todos del s. VI (borde de ánfora, parte superior de Eb.12, ...), a excepción tal vez del fragmento de asa nº 338 que parece pertenecer a un ánfora R-1 y por tanto podría ser algo más antiguo.

El ajuar de la inhumación hallada en la boca es sumamente indicativo. La terracota femenina pertenece a una serie de prótomos arcaicos muy conocida en el Mediterráneo central, cuyas variantes han permitido establecer tres grupos -

diferenciados: uno egiptizante, otro greco-fenicio y un tercero helenizante. Se encuentran en Cartago (sectores de Dermeh y Douïmes), Mozia y Tharros (Cintas, 1976, lám. LXXXV; Moscati, 1983, pp. 172-175 y 177-180). Nuestro ejemplar pertenece al grupo greco-fenicio, con sus característicos rizos incisos en la cabeza, y es idéntico a un prótomos de Tharros, perteneciendo sin duda alguna al mismo taller (Acquaro, 1978 fig. 36). Todas ellas se fechan en el s. VI a.J.C., preferentemente en la segunda mitad.

La cáscara de huevo de avestruz no puede aportar - precisiones cronológicas, y únicamente lo podemos clasificar en la forma III de San Nicolás, poco frecuente en Ibiza, con una decoración del tipo 30 de la misma autora (San Nicolás, 1975, pp. 78 y 85.)

El escarabeo de pasta azul es una producción de - Nancratis, cuya breve inscripción jeroglífica se encuentra - en Ibiza en un amuleto de esteatita que representa una cerda, la diosa Nut (Fernández-Padró, 1986, p. 51). Se conoce un - ejemplar muy parecido en Cartago, realizado en pasta blanca (Vercoutter, 1945, p. 120, n^o 107). Cronológicamente habría que situarlo a fines del s. VII o inicios del s. VI a.J.C.

Finalmente, el amuleto que representa un cinocéfaló, símbolo del dios Tot, tiene buenos paralelos no sólo en la misma Ibiza sino en diversos lugares del Mediterráneo central, especialmente Tharros (Acquaro, 1977, pp. 122-125; Fernández-Padró, 1986, pp. 58-60).

Como vemos, el conjunto resulta bastante homogéneo

a pesar de la fecha levemente alta del escarabeo. Suponiéndolo tan solo un breve período de uso, parece plausible datar este ajuar por lo menos a mediados del s. VI a.J.C.

Ello se vería confirmado por los tres objetos encontrados en el interior de la cámara. Para el pequeño cuenco nº 345, remitimos al estudio general del tipo, capítulo VII, 4 D. La urna bitroncocónica pertenece a un grupo muy amplio de recipientes de dos asas cuyos primeros ejemplares con decoración pintada pueden datarse en los s. VIII-VII a. J.C.. Con múltiples variantes y evoluciones perdurarán hasta el s. II a.J.C., y constituyen una de las formas más características del Mediterráneo central, especialmente de Cartago (Cintas, 1950, nº 239-263). En Ibiza también se encuentra en gran número, y se conocen algunos ejemplares como el nuestro datables en el s. VI a.J.C. (Ramón, 1981c, p. 169).

Finalmente, la navaja se enmarca perfectamente junto a los tipos más antiguos, dentro de la fase de los s. VI-V a.J.C. individualizada por E. Acquaro. Es característico el mango bífido formando ángulo respecto al eje de la pieza, con tres dientes al inicio del cuerpo y un agujero de suspensión. Se conocen sólo algunas navajas más antiguas en Cartago, datables en el s. VII a.J.C., donde también hallamos buenos paralelos para nuestro ejemplar, además de otros de Cerdeña. Debemos subrayar que se conservan en diversos museos nacionales algunas navajas de Ibiza semejantes y de igual cronología (Acquaro, 1971, fig. 10-11, 49, 50 y 59).

A la vista de todo lo expuesto, es evidente que es

te grupo de hipogeos debe fecharse en la segunda mitad del s. VI a.J.C., y tanto su tipología (sobre la que volveremos) como los escasos materiales recuperados en ellos nos señalan - hacia el Mediterráneo central como lugar de origen de este - conjunto funerario, sin que podamos prácticamente encontrar elementos fenicios occidentales salvo los comunes a toda la koine.

	P O Z O			C A M A R A					
	<u>Profun- didad media</u>	<u>Anchu- ra media</u>	<u>Longi- tud media</u>	<u>Anchura pared fondo</u>	<u>Altura pared fondo</u>	<u>Anchura pared entrada (con vano)</u>	<u>Altura pared entrada</u>	<u>Anchura pared lat. norte</u>	<u>Anchura pared lat. sur</u>
Hipogeo 5	1,95	0,83	1,92	1,60	1,25	1,32	1,10	2,10	2,00
Hipogeo 6	1,85	0,80	2,10	1,50	1,24	1,42	1,18	2,00	2,20
Hipogeo 7	2,12	0,78	2,10	1,50	1,40	1,24	1,10	2,18	2,15

CUADRO IV.- Medidas de los pozos y cámaras de los hipogeos c/ León 10,12 (en metros)

VI. LAS EXCAVACIONES DE 1985-1986 EN EL SOLAR
DE LA VIA ROMANA Nº 38

Este solar, en el que se realizó una intervención de urgencia a lo largo de varios meses, se encuentra casi enfrente del actual edificio del Museo, al otro lado de la Via Romana que lo separa de los sectores excavados en años anteriores y que hemos venido estudiando.

La mencionada calle se inicia frente al Baluarte - del Portal Nou de las murallas, y discurre en dirección aproximada E-O a lo largo de la parte baja del Puig des Molins - hasta enlazar con la Avenida de España. En su origen esta calle corresponde al primer tramo del antiguo camino que desde la ciudad conducía al pueblo de S. José, y a finales de los años sesenta fué ensanchado, nivelado y asfaltado, convirtiéndolo en la calle actual y provocando la destrucción de numerosos conjuntos funerarios.

Situado, pues, en medio de una zona rica en hallazgos en los últimos años (recuérdese la lucerna del solar nº 40 de la misma calle), este solar presentaba además el aliciente de estar ocupado únicamente (y no en toda su extensión) por una antigua casa payesa levantada a fines del siglo XIX que en los últimos años venía funcionando como bodega, y era de suponer que sus cimientos no serían excesivamente profundos, con la consiguiente posibilidad de que se hubiesen preservado algunos enterramientos. Conocida como Can Partit, esta casa era el último vestigio de lo que en un -

tiempo fuera una extensa finca agrícola propiedad de la familia de D. Carlos Román que se había ido parcelando, vendiendo y urbanizando totalmente en las últimas décadas.

En la actualidad, el solar limita por el E. con el edificio nº 36 de la Via Romana, por el O. con el nº 40, por el N. con el edificio nº 45 de la Vía Púnica (calle paralela situada al N. de la Via Romana) y por el S. con la propia calle. Su forma es la de un cuadrángulo irregular con tendencia trapezoidal. Su longitud máxima es de 22,5 m. (al S) y su anchura máxima de 17,80 m., teniendo sólo 13,80 m. al O. En total su superficie aproximada es de 350 m².

A la hora de plantear la metodología de la excavación, el equipo del M.A.I., a la luz de la experiencia adquirida en los años anteriores, era consciente de la necesidad de poder realizar una minuciosa recogida de datos que facilitase la posterior reconstrucción de los rituales funerarios más o menos complejos. No se enfrentaba aquí a un terreno - sin construir dedicado prácticamente siempre a necrópolis, - sino a un solar con las características de construcción urbana, cortado por trincheras y cimientos de los modernos edificios colindantes y de la misma casa de Can Partit, con posibles remociones anteriores imposibles de prever.

Por todo ello se cuadrículó la superficie mediante una retícula de cuadros de 2 x 2 m., con el punto 0. en el lado norte del solar. Cada segmento del eje sagital se denominó con una letra, mientras que los del eje frontal recibieron un número: 1, 2, 3, 4, etc.; al oeste del punto cero; 01,

02, 03, etc., al este. Además del clásico diario de excavación, cuya utilidad como fuente única de datos resulta cada día más dudosa, se utilizó el sistema de registro estratigráfico conocido como sistema Harris, que con tan buenos resultados se viene empleando desde hace una década en la arqueología urbana de diversos países. En el presente trabajo no presentaremos las diversas unidades estratigráficas y las diferentes matrices en que resulta esta metodología, ya que están todavía en fase de elaboración y quedarán listas para la publicación de la memoria definitiva.

Derribada la vieja casa de Can Partit y de acuerdo con los nuevos propietarios, se iniciaron las excavaciones - el 22 de julio de 1985 bajo la dirección de Benjamín Costa. Fueron interrumpidas a finales de noviembre a causa de las fuertes lluvias y del derrumbe del muro S del solar. Reiniciadas el 10 de enero de 1986, volvieron a interrumpirse el 4 de abril por falta de fondos.

Participaron en los trabajos, en diversos períodos, un corto equipo de obreros así como estudiantes de las Universidades de Valencia y Freiburg (R.F.A.), bajo nuestra supervisión, además de un número variable de entusiastas aficionados de diversas procedencias.

Los excelentes resultados que se iban obteniendo - no hacían prever el lamentable final de las excavaciones, a pesar del precedente de la calle León. El 12 de mayo de 1986 cansados de esperar una respuesta de la Administración por lo prolongado de los trabajos y cuando ésta iba a hacer una

oferta de compra del solar dado el interés de los hallazgos y de conservar toda el área, los propietarios procedieron a la destrucción total y sistemática de todas las tumbas mediante pesadas máquinas. Una vez más, los intereses privados y los públicos se habían enfrentado, resultando como casi siempre perdedor el Patrimonio cultural (1).

Las consecuencias de esta destrucción fueron varias, a efectos científicos. Cerca del 20% del solar no pudo ser excavado como se tenía previsto hacer ese mismo año. Además, no pudo completarse la planimetría general de la excavación, que se estaba llevando a cabo en los días anteriores - al desastre, y varias tumbas sólo quedaron documentadas fotográficamente al faltar también varios planos parciales. Todo ello queda patente en el presente estudio y rogamos que se tenga en cuenta al echar en falta algún dibujo, alguna medida, o al contemplar el plano general que aquí ofrecemos (fig. 80), por siempre incompleto.

La estratigrafía del solar es muy sencilla y se puede resumir así:

- nivel 1: restos de pavimento y capas de arcilla de la nivelación del terreno previa a la construcción de la casa (s. XIX). En el resto del solar, no ocupado por ésta, - estrato superficial de tierra granulosa marrón oscuro con abundantes restos y escombros modernos.

(1) Sirva de consuelo saber que a la hora de escribir estas líneas, abril 1987, las obras del solar VR38 siguen paralizadas y que el Govern Balear, en aplicación de la nueva Ley de Patrimonio, ha impuesto una multa de veinte millones de pesetas a los propietarios.

- nivel 2: restos del antiguo sedimento que existía originalmente en el lugar, formado por tierras arcillosas de color marrón claro o anaranjado; equivale al nivel 2 de las excavaciones de 1982 y al estrato II de las del sector α - β (1983). Muy afectado por modernas remociones y por la construcción de la casa, sólo se conserva en algunos puntos del solar.

- nivel 3: roca madre, en la que se encuentran tallados o depositados todos los enterramientos.

En cifras, las excavaciones permitieron sacar a la luz un total de 67 enterramientos, que eran numerados como sepultura nº 1, sepultura nº 2, etc... a medida que aparecían. Además, y según el rito, se distinguían con un número romano, y así hay incineración nº I y ss., hipogeos nº I y ss., fosas nº I y ss. (éstas siempre de inhumación y de época púnica). Las sepulturas se distribuyen de la siguiente manera:

- 27 son incineraciones que pueden fecharse con seguridad en los s. VII y VI a.J.C.

- 22 (18 hipogeos y 4 fosas) se sitúan en época púnica, entre los s. V y II a.J.C., aunque en su mayoría más cerca de la primera que de la segunda fecha.

- 15 son fosas de distinta tipología que no han podido fecharse al haberse encontrado sumamente removidas. Varias de ellas podrían corresponder a la fase más antigua de la necrópolis.

Dado el marco y los objetivos del presente trabajo presentamos únicamente el primer grupo de tumbas, las incineraciones, siendo las restantes objeto de estudio por un equipo amplio que prepara la memoria definitiva.

Sepultura nº 1

Denominación: Incineración nº I

Situación: cuadros A-B (6,7)

Orientación: E-O

Se trata de dos enterramientos de incineración cuyos restos quemados se habían depositado en el interior de una grieta o cavidad natural de la roca madre. Esta grieta es de forma alargada, irregular, orientada aproximadamente E-O, de 2 m. de largo, 0,65 m. de anchura máxima y 0,21 m. de profundidad máxima.

Sobre el fondo rocoso se depositaron los huesos incinerados, junto con algunos carboncillos, que fueron cubiertos por una capa de tierra de color marrón rojizo, de textura muy fina, compacta y de consistencia media, con algo de gravilla. Algunas piedras irregulares tapaban el enterramiento. El conjunto estaba cubierto por el nivel superficial.

Las paredes de la cavidad estaban fuertemente quemadas, evidenciando que allí mismo se había hecho un gran fuego. Pero la tierra que cubría los huesos no presentaba ninguna señal de combustión, apenas unos escasos carboncillos.

Con posterioridad a la excavación se ha podido comprobar que había en esta grieta dos incineraciones y no una. En efecto, se recogieron dos paquetes de huesos, cercanos uno al otro y que en un primer momento se interpretaron como del mismo individuo. Sin embargo, el estudio antropológico -

demuestra que hay un niño pequeño y un varón, el primero en el montón del oeste de la sepultura (con el fragmento de ampolla) y el segundo al este, aparentemente sin ajuar. A pesar de que los enterramientos habían sido parcialmente removidos (rotura de la cerámica), estratigráficamente no se pudo comprobar separación entre las dos incineraciones, por lo que cabe pensar que fueron depositadas al mismo tiempo.

Restos óseos

Incineración A (oeste): niño de 18 meses

Incineración B (este) : adulto

Inventario

348. Parte superior de una ampolla de la forma Bisi-3; el cuello es muy corto en su final, separando una parte mucho más ancha (sin el suave estrechamiento frecuente en la mayoría de las piezas) de un labio exvasado de perfil más o menos triangular; pasta y superficie interna rojo anaranjado, con algunas partículas blanquecinas y grises; la superficie externa está recubierta de un engobe amarillo verdoso - bastante perdido.

Alt. cons.: 3,7 cm.

D. boca: 3 cm.

Nº Inv.: VR38/9/1.

Sepultura nº 5

Denominación: Incineración nº II

Situación: cuadros C-D (8)

Orientación: E-O

Fosa orientada en dirección E-O, cortada en su parte occidental por los cimientos del edificio de la Via Romana nº 40, faltándole así algo más de la mitad. Es de forma rectangular, con el extremo oriental curvado; la pared norte presenta muy poca inclinación, siendo casi vertical, mientras que la sur forma un ángulo de 75° . En el fondo presenta un rebaje estrecho y poco profundo, irregularmente curvado, con el extremo conservado redondeado, orientado siguiendo el eje longitudinal de la fosa. Toda la parte interna presenta evidentes signos de combustión; la piedra está fuertemente quemada. Tiene las siguientes medidas:

Long. máxima cons.: 1,23 m.

Anchura máx. cons.: 0,95 m.

Prof. sin el rebaje: 0,70 m.

Rebaje: long. cons.: 0,75 m.; ancho: 0,25

Profundidad: 0,12 m.

La sepultura estaba cubierta por un nivel de tierra arcillosa amarillenta, muy dura y compacta, que parece ser la capa de aterrazamiento sobre la que se construyó la casa de Can Partit.

Por debajo apareció un estrato de tierra marrón oscuro, de textura arenosa y blanda. Tenía abundantes piedras

de diversos tamaños, muchas de ellas quemadas, y todo él corresponde al estrato superior de la fosa (espesor: 0,15-0,20 metros).

La siguiente capa era marrón más claro (castaño), textura arenosa y blanda también, con piedras, algunas de buen tamaño. Estaba cortada en su mitad sur por una bolsada de tierra negruzca, de textura muy fina y consistencia floja con piedras menudas y medianas, muchas de ellas quemadas. En ella aparecieron cenizas y huesos humanos incinerados, y en la parte occidental, casi pegando con el muro de hormigón, - un kantharos de buccero nero, roto pero completo y muy cerca de él dos aretes de plata y la cabeza de una posible aguja de bronce. Algo más separado se halló un fragmento de cuenco gris.

Retirada esta capa y la bolsada con la incineración, apareció un conjunto de piedras no trabajadas, algunas de tamaño mediano, dispuestas de forma elíptica en torno a un cipo paralelepípedo de marés en posición horizontal y alineado con el eje longitudinal de la fosa, falcado con piedras pequeñas. Este conjunto se insertaba en la parte superior de una capa de tierra negra, muy fina y suelta, con piedrecitas quemadas. Esta capa rellena toda la parte restante de la fosa, quedando sólo una finísima capa de arena amarillento-ocre que la separa de la roca. Dentro de la fosita central, entre la tierra negra que la rellenaba, se encontró un segundo conjunto de huesos humanos incinerados. No apareció material alguno.

En resumen, se puede apreciar claramente dos momentos de utilización de esta fosa. El primero de ellos correspondería al enterramiento efectuado en la fosilla central. - Probablemente se procedió a la combustión del cuerpo in situ, como parece indicar las paredes laterales, fuertemente quemadas y los huesos recuperados, y posteriormente se recogieron los huesos en esa fosilla. A continuación, el enterramiento fué recubierto con piedras dispuestas ordenadamente, acompañando un cipo. Se puede suponer, por lo que se deduce de la excavación de la incineración nº III, que el resto de la fosa fué rellenado con tierra arcillosa. En esta incineración no se encontró material alguno, como ya dijimos, pero es muy probable que tuviese ajuar y que se haya perdido bajo la pared de hormigón que hizo desaparecer la mitad de ella.

En el segundo momento de utilización, se procedió a reabrir la fosa, vaciándola en parte. Se practicó un hoyo en el que se depositaron los huesos de la segunda incineración, junto con algo de tierra y carboncillos, procedentes de la pira funeraria. También se depositaron varios elementos de ajuar algunos de los cuales nos han llegado, aunque el kantharos puede ser una ofrenda.

Finalmente, el conjunto fué nuevamente tapado con una capa de tierra y piedras.

Restos óseos

Incineración II A (superior): niño de edad inferior a los 5-6 años.

Incineración II B (inferior): mujer adulta.

De ésta se conservan sólo los huesos largos de las piernas, lo que hace creer que la incineración tuvo lugar in situ, siendo el resto destruido por el hormigón. El cuerpo estaría, por lo tanto, dispuesto con la cabeza dirigida hacia el oeste.

Inventario

349. Kantharos etrusco de bucchero nero pasta - gris ceniza, dura; superficie bien alisada de color negro mate; pié circular bajo, asas de cinta; a la altura del arranque inferior de las asas está recorrido por una acanaladura profunda de 3 mm. de ancho, marcada, a su vez, con incisiones alargadas casi verticales cada 4 ó 5 mm.; prácticamente completo, restaurado.

Alt.: 10,9 (con asas) 7,1 cm. (sin asas)

D. base: 5 cm. D. boca: 11,7 cm.

Nº Inv.: VR38/26/1

350. Fragm. de un cuenco de borde reentrante y engrosado, de pasta gris con zonas marrón rojizo; abundantes - partículas de cal y algo de mica; superficies grises, ásperas y rugosas al tacto.

Alt. cons.: 4 cm.

Nº Inv.: VR38/26/2

351. Dos fragmentos amorfos y diminutos de cerámica de engobe rojo; pasta beige rojiza.

Nº Inv.: VR38/26/3

352. Arete de plata de sección circular y forma -
elipsoidal, bien conservado.

L. máx.: 1,6 cm. Espesor: 1,5 mm.

Nº Inv.: VR38/26/4

353. Pendiente de plata circular, con la parte su-
perior doble y abierta para su colocación.

D. máx.: 1,1 cm.

Nº Inv.: VR38/26/5

354. Cipo funerario incompleto de forma paralepipé-
dica casi perfecta, hecho en marés, con las paredes bien ali-
sadas.

Lado: 18 x 18 cm. Alt. cons.: 43 cm.

Nº Inv.: VR38/26/6

Sepultura nº 6

Denominación: Incineración nº III

Situación: D-E (7,8)

Orientación: E-O

Fosa orientada en dirección E-O, cortada en su parte oriental por el pozo de un hipogeo (hip. nº 2) y por la occidental por los cimientos del edificio VR40, al igual que la anterior. Es de forma rectangular, probablemente similar a la sepultura nº 5, aunque desconocemos como terminaría en sus extremos. Las paredes norte y sur son casi verticales, - presentando una leve inclinación de 80° . En el fondo, en la parte central y alineada con el eje longitudinal, tiene un rebaje que conserva sólo su extremo oriental parcialmente, - más o menos redondeado. Este rebaje es una fosilla en la - cual se realizó la incineración.

Toda la fosa tiene claros signos de combustión, - con las paredes ennegrecidas y la piedra quemada.

Long. máx. cons.: 1,60 m.

Anchura máx. cons.: 1,35 m.

Prof. sin el rebaje: 0,97 m.

Rebaje: Largo cons.: 1,40 m. Anch. máx.: 0,42 m.

Profundidad: 0,32 m.

La sepultura estaba cubierta principalmente por la tierra del nivel superficial (aterrazamiento de Can Partit), salvo en su parte oriental en la que penetraba bastante, aun que superficialmente, la tierra procedente de la boca del hi

pogeo; es de color marrón, textura arenosa, suelta y con piedras.

Por debajo apareció un estrato de tierra color castaño rojizo, arcillosa y muy compacta, de aproximadamente - 0,70 m. de potencia. No obstante en el lado sur, justo debajo de la zona cubierta por la tierra del hipogeo, este estrato presentaba la tierra mucho menos dura y con piedras, y aquí aparecieron diversos fragmentos cerámicos.

El siguiente nivel cubría toda la extensión de la fosa y estaba compuesto por arena muy suelta de color marrón rojizo con algunas piedras calizas no trabajadas, estas últimas tapando la fosilla central especialmente.

Finalmente, rellenando toda la fosilla central y la parte norte de la fosa apareció un estrato de tierra finísima con arena, de color negro, muy suelta, junto con piedras de tamaño pequeño y mediano total o parcialmente quemadas. En él había abundantes huesos incinerados y muchos restos de carbón vegetal. Había también fragmentos cerámicos - (platos), fuera de la fosilla, y en ésta, hacia la parte occidental, una lucerna de engobe rojo intacta (con señales evidentes de haber estado sometida al fuego), apoyada sobre la roca del fondo.

Hay que reseñar aquí la aparición en el extremo - oriental de la fosa, aunque ya sobre las tierras de la boca del hipogeo, de un fragmento de cipo de marés.

Finalmente, cabe mencionar que por debajo de la incineración apareció una finísima capa de arena en contacto -

con la roca madre, al igual que en la incineración nº II.

Puede decirse, que tras abrir la fosa se depositó el cuerpo y se procedió a su cremación in situ, usando como combustible ramas de pinus halepensis (véase Apéndice III). Junto a él, se quemó también como ofrenda un cabrito, cuyos restos han aparecido en escaso número mezclados con los huesos humanos (véase Apéndice II). Como ajuar se depositó una lucerna de engobe rojo, en la parte occidental de la fosilla central, y en el mismo estrato negro, pero fuera de la fosilla, se encontraron varios fragmentos más de platos de engobe rojo, totalmente quemados y ennegrecidos. Estos últimos materiales, que no están rodados y es seguro que estaban dentro de la fosa en el momento de la cremación, plantean el problema de si formaban parte del ajuar o si se introdujeron en la fosa como parte de una ofrenda o de un rito hecho sobre ella.

Acabada la cremación, el enterramiento fué cubierto por un nivel de arena mezclada con piedras calizas. El resto de la fosa fué colmatado con tierra arcillosa, entre la cual se encontraron algunos fragmentos cerámicos más, no quemados: plato de engobe rojo, un fragmento de cuenco gris y parte de una urna Cruz del Negro, cronológicamente coetáneos de la sepultura.

Muchos años después, al tallar el pozo de acceso al hipogeo nº 2, se rompió el extremo oriental de la fosa, pero ésta se respetó y su contenido no resultó alterado. Pero cuando el hipogeo es saqueado en época moderna (po-

siblemente en el s. XIX, fecha de construcción de la casa de Can Partit), es removida parcialmente la parte superior de la capa de tierra que colmata la sepultura, más el enterramiento no llega a ser tocado. Finalmente, en los años 1970 - la parte occidental de la fosa fué destruida por la construcción de los cimientos del edificio de VR40.

Restos óseos

Humanos: varón de 20 a 25 años

Animales: cabra (Capra Hircus) de menos de seis meses.

Inventario

A. Materiales que acompañaban los restos óseos (dentro y junto a la fosilla central)

355. Lucerna de dos picos, de pasta beige oscuro, con zonas marrones; superficies del mismo color recubiertas parcialmente de un engobe castaño rojizo en el borde, la cazoleta y debajo de ambos picos; éstos presentan leves señales de combustión, habiendo además una gran mancha negra en el interior producida por el fuego de la propia fosa de incineración.

Alt.: 3,2 cm. Largo: 11,9 cm. Ancho máx.: 12,2 cm.

Nº Inv.: VR38/34/1

356. Borde de un plato de engobe rojo que al igual que los tres siguientes estaba muy afectado por la acción -

del fuego de la fosa; labio casi vertical con una leve ranura que lo recorre; el engobe es castaño muy oscuro, resultado sin duda de la fuerte cremación.

Alt. cons.: 1 cm. L. cons.: 3,7 cm.

Nº Inv.: VR38/34/2

357. Fragm. del borde de un plato de engobe rojo; pasta marrón oscuro, engobe castaño rojizo; quemado.

Alt. cons.: 1,6 cm. L. cons.: 3,8 cm.

Nº Inv.: VR38/34/3

358. Fragm. de borde semejante al anterior, pero - totalmente gris por la acción del fuego.

Alt. cons.: 1,8 cm. L. cons.: 4,4 cm.

Nº Inv.: VR38/34/4

359. Fragm. de la base plana de un plato de engobe rojo, en las mismas condiciones que el anterior.

Alt. cons.: 2,3 cm.

Nº Inv.: VR38/34/5

B. Materiales del nivel arcilloso de colmatación.

360. Parte superior incompleta de una urna del tipo Cruz del Negro; cuello de tendencia troncocónica con el diámetro mayor en la parte superior; labio exvasado con una incisión en la parte inferior; el cuello tiene un marcado resalte, del que sale un asa geminada; pasta beige grisáceo, e con partículas grises y de cal; superficie interna anaranjada, la externa es beige claro.

Alt. cons.: 6 cm.

D.b.ap.: 10,4 cm.

Nº Inv.: VR38/32/1

361. Plato de engobe rojo incompleto, de ala gruesa y ancha; pasta marrón rojizo con abundantes partículas grises, blancas y granates; es porosa, pero bien cocida; el engobe que recubre la superficie interna es poco espeso y de color rojo anaranjado; superficie externa beige anaranjada.

Alt. cons.: 2,7 cm.

D.b.ap.: 22 cm.

Nº Inv.: VR38/32/2

362. Base de un plato semejante al anterior, con la superficie externa algo más oscura; podría ser la base del mismo.

Alt. cons.: 1,7 cm.

D. base: 6,3 cm.

Nº Inv.: VR38/32/3

363. Fragm. del ala de un plato de engobe rojo; pasta beige con una zona grisácea central; partículas blancas y grises; engobe rojo claro, muy perdido; superficie externa beige.

Alt. cons.: 2 cm.

L. cons.: 5,9 cm.

Nº Inv.: VR38/32/4

364. Fragm. de la pared de un vaso posiblemente cerrado; pasta beige oscura, con abundantes partículas blancas y negras; en la cara interna la pasta es totalmente gris; superficie externa alisada, con decoración pintada de tres filetes de color rojo oscuro.

Alt. cons.: 4,2 cm.

Nº Inv.: VR38/32/5

365. Fragn. de un cuenco o plato hondo de borde en grosado y reentrante; pasta y superficie interna beige; la superficie externa, bien alisada, es algo más oscura.

Alt. cons.: 2,2 cm.

Nº Inv.: VR38/32/6

365. Fragn. de un cipo de marés de forma cuadrangular, que corresponde a la base, plana; mide 11,7 cm. por 10,7 cm. de lado; posibles restos de pintura anaranjada en la superficie.

Alt. cons.: 14 cm.

Nº Inv.: VR38/32/7

Sepultura nº 10

Situación: B (5)

Se trata de un rebaje artificial hecho en la roca, de planta con tendencia cuadrangular y sección en V.

Medidas: 0,53 x 0,47 m.

Profundidad: 0,24 m.

En su interior se encontró una urna bitroncocónica tumbada, a la que falta el lado superior y las asas que desaparecieron probablemente al aplanar el terreno en el momento de construcción de la casa. Estaba falcada con piedras pequeñas, algunos fragmentos de marés. El conjunto estaba cubierto por una capa de tierra marrón rojizo, de textura arenosa y consistencia blanda.

En el interior de la urna sólo apareció un fragmento de hueso indeterminable. Una vez retirada la pieza, entre la tierra de fondo de la sepultura, se hallaron 3 fragmentos más de hueso y 4 cuentas de collar (2 de pasta vítrea, 1 de ambar y 1 de cornalina).

Esta sepultura plantea el problema del ritual utilizado. En efecto, es evidente que la urna fué depositada en un rebaje rocoso realizado artificialmente y falcada con piedras, al igual que se hizo con otras incineraciones en urnas como más adelante se verá. Cabe suponer que los restos óseos incinerados o no, depositados dentro de la urna y de los que sólo nos han llegado 4 fragmentos, desaparecieron durante alguna de las remociones sufridas. Tampoco cabe desechar la po

sibilidad de que los huesos se hubiesen descompuesto. En nuestra opinión, se trata de un enterramiento infantil, y probablemente de una incineración, dada la disposición del conjunto funerario.

Inventario

367. Urna de cuerpo globular en su mitad inferior, que se vá estrechando hacia la boca; ésta es redonda y de la bio muy engrosado y debajo sale un asa pequeña de sección levemente aplanada; base rehundida con botón; pasta beige rosá ceo con muy abundantes partículas visibles de cal y otras de color granate; la superficie interna es del mismo color, pero la externa conserva restos de un engobe blanquecino en la parte superior.

Alt.: 46,5 cm. D.boca: 11 cm. D.base: 11 cm.
D. máx.: 31,8 cm.

Nº Inv.: VR38/42/1

368. Cuenta de ámbar, circular y plana.

Diám.: 0,8 cm. Espesor: 0,3 cm.

Nº Inv.: VR38/42/2

369. Cuenta de cornalina, ~~de~~ forma tubular.

Altura: 0,6 cm. Diám.: 0,6 cm.

Nº Inv.: VR38/42/3

370. Dos cuentas de collar de pasta vítrea, de color negro, circulares y planas, una de ellas levemente agallo nada.

Diám.: 0,6 cm.

Espesor: 0,4 cm.

Nº Inv.: VR38/42/4-5.

Sepultura nº 11

Denominación: Incineración nº IV

Situación: C (5,6)

Orientación: E-O

Esta fosa orientada en dirección E-O es de forma rectangular, y está cortada en su extremo oriental por el pozo de acceso al hipogeo nº 5. El otro extremo tiene las esquinas redondeadas. Las tres paredes conservadas son casi verticales (N: 85°/S: 88°) y están fuertemente ennegrecidas por la acción del fuego, al igual que el fondo. En éste se rebajó la roca formando una fosilla central que sigue el eje longitudinal, larga, estrecha y poco profunda, con el extremo conservado redondeado.

Medidas:

Largo máx. cons.: 1,46 m.

Ancho máx. cons.: 0,83 m.

Profundidad: 0,62 m.

Rebaje: largo máx. cons.: 1,15 m.

ancho máx. cons.: 0,27 m.

profundidad: 0,09 m.

La fosa estaba cubierta y rellenada en su parte superior por un nivel de tierra arcillosa de color amarillo oscuro, muy dura y compacta (capa de terraplanamiento del terreno). Por debajo apareció una capa de tierra marrón oscuro de textura arenosa, consistencia blanda y abundantes piedras y gravas, que rellenaba también parcialmente el pozo del hi-

pogeo cercano, y a continuación un estrato de tierra marrón castaño, de textura arenosa fina, consistencia media, con abundantes piedras pequeñas y medianas. Estos dos niveles proporcionaron algunos fragmentos cerámicos, rodados en ocasiones y de diferentes épocas, incluida la moderna. En el fondo de la fosa y dentro de la fosilla central se conservaban restos de tierra negra entre los cuales había algunos fragmentos de huesos.

Evidentemente esta sepultura es una fosa de incineración semejante a las incineraciones nº II y III. Al procederse a abrir el hipogeo nº 5 en la roca, la fosa se vió afectada, desapareciendo su extremo oriental. Sin embargo, creemos que el saqueo se produjo en época moderna, cuando al vaciarse el pozo del hipogeo, los buscadores de antigüedades se encontraron con ella.

Restos óseos

Adulto , sexo indeterminable.

Sepultura nº 17

Situación: B (5,6)

Orientación: N - S

Fosa orientada en dirección N-S, excavada en la roca, de forma rectangular, estrecha y profunda (perfil longitudinal trapezoidal). Su extremo norte fué roto al realizarse los cimientos del edificio colindante (Via Púnica), en los años 1960, pero conserva la planta completa y no parece que el contenido fuese alterado entonces. Sus paredes este, oeste y sur son casi verticales, mientras que la norte tiene una inclinación de 60°.

Medidas:

Largo máx.: 1 m. Largo mín.(fondo): 0,46 m.

Ancho máx.: 0,55 m.

Profundidad: 1,09 m.

La fosa estaba cubierta por la habitual capa de terraplenamiento y rellena por tierra de textura arcillosa - de color marrón rojizo, muy dura y compacta. Había abundantes piedras, concentradas sobre todo en el extremo sur de la fosa. Algunas estaban quemadas, y en ocasiones se trataba de trozos de marés. Entre la tierra aparecieron también algunos carboncillos y fragmentos de cerámicas, además de dos fragmentos de huesos quemados.

Esta fosa es de un tipo único hasta ahora en Ibiza, y resulta sorprendente su profundidad si tenemos en cuenta - su longitud máxima. También es inhabitual su perfil trapezoi

dal. Hay que destacar que el material cerámico recogido es todo él fechable en los s. VI y V a.J.C. Este hecho, unido a que la tierra de relleno es la misma en todas las cotas y que fragmentos de la misma pieza se han hallado a distintas profundidades, permite suponer que en algún momento del s. V a.J.V. esta fosa, posiblemente de incineración, fue abierta y removida tal vez al abrir algún hipogeo. De su disposición original nos quedarían los huesos, carboncillos..., y del momento de su apertura el fragmento de Eb.12, y otras cerámicas. El hecho de que no haya aparecido absolutamente ningún fragmento o elemento más moderno (posterior al s. V a.J.C.) descarta a nuestro entender la posibilidad de un saqueo de época moderna.

Restos óseos

Los escasísimos fragmentos recuperados han sido insuficientes para realizar una identificación.

Inventario

371. Parte superior de una jarrita de la forma Eb.12 (Gómez Bellard, 1981), con resalte muy marcado en el cuello y asa circular gruesa; pasta y superficies beige rosáceo con mica y cal.

Alt. cons.: 4,4 cm. D.boca: 4,2 cm.

Nº Inv.: VR38/55/1

372. Fragm. de un posible cuenco trípode con el borde estrecho y casi vertical; la pasta es marrón con zonas

negruzcas, desgrasante abundante; superficie interna beige - oscuro, alisada; la externa no tiene tratamiento y en la base es muy rugosa e irregular, con pequeñas muescas incisas - espaciadas regularmente.

Alt. cons.: 3,5 cm.

Nº Inv.: VR38/55/2

373. Pequeño plato de pocillo, de pasta anaranjada con múltiples partículas diminutas blancas, grises y negras: superficies del mismo color, alisadas; el borde del labio es tá decorado por un filete de engobe rojo.

Alt. cons.: 4,7 cm. D.b.ap.: 14 cm.

Nº Inv.: VR38/55/3

374. Fragm. de la parte superior de una vasija cerrada de boca grande y labio grueso y exvasado; pasta anaranjada oscura, con partículas de mica y otras grisáceas.

Alt. cons.: 2 cm. D.b. ap.: 16 cm.

Nº Inv.: VR38/55/4

375. Fragm. de la parte superior de un posible - cuenco de labio horizontal, casi à marli; pasta beige con - partículas de mica y cal.

Alt.cons.: 2,2 cm.

Nº Inv.: VR38/55/5.

Sepultura nº 19

Denominación: Incineración nº V

Situación: D (2,3)

Se trata de una cavidad circular tallada regular - mente en la roca, poco profunda y de fondo casi plano.

Medidas:

Diámetro: 0,78 m.

Profundidad: 0,20 m.

En el interior de esta cavidad se encontró la parte inferior de una urna, con el fondo rehundido y umbo, posiblemente del tipo Cruz del Negro. Tanto la urna como la cavidad estaban cubiertas y rellenas por tierra color marrón - oscuro, de textura arcillosa y consistencia no muy dura, pero relativamente compacta, con algunas piedrecillas.

En el interior de la urna y junto con la tierra - apareció un gran número de huesos incinerados y con ellos un fragmento de quemaperfumes de engobe rojo, dos cuentas de collar de plata, cuentas de un anillo también de plata con un escarabeo de pasta engarzado, representando un esfinge alada. Una tercera cuenta de plata se encontró fuera de la urna, en la tierra de la cavidad.

El conjunto estaba cubierto por una capa de tierra fina con mucha cal y abundantes cantos rodados de playa de pequeño tamaño, que corresponde al nivel de preparación del pavimento de la casa.

Se trata de un enterramiento de incineración; los huesos fueron colocados dentro de la urna, junto con el escaso ajuar (que no había sido quemado en la pira) y ésta colocada en posición vertical dentro de una cavidad artificial - tallada con cierto cuidado. La urna estaría tapada por el quemaperfumes o cuenco.

En el siglo pasado, al construir la casa de Can - Partit y hacerse el terraplenamiento, buena parte de la urna desaparece seguramente por efecto de uno o varios golpes de azada, lo que explicaría que el corte de la pieza sea tan horizontal y que la parte inferior se conservara in situ.

Restos óseos

Pertenecen a un adolescente de sexo indeterminable de 12 a 14 años.

Inventario

376. Parte inferior de una urna posiblemente del - tipo Cruz del Negro; pasta y superficies anaranjadas, con - puntos de mica, blancos y negros, no restaurada.

Nº Inv.: VR38/62/1

377. Cuenco o parte de un thymaterium de engobe rojo; borde grueso vuelto hacia fuera, formando un ala estre- cha; carena marcada a la altura del centro de la pieza; engo be rojo marrón, que recubre ambas superficies salvo una pe- queña franja en reserva en la parte exterior, a la altura de la base; pasta ocre oscuro con abundantes partículas grisá -

ceas, algunas gruesas.

Alt. cons.: 3,4 cm. D.ap.: 14 cm.

Nº Inv.: VR38/62/2

378. Anillo de plata con cabujón sobre el que está montado un escarabeo de pasta; éste representa una esfinge - alada hieracocéfala tocada con el pschent, todo ello símbolo del poder real; la manufactura es egipcia, posiblemente menfita, fechable ampliamente en los s. VII y VI a.J.C. (1).

Diám. anillo: 2,3 cm. Cabujón: largo: 1,2 cm.
ancho: 0,9 cm.

Nº Inv.: VR38/62/3

379. Dos cuentas de collar de plata, de forma tubular levemente engrosada en el centro.

Largo: 1,8 cm. D.máx.: 0,4 cm.

Nº Inv.: VR38/62/4-5

380. Parte superior de un colgante circular, que falta; es de plata, forma de carrete semejante a la encontrada en la pieza nº 29 de 1946.

Largo: 0,9 cm. D.máx.: 0,5 cm.

Nº Inv.: VR38/62/6

381. Ocho cuentas de collar de pasta vítrea, esféricas y achatadas, seis de ellas negras y dos ocre.

D. máx.: 0,5 cm.

Nº Inv.: 38/62/ 7 y ss.

(1) Debemos estos datos a la amabilidad del Dr. Josep Padró i Parcerisa.

Sepultura nº 20

Situación: cuadro D (3)

Orientación: N.- S.

Es una fosa excavada en la roca, con planta de tendencia rectangular y los extremos redondeados.

Medidas:

Longitud máx.: 1,35 m.

Anchura máx.: 0,65 m.

Profundidad: 0,45 m.

Está tallada muy toscamente, con numerosos salientes e irregularidades. En el fondo, hacia la parte sur, había un agujero de saqueo que comunicaba con la cámara del hipogeo nº 7.

Esta sepultura estaba rellena por tierra de textura arcillosa, de color marrón claro y consistencia blanda, con grava fina y piedras de mediano y pequeño tamaño. Contenía también algunos restos de raíces y carboncillos, escasos y dispersos. Proporcionó un pequeño lote de fragmentos cerámicos, de épocas muy diferentes, desde un fragmento de ánfora R-1 hasta restos de platos vidriados modernos. En el fondo de la fosa, en su parte norte, conservaba, en contacto directo con la roca, una pequeña bolsada de tierra de color mararrón anaranjado, que interpretamos como el único resto conservado del relleno original. En ella no se halló material arqueológico alguno.

Aparentemente se trataría de una fosa arcaica de

enterramiento, dada su semejanza con otras aparecidas en este mismo sector (véase más adelante, incineración nº XII, sepultura 29), que tienen medidas similares y la misma orientación. Por lo que sabemos de éstas, contenían normalmente incineraciones. Desgraciadamente el saqueo absoluto a que fué sometida esta fosa en época moderna nos impide añadir ningún dato más.

Sepultura nº 21

Denominación: Incineración nº VI

Situación: cuadro D (4)

Se trata de un enterramiento realizado en una cavidad artificial construida aprovechando una gran loquedad natural de la roca. Este hueco tenía forma aproximada de ocho, y su extremo oriental había sido retocado para darle forma circular, mientras que el resto fué colmatado con argamasa de cal. Solamente se había habilitado un agujero aproximadamente circular, también en la parte este, en el que se realizó el enterramiento.

Medidas:

Diámetro aproximado: 0,65 m.

Profundidad: 0,30 m.

Tras retirar el nivel de aterraplenamiento de la casa (o tal vez el nivel inferior del suelo), se encontró una capa de tierra de color marrón oscuro, de textura fina y arcillosa, con consistencia no menos dura y algunas piedras pequeñas. Dentro de esta capa se pudo distinguir claramente una bolsada de tierra rojiza, arcillosa y compacta, consistencia media, con piedrecillas. Esta bolsada contenía gran número de huesos incinerados, y estaba delimitada por varias piedras que formaban un círculo a su alrededor.

Una vez retirados los huesos y el círculo de piedras, se apreció la existencia de una especie de plataforma. Esta consistía en una losa plana de piedra caliza de 0,40 x

0,28 m. (grosor: 5,5 cm.), que junto con algunas piedras pequeñas formaba una primera hilada. Bajo ésta había otras dos hiladas de piedras medianas, de marés, que rellenaban prácticamente el resto de la cavidad hasta el fondo. Hay que subrayar que el relleno de tierra era el mismo de arriba a abajo de la tumba.

Como único ajuar se encontró una ampolla Bisi-3, - casi intacta, (el cuello se rompió con el terraplenamiento), que había sido colocada en posición vertical en lo alto del enterramiento, así como fragmentos de otra ampolla similar, mezclados en la tierra y junto a las piedras que rodeaban - los huesos.

Así pues, para realizar esta curiosa sepultura, se aprovechó una brecha natural de la roca (como p.e. en la incineración nº I), que se rellenó con argamasa de cal, retocando el lado oriental para darle forma circular. En ésta se preparó otra oquedad circular casi regular, en la que se dispuso una plataforma constituida por tres hiladas de piedras, para obtener una superficie plana mediante la colocación de la pequeña losa de la parte superior. A continuación se rellenó el conjunto con tierra, y en medio de este estrato se abrió un hueco, sobre la losa, en el que fueron depositados los huesos incinerados. Hay que señalar la curiosidad que representa la tierra rojiza que acompaña a los huesos, ya que no presenta señal alguna de restos de combustión. A continuación se rodeó el depósito funerario con piedras para marcarlo, se volvió a tapar el conjunto con la misma tierra del relleno y finalmente se colocó, perfectamente vertical, la am-

polla en la "cúspide" de la sepultura.

En cuanto a los restos de la segunda ampolla, y dado que este enterramiento estaba intacto, podemos afirmar - que tanto si fué colocada intencional o accidentalmente ya se encontraba rota e incompleta.

Restos óseos

Mujer de 20 a 25 años.

Inventario

382. Ampolla de cuerpo globular aunque irregular - en su acabado, lo que hace que parezca "pesada"; el diámetro máximo está muy abajo respecto al de otros ejemplares conocidos; base en mamelón, cuello grueso y corto pero diferenciado, con resalte; labio grueso, asa de cinta pequeño; pasta - naranja con muchas partículas granate; superficie externa - amarilla verdosa; casi completa, restaurada.

Alt.: 9,5 cm. D.boca: 3,2 cm. D.m.: 7,7 cm.

Nº Inv.: VR38/66/1

383. Fragm. de ampolla globular, correspondiente a la parte superior del cuerpo y arranque del cuello; pasta naranja y gris según zonas, superficie interna igual, la externa está cubierta de un fino engobe amarillo-verdoso.

Nº Inv.: VR38/66/2

Sepultura nº 22

Denominación: Incineración nº VII

Situación: cuadro B (2,3)

Es una cavidad circular excavada en la roca, bastante regular y profunda.

Medidas:

Diámetro: 0,43 m.

Profundidad: 0,24 m.

Bajo el nivel habitual de aterraplenamiento de la casa, apareció la sepultura rellena por una tierra marrón oscuro, granulosa, con algunas piedrecillas quemadas. A cierta profundidad se encontró un nivel de piedras, pequeñas e irregulares, que cubrían una bolsada de huesos incinerados. Con ellos había también algunos restos de carboncillos, y como únicos restos materiales tres fragmentos amorfos de cerámica y un fragmento de una pieza indeterminada de bronce. Todo el conjunto se hallaba perfectamente rodeado por un círculo casi completo de piedras.

Para efectuar esta sencilla sepultura, se abrió la cavidad en la roca, depositándose en el fondo los huesos. Se rodeó con el círculo de piedras y se taparon los huesos con varias más, cubriéndolo finalmente el conjunto de tierra. Cabe subrayar la ausencia de ajuar, pues no podemos considerar como tal los fragmentos de cerámica y bronce.

Restos óseos

Se trata de un enterramiento doble, ya que entre -
los huesos depositados juntos se ha podido distinguir:

- a) un varón adulto pero joven, de 20 a 25 años.
- b) una adolescente crecida, prácticamente una mu -
jer.

Sepultura nº 23

Situación: cuadro C (5)

Cavidad circular tallada en la roca, de reducidas dimensiones y escasa profundidad, que está cortada por la sepultura nº 11 (Incineración nº IV), en su parte sur.

Medidas:

Diámetro: 0,23 m.

Profundidad: 0,13 m.

Estaba cubierta y rellenada por la capa de arcilla compacta que es el nivel de preparación para la construcción de algunos de los anexos de Can Partit, sin ningún tipo de material arqueológico u óseo.

A pesar de la ausencia total de restos funerarios, la propia tipología de esta estructura nos permite asegurar - que se trata de una sepultura, ya que con dimensiones más reducidas es idéntica a varias otras tumbas del mismo sector, como p. ej., las sepulturas nº 19, 22... Lo más destacable, a efectos sobre todo cronológicos, es que esta sepultura fué destruida por la sepultura nº 11 (Inc. nº IV), a la cual es por lo tanto anterior.

Sepultura nº 24

Situación: cuadro B (3)

Medidas:

Diámetro: 0,35 m.

Profundidad: 0,22 m.

Se trata de un agujero de forma aproximadamente circular tallado artificialmente en la roca, aunque de manera - muy tosca. Estaba relleno de una tierra marrón oscuro de textura granulosa, con piedrecillas, que no proporcionó mate- - rial alguno.

Sin duda era una incineración que resultó completamente saqueada en época indeterminable.

Sepultura nº 25

Denominación: Incineración nº VIII

Situación: cuadro E (2)

Cavidad aproximadamente circular excavada en la ro
ca.

Medidas:

Diámetro: 0,33 cm.

Profundidad: --

Estaba cubierta por el habitual nivel de aterraple
namiento de la casa, y su interior apareció relleno por un -
estrato de tierra de textura arcillosa, color marrón rojizo,
con algunas piedras menudas y una más grande en el lado nor-
te. Sólo se encontró un fragmento diminuto de hueso quemado,
inidentificable.

Se interpreta sencillamente como otra sepultura --
simple en la que se había depositado una incineración, y que
fué vaciada o saqueada en época indeterminable.

Sepultura nº 26

Denominación: Incineración nº IX

Situación: cuadros B-C (2)

Orientación:

Es una fosa de planta casi rectangular tallada en la roca que presenta la particularidad de estar inacabada. - En efecto, se trazó su planta y se inició el rebaje de la - piedra, pero éste sólo se completó hasta cierta profundidad en la parte sur, donde alcanza los 0,45 m., mientras que en el resto de la fosa no alcanza los 0,05 m. El enterramiento se efectuó en la parte profunda.

Longitud máxima: 1,80 m.

Anchura máxima: 0,95 m.

La sepultura estaba cubierta parcialmente por el - nivel superficial de la excavación en su lado norte, mien- - tras que por el sur era el nivel de aplanamiento de la casa el que la tapaba. Una vez retirados se encontró una capa de tierra ocre rojizo, de textura arcillosa, compacta y bastante dura. En ella había numerosas piedras de tamaño mediano y pequeño formando un empedrado en la parte sur, que se disponían alrededor de una piedra plana de mayor tamaño, colocada horizontalmente. Junto a ella y en el extremo se había situado otra piedra grande en posición vertical. Entre la tierra se encontraron algunos huesos quemados, un plato de pocillo casi completo y varios fragmentos diversos, entre ellos uno de engobe rojo y una olla a mano.

Se procedió a retirar el empedrado y bajo él, en -
tre la tierra de la misma capa aparecieron más huesos quema-
dos, un pequeño cuenco completo (nº 390) y fragmentos de la
misma olla a mano.

La interpretación de esta sepultura no resulta de-
masiado compleja. Por razones desconocidas se utilizó parte
de una fosa rectangular que nunca se llegó a terminar, em-
pleándola como alguna de las cavidades circulares que hemos
visto anteriormente. Se depositaron los huesos incinerados -
en el fondo, acompañados de algún objeto (¿el pequeño cuen-
co?) y tal vez se hiciera algún tipo de ofrenda, rompiendo -
otras cerámicas. Se recubrió a continuación con la piedra ma
yor, se rellenoó con una capa de tierra y se ultimó el empe-
drado con piedras más pequeñas, entre las que quedaron los
fragmentos cerámicos. Finalmente, se colmató la fosa con la
misma tierra utilizada al principio.

Restos óseos

Corresponden a un varón de 20 a 25 años.

Inventario

A. Material hallado en el empedrado.

384. Plato de pocillo casi completo, con ala no -
muy ancha y pocillo grande poco profundo; base levemente re-
hundida; pasta rosa anaranjada, con abundante mica y cal; su
perficie interna del mismo color, con zonas grises; superfi-
cie externa ocre.

Alt.: 3,5 cm. D.b. ap.: 15 cm. D.base: 5,2 cm.

Nº Inv.: VR38/79/1

385. Fragm. de boca de una urna del tipo Cruz del Negro; labio exvasado con perfil de tendencia triangular; - pasta y superficies ocre.

Alt. cons.: 2,8 cm. D.b. ap.: 12 cm.

Nº Inv.: VR38/79/3

386. Fragm. del borde de un plato grande de engobe rojo; ala con tendencia recta y borde vertical con muy leve ranura; pasta y superficie externa anaranjado oscuro, con - partículas de cuarzo y otras negras; la superficie interna - está recubierta de un engobe rojo oscuro de calidad mediana.

Alt. cons.: 1,1 cm. D.b. ap.: 20 cm.

Nº Inv.: VR38/79/4

387. Fragm. de base de un gran cuenco de cerámica gris fenicia; pasta marrón oscuro, con abundantes partícu - las medianas gris oscuro; superficie interna gris, lisa; la externa es de color ocre, posiblemente por defecto de coc - ción.

Alt. cons.: 3,5 cm.

Nº Inv.: VR38/79/5

388. Fondo incompleto de una urna de base rehundi - da con umbo; pasta y superficies gris-ocre oscuro, con pe - queñas partículas de mica y cal; posiblemente corresponda a una urna del tipo Cruz del Negro.

Alt.cons.: 1,3 cm. D.base ap.: 12 cm.

Nº Inv.: VR38/79/6

389. Olla incompleta hecha a mano, de cuerpo globular con paredes gruesas, labio exvasado y alto, oblicuo; pasta y superficie gris oscuro negro, en unas zonas, ocre naranja en otras, con abundante desgrasante mediano blanco y gris; superficie externa negra y parduzca.

Alt. cons.: 12,5 cm. D.b.ap.: 13 cm. D.m.: 16 cm.

Nº Inv.: VR38/79/7

B. Material hallado bajo el empedrado

390. Pequeño cuenco o bol de base estrecha e irregular, que hace que la pieza quede fuertemente inclinada; paredes curvadas, labio engrosado, anguloso y exvasado; pasta y superficies ocre claro, con diminutas partículas de mica y otras pequeñas y medianas de cal.

Alt.: 4 cm. D.boca: 5,3 cm. D.base: 1,9 cm.

D. máx.: 5,6 cm.

Nº Inv.: VR38/79/2

Sepultura nº 27

Denominación: incineración nº X

Situación: cuadro E (3)

Es una cavidad de forma irregular, más o menos -
triangular y parcialmente tallada de modo artificial en la
roca.

Long. máxima: 0,30 m.

Profundidad: -

Estaba cubierta por el nivel de terraplenamiento y
bajo éste había un relleno de tierra arcillosa marrón oscuro
con filtraciones de piedra y cal procedentes del nivel supe-
rior. Dentro del relleno se encontró la parte inferior de -
una urna del tipo Cruz del Negro que contenía escasos huesos
incinerados y algunos carboncillos.

Corresponde a un tipo de incineración que ya hemos
visto (sepultura nº 19), aunque aquí muy afectado por la -
construcción de la casa. Una vez más la urna estaba en posi-
ción vertical y sólo la base se pudo salvar, pero en esta -
ocasión no pudo recuperarse ajuar alguno. Conviene destacar
que aquí no se excavó la cavidad ex novo, sino que al pare -
cer se aprovechó una grieta natural preexistente que fué -
agrandada y regularizada para contener mejor la urna.

Restos óseos

Corresponden a un varón adulto.



Inventario

391. Parte inferior de una urna probablemente del tipo Cruz del Negro; base marcadamente rehundida con abombamiento en la superficie de apoyo; paredes muy abiertas; pasta y superficies beige rosáceo, dura pero porosa, con abundantes partículas pequeñas y medianas blancas y grises.

Alt. cons.: 13,6 cm.

D.base: 15 cm.

Nº Inv.: VR38/82/1

Sepultura nº 28

Denominación: Incineración nº XI

Situación: cuadro E-F (3)

Consiste en una pequeña brecha alargada de la roca irregular y en apariencia no cortada artificialmente. A su alrededor la roca aparecía ennegrecida, como si se hubiera realizado sobre ella una combustión intensa.

Estaba recubierta por el nivel moderno habitual y su interior estaba relleno de tierra marrón oscuro, arcillosa y granulosa, que contenía algunas piedrecillas muy quemadas y escasos huesos incinerados. No se encontró ajuar. Apparently esta sepultura había sido muy afectada por la construcción de la casa.

Restos óseos

Corresponden a un varón, sin más datos.

Sepultura nº 29

Denominación: Incineración nº XII

Bituación: cuadro C (4,5)

Orientación: aprox. N-S (levemente desplazada a NO-SE)

Es una fosa de planta aproximadamente rectangular con los extremos redondeados, excavada en la roca.

Long. máxima: 1,54 m.

anch. máx.: 0,54 m.

prof. máx.: 0,34 m.

Le falta parte de su lado NO, destruido por la apertura del pozo del hipogeo 5. Tras retirar el nivel superficial moderno que la cubría, apareció la cubrición o cierre de la fosa, consistente en dos niveles de piedra. El superior lo componían tres losas planas de piedra caliza, de apreciable tamaño; el inferior estaba formado por abundantes piedras irregulares de tamaño mediano, igualmente calizas. Hay que hacer notar que la mitad norte de la fosa estaba removida, faltando allí las losas planas, pero encontrándose rellena por el habitual nivel de terraplenamiento de la casa junto con piedras irregulares sueltas, éstas procedentes indudablemente de la cubrición original.

En la mitad sur y bajo las losas se conservaba parte del relleno original aparentemente poco removido. Consistía en una fina capa de tierra arcillosa de color marrón rojizo y consistencia blanda, con algunas piedrecitas.

Dentro de esta capa apareció rota pero completa -

una ampolla globular, tres fragmentos de hueso incinerados y algunas piedras quemadas.

Indudablemente se trata de una fosa de incineración que se vió afectada por la construcción de la boca del hipogeo 5, colindante. Posteriormente, en época moderna pero antes de la construcción de la casa, fué parcialmente saqueada (mitad norte) al mismo tiempo que el hipogeo y que la fosa de incineración nº IV (sepultura nº 11), también afectada por éste. La mitad sur de la fosa quedó prácticamente intacta, aunque parte de los huesos y tal vez algún otro elemento del ajuar desaparecieron. Tras el saqueo, la parte afectada fué rellenada con la misma tierra que se usó para colmatar el pozo del hipogeo y la incineración nº IV.

Restos oseos

Los tres fragmentos recuperados son inidentificables.

Inventario

392. Ampolla fenicia de cuerpo globular con base irregular formando mamelón; el cuello, claramente diferenciado, no lleva sin embargo resalte, pero sí está engrosado, estrechándose poco a poco hacia la boca; ésta es redonda pero el agujero es irregular; labio ancho y exvasado de sección triangular; el asa pequeña, de sección aproximadamente circular, va del centro del cuello a la parte superior del cuerpo; pasta ocre oscuro anaranjado, con abundantes puntos blancos, grises y granates; superficies anaranjadas, la externa está

recubierta de un engobe casi perdido de color amarillo-verdoso; casi completa, restaurada.

Alt.: 10,1 cm. D.boca: 2,9 cm. D.m.: 6,7 cm.

Nº Inv.: VR38/90/1

Sepultura nº 31

Denominación: Incineración nº XIII

Situación: cuadro D (1)

Orientación: E - O

Es una fosa irregularmente tallada en la roca con planta de tendencia rectangular; su tosquedad respecto a - otras fosas que hemos visto es notable, con sus paredes ape - nas desbastadas. Presenta en sus lados más largos sendos re - saltes, a unos 0,25 m. de profundidad, de cerca de 0,15 m. - de anchura.

Longitud máx.: 1,50 m.

Anchura máx.: 0,70 m.

Anchura entre los resaltes: 0,40 m.

Profundidad: -

El conjunto estaba tapado por el nivel de prepara - ción de la casa, bajo el cual se encontró el relleno de la fosa consistente en un fuerte estrato de tierra marrón roji - za, arcillosa, con arenas y pequeñas piedras. En el extremo oriental este relleno estaba sellado por una gran losa de - piedra caliza desbastada así como otra más pequeña que se - apoyaban sobre los resaltes. Se trata, sin duda, de los res - tos de la cobertura original. En la misma zona y cerca de - ellos apareció un cipo funerario consistente en un bloque de marés tronco-piramidal, roto en su parte superior y muy daña - do en dos de sus caras.

El relleno era uniforme en toda la profundidad de

la fosa, apareciendo algunos escasos fragmentos de huesos quemados y de cerámica, así como pequeños objetos metálicos: colgante, aretes, campanilla, etc...

Este tipo de fosa poco acabada y con cubrición de losas apoyadas sobre resaltes parece que contenía una incineración, pero la cremación del cuerpo no se hizo dentro de ella, al contrario de lo que sucede en la incineración nº III y similares.

En un momento indeterminado, pero tal vez de época antigua, ya que no hay aparentes filtraciones de otro tipo de tierra ni objetos más modernos que los que presentamos en el inventario, la sepultura fue saqueada con la consiguiente ruptura de losas, remoción de tierras y desaparición de casi todo el ajuar y los huesos. Al ser rellenada con la misma tierra, se conservaron algunos objetos pequeños que pudieron no ser observados por los saqueadores.

Inventario

393. Parte superior de un ánfora de labio grueso, redondeado y exvasado haciendo ángulo marcado con el inicio del hombro; pasta y superficies beige rosáceo, con mica y abundante cal; posiblemente sea de la forma PE-11 (Ramón, - 1981a, fig. 4, D-E)

Alt. cons.: 5,3 cm.

D.b.: 13,3 cm.

Nº Inv.: VR38/94/1

394. Plato de pocillo incompleto, de base plana y ala ancha oblicua; pasta beige salvo en la zona del pocillo

donde es gris (defecto de cocción), con puntos blancos y grises, muy escasos; superficie interna igual, la externa es beige brillante, perfectamente alisada.

Alt.cons.: 5 cm.

Nº Inv.: VR38/94/2

395. Dos pequeños aretes de plata, casi circulares, pegados por el óxido.

D. aprox.: 1,2 cm.

Nº Inv.: VR38/94/3

396. Colgante (?) de plata en forma de dos círculos, uno mucho más pequeño que el otro, unidos posiblemente por una pequeña plaquita rectangular (zona sin restaurar).

Alt.cons.: 5,8 cm.

Espesor: 0,2 cm.

Nº Inv.: VR38/94/4

397. Campanita de bronce con perforación para colgar y badajo; decoración de líneas incisas en la superficie externa.

Alt.: 3,3 cm.

Nº Inv.: VR38/94/5

398. Aguja de bronce de sección circular, rota en cuatro trozos; sin restaurar.

Nº Inv.: VR38/94/6

399. Doce cuentas de pasta vítrea de diversas formas y colores, sin restaurar.

Nº Inv.: VR38/94/7.

Sepultura nº 32

Situación: cuadros D-E (01,1)

Orientación: E-O

Se trata de una fosa de planta rectangular, excavada en la roca y con resaltes longitudinales. Su pared sur - fué reventada en su parte inferior para levantar la pared de la cisterna de la casa de Can Partit.

Aunque de mayores dimensiones, es del mismo tipo - que la incineración nº XIII, con una orientación similar. Sin embargo, está mejor tallada y acabada en este caso, con las paredes más rectilíneas y verticales.

Long. máx.: 2,20 m.

Anch. máx.: 0,80 m.

Su profundidad actual es de algo más de 1,5 m., pero originalmente debió de ser menor, pues fué rebajada para la construcción de la cisterna.

Estaba perforada por los saqueadores en ambos extremos, comunicando por el oeste con el hipogeo 7.

Bajo el nivel de la casa se apreció que conservaba en su extremo occidental parte del cubrimiento original, compuesto por una gran losa de piedra caliza (1x0,80 m.) apoyada sobre los resaltes de la fosa y falcada en el lado norte por piedras medianas.

El relleno de la fosa era una tierra marrón y arenosa, mezclada con pequeños guijarros de playa, cal y pie-

dras de diversos tamaños, se hallaron algunos huesos, fragmentos de cerámica vidriada moderna y otros de ánforas, pequeños y rodados en general.

Cabe la posibilidad de que se tratase de una tumba de incineración, dadas sus semejanzas tipológicas y de orientación con la anterior, de la que está muy cerca.

Fué totalmente saqueada en época indeterminada, posiblemente por los mismos constructores de Can Partit que tuvieron que destruir parte de ella para ampliar la cisterna.

Restos óseos

Indeterminables.

Sepultura nº 33

Denominación: Incineración nº XIV

Situación: cuadros B-C (7)

Es una cavidad de origen natural formada por la -
descomposición de la roca madre, agrandada y rebajada para -
depositar un enterramiento en su interior. Ambos extremos es
tán cortados, el oriental por el pozo del hipogeo 3, el occi
dental por el del hipogeo 1. La parte conservada, creemos -
que casi toda la sepultura, se presenta como una especie de
fosa alargada de bordes muy irregulares.

Long. máx. conservada: 1,40 m.

Anch. máx.: 1,10 m.

Profundidad máx.: 0,65 m.

Toda la tumba estaba cubierta por un estrato forma
do por piedras irregulares de diferentes tamaños (entre las
que había trozos de marés y algunas quemadas), insertas en
una capa de tierra arcillosa marrón claro muy compacta y de
gran dureza. La distribución de estas piedras dá una forma -
circular cortada por el pozo del hipogeo 3, en la que las -
piedras grandes rodean las pequeñas, dándole al conjunto una
apariencia de encachado o incluso de túmulo artificial. De
hecho fué esta ordenación, apreciada sólo en las fotografías
"aéreas" tomadas desde lo alto de un edificio colindante, lo
que nos impulsó a su excavación.

La fosa estaba rellena de una tierra arcillosa y -
roja, compacta, que contenía numerosas piedras irregulares -

medianas y pequeñas, por lo general trozos de caliza producto de la descomposición natural de la roca. La propia tierra parece ser el resultado final de este proceso de degradación.

En el fondo las piedras en descomposición habían sido arrancadas parcialmente, formando una oquedad en el centro-sur de la fosa, de 0,70 x 0,50 m. y 0,20 de profundidad, y en el interior se había depositado un conjunto de huesos incinerados. Fueron tapados con una fina capa de tierra roja y sobre ella se colocó el escaso ajuar compuesto por las cuatro piezas casi intactas recogidas en el inventario.

En conclusión, se trata de una incineración realizada mediante el aprovechamiento de una grieta natural del terreno que fué someramente agrandada y regularizada, creando una cavidad para depositar los huesos y unos pocos objetos. Se rellenó la sepultura de tierra roja, y se selló mediante una dura capa arcillosa y un empedrado circular realizado con cierto cuidado, que recuerda un pequeño túmulo. Sobre el interés de este ritual con paralelos puntuales en la Península Ibérica habremos de tratar en otro capítulo.

Restos óseos

Incineración doble: mujer joven acompañada de niño (de sexo indeterminado) inferior a 3 meses; cabe la posibilidad de que estuviese embarazada, con un feto a término (7^º a 9^º mes de embarazo).

Inventario

400. Pequeño cuenco de paredes delgadas, cuerpo de tendencia ovoide, labio plano con aristas levemente exvasado; base plana irregular; pasta y superficies anaranjadas oscuras, con puntos de mica y partículas de cal.

Alt.: 4,3 cm. D.boca: 6,4 cm. D.base: 3,2 cm.

D. máx.: 7,1 cm.

Nº Inv.: VR38/99/1

401. Pieza de hueso trabajada en forma de casquete hemisférico, con un rebaje en la parte plana inferior; lleva una gran perforación elipsoidal en el centro, de 13 mm. de profundidad (véase apéndice III).

Alt.: 2,3 cm. D.máx.: 5 cm.

Nº Inv.: VR38/99/2

402. Navaja de afeitar de bronce, de cuerpo alargado y estrecho, mango bifido y agujero de suspensión; desde éste hasta poco antes de la zona cortante tiene una decoración de puntos incisos dispuestos linealmente; conservación regular, bastante oxidada.

L. m.: 10,8 cm. Espesor: 0,5 mm.

Nº Inv.: VR38/99/3

Sepultura nº 34

Denominación: Incineración nº XV

Situación: cuadro D (7)

Es una cavidad alargada e irregular, de escasa profundidad, tallada parcialmente en la roca posiblemente aprovechando alguna grieta natural.

Long. máx.: 0,50 m.

Anch. máx.: 0,28 m.

Profundidad:

Retirado el estrato superficial se vió que estaba cubierta y rellena de tierra marrón oscuro, dura y compacta, de textura arcillosa. Esta capa tapaba la mitad inferior de una urna, posiblemente del tipo Cruz del Negro, colocada verticalmente en el centro de la cavidad. Además de la tierra y de algunas piedrecillas, contenía los restos de una interesante incineración doble. No se encontró ajuar alguno.

En conclusión se trata de un ejemplo más de incineración en urna de los que ya hemos visto varios casos, destruido al construirse la casa de Can Partit.

Restos óseos

Incineración doble:

a) mujer adulta pero joven

b) niño de seis meses (sexo indeterminable)

Inventario

403. Parte inferior de una posible urna de tipo - Cruz del Negro; pasta y superficies ocre rosáceo, con pequeños puntos blancos, grises y de cal; muy fragmentada, no está restaurada por lo que no se dibuja.

Nº Inv.: VR38/102/1

Sepultura nº 35

Denominación: Incineración nº XVI

Situación: cuadro B (1)

Se trata de una sepultura semejante a la anterior, pero en este caso se había conservado la grieta natural de la roca, sin retocarla. Era de forma alargada y en su centro se dispuso una urna del tipo Cruz del Negro en posición vertical, falcada en su base por piedras menudas. Estaba completamente rota, pero pudo ser reconstruida casi en su totalidad, presentando una interesante decoración pintada. En su interior, se hallaron huesos incinerados pero ningún otro objeto.

Restos óseos

Corresponden a una mujer de unos 30 años.

Inventario

404. Urna casi completa del tipo Cruz del Negro, con cuerpo globular y base rehundida con botón; cuello levemente troncocónico (más ancho cerca de la boca); labio exvasado de sección triangular, asas geminadas (falta una); pasta ocre claro, aunque es grisácea en algunas zonas; superficies del mismo tono; la externa lleva decoración pintada en la panza de la que se conserva, de arriba a abajo:

- banda castaño rojizo, sobre la que corre un filete negro,

- dos filetes negros,

- otra banda como la primera, con filete negro.

Alt.: 36,6 cm. D.base: 7,8 cm. D.boca: 9,2 cm.

D. máx.: 27 cm.

Nº Inv.: VR38/105/1

Sepultura nº 39

Situación: cuadros E, F (1, 01)

Orientación: E-O

Se trataba de una fosa semejante a las dos que ya hemos visto (sepulturas nº 31 y 32), con planta rectangular y resaltes naturales. Pero sólo era visible el extremo occidental, utilizado como boca de la cisterna de Can Partit, - que se había excavado a costa de ésta y otras fosas circun - dantes. Se pudo apreciar la canaleta que llegaba al borde - mismo de esta fosa, por donde desembocaba el agua de lluvia recogida en el tejado. El lado oriental estaba cerrado por - losas modernas que cubrían la cisterna, aprovechando los re - bajos originales de la sepultura.

Sepultura nº 43

Denominación: Incineración nº XVII

Situación: cuadro B (1)

Es una cavidad de planta irregular, pero aproximadamente arriñonada, recortada en la roca aprovechando una grieta natural. Estaba cubierta por el canalillo de desagüe de la casa payesa.

Long. máx.: 0,57 m.

Anch. máx.: 0,40 m.

Profundidad: 0,45 m.

Se encontró rellena de tierra color castaño, de textura arcillosa y consistencia blanda, con pequeñas piedrecillas. Entre la tierra se hallaron algunos escasos huesos incinerados y dos fragmentos de un mismo plato de engobe rojo, pero también dos piedras con cal, posiblemente de las obras de la casa, por lo que es seguro que la tumba había sido revuelta.

Restos óseos

Son de un niño de 2 a 6 años.

Inventario

405. Dos fragmentos que no unen de un pequeño plato de engobe rojo; ala delgada; pasta marrón oscuro con abundantes partículas blancas y grises; la superficie interna está recubierta de un engobe no muy espeso pero de buena cali-

dad, de color castaño rojizo.

Alt. cons.: 1,4 cm.

D.ap.: 18 cm.

Nº Inv.: VR38/120/1

Sepultura nº 47

Denominación: Incineración nº XVIII

Situación: cuadros B (02,03)

Fosa de planta aproximadamente rectangular, ligeramente más ancha en la cabecera que los pies. Está orientada E-O y tallada en la roca, cortándose para ello lateralmente otra fosa preexistente (sepultura nº 50), que es también de planta rectangular. En la esquina NO de esta incineración se aprecia un agujero realizado por los saqueadores que comunica con la cámara de un hipogeo situado bajo ella (al que no se pudo acceder).

Longitud máx.: 1,30 m.

Anchura máx.: 0,70 m.

Profundidad: 0,50 m.

Estaba cubierta por el estrato superficial y rellenada de tierra arcillosa color ocre claro con arena y piedras de tamaño pequeño y mediano, que contenía abundante material cerámico entre el que cabe destacar grandes fragmentos de ánfora acanalada y de boca de PE-14. Se encontraron además un fragmento de cuenco gris fenicio y cuatro de huesos quemados.

Aunque el hallazgo de cerámica gris impulsó a dar a esta sepultura la denominación de incineración nº XVIII, - cabe la posibilidad, a la vista del resto del material, de que sea un poco más tardía. Sin embargo, la reseñamos aquí - porque su orientación y su tipología permiten incluirla en-

tre las fosas simples arcaicas.

Inventario

406. Borde de un cuenco de cerámica gris fenicia, de borde engrosado y vuelto hacia dentro, con pasta y superficies gris claro.

Alt. cons.: 3,8 cm.

Nº Inv.: VR38/134/1

Sepultura nº 48

Denominación: Incineración nº XIX

Situación: cuadro B (2)

Con todas las reservas, presentamos esta posible - incineración depositada directamente sobre la roca, en una - superficie sin alisar que presenta fuertes señales de crema- ción en un área irregular de 1,10 m x 0,80 m.

Sobre la roca había una leve capa de tierra marrón oscuro, arenosa y fina, con muchas piedras menudas, la mayo- ría de ellas quemadas intensamente. Entre la tierra se reco- gieron escasos fragmentos de huesos y carboncillos.

El enterramiento (si es tal) estaba cubierto por - el estrato superficial del solar y había sido muy arrasado - en época moderna, ya que está cortado en un lado por una es- trecha trinchera excavada en la roca por la que pasa el desa- güe de la casa ya mencionado.

Cabe la hipótesis de que se trate de una incinera- ción simple in situ, pero no puede descartarse que sean los restos de un ustrinum.

Sepultura nº 52

Denominación: Incineración nº XX

Situación: cuadro F (01)

Es una cavidad de planta circular, bien excavada - en la roca, de 0,25 m. de diámetro y 0,14 m. de profundidad. En su interior conservaba la parte inferior de una urna, posiblemente del tipo Cruz del Negro, que había sido colocada en posición vertical. Estaba bien falcada por pequeñas piedras irregulares salvo en el lado oriental donde se apoyaba en la pared rocosa.

El relleno de la urna consistía en tierra arcillosa de color marrón rojizo en la que se encontraron únicamente algunos huesos incinerados. El resto de la cavidad estaba colmatado por tierra marrón más oscura.

Restos óseos

Corresponden a un adulto, posiblemente una mujer.

Inventario

407. Parte inferior de una urna del tipo Cruz del Negro, de base rehundida con botón; pasta y superficies naranja oscuro, con pequeñas partículas de cal y otras más gruesas grises.

Alt. cons.: 16,2 cm.

D.base: 14,2 cm.

Nº Inv.: VR38/139/1

Sepultura nº 54

Denominación: Incineración nº XXI

Situación: cuadro C (03)

Directamente sobre un repliegue de la roca fué depositada una urna del tipo Cruz del Negro, en posición vertical, de la que sólo se encontró una vez más la base aplastada y muy fragmentada, in situ.

Estaba cubierta por el estrato superficial, pero - entre las irregularidades de la roca se conservaba algo de tierra marrón claro, arenosa y compacta.

Cerca de la urna y dentro de esta tierra se recuperaron cuatro pequeños trozos de huesos incinerados, que no se pudieron estudiar.

Inventario

408. Fondo de una urna posiblemente del tipo Cruz del Negro, de pasta ocre y superficies beige, con abundantes partículas pequeñas blancas y grises (no restaurada, no dibujada).

Nº Inv.: VR38/141/1.

Sepultura nº 55

Denominación: Incineración nº XXII

Situación:

Es un conjunto de huesos incinerados sin ningún - elemento de ajuar depositado en una irregularidad de la roca madre, entre una tierra marrón claro semejante a la aparecida en la sepultura anterior. Estaba cubierto por un estrato de tierra rojiza y arcillosa, con algunas piedrecillas, so - bre el cual ya aparece el nivel superficial.

Aparentemente es una incineración muy sencilla, no realizada in situ, ya que no aparece en área quemada; los - huesos debieron ser cuidadosamente lavados y cribados, ya - que no se encontraron piedras ni carboncillos.

Restos óseos

Corresponden a un varón adulto, entre 25 y 30 años.

Sepultura nº 56

Denominación: Incineración nº ~~XXIII~~

Situación:

Es de características semejantes a la anterior, - con los huesos incinerados depositados al fondo de una irregularidad del terreno rellena de tierra arcillosa marrón claro.

Estaba muy arrasado (cubierto por el nivel superficial) aunque se pudo apreciar que los escasos huesos conservados estaban rodeados en el lado occidental de la tumba por una hilera de pequeñas piedras haciendo arco de círculo.

Cabe señalar que la roca madre presentaba junto a la cavidad señales de fuerte cremación.

Restos óseos

Los pocos fragmentos recogidos sólo permiten asegurar que se trataba de un adulto.

Sepultura nº 57

Denominación: Incineración nº XXIV

Situación:

Cavidad circular perfectamente tallada en la roca, estaba totalmente removida y rellena por el nivel superficial, con una gran piedra en su interior. Sólo en la parte - norte conservaba algo de tierra arcillosa, roja y compacta, que podría corresponder al enterramiento original.

Sepultura nº 58

Denominación: Incineración nº XXV

Situación:

Para realizar este enterramiento se inició el va -
ciado de la roca para hacer una concavidad circular semejan-
te a varias de las que hemos visto, pero el terreno presenta
ba un desnivel natural que impidió completar la sepultura, -
por lo que ésta se realizó entre el recorte y el propio esca
lón de la roca.

Los huesos estaban depositados sobre la roca y cu-
biertos por una capa de tierra marrón oscuro, sobre la cual
se situaron como cierre una piedra caliza irregular y un tro-
zo de marés.

Entre los huesos aparecieron un pequeño colgante -
de plata y un posible fragmento de clavo de bronce.

Restos óseos

Pertenece a un niño de 2 años (sexo indetermina -
ble)

Inventario

409. Colgante de plata en forma de semicírculo alar
gado, cerrado en su base; su contorno está rematado por un
ribete semicircular liso; la parte posterior es totalmente -
lisa; tiene un pequeño carrete de suspensión estriado.

Alt.: 1,7 cm.

Anch.: 1,2 cm.

Espesor: 0,1 cm.

Peso: 1,220 gr.

Nº Inv.: VR38/160/1

Sepulturas nº 63 y 64

Denominación: Incineraciones nº XXVI-XXVII

Situación: cuadro E (6)

A título de inventario, reseñamos aquí la existencia de dos posibles incineraciones más.

Se trata de sendas cavidades circulares talladas - artificialmente en la roca, que fueron cortadas al construir la boca del hipogeo nº 4. Estaban totalmente saqueadas, aunque en la nº XXVI se recuperaron cuatro fragmentos de huesos.

Para completar esta memoria de las excavaciones en la VR38, presentamos a continuación a título de inventario, algunos fragmentos cerámicos de interés hallados en diversos rellenos de bocas de hipogeos o niveles superficiales. Queremos señalar que la limpieza y restauración de los materiales de esta procedencia, que son abundantísimos, no ha sido emprendida todavía, por lo que cabe esperar que en un futuro cercano aparezcan más piezas de época arcaica.

410. Parte superior incompleta de una urna del tipo Cruz del Negro; pasta ocre rosáceo con puntos de mica y partículas blancas y grises; superficies beige.

Alt. cons.: 10 cm. D.b. ap.: 12 cm.

Nº Inv.: VR38/49/1

411. Fragm. de borde de un gran plato hondo o cuenco; pared gruesa, labio engrosado reentrante; pasta ocre con abundantes partículas blancas, grises y granates; superficie interna y labio perfectamente alisados, casi bruñidos, con una capa de engobe; la superficie externa es menos cuidada, con sólo algunas zonas alisadas pero rugosas al tacto.

Alt. cons.: 3,8 cm. D.b. ap.: 22 cm.

Nº Inv.: VR38/24/1

VII.- EL ESTUDIO DE LOS MATERIALES

Abordamos en este capítulo el estudio de los diferentes hallazgos realizados en la isla desde las excavaciones de 1977, aunque hagamos alguna referencia esporádica a objetos dispersos analizados en el capítulo III y que aquí encuentran su encuadre correcto. Principalmente nos ocupamos de la cerámica fenicia que supone un porcentaje abrumador del material, para seguir con un apartado dedicado a la escásima cerámica de importación griega y etrusca y terminando con la valoración de los objetos de piedra y metal.

Por lo que respecta a la cerámica fenicia, se ha podido comprobar a lo largo de los capítulos que anteceden que en ningún lugar hemos intentado establecer una tipología mínima de los materiales presentados. A la hora de realizar el estudio en profundidad de todos ellos, queremos justificar brevemente dicha opción metodológica, ya que también aquí vamos a prescindir de tipología.

Desde los primeros resultados de las excavaciones de 1982, pero sobre todo tras el hallazgo del material arcaico en los hipogeos del sector NE en 1983, dedicamos largo tiempo al estudio en sí de las piezas, para familiarizarnos más y más con un tipo de cerámica que hasta entonces había faltado casi totalmente en Ibiza. Pero al mismo tiempo empezamos la búsqueda de precedentes y paralelos, como es lógico. En los años transcurridos se ha ido confirmando una impresión que tuvimos desde el primer momento: habíamos visto ya

esos materiales, no hay nada original. En efecto, la práctica totalidad del material recuperado que aquí presentamos - tiene claros paralelos en buen número de asentamientos fenicios, y como veremos son muy pocos los objetos para los que no hemos podido encontrar filiación o parentesco alguno.

Por otra parte, estamos convencidos de que muy pocas de las cerámicas que estudiamos fueron fabricadas en la isla. Carecemos de análisis de pastas (salvo el de los cuencos-trípode, cuyos resultados valoraremos en su lugar), pero conocemos bien las arcillas ebusitanas. No tienen mucho que ver con la de los platos de engobe rojo, ni con la de las ánforas, ampollas, urnas, etc... Cuando se inicia la producción cerámica en la isla, con pequeños recipientes como las jarritas Eb-12, por ejemplo y grandes envases, como las ánforas PE-11 y 12, la pasta es rosa-anaranjada, de unos tonos y un tacto inconfundibles, con impurezas características de mica y cal. Esta pasta no la encontramos en ninguno de los materiales más antiguos aquí estudiados, y sólo se reconoce en escasos ejemplares del área de enterramientos, en platos y algún otro recipiente más tardío, como la urna de la sepultura nº 10, de Can Partit. Evidentemente se impone la necesidad de realizar más análisis de cerámicas y de muestras de arcillas ebusitanas, de las que quedan aún vetas en uso cerca de la ciudad. Pero de momento conviene ser precavidos.

Así pues, la unión de estos dos hechos, la abundancia de paralelos exteriores a los que referirnos y la casi seguridad de la inexistencia de una producción local, nos -

han decidido a no establecer una tipología propia. Creemos - que cuando hablemos de ánforas Rachgún - 1 o platos Guadalhorce B, se nos entenderá perfectamente, y no hay necesidad de complicar más un panorama de por sí confuso. Utilizaremos - las tipologías de otros autores cuando sean aceptables y extendidas, y cuando no las haya haremos uso sólo de paralelos consultables. En los pocos casos en los que éstos no existan o más probablemente no hayamos sabido encontrarlos, simplemente así lo haremos constar.

Se puede decir que hasta cierto punto hay una homogeneidad en las arcillas que se usaron para producir estos - objetos. En todas las variantes que encontramos, desde las - aparentemente más cuidadas piezas de engobe rojo hasta las - ánforas teóricamente más bastas, las diferencias estimables en observación ocular o con simples medios (lupa binocular) se refieren a la posible intensidad de cocción o como mucho a una mayor depuración de las arcillas que se utilizan para la vajilla fina.

De una manera genérica podemos decir que la pasta es granulosa, medianamente compacta y llega en muchas ocasiones a ser hojaldrada. Encontramos siempre diminutas partículas de mica plateada, puntos a decir verdad. Además aparecen también partículas gris o gris negro, y otras calizas que pueden llegar a tener dos y tres milímetros en piezas como las ánforas. En ocasiones la caliza ha desaparecido en algunos - lugares, dejando en la superficie profundos e inconfundibles agujeros. Finalmente, hemos comprobado la presencia ocasional de partículas de cuarzo, generalmente pequeñas.

Los colores son muy variados, encontrándose mayoritariamente todas las gamas posibles entre el beige claro y el ocre oscuro, especificados en la descripción de cada pieza. Existen también los rojos con tonos variados, dominando el rojo anaranjado. En cualquier caso, son aplastante mayoría las cerámicas cocidas en ambiente oxidante. Debemos subrayar que los casos de pastas grises son escasísimos, ya que incluso la clase llamada cerámica gris fenicia sólo presenta las superficies de ese color. Sus pastas son marrón oscuro y marrón-rojizo, fenómeno que no encontramos casi en otros asentamientos fenicios, salvo en Toscanos y en Huelva donde se han señalado algunas cerámicas grises cocidas a baja temperatura que tienen la pasta marrón; en esos casos conservan siempre un núcleo grisáceo. Debemos finalmente añadir, como rasgo definidor y diferenciador de estas producciones, que no encontramos un núcleo de color diferente al resto de la pasta, núcleo que existe generalmente en las cerámicas de los centros de Andalucía oriental. La única excepción notable la constituye la urna pithoide nº 203, cuya pasta es roja por fuera y ocre en la superficie interna, con un núcleo gris y desgrasantes blanco y gris oscuro. Esta urna debe tener una procedencia distinta a las demás, y es la más parecida a los productos peninsulares que conocemos, de Peña Negra hacia el sur.

Los tratamientos que reciben las superficies sí son variados, tanto en la decoración como en el simple acabado de las piezas. Básicamente podemos distinguir las siguientes categorías:

- a. cerámicas de engobe rojo
- b. cerámicas grises
- c. cerámicas con decoración pintada
- d. cerámicas claras
- e. cerámicas a mano.

a. Las piezas decoradas con un engobe rojo, en su mayoría platos, son las que presentan sin duda mejor cali - dad en la pasta. Las impurezas y partículas visibles son - muy pocas, y la pasta es compacta, siendo junto con la si - guiente la única categoría que no tizna al tacto. Las super - ficies no cubiertas de engobe están bien alisadas, incluidas las bases. El engobe es fino en general y está bien extendi - do, presentando pocas variantes de color, de rojo vinoso a - castaño rojizo.

b. La cerámica gris está compuesta en su mayoría - por cuencos o platos hondos de borde vuelto y engrosado, ade - más de alguno carenado. La pasta, como se ha dicho, es siem - pre marrón rojiza o simplemente rojo oscuro, menos depurada que en las de engobe rojo. Las superficies son totalmente -- gris oscuro, y se presentan con una fina capa de engobe. A menudo están espatuladas, lo que les confiere entonces un - cierto brillo mate. Excepción a estas normas la constituyen algunos escasos fragmentos de urnas pithoides (nº 209) y de formas bajas (nº 177), cuya pasta y superficies son entera - mente grises, algo más claras. Lo mismo le sucede a un frag - mento de cuenco trípode (nº 194).

c. El aspecto de las cerámicas que llevan decoración pintada es homogéneo, pues se trata siempre en los fragmentos reconocibles de urnas de dos asas o de pithoides de dos o cuatro asas. Las pastas con abundantes partículas visibles son sobre todo beige y ocre, y las superficies son casi siempre rugosas y del mismo color que aquéllas. Los motivos decorativos y los colores empleados son poco variados.

d. Con el nombre de cerámicas claras agrupamos un grán número de formas diversas como ánforas, cuencos trípode, platos y cuencos, ampollas, etc., cuyas pastas son similares, no llevan decoración y tienen diversidad de tonos entre beige y ocre, con alguna excepción rojiza. Aunque incluimos aquí las ampollas, debemos destacar que algunas presentan un engobe muy perdido. Por lo demás, las características repiten en todo este grupo las del anterior, con la salvedad de la pintura, por supuesto.

e. Las cerámicas a mano constituyen un grupo reducidísimo dentro de los hallazgos realizados en Ibiza en los últimos años. Son piezas sueltas, muy escasas, y de las que a menudo no podemos reconstruir el perfil. Tampoco hay unidad en cuanto a pastas y acabado, por lo que al abordar su estudio haremos referencia independiente a cada una de ellas, que, como veremos, plantean problemas distintos.

Finalmente, queremos añadir que si hemos adoptado esta división por clases de cerámica para su presentación, -

ha sido siguiendo el modelo que tradicionalmente se venía -
 utilizando para la mayoría de las colonias fenicias del sur
 (Toscanos, Trayamar, Guadalhorce, ...). Sin embargo, en los
 últimos trabajos presentados, como por ejemplo en los resul-
 tados de la campaña de 1971 en Toscanos, se ha optado por in
 tegrar una división por categorías con una por formas. Con -
 ello todos los cuencos se presentan juntos, sean de engobe -
 rojo o grises, todas las ánforas juntas, etc., subdividiendo
 por lo tanto cada forma en función de las calidades de la -
 pasta y superficies (Schubart-Maass-Lindemann, 1984, esp.p.
 67). Para Ibiza nos ha parecido prematura una clasificación
 así, teniendo en cuenta el corto repertorio de formas del -
 que disponemos todavía. Si en el futuro llega a ampliarse, -
 no cabe duda de que sí podremos usar un método de clasifica-
 ción más complejo y completo. De momento pensamos que las -
 cinco categorías en que hemos organizado las cerámicas son
 suficientes para su estudio.

1. Las cerámicas de engobe rojo

Constituye éste uno de los grupos más significati-
 vos dentro de las producciones cerámicas del mundo fenicio,
 y especialmente en occidente resulta un elemento de primer -
 orden no sólo para testimoniar la presencia de colonizadores
 semitas sino también para establecer aproximaciones cronoló-
 gicas. Dado que en Ibiza no se han hallado más que contadas
 importaciones griegas y etruscas de época antigua, el estu-

dio detallado de los hallazgos de cerámica de engobe rojo se impone por sí mismo como fundamental para datar los conjuntos que hemos venido presentando en este trabajo.

Antes de proseguir debemos justificar brevemente el uso del término "engobe". Es sabido que la clase de cerámica a la que nos referimos ha recibido distintas denominaciones a lo largo de la historia de su investigación. Se habló indiferentemente de barniz rojo y engobe rojo, y en los primeros años de las excavaciones del D.A:I. en Málaga se usó la poco clarificadora expresión "cerámica roja". En Oriente y Chipre se usaba con mayor unidad de criterios la expresión Red Slip Ware, mientras que los franceses usaban por igual engobe que verniz, cuando no otro tipo de términos, aunque con menos frecuencia, como peinture, émail (Vuillemot, 1965, p. 67) o lustre (Cintas, 1970, pp. 375-382). Podríamos así encontrar diversas expresiones más en varias lenguas (red burnished, etc...) que lo único que hacen es demostrarnos cuanta imprecisión existía, al menos en los primeros años de su descubrimiento, en la definición exacta de estas cerámicas.

No se puede decir que actualmente se haya avanzado demasiado. Sin embargo, y refiriéndonos exclusivamente a España, parece que barniz y engobe son los dos nombres que prevalecen, con un uso indiscriminado según los investigadores. El D.A.I. utiliza desde hace bastantes años "engobe", sin por ello renunciar a "cerámica roja" ocasionalmente. Los investigadores españoles usan "barniz", con contadas excepciones. Por nuestra parte, nos sumamos de momento a la opinión

de I. Negueruela, quien en un reciente trabajo sobre el que volveremos recuerda que la palabra "barniz" conlleva ineludiblemente la presencia de vitrificación, según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (Negueruela, 1982, p.337). Por eso, sería más correcto hablar de engobe. Estamos de acuerdo con ello, teniendo siempre presente que si hay barniz rojo, y que algunos productos de gran calidad (hemos podido ver buenos ejemplos de Mogador) cocidos a gran temperatura presentan una cubrición dura, espesa, homogénea, brillante y roja que merece tal apelativo. En la certeza de que los materiales ebusitanos nunca ofrecen de momento semejantes características, optamos por lo tanto por hablar de engobe.

Las superficies de nuestras cerámicas, básicamente platos y cuencos con alguna otra forma esporádica, no presentan una uniformidad en su tratamiento, existiendo variedad en el engobe que las recubre. Esta variación no se da en la calidad, sino en el color y espesor. En efecto, el engobe que encontramos es siempre fino, con colores que oscilan entre el rojo vinoso o intenso y el castaño claro, pasando por una serie de matices intermedios entre los que hay que destacar el rojo claro, casi rosáceo en ocasiones, y el castaño oscuro así como el castaño rojizo. Todos estos tonos están bien representados, pero merece recordarse aquí las observaciones hechas en Toscanos, donde con buen criterio se subrayó que los tonos del engobe diferían básicamente en función del estado de conservación de los fragmentos (Schubart-Niemeyer-Pellicer, 1969, p. 106). En el caso de Ibiza esto es evi

dente ya que las piezas que proceden de tumbas no removidas (p.e. de la campaña de 1985-86 en Can Partit) siempre conservan los colores más brillantes y mejor repartidos por la superficie que la mayoría de las piezas recuperadas en los hipogeos de 1983. Queda claro que el simple roce basta a veces para alterar el engobe, sin olvidar que son muy importantes los procesos de lavado y limpieza a que haya sido sometido. Por todo ello, ha de tenerse presente que en la descripción de los colores se hace siempre referencia al estado actual - de las piezas y no al que pudieran presentar originalmente.

El engobe se dispone de forma uniforme por toda la superficie interna de los platos, llegando hasta el mismo labio, pero no rebasándolo nunca. Esta uniformidad no impide - que pueda apreciarse a simple vista zonas de la superficie - en la que los pinceles han dejado algo más de engobe. En algunas ocasiones, parece que las superficies han sido espatuladas.

Hemos dicho que el engobe no rebasa el borde. Esto es cierto para los platos, pero tenemos algunas excepciones, como el cuenco nº 306 de 1984, recubierto por entero en la - superficie interna y buena parte de la externa, en lo que se conserva, y el fragmento nº 157 de 1983, en el que sólo queda en reserva una estrecha franja de poco más de 1 cm. cerca de la base, en la superficie externa. Lógicamente en el ánfora nº 304 el engobe se había aplicado sólo en la superficie externa.

Para terminar diremos que se ha podido observar - una cierta diferenciación a la hora de extender un engobe so

bre un tipo u otro de pasta. Sin que ello sea de aplicación general, presentan engobes más rojizos los platos de pasta roja bien depurada, mientras que encontramos con preferencia los engobes castaños en aquellas piezas que tienen la pasta ocre o amarillenta. A nuestro entender esta diferenciación debe achacarse más al resultado de la cocción que a una voluntaria elección de los alfareros.

En resumen, el engobe empleado en Ibiza no se diferencia esencialmente de los utilizados en la mayoría de los centros fenicios de la Península Ibérica, pero tampoco nos parece exactamente idéntico a ninguno de ellos. De las distintas calidades que hemos tenido ocasión de tocar y ver (de Peña Negra, Toscanos, Almuñecar y Mogador solamente), todas nos han recordado lo aquí estudiado, pero hemos de hablar más de similitud que de identidad. Por supuesto esta cuestión no queda así zanjada, y futuras comparaciones habrán de ser provechosas. Serán sin embargo los análisis de pastas los que tengan la última palabra.

A. Platos

Agrupamos bajo un mismo epígrafe esta forma porque en su mayoría los platos corresponden a un solo tipo. Se trata del característico plato de pocillo, no muy profundo, con la base levemente rehundida y el ala bastante ancha de tendencia horizontal y perfil arqueado. Hay contadas excepciones, como el plato nº 128 que tiene el ala inclinada, con tendencia oblicua.

En el cuadro nº V hemos recapitulado las medidas - de todos los platos susceptibles, por el tamaño conservado, de no inducir a error en los cálculos generales. Como puede verse, su diámetro oscila entre los 18 cm. y los 25,8 cm., - siendo sin embargo igual o superior a 22 cm. doce de ellos, es decir el 60%. El dato de la altura no es indicativo, pues sólo en tres casos se ha podido medir. Ninguno de los tres - supera los 3,5 cm., y la mayoría de los incompletos que no - hemos tenido en cuenta parece situarse en ese orden de valores. La excepción la constituye otra vez el plato nº 128 que conserva 5 cm., a falta de algunos milímetros de borde.

En los nueve ejemplares en que se pudo medir la anchura del ala, ésta oscilaba entre 4,7 y 7,2 cm.; cinco de ellos presentan medidas entre los 6 y 7 cm.; la anchura media es de 6,5 cm.

Los platos de engobe rojo aquí presentados pertenecen en su totalidad a una categoría cerámica bien conocida y estudiada, por ser muy frecuente en todos los asentamientos fenicios occidentales. En oriente se atestiguan platos con esta decoración ya en el s. IX, por ejemplo en los estratos VIII y IX de Tiro, si bien se trata de formas distintas carnadas (Bikai, 1978a, lám. XIX, nº 24-26). Con ala estrecha aparecen algo después, en los estratos II y III, fechados en la segunda mitad del s. VIII, junto con ejemplares sin decorar (Bikai, 1978b, pp. 52-54, fig. 3; 1978a, lám. IX). Su presencia y expansión por todo el Mediterráneo es amplísima y cabe citar por supuesto Chipre, en especial Kitión (Kara-georghis, 1976, p. 119, fig. 83), Malta, donde aparece en -

Núm.	Diámetro	Anchura borde	Índice (D/A.b.)	Altura
125	18,5	5,3	3,5	3,4
126	25,4	7,2	3,5	3
127	22,6	6,6	3,4	3,4
131	23	5,9	3,9	-
132	25,8	6,9	3,7	-
133	24	6	4	-
144	19,3	4,7	3,9	-
159	22	6,5	3,4	-
361	22	6,2	3,5	-
135	23	-	-	-
136	25	-	-	-
137	25,3	-	-	-
138	24	-	-	-
139	21	-	-	-
140	18,5	-	-	-
142	25,3	-	-	-
143	21	-	-	-
150	20	-	-	-
405	18	-	-	-
386	20	-	-	-

Cuadro V: Medidas e índice (diámetro dividido por anchura de borde) de los platos de engobe rojo del Puig des Molins.

las necrópolis de Ghajjn Qajjet (Baldacchino-Dundabin, 1953, fig. 5), y de Mtarfa (Culican, 1982, pp. 76-77, fig. 13-14) e incluso Pitecusa (Buchner, 1982, pp. 283-285). Sería demasiado prolijo mencionar aquí todos los lugares del Mediterráneo central y occidental donde podemos hallar estos platos: Túnez, Sicilia, Cerdeña, Argelia, Marruecos, etc... Señalemos simplemente que se han encontrado también en los asentamientos atlánticos como Lixus (Ponsich, 1982, p. 70, fig. 17-20) y Mogador (Jodin, 1966, pp. 79-84).

Es sin embargo en la Península Ibérica donde centramos nuestra atención, pues en ella encontramos los paralelos más claros y directos que nos permitirán además fijar la cronología de los platos.

Ya desde las excavaciones de Toscanos sus investigadores dieron a conocer la relación que se podía deducir entre la anchura del ala de estos platos y una evolución cronológica. En efecto, en la secuencia estratigráfica de dicho yacimiento se pudo comprobar que si los diámetros no cambiaban mucho, la anchura del borde por el contrario iba en aumento progresivo siendo los platos de ala estrecha más antiguos que los de ala ancha. Este hecho determina además una relación entre diámetro y anchura del ala, cuyo cociente da un índice significativo que también evoluciona progresivamente: ese índice es mayor cuanto más antiguo es el plato (Niemeyer-Schubart-Pellicer, 1969, pp. 107-111). La posterior aplicación y comprobación con los platos de diferentes yacimientos del sur peninsular permitió asegurar que era válida para la zona de Andalucía oriental. Sin embargo, el hecho de

que en los yacimientos de Huelva la aplicación del índice - llevara a resultados dudosos hizo decaer un poco el interés por este sistema. La aparente contradicción que se daba en - Andalucía occidental donde los platos de ala estrecha perduran hasta el s. VI a.J.C. se ha resuelto achacando el fenómeno a una independencia tipológica de ese área (Schubart, 1976, pp. 189-192). Fue M.E. Aubet quién avanzó la idea de que esa diferencia se debía a la existencia de un centro productor - independiente, diferente y sin relación con los malagueños y granadinos. Al estudiar los platos de la necrópolis de Setefilla subraya su unidad y semejanza, en forma y pasta, con los hallados en yacimientos mayoritariamente tartésicos del área onubense y su hinterland: La Joya, Cabezos de la Esperanza y San Pedro, etc..., y opina que tuvo que existir un taller "... radicado en la zona occidental del Estrecho y, - probablemente, en Cádiz." (Aubet, 1975, pp. 142-143)

Evidentemente el material ebusitano no parece corresponder a estas producciones suroccidentales, y veremos - que sus paralelos se encuentran en el área oriental, donde si son válidos los índices establecidos en Toscanos.

Empezando por este yacimiento, comprobamos que - nuestros platos se aproximan claramente al nº 886, que es el prototipo de la mayoría de los hallados en el estrato IV. Podrían derivar de éste, que es algo más alto y de ala menos - horizontal, con 5,2 cm. de anchura, valor que sobrepasan la mayoría de los ejemplares del Puig des Molins (Schubart-Niemeyer-Pellicer, 1969, p. 73, fig. XII). Precisamente este - plato fué considerado por Arribas y Arteaga, en su modélica

publicación de las excavaciones del Cerro del Villar en Guadalhorce, como la transición entre los dos tipos que establecieron para sus propios platos. Dichos autores los clasifican en dos grupos principales, siendo el primero o forma A de borde con perfil arqueado de tendencia horizontal, interior "concoidal", fondo ligeramente rehundido y a veces con un pié circular apenas insinuado. Los platos de la forma B son menos profundos, de ala más ancha y oblicua, tienen menor altura y en general llevan una incisión o ranura a lo largo del labio, que es plano (Arribas-Arteage, 1975, pp. 58-60). Precisamente la presencia de esta ranura ha sido señalada como indicio inequívoco de las producciones tardías, al no encontrarse en Chorreras, Morro de Mezquitilla, Toscanos, etc... (González Prats, 1983, pp. 209-210). De estas características nosotros sólo tenemos algunos fragmentos del área de Can Partit, como por ejemplo de la incineración 1985/III.

Los platos de forma A aparecen sólo en los niveles de Guadalhorce I; sus bordes oscilan entre 3,2 y 5,8 cm. aunque los valores medios están en torno a 4 cm.; el dato de la altura no es significativo (6 cm. en el único caso conocido) y los dos diámetros estimables, son 22 y 30 cm., Los de la forma B sólo se han recogido en los niveles IVA y IVB de Guadalhorce II; sus anchuras van de 5 a 8 cm., con una media de 6,5 cm., los diámetros son relativamente pequeños (en torno a los 20 cm.) y tienen una altura media de 3,3 cm.- Con todos estos datos a la vista podemos deducir claramente que los platos ebusitanos estarían situados entre ambas formas; tipológicamente recuerdan más la A, pero anchura y altura -

coinciden mejor con la forma B. Debemos subrayar sin embargo la gran diferencia formal con estos últimos, y recordar el - detalle significativo del labio.

Pasando ahora a la necrópolis Laurita de Almuñé - car, se conoce de allí un total de siete platos enteros, uno de ellos de procedencia desconocida, y fragmentos de otros - ocho. La datación de las tumbas que se propuso inicialmente (Pellicer, 1963, pp. 63-66) ha sido recientemente precisada, en función de la nueva fecha propuesta por B.B. Shefton pa - ra las kotilai protocorintias (Shefton, 1982, p. 338, n. 2) y del reestudio de los productos de engobe rojo, incluidos - los platos (Negueruela, 1981). De éstos es precisamente el de procedencia desconocida el que más parecido tiene con los nuestros, por desgracia. Pero también hay evidentes parale - lismos con los platos de las tumbas nº 2 y 15 B, que son ba - jos (3,4 y 3,1 cm., respectivamente), de ala ancha (7,1 y - 6,7 cm.) y con unos índices que entran casi dentro de los va - lores que hemos obtenido en Ibiza: 3,8 y 4,1. Ambos ejempla - res nos serán de gran utilidad a la hora de establecer la cro - nología.

Todavía en Almuñécar tenemos otro punto de referen - cia en los materiales que se están recuperando en los últi - mos años dentro de las excavaciones de F. Molina Fajardo, - tanto de la necrópolis de Puente de Noy como de diversas in - tervenciones llevadas a cabo en el área urbana (Molina, 1986). Cabe destacar el rico conjunto de platos hallado en la tumba 1E, que es una cámara construida de bloques al fondo de un gran pozo con escalinata. Entre el ajuar (que no se recuperó

intacto) había tres platos, pero aparecieron muchos más en el pozo, relacionándolos sus excavadores con posibles rituales funerarios. Muchos de éstos se parecen a los nuestros tipológicamente, y aunque sus medidas son en general mayores, no se diferencian excesivamente, con unos índices semejantes (Molina-Huertas, 1985, pp. 129 y 136, fig. 82-91).

Pero sin duda es en la necrópolis de Trayamar donde hemos encontrado los mejores paralelos. Es sabido que además del plato hallado en posición vertical en el dromos de la tumba nº 1, se encontraron centenares de fragmentos de platos y algunos completos en, o mejor sobre la tumba 4. Del interior de ésta sólo procede un plato cuyo grosor de paredes y pié anular ancho lo diferencian claramente de nuestros ejemplares. Los niveles por encima de la cámara ofrecieron sin embargo el abundante material citado que es el resultado de unas ofrendas intencionadas, ritual sobre el que hemos de volver. El plato 671 del estrato 3 y el 715 constituyen claros paralelos de la mayor parte de nuestros platos, así como los fragmentos 725-727 y algunos otros más (Schubart-Niemeyer, 1976, pp. 142-143, lám. 18-23). Son en general algo mayores en diámetro, pero la proporción queda compensada también con unas alas algo más anchas. Los cocientes oscilan con unos valores semejantes, normalmente entre 3 y 4 (Schubart-Niemeyer, 1976, fig. 17).

Llegados a este punto creemos que ya se puede intentar fijar una cronología con bastante precisión. Nos remitimos en primer lugar a los cuadros nº VI y VII, en los que hemos añadido los valores de las alas de los platos ebusita-

nos en el primer caso y su índice o cociente en el otro a los gráficos ya clásicos de H. Schubart. De esta manera se facilita la comparación no sólo numérica sino casi simplemente visual con diversos yacimientos peninsulares. Comprobamos así que las anchuras de ala de nuestros platos se parecen sensiblemente a algunos valores extremos de Toscanos IV, pero sobre todo de Toscanos V, y coinciden además con Guadalhorce, Almuñécar, Cerro del Prado, Trayamar y Jardín. En cuanto al cociente diámetro/anchura del ala, vemos en el cuadro VII (en el que hemos suprimido los valores presentados por Schubart en 1976 para Ibiza, pues se referían a platos sin engobe rojo) que sólo es coincidente con los del Cerro del Prado, Trayamar y Mogador. Las cifras de Almuñécar son sólo ligeramente superiores (41 a 44) mientras que se aprecia también que las de Jordín y Frigiliana son inferiores (de 27 a 31 para la necrópolis de Jardín).

Haciendo uso de las cronologías establecidas para todos los yacimientos anteriormente citados, y empezando por el más alejado, Mogador, comprobamos que allí los platos, muy parecidos a los nuestros, proceden del estrato IV que se fecha ampliamente en la 2ª mitad del s. VII a.J.C., aunque ya avanzada (Jodin, 1966, pp. 77-83, fig. 15b, lám. XXII). El desaparecido asentamiento del Guadarranque, también dió, mezclados con otros, unos materiales fechados en el s. VII a.J.C. ampliamente (Pellicer-Menanteau-Rouillard, 1977, p. 251). El estrato V de Toscanos ha sido fechado en los primeros decenios del s. VI a.J.C., mientras que los finales del estrato IV son algo más antiguos (Niemeyer, 1982, p. 113).

La factoría del Cerro del Villar de Guadalhorce es también - un punto de referencia de gran interés. Hemos subrayado más arriba que nuestros platos parecen situarse entre las dos - formas allí establecidas, A y B, aunque el parecido tipológico sea mayor con los platos A. Este grupo sólo se dá en la - fase Guadalhorce I, que cubre la segunda mitad del s. VII a. J.C.. A inicios del s. VI aparece ya la forma B, que apenas - tenemos documentada en Ibiza.

En cuanto a las necrópolis, las tumbas de Laurita 15B y 2 que son las que nos ofrecen buenos paralelos, han sido situadas recientemente a mediados del s. VII a.J.C. la - primera, y entre los años 650-620 a.J.C. la segunda (Negue - ruela, 1981, p. 213). Finalmente, hemos de referirnos a Tra - yamar, cuyos platos hemos considerado los más parecidos a - los nuestros. La fecha propuesta para el estrato 8, sobre la tumba nº 4, es alrededores del 600 a.J.C. (Schubart - Nieme - yer, 1976, p. 237).

No hemos pretendido con este largo y a veces tedio - so repaso relacionar todos y cada uno de los paralelos y com - paraciones posibles. Creemos que la variedad y seriedad de las fuentes, por sus garantías de excavación y publicación, son suficientes para proponer ya una cronología. Teniendo en cuenta básicamente los resultados de las factorías malague - ñas, pensamos que una datación del 625-600 a.J.C. para nues - tros platos de engobe rojo es perfectamente plausible. Vere - mos que algunas otras piezas de la misma calidad confirmarán la fecha, que para nosotros resulta de suma importancia. En efecto, la hacemos extensiva a todo el conjunto de materia -

les recuperados en los hipogeos en 1983, y nos sirve así para precisar la cronología del sector arcaico de la necrópolis.

Unicamente queremos subrayar que algunos platos in completos, en especial el de la Via Romana 38 ya citado (nº 356), con una clara ranura en el labio, deben de ser apenas posteriores al 600 a.J.C., pues ofrecen todavía alas horizon tales, a pesar de un cierto parecido con la forma B de Guadalhorce.

B. Cuencos

Frente al buen número de platos o fragmentos de és tos que tenemos, las demás formas recubiertas de engobe rojo son bien escasas. Cuencos o platos hondos sólo podemos presentar tres, siendo además dos de ellos pequeños fragmentos. Sin duda, el de mayor interés es el nº 306, hallado en las excavaciones inéditas de 1984 en el sector NE del Puig des Molins.

Se trata de una forma relativamente corriente en Oriente, tanto con engobe como sin él, que aparece por ejemplo con cierta frecuencia en Tiro, donde los bordes suelen ser más o menos inclinados (Bikai, 1978, lám. XIA). Conviene recalcar que dentro de las diferentes variantes que presentan estos cuencos, son mucho más numerosos aquéllos que no tienen las paredes rectas y sobre todo que presentan un labio corto y engrosado, en general de sección triangular (Maas Lindemann, 1986, fig. 1,5). Su presencia es esporádica en el Mediterráneo central, pero están bien documentados en Oc-

cidente. Vuillemot los encontró en la necrópolis de Rachgún, utilizados como tapaderas de urna, y los incluyó en su tipología como jattes R-11 (1965, pp. 67-68, fig. 18). Los encontramos igualmente en el nivel 4 de Mogador donde Jodin los estudió bien, separando los de bordes rectos y sin labio engrosado del otro tipo más frecuente (1966, pp. 85-87, fig. - 17a y b). En los asentamientos de la Península Ibérica se conocen ya en los niveles antiguos del Morro de Mizquitilla y también en Toscanos (Schubart-Niemeyer, 1976, fig. 7, nº 340 y Schubart-Maas Lindemann, 1984, pp. 85-87, fig. 4). En este último yacimiento se ha podido comprobar que en los niveles más antiguos el borde está inclinado hacia el interior y los cuencos son más profundos, mientras en los más recientes los bordes se vuelven verticales y las carenas son más bajas. - Buenos ejemplos que reúnen estas últimas características son los del Castillo de D^a Blanca recientemente publicados y fechados ampliamente en el s. VII a.J.C. (Ruiz Mata, 1986, p. 251, fig. 5, nº 7-10).

Como vemos, no son excesivamente numerosos los elementos con que contamos para profundizar en el estudio de esta forma. Maas Lindemann ha señalado en el trabajo citado - más arriba que se trata de una forma extendida sobre todo en los poblados, y de hecho aquí sólo hemos reseñado ejemplares en una necrópolis, la de Rachgún. El contexto del hallazgo - del ejemplar de Ibiza no es el mejor deseable, ya que viene como dijimos de las excavaciones de 1984 en el sector NO - (véase supra, cap. V, 2, apéndice). Es un hallazgo aislado y fragmentado que nos permitirá hacer una valoración del área

donde se encontró, pero no nos ayuda cronológicamente. Podemos apuntar sin embargo que la segunda mitad del s. VII a.JC parece la fecha más adecuada, en función de los paralelos citados de Rachgún, Mogador, Toscanos y el Castillo de Doña Blanca. Sabemos además que un cuenco semejante ha aparecido en las excavaciones en curso en el asentamiento fenicio de Sa Caleta, al SO de Ibiza, cuya corta existencia parece desarrollarse entre el 650 y el 600 a.J.C. (J. Ramón, comentario personal).

Los fragmentos nº 154 y 157 pertenecen a formas abiertas que hemos clasificado como cuencos, a falta de mayores elementos de juicio. No nos permitimos relacionar aquí paralelos concretos dado lo exiguo de su tamaño, aunque es fácil comprobar que estas formas abiertas se encuentran en la mayoría de los lugares que hemos venido mencionando en las últimas páginas.

C. Lucernas

Esta categoría cerámica constituye una de las más características de los yacimientos fenicio-púnicos, y su peculiar forma hace que sea fácilmente reconocible. Normalmente las lucernas están hechas a partir de un simple plato con mayor o menor borde exvasado y estrecho, al que se pellizca una o dos veces para obtener uno o dos picos en los que se colocan las mechas. Este sencillo proceso explica su antigüedad y expansión, al mismo tiempo que sus dificultades cronológicas.

Su procedencia oriental es segura ya que los prototipos se encuentran en Fenicia y Palestina nada menos que en el Bronce Medio, evolucionando rápidamente desde una sencilla cazuela sin borde y pico apenas esbozado a la forma característica que conocemos. En Oriente aparece a menudo con una pequeña base y sólo se conocen ejemplares con un pico (- (Amiran, 1970, pp. 190 y 291, fig. 59 y 100). En Tiro, donde son muy antiguas también las primeras conocidas (s. XV a.JC) aparecen lucernas con engobe rojo a partir del s. VIII a.JC, (Bikai, 1978a, pp. 18-20, fig. XLVII A, nº 18). Su propagación por todo el Mediterráneo es amplia y rápida, pero parece que la forma con un sólo pico tiene una breve vida en occidente. Ha sido este uno de los temas de discusión sobre el tipo que no ha permitido llegar a conclusiones muy claras. - En efecto, parecía que sólo se hallaban lucernas de un pico en niveles antiguos como en Chorreras, por ejemplo (Aubert, - 1974, p. 88, fig. 8), mientras que a partir del s. VII se generalizaban los dos picos, desapareciendo el otro. El hallazgo de una lucerna de un pico en un nivel del s. VI a.J.C. en Guadalhorde llevó a desestimar esta hipótesis (Arribas-Arteaga, 1975, pp. 67-68). Sin embargo, es un hecho evidente que las lucernas de dos picos son abrumadoramente mayoritarias - en occidente, aunque ello no sirva para llegar a una conclusión cronológica. Permitásenos sugerir para terminar y dejar la discusión abierta que la lucerna de Guadalhorce tiene - efectivamente un sólo pico, pero sería imposible confundirla con una lucerna arcaica...

En el presente estudio sólo podemos presentar tres

lucernas de engobe rojo, afortunadamente dos de ellas comple
tas. De la tercera conservamos un fragmento de borde perfec-
tamente identificable. Son de características muy semejantes:
dos picos (en las que lo conservan), engobe no muy espeso ro-
jizo o castaño (nº 158) y unas medidas similares.

Núm.	Diámetro	Altura	Anchura del borde
9	13 cm.	3,1 cm.	1,6 cm.
355	12,2 cm.	3,2 cm.	1,6 cm.
158	14,4 cm. (estimado)	-	1,7 cm.

Siendo como se ha subrayado unas piezas muy fre-
cuentes en todos los yacimientos, no se ha llegado todavía a
pesar de diversos estudios a poder establecer una secuencia
cronológica clara para ellas. Los intentos más serios son
los realizados con las lucernas de Toscanos y Trayamar (Schu-
bart-Niemeyer-Pellicer, 1969, pp. 123-127; Schubart-Niemeyer
1976, pp. 205-207). Se ha tenido allí en consideración los
diámetros ideales (medidos como si se tratase de platos) y la
anchura de los bordes. En Toscanos el primero varía entre
11,5 y 15 cm., siendo mayoritarias las que tienen entre 11,5
y 14 cm. La segunda oscila en general entre 1,2 y 1,8 cm.
Las medidas tomadas en Trayamar entran dentro de estos valo-
res, salvo dos bordes de 2 y 2,1 cm. Con suma reticencia los
autores citados apuntan la posibilidad de que a una mayor an-
chura del borde correspondiera una menor antigüedad. No hay
todavía elementos suficientes para asegurarlo, como una sim-

ple mirada al cuadro de las lucernas de Toscanos permite comprobar.

Lo que sí evidencian nuestras lucernas es que no existe aparente discordancia con lo que hemos podido ver en los platos estudiados anteriormente, y de acuerdo con ello podemos fecharlas en la segunda mitad de. s. VII a.J.C., llegando a lo sumo en torno al 600 a.J.C. si nos atenemos a las fechas de las capas superiores de la tumba Trayamar 4.

D. Otras formas

Después de presentar los grupos de cerámicas de engobe rojo más numerosos, ofrecemos aquí cuatro tipos distintos de los que sólo tenemos un ejemplar. Como veremos, alguno de ellos resulta francamente difícil de clasificar.

a. Urna de asas geminadas.

Se trata de una pieza de gran calidad de la que sólo conservamos la parte superior incompleta, aunque se puede reconstruir bien. Pertenece a un amplio grupo de urnas de origen oriental muy extendido en Cartago, pero para el que tenemos pocos aunque significativos paralelos en Occidente - en época antigua. En efecto, es una forma que evolucionada y sin decoración pervive en el mundo púnico hasta los s. III y II a.J.C., con gran diversidad de tamaños. En Ibiza existen decenas de ellas, que merecerían un estudio detallado. - Esta urna nº 304 es, sin embargo, la única antigua que hoy - por hoy conocemos allí.

Cintas las incluyó en su corpus bajo los números -

230-232 y 238 bis, para agruparlas finalmente en la forma - B.II.b.3 (1950, fig. XVIII; 1970, pp. 353-360, lám. XXXIII-XXXIV). Son abundantísimas en el tophet de Cartago, especialmente en el nivel Tanit I tanto con engobe rojo (siempre parcial) como pintadas, y Cintas encontró sus prototipos en Megiddo y Lachish, entre otros. También aparecen en la necrópolis arcaica de Mozia, bien fechadas (Tusa, 1978, tumbas nº - 103 y 163).

Más hacia occidente hay que destacar varios ejemplares de la necrópolis de Rachgún. Allí tres de estas jarres à épaulement, según la terminología de Cintas, están recubiertas en sus tres cuartas partes de engobe rojo. Fueron utilizadas como urnas cinerarias (Vuillemot, 1955, pp. 16-17 fig. IV,6). Puede citarse también un fragmento de Mogador - que posiblemente pertenezca a esta forma (Jodin, 1966, fig. 24c).

El mejor punto de referencia lo tenemos una vez más en la necrópolis de Trayamar, ya que no contamos una pieza de Toscanos que lleva decoración pintada. Se hallaron allí dos ejemplares completos y uno del que se conserva la mitad, que constituyen unos exactos paralelos de muestra urna. Clasificadas por sus excavadores como ánforas forma 2, señalan que no parece probable su uso como elemento de almacenamiento o transporte, dándose el caso de que una de ellas, hallada en la tumba 4, contenía restos humanos incinerados. Las otras dos proceden de la tumba nº 1, y tienen sendas tapaderas con botón hueco. El ejemplar ebusitano se corresponde perfectamente con una de éstas, la nº 547: borde corto, ver-

tical y levemente inclinado hacia el interior, asas gemina - das que arrancan justo en el hombro; éste se sitúa además - bastante cerca de la boca. Las asas sin embargo son más pare - cidas a las del ejemplar de la tumba 4 (nº 606), ya que son más circulares y menos elevadas que las de la nº 547.

Los datos cronológicos que proporciona Trayamar - son bastante precisos. La sepultura 1a y la incineración 4a se fechan poco después de mediados del s. VII a.J.C., mien - tras que la sepultura 1b sería ya del "s.VII tardío" (Schu - bart-Niemeyer, 1976, pp. 212-213 y 236-237). Por ello tam - bién situamos como muy tarde en el último cuarto del s. VII a.J.C. nuestra pieza, que se inscribe bien por lo tanto en la cronología establecida por los platos.

b. Quemaperfumes

Hemos denominado así la pieza nº 377 hallada en la incineración nº V de la Via Romana 38, donde se utilizó como tapadera de la urna que contenía los huesos. Por desgracia, su estado dificulta la identificación, ya que falta todo el fondo. Creemos que se trata de la parte inferior de un quema - perfumes, o plato hondo doble como ha sido denominado por al - gunos autores. Debemos confesar que tenemos todavía algunas dudas, ya que hay cuencos carenados de Chorreras, y por lo - tanto antiguos, que se parecen mucho al nuestro, tanto en la carena como en el perfil del labio, alargado y grueso, al - contrario que la mayoría de los carinated bowls más frecuen - tes (Aubert-Maass Lindemann-Schubart, 1979, p. 108, fig. 6, - nº 64 y 68).

Los pebeteros o quemaperfumes dobles no son un ele

mento frecuente en las colonias fenicias occidentales, donde aparecen casi exclusivamente en conjuntos funerarios. Por ello son contados los ejemplares con engobe rojo que podemos citar en la Península Ibérica.

El mejor es sin duda el de la tumba 1 de Trayamar, donde se encontró junto con otro tipo clásico de pebetero, - el compuesto por un plato más llano con un vaso pequeño ci - líntrico encima. De este segundo tipo hay fragmentos en el - relleno de la tumba 4 (Schubart-Niemeyer, 1976, fig. 12 y 20). También se ha citado unos fragmentos inéditos de Toscanos. - Pero fuera de estos cuatro, solo encontramos la forma ya ev - lucionada y siempre por supuesto sin engobe, llegando inclu - so hasta época tardo-púnica (s. III-II a.J.C.). Diferentes va - riantes son halladas con frecuencia en la necrópolis de Vi - llaricos desde el s. V al cambio de era (Astruc, 1951, lám. XIV, XIX, XXXVIII), y en Ibiza, donde no sólo se encuentran en las necrópolis sino también en el santuario de Es Cuieram reforzando así la idea de objeto eminentemente ritual. En la isla se halló también un sobresaliente ejemplar de vaso do - ble en bronce (Almagro Gorbea, 1970; Fernández, 1975).

Hemos de salir del ámbito peninsular para poder en - contrar mejores paralelos. Así, nos aparecen en Mogador, don - de el labio es más corto, como parece usual; su excavador ha - ce notar también su escasez, y señala que los ejemplares que conoce tienen un engobe de peor calidad que los platos (Jo - din, 1966, pp. 106 y 108, fig. 19c). En las necrópolis de - Cartago se encuentran más a menudo, también desde las piezas más antiguas a las más recientes sin engobe (Cintas, 1950, -

fig. L-LI; Cintas, 1976, lám. XCIII, 1; Maas-Lindemann, 1982 fig. 24,2,2). El resto del Mediterráneo central ofrece buenos ejemplos: además de Pitecusa, donde está repertoriada con otras importaciones fenicias (Buchner, 1982, p. 285), la vemos en las necrópolis de Tharros y de Bitia, bien fechado aquí algún ejemplar en el último cuarto del s. VII a.J.C. (Bartoloni, 1981b, fig. XXI; 1983, p. 76, fig. 9g-h). Terminemos el breve repaso diciendo que se ha buscado un origen oriental para la forma, ya que se encuentra, por ejemplo, un doble vaso en el templo de Kitián con bordes rectos fechable a fines del s. IX (Karageorghis, 1971, p. 164, lám. LVI,2).

Como vemos, una búsqueda minuciosa podría llevar a enumerar más paralelos aún. Sin embargo, ninguno de ellos nos parece exactamente igual. A la hora de proponer una datación, nos inclinamos una vez más por la segunda mitad del s. VII a.J.C., en función de los hallazgos de Trayamar y Rachgún sobre todo.

c. Tapadera

Con ánimo de ser exhaustivos hemos incluido aquí nuestro nº 160 compuesto por dos fragmentos medianos que no unen de una forma cubierta de engobe rojizo sólo por la superficie externa, lo que unido al acabado infrecuente de su labio nos ha decidido a clasificarla como tapadera. Ello no nos permite ir más allá, pues es sabido que las tapaderas con engobe rojo son escasísimas. En la Península Ibérica, y no iremos esta vez más lejos, sólo se conocen las tapaderas de urnas ya citadas de Trayamar, que Negueruela incluyó como único ejemplo de su forma XIV (1982, p. 346). quede, pues só

lo constancia del hallazgo, a la espera de futuros paralelos.

d. Askos

Si la forma anterior es poco frecuente, nos encon -
tramos, frente a nuestra pieza nº 134, con un auténtico dilema. El fragmento conservado, relativamente grande, parece -
permitir la hipótesis de que se trata de un askos, en el que
se aprecia un botón central del que podría salir un asa -
(que no se conserva) y parte del agujero de alimentación. To
da la superficie exterior está recubierta de engobe, que se
aprecia igualmente en el agujero citado. La superficie inte-
rior es más descuidada, y la pasta semejante a la de los pla
tos. La punta levantada en que acaba esta cerámica nos sugie
re que se trata de un askos zoomorfo, tal vez en forma de -
ave. Cualquier otro intento de reconstrucción nos ha pareci-
do menos probable (oinokoe, ...). El problema ante el que -
nos encontramos es que no conocemos prácticamente paralelos
para nuestra pieza, a no ser que consideremos como tal uno +
de los tres askoi zoomorfos hallados en Rachgún, que tiene -
forma de pato y no se parece en nada al nuestro, pero cuya -
superficie y agujero de alimentación, muy grande, están recu
biertos de un vernis rouge-brun que suponemos engobe rojo -
(Vuillemot, 1965, pp. 74-76, fig. 24). De todos los as
koi de este tipo conocidos en Ibiza, que son relativamente -
numerosos, ninguno presenta engobe y deben fecharse por lo -
menos del s. V a.J.C. en adelante.

Sin trazar aquí los antecedentes de estas formas,
que ya realizamos en otro lugar (Gómez Bellard, 1984, pp. -
127-129), recordaremos que parecen tener su origen en orien-

te, probablemente en Chipre, a inicios del II^o milenio, de - donde se extenderán a lugares diversos, estando bien repre - sentadas en Cartago sobre todo (Cintas, 1970, lám. XI-XII y XIV; 1976, lám. LXXXVI). De Tiro conocemos un ejemplar con - decoración pintada a rayas fechable en el s. XV a.J.C. y - otro muy posterior, éste con recubrimiento de engobe rojo, - de la segunda mitad del s. VIII a.J.C. (Bikai, 1978, lám. VI 1 y LIIA,3).

De todas maneras y dado el tamaño del fragmento no podemos decir mucho más. Se hace imposible la presunción del tipo de animal representado aquí, y ello nos impide siquiera hipotetizar sobre su significado. Normalmente estos vasos - son considerados como elementos funerarios, aunque no hay - que descartar del todo funciones más sencillas de mesa. Así, R. Higgins, al estudiar askoi del mundo griego, sugirió la - posibilidad de que se tratase de "a drinking vessel like the Spanish porrón" (1969, p. 47).

Nuestro trozo de askos no es sin embargo un unicum. En efecto, se halló en Toscanos, en la campaña de 1971, un fragmento figurado cubierto de engobe marrón-rojizo que se - ha identificado como la cabeza de un askos, en la que son - perceptibles los ojos y el arranque del asa y que está hueco por dentro, con una indudable función de pitorro. Sus excava - dores remiten a paralelos chipriotas pero prudentemente no - aventuran todavía una explicación del hallazgo.

Quede pues tan sólo constancia de la existencia de estos dos fragmentos de askoi, que sólo el hallazgo de más - ejemplares permitirá enmarcar correctamente entre las cerámi

cas fenicias occidentales.

A modo de conclusión de este estudio de las producciones con engobe rojo, queremos resaltar tres hechos - que merecen tenerse en cuenta. En primer lugar, la ausencia total de jarras tan corrientes en el mundo fenicio como la de boca de seta o la de boca trilobulada. En segundo lugar, la gran abundancia de platos, que al igual que el único cuenco carenado son mucho más frecuentes en los poblados que en las necrópolis. Finalmente la unidad cronológica que parecen ofrecer, al menos aquellas formas para las que hemos podido concretar con una cierta seguridad. Aparte los elementos poco fechables (askos, tapadera) sólo los escasos bordes de platos con ranura pueden ser ligeramente más tardíos que la mayoría del material. Para éste una datación del 625-600 nos ha parecido la más probable. Veremos que el resto de los materiales así lo confirma o, al menos, no lo contradice.

2.- La cerámica gris

La amplitud y aparente imprecisión de esta denominación no impide que creamos conveniente utilizarla, pues en el transcurso de estas últimas décadas se ha ido afianzando como nombre de un grupo de producciones muy difundidas por -diversas áreas peninsulares en el último milenio a.J.C.. Sería extenderse demasiado relacionar toda la historia de la investigación con detalle, pero para centrar nuestros mate -

riales debemos al menos señalar sus principales hitos y el estado actual de su estudio.

Prácticamente hasta finales de los años sesenta todas las cerámicas grises a torno halladas en la Península Ibérica fueron consideradas como productos griegos, focenses de Massalia o de Ampurias. El avanzado conocimiento que de ellas se tenía en el sur de Francia y Cataluña, gracias a los trabajos de Benoit, Lamboglia, Almagro Basch, Villard, entre otros, hizo extensivas las conclusiones allí obtenidas a las cerámicas grises que a partir de 1960 se iban hallando en contextos indígenas del sur y sudeste peninsular, o incluso en un asentamiento fenicio tan claro y tan alejado como Mogador, en el Atlántico (Villard, 1960, pp. 5-6). Las dudas surgieron con fuerza cuando desde las excavaciones de Toscanos (1964) se halló esa cerámica gris de calidad que aparecía en Andalucía en muchos asentamientos indígenas, junto con un elemento tan típico e inconfundible como las cerámicas de engobe rojo. Para mayor confusión, al menos inicial, esta cerámica podía fecharse desde finales del s. VIII a.J.C., mientras que la gris focense se databa en occidente en torno al 600 a.J.C. El incremento de los hallazgos obligó a un replanteamiento de la situación para aclarar estas disparidades.

Cabe, sin duda, a C. Aranegui el mérito de haber realizado las puntualizaciones necesarias en un conocido artículo en el que principalmente estudiaba las producciones grises de época ibérica, pero que puso en claro diversas ideas (Aranegui, 1975):

- existen dos áreas básicas para la cerámica gris de occidente; el NE y S. de Francia por un lado, y Andalucía por el otro, con una intermedia en el SE y Levante donde confluyen las influencias de las otras dos.

- el origen de esta cerámica puede ser común, en oriente, tal vez el Egeo.

- hay que distinguir claramente una producción gris fenicia, que si puede tener un origen común con la griega, posee sus técnicas y tipos propios.

- cronológicamente la cerámica gris fenicia antecede sin duda a la griega en la Península Ibérica.

- de la fusión y reelaboración de ambas corrientes surgirán los productos grises ibéricos, que llegan hasta la romanización.

No menos importante fué la aportación de M. Belén, con su estudio de la cerámica gris hallada en Huelva, aparecido poco después del anterior (Belén, 1976). De él se deducían conclusiones semejantes, insistiendo en el carácter fenicio de las cerámicas grises halladas en poblados y necrópolis tartésicas y en su anterioridad a la griega. Se propuso una primera tipología resaltando también la escasez de formas, más bien variantes de platos hondos o cuencos, con una cronología de inicios del s. VII a.J.C., al menos para Huelva.

Además de estos estudios monográficos, al que hay que añadir el más reciente y completo de A.M. Roos (1982), se han ocupado aunque sea ocasionalmente de esta cerámica -

los excavadores de numerosos yacimientos del sur y sureste, por lo que hoy podemos tener una visión más completa de ella.

Una vez aceptada la existencia de una cerámica - gris fenicia de occidente, el problema que se ha planteado - desde el principio es el de su origen. La procedencia ini- cial minorasiática es cada vez más dudosa, pues parece claro además que en las ciudades fenicias de oriente no se encuen- tra. Pero la mayoría de los autores parecen tender a la idea de que si no se encuentra allí, por lo menos los fenicios es- taban capacitados técnicamente para realizarla (Arribas-Ar- teaga, 1975, p. 80). Al llegar a la Península Ibérica y en- trar en contacto con las poblaciones del Bronce Final de An- dalucía, pudieron comprobar el gusto de éstas por las cerámi- cas cocidas en ambiente reductor, muchas de ellas de gran ca- lidad. Sobre ellas aplicaron a menudo la típica decoración - bruñida, en especial la de retícula. No les costaría mucho pues a los fenicios iniciar en occidente una producción gris que no entraba hasta entonces en su repertorio (Roos, 1982, pp. 54-55). Esto explicaría el fenómeno de la ausencia de ce- rámica gris en oriente, y la teoría se ve reforzada a nues- tro entender por las formas que presenta. En efecto, una de las primeras que aparece es la del plato hondo o cuenco lla- mado a veces "de casquete", con el labio engrosado y levemen- te vuelto hacia el interior (formas 2 y 2a de Roos). Estos platos se encuentran ya en los niveles más antiguos de Tosca- nos, tanto en gris como en engobe rojo (Schubart-Niemeyer-Pe- llicer, 1969; pp. 121-122; lám. XIII; Schubart-Maass-Linde - mann, 1984, pp. 95-96, fig. 7). Serán sin duda los de más am- plia difusión en ambientes indígenas, y es significativo que

los prototipos de su forma estén perfectamente identificados en oriente. Los hallamos bien estratificados en Tell Keisan, desde el nivel 7 (900-850 a.J.C.) y con buena representación en el nivel 5 (720-650 a.J.C.), siempre en pastas de tonos marrones (Briend-Humbert, 1980, fig. 41 y 52). Y la forma es muy corriente en Tiro, desde el estrato XIII (s. XI a.J.C.) - al estrato V (760-740 a.J.C.), constituyendo la forma 11 de Bikai (1978, pp. 24-25, fig. XVIII-1, XXXII-2). Cabe pensar por lo tanto que a impulsos del gusto indígena por las cerámicas grises, los fenicios de occidente inician una producción y comercialización de esa categoría aplicando la técnica a formas que ya traían de oriente. Muy rápidamente podrían iniciar la producción de formas más al gusto todavía de los indígenas, en especial las carenadas, y éstos a su vez con cierta celeridad procederían a su propia fabricación, lo que conllevaría y explicaría la variedad formal y el gran número de calidades diferentes que se han podido observar. - Se ha apuntado una consecuencia más que nos parece de gran interés: los fenicios usarán estas cerámicas grises en sus hábitats, al igual que las claras de misma tipología con las que conviven, pero no las depositarán en sus tumbas (faltan en efecto en Trayamar y Laurita). Por el contrario, los indígenas no dudarán en considerarlas cerámicas dignas de acompañar a sus muertos, como lo eran las de "retícula bruñida", y así las encontraremos en La Joya, en Medellín, etc... (Roos, 1982, p. 56).

Esta visión general que ilustra, creemos, el estado actual de la investigación, no debe hacernos olvidar que sub

sisten aún diversos problemas. El de delimitar claramente - los productos fenicios de los indígenas nos parece uno de - los principales, pero una vez más sólo un amplio conjunto de análisis de pastas podrá darnos la solución, o por lo menos avanzar en ese camino.

Refiriéndonos a las producciones grises halladas - en Ibiza, ya hemos descrito brevemente sus características. Podemos precisar que es el tratamiento de la superficie lo único que varía dentro de la gran homogeneidad que tiene el - grupo. Las mejores piezas presentan ambas superficies recu - biertas por un engobe gris oscuro, que llega a ser espeso en ocasiones. Este engobe está siempre espatulado, obteniéndose una superficie lisa, suave al tacto y con un brillo mate muy característico. Como caso excepcional, el fondo de uno de - los platos (nº 49) se decoró con una espiral muy fina, leve - mente marcada con un instrumento puntiagudo sobre el espatu - lado.

Cuando no van recubiertas de engobe, las superfi - cias presentan un color muy similar, pero sin brillo; están solamente bien alisadas en general, aunque ello no impide - que queden rugosas al tacto.

Debemos distinguir otras dos calidades de cerámica gris dentro de nuestros materiales, que son bien diferentes de lo tradicionalmente llamado "gris fenicio". Por un lado - hay algunos fragmentos que tienen la pasta y las superficies gris uniforme, con las mismas calidades y desgrasantes que las cerámicas de superficies claras pero en tonos que obedecen a una cocción reductora: gris claro, casi azulado, para

las urnas pithoides nº 209-244, más oscuro para las asas geminadas nº 260 y el cuenco trípode nº 194. Lógicamente deben estudiarse con el conjunto de cerámicas claras, donde están incluidas estas formas, ya que se trata únicamente de defectos de cocción o como mucho de caprichos de alfarero.

Nuestra pieza nº 332, hallada en el hipogeo 6 de - la calle León 10-12, es la única muestra de un tipo de pro - ducción que desconocíamos y que todavía hoy no podemos enmar - car bien. Es un cuenco incompleto fuertemente carenado, de pasta dura bien cocida y color gris claro, superficies iguales alisadas, pero rugosas al tacto. Llama la atención la - constelación de puntos blancos que motean ambas superficies y que aparentemente corresponden a conchas marinas machaca - das. Dadas las angulosidades de los cortes, no pensamos que haya rodado mucho la pieza, y menos tanto como para perder - totalmente un posible engobe. No hay dudas sobre su cronolo - gía alta, ya que fué el único elemento que se halló en la cá - mara del hipogeo junto con un borde típico de cuenco gris fe - nicio. Ambas piezas debieron caer de la superficie al inte - rior de la tumba. En cuanto a paralelos, sólo queremos desta - car que su forma se asemeja a una del repertorio de la cerá - mica gris de occidente, entre las más típicamente indígenas (Roos, 1982, p. 64, forma 16).

Veamos por fin lo que compone la mayor parte de - los hallazgos ebusitanos, la producción bien conocida que co - rresponde a la que aparece en el sur peninsular. Las decenas de fragmentos o piezas enteras que tenemos pertenecen en su mayoría a la forma de casquete esférico, con el labio acaba -

do en un engrosamiento más o menos marcado y vuelto hacia el interior. La base es de disco, plana o casi. Este tipo es denominado cuenco o plato hondo, según los autores, y corresponde a la forma 2 de Roos y también 2 de Almagro Gorbea (Roos, 1982, pp. 59-60, fig. 3; Almagro Gorbea, 1977, pp. 463-464, fig. 192). Su amplísima distribución ha sido recientemente subrayada por González Prats, a cuyas listas y mapas remitimos, quién recalca también que estos platos gozan de una gran aceptación en el mundo indígena del sur y sureste. Corresponden a su forma B4, con dos variantes (una más honda que otra) que según este autor serían introducidas por los comerciantes semitas, mientras que la forma con ala corta sería indígena originalmente y algo anterior a la de borde engrosado (González Prats, 1983, pp. 190-195, fig. 41).

En las factorías fenicias de Andalucía aparece esta forma desde los primeros niveles de Toscanos, aunque allí los bordes son más entrantes que engrosados, como nuestro nº 331 (Schubart-Niemeyer-Pellicer, 1969, lám. XIII; Schubart-Maas-Lindemann, 1984, p. 95, fig. 7). Pero ya antes encontramos buenos paralelos en Chorreras, con ejemplares bajos de labio levemente engrosado y base casi plana (Aubet-Maass-Lindemann-Schubart, 1979, p. 108, fig. 7), y está presente igualmente en el Morro de Mezquitilla (Schubart, 1979, fig. 10). En Guadalhorce, donde la cerámica gris ha sido bien estudiada también, ha aparecido esta forma llamada allí "cuenco de borde reforzado" tanto en los estratos de la fase Guadalhorce I (VII-A y VI-A) como en los de Guadalhorce II (IV-A y B), con un ejemplar incluso en los niveles más tardíos. No se ha podido determinar por lo tanto una evolución crono-

lógica para ellos, mientras que por el contrario parece que los bordes lisos se dan sólo en Guadalhorce II (Arribas-Arteaga, 1975, pp. 76-80, cuadro 7).

La cronología como vemos no parece excesivamente - precisa en la mayoría de los asentamientos, y parece que en general estas formas sufren pocas variaciones hasta su desaparición en el s. VI a.J.C. Sin embargo, dentro de esta amplia serie de cuencos o platos hondos los de bordes entrantes engrosados se encuentran con mayor frecuencia en la segunda mitad del s. VII e inicios del s. VI a.J.C. Estas fechas - pueden confirmarse en algunos yacimientos indígenas bien estudiados y de cronologías fiables. Así, en el Cerro Macareno (Sevilla) la cerámica gris aparece ya en el nivel 25, datado a principios del s. VII a.J.C., pero sin embargo parece que nuestra forma más frecuente no se encuentra, con el borde engrosado, hasta el nivel 21, de fines del mismo siglo, siendo posible ver claramente la evolución desde los bordes simples (Pellicer-Escacena-Bendala, 1983, p. 78, fig. 61 y 96,7). - Los hallazgos de Medellín, tanto en la necrópolis como en el poblado, dan unas fechas dentro de la primera mitad del siglo VI a.J.C., al igual que un plato del túmulo B de Setefilla, aunque es posible que en ambos casos pueda existir un cierto desfase respecto a la fabricación y difusión del tipo desde las factorías costeras (Aubert, 1976, pp. 21-22, fig. - 16; Almagro Gorbea, 1977, pp. 399 y 462-467).

En conclusión, podemos decir que la cerámica gris fenicia, producción característica del Mediterráneo Occidental, está bien representada en Ibiza y se la puede asignar -

una datación concordante con lo que se ha visto para las cerámicas de engobe rojo, a finales del s. VII a.J.C. por lo menos. Aunque no hay variedad tipológica, merece tenerse en cuenta la aplastante mayoría de platos de borde entrante, una forma de origen fenicio, y la ausencia casi total de las formas que se consideran indígenas, en especial las de borde vuelto hacia el exterior, o ala.

3.- La cerámica con decoración pintada

Desde el mismo momento en que vasijas de formas diversas, desde platos a urnas, con decoración pintada aparecieron en las factorías fenicias de Andalucía, los investigadores se dieron cuenta de la trascendencia que podían tener para el conocimiento del origen de las cerámicas pintadas de la cultura ibérica. Con esa óptica valoró Pellicer los hallazgos de Toscanos, recapitulando los elementos conocidos en el mundo indígena del sur y señalando como derivaban las producciones ibéricas desde el s. VI a.J.C. de los diversos tipos pintados encontrados en los centros fenicios, incorporando progresivamente nuevas formas y "barroquizando" los temas decorativos. No por ello, sin embargo, dejó de observar los problemas cronológicos evidentes, y la necesidad de conocer secuencias amplias y detalladas para poder seguir con precisión la larga evolución de este tipo de decoración que en el ambiente ibérico llegó hasta la romanización (Pellicer, 1969 a; 1969 b),

Por supuesto la existencia de cerámicas pintadas - en el mundo fenicio occidental era conocida de antiguo, con los hallazgos de Mogador, Banasa, Rachgún, etc., sobre los que volveremos, y sus orígenes orientales, chipriotas en especial, habían sido ya indicados. Sin embargo, no se habían valorado en conjunto, y sólo Bisi dedicó un estudio en profundidad a las producciones norteafricanas. Para esta autora existen una diversidad de influencias que pueden apreciarse de modo diverso según las áreas estudiadas; así vé un influjo decididamente chipriota en las policromías del extremo ocidente, incluida la Península Ibérica, tradiciones del área sirio-palestina en Cartago, con alguna influencia griega de las islas, y finalmente una componente greco-oriental en las decoraciones pintadas de Mozia y otros asentamientos sicilianos que dejarían traslucir el gran impacto de la cerámica geométrica en aquella isla. Añade todavía que los escasos (entonces) hallazgos españoles podrían sufrir también influencias griegas, como podría deducirse de los kotiloi protocorintios de la necrópolis Laurita (Bisi, 1968).

El panorama que hoy podemos ofrecer es mucho más rico en cuanto a hallazgos y aparentemente más sencillo en cuanto a los orígenes y el desarrollo, como veremos más adelante.

Las arcillas de los vasos con decoración pintada - que encontramos en Ibiza son muy semejantes entre sí, con alguna notable excepción. Presentan las mismas características que las pastas que se recubren de engobe rojo, aunque parecen haber sido menos depuradas, y en todo caso los desgrasantes

visibles son en su mayoría de tamaño mayor. Además de los -
puntitos de mica, se aprecian partículas blancas, en general
cal, pero algo de cuarzo tal vez, y otras gris oscuro. La -
cocción es mediana y las roturas no son angulosas casi nunca
de manera que la arcilla no queda compacta y tizna con un -
simple roce en muchas zonas, al contrario que en la cerámica
de engobe rojo. Los tonos más frecuentes van del beige al -
ocre, sin predominar ningún color en concreto, y son escasas
las pastas rojizas o netamente rojas.

De estas características sólo se alejan tres pie-
zas. Dos de ellas (nº 203 y 290) presentan pastas con un an-
cho núcleo gris, y además tienen un desgrasante muy oscuro -
que podría ser esquisto y que en cualquier caso no presentan
las demás. Se trata con toda evidencia de un taller diferen-
te.

La tercera es la botella o flask incompleta recupe-
rada en 1983 (nº 320). Es la única en la que la decoración -
pintada se dispone sobre una pieza con cocción reductora, y
por su pasta y tipología debe tratarse de una importación -
procedente de un área totalmente distinta a las demás, posi-
blemente de Oriente.

Hemos clasificado los colores utilizados en cinco
grandes grupos en los cuales entran todas las cerámicas. De
más numeroso a menos tenemos el negro, el castaño, el rojo y
el marrón, además de otro que simplemente llamamos oscuro,
pues está entre el marrón oscuro y el negro, y en realidad -
podrían ser trazos muy diluidos de ambos colores que se han
ido perdiendo. Dentro del castaño hay una graduación de tona

lidades, pero predomina el castaño rojizo. El rojo es casi siempre vinoso, pero sin ser oscuro. Merece destacarse la total ausencia del blanco, frecuente en otros centros fenicios.

La pintura empleada no es de gran calidad, hasta el punto que nos hemos visto obligados a dejar casi sin limpiar algunos fragmentos para que no se perdiera totalmente, ya que a veces desaparece por simple frotación. Sin embargo, en ocasiones está mejor adherida a la superficie, y en estos casos el conjunto de la pieza suele ser de mejor calidad, tanto en la pasta como en el alisamiento de las superficies (nº 195).

La decoración fué realizada casi siempre siguiendo el movimiento giratorio del torno, y se dispone normalmente en bandas o filetes, éstos a menudo estrechos, pero sin llegar nunca a ser una línea. Tenemos sólo un caso de filetes cruzados formando retícula, sobre un fragmento muy pequeño (nº 291), y unos trazos cortos que atraviesan otro filete en el labio de una urna (nº 229). La disposición habitual es de una sucesión de filetes, banda y filetes horizontales, con numerosas variantes. Al conservar sobre todo fragmentos, no puede aportarse precisiones sobre el número, pero puede señalarse que tenemos ejemplos de hasta 6 y 8 filetes. Además de esta disposición en la panza de las piezas, se decora a menudo el cuello y los labios. En contados casos dos filetes enmarcan y limitan perfectamente la banda principal, y en uno un filete grueso se sobrepone a la banda. En general, allí donde se conservan fragmentos de mayor tamaño, se ha podido apreciar el gusto por la bicromía, pero son escasos los ejem

plos de policromía. Nunca hay preparación previa de otro color, por ejemplo el blanco, en las superficies a decorar.

Una vez más las formas que componen este grupo son muy pocas, ya que además de la única botella que hemos citado sólo disponemos de grandes urnas o trozos de ellas. No tenemos platos, cuencos y fuentes pintadas tan frecuentes en el sur y sudeste, y ello no deja de resultar extraño.

Las urnas pueden dividirse en dos tipos principales, perfectamente diferenciables sobre todo en la mitad superior del cuerpo, aunque se trate de fragmentos pequeños. Por una parte, tenemos las urnas de tipo Cruz del Negro y, por otra lo que denominaremos urnas pithoides, y las estudiamos por separado debido a sus diferencias tipológicas y su distribución, aunque los elementos decorativos suelen aplicarse del mismo modo sobre unas u otras.

Actualmente ha quedado perfectamente establecido el origen oriental de esta técnica decorativa, señalándose concretamente su derivación del llamado Bichrome Style tan extendido en Chipre y la costa del Levante. Amiran ha indicado que esta técnica se originó en el área de Fenicia y Palestina, donde ya existe en el Hierro I, y considera que se trata de una de las primeras manifestaciones propias de ese mundo tras el colapso cananeo (Amiran, 1969, pp. 270-271). De allí pasaría a Chipre donde tendría gran aceptación en la Bichrome II Ware y en ambos lugares se puede reconocer el prototipo decorativo con bandas perfectamente enmarcadas por estrechos filetes. Allí, sin embargo suelen servir para decorar piezas más pequeñas como las Pilgrim-flasks, sobre las

cuales se disponen en grandes círculos que decoran la panza (Amiran, 1969, lám. 276-279; Bikai, 1978, pp. 37-38). Su expansión hacia occidente podrá apreciarse a través del estudio de los dos tipos principales.

A. Las urnas del tipo Cruz del Negro

Son recipientes de cuerpo con tendencia globular, aunque en general los ejemplos completos que tenemos presentan más bien forma ovoide; el cuello puede ser cilíndrico o troncocónico y en este caso el diámetro mayor siempre está en la parte superior, presentando un resalte más o menos marcado en el centro. De este resalte característico arrancan dos asas geminadas y cortas que terminan en el hombro y tienen un perfil circular. La base es rehundida, con umbo, y en ningún caso existe un pié anular en los ejemplares ebusitanos. El labio es corto, levemente exvasado y de sección triangular.

Debemos subrayar que no siempre llevan decoración pintada, en especial la nº 24 que se conserva entera, pero no podemos asegurar que no se haya perdido la pintura con el paso del tiempo. Por ello consideramos estas urnas en su conjunto y todo lo que se dice para las pintadas es extensible a las otras.

Esta forma empieza a ser bien conocida, aunque todavía haya disparidad de criterios sobre su mejor denominación: urna Cruz del Negro, ánfora de cuello, etc.. Hemos adoptado la de uso más frecuente en la Península Ibérica y la que se ha empleado en recientes monografías (Aranegui,

1980; Aubet, 1981). Su origen hay que buscarlo aparentemente en oriente, pero los prototipos aducidos no son siempre muy convincentes. Formas parecidas existen en Hazor, con una sola asa, al igual que en la necrópolis de Khalde, con decoración pintada en el cuello, pero en este último lugar el asa sale del límite inferior del cuello, no del resalte y además es de sección circular (Amiran, 1969, fig. 88,5; Saidah, 1966 n° 23-24). No se encuentran en Tiro y los prototipos chipriotas, de Lapithos concretamente, que Cintas señala como el origen de su forma B.II.b.5 son sólo parecidos (Cintas, 1970 pp. 367-368, lám. XXXVI). Por lo tanto, creemos que debe de momento descartarse la procedencia oriental estricta del tipo Cruz del Negro, aunque allí se encuentre por supuesto la decoración y el característico resalte del cuello.

En el Mediterráneo central nuestra forma es escasa. Se ha querido ver un paralelo en la ya citada B.II.b.5 de Cintas, pero ésta tiene el cuello muy ancho y bajo. Más la recuerda la forma B.II.a.2 que engloba los n° 90 a 95 del famoso catálogo de ese autor, quién valora el resalte del cuello como un elemento claramente oriental (Cintas, 1970, pp. 340-343, lám. XXIX y XXXVI). Desgraciadamente estas urnas son una vez más de un asa y no geminada siempre.

Es posiblemente en Sicilia donde encontramos los mejores paralelos, aunque tampoco sean muy numerosos. En la necrópolis arcaica de Mozia se utilizaron algunas urnas de cuerpo globular con tendencia ovoide para depositar las cenizas del muerto. Las asas son geminadas, el cuello más bien vertical y la decoración es de filetes negros sobre un fondo

blanco (Tusa, 1972, pp. 38 y 40, lám. XXVII y XXXI). Por otra parte, en Cerdeña se encuentra la forma pero de nuevo con una sola asa no geminada. Un detallado estudio de un ejemplar de Tharros ha permitido señalar a Bartoloni que en este grupo de urnas las paredes del cuello tienden a la verticalidad e incluso a ser algo inclinadas hacia fuera, pudiéndose considerar como un rasgo diferenciador de las producciones occidentales, ya que en oriente los cuellos suelen estrecharse hacia la boca (Bartoloni, 1983, pp. 26-27, fig. 7 f).

Indudablemente es en occidente donde las urnas del tipo Cruz del Negro tuvieron su desarrollo y su amplia difusión. En la necrópolis del islote de Rachgún fueron utilizadas como urnas cinerarias en numerosas tumbas (nº 21, 52, 58, 75, etc...), encontrándose tanto con decoración como sin ella. Siguiendo a Cintas, Vuillemot piensa que son un poco más tardías estas últimas (1955, pp. 12-14, fig. IV-V). Las llama jarres à décrochement y las agrupa todas en su forma R5, con las variantes 5b y 5c. Convencido de su uso prácticamente exclusivo como recipiente para restos mortuorios, este autor nos informa sin embargo de su aparición inattendue en el hábitat del propio Rachgún y también en el de Mersa Madakh (Vuillemot, 1965, pp. 107 y 145, fig. 17).

En el islote de Mogador volvemos a encontrar la forma en un hábitat, y bastante extendida. Jodin la incluye dentro de su cerámica pintada de tradición jonia, constituyendo la categoría A bajo el nombre de vase à col étroit, que aparece fragmentado en el nivel IV. Este autor reconoce

que es delicado buscar paralelos muy lejos, y remite a Rachgún y la Cruz del Negro (Jodin, 1966, pp. 150-155).

Todos estos ejemplos norteafricanos tienen una cronología parecida, dentro del s. VII, segunda mitad y los inicios del s. VI a.J.C.

En la Península Ibérica se conocen ejemplares de numerosos lugares, pero predomina en los ambientes indígenas del sur. Su distribución es la siguiente (para las referencias bibliográficas, véase González Prats, 1983, pp. 218-219):

- hábitats: Cabezo de S. Pedro y C. de la Esperanza (Huelva); Cerro de la Mora (Granada), Cerro de Villar; - Toscanos, Peña Negra.

- necrópolis: Medellín, La Joya (1 ejemplar de - bronce), Cruz del Negro, Osuna, Frigiliana.

No deja de ser sorprendente que en los lugares más puramente fenicios no aparezca, ya que sólo hay los contados ejemplares de Toscanos (Schubart-Maas-Lindemann, 1984, pp. - 71-74, fig. 1). Sin embargo, todos los yacimientos citados - están fuertemente semitizados, y la expansión de la forma - por el norte de Africa y hacia el golfo del León (ejemplar - de Cullera, pescado en la playa, imitaciones de la necrópolis de Agullana en Gerona, y por supuesto las urnas de Ibiza) no parece que pueda atribuirse únicamente a la acción tartésica. No obstante, hay que rendirse a la evidencia de un desarrollo de la forma o bien por talleres indígenas o bien - por talleres fenicios cuya clientela era básicamente indíge-

na. Todo ello no impide que debamos rechazar la idea avanzada a menudo de que esta forma sólo es usada como urna cineraria por el mundo indígena. Es evidente que no se dá en las ricas tumbas fenicias de Trayamar o Almuñecar, pero sí en otras más modestas de Rachgún o Ibiza. Parece, por tanto, que aparece indistintamente en hábitats o necrópolis. De todas formas, estudiaremos la cuestión a fondo en el capítulo dedicado al ritual funerario.

B. Las urnas pithoides

Esta segunda forma también recibe nombres muy diversos: tinaja anforoide, pithos, jarre ovoide, etc... Parece que en este caso es más fácil encontrarle el origen en oriente. En efecto, existen allí diversas variantes de "cráteras" que podrían ser los prototipos de las occidentales, - con asas numerosas que salen desde el labio y el cuerpo ovoide, como por ejemplo las de Rugeish, a menudo con decoración pintada de bandas (Amiran, 1969, p. 217, f. 233-235). Pero el mejor prototipo es, a nuestro entender, la urna nº 17 de la tumba 121 de Khaldé, al sur de Beirut. Se trata de una tumba construida con bloques de piedra que contenía varias inhumaciones e incineraciones, y la citada urna se corresponde exactamente con las producciones occidentales, aunque sin las asas geminadas. La tumba pertenece al nivel III, fechado entre finales del s. IX y finales del s. VIII a.J.C. (Saidah, 1966, pp. 64-72 y 90, fig. 17). Un ejemplar más tardío del nivel 4 de Tell Keisan (650-580 a.J.C.) es una evolución que presenta los mismos rasgos que las producciones occidentales,

salvo el detalle habitual de las asas, que allí son de cinta (Briand-Humbert, 1980, fig. 28,9).

En el Mediterráneo central es difícil encontrar estas pithoides. Cintas reúne en su forma B.II.b.4 las que él llama amphores con asas que salen del labio, con abundantes prototipos chipriotas antiguos, y que encuentra en los niveles inferiores del tophet, siempre realizadas con sumo cuidado y de gran calidad (Cintas, 1970, pp. 360-367). Sin embargo sólo podemos hablar de un aire de familia.

Es otra vez en Occidente donde la forma conoce su mejor desarrollo y tiene una gran expansión, incluso mayor que la de las urnas tipo Cruz del Negro. Aquí nuestras pithoides, cuyo nombre deriva de los grandes recipientes de almacenamiento cretenses, tienen el cuerpo grande y ovoide, con base rehundida, y el cuello corto pero de diámetro muy grande también y sin resalte, que está bien separado de cuerpo a veces por una carena invertida. La boca circular es de labio ancho y exvasado, del que salen las asas geminadas en número de dos o cuatro normalmente, dispuestas una frente a otra. Las asas son cortas acabando en la parte superior del cuerpo, justo debajo del cuello. Finalmente digamos que la decoración es bastante variada, y aunque predominan las bandas y filetes encontramos reticulados, líneas ondulantes, estrellas, etc.

Fuera de la Península Ibérica, hemos de volvernos una vez más hacia Rachgún y Mogador, ya que ahí se encontraron nuestras pithoides tanto en necrópolis como en hábitat.

En Rachgún fue utilizada como urna cineraria en nu merosas tumbas (nº 7, 16, etc.) con decoración y sin ella, - con dos y cuatro asas; existe incluso un ejemplar sin asas - que por lo demás sigue exactamente las características forma les del tipo. Pero aparece puntualmente en el hábitat del is lote, siendo muy frecuente en el asentamiento de Mersa Ma- - dakh (Vuillemot, 1955, pp. 15-16, fig. IV-V; 1965, p. 107). En Mogador constituye la clase B de Jodin, dentro de su cerá mica de tradición jónia, y este autor no encontró paralelos salvo los de Rachgún (Jodin, 1966, pp. 155-160).

En la Península Ibérica el número de ejemplares y los lugares de hallazgo son ya cuantiosos (González Prats, - 1983, pp. 221-223). Prácticamente todas las factorías del - sur han proporcionado estas urnas pithoides; Chorreras, Mo- rro de Mezquitilla, Toscanos, Guadalhorce, etc., hasta el - punto que se considera como uno de los recipientes más usua- les de almacenamiento en los habitats. El éxito que obtiene en el mundo indígena es patente por su expansión desde Huel- va hasta Vinarragell, pero al contrario que las urnas Cruz - del Negro no parece utilizarse casi como recipiente funera - rio. Aparte de un fragmento en Trayamar, donde no forma ni - siquiera parte del ajuar sino de las ofrendas funerarias, só lo lo hallamos en Frigiliana y en dos enterramientos de Li- ria (Valencia), conteniendo sendas incineraciones (Mata, - 1978). Creemos que este fenómeno de no-utilización para los enterramientos puede deberse a sus características más co- rrientes, como la ausencia frecuente de decoración pintada, la menor calidad de sus pastas y acabado respecto a las ur-

nas Cruz del Negro, y al hecho de ser fundamentalmente un elemento de almacenamiento, un objeto corriente y necesario que se adopta rápidamente en el mundo indígena sustancialmente como elemento de conservación de productos cotidianos. Al igual que las ánforas R-1, no será por tanto unido a los rituales de la muerte, por lo menos como contenedor de cenizas, salvo en las contadas ocasiones mencionadas.

En resumen, tanto las urnas Cruz del Negro como las pithoides constituyen elementos característicos de las colonias fenicias de occidente, donde las formas se desarrollan y consolidan a partir de lejanos modelos orientales, siendo adoptados y utilizados con relativa rapidez por el mundo indígena. En este sentido, estudios recientes sobre la cerámica pintada proponen la existencia de diversos centros de producción repartidos por las costas andaluzas (Belén-Pereira, 1985). Estos talleres estarían ubicados en las costas de Málaga, en Cádiz, en el área de Huelva y en el interior, tal vez cerca de Carmona. Unos serían centros de colonos-artistas y otros indígenas, exportando tanto unos como otros sus productos incluso por vía marítima: Rachgún, Mogador, Saladares, Crevillente, ejemplar de Cullera... (Belén, 1986, pp. 265-267).

De nuevo la ausencia de análisis de pastas impide avanzar demasiado en esa dirección, y no podemos todavía adscribir la cerámica pintada hallada en Ibiza a una u otra zona en concreto. Todas sus características permiten relacionarla con los productos andaluces, aunque sus pastas casi nunca tienen el núcleo gris típico de éstos. Como vemos, to-

davía estamos lejos de poder describir un panorama claro y - concreto de centros de producción, exportaciones, ... Por lo que a la cronología se refiere, tampoco hay excesivas precisiones, ya que encontramos estas cerámicas desde el s. VIII hasta los inicios del s. VI a.J.C..

Sin embargo, queremos resaltar el hecho de que las urnas Cruz del Negro de Ibiza aparecen indistintamente en el conjunto de 1983 y en la necrópolis arcaica, mientras que - las urnas pithoides sólo se encuentran en el primero. Existen además algunos fragmentos interesantísimos de pithoides recogidos en superficie en la zona urbana arcaica de la acrópolis ebusitana (punta de J. Tur Esquerrer) y en el asentamiento de Sa Caleta (Ramón, 1981, fig. 8,1-2, 13, 1), que pa recen confirmar la tendencia observada en el sur y ya comentada de usar las pithoides como elementos de almacenamiento en los hábitats, y no como envase funerario. Todo ello nos - lleva progresivamente a la idea que desarrollaremos más adelante de que el conjunto de cerámicas que se encontró en los hipogeos de 1983, sector NE del Puig des Molins, procede en realidad de un área de hábitat. Como veremos, el estudio de otros materiales parece que confirma esta hipótesis.

C. La botella o ampolla de dos asas

Hemos dejado para el final el estudio de una pieza (nº 320) cuya excepcionalidad nos llamó la atención práctica

(1) Esta idea nos fué sugerida por el Dr. H. Schubart a finales de 1983 cuando tuvo la gentileza de observar nuestros materiales, y queremos expresarle aquí nuestro agradecimiento.

mente desde el momento de su aparición. Se trata del vaso recuperado en las excavaciones de 1983 en el sector NO del Puig des Molins, que se recogió muy fragmentado e incompleto y recubierto de una densa ceniza negra ya que estaba junto a la incineración nº IV . Se ha podido restaurar la parte superior, obteniéndose así la forma de una botella o ampolla globular de pasta gris, con dos asas que son simples muñones perforados sin duda para pasar una cuerda, lo que hace plausible la reconstrucción propuesta sin base plana, pues la pieza debería colgarse y no apoyarse por su fondo. No ha podido por desgracia recuperarse el cuello, pero sí queda patente un resalte en la base de éste, entre las asas. Destaca la decoración pintada, compuesta por una banda gris oscuro enmarcada en la parte superior por un filete marrón oscuro. La pintura es de bastante buena calidad y de tonos que no hemos encontrado hasta ahora en las urnas estudiadas más arriba.

Este curioso vaso que hasta hace poco considerábamos casi un unicum en el Mediterráneo occidental, tiene un paralelo exacto en una pieza de Coria del Rio sobre la que M. Belén ha llamado recientemente la atención (Belén-Pereira 1985, fig. 13,2; Belén, 1986, fig. 1). El ejemplar andaluz está más completo, con un cuerpo perfectamente globular, aunque también le falta el cuello. Las asas y el resalte son idénticos a los del nuestro, y lleva decoración pintada en el cuerpo a base de dos bandas estrechas en rojo enmarcadas por sendos filetes negros más. Lleva además a la altura de las asas dos series de tres líneas onduladas verticales en -

negro. Su tamaño es ligeramente mayor: 17,5 cm. de diámetro por 15,3 cm. para el ejemplar ebusitano.

Desgraciadamente la pieza sevillana carece de contexto, pero los investigadores que la han dado a conocer la encuentran rasgos del Bronce Final sirio-palestino (que no citan) y creen que el mejor paralelo es un vaso de la necrópolis de Cartago, sector de Dermech, conocido desde antiguo.

Por nuestra parte, la búsqueda de prototipos nos ha llevado a Chipre, ya que si es verdad que en el Bronce Inicial de Palestina (III^{er} milenio a.J.C.) se encuentran ya las "asas de cordel" de nuestras botellas (Amiran, 1969, fig. 9, 19 y fotos 42-45), nos parecen demasiado lejanas en el tiempo como para suponer una relación directa.

Más cerca cronológicamente, existen en Chipre vasos globulares con una o dos asas bien paralelizables, a menudo llevando decoración pintada, en los estilos Black Slip III y Red Slip, así como White Painted, en el Bronce Medio y Final de la isla, es decir, entre 1900 y 1050 a.J.C. (Kara-georghis, 1965, pp. 28 y 30; Aström, 1972, pp. 73 y 87, esp. fig. XXI, 16).

En cuanto al paralelo de Cartago, se trata de un vaso globular y de base plana, con un diámetro idéntico al nuestro (15,3 cm.), encontrado por P. Gauckler en la tumba 301 de Dermech (Gauckler, 1915, tomo I, pp. 119-120, lámina LXXIX). Existe un problema con esta pieza, y es que Cintas publicó la fotografía de otra prácticamente igual, con algún detalle decorativo diferente tan sólo diciendo que procedía

de la tumba nº 291 que no existe en la obra de Gauckler (Cintas, 1970, fig. 116). Maass-Lindemann se hace eco de esta - contradicción, pero no nos resuelve la duda de si se trata - de la misma pieza o no (1982, p. 182, fig. 25, K,5,8). En to - do caso la pieza documentada por Gauckler y estudiada en el conjunto de la tumba 301 por Maas se puede fechar, por su - presencia junto a un aryballos del Corintio Medio, en la pri - mera mitad del s. VI a.J.C. Este único paralelo convincent - te para nuestra pieza y su cronología se ven confirmados en Ibiza, ya que aquí se encontró muy cerca del aryballos corin - tío nº 318 que se fecha en el Late Corinthian I de Payne, - 575-550 a.J.C. (Véase infra, apart. 6).

Nos encontraríamos, por lo tanto, si los datos son extensibles al ejemplar de Coria del Rio, ante dos piezas ex - cepcionales por su rareza en el mundo fenicio-púnico, para - las cuales proponemos un origen chipriota, que explicaría - así su presencia en tres lugares bien distintos tocados por ese componente de la colonización fenicia. Subrayemos para - concluir que en los tres casos los hallazgos proceden de ne - crópolis, seguro en Ibiza y Cartago, probablemente en Coria (Belén, 1986, p. 266). Es muy posible que el vaso de Ibiza - fuese una ofrenda, arrojada y rota junto a una tumba o un - ustrinum, dado el estado en que se halló.

4.- Las cerámicas claras

Estudiaremos a continuación un grupo muy amplio de producciones que hemos preferido reunir en un solo bloque para no diversificar demasiado la exposición, pero cuya única característica común es la de haber sido sometidas a cocción oxidante. Por lo demás, tanto las formas como los tratamientos finales de las superficies pueden variar sensiblemente, ya que las hay perfectamente alisadas y las hay rugosas, con todas las categorías intermedias. En cada apartado iremos especificando esos detalles.

Los tipos que presentamos son:

- A. Anforas
- B. Ampollas
- C. Cuencos trípode y soportes
- D. Platos, cuencos y fuentes.

A. Anforas.

Las numerosas ánforas del período arcaico encontradas en Ibiza corresponden todas al tipo fenicio-occidental - llamado indistintamente Benoit-A, R-1 o Trayamar según los autores. Sus características formales las hacen fácilmente reconocibles, especialmente en la boca. De hecho salvo un ejemplar intacto pescado en el mar hace años, el resto del material ebusitano es fragmentario (Ramón, 1981b, p. 36, fig. 2, 1).

Son estas ánforas el envase de transporte por excelencia del mundo fenicio-occidental. Tienen el cuerpo ovoide

alargado o piriforme, con una base redondeada que impide totalmente que se puedan tener en pié. En el extremo superior, que se estrecha progresivamente, tiene una fuerte carena que da paso hasta la boca a un hombro más o menos hemisférico - (de allí el nombre de ánfora de hombro o de saco que se le daba a menudo). La boca es circular y pequeña, caracterizándose por el labio corto y casi vertical. Las asas, más o menos circulares, salen de la carena. Las dimensiones medias suelen ser unos 0,60 m. de altura y 0'13-0'15 m. de diámetro de boca.

A pesar del cada vez mayor número de ejemplares conocido, no se ha avanzado excesivamente en su estudio. Se han señalado posibles variaciones cronológicas en función de algún elemento tipológico concreto, como la mayor o menor curvatura del hombro y la inclinación de las paredes bajo la carena, pero aún no se ha llegado a resultados satisfactorios (Schubart-Maass-Lindemann, 1984, pp. 121-122). Lo que sí podría ser un indicio para la datación es el labio: alto y estrecho, de perfil lenticular, en los ejemplares más antiguos (p.e., Chorreras) y macizo, grueso y de sección más o menos triangular después.

Vuillemot fué uno de los primeros investigadores - en interesarse especialmente por estas ánforas, dándoles el nº 1 en su tipología de Rachgún, que nosotros usamos aquí - (Vuillemot, 1965, pp. 104-106, fig. 17 y 51). No supo sin embargo encontrarle sus prototipos en oriente, como ahora aceptan los investigadores. En efecto, aunque se considera que estas ánforas occidentales descienden de la famosa Caananite

jar del 2º milenio a.J.C., definida por V. Grace, existen en las producciones fenicias orientales de inicios del primer milenio prototipos mucho más directos. Así, existen ánforas con carena, hombro, pequeña boca circular, asas pequeñas que arrancan de la carena y con el cuerpo un poco menos panzudo que las R-1 en la Edad del Hierro II A-B de Palestina (1000-800 a.J.C.), con ejemplares de Meggido y Hazor (Amiran, 1969 pp. 238-247, esp. fig. 79,2). En Tiro forma uno de los elementos de almacenamiento más abundante, las storage jars nº 9 de Bikai, quién las documenta en la variante de cuerpo estrecho acabado en punta desde el estrato XIV (s. XI a.J.C.), pero con el cuerpo panzudo y ya muy similar al modelo que se empezará a exportar a occidente en el estrato IX, del s. IX a.J.C. (Bikai, 1978, pp. 45-46, fig. XXI, 13). Creemos que es ésta última en efecto la forma que se difunde fuera de las metrópolis, y conocerá su máxima difusión desde las factorías del Estrecho. En Fenicia-Palestina la forma perdurará a lo largo de los s. VII y VI a.J.C., como muestran los numerosos hallazgos de Lachish (Aharoni, 1975, SJ 230, fig. 48, 8-9 y 54) y Tell Keisan (Briend-Humbert, 1980, fig. 25-26, -48 y 50), entre otros.

En el Mediterráneo central la forma no parece tener aceptación, tanto los centros tunecinos como los sicilianos y sardos elaboran con preferencia otros tipos anfóricos también de origen oriental que, en correspondencia, no hallamos en Occidente, como es la famosa Cintas nº 268 (Cintas, -1950, p. 139, fig. XXI).

Recientemente se halló un ejemplar en una tumba de

de la Colina de Juno de Cartago, procedente con seguridad de Occidente. La sepultura ha sido fechada a finales del s.VIII o inicios del s. VII a.J.C. (Chelbi, 1985). Se ha señalado al gún ejemplar en la necrópolis de Mozia (Ciasca, 1979, p.213, n. 20, fig. 17,1, lám. LXXIII,7), y resultan del mayor interés los hallazgos de Pitecussa, algunos fechables también en el s. VIII a.J.C., tratándose aquí sin duda de producciones orientales (Buchner, 1982, fig. 4, a-c).

En Occidente el ánfora R-1 constituye el objeto-guía para el estudio del comercio fenicio, ya que se encuentra desde Mogador hasta Marsella. A menudo es la primera cerámica a torno que aparece en los mundos indígenas peninsulares y del Midi francés, señal inequívoca de la presencia de los comerciantes semitas o de sus intermediarios. La lista completa de hallazgos se convertiría aquí casi en un verdadero Corpus, por lo que remitimos una vez más al excelente recuento de González Prats, que incluye los ejemplares franceses (1983, pp. 184-188). Podemos subrayar que la relación ha aumentado en estos tres años, encontrándose cada vez con más frecuencia en las costas valencianas y catalanas, pero también en áreas interiores. A título de ejemplo hemos podido conocer o saber de ánforas R-1 en Meca, Los Villares de Caudete y Liria, en la provincia de Valencia, zonas alejadas del mar todas ellas. (2)

En el repaso del mapa de distribución podemos apreciar como las R-1 se encuentran tanto en las factorías como

(2) Agradecemos estas informaciones a D. Santiago Broncano, D^a Consuelo Mata y D^a Helena Bonet, respectivamente.

en los poblados indígenas. Sus posibles contenidos son desconocidos, aunque cabe pensar que transportarían principalmente vino y tal vez aceite. Sin embargo, en el mundo indígena parece que además se usó como elemento de almacenamiento, dado su tamaño manejable, la calidad de sus pastas y su gran capacidad, desplazando a tinajas y pithoides hechas a mano que se utilizaban hasta entonces. El propio Vuillemot opinaba que las que se encontraron en el hábitat de Rachgún tuvieron que destinarse a almacenar agua, tan necesaria en aquel pelado islote.

Desde el punto de vista funerario, constituyen un elemento de ajuar tanto en necrópolis fenicias (Trayamar) co mo tartésicas (La Joya). Pero casi nunca se utilizan como contenedor de los restos humanos, al contrario que las urnas pintadas anteriormente estudiadas. El único caso que conocemos es el de la ya citada ánfora encontrada en la necrópolis de Mozia cuya tumba nº 170 la contenía como único objeto. En su interior se encontraron los restos incinerados, y debemos pensar que tal vez fuera su carácter exótico o cuando menos su excepcionalidad en Sicilia lo que motivó su utilización como recipiente funerario.

Las dos ánforas R-1 de la tumba 4 de Trayamar no contenían incineraciones, y éstas se depositaron en las del tipo 2 de aquel yacimiento, de distinta forma y recubiertas de engobe rojo (SchubarteNiemeyer, 1976, p. 212). En Laurita sólo aparecieron en el nicho B de la tumba 19 un asa y un fragmento de boca, utilizado éste para calzar la urna cineraria de alabastro (Pellicer, 1963, p. 38, fig. 32). No hay -

tampoco incineraciones en ánfora en Rachgún, y en el mundo - indígena sólo conocemos el caso de la Joya, donde entre un - grupo de R-1 destinadas a ofrendas en las tumbas 9, 17 y 18 dos fueron utilizadas para colocar las incineraciones de la tumba 19 (Garrido, 1978, pp. 154 y 160-163). Este hecho concuerda bien con lo que sabemos de Ibiza, donde las ánforas - han aparecido en el conjunto de 1983 del Puig des Molins, -- con algún hallazgo suelto en superficie (nº 305, 310, ...), en el área urbana (punta Tur Esquerrer) y en el asentamiento de Sa Caleta (Ramón, 1981, fig. 7, 10, y 11). Independientemente del hecho de que los enterramientos en ánfora sí tengan cierta importancia numérica en la isla a partir del s. V a.J.C. avanzado, como hemos señalado en el estudio de la - campaña de 1982, para estas fechas no conocemos el uso como recipiente funerario de las R-1, y ello nos afianza en la - idea de que los materiales de los hipogeos de 1983 proceden de un hábitat.

B. Ampollas.

Estos pequeños recipientes que son llamados indistintamente botellas, unguentarios, ampollas, frascos e incluso lekythoi aribalísticos constituyen por sí solos una categoría típica dentro de la cerámica fenicia cuya aparición - desde oriente al Marruecos atlántico ha llamado poderosamente la atención de numerosos investigadores, quienes han dedicado a ella en los últimos años varios estudios monográficos (Culican, 1970; Bisi, 1974; González Prats, 1982; Ramón, - 1982).

Sus características formales son bien conocidas: - cuerpo globular u ovoide, base en mamelón o con pié anular, cuello ancho en su base con gollete o resalte que se estrecha en una pequeña boca circular, y asa circular que va del cuello a la parte superior del cuerpo. Casi nunca están decorados (dos ejemplares pintados de Cruz del Negro) y no sobrepasan los 0,15 m., conociéndose ejemplares inferiores a 0,10 metros.

Fués A. Jodín quién primero llamó la atención sobre ellos al encontrar varios en Mogador, asignándoles un origen chipriota aún reconociendo su presencia en el área sirio-palestina (Jodin, 1966, pp. 141-143). Posteriormente se ha señalado mejor su origen en piezas del Bronce Final de esa zona, pero con su forma definitiva se encuentran desde los s. IX-VIII a.J.C. en Biblos, Akzib, Sarepta, Tiro, etc. (Culican, 1970, fig. 1-3; Bikai, 1978, lám. V, nº 9-11). No resulta allí sin embargo un tipo muy extendido, y es en el Mediterráneo central y occidental donde se ha encontrado un mayor número. En total se puede hablar de un centenar de piezas, y remitimos a la monografía ya citada de J. Ramón para su enumeración, pues allí aparece casi completa. Podemos añadir los hallazgos más recientes del Cerro de los Infantes (Pinos Puente) y del Cerro de la Mora, ambos en Granada (Mendoza et alii, 1981, lám. 17e; Carrasco et alii, 1982, pp. 126-127).

En el ámbito estricto de la Península Ibérica los hallazgos no son tampoco numerosos, aunque sí están bien repartidos. Aparecen por supuesto en las factorías andaluzas - (salvo en Guadalhorce), y también en bastantes lugares indí-



genas, incluso del interior. Pero siempre de manera esporádica y prácticamente nunca en necrópolis, salvo en dos casos de ambientes indígenas bien alejados entre sí; la Cruz del Negro en Carmona y el Más de Mussols en Tortosa.

Por el contrario, en los centros fenicios del Mediterráneo central, se encuentran con frecuencia formando parte del ajuar funerario. Lo vemos en Cartago y Utica, con contados ejemplares, pero es muy abundante en Sicilia, habiéndose encontrado más de una docena en Mozia, tanto en la necrópolis como en el llamado luogo di arsione, hasta el punto ^{de} que constituye la forma 9 dentro de la tipología de las cerámicas más corrientes de ese yacimiento (Tusa, 1978, fig. 3). Cerdeña no queda a la zaga, y en las necrópolis de Tharros, Nora, Bithia, Sulcis, se deposita con frecuencia en las incineraciones (Bartoloni, 1981a, pp. 16-17).

Vemos por lo tanto como parece haber una clara dicotomía entre occidente y Mediterráneo central, que estamos todavía muy lejos de poder resolver. J. Ramón planteó algunas sugerentes hipótesis en el trabajo ya citado, el más profundo sin duda hasta ahora sobre el tema. En primer lugar, establece dos facies (arbitrarias pero necesarias) en la expansión de las ampollas. En la facies arcaica (750-650 a.JC) situaría por supuesto los ejemplares de oriente, que serían con probabilidad exportados también al extremo occidente, donde Chorreras, Toscanos, el Morro de Mezquitilla, Cruz del Negro, nos proporcionan los tipos más antiguos. Esta ruta este-oeste dejaría señales de su paso en piezas de Cartago y Mozia, pero también en los interesantes ejemplos de Italia -

central, Pitecussa sobre todo, donde recordemos que los ya abundantes hallazgos fenicios se fechan a fines del s. VIII a.J.C.

El segundo período abarcaría del 650 al 550 a.J.C., pues se sabe que nuestras ampollas no existen ya en la segunda mitad del s. VI a.J.C.. La proliferación de hallazgos y su concentración en el Mediterráneo central hacen pensar a este autor que tal vez en Sicilia, pero casi seguramente en Cerdeña, estarían los centros productores de estos envases, sin por ello rechazar la existencia de una pluralidad de ellos. Estas hipótesis, a nuestro entender aceptables como punto de partida, resultan del mayor interés para el estudio de las relaciones entre el área del Estrecho y la zona centro-mediterránea, con evidentes consecuencias sobre el papel que juega Ibiza.

Con sus 10 ejemplares completos conocidos y fragmentos de algunos más, el Puig des Molins se sitúa entre los lugares con más hallazgos. Las ampollas ebusitanas tienen gran similitud de formas y elaboración, exceptuando la gran ampolla cilíndrica nº 27 que constituye hoy por hoy un unicum en occidente. Todas ellas deben situarse por supuesto en la segunda fase establecida por Ramón, pero ninguna nos permite fijar una cronología absoluta por su contexto. Cuando su procedencia es conocida, invariablemente las encontramos en incineraciones sencillas, a menudo como único elemento de ajuar. En cuanto al lugar de origen, aunque la mayoría podrían ser efectivamente sardas o sicilianas, no descartamos que alguna pueda ser de producción local, especialmente la -

nº 30, dadas las características de su pasta.

Hemos dejado para el final la cuestión de su contenido, tan interesante como la de su procedencia, pero mucho menos debatida. Se acepta casi unánimemente que se llenaban con algún tipo de unguento o aceite perfumado, un producto - apreciado en cualquier caso, ya que parece que en este caso prima claramente el contenido sobre el continente, una cerámica relativamente poco acabada, de calidad mediana y cuyo - único atractivo podía ser la originalidad de su forma. Para nosotros queda sin embargo abierto un interrogante, ya que si efectivamente su contenido era algún perfume, nos sorprende que en el medio indígena sea frecuente en los hábitats - (incluso en el centro minero de Cerro Salomón) y tan escaso en las necrópolis. Tal vez la explicación venga dada por la apariencia externa poco llamativa, ya que es conocida la preferencia de las sociedades indígenas peninsulares por enterrar a sus muertos con ajuares no sólo costosos, cuando pueden, - sino también vistosos. Dejamos así expuesta la cuestión, que es sólo una más de las que suscita este interesante elemento del repertorio cerámico fenicio merecedor todavía de mayores estudios.

C. Cuencos trípodes y soporte.

Los llamados cuencos trípode, otra forma muy típica de la cerámica fenicia, son unos vasos circulares poco - profundos, de tendencia cóncava, cuya principal característica es que se asientan sobre tres piés macizos de sección - triangular o trapezoidal. Se ha señalado que prácticamente -

no hay dos ejemplares idénticos, pero todos reúnen unas ca - características comunes con ligeras variantes: los tres piés - pueden arrancar de la superficie externa, por debajo, o bien prácticamente desde el mismo borde del labio; éste es por lo general exvasado y de sección triangular muy marcada, aunque existen labios rectos vueltos hacia dentro (nuestro nº 214) y más raramente moldurados o lisos.

Aunque citados por primera vez por G. Bonson a finales del siglo pasado, fueron las excavaciones de Rachgúr y Mogador, una vez más, las que atraieron la atención sobre ellos. Jodin pudo encontrar bastantes paralelos en oriente y menos en el Mediterráneo central, adelantando la hipótesis - de que se trata de soportes de ánforas, ya que "la convexité de l'un répond à la concavité de l'autre" (Jodin, 1966, pp. 132-139).

Existen morteros de piedra que recuerdan esta forma muy difundidos por oriente, citándose ejemplares de Nim - rud, Meggido, Hazor, etc. (Culican, 1970, pp. 15-16). En Tiro se conocen muchos realizados en basalto, sin cambio prácticamente desde el estrato XVII, mediados del segundo milenio hasta el estrato I de fines del s. VIII a.J.C. (Bikai, 1978, lám. I, 18; XLIX, 27). En esta época aparecen los primeros modelos en cerámica, hallados en tumbas de Atlit y Sarepta, que son los que encontramos en occidente (Johns, 1936, p.145, fig. 10,1; Culican, 1970, fig. 3).

Los cuencos trípodes conocidos en el Mediterráneo central se cuentan con los dedos de la mano: dos pequeños -

(menos de 0,13 m. de diámetro) en una tumba de Dermech, Cartago (Maass-Lindemann, 1982, p. 180, fig. 24) y otro en Mozia, también pequeño, hallado en la tumba 126 (Tusa, 1978, p. 49, fig. XXXIV, 2). No se conocen en Cerdeña. Sin embargo fuera del ambiente fenicio, se han hallado varios en tumbas etruscas, de Cerveteri, Populonia y Castel de Decima, en Roma, sin que pueda dudarse de su origen, ya que en ningún caso son producciones propias. El cuenco de la necrópolis romana se fecha en el último cuarto del s. VIII a.J.C., y todos ellos son buenos testimonios de las relaciones etrusco-fenicias (Jodin, 1966, pp. 138-139, fig. 29; Culican, 1970, pp. 14-15; González Prats, 1983, p. 201).

Repitiendo una vez más el fenómeno que hemos venido observando para otras formas cerámicas, es el Mediterráneo occidental el área donde mayor difusión tienen los tripodes, y hay que pensar que se trata en realidad de una producción propia de esta zona. Toscanos, Chorreras, el Morro de Mezquitilla, Cerro de Villar han proporcionado cuencos, pero el mundo indígena también, no sólo en el sur (Huelva, Cerro Salomón, Colina de los Quemados, etc...), sino igualmente en el área valenciana: Saladares, Peña Negra, Vinarragell y diversos asentamientos de Castellón (González Prats, 1983, pp. 200-204). En cuanto a Ibiza, además de los numerosos hallazgos del Puig des Molins (1983 y dos en la campaña de 1984) - también se han recogido en Sa Caleta (Ramón, 1981c). Tienen unas características muy semejantes, aunque destacaremos el nº 213 bis, con unas profundas estrías en el interior, y el nº 307, que se aparta de los demás por su labio grande, pas-

ta diferente y marcadas estrías en la superficie externa. Gracias a la amabilidad de D^a Belén Martínez Díaz, que se encuentra realizando un estudio de conjunto sobre este tipo cerámico, el conjunto de cuencos recuperado en los hipogeos de 1983 y los dos de Sa Caleta han podido ser analizados en el laboratorio del Instituto de Edafología y Biología Vegetal - del C.S.I.C., en Madrid (véase Apéndice nº IV). Del estudio se desprende una gran homogeneidad en el material, con presencia constante de mica, calcitas y feldespatos salvo en un fragmento de Sa Caleta que no tiene mica y el número 193 - del Puig des Molins que es el único que no tiene feldespatos y que sí tiene caolinita. Todo ello nos lleva a la posibilidad de que se trate en gran parte de productos locales, aunque nos faltan todavía los resultados de los análisis de arcillas ebusitanas recogidas en diversos puntos cercanos a la ciudad. No hace falta subrayar el interés que este dato tendría si se pudiese confirmar la existencia de alfarerías ebusitanas en torno al 600 a.J.C. De ser así, habrá que confirmar que se dió un cambio notable a lo largo del s. VI a.J.C. en los artesanos de la isla, ya que las cerámicas que conocemos bien de finales de ese siglo en adelante no sólo presentan lógicamente una tipología distintas, sino que tienen una apariencia externa (color, tacto, pasta, etc...) diferente. Debemos de todas formas ser precavidos y no extraeremos conclusiones hasta que sea posible analizar series más amplias de muestras de todos los tipos, desde las ánforas hasta los platos de engobe rojo. Únicamente hemos pretendido dejar constancia del estado de la investigación sobre este tema.

La finalidad y modos de utilización de los cuencos trípodes ha sido discutida y salvo Jodin, cuya opinión (al menos en esa época) ya señalamos al principio, la mayor parte de los investigadores se han decantado por su uso como mortero, lo que parece bastante lógico si tenemos en cuenta sus prototipos en piedra y el hallazgo de manos de almirez junto a ellos en algunas ocasiones. Sin embargo, la relativa endeblez de sus paredes (aunque a veces llegan a varios centímetros de espesor, son frecuentes los que tienen poco más de 2 cm.) y el hecho de que los piés disminuyan su superficie de apoyo y por tanto la posibilidad de aguantar los golpes, ha hecho dudar de su función real. Pensamos que existen explicaciones plausibles: Vuillemot sugirió, con certeza en nuestra opinión, que los cuencos eran fijados en tierra precisamente mediante sus tres piés, con lo cual el fondo se apoyaba en el suelo y se evitaba así todo movimiento y en especial una molesta rotación durante el machacado de los productos (Vuillemot, 1965, pp. 110-111). Sólo vemos un inconveniente, la necesidad de disponer siempre de un suelo de tierra para fijar los piés... Sin desdeñar este uso posible, que permitiría moler granos o productos en general no excesivamente duros, hay que pensar que también se usaban en la preparación de otras materias, y ya hace años se sugirió, para los de piedra, que estaban destinados a preparar cosméticos (Buchholz, 1963, p. 62). Esta hipótesis se vería reforzada por la esporádica presencia de trípodes medianos y pequeños a menudo decorados en algunos enterramientos de Cartago y en las tumbas etruscas antes citadas. Su menor tamaño, la

mejor calidad de su factura invitan a darles un papel socialmente más elevado que justificaría su inclusión ocasional en los ajuares funerarios.

En conclusión, este tipo tan clásico de la cerámica fenicia de occidente tendría dos funciones bien diferenciadas, una relacionada con la preparación de alimentos y otra con la pulverización o mezcla de productos cosméticos. Esta última probablemente no necesitara de golpes demasiado violentos y permitiría el uso de algunos de estos objetos aparentemente endebles. Queremos subrayar para acabar que nuestro trípode nº213b, casi completo, presenta zonas dispersas de coloración rojiza que podrían ser la señal de esta última actividad.

Si este tipo de cuencos no parece destinado a servir de apoyo a grandes vasijas, existen sin embargo en el repertorio fenicio diversas formas de soportes bien conocidos. El fragmento nº 243 podría pertenecer desde nuestro punto de vista a una de ellas. Tiene en efecto las paredes muy gruesas, una inclinación suficiente y sobre todo la cara interior del labio (acabado en punta) está completamente alisada en una estrecha banda brillante como resultado del desgaste producido por el uso.

Los soportes de diversos tamaños y perfiles (de carrete, de aro, ...) no son numerosos, pero sí aparecen regularmente en los ambientes fenicios e indígenas del sur y sureste peninsular. Este tipo de objetos se conoce ya en el eneolítico, pero alcanza su apogeo en época tartésica, hecho a mano. A partir del s. VII a.J.C. se realizan a torno, en

general con forma de carrete de paredes muy exvasadas y es -
trechados en el centro, con o sin refuerzos. Sin embargo, los
de las factorías fenicias son bajos, más parecidos a simples
aros. Su tamaño, acabado y decoración puede estar en función
del tipo de objetos que tiene que sujetar, desde grandes án-
foras en tumbas a pequeñas ollas en los hogares. Un elemento
de interés, en conclusión, que sólo hace unos años ha recibido
la atención que merecía (Gasull, 1982).

D. Platos, cuencos y fuentes.

Estas formas sencillas constituyen un grupo hetero-
géneo que aparece en gran cantidad en los hábitats del mundo
fenicio, aunque en el caso de Ibiza no contemos todavía con
una gran variedad y su número sea relativamente reducido. -
Salvo en el grupo de las fuentes encontramos normalmente pie-
zas de tamaño mediano o pequeño, realizadas con cierto cui-
dado: pastas relativamente depuradas, buena cocción, superfi-
cies a menudo alisadas o incluso con una fina capa de engobe.
Los colores son siempre variaciones de beige u ocre y los -
desgrasantes son los mismos que encontramos en los demás ti-
pos de la cerámica clara.

Entre las formas abiertas podemos señalar en pri-
mer lugar dos platos de pocillo central (nº 373 y 384), uno
de los cuales tiene un filete de pintura roja en el mismo la-
bio. Ambos se alejan ya de los platos de engobe rojo, de los
que descienden, con sus alas muy rectas y oblicuas y su diá-
metro muy disminuido. Este grupo, en el que sin duda podemos
incluir los nº 184 y 255, parece marcar el inicio de los tí-

picos platos púnicos que se fabricarán prácticamente hasta - la romanización en los centros del Mediterráneo central y oc - cidental, con frecuencia llevando una decoración pintada en su superficie interna a base de círculos concéntricos. Podemos decir sin exagerar que en Ibiza se conocen centenares de ellos, con la amplia cronología citada (Rodero, 1980, fig. - nº 21-23; Gómez Bellard, 1984, p. 31; Vento, 1985, fig. 17-18). Pero tenemos que subrayar que la pasta de los ejempla - res aquí estudiados y su acabado no corresponden todavía a las características de los platos púnicos, sino que son del mismo tipo de las demás cerámicas arcaicas que venimos estu - diando. Por todo ello y por su contexto, no pueden fecharse más allá de la primera mitad del s. VI a.J.C.

Los platos hondos o cuencos nº 172, 173, 174, 365 y 411 son tipológicamente idénticos a la forma mayoritaria - en la producción de cerámica gris, que ya hemos estudiado. - Todos ellos presentan el característico borde engrosado y - vuelto hacia dentro, ofreciendo sólo alguna variante en cuan - to a su tamaño. Las pastas son de colores beige y las super - ficies tienen un delicado tratamiento con un engobe del mis - mo color. Al ser alisadas resultan muy llamativas y fácilmen - te identificables dentro del conjunto de las cerámicas cla - ras. En el apartado correspondiente a la cerámica gris hemos señalado cómo esta forma se encuentra en Oriente, con buenos prototipos en Tiro, Tell Keisan, y podemos añadir ahora que son característicos, en estos tonos del naranja a rojo, en - Fenicia y Palestina desde los s. X-IX a.J.C.: Tell Abu Hawam. Lachish, Meggido, Beth-Shan, Khirbet Silm, ... (Chapman, 1972,

pp. 120 y 165, fig. 24). Aunque en diversos centros de Occidente suelen aparecer con engobe rojo, como en Toscanos donde hay buenos ejemplares (Schubart-Maass-Lindemann, 1984, p. 95, fig. 7), también se hallan con las mismas características que los nuestros, pero siempre en número reducido. Mencionamos sólo a título de ejemplo los recuperados en Guadalhorce y en el Cerro del Prado (Arribas-Arteaga, 1975, p. 81; Rouillard, 1977, p. 248, fig. 7).

Un fenómeno semejante al que acabamos de exponer sucede con las escasas formas carenadas de las que disponemos: son frecuentes en las factorías del sur, pero en cerámica gris. Debemos distinguir dentro de este grupo lo que podemos llamar cuencos de carena suave, con el perfil en S (nº 181, 182, 185 y 187) y los de carena marcada, con sólo dos ejemplos (nº 178-y 183). Estos últimos pueden ser simples variantes sin decorar de una forma que se encuentra frecuentemente con engobe rojo (Maass-Lindemann, 1986, p. 234, fig. 1,6).

Los de carena suave parecen más profundos y llegan a tener un diámetro de más de 20 cm. La existencia de esta forma en la cerámica gris está bien atestiguada, y el hecho de que no aparezca fuera de la Península Ibérica ha llevado a pensar que tiene su origen en el mundo indígena del Sur (- (Schubart-Maass-Lindemann, 1984, p. 93). Es fácil, en efecto, buscarle prototipos en formas carenadas del Bronce Medio y Final de Andalucía, y ello explicaría su aceptación y difusión, una vez realizada a torno: Cabezo de San Pedro, Cerro Salomón, Saladares, Vinarragell... Sin contradecir esta opi-

nión queremos hacer constar que las carenas poco marcadas se dan también en la cerámica fenicia, aunque sean poco frecuentes, como en un sencillo cuenco de una tumba de Mtarfa, en Malta, de pasta rosácea (Culican, 1982, p. 78, fig. 13,g), y que vasijas de pequeña carena y labio corto han sido puestas en relación con imitaciones de skyphoi griegos (Schubart-Maass-Lindemann, 1984, p. 98).

En cualquier caso estos cuencos en pastas claras no son totalmente desconocidos, y podemos citar al menos unos estrechos paralelos del Cerro del Prado (Rouillard, 1977, p. 248, fig. 8, nº 90-93). El anguloso fragmento nº 185 tiene, por otra parte, su correspondiente en Toscanos (Schubart-Maass-Lindemann, 1984, p. 101, fig. 8, nº 221), aunque el paralelo de Mozia allí citado nos parece poco convincente (Islerlin, et alii, 1958, fig. 9, 4 a 11).

Dentro de lo que ampliamente podemos llamar fuentes incluimos los nº 171 y 256, en función sobre todo de su tamaño, ya que otros autores consideran esta forma como platos o cuencos.

El nº256 resulta de especial interés por la suave curvatura del borde y su excepcional tamaño, superior a los 40 cm. Una vez más sólo hemos podido ver paralelos realizados en cerámica gris, de diámetro inferior: uno en el Morro de Mezquitilla (Schubart, 1979, fig. 10k) y otro en Toscanos (Schubart-Maass-Lindemann, 1984, p. 93, fig. 6, nº 175). Poco más podemos decir dada su corta distribución, pero los ejemplares citados bastan para enmarcar el nuestro, como los cuencos y platos presentados hasta ahora, en el ámbito feni-

cio occidental.

Para concluir con este grupo heterogéneo de cerámicas, y antes de estudiar una forma peculiar de cuenco pequeño que dejamos para el final, destacamos el fragmento nº 213 que corresponde al asa de una vasija en forma de espuerta, - cuyo perfil completo es sin embargo imposible de reconstruir. Este tipo peculiar y poco frecuente, como veremos, presenta en el ejemplar ebusitano unas características cuando menos - interesantes, con asa geminada y superficies alisadas, siendo en todo punto comparable en su acabado a las asas de algunas de las mejores urnas del tipo Cruz del Negro que ya hemos estudiado.

No parecen existir prototipos orientales para estas "asas de espuerta" y son conocidas en Occidente en contados lugares, lo que hace suponer que no se trata de una forma propia del mundo fenicio. La lista de hallazgos que podemos establecer, sin pretender ser exhaustivos, es la siguiente:

- Toscanos: tres pequeños cuencos (uno decorado) y un trozo de asa pintada de vasija indeterminable (Schubart-Niemeyer, 1969, p. 56, l. IX, nº 387; Schubart-Maas Lindemann 1984, p. 101, fig. 8).

- Guadalhorce: sobre una cazuela grande con decoración pintada (Arribas-Arteaga, 1975, p. 108, fig. XXVII, nº 135).

- Cerro de la Mora (Granada): asa alargada y horizontal en cerámica gris (Carrasco et alii, 1982, p. 118, fig. 53).

- Cerro de los Infantes (Granada): un fragmento -- inédito y otro con decoración pintada (Pachón et alii, 1979, fig. 19).

- Saladares: asa sobre olla de cerámica sin tratamiento: arranca de un refuerzo aplicado sobre el borde (Arteaga-Serna, 1975, p. 51, fig. XXXI).

- Peña Negra: sobre un gran plato hondo con decoración pintada en el exterior (González Prats, 1982b, p. 353, fig. 23).

- Setefilla: existen al menos 4 ejemplares en el túmulo A y otros en el B, en cazuelas pequeñas casi completas a torno lento (Aubet, 1975, fig. 40, 42, 47 y 53).

Esta breve lista da buena idea de la diversidad de formas cerámicas sobre las que se aplican estas asas, difícilmente reducibles a un tipo común. Aparecen en contextos fenicios, pero no pertenecen a ese mundo. Los ejemplos de Setefilla serían de fabricación tartésica y probablemente local, pero Aubet destaca que se trata de una forma totalmente nueva en el ambiente indígena (1975, p. 182). Parece por lo tanto que estas asas horizontales de espuerta son un elemento exógeno a la Península Ibérica, y habrá que esperar todavía para conocer su origen. En cuanto a nuestro ejemplar de Ibiza, hay que adscribirlo al mismo taller que fabricó la cerámica pintada.

Finalmente hemos de considerar un pequeño lote de cuencos no muy numerosos pero conservados intactos por lo general que constituyen un grupo bastante homogéneo y diferen-

te de lo que hemos venido viendo hasta ahora. Son los nº 45, 317, 319, 345, 390, 400, y hacemos hincapié en que ninguno procede del conjunto de materiales hallado en los hipogeos de 1983.

El nº 319, parece ser el más antiguo o al menos el que tiene más directos paralelos en una categoría de cuencos ampliamente conocida en el Mediterráneo central. Con un tamaño algo mayor la encontramos en Cartago, donde los ejemplares de las tumbas 294, 296 y 301 del sector de Dermech aparecen formando parte de ajuares bien fechables a inicios y primera mitad del s. VI a.J.C. (Cintas, 1970, pl. XXI, 110; XXII, - 116; a esta tumba ya hemos aludido al estudiar la botella nº 320, y recordamos que este autor la dá erróneamente como la nº 291; Maass-Lindemann, 1982, pp. 182 y 189, fig. 25,5,8 y 27,17,2). Más próximos resultan los cuencos sardos recuperados en Tharros y en la necrópolis de Bitia que presentan el característico borde engrosado y la base plana (Bartoloni, - 1983, p. 79, fig. 10), así como algunos ejemplares sicilianos de la necrópolis de Palermo, fechables en la segunda mitad del s. VI a.J.C. (Quattrocchi, 1981, pp. 81 y 90-91, fig. 3 D 17).

Las demás piezas de Ibiza presentan como rasgo propio una base gruesa o muy gruesa respecto a las paredes del cuerpo, elemento que se repetirá constantemente en otras formas de pequeño tamaño de la segunda mitad del s. VI a.J.C. en adelante, especialmente la Eb-12 y sus derivaciones (Gómez Bellard, 1981). Su cronología puede fijarse en función de la pieza nº ³¹⁹ que se halló en el ustrinum excavado en

1983 y 1986 junto con el aryballos corintio, fechado en el -segundo cuarto del s. VI a.J.C. El resto del grupo sería coe - táneo o sólo ligeramente posterior, aunque con pocas evolu - ciones: repetimos que puede subsistir hasta el s. V a.J.C. - cuando menos (Gómez Bellard, 1984, p. 137, fig. 63,6). Esta cronología avanzada dentro de los conjuntos que venimos estu - diando y el hecho de tratarse de una forma centro-mediterrá - nea son datos de gran importancia a la hora de valorar los e - enterramientos arcaicos en los que han aparecido.

5.- La cerámica a mano

Como ya señalamos al inicio de este capítulo, la cerámica a mano hallada en Ibiza dentro de los contextos que estamos estudiando es muy escasa. Contamos básicamente con un grupo que presenta bastantes semejanzas en su elaboración, compuesto por tres piezas casi completas (nº ²², 40 y ³⁸⁹) y varios fragmentos de borde y alguna base para los cuales en principio es difícil reconstruir el perfil (nº 36, 37 y 41 a 44, ...). Se caracterizan por tener una pasta poco compacta y depurada cocida a temperaturas bajas, hasta el punto de - ablandarse a menudo con la simple presión de los dedos, por lo que aparecen en estado muy fragmentario y tuvieron en al - gunos casos que ser reforzadas en laboratorio antes de ser - manejadas. El color es normalmente marrón o gris, en un caso gris anaranjado y otro rojizo; presenta algunos puntos de mi - ca y partículas bien visibles de cuarzo. Las superficies son

indistintamente marrón o gris, aunque el colorido varía de una zona a otra de las piezas, y es frecuente una combinación pasta marrón/superficie gris o al revés. La olla nº 40 tiene la pasta y la superficie externa gris pero la superficie interna rojiza.

El repertorio en formas es muy reducido: una olla alta con dos asas de cinta (nº 40), una olla baja con un asa de sección probablemente circular (nº ²²) y otra ollita sin asas (nº ³²⁹); los fragmentos sólo nos indican que predominan las formas de perfil sinuoso y labio con tendencia vertical; las pocas bases estudiables son planas.

En conjunto estas cerámicas chocan con todo el mundo bien conocido de las cerámicas fenicias a torno, y por ello no es de extrañar que cuando aparecieron en las factorías andaluzas sus excavadores las clasificaran como prehistóricas, asignándolas a producciones indígenas de ese área y creyendo que se trataba del resultado de intercambios poco relevantes (p.e., miel) con los poblados cercanos del Bronce Final/Hierro I (Schubart-Niemeyer, 1969, pp. 128-140). Sin embargo, la atención puesta sobre estos materiales, escasos habitualmente, en las excavaciones de los años siguientes - por un lado y por otro el mejor conocimiento de las formas típicas del ambiente indígena de ese momento han permitido desechar totalmente esa primera clasificación. Recientemente y de manera rotunda, H. Schubart ha establecido que se trata de una clase sencilla de la cerámica fenicia, dada su inexistencia en los contextos tartésicos y su constante aparición en los hábitats coloniales (Schubart, 1985, p. 162). Serían

sin duda vasijas empleadas en funciones domésticas que no son precisables, aunque no parecen destinadas a usar sobre fuego. Se han encontrado en Morro de Mezquitilla, Toscanos y Chorreras principalmente (Aubert et alii, 1979, pp. 117-124, fig. 11-12; Schubart-Maas-Lindemann, 1984, pp. 140-147, fig. 21-22; Schubart, 1985, pp. 160-162, fig. 10-11), y predominan en los niveles más antiguos, apreciándose un notable descenso en su porcentaje después del estrato IV de Toscanos.

Para Ibiza no contamos con una cronología exacta, pero creemos que son bastante más tardías que las anteriormente citadas. La olla completa nº 40 fué encontrada junto a uno de los pequeños cuencos de cerámica clara y borde engrosado estudiados en el apartado precedente. Otro dato indicativo sería que el paralelo más exacto que le hemos podido encontrar es una olla semejante aunque bastante más grande, hecha a mano, procedente de Mersa Madakh, hábitat que su excavador considera ocupado en el s. VI a.J.C. sin mayores precisiones (Vuillemot, 1965, p. 155, fig. 53, 3ª pieza dcha.). Por todo ello situaríamos el conjunto ebusitano en la primera mitad de ese siglo, si contamos que no encontramos estas cerámicas en el lote de 1983, anterior al 600 a.J.C., y que es desconocida en los fondos del M.A.I. procedentes de hipogeos datables de la segunda mitad del s. VI a.J.C. en adelante.

Un interesantísimo unicum dentro de la cerámica a mano lo constituye el pequeño cuenco nº 124. Tiene forma de casquete hemisférico casi perfecto, destacando su base plana y la finura de sus paredes, de unos 3 mm. cerca del labio.

La pasta es marrón oscuro y las superficies están perfecta - mente bruñidas, con un tono gris oscuro y negro en algunas - zonas. La impresión general es la de una pieza de calidad, - atractiva y con un acabado muy cuidado, que sorprende por su aparición en el contexto de las cerámicas a torno fenicias y por no tener, como decimos, elementos de comparación en la isla.

El bruñido que presenta es frecuente en el Bronce Final de diversas regiones del este y sur peninsular, pero - tipológicamente sólo podemos acercarla a una forma del SO es pañol, tipos de cerámica II de Schubart, en los que se inicia la aparición de vasos con bases planas (Schubart, 1971, fig. 2, abajo).

Bien pudiera tratarse por lo tanto de un producto - indígena de Andalucía o Levante, traído por los navegantes - fenicios que arriban a Ibiza en el s. VII a.J.C., más en concepto de curiosidad que de elemento incluido en una corriente regular de intercambios cerámicos, por supuesto. Sin embargo, la fijación de su lugar de origen exacto sería del mayor interés para el estudio de las relaciones comerciales y las rutas existentes desde o hacia la isla.

6.- La cerámica griega y etrusca

Creemos realmente que el panorama de las importaciones de cerámicas ajenas al mundo fenicio-púnico en Ibiza ha cambiado radicalmente en los últimos años, por lo que se refiere al período anterior al s. V a.J.C. En efecto, hasta las más recientes excavaciones, la cerámica griega llegada a la isla se limitaba a un aryballos de Naukratis (que hemos estudiado en el cap. III), debiéndose descartar la tapadera de pyxis conservada en el M.A.N. y datada por Trías a finales del s. VI o principios del V a.J.C. (1967, p. 299, CXLVIII,2). En un reciente estudio C. Sánchez la atribuye al taller del Pintor de Penthesilea II, fechándola en el tercer cuarto del s. V a.J.C. (1981, p. 285). Por lo tanto, no hay importaciones áticas antes del 500 a.J.C., si tampoco contamos aquí las dos lucernas tipo 16B de Howland que se sitúan en el Agora entre el 525 y el 480 a.J.C. (Sánchez, 1981, p. 292).

Por lo que al material etrusco se refiere, únicamente el aryballos piriforme conservado en el M.A.B. podía ser considerado como una producción etrusco-corintia del s. VI a.J.C..

Como vemos pues, piezas muy contadas e inexistencia de grandes envases (ánforas), como cabía esperar dada la procedencia funeraria de los materiales ebusitanos.

Tres hallazgos recientes alteran este panorama, y su exigua cantidad se ve compensada por el origen y diversidad de los tres: un aryballos corintio (nº 318), un kantharos

etrusco de bucchero (nº 349) y un fragmento de ánfora SOS.

El aryballos fué hallado en lo que posiblemente - sean restos de un ustrinum o incluso una incineración muy re - vuelta, en el sector excavado en 1983 y 1986, junto con un cuenco de cerámica común (nº 319). Su identificación como - una pieza corintia no ofrece dudas, como nos ha confirmado - la consulta con diferentes especialistas. En efecto, la mayo - ría de las producciones etrusco-corintias son de pasta rosá - cea, mientras que las cerámicas corintias se caracterizan - por su color amarillento, oscilando las variantes entre el - verdoso claro y el marrón muy claro, y predomina el "pale - greenish buff" (Payne, 1931, pp. 208 y 264-266). Hay que - subrayar que el tamaño del ejemplar ebusitano (14 cm.) es - sorprendente, ya que los aryballoi clásicos rara vez sobre - pasan los 6 ó 7 cm. de altura. Sin embargo, en las fechas - tardías dentro de la producción de Corinto que asignamos - como veremos a esta pieza se suelen fabricar aryballoi de - gran tamaño.

Su estado muy fragmentario no nos facilita la la - bor de clasificación y fechación. La forma del aryballos - grande (más de 10 cm.) se encuentra ya en el Corintio ini - cial, por ejemplo en el pozo de Anaploga de la propia Corin - to, pero tiene una larga perduración (Amix-Lawrence, 1975, - p. 119, lám. 74, An 105). En cuanto a la iconografía, los po - cos motivos identificados sugieren que la escena representa dos sirenas afrontadas (restos de ala, pecho y cara) o bien, dado el tamaño de la pieza, una sirena con grandes alas des -

plegadas y la cabeza vuelta (pecho hacia la derecha, cara mirando a la izquierda). La semejanza de tema y forma así como la escasa calidad de la decoración nos hacen ver un claro paralelo en algunas cerámicas publicadas por Payne, en especial el nº 1259 y sobre todo el nº 1264, que fecha en su Late Corinthian I (c. 575-550 a.J.C.). Esta datación sería bastante apropiada por lo que sabemos del contexto y de las tumbas circundantes, pero esperamos que futuros estudios permitirán hallar más paralelos y confirmar o no la cronología que avanzamos aquí.

Poco más podemos añadir sobre este aryballos, de difícil encuadre por otra parte dada la relativa escasez de cerámica fina corintia en la Península Ibérica.

No nos detendremos sobre los conocidos hallazgos de cerámica protocorintia en los asentamientos fenicios andaluces, compuestos principalmente por kotyloi. Destacan las dos piezas de la tumba 19.B de la necrópolis Laurita (Almuñecar), fechadas ahora una a finales del s. VIII y otra bien entrada la primera mitad del s. VII (Shefton, 1982, p. 338, n. 2). En Toscanos se han hallado regularmente fragmentos protocorintios desde las primeras prospecciones superficiales, todos en general del Protocorintio inicial y medio con una cronología similar a la citada para Laurita (Schubart-Maas-Lindemann, 1984, p. 148).

Para la segunda mitad del s. VII a.J.C. sólo conocemos dos fragmentos corintios: procedente de Huelva parte de un aryballos, y del Cerro del Peñón junto a Toscanos la boca de un alabastrón (Almagro et alii, 1974, lám. -

204, arriba; Niemeyer, 1982, lám. 2 f).

Ya entrados en el s. VI a.J.C., el panorama cambia cuantitativa y espacialmente. El mejor conjunto de cerámica corintia se encuentra en Ampurias, donde destacan cinco aryballoi de distintos estilos (Trías, 1967, pp. 31-33, lám. I-II). En dirección al sur nos encontramos con el posible aryballos corintio de Mas de Mussols, en la desembocadura del Ebro, - que podría ser bien una imitación local, bien una producción en fayenza que ha perdido su recubrimiento, bien efectivamente una pieza corintia con la pintura perdida (Maluquer, 1969 p. 247, fig. 3; Shefton, 1982, p. 354, n.9).

De muy reciente publicación debemos citar un exalptro o cothon perteneciente a la colección Martí Esteve - del Museo Municipal de Valencia, que casi con toda seguridad procede de las cercanías de Picaña, en Valencia (Monrabal, - 1985).

Ya en Alicante se ha mencionado varias veces la existencia de un aryballos en Villajoyosa, pero que nosotros sepamos no ha sido nunca publicado (Diehl-San Martín-Schubart, 1962, p. 76).

Finalmente, dentro del pequeño lote corintio encontrado en Villaricos, cabe destacar un aryballos con decoración animal que, tradicionalmente, ha sido considerado como una producción etrusco-corintia. Se ha identificado recientemente como una pieza corintia, aunque persista alguna duda - (Trías, 1967, p. 436, lám. CXCII; Shefton, 1982, p. 354, n.9).

Mirando hacia otras zonas de colonización fenicia,

hay que destacar la relativa abundancia de productos corintios en Cartago, con 113 piezas sólo en el antiguo Museo Lavigerie, entre ellas numerosos aryballoi (Boucher, 1953, pp. 11-29, lám. I-XV).

En Sicilia abunda por supuesto en la mayoría de los centros griegos, pero no hemos podido recopilar datos sobre los centros fenicios si exceptuamos las cerámicas proto-corintias bien representadas en la necrópolis arcaica de Mozia (Tusa, 1978, pp. 7-65).

Finalmente, es menos abundante en Cerdeña: algunos hallazgos dispersos en hábitats indígenas, como San Sperate al sur de la isla y algo más en yacimientos puramente fenicios, entre los que destacaremos un aryballo de Othoca y dos de Tharros (Gras, 1974, pp. 119-121 y 139; Ugas-Zucca, 1984, pp. 130 y 153, lám. XXXV,9 y XLI,14).

En conclusión y sin adelantarnos en la valoración del aryballo ebusitano, queremos subrayar la relativa escasez de cerámica corintia en el ámbito fenicio-púnico del s. VI a.J.C., con la notable excepción de Cartago. Este hecho tiene sin duda su interés a la hora de estudiar las rutas comerciales.

El kantharos de bucchero fué hallado en la incineración nº II del sector de Can Partit en 1985, junto a los restos de un niño, con un arete y un pendiente (véase supra, cap. VI).

Pertenece al grupo más frecuente de cuantos se exportaron por todo el Mediterráneo. Corresponde al tipo 5 B -

de Ramage, aunque con el pié ligeramente más bajo que la mayoría de los presentados por dicha autora (1970, pp. 27-29). También entraría dentro del tipo 2 de M. Gras, en el que agrupa los kantharoi que tienen como única decoración diversos tipos de incisiones: puntas de diamante, etc... (1974, pp. 83-88). Finalmente corresponde bien al tipo 3 e de Rasmussen, quien reúne en uno los tipos 5 B, 5 C y 5 D de Ramage, ya que considera por una parte que no se puede precisar tanto como hace esta autora partiendo de la decoración del resalte o del tipo y tamaño del pié, y por otra que éste no constituye un criterio de distinción cronológica (Rasmussen, 1979, pp. 104-106, lám. 31-32).

En cuanto a la fecha de este tipo de kantharos, es sobradamente conocido que F. Villard fijó en 580/575 a.J.C. - el límite antequem de su difusión (1962, pp. 1625-1635). Sin embargo se ha señalado que la asociación de estos kantharoi con copas etrusco-corintias del tipo Maschera Umana en el pecio etrusco del Cap d'Antibes invita a rebajar ese tope para dejarlo al menos en 570/560, fecha sugerida inicialmente para dicho pecio (Albore Livadie, 1972, pp. 323-325). En un reestudio posterior del mismo cargamento se ha propuesto por diversas razones una fecha aún más baja, 540/530, que también afectaría a la cronología del tipo de kantharos que consideramos (Bouloumié, 1982, p. 55). Recordemos finalmente - que Rasmussen dá una cronología demasiado amplia para su tipo 3 e (del 625 al 550 a.J.C. por lo menos), y que Gras ha encuadrado los kantharoi tipo 2 de Tharros entre 590/560 a. J.C.

Para nuestro ejemplar disponemos de un contexto relativo que nos permite ofrecer unas fechas aproximadas con verosimilitud. El tipo de fosa en el que se encontró sólo es tá representado en el Puig des Molins por tres casos, todos ellos en el mismo sector (Via Romana, 38) y separados entre sí por unos metros. Una de ellas estaba casi totalmente saqueada, pero la otra proporcionó la incineración nº III con un ajuar que nos ha permitido fecharla entre finales del s. VII y principios del s. VI a.J.C., por la presencia de una lucerna y algunos fragmentos de platos de engobe rojo. Como el kantharos apareció sobre una incineración de este tipo - junto con otro enterramiento que sólo puede ser ligeramente posterior, creemos que una fecha en torno al 590/575 a.J.C. es perfectamente admisible y encaja además con los márgenes propuestos por los diversos autores más arriba mencionados. No es éste lugar por supuesto para entrar en la discusión sobre la comercialización de estos productos hasta el tercer - cuarto del s. VI a.J.C.. Con toda seguridad el ejemplar ebusitano no nos parece un argumento en su favor.

Hemos señalado que este tipo de kantharos se en - cuentra muy difundido por amplias áreas mediterráneas, especialmente Sicilia y el sur de Francia, además por supuesto - de la propia Península Itálica. Pero es sobradamente conocida la escasez de bucchero y en general de materiales etruscos en la Península Ibérica (Rouillard, 1979, pp. 167-168; - Morel, 1981, pp. 466-467). Recogemos brevemente los más con - cidos, publicados o comentados por diversos autores, para - luego añadir los descubrimientos recientes.

- Ampurias: varios kantharoi, oinokoi y ánforas (Sanmartí-Martí, 1974, pp. 52-59).
- Ullastret (Gerona): un fragmento de kantharos junto con un ánfora (Arribas-Trías, 1961).
- La Gessera (Caseres, Tarragona): un fragmento de copa.
- Moleta del Remei (Alcanar, Tarragona): un fragmento de copa (Sanmartí, 1973, pp. 221-223).
- Toscanos: un fragmento de kantharos (Niemeyer, - 1984, p. 215, fig. 1,i)
- Guadalhorce: dos fragmentos de kantharoi (Arribas-Arteaga, 1975, pp. 88-89, fig. VIII).

No mencionaremos aquí las diversas piezas del Museo de Cádiz, consideradas de procedencia local por Mac-Intosh Turfa pero que ofrecen enormes dudas a la mayoría de los investigadores que las han citado (Mac-Intosh, 1977, pp. 371-373).

En los últimos años han sido dados a conocer los siguientes hallazgos al norte del Ebro:

- en Rosas, M.A. Martín ha identificado algunos fragmentos de ánfora etrusca entre los viejos materiales de las excavaciones de 1945. Sólo parece clasificable un borde de la forma P-y 4 (Martín, 1982, pp. 114-115, fig. 2,2).
- en Ullastret, donde hay que distinguir claramente dos asentamientos, tenemos:
 - a. Illa d'en Reixac: 7 fragmentos de bucchero y

Finalmente podemos citar un fragmento de kantharos aparecido en las recientes excavaciones de la ciudad de Málaga, según información que agradecemos a D. J.M. Gran Aymenrich.

Como vemos, si en substancia no ha cambiado enormemente el panorama cuantitativo de la presencia de materiales etruscos en la Península Ibérica, sí creemos que hay dos elementos que merecen subrayarse. Por una parte, el aumento proporcional de los hallazgos en el área ampurdanesa confirma la idea del papel de Ampurias en su redistribución local. Por otro, los hallazgos submarinos de las costas valencianas abren la posibilidad de nuevas hipótesis en cuanto a algunas rutas comerciales.

Fuera ya de la Península Ibérica y dentro del ambiente fenicio-púnico, queremos solamente recordar que el bucchero está muy bien representado en diversos lugares empezando por Cartago, pero también en Sicilia (Mozia, Selinunte, Palermo) y en Cerdeña: Bithia, Pani Loriga, Monte Sirai y sobre todo Tharros (Boucher, 1953, pp. 34-37; Gras, 1974, pp. 81-110; 1975, pp. 131-139; Ugas-Zucca, 1984).

La tercera pieza a la que hemos de hacer referencia es un fragmento del cuerpo de un ánfora SOS o del grupo genérico que se llama "à la brosse", publicado hace pocos años (Ramón, 1983, pp. 111-113). Fué hallado casualmente en superficie en el baluarte de Sta. Lucía de las murallas renacentistas de Ibiza. Es sabido que la construcción de estas impresionantes defensas, ultimadas en el reinado de Felipe II, supusieron grandes remociones de tierras y relle-

7 de ánfora etrusca.

b. Puig de St. Andreu: dos fragmentos de bucchero y algo más de media docena de ánfora etrusca.

El estado fragmentario de muchas de estas piezas - sólo permite su identificación, pero no su clasificación - (Martín, 1985, pp. 79-85).

- en la Fenollera, yacimiento situado en la costa a 9 km. de Ullastret, apareció en la campaña de 1982 gran parte de un kantharos de la forma Gras 1, que se ha fechado en torno al 600 a.J.C. (Martín, 1985, p. 85).

- frente al cabo de Creus (Golfo de Rosas), un ánfora etrusca "pescada" por una embarcación en 1971 por 140 m. de profundidad ha sido clasificada como una forma Py 4 (Martín, 1985, pp. 85 y 87, fig. 8).

Fuera del ámbito catalán se han encontrado algunas ánforas etruscas, todas ellas en el mar:

- Alicante, un ánfora del tipo Py 4 extraída frente a las costas de la provincia y hoy en el Museo Arqueológico de Alicante (Ribera, 1981).

- Valencia, catorce fragmentos con forma de diferentes ánforas etruscas han sido localizados en prospecciones submarinas en un posible fondeadero situado frente a las playas de la Malvarrosa, justo al norte de la desembocadura del río Turia. Junto a ellas se han encontrado ánforas griegas y púnicas, pudiéndose fechar todo el conjunto en la segunda mitad del s. VI y parte del s. V a.J.C. (Ribera-Fernández, en prensa; Fernández Izquierdo et alii, en prensa).

nos en lo que siempre se ha considerado que había sido la -
 acrópolis de Ibiza desde la fundación de la ciudad (Escandell, 1970). La procedencia del fragmento de la propia urbe es cuando menos plausible, y su identificación como ánfora -
 ática segura. Se ha fechado en 625-575 a.J.C. más en función de lo que sabemos del período arcaico en Ibiza que de una -
 clasificación exacta de la pieza en sí, difícil de hacer dado su tamaño.

Este tipo de de ánforas es relativamente frecuente en los asentamientos fenicios occidentales donde constituye una de las primeras importaciones conocidas, junto a la cerámica protocorintia y chipriota: Toscanos, Guadalhorce, Aljaraque, Rachgún, Cotta, Mogador (Shefton, 1982, p. 338, n. 1, fig. 1). J. Ramón ha sugerido que el transporte a esas zonas se realizaría a través de intermediarios semitas vía Cerdeña ya que en Cartago no existen estas ánforas y apenas en Mozia. A pesar de su escasez en Cerdeña, este autor se inclina por esa vía, pues las ánforas procederían de Etruria de donde -
 vendrían con el escaso bucchero y la cerámica etrusco-corintia del sur de la Península Ibérica.

Creemos con él que las excavaciones de hábitats arcaicos de Cartago podrá cambiar el panorama, pero cabe recordar que en Sicilia oriental abundan sobremanera las ánforas SOS, por lo que además de una posible ruta Etruria-Cerdeña-Ibiza-Península Ibérica no hay que desdeñar la alternativa -
 Sicilia-Norte de Africa-Península Ibérica que sugiere Shefton.

En resumen, las tres piezas que hemos presentado -

aportan nuevos datos al conocimiento de las relaciones comerciales ebusitanas, y sobre todo son una buena razón para manejar con precaución los argumentos ex silentio tan frecuentemente empleados en la arqueología isleña.

7.- Elementos de piedra

A. Cipos

De la campaña de 1986 en el sector llamado de Can Partit proceden tres cipos cuyo carácter funerario es indudable ya que fueron hallados en las incineraciones nº II, III y XIII, todas ellas bien datables en el s. VI a.J.C.. Es la primera vez que en la isla se puede documentar científicamente este tipo de monumento, puesto que los hasta ahora conocidos proceden de viejas campañas y en general se desconoce su procedencia exacta, permaneciendo además inéditos.

Queremos diferenciar claramente lo que denominamos cipo (siguiendo su sentido latino) de otros elementos de piedra frecuentes en el mundo fenicio-púnico, especialmente las estelas características del Mediterráneo central, tanto funerarias como votivas. En Ibiza sólo se conoce una estela a la que ya nos hemos referido, procedente de una posible necrópolis sin excavar de las cercanías de la ciudad. Representa una figura masculina y lleva una inscripción en la parte inferior (Almagro, 1967, pp. 3-11).

Los cipos suelen ser bloques de piedra alargados -

trabajados de una manera sencilla para darles formas lanceoladas, tubulares, rectangulares, etc..., y que normalmente no tienen excesivos detalles escultóricos salvo tal vez el tipo de columna cuadrada acabada en su parte superior con dos molduras, que a menudo se interpreta como un quemaperfumes (podríamos citar el de formas más redondeadas hallado en Trayamar, Schubart-Niemeyer, 1976, pp. 231-232, lám. 15). La funcionalidad de los del tipo que aquí presentamos parece netamente diferenciable, pues difícilmente podría quemarse incienso sobre ellos. Parece estar destinados sencillamente a señalar un lugar de enterramiento, sin que sea fácil asignar los otros significados religiosos. En muy contadas ocasiones llevan algún tipo de inscripción, como uno con un texto casi perdido en griego y púnico de Cartago, donde sólo se conocen otros dos cipos (Bénichou-Safer, 1982, p. 79).

Apenas si están representados en Occidente, donde tan sólo contamos con algunos posibles cipos de Villaricos - (Astruc, 1951, lám. L, esp. 3 y 6). Por el contrario, en Sicilia y Cerdeña su uso es más frecuente, adoptando allí formas muy variadas: cipos-trono, piramidales, etc...; se documentan tanto en los tophets como en las necrópolis (Tore, - 1973).

Los tres cipos del Puig des Molins aquí presentados son de dimensiones modestas y factura elemental, pero tienen las caras bien alisadas y los bloques están perfectamente escuadrados. Son de piedra local, marés, la misma utilizada para la construcción de los sarcófagos tan abundantes a partir del s. V a.J.C.

B. Vaso de alabastro

El fragmento nº 221 pertenece al fondo plano, pero de base indicada de un gran recipiente de alabastro, blanquecino pero grisáceo en sus superficies. Es imposible reconstruir su forma, que podría ser abierta o cerrada. El tipo de fondo no es frecuente en los paralelos conocidos, ya que en general son fondos convexos y las escasas excepciones, como las urnas de las tumbas 3 y 15 de Laurita, tienen el arranque de las paredes mucho más vertical.

Aunque nuestro fragmento procede del conjunto de materiales de 1983 y por lo tanto podría ser de época más moderna, creemos que puede ponerse perfectamente en relación con los vasos de alabastro hallados en los últimos años en el sur peninsular. Destacan las famosas urnas completas de la necrópolis Laurita, muchas de ellas con inscripciones jeroglíficas, y las de las tumbas 2 y 3 (posiblemente también de la 5) de Trayamar, utilizadas en todos los casos como recipientes cinerarios (Pellicer, 1963, pp. 51-52; Schubart-Niemeyer, 1976, pp. 228-231). Sin embargo, también han aparecido fragmentos de recipientes de alabastro en hábitats, muy especialmente en Toscanos y Morro de Mezquitilla, habiendo sido ya valorados como elementos propios de los utensilios de casa y no forzosamente de uso funerario (Schubart-Maas Lindemann, 1984, p. 152). Recordemos finalmente que existe diversidad de opiniones sobre el origen de los vasos de alabastro peninsulares, aunque parece que la investigación se decanta por una procedencia directa de Egipto, donde Menfis es un gran centro productor, vía las metrópolis orientales.

Constituyen un elemento importante para el estudio de las relaciones Oriente-extremo Occidente, ya que en el Mediterráneo central no existen prácticamente estas urnas.

8.- Metal

Los elementos metálicos que podemos datar con certeza en los s. VII y VI a.J.C. hallados en Ibiza son muy escasos. Los muy numerosos espejos, navajas, cuchillos, cajitas, etc..., que se conservan en el M.A.I. no tienen casi nunca una procedencia conocida o bien pertenecen a conjuntos fechables del s. V a.J.C. en adelante.

Del material que hemos mencionado o valorado a lo largo del presente trabajo queremos recordar las puntas de flecha, los fragmentos de fíbulas de doble resorte y dos navajas de afeitar, todos ellos de bronce. Contamos además con algunos pequeños objetos de plata como el anillo sobre el cual está montado un escarabeo egipcio de pasta del s. VI a. J.C. (incineración nº V, Via Romana 38), así como dos aretes de la incineración nº II del mismo sector de la necrópolis y de idéntica cronología. Pero queremos destacar en este apartado dos piezas excepcionales, no sólo por ser únicas en la isla sino porque además aportan interesantes datos sobre las influencias y relaciones externas en esta época.

Se trata de dos colgantes, nº/ 29 y 409, hallado el primero en la campaña de Mañá de 1946 y el segundo en la incineración nº XXV de Via Romana 38. Han sido estudiados por

dio, así como en Chipre y otros lugares de Oriente. El sistema de suspensión en forma de carrete es sin embargo característico del mundo fenicio-púnico, apareciendo ya en el s.VII a.J.C. en cuidadas joyas de oro de los asentamientos occidentales. El ejemplar ebusitano tiene un nivel artístico inferior por ejemplo a sus paralelos sardos, cuyo acabado se realiza mediante un finísimo granulado, y recuerda más los colgantes norteafricanos. En cualquier caso su cronología puede encuadrarse perfectamente en el s. VI a.J.C.

El otro colgante pertenece al tipo XI de Quattrocchi y a los "colgantes en forma de nicho" de Quillard, que se encuentran en Cerdeña, Sicilia, Cartago y Argelia (Quattrocchi, 1974, pp. 31 y 61; Quillard, 1979, pp. 55-66). En general suelen presentar mediante granulado o repujado motivos decorativos de origen oriental, tales como el disco alado, el uraeus o el llamado "signo de la botella", así como rombos, triángulos, etc... A menudo las piezas de plata carecen de decoración, como en el ejemplar de Ibiza. Todas ellas se datan entre finales del s. VII y primera mitad del s. VI a.J.C., lo cual coincide con el contexto de las tumbas de la Via Romana 38.

La forma de los colgantes recuerda a un nicho o una estela, con la base rectangular y el coronamiento semicircular. Aunque existen algunos prototipos orientales, la iconografía está mejor representada en las estelas de Cartago, Sicilia y Cerdeña. El motivo de la botella se ha relacionado con los sacrificios infantiles, como representación de la urna que contenía las cenizas, o se ha interpretado como

M^{re} Pilar San Nicolás, que prepara una monografía sobre ellos y a quien agradecemos los datos que presentamos (San Nicolás en prensa).

El medallón del hipogeo 30 de 1946 tiene una forma circular conocida en Oriente desde el II milenio y ampliamente extendido por el Mediterráneo. Puede incluirse en el tipo Xc de Quattrocchi y en los llamados "colgantes circulares - con umbo y contorno de junco con remate entrante" de Quillard, piezas muy conocidas en oro, plata y plata dorada por toda - el área fenicio-púnica del Mediterráneo (Quattrocchi, 1974, pp. 31 y 61; Quillard, 1979, pp. 81-86). Se han documentado en Tharros, Mozia, Cartago, Rachgún y Kouass, y de la Península Ibérica existen tres ejemplares: uno de Málaga, otro de la necrópolis Jardín y el último conservado en el M.A.N., de procedencia desconocida, todos ellos fechados en los s. VII o VI a.J.C. Posiblemente sea el medallón de Jadamelk, hallado en 1894 por el P. Delattre el más famoso de todos, y su inscripción invocando la protección divina confirma que estos colgantes son amuletos.

Aunque no se conocen piezas tardías, aparecen representados en tarracotas femeninas de Cartago y en algunas de Ibiza, especialmente en el tipo 11 de las figuras de Ta - nit del santuario de Es Cuieram (del que sólo se conoce un ejemplar: Aubet, 1982, p. 19, lám. XI), por lo que cabe pensar en su perduración hasta los s. IV-III a.J.C.

Este tipo de colgantes parece derivar de las representaciones de la mandrágora, planta de conocidas propiedades mágicas, que se encuentran en Egipto ya en el Imperio Me

el símbolo de la divinidad, el betilo. Pero lo que está claro es la relación de estas joyas con el mundo funerario tanto por su forma de nicho o estela como por los motivos decorativos que suelen llevar. Al igual que en el caso anterior, revelan unas semejanzas culturales con el mundo fenicio del Mediterráneo central, a pesar de su esporádica aparición más al oeste aunque ya en contextos del s. VI a.J.C.

Conclusiones sobre los materiales estudiados

La revisión de la mayor parte de los materiales presentados, que hemos intentado hacer lo más minuciosamente posible, permite hacer una serie de consideraciones de índole general que incluimos a título de recapitulación.

Tipos y calidades.

Como es muy frecuente en el marco geográfico y temporal en el que nos movemos, la mayoría de los objetos presentados son cerámicas. Casi todas ellas pertenecen a grupos tipológica y culturalmente bien conocidos de las producciones fenicias, debiendo exceptuar las escasas cerámicas a mano todavía poco estudiadas y las aún más escasas importaciones procedentes de otros grupos culturales, el etrusco y el griego (ático, corintio y de la Grecia del Este).

El lote principal hallado en los hipogeos de 1983, al que cabe añadir buena parte de las formas halladas en el

área de necrópolis, presentan una gran homogeneidad en cuanto a factura, calidades, pastas, etc..., con las variaciones ya señaladas, pero ofrecen sin embargo un amplio elenco de formas que nos ha permitido estudiar con detenimiento sus prototipos y sus paralelos, no sólo peninsulares, sino en las diversas regiones abarcadas por la expansión colonial fenicia. De todo ello se desprende la idea de la llegada de estos materiales con una cronología y una procedencia relativamente puntuales, como ahora veremos, sin que quede lugar para una originalidad en la elaboración o en la tipología que diera pie a plantear hipótesis de producción local. Los objetos no cerámicos, desde las puntas de flecha hasta el marfil pasando con las fíbulas o los pocos elementos de piedra, nos han conducido fundamentalmente a reforzar el esquema que las propias cerámicas nos permiten esbozar, es decir la existencia de dos fases cronológicas en la llegada del material y de dos áreas principales de origen del mismo.

Cronología y procedencia.

La primera se circunscribe con bastante precisión entre el 625 y el 500 a.J.C.. Algo más antiguas pueden ser las hachas de bronce tratadas en el capítulo II (depósitos de Can Mariano Gallet, La Sabina, etc...), y algunas formas cerámicas pueden pervivir en el s. V a.J.C., como las jarritas Eb.12 y los pequeños cuencos de pasta clara y borde engrosado, pero incluso los ejemplares concretos puntualmente relacionado en el estudio se enmarcan sin duda en las fechas mencionadas.

Todo el numeroso conjunto de 1983 se data en el momento más antiguo, entre la segunda mitad del s. VII y los inicios del s. VI, 625-580 a.J.C. para expresarnos en años. Idéntica cronología tendrían parte de los materiales de las incineraciones, al menos las más antiguas, con presencia de cerámicas de engobe rojo y urnas del tipo Cruz del Negro. A nuestro entender, tenemos que situar su lugar de origen en el sur de la Península Ibérica, en las factorías fenicias - del Extremo Occidente, a cuyas gentes cabe atribuir creemos que definitivamente la fundación de los primeros establecimientos ebusitanos, tal como diversos autores venían señalando desde hace unos años, siguiendo a Maluquer.

Las formas básicas, los sistemas decorativos, todo nos conduce al discutido Círculo del Estrecho: los hallazgos de Ibiza encajan perfectamente con los realizados en los últimos treinta años desde Mogador a Rachgún.

Sin embargo, en el segundo cuarto del s. VI a.J.C. se inicia un cambio perceptible de momento sólo en algunas - cerámicas. El kantharos de bucchero de la incineración nº II de Can Partit podría ser el símbolo de ese desplazamiento, - cuando se aprecia la llegada de elementos del Mediterráneo - central: así consideramos las ampollas, tan numerosas aunque alguna puede tener un origen diferente, la cerámica etrusca y corintia, algunas joyas de plata, el lekythos samio, etc. Esta evolución, que se percibe también en los ritos funerarios y en cambios religiosos de los que trataremos en el próximo capítulo, no es fácilmente aprehensible hasta que se entra en la segunda mitad del s. VI a.J.C., en la que ya está

consumado el cambio: hipogeos, terracotas, inhumación, tipos cerámicos nos indican ya que Ibiza ha basculado en la órbita del Mediterráneo central y se dispone a alinearse, como muchos otros centros sardos y sicilianos, detrás del nuevo centro, de la nueva ciudad: Cartago.

Funcionalidad.

Para terminar estas breves consideraciones, queremos presentar la hipótesis que se nos plantea después del estudio exhaustivo del material encontrado en los hipogeos de 1983.

Los objetos conservados en los diversos museos nacionales así como los procedentes de las excavaciones del Puig des Molins entre 1977 y 1986, además de los hallazgos casuales, tienen un carácter indudablemente funerario. Su contexto o su funcionalidad así nos lo demuestra. Sin embargo el lote de 1983 tiene unas características muy distintas a las que hemos ido haciendo referencia a lo largo de su estudio, entre las que podemos recordar éstas:

- presencia de cuencos de engobe rojo más frecuentes en hábitats que en necrópolis.

- predominio de la cerámica gris sobre la de engobe rojo; ésta puede aparecer en las tumbas fenicias, pero aquélla prácticamente nunca se usa como ajuar u ofrenda funeraria.

- abundancia de ánforas y cuencos trípodes, que son elementos típicos de los hábitats; no se conoce el uso

de las ánforas R-1 como urnas cinerarias en occidente, salvo en contados ejemplos del mundo indígena (La Joya).

- presencia abundante de urnas pithoides, usadas - como elemento de almacenamiento en los hábitats fenicios (excepción: necrópolis de Rachgún).

Todo ello nos lleva a sugerir la hipótesis de que este importante lote no procede de tumbas de la necrópolis - del Puig des Molins, a pesar de su lugar de hallazgo. Debe considerarse seriamente que sería el resultado de la destrucción de unos niveles de hábitat que no habría que buscar en lo alto del Puig de Vila, donde se supone que estaba situada la acrópolis, sino en un área más cercana, posiblemente entre la ladera nororiental del Puig des Molins y el puerto. - Abordaremos extensamente esta cuestión más adelante, al tratar de la topografía antigua de Ibiza.

VIII. EL RITUAL FUNERARIO

En los capítulos anteriores hemos pretendido presentar de manera exhaustiva los resultados de las excavaciones - realizadas en los últimos años, tanto desde el punto de vista de los materiales como de las estructuras. Sobresalen entre - ellos las 38 incineraciones arcaicas documentadas desde 1977 (véase cuadro VIII), que constituyen un notable conjunto dentro del panorama que conocemos de las necrópolis fenicias de Occidente.

Dentro de la homogeneidad que les confiere el tratarse siempre de cremaciones, hemos podido observar algunas - variantes en las disposiciones funerarias adoptadas por los primeros colonos de Ibiza. Resulta por ello interesante profundizar en el estudio de los tipos de sepultura, ritos, ajuares y su variabilidad respecto al sexo y la edad, etc..., datos que son los únicos que nos pueden permitir acercarnos al grupo humano que estudiamos.

1.- Estudio de los conjuntos funerarios arcaicos de Ibiza

A. Los tipos de tumbas y su cronología

Es evidente que si en el transcurso de este estudio hemos renunciado a establecer una tipología para los ma-

Nº	Campaña	Sexo	Edad	Categoría de tumba	
1	1976 I	H	17-18,5	UA	
2	1977	I	-	UN	
3		II	-	AA	
4	1982	I	V	20-25	FS
5		II	V	25	DR
6		III	-	2-4	DR
7		IV	H?	adulto	DR
8		V	-	1	AR
9	1983	I		UA	
10		II		AN	
11		III	H	20-25	DR
12		IV			DR
13		V			UR
14	1985-86	I	A: - B: -	18 meses adulto	AN
15		II	A: - B: H	2-5 adulto	FC
16		III	V	20-25	FC
17		IV	-	adulto	FC
18		V	-	12-14	UA
19		VI	H	20-25	AR
20		VII	V+H	20-25 + 15-20?	AA
21		VIII	-	-	AA
22	IX	V	20-25	FS	

23	1985-86 X	V	adulto	UR
24	XI	V	adulto	AN
25	XII	-	-	FS
26	XIII	-	2-3	FR
27	XIV	H + ?	adulta 20-25 + 0-3 meses	AR
28	XV	H + ?	adulta 20-25 + 6 meses	UR
29	XVI	H	30	UN
30	XVII	-	2-6	AR
31	XVIII			
32	XIX			DR
33	XX	H	adulto	UA
34	XXI	-	-	UN
35	XXII	V	25-30	AN
36	XXIII	-	adulto	AN
37	XXIV			UA o AA
38	XXV	-	2	AA

CUADRO Nº VIII..- Recapitulación de las incineraciones arcaicas del Puig des Molins: número, campaña, - sexo, edad y categoría de tumba.

teriales cerámicos, vamos a hacer lo mismo en la presentación de los diversos sistemas de enterramiento. Por una parte, contamos con unas pocas decenas de sepulturas que si resultan numerosas y de gran interés en su restringido marco cronológico ofrecen sin embargo pocas variaciones, y una simple clasificación bastará para distinguir las y estudiarlas. Por otra parte las tipologías presentadas por diferentes autores en los últimos años no han sido usadas a menudo por su excesiva complicación, con tipos, subtipos y variantes poco aplicables, aunque resulten de gran interés a la hora de buscar paralelos y establecer comparaciones (Lindemann, 1974; Tejera, 1979; Bénichou Safar, 1982).

La primera característica común de las sepulturas ebusitanas es que han sido excavadas en la roca madre, con la única excepción de las deposiciones hechas directamente en el suelo, escasas por lo demás. La piedra calcárea del Puig des Molins facilita sin duda la apertura de distintos tipos de cavidades con una inversión de trabajo relativamente baja salvo en el caso de algunas fosas de gran tamaño. No encontramos -- por tanto estructuras aéreas o superficiales, ni construcciones a base de bloques o simples piedras. Estas se utilizan exclusivamente para los sistemas de cubrición y cierre.

El lugar elegido fué, por lo que hoy sabemos, el pie de la colina y el inicio de su falda norte, evitando por tanto la pendiente más marcada de otras áreas del Puig. Las irregularidades de la roca son numerosas, y aunque la zona es bastante llana (especialmente en el solar Via Romana 38), no es en absoluto lisa. Las anfractuosidades fueron a menudo

hábilmente utilizadas, bien sin modificaciones bien sencillamente retocadas para darles formas más anchas cuando se trataba de simples brechas.

La mayor parte de las tumbas se encuentran relativamente espaciadas entre sí y no guardan tipo alguno de orden, aunque sí parecen mantener unas constantes en la orientación en el caso de las fosas. Sin tener en cuenta las superposiciones y destrucciones provocadas por la apertura de hipogeos en la misma zona a partir del s. V a.J.C., se ha podido documentar un sólo caso de superposición: la incineración 1985/IV es una fosa que corta por la mitad la sepultura nº 23, una sencilla cavidad circular. Aunque ambas se hallaron vacías, su tipología nos permitirá precisar las cronologías de este sector.

La característica que mayor unidad concede al conjunto estudiado es la práctica del ritual de incineración, - utilizado en la totalidad de las sepulturas más antiguas. Sólo a partir de la segunda mitad del siglo VI a.J.C. se introduce la inhumación, tanto en hipogeos como en algunas fosas aunque éstas deban fecharse ya en torno al 500 a.J.C. (1).

No entraremos ahora en el problema de inhumación/ incineración, pero sí queremos destacar que a pesar de la frecuencia con que este último ritual es documentado por los

(1) Estas contadas fosas fueron halladas en el solar VR 38, pero sólo una de ellas no estaba saqueada o destruida. - Su ajuar permite fecharla posiblemente ya en el s. V a. J.C., por lo cual no hemos incluido el conjunto en el presente estudio, aunque puedan ser las sucesoras de algunas de las que presentamos.

arqueólogos en múltiples épocas y lugares, no se ha profundizado casi nunca en sus aspectos técnicos y prácticos, limitándose a su descripción y valoración religiosa o social. La solitaria y valiosa llamada de atención de C. Wells hace más de 25 años sólo ha sido parcialmente atendida por Brothwell y algún que otro especialista (Wells, 1960; Brothwell, 1981).

Faltan aún estudios en profundidad sobre disposición de los muertos, preparación de las piras, combustión de los cuerpos, recogida de huesos, etc..., aspectos de gran interés que atraen a médicos y antropólogos, pero escasamente a los profesionales de la arqueología. Afortunadamente en nuestro propio país se han dado algunas aportaciones prometedoras en este campo (F. Gómez Bellard, 1985; Reverte, 1985; 1986).

Existen buenas descripciones, con lujo de detalles, de determinadas incineraciones no sólo históricas, como los famosos funerales de Patroclo que ocupan casi todo el Canto XXIII de la Iliada, sino también de época reciente o actual, por ejemplo en la India donde el hinduismo obliga a la cremación de los cadáveres, que se practica con numerosísimas variantes según la casta a la que pertenece el muerto. No queremos sin embargo trasponer una vez más modelos válidos para un determinado lugar y momento, e intentaremos reconstruir el proceso que conocemos a través de la documentación de nuestras excavaciones.

No cabe duda de que en la necrópolis del Puig des

Molins tuvo que existir un ustrinum, si no más, aunque no se haya encontrado. Salvo en el caso de algunas fosas, auténticos busti en los que la cremación se realizó in situ, la mayoría son enterramientos secundarios, depositados en lugares diferentes de aquél en el que se elevó la pira. Por lo que sabemos gracias a la madera carbonizada recogida abundantemente en los busti mencionados y a los escasos carboncillos mezclados con los huesos de algunas sepulturas, la leña utilizada estaba compuesta principalmente por ramas de pino carrasco (Pinus Halepensis), aunque en un caso al menos se utilizó madera de ciruelo (Prunus domestica), cuya aparición en Ibiza en el s. VI a.J.C. no deja de ser un dato de gran interés (véase Apéndice II). Mezclada o no, esta madera quemaba durante un lapso de tiempo difícil de calcular. A título indicativo reseñaremos que en la India se ha podido observar que con una pira sencilla, para las castas más pobres, hecha de leña o de excrementos secos de búfalo, se necesitan unas tres horas a una temperatura de 850 a 950°C para quemar totalmente el cuerpo (Reverte, 1985, p. 12). En nuestro caso sólo podemos decir que la combustión era buena o muy buena en la mayoría de los casos: incineraciones 1985/XIV, XV, XVII, XXV, aunque en alguna ocasión se han apreciado cremaciones mal quemadas (1985/IX), sin que estemos seguros de que ello sea intencionado e indique por lo tanto un menor cuidado en la celebración del rito.

Las diferencias apreciables en la intensidad del fuego soportado por las distintas partes del esqueleto permite suponer que el cuerpo se depositaba sobre la pira en decú

bito supino. Ignoramos totalmente el tipo de tratamiento que se le daba antes o durante (ungüentos, etc...), pero creemos que cabe suponer que se vertían algunos productos sobre el cuerpo. El hallazgo del aryballos corintio junto con un pequeño cuenco en lo que hemos llamado fuego nº 1 (campaña - 1983, véase supra cap. V, 2), nos induce a pensar que los objetos usados en esta fase de la ceremonia eran destruidos, - arrojándose también al fuego. No sabemos si a la misma pira o a otra hoguera, pero esta segunda posibilidad parece probable si aceptamos la interpretación del fuego nº 1 como lugar de ofrenda y no como una incineración removida.

En el caso de los ustrina, parece seguro que al - muerto le eran retiradas sus posesiones personales. En efecto, los pequeños objetos encontrados: colgantes y aretes de plata, campanilla de bronce, cuentas de pasta, etc., no aparecen nunca quemados, señal de que eran colocados en la tumba con los huesos ya quemados.

Una vez terminada la cremación, los huesos queda - ban mezclados con las cenizas de la madera, y debían de ser recogidos para su definitiva deposición. El cuidado con que se hacía esta operación ha sido valorado muy frecuentemente como una indicación más del prestigio social del muerto. No supone en efecto la misma preocupación recoger todos o sólo parte de los huesos, y la presencia exclusiva de huesos o - también de tierra y carboncillos es el reflejo de que en un caso se han separado minuciosamente los restos humanos de - los demás, mientras que en el otro un cazo o una paleta y -

unos pocos minutos han bastado para tener listo lo que queda del cuerpo para su última ubicación.

Por lo que sabemos en nuestra necrópolis la recogida de los huesos era lo más completa posible, pudiéndose identificar fragmentos de casi todas las partes del esqueleto cuando las incineraciones se conservan bien (1976/I, 1985/XXV...), y podemos suponer que aquéllas que tienen pocos restos han sufrido alteraciones (básicamente, y en el sector de la VR38, el aterraplanamiento para la construcción de la casa en el siglo pasado). Sólo en contadas ocasiones aparecen carbones con los huesos, salvo cuando la cremación se ha realizado en la propia tumba por supuesto, y las escasas piedrecillas encontradas parecen ser en general infiltraciones de las capas de cierre de las sepulturas, ya que casi nunca están quemadas y éste sería su estado si procediesen de debajo de la pira.

Cabe, por lo tanto, creer que todo este proceso de recogida de los huesos, con pinzas, tamizando o simplemente con la mano se realizaba en Ibiza con cierto cuidado. Una vez terminado, se procedía a la deposición de los restos en los diferentes tipos de tumbas que veremos un poco más adelante.

La aparición de algunos busti permite estudiar una variación que se introduce para la cremación. Consideramos como tales las incineraciones 1983/III (mal conservada), 1985/III y por extensión las 1985/IIB y IV, ya que estas tres son tipológicamente casi idénticas aunque sólo la 1985/III se conservara bastante completa.

En estos casos la cremación se había realizado en el mismo lugar de enterramiento, directamente sobre la roca en el primer caso (al que con todas las precauciones se puede añadir la incineración 1985/XIX, si es que no es un ustri num), dentro de una fosa rectangular en los demás casos. Estas fosas presentan la particularidad de tener un canalillo o fosilla central en el fondo, donde se recogen los huesos - al concluir el proceso. Desconocemos si los objetos personales eran también retirados, ya que no nos ha llegado ninguno de estas tumbas. Los cuerpos eran colocados sobre la leña, - con la cabeza hacia el S en la incineración 1983/III y hacia el oeste en la 1985/III. En ésta se atestiguó el único caso conocido hasta ahora de sacrificio animal en la isla, pues aparecieron los restos quemados de un cabritillo de menos de seis meses que acompañaban al muerto (véase Apéndice III). La presencia de cabras en las necrópolis fenicias no es un fenómeno aislado, como más adelante estudiaremos. Parece seguro que en los busti el ajuar de acompañamiento era quemado in situ junto con el cuerpo, según podemos deducir del estado de la lucerna nº 355 de la última incineración mencionada, al contrario de lo que sucede en las otras incineraciones, - como veremos.

Volvamos al proceso más frecuente, en el que los huesos han sido metódicamente recogidos entre los restos de la pira funeraria. Para depositarlos se utilizaron en el - Puig des Molins no menos de cuatro sistemas diferentes, cada uno de ellos con algunas variantes. Hemos asignado a cada - una de ellas una combinación de letras que permitirá abre- -

viar las referencias y usaremos a partir de aquí. Básicamente nos encontramos con:

a) Los huesos se depositan directamente sobre la roca (DR).

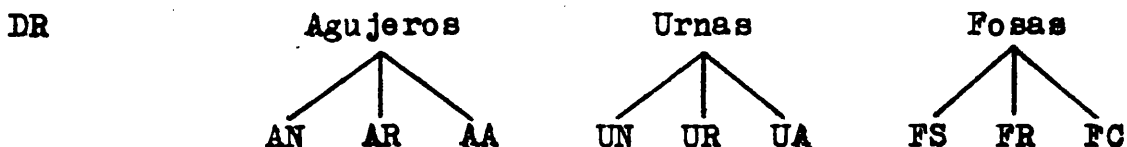
b) Los huesos se colocan en un agujero de la roca, que puede ser natural (AN), haber sido parcialmente retocado (AR) o tratarse de una cavidad totalmente artificial (AA).

c) Los huesos son introducidos previamente en una urna que a su vez es depositada en alguno de los agujeros mencionados en el apartado anterior, y así tenemos urnas en agujero natural (UN), retocado (UR) o artificial (UA).

d) Finalmente los restos incinerados pueden ser colocados en fosas, generalmente rectangulares, entre las que distinguimos:

- fosas simples (FS)
- fosas con resaltes laterales (FR)
- fosas con canalillo central (FC); en este caso la cremación se realiza in situ, como ya hemos comentado.

En resumen, podemos presentar gráficamente todas las variantes como sigue:



En estas diez categorías se integran todas las incineraciones presentadas, que suman 38, ya que no contamos las dobles (véase el cuadro IX, donde no figura la 1985/XXIV

DR	AN	AR	AA	UN	UR	UA	FS	FR	FC
1982/II	1983/II	1982/V	1977/II	1977/I	1983/I	1976/I	1982/I	1985/XIII	1985/II
1982/III	1985/I	1985/VI	1985/VII	1985/XVI	1985/X	1983/I	1985/IX		1985/III
1982/IV	1985/XI	1985/XIV	1985/VIII	1985/XXI	1985/XV	1985/V	1985/XII		1985/IV
1983/III	1985/XXII	1985/XVII	1985/XXV			1985/XX	1985/XVIII		
1983/IV	1985/XXIII								
1985/XIX									
6	5	4	4	3	3	4	4	1	3

CUADRO Nº IX. - Distribución de las incineraciones arcaicas del Puig des Molins entre las 10 categorías de tumbas definidas.

por poder ser AA o UA). A continuación veámoslas con mayor detenimiento.

1. Los casos en que los huesos se dejan directamente en la roca son por muy poco los más numerosos, pero su interpretación presenta varias dificultades. En primer lugar, puede que alguno de los que hemos señalado como tales sean en realidad restos de ustrina muy removidos, contando además que esta variante DR se concentra en la pendiente del Puig (sectores 1982 y 1983), con mayores posibilidades de perturbación. Este tipo de incineraciones ha aparecido normalmente con una cantidad reducida de huesos, lo que desde luego no facilita su valoración. No podemos desdeñar además la posibilidad de que los huesos no fueran simplemente amontonados sobre la roca y tapados, sino de que originalmente estuvieran guardados en recipientes hechos con materiales perecederos como bolsas de tela, cestería e incluso cajas de madera, siguiendo una vieja hipótesis ya avanzada para Cartago (Gsell, 1928, p. 452). Constituyen en cualquier caso uno de los sistemas más sencillos de enterramiento, si aceptamos que al menos algunas de estas incineraciones no son el resultado de remociones o restos de ustrina.

2. La deposición de los huesos en agujeros de la roca más o menos sencillos parece haber gozado también de cierta predilección. Debemos tener presente aquí también que los restos pueden haber sido originalmente envueltos en materias perecederas al igual que en el caso anterior, materias

que no hemos podido detectar.

De todas formas, la disparidad en la preparación o no de la roca es grande y merece ser considerada con detenimiento.

Cuando se usaba un agujero natural de la roca, parece que la única preocupación era que la incineración cupiera, y para ello se usaron indistintamente brechas alargadas o simples rehundimientos del terreno que una vez tapados impedirían que los huesos se desplazaran. En algunos casos parece que se amontonan los huesos con cierto orden, pero en otros las posibles remociones nos impiden asegurarlo. En la incineración 1985/I se aprovechó una cavidad alargada para depositar simultáneamente dos enterramientos bien separados, de adulto y de niño.

Los retoques o arreglos que se hacen en algunos agujeros son variados. En la incineración 1982/V se rompió la roca parcialmente para que adquiriera una sección levemente cóncava y uno de sus bordes fué tallado en arco de círculo. Algo parecido sucede en la 1985/XVII, donde se agranda un agujero preexistente y unos cuantos golpes permiten que adquiriera una forma regular, arriñonada. La 1985/XIV es algo más elaborada, porque además de la cubrición regular sobre la que volveremos presenta un agujero a cierta profundidad, para habilitar el cual se arrancaron algunas piedras en proceso de descomposición. Finalmente, la 1985/VI presenta unas peculiaridades del máximo interés. Una larga brecha natural fué rebajada en un extremo para darle forma semi-circular, mientras que el resto era rellenado con un elemento artifi -

cial, argamasa de cal, para obtener así una estructura casi circular. Los restos fueron dispuestos en la oquedad central habilitada en esta especie de nicho, si se nos permite la - comparación. Este único ejemplo que conocemos, medio retocad**o**, medio artificial, es sin embargo diferente de los otros agujeros artificiales.

En las sepulturas de la categoría AA, de las que - la 1977/II es posiblemente el mejor, la roca ha sido bien - trabajada, diríamos que cincelada, para realizar una cavidad regular que suele tener la boca circular y una sección cónca va o incluso con tendencia troncocónica. Tanto las paredes - como el fondo están alisados, con pocas irregularidades. Los huesos aparecen normalmente en la parte inferior, rodeados o tapados por piedras de diferente tamaño.

3. Si los restos de la cremación son introducidos en un recipiente cerámico antes de ser colocados en tierra, estas urnas son siempre depositadas en algún agujero de la - roca que como en el apartado anterior, puede ser natural, re - tocado o artificial. No tenemos casos de urnas dispuestas di - rectamente en el suelo, pues incluso las que aparecieron más desprotegidas tenían su base apoyada en algún repliegue del terreno, como sucede en la 1985/XXI. Las otras dos urnas en agujeros naturales, 1977/I y 1985/XVI, resultaron bien res - guardadas hasta el punto de haber podido ser reconstruidas en buena parte.

Las incineraciones UR, sólo dos, aprovechan también grietas que son simplemente rebajadas o ampliadas de manera -

que quepa al menos parte de la urna.

En los casos de UA, las cavidades son talladas con sumo cuidado, buscando normalmente para ello una zona llana.

También aquí tienen planta circular y sección troncocónica o cóncava. El mejor ejemplo que conocemos, en el - que además la urna pudo recuperarse intacta (1976/I) permite comprobar que en algún caso la profundidad era suficiente como para que casi toda la vasija quedara por debajo del nivel de la roca madre y por lo tanto bien protegida. Pero esto no era cierto siempre, según se desprende de la profundidad de los agujeros artificiales que hemos podido medir. En la tabla siguiente se recogen todas las medidas que conocemos (en metros), tanto de AA como de UA, y en ella apreciamos como hay valores muy bajos (0,14 - 0,20 m.) que indican que la profundidad no estaba en función de las urnas y de la intención de protegerlas más o menos. Los diámetros muy dispares nos confirman la aparente inexistencia de una norma para la excavación de estas cavidades.

	AA			UA			
	1977/I	1985/VII	1985/VIII	1976/I	1983/I	1985/V	1985/XX
Diámetro	0,35	0,43	0,33	0,63		0,78	0,25
Profundidad	0,25	0,24	-	0,28		0,20	0,14

El recipiente empleado en casi todos los casos para contener los huesos es la urna del tipo Cruz del Negro. - Hemos indicado varias veces que sólo se conserva la base en

muchos casos, debido al aterraplanamiento y remociones del terreno, pero la factura, pasta, etc... de estas bases nos parece inconfundible. La vasija se situaba en posición vertical, a menudo falcada con piedras menudas. Sólo la urna de 1977/I apareció tumbada y aplastada, pero pudo haber caído después de su deposición ya que se apoyaba en un simple repliegue del terreno.

La sepultura nº 10 de la VR38, a la que no se ha dado número de incineración por las dudas referidas en su descripción, es la única que proporcionó una urna diferente. En este caso nos encontramos con una vasija grande y panzuda en su mitad inferior, de un tipo no conocido hasta ahora en la isla, pero de probable fabricación local dadas las características de su pasta. En realidad su tamaño cercano al medio metro hace que pueda considerarse como un ánfora, emparejada con la hallada en la tumba 1E de la necrópolis de Puente de Noy que es, sin embargo, más panzuda y de labio vertical, estando recubierta parcialmente de engobe rojo (Molina-Huertas, 1985, p. 129, fig. 81). En cuanto a la incineración 1983/V, cuyos materiales no están todavía restaurados, no sabemos si la urna talayótica bastante completa que se recuperó contenía los huesos o sirvió para taparlos y protegerlos, al igual que los grandes trozos de ánfora PE-11 que la acompañan.

4. Las fosas son las estructuras más complejas halladas en este sector de la necrópolis. Su característica común es que están talladas en la roca con bastante cuidado y

Nº tumba	FS			FR		FO		
	1982/I	1985/IX	1985/XII	1973	1985/XIII	1985/II	1985/III	1985/IV
Largo	1,65	1,80	1,54	1,10	1,50	1,23*	1,60*	1,46*
Anchura	0,75	0,95	0,54	0,30	0,70	0,95	1,35	0,83
Profundidad (1)	0,90	0,45	0,34	0,85	-	0,82	1,29	0,71
Orientación	N - S	N - S	N - S	N - S	E - O	E - O	E - O	E - O

GUADRO Nº X.- Medidas y orientación de las fosas arcaicas.

* Las medidas marcadas con este signo son aproximadas, por estar las fosas incompletas.

(1) La profundidad de las fosas del grupo FO está medida contando el canalillo central - que posee este grupo.

que son de planta rectangular, aunque es perceptible una ten dencia a tener las extremidades redondeadas, sin formar ángu lo reoto en las esquinas. Por lo demás, difieren sensiblemente en cuanto a medidas y orientación, salvo el grupo FC que es algo más homogéneo. En el cuadro nº X ofrecemos una reca pitulación de estos datos. En él hemos incluido la fosa en contrada en 1973: aunque no hay total seguridad sobre su con tenido, sí puede fecharse en el s. VI por la cerámica halla da en su interior.

Las fosas sencillas tienen una misma orientación - N-S, pero difieren en tamaño y profundidad. Sus paredes no son perfectamente verticales, e incluso la 1982/I las tiene francamente curvas, al igual que el fondo que hace una gran pendiente. La 1985/IX resulta un tanto peculiar ya que no - llegó a ser terminada y sólo se utilizó el extremo sur.

De las fosas con resalte sólo podemos considerar - la 1985/XIII. Su acabado es sin duda el peor de todos, con las paredes sin rebajar totalmente y nada rectilíneas: dá - una impresión de mayor tosquedad. Los resaltes son longitudi nales y estrechos (0,15 m.), situados a 0,25 m. del nivel - del suelo, y servían para apoyar las losas de cierre de las que se encontraron dos in situ, a pesar del saqueo que había sufrido la tumba. Debemos especificar que se encontraron - otras tres fosas con resalte en la VR38 (dos son visibles en la planimetría general del sector, en la esquina NO). Eran mucho más profundas, contenían inhumaciones y como ya hemos mencionado antes, deben fecharse en torno al 500 a.J.C., pro bablemente dentro del s. V (véase supra, nota 1 del presente

Capítulo).

Las tres fosas que presentan un canalillo o fosi -
lla central en el fondo constituyen un grupo más homogéneo.
Por desgracia, las tres están parcialmente afectadas por la
apertura de hipogeos o por los cimientos del edificio VR40.

Situadas muy cerca unas de otras, tienen la misma
orientación y sus paredes son alisadas aunque no perfectamen
te verticales. Tiene un rebaje en el fondo que las distingue
de cualquier otro tipo de fosa que conozcamos en Ibiza. Los
hallazgos de las 1985/II y II así como la fuerte cremación -
que presentan las paredes de la 1985/IV confirman que son au
ténticos busti, y que el cuerpo fué quemado en su interior,
con la vajilla cerámica del ajuar según hemos podido compro
bar en una de ellas, la 1985/III. Esta es sensiblemente ma
yor que las otras dos, con una profundidad que supera con mu
cho la de todas las fosas de este sector.

Con esto quedan definidas, creemos, las 10 catego
rías que hemos presentado dentro de las incineraciones. En
el transcurso de las excavaciones del solar VR38 aparecieron
otras tumbas que cabe considerar arcaicas y que hemos inclui
do en el inventario de la campaña; las sepulturas nº 10, 17
y 20. La nº 10 entraría en la categoría de las urnas en agu
jero retocado (UR), mientras que la nº 20 podría ser una FS
si atendemos a su planta y orientación, pero estaba saqueada
y rellena de material de diversas épocas, lo que impide su
valoración. Más interesante resulta la sepultura nº 17. Es
una fosa profunda de perfil trapezoidal, un unicum también -

hasta hoy, que contuvo probablemente una incineración y fué removida en época antigua, ya que los fragmentos cerámicos - hallados no parecen bajar más allá del s. V a.J.C.

No parece existir un criterio uniforme a la hora - de sellar las distintas sepulturas que hemos visto. Su estudio se vé dificultado por el hecho de que la mayor parte de ellas se han visto afectadas por remociones y obras, al encontrarse muy cerca de la superficie. Esto es especialmente patente en VR38, donde las labores de preparación del terreno para la construcción de la casa payesa afectaron mucho la parte superior de las sepulturas. Si sumamos a ello los saqueos y las tareas agrícolas, comprenderemos que es poco lo que podemos decir de los sistemas de cierre.

Las incineraciones en agujero y en urna debieron - quedar tapadas por un nivel de tierras que constituan su máxima protección. No hemos encontrado cistas ni simples lajas de piedras sobre ellas. Cabe pensar, por lo que se conoce de otros lugares, que al menos las urnas debieron tener alguna tapadera, y así hemos considerado la pieza de engobe rojo nº 377 que apareció en la incineración nº 1985/V, pero no tenemos seguridad alguna. Lo que sí sabemos es que las vasijas - estaban a menudo falcadas por piedras medianas y pequeñas, - destinadas a asegurar su estabilidad en posición vertical. - Algunos de estos círculos o semi-círculos de piedras se han encontrado también en los agujeros, donde no es improbable - que sirvieran para asegurar también los hipotéticos envases de tela o madera de los que hemos hablado. En algunos casos, piedras pequeñas cubrían directamente la incineración, sir-

viendo por tanto de pobre protección a los huesos contra la presión ejercida por las tierras. La incineración 1985/XXV era la que presentaba una cubrición más elaborada, y ésta - era una simple capa de tierra sobre los huesos y por encima dos piedras en posición horizontal, una caliza irregular y un trozo de marés.

Mención aparte merece la incineración nº 1985/XIV. Realizada mediante la extracción de algunas piedras descompuestas hasta obtener una cavidad irregular y alargada, el conjunto estaba sellado por una dura capa de arcilla y un encachado o cubrimiento de piedras medianas y grandes que tenía forma circular. Apareció incompleto, afectado por el pozo del hipogeo 3, pero su disposición con las piedras grandes rodeando las demás no puede sino recordar la de un pequeño túmulo. Este sistema de cubrición tan inusual en el mundo fenicio aleja aparentemente esta sepultura de los demás tipos estudiados.

Sin embargo, la cubrición de piedra si se usa en las fosas, y la de la incineración nº 1985/IX presenta algún punto en común con la que acabamos de ver. Ya hemos dicho - que aunque fuese una fosa de gran tamaño, sólo se usó una parte pequeña. Los huesos y parte del ajuar estaban tapados por una losa plana rodeada por otras piedras más pequeñas - que también hacían un encachado.

Las demás fosas que conservaban parte de la cubrición (1973, 1985/XII y XIII) habían sido tapadas mediante grandes piedras, en general poco trabajadas, simplemente lla

nas y apoyadas en su caso en los resaltes laterales. En la fosa 1985/XIII se conservaba un bloque que cubría casi un tercio de su superficie.

Definidas las características de los distintos tipos de tumba, veamos ahora su cronología.

La escasez de ajuar por una parte y las remociones sufridas por otra no hacen fácil la seriación de los conjuntos, pero a nuestro entender las incineraciones en urnas son las más antiguas de todas. Hemos señalado en efecto que la incineración nº 1985/IV, FC, cortaba un agujero circular bien tallado que denominamos sepultura 23, y que es semejante a los utilizados para depositar las urnas. Pero contamos con otros elementos de datación algo más precisos.

Por una parte fechamos las urnas Cruz del Negro en la segunda mitad del s. VII e inicios del VI a.J.C., rebajando algo la cronología aceptada para otras regiones debido a la forma más ovoide que globular de nuestros ejemplares. En la incineración nº 1985/V se utilizó como tapadera parte de un quemaperfumes de engobe rojo que también colocamos en la segunda mitad del s. VII, y dentro de la urna tenemos un escarabeo menfita montado en plata de un tipo en uso en los s. VII y VI a.J.C. Por todo ello, la fechación en torno al 600 a.J.C. para los enterramientos en urna nos parece adecuada, bien entendido que algunos pueden llegar tal vez a las décadas iniciales del s. VI a.J.C.

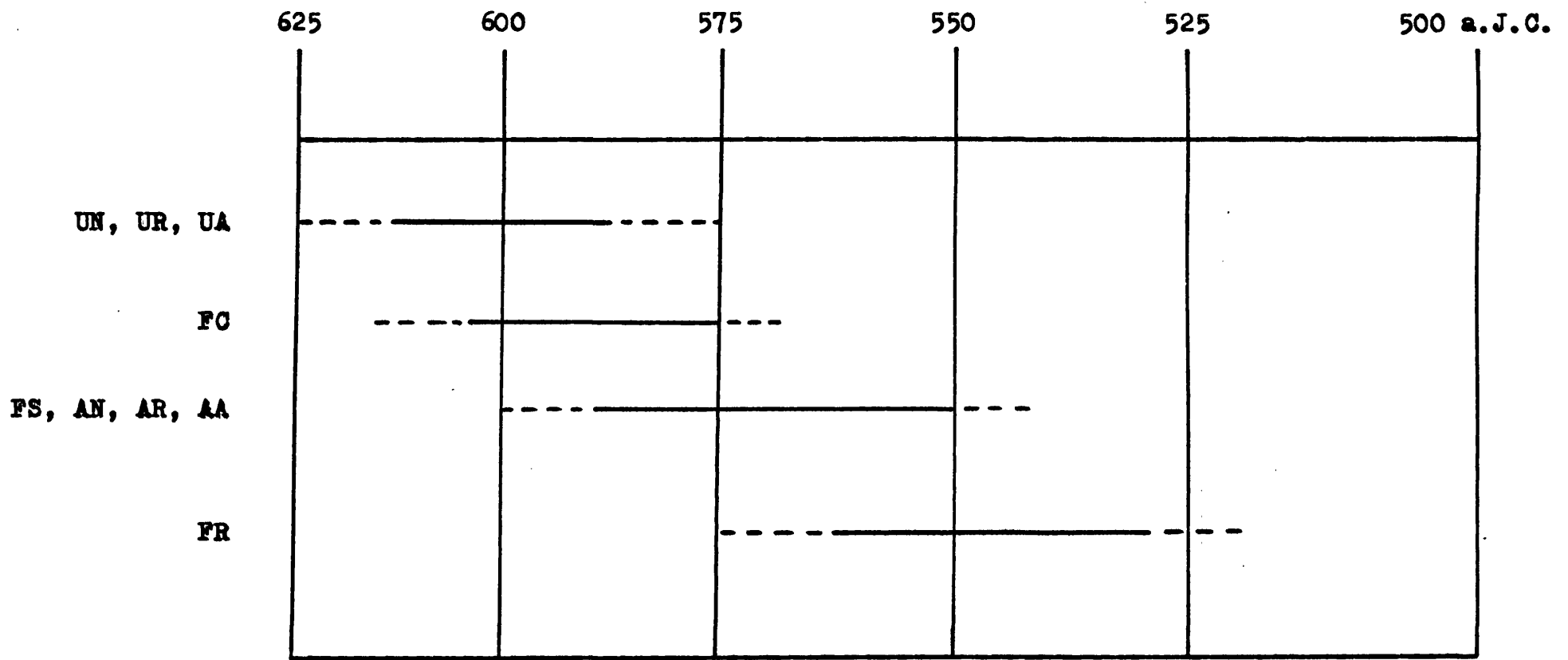
Poco después o solapándose con ellas tendríamos -

las fosas con canalillo central. La 1985/III tenía una lucerna de engobe rojo intacta y como ofrenda algunos platos también de engobe, uno con labio recto y ranura paralelizable - con los platos Guadalhorce B. A la incineración 1985/IIB, - tipológica y ritualmente semejante a la anterior, se le superponía otra incineración (1985/IIA) que estaba acompañada, como elemento principal del ajuar, por un espléndido kantharos de bucchero que no bajamos del 575 a.J.C.. Las FC est - rían pues comprendidas entre finales del s. VII y el primer cuarto del s. VI a.J.C..

Las fosas simples y las distintas incineraciones - en agujeros tienen que ser fechadas más ampliamente. En varios casos dieron como ajuar las ampollas Bisi-3, que data - mos aquí en la primera mitad del s. VI y no han proporcionado material de engobe rojo salvo dos fragmentos en la 1985/XVII que, sin duda, son producto de remociones y por lo tan - to no resultan fiables.

El colgante en forma de nicho de la 1985/XXV tam - bién entra en el s. VI a.J.C., mientras que la presencia de una navaja de afeitar en la incineración 1985/XIV rebajaría algunos enterramientos en agujero hacia mediados del mismo - siglo.

Las fosas con resalte, aunque carecemos de materia - les concretos, parecen ser las más tardías dentro de esta se - cuencia. Ya señalamos como algunas fosas con resalte de inhu - mación, semejantes a las de incineración aunque con distinta orientación, podrían ser como mucho del último cuarto del s.



CUADRO Nº XI. - Cronología de los distintos tipos de incineraciones arcaicas del Puig des Molins.

VI, lo que hace que nuestras FR puedan bajar incluso al período 550-525 a.J.C., dicho esto con las máximas reservas y a la espera de nuevos hallazgos que puedan confirmarlo.

En resumen, las tumbas de incineración que estudiamos se datan en el corto período de tiempo que va, aproximadamente del 625 al 525 a.J.C., en sentido amplio (véase cuadro XI), y si somos más restrictivos y dejamos fuera las FR, de los años inmediatamente anteriores al 600 a.J.C. y posteriores al 550 a.J.C.. Poco más de medio siglo, el tiempo de dos generaciones.

B. El ajuar y la disposición de los restos humanos

Hemos visto las características generales en cuanto a la tipología de las tumbas, su construcción y cierre. - En la mayoría de los casos sabemos que los huesos se depositaban en ellas, sin más. Pero conviene ver ahora algunas disposiciones especiales del interior de las sepulturas que responden a nuestro entender a ritos específicos que nos limitaremos a exponer. Para completar la visión de conjunto, estudiaremos las características de los ajuares funerarios y su ubicación.

Utilizando normalmente piedra calcárea ó marés y, excepcionalmente, argamasa, los colonos fenicios de Ibiza - realizaron algunas estructuras sencillas dentro de las tumbas. Queremos destacar la incineración 1985/VI, en la que como ya hemos detallado se rellenó una brecha natural de la roca con argamasa de cal y se hicieron algunos rebajes hasta -

conseguir una forma circular con un gran agujero en su centro. Dentro de éste se dispuso una auténtica plataforma formada por tres hiladas de piedra con una losa plana y estrecha de 0,40 x 0,28 x 0,05 m., coronando el conjunto. Sobre ella se vertió una capa de tierra en el centro de la cual se situaron los huesos quemados, rodeados por un círculo de piedras menudas, y el conjunto fué sellado mediante una nueva capa de tierra. En lo alto se colocó verticalmente una ampolla de aceite.

La incineración nº 1977/II (AA) presentaba la particularidad de contener dos pequeñas lajas de piedra (una calcárea y otra de marés) dispuestas verticalmente y formando ángulo entre sí, de manera que delimitan claramente las cenizas depositadas en el agujero.

Dos de las fosas FC mejor conservadas, 1985/II y - III, presentan una peculiaridad que podemos interpretar como práctica o ritual. En efecto, en el fondo de estos buti, por debajo de los espesos niveles negros de cremación, apareció una fina capa de arena de aproximadamente 1 cm. de espesor, directamente sobre la roca. Sólo se ha documentado en estos dos casos y buscando una explicación pensamos que esta arena, marina probablemente, se había podido extender por su efecto aislante, separando el cuerpo y la pira de la roca madre. Algo más lejos nos puede llevar la posibilidad de que se trate de un rito específico, y en este sentido debemos hacer referencia a las capas de arena bien diferenciadas halladas en algunos tophets del Mediterráneo central. Tanto en Cartago - como en Mozia, la arena se esparce hasta un espesor de 5 cm.

para marcar la reorganización del tophet y el inicio de una nueva etapa (Cintas, 1970, pp. 316-317; Whittaker, 1974, p. 66). Tal vez en nuestras tumbas simbolice también una idea parecida, el inicio de un nuevo y último estado para la persona muerta.

El tema de la cantidad, calidad y disposición del ajuar dentro de las tumbas ha interesado mucho a los arqueólogos de todas las épocas, aunque debemos precisar que la ubicación de las piezas sólo ha empezado a tenerse en cuenta en las últimas décadas, y aún así no de una manera generalizada. Por lo que respecta al mundo fenicio-púnico, no escapa a esta regla y hoy agradeceríamos poder conocer el lugar exacto que ocupaban en las sepulturas los miles de objetos recogidos en Cartago o la misma Ibiza, por ejemplo.

Fué P. Cintas quien desde fechas tempranas de su investigación se interesó por la aparente obligatoriedad de depositar un ajuar determinado en cada época, sobre todo en los siglos iniciales de la existencia de Cartago. Esta norma no parece ser tan estricta, según los estudios más recientes de Bénichou, aunque en el caso de Byrsa se ha podido comprobar que cuatro vasijas aparecen repetidamente en las tumbas y que a partir del s. VI a.J.C. los objetos rituales fijos son seis (Lancel, 1981, pp. 161-162; Bénichou, 1982, pp. 289-304). En la necrópolis arcaica de Mozia se ha subrayado la repetitiva presencia de hasta 13 cerámicas diferentes, pero parece que sólo tres de ellas constituían el ajuar típico, ya que aparecieron en 124 de las 160 tumbas. Hay que matizar una vez más que las tres juntas sólo se dieron en 37 tumbas,

lo que altera el alcance de la generalización (Tusa, 1978, pp. 63-64).

Para nuestra todavía modesta necrópolis arcaica de Ibiza no podemos profundizar mucho, ya que la escasez numérica aconseja no generalizar demasiado.

Se ha visto que allí donde el ajuar se ha recuperado con ciertas garantías de integridad, suele ser escaso. En conjunto, tenemos una o varias veces representados los siguientes elementos:

- lucerna de engobe rojo
- cuenco pequeño
- ampolla Bisi 3
- joyería de plata (colgantes, cuentas, anillos) y oro (cuenta)
- escarabeo egipcio
- navaja y campanita de bronce
- pieza de hueso
- cuentas de pasta vítrea, ámbar y cornalina.

Con cierta precaución podríamos incluir en esta lista la ollita a mano hallada en la fosa de 1973.

No consideramos estrictamente como ajuar funerario las urnas en las que aparecieron los huesos, pues a nuestro entender tienen una simple función de recipiente que en otros casos cumplen elementos realizados en materiales perecederos, como hemos comentado. No están destinados a acompañar los restos del difunto, sino a contenerlos.

Más discutible es el carácter de algunas cerámicas

normalmente fragmentadas que encontramos en las tumbas, sobre todo platos, como por ejemplo los de las incineraciones nº 1983/II, 1985/III y IX. En consideración al estado en que se hallaron y a su disposición, creemos que cabe interpretar las como el resultado de ofrendas realizadas en el momento del enterramiento o algo después, como veremos más adelante. No son pues estrictamente elementos de ajuar.

En el cuadro XII se puede observar rápidamente el conjunto de las tumbas con ajuar y su contenido. No hemos incluido las dudosas o revueltas, todas aquéllas en las que visto el estado en que fueron encontradas cabe la posibilidad de que el material haya caído o simplemente no forme parte del ajuar.

Lo primero que podemos observar es la gran escasez de objetos, bien patente en todas las categorías de tumbas que hemos definido. Incluso parece que en los enterramientos en urna no se dispone ajuar alguno o casi. De las 10 conocidas (si incluimos la sepultura nº 10 de 1985), sólo dos tienen algún objeto, y ello no es achacable a la destrucción de parte de las vasijas, pues en los casos en que fueron recuperadas enteras sólo aparecieron los huesos. Poco más ofrecen las deposiciones en agujero, con alguna ampolla ocasionalmente, y tampoco las fosas debieron contar con numerosas piezas. Aunque ninguna estuviera intacta, las que se conservan mejor (por ejemplo 1985/III y IX) sólo han dado una cerámica. Podemos recalcar que las ampollas aparecen en agujeros y en fosas indistintamente, pero nunca acompañan los enterramientos en urna. Es un dato que nos afianza en la secuencia cro-

	Lucerna	Cuenco pequeño	Ampolla	Otras cerámicas	Joya plata	Bronce	Hueso	Cuentas pasta y piedra	Otros
1973				Olla a mano					
1982/I			1						
1982/V			1						
1983/III					1	Navaja			1 cuenta oro
1985/I			1						
1985/IIA					2				
1985/III	1								
1985/sep. 10								4	
1985/V					4			8	Escarabeo
1985/VI			1 + 1(?)						
1985/IX		1							
1985/XII			1						
1985/XIII					3	Campanita Aguja		2	
1985/XIV		1				Navaja	1		
1985/XXV					1				

CUADRO N° XII.- Distribución por tumbas de los elementos de ajuar.

nológica que hemos propuesto: urnas y ampollas no se encuentran juntas porque coexisten durante poco tiempo. Pero no se puede descartar del todo una explicación ritual, y relacionar hipotéticamente las ampollas con el lavado de los huesos quemados con aceite que se atestigua en Oriente y del que -- nos habla Homero en la ya mencionada descripción de los funerales de Patroclo. En unos casos se depositarían como único ajuar, en otros no se realizaría ese rito o sencillamente se desechaba el recipiente.

Una segunda constatación sería el neto predominio de los elementos personales de adorno, como son las pequeñas joyas, las cuentas de collar y algún bronce (campanita, navaja). Todos ellos fueron depositados intencionalmente, ya que hemos visto que no acompañaban al cadáver durante la cremación. Es decir, que nos encontramos con un esquema funerario, desde el punto de vista del ajuar y por lo tanto de las creencias, bastante diferente del conocido tradicionalmente para el mundo fenicio-púnico. Se ha subrayado en más de una ocasión (e incluso se ha ironizado sobre ello) que en comparación con otras culturas mediterráneas, las tumbas fenicias y púnicas resultaban de cierta pobreza en cuanto a calidad y cantidad de objetos. Es una afirmación matizable pero no exenta de cierta razón. Sin embargo, para la época arcaica que nos ocupa, tanto en Oriente como en Occidente, existe una clara preocupación por asegurar al difunto, simbólicamente por supuesto, el acceso a algo tan tangible como los alimentos sólidos y líquidos que se ha querido ver representados en los cooking-pots, platos, jarras trilobuladas, bocas

de seta, etc. Estos objetos, como hemos comentado, adquieren en determinadas necrópolis el rango de ajuar casi obligatorio, y si se puede discutir su número concreto y exacta asociación está clara su repetida, continuada y monótona presencia.

Nada de esto sucede en nuestra isla ni en algunos otros lugares que abordaremos, y ello nos ha de llevar forzadamente a poner en duda algunos a priori referentes a las creencias de ultratumba del pueblo fenicio, sobre las que por otra parte se sabe relativamente poco. Pensamos además que las explicaciones de estas variantes en los rituales pueden buscarse fuera del ámbito estrictamente religioso, como son los condicionamientos geográficos, económicos y sociales y en este sentido no deja de ser significativo que algunos de los mejores paralelos para los rituales del Puig des Molins los encontremos en asentamientos que podemos considerar marginales o al menos periféricos respecto a los grandes centros económicos y comerciales.

Poco más podemos añadir respecto al ajuar de nuestras sepulturas. La ausencia de estructuras resta valor al dato de la colocación exacta de cada objeto en el interior de ellas, aunque merezca recordarse la ampolla de la incineración nº 1985/VI, colocada verticalmente en el punto más alto y en el vértice del conjunto, casi a modo de guinda por expresarlo gráficamente. Sabemos que la lucerna de 1985/III debía estar entre el hombro y la cadera izquierdos del hombre allí enterrado, pero por lo demás la mayoría de los objetos, cerámicas o de uso personal, fueron colocados encima o entre los huesos. Como vemos, son datos que no permiten hipo

tetizar seriamente sobre su significado.

C. El culto a los muertos

No pretendemos profundizar en este apartado sobre temas de escatología, sino ofrecer algunos datos observados en el transcurso de las excavaciones que nos permiten adelantar opiniones sobre los rituales post-mortem que de ellos se desprenden.

Hemos hecho referencia en otro lugar a ofrendas - realizadas sobre la tumba. Se ha podido comprobar, en efecto, que al menos en tres ocasiones tuvieron lugar, antes de cerrar la sepultura definitivamente, ceremonias en las que se arrojaron posiblemente restos de comida en el interior. En las incineraciones 1985/III y IX se han encontrado trozos de cerámica, rotos intencionalmente, que no hemos interpretado como parte del ajuar. Los platos de engobe rojo de la primera fueron tirados cuando todavía ardía el bustum, ya que los fragmentos están fuertemente quemados, y la presencia de algunos huesos de cabritillo podría relacionarse con este acto. En la segunda, varias vasijas aparecieron incompletas en el empedrado que cubría los huesos, entre ellas un fragmento de plato de engobe rojo y una olla de cocina a mano que se ha podido reconstruir casi entera.

Este tipo de ofrendas no es desconocido en el ámbito cultural que estudiamos. En Trayamar se hallaron centenares de fragmentos de platos de engobe rojo, junto con algún otro de quemaperfumes, que se han interpretado como el resultado de ritos celebrados sobre la tumba 4 tras su cierre y a

lo largo de algún tiempo probablemente (Schubart-Niemeyer, 1976, p. 202). Exactamente lo mismo ocurre en la tumba 1E de Puente de Noy, con numerosos platos fragmentados recuperados en el profundo pozo de acceso (Molina-Huertas, 1985, pp. 35-37). En esta misma necrópolis aunque con cronología tardía - se atestiguó la ofrenda de restos de cabra (tumba B-C nº 6, s. III a.J.C.). Más cercanos en el tiempo resultan los hallazgos de la necrópolis de Jardín, en cuya tumba nº 11 (fosa de inhumación) se halló un esqueleto completo de cabra - dispuesto sobre los pies del muerto al que acompañaba, y los de la necrópolis sur de Tharros, cuyas fosas 4 y 9 proporcionaron restos de cabra, quemados al menos en un caso (Schubart-Niemeyer-Lindemann, 1972, p. 34; Molina, 1984, pp. 81 y 83). El sacrificio de animales, especialmente de aves, perros (¿del muerto?) y cabra está comprobado en Cartago, pero no de una manera generalizada y en fechas posteriores al s. VI a.J.C. (Bénichou, 1982, pp. 280-81).

¿Cerradas las tumbas, puede pensarse en algún tipo de culto posterior? Así parece deducirse de la aparición de al menos tres cipos en sendas fosas (además del probable cipo de la incineración 1983/V, aún sin estudiar), que pone de relieve la intención de marcar el lugar de la tumba. No podemos desdeñar la posibilidad de que existieran muchas más, dadas las remociones sufridas por casi todas las tumbas en su superficie. Estos cipos debían no sólo marcar un enterramiento para evitar que las tumbas fueran removidas al preparar otras, sino para que las propias familias las encontrasen. En este sentido, las dos incineraciones 1985/II permiten plantear sugerentes hipótesis.

La fosa tenía en el fondo un bustum donde fué cremada una mujer joven. No tenemos el ajuar, pero sobre ella se dispuso un cierre de tierra y piedras, con un cipo probablemente en posición vertical. Muy poco tiempo después (semanas o años, no lo sabemos) la tumba fué parcialmente reabierta para depositar los huesos quemados de un niño de 2 a 5 años, cuya relación familiar con la joven muerta estamos tentados de suponer. Para hacer sitio no se removi6 casi el enterramiento anterior, únicamente se colocó en posición horizontal el cipo rodeándolo de nuevo adecuadamente de piedras. Realizado el segundo enterramiento, creemos que se procedió a una ceremonia, probablemente una libación. En efecto, la disposición del kantharos de bucchero allí encontrado sugiere que no formó parte del ajuar del niño, sino que se usó para verter un líquido (vino tal vez) en un acto relacionable con cualquiera de las dos incineraciones. El papel de los kantharoi en las ceremonias fúnebres ha sido subrayado por M. Gras, especialmente en las necrópolis griegas de Sicilia, como Megara y Siracusa, donde estas cerámicas aparecen sobre o alrededor de las tumbas con mucha frecuencia (Gras, 1982, p. 116).

Restos de platos y posiblemente de comida, vertido de vino... estamos hablando de la posibilidad de que se celebrasen banquetes funerarios (o más modestamente, llamémosle ágape) y ritos de libaciones. El tema es interesante porque cuando no ha sido obviado por la mayoría de los autores, ha sido tratado con prudente reserva. Hasta hace escasos años - predominó la idea de Gsell, quién miraba con escepticismo la

existencia de un culto a los muertos. Para él los cartagineses (no se pueden hacer extensibles sus ideas a todas las áreas fenicio-púnicas) consideraban a los muertos como seres débiles con los que existían un mínimo de obligaciones que cumplir impuestas por la tradición (Gsell, 1928, pp. 466-469). Sin embargo, esta estricta visión, no exenta de un cierto desprecio hacia el pragmatismo púnico, se ha ido matizando. Si en lo que se refiere al banquete funerario no se ha avanzado mucho, no queriendo extrapolar a Occidente datos conocidos para Fenicia en el segundo milenio, un minucioso análisis de las fuentes escritas y arqueológicas ha permitido a Bénichou recoger datos suficientes que atestiguan sin ningún género de dudas la existencia de un culto post-mortem (1982, pp. 283-288). En cuanto a la libación, los estudios más recientes de Debergh dejan suponer su existencia, aunque esta presunción se basa en indicios muy tenues y en la existencia de marcas exteriores que permiten identificar las tumbas (Debergh, 1983).

Toda esta visión corresponde a un lugar determinado y a una cronología demasiado amplia: indudablemente queda mucho por conocer en el campo de la escatología fenicio-púnica, a la que se han dedicado pocos estudios (Fantar, 1970).

D. Aspectos sociales

A partir de la pasada década se ha ido desarrollando una metodología específica para el estudio de los restos funerarios que el mundo sajón denomina Archaeology of Death y que constituye una parte importante de la controvertida --

New Archaeology. La aplicación de esa metodología ha proporcionado algunos resultados excelentes, aunque se haya limitado su campo a la prehistoria y a las culturas primitivas más o menos actuales, con alguna interesante excepción (Forest, 1981). Sin embargo, muchos de sus presupuestos pueden ser aplicados a todos los períodos históricos, y en conjunto han demostrado que de las tumbas y cementerios excavados por los arqueólogos a lo largo de décadas se pueden inferir no sólo datos de tipo religioso y económico, sino que permiten hacer aproximaciones serias a la estructura y organización social de los grupos estudiados (Tainter, 1978; Chapman-Randsborg, 1981).

Dado lo exiguo de la muestra de que disponemos, no nos aventuraremos a generalizar demasiado algunas hipótesis y las pocas afirmaciones que podemos realizar a partir del sector arcaico del Puig des Molins. Creemos que merece la pena, sin embargo, intentar entresacar los que pueden constituir unos primeros jalones para el conocimiento de esa sociedad ebusitana cuya descripción esbozaremos en el próximo capítulo.

La minuciosidad de la excavación y la posibilidad de contar con un exhaustivo estudio antropológico del que ya hemos hecho uso ampliamente (véase Apéndice I), nos permite comprobar si existe en nuestras tumbas una variabilidad en cuanto a edad y sexo.

En el cuadro XIII aparece la distribución por edad y sexo de todos los restos humanos que se han podido estudiar. Aunque la tercera parte no ha podido ser sexada, pode-

Edad	V	H	Sin identificar	Total
0-2			4	4
2-6			5	5
7-11				0
12-14			1	1
15-19		2		2
20-25	4	4		8
25-30	1	1		2
Adulto (+ de 25 años)	3	3	3	9
Total	8	10	13	31

CUADRO Nº XIII..- Distribución por edad y sexo de los restos humanos de las incineraciones arcaicas del Puig des Molins.

mos apreciar que hay un equilibrio entre varones y hembras, que en este área no existe discriminación sexual y que ambos componentes del grupo se enterraban en la misma zona.

El examen de la distribución por edades resulta - más indicativo. Existe una polarización en los extremos de la escala, con numerosos niños de menos de 6 años por un lado, y gran cantidad de adultos jóvenes por el otro, de más de 20 años. Habrá que achacar los primeros valores, como suele hacerse, a las altas tasas de mortalidad infantil que fueron una constante en la mayoría de las culturas hasta nue - tro siglo. Pero la segunda plantea una cuestión de cierta re - levancia: no sólo predominan los adultos entre 20 y 30 años, sino que sabemos que el numeroso grupo que hemos etiquetado como adultos de más de 25 años no sobrepasa apenas los 30, - por lo que se puede afirmar con bastante seguridad que no - hay enterrado aquí ningún adulto maduro y mucho menos añoso. Esta constatación es sorprendente, ya que no podemos achacar el fenómeno a muertes violentas o epidemias al escalonarse - las tumbas a lo largo de más de medio siglo. Recientes estudios de cremaciones realizados sobre poblaciones cultural y cronológicamente bastante cercanas a la fenicio-ebusitana, - como son las incineraciones de Medellín (s. VI a.J.C.) y Pozo Moro (s. V y IV a.J.C. sobre todo), han demostrado que si la mortalidad infantil debía de ser grande y la esperanza de vida corta, numerosos individuos vivían más allá de los 30 - años. Concretamente en Pozo Moro el 55% de los casos estaba comprendido entre los 30 y los 60 años, y si consideramos só - lo el intervalo 40-60 años, seguimos teniendo un 28% (Rever-

te, 1985b, pp. 201 y 276-277; 1986, p. 145). De la misma - Ibiza se han estudiado una veintena de incineraciones fecha- bles en el segundo período de uso de este ritual (s. III-I - a.J.C.), procedentes no sólo del Puig des Molins sino de dife- rentes necrópolis rurales, y aquí también se constata regu- larmente la presencia de personas de más de 40 años en núme- ro respetable (F. Gómez Bellard, 1985; Reverte, 1986, p.145). Hay que desechar la explicación de la posible existencia de un área de la necrópolis, desconocida, reservada a adultos - mayores y otra para gente más joven, porque no se conoce se- mejante dicotomía para esas clases en el mundo fenicio. Debe- mos por lo tanto concluir que el grupo humano establecido en la isla en el s. VI a.J.C. estaba compuesto mayoritariamente por personas jóvenes, y las razones de este hecho parecen - ser de tipo económico o social.

Volviendo a los miembros más jóvenes del grupo so- cial, queremos resaltar dos hechos que nos parecen de cierto interés. En primer lugar la ausencia de individuos entre 6 y 12 años (son los únicos no representados entre los 0 y 30) - nos recuerda las observaciones hechas en el mismo sentido en Cartago por Bénichou, quién sugirió que muchos de los niños muertos a temprana edad (hasta 4 años) podían haber sido que- mados y depositados en el tophet, pero no encontró explica- ción para la falta de sepulturas de niños crecidos entre las miles que se han excavado en la necrópolis tunecina. Debemos confesar que sólo podemos aportar el testimonio del mismo he- cho a la modesta escala de nuestra muestra.

En segundo lugar, el problema de los niños más pe-

queños parece resolverse en Ibiza de manera distinta. La misma autora ha recordado que fuera del tophet sólo se conocen en Cartago unos diez enterramientos seguros de niños anteriores al s. V a.J.C., lo que supone el 0,5% de las tumbas inventariables (Bénichou, 1981, pp. 6-7). Como ella, muchos investigadores consideran que estos niños de baja edad no tenían el status social de los adultos y eran por lo tanto excluidos de las áreas cimiteriales de los mayores o se les aplicaba incluso un rito diferente (Xella, 1981, pp. 16-18). En el caso ebusitano esto no parece ser cierto: los niños son quemados al igual que los adultos y enterrados junto a ellos, a menudo individualmente. A lo sumo se aprecia alguna tendencia a depositarlos en tumbas de tipo más sencillo, como se puede deducir de los datos que exponemos en nuestro cuadro nº XIV.

Hemos ordenado en él una distribución dentro de las categorías de tumbas (DR, agujeros, urnas y fosas) de todos los restos humanos separados por sexo (arriba) y grupos de edad (abajo). Una primera impresión de uniformidad se ve matizada por la comprobación de que los niños se entierran sobre todo en agujeros, el sistema más simple, o incluso directamente sobre la roca. En los casos en que no es así acompañan a adultos, como demuestran las incineraciones nº 1985/II y XV, si bien en la primera de ellas la tumba infantil está perfectamente diferenciada. Creemos en resumen que esta fracción más joven del grupo social no sufre apenas separación o alejamiento del resto de los miembros, aunque parece clara una menor preocupación por su lugar de deposición, que

	DR	A	U	F	
A	V	1	3	1	3
	H	2	3	4	1
	Sin identificar	1	7	2	3

B	0-2		3	1	
	2-6	1	2		2
	7-11				0
	12-14			1	
	15-19		1	1	
	20-25	2	3	1	2
	25-30		1	1	
	Adulto	1	3	2	3
	Total	4	13	7	7

CUADRO N° XIV.- Distribución de los restos por edad y sexo entre las distintas categorías de tumbas.

traduce una menor inversión de trabajo en su realización.

Pero esta observación es aplicable a buen número de adultos que también son enterrados en agujeros. Es cierto que los mayores parecen reservarse las fosas, la estructura más elaborada y que necesita de mayor trabajo para su preparación, lo que nos lleva a pensar que no existe una fuerte variabilidad entre los adultos, regularmente repartidos entre todas las categorías. Nos limitaremos por tanto a concluir en la existencia de una leve variabilidad en función de la edad en nuestro grupo, variabilidad que no es perceptible por lo que se refiere al sexo.

No hemos hecho intervenir aquí todavía el factor riqueza, que se mide normalmente a través del ajuar. La homogeneidad de éste y su similar repartición por todas las tumbas no nos parece significativo en este caso. Carecemos de datos suficientes en nuestra opinión para diferenciar grupos o clases basándonos en esta variable. Si queremos intentar profundizar en este aspecto, habremos de sumar todas las variantes funerarias identificables en el conjunto del registro arqueológico, y para ello seguiremos libremente el esquema propuesto por J. O'Shea (1984, pp. 39-41). Este autor establece veinte clases de variantes agrupadas en seis categorías generales: biología del muerto, preparación y tratamiento del cuerpo, tipo de tumba, ajuar, situación de la tumba en la necrópolis y datos del medio ambiente.

En nuestro caso, podemos sintetizar todos los elementos conocidos del sector arcaico de la siguiente manera:

a. Biología. Se ha establecido una clasificación - por edad y sexo en la que casi todos los grupos humanos menores de 40 años están representados. Falta el del intervalo - 6-12 años, al igual que sucede en otros lugares del mundo fenicio. La ausencia de adultos mayores y de ancianos deberá - atribuirse a motivos sociales. Los estudios patológicos (véase Apéndice I) no señalan especiales características del grupo en cuanto a enfermedades se refiere.

b. Preparación del cuerpo. Todos los individuos - han sido quemados, en general intensamente. Lo han sido con toda probabilidad en ustrina, salvo los enterrados en los - busti FC en los cuáles la incineración se realizó in situ. En todos los casos se utilizó una madera corriente, con toda probabilidad la más abundante en la isla, Pinus Halepensis. En un sólo caso se usó también parcialmente el Prunus Domestica, en un bustum sencillo del tipo DR.

c. Tipo de tumba. Hemos definido cuatro grupos con 10 categorías, que de más sencillas a más complejas serían: DR, AN, AR, AA, UN, UR, UA, FS, FR y FC. El último grupo de las fosas es el único que refleja una inversión de trabajo - netamente mayor que las demás. Por tamaños, complejidad y - acabado, FC parece estar en la cúspide de la escala, y es - precisamente aquél en el que la cremación se realizaba in situ. Tienen además la misma orientación.

d. Ajuar. No hemos apreciado variaciones en cantidad y calidad entre tumbas. Esta variante es poco significativa.

tiva dada la escasa relevancia de los ajuares y las remociones de varias tumbas. Cabe considerar como exótico el kantha ros de buchero, importación de cierto prestigio aparecida - en una FC, pero desconocemos en qué grado se puede valorar - diferentemente del escarabeo egipcio hallado en UA.

e. Situación de la tumba en la necrópolis. No se puede diferenciar ninguna tumba de otra por su posición dentro de lo que llamamos sector arcaico, ya que todas están - dispuestas de forma parecida y a distancias semejantes, aunque no regulares. Unicamente llaman la atención otra vez las FC, ya que las tres conocidas se encuentran bastante cerca entre sí, mientras que las demás están repartidas por toda - el área.

f. Medio ambiente. Carecemos de los estudios pertinentes. Sabemos que el sector arcaico se ubica cerca de la ciudad (menos de 500 m.) y era cómodamente accesible desde - lo que fué el pequeño núcleo de habitat original; para cavar las sepulturas se eligió una zona llana al pié del Puig.

¿Qué conclusiones podemos extraer? Aparentemente - nos encontramos con un grupo social homogéneo, joven, que es sometido al mismo ritual funerario y enterrado con bienes se mejantes, ya sean de adorno o de consumo. Podemos suponer hi potéticamente que las incineraciones contenidas en las fosas más complejas FC, que destacan entre las demás categorías - por diversas variantes, corresponden a individuos socialmente diferenciados, pero sin que exista una separación tajante con los demás miembros de la sociedad. No individualizados -

por razones de sexo o edad (tenemos un hombre, una mujer y - un niño) hemos de suponer su pertenencia a lo que llamaría - mos clase más alta que las demás, en virtud de una mayor riqueza, muy relativa por otro lado, o por el desempeño de algún papel diferente en el grupo por parte de alguno de sus miembros.

Una vez analizados los datos arqueológicos con la mayor minuciosidad posible, creemos conveniente cambiar el ángulo de visión y situar este grupo humano dentro del conjunto del mundo fenicio del que forma parte. Para ello recurrimos al estudio de los antecedentes y paralelos del ritual funerario que nos ha permitido hasta aquí acercarnos a estos primeros colonos ebusitanos. Por marginal o alejado que estuviese de los grandes centros, este grupo sólo puede comprenderse en función del trasfondo cultural del que procede.

2.- La incineración en el mundo fenicio

La tradicional oposición entre la incineración y - la inhumación como rituales funerarios antagónicos ha sido - puesta en duda o rechazada por numerosos autores en los últimos años (Audin, 1960) y la adopción de uno u otro sistema ha pasado de ser la consecuencia de profundas creencias religiosas o de invasiones de nuevos pueblos a tener la consideración de simple moda (Cook, 1960, p. 178).

Personalmente, creemos que deben matizarse ambas - posiciones extremas y reconocer que no hay leyes universales

en la aplicación de un rito. Ciertamente la coexistencia de ambos dentro de un grupo cultural en una misma época, como es el caso en el mundo fenicio arcaico, desdice de una tajante oposición entre los rituales. Pero en el otro extremo la conocida y secular negativa del cristianismo a la cremación de los cuerpos es la consecuencia lógica de una doctrina y no una simple cuestión de gustos.

Lejos, por lo tanto, de poder simplificarse en un sentido u otro, parece evidente que hay que profundizar en las distintas variantes que presentan los dos ritos para poder comparar su puesta en práctica en lugares y comunidades diferentes. No existe una incineración, como no existe una inhumación, sino un conjunto de rituales que parten de un elemento común, la cremación del cuerpo, pero que antes y después de ésta pueden variar sensiblemente entre sí.

Restringiendo el marco temporal y geográfico de nuestra investigación, se ha considerado normalmente que los pueblos semitas no eran sólo básicamente inhumadores, sino enemigos de la incineración (Riis, 1948, p. 44). Pero también se ha constatado que la incineración se dá, aunque sea episódicamente, en toda la fachada mediterránea oriental, desde Anatolia hasta Gaza. Convive con la inhumación en Fenicia y en el Mediterráneo central, y por lo que respecta a las colonias de Occidente, es el rito funerario mayoritario hasta el s. VI a.J.C. Repasemos, pues, los datos disponibles antes de intentar explicar esta aparente contradicción.

Tanto en Mesopotamia como en Anatolia y Palestina se conoce la utilización esporádica de la incineración mucho

antes de la época que nos ocupa, pudiendo citar por ejemplo el caso de Jerichó en el Proto-Urbano A (Bienkowski, 1982, - pp. 88-89). Sin embargo, es el transcurso del segundo milenio cuando se extiende con mayor fuerza el rito, y es muy posible que los movimientos de los pueblos indo-europeos tuvieran relación con esta propagación. En la cultura hitita se practicaba normalmente la incineración y aunque no se ha podido demostrar una continuidad cronológica algunos investigadores creen que son los neo-hititas los responsables de su expansión hacia el sur. La necrópolis de Yumus, cerca de Kar_ukemish, fué excavada justo antes de la Iª Guerra Mundial y - sus resultados muy parcialmente publicados. Allí se encontraron incineraciones datables a partir del s. IX a.J.C., aunque es casi segura su existencia varios siglos antes en una zona sin excavar bajo un moderno cementerio. Al igual que en el cercano yacimiento de Deve Hüyük, los restos quemados son introducidos en urnas que se depositan en cavidades pequeñas excavadas en el suelo. Estas urnas suelen llevar una tapadera, normalmente otra cerámica. Rasgos distintivos son los engobes que recubren algunas urnas, y el cuidado con el que se entierran los niños, que ocupan las tumbas más elaboradas - (Moorey, 1980).

En el norte de Siria existen varios testimonios más de incineración de variable interés. Las viejas excavaciones de L. Woolley en Alalakh no son muy explícitas sobre los casos de cremación, pero su reciente reestudio ha permitido a Bienkowski fijar las más antiguas en el s. XV a.J.C., por lo tanto bastante antes de la irrupción de los Pueblos del Mar

a los que su excavador atribuía la introducción del rito. - Aún valorando la posibilidad de la presencia o el influjo de elementos anatólicos, podemos estar aquí ante un foco inde - pendiente de desarrollo del rito, que coexiste con la inhumación mayoritaria. En ambos casos las tumbas se sitúan debajo de las casas, y no cabe duda de que es más sencillo y más higiénico enterrar así una urna que el cadáver completo con su ajuar (Bienkowski, 1982, pp. 80-81).

Las necrópolis de cremación de Hama son posiblemente las mejor excavadas y estudiadas de toda la zona (Riis, - 1948). Las incineraciones ocupan una amplia superficie en pendiente al sur de la antigua ciudad. Los huesos se introducían en diversos tipos de urnas, de uso corriente, aunque - con frecuencia sin asas, que se depositaban en sencillos - agujeros abiertos en la tierra, rodeándose a menudo de una capa de cal. Platos, cuencos o piedras servían de tapadera, y parece que se envolvía el conjunto en ocasiones con una tela. Se añadían algunas pequeñas cerámicas alrededor o en el interior, y se cubría todo con tierra. La continua utiliza-ción del mismo sector produjo a menudo intromisiones de un depósito en otro e incluso la rotura de urnas, por lo que en una segunda fase se protegieron éstas con gruesas piedras y a veces se colocaron cipos apenas tallados para marcar las sepulturas.

Los individuos enterrados eran de todas las edades pero los recién nacidos no eran quemados y se inhumaban só-los o entre las cenizas de los adultos. Los demás eran quemados en un ustrinum cercano que fué localizado, y dentro de

la urna eran acompañados por restos también calcinados de -- animales especialmente cabra y oveja. El ajuar recogido en -- el interior está compuesto principalmente por objetos de uso personal, tocador, conchas, armas e instrumentos metálicos -- diversos, cuya distribución escrupulosamente observada permi tió a Riis diferenciar las tumbas femeninas y masculinas (no se hicieron estudios antropológicos de los huesos, al pare -- cer desalentados por su estado). La variabilidad en cuanto a edad y sexo es la siguiente:

- de 358 tumbas con identificación de edad, 61% de adultos, 11% de adolescentes, 28% de niños (de los cuales 9% de recién nacidos).

- de 133 casos en los que se ha podido establecer el sexo, 47% de varones y 53% de hembras.

Estas necrópolis, que están en uso durante varios si glos, han sido datadas entre el 1200 y el 720 a.J.C. La in tro duc ción del rito en Hama fué valorada por sus excavadores como el reflejo de la ocupación por los Pueblos del Mar, hi pó t e s i s que Bienkowski y otros autores han rechazado con sólidos argumentos. De todas formas el estudio general sobre -- las cremaciones realizado allí por Riis permanece, cuarenta años después de su publicación, como obra de referencia obli g a d a.

El mismo autor dirigió más tarde la misión danesa de la Fundación Carlsberg en Sukas. En este asentamiento de la costa siria (Hama está en el interior) cuya publicación -- se ha ido retrasando considerablemente, se han puesto al des c ub ie r t o asentamientos, necrópolis y santuarios de diversas

épocas, entre el Calcolítico y la romanización. Por lo que aquí nos interesa, se pudo excavar un cementerio de incineraciones que se inicia al término del Bronce Final (c. 1200 a.J.C.), más o menos en la época de la destrucción del lugar por los Pueblos del Mar, y dura hasta fines del s. X a.J.C. Por desgracia el informe definitivo permanece inédito.

Sí se conoce sin embargo el llamado cementerio greco-fenicio, de finales del s. VII a inicios del s. IV a.J.C. Entre numerosas inhumaciones se encontraron tan sólo cuatro incineraciones, de las que tres son del s. VI a.J.C. (nº 14, 17 y 26). Una de ellas estaba muy arrasada y tenía una gran piedra bien tallada encima, posiblemente un cipo. Las otras dos eran incineraciones en ánfora, una al menos de un tipo - frecuente en Chipre. Los ajueres escasos suelen ser cerámicas de la Grecia del Este, y de hecho se ha supuesto la existencia en Sukas de un número considerable de personas de origen griego o muy influenciados por ese mundo que se enterraban junto a la población fenicia de un pequeño poblado - vinculado al comercio greco-oriental (Riis, 1979, pp. 9-32; 1982, pp. 249-250).

Finalmente cabe citar la necrópolis de incineración en urnas de Rasm et-Tanjara, entre Alalakh y Hama, desgraciadamente también inédita en su mayor parte (Bienkowski 1982, p. 82). Aunque los materiales son parecidos a los de los dos lugares citados, parece ser que el ritual sería algo diferente, con una cronología entre el s. XIII y finales del s. X a.J.C.

Entrado en lo que se considera el ámbito geográfi-

co estricto de Fenicia, son conocidas las viejas referencias de Renan y Macridy a incineraciones en Sidón y Tiro, pero corresponden éstas a una época bastante tardía. Más interesantes y mejor documentadas están las incineraciones de Khaldeh, Atlit y Akzib, así como algunas otras, escasas, en Tell Arqa y Tambourit.

Khaldeh es una gran necrópolis de inhumación sólo parcialmente excavada en 1961-62 por R. Saidah, tras ser des cubierta accidentalmente con motivo de unas obras en las pistas del aeropuerto de Beirút, a diez kilómetros al sur de la ciudad (Saidah, 1966). Las 178 tumbas excavadas estaban dispuestas en dos niveles (IV y III) datables entre el s. X y - finales del s. VIII a.J.C. De ellas 119 eran de adultos, 37 de adolescentes y 22 de niños. El interés para nosotros radica en dos incineraciones en urna recogidas junto a sendas inhumaciones, una probable y otra segura.

En la tumba nº 3 apareció una urna pintada de dos asas llena de huesos quemados junto a un esqueleto cubierto de piedras y rodeado de su ajuar cerámico, que incluía una - jarra trilobulada de engobe rojo. Saidah no indica que se - trate de huesos humanos, aunque así lo consideran después diversos investigadores.

Más clara es la incineración de la tumba nº 121, - muchas veces publicada en los últimos años. Es una sepultura construida con grandes bloques de piedras qe medía más de 3 metros de largo por 1,70 m. de ancho. En su interior apare - cieron un esqueleto completo y numerosas cerámicas, entre - las que había tres urnas de buen tamaño. La mayor contenía -

huesos humanos sin quemar, entre ellos dos cráneos, y una de las otras restos humanos incinerados (su excavador remite a futuros estudios para confirmarlo.).

Como vemos, además de poco claras, estas dos incineraciones son totalmente excepcionales en el conjunto de la necrópolis. Ambas tumbas pertenecen al nivel III, datado a lo largo del s. VIII a.J.C.

En Tambourit, a escasos kilómetros al sureste de Sidón, fué encontrada casualmente una tumba excavada en la roca, de más de 2 m. de profundidad. Su destrucción por la máquina que tropezó con ella impidió conocer más detalles, pero se salvaron once cerámicas que había en su interior. Además de algunos platos y jarritas, cinco recipientes contenían sendas incineraciones. Cuatro de ellos eran urnas con decoración pintada de una o dos asas, y la quinta un pyxis de estilo geométrico procedente con bastante seguridad de la Argólida (Courbin, 1977). El interés del conjunto se vé aumentado por la datación propuesta, del 850/825 al 800/775 a. J.C., a lo largo del cual se repartirían los materiales, lo que llevó a su investigador a pensar que podría tratarse de una tumba familiar empleada a lo largo de dos o tres generaciones (Saidah, 1977), para proponer posteriormente una datación más concreta en el último cuarto del s. IX a.J.C. (Saidah, 1983, p. 213).

En el norte de Fenicia, no muy lejos de Trípoli, se han descubierto algunas incineraciones en Tell Arqa. Consisten en fosas rectangulares muy cerca de las cuales se encuentran otras fosas en las que se ha realizado la cremación.

Están cubiertas o cerradas por ladrillos y el ajuar cerámico es abundante. En la T.1 se hallaron numerosas ánforas y una espada de hierro. En los ustrina probablemente individuales se arrojaron vasijas pequeñas de diversos tipos, entre ellos cuencos y platos, que aparecieron fuertemente quemados. La cronología que se ha establecido para estas escasas incineraciones es de finales del s. VIII e inicios del s. VII a.J.C. (Thalmann, 1978, pp. 69-73; 1983, pp. 218-219).

No podemos dejar de citar el importante lote cerámico del Museo de Beirut publicado hace algunos años por S. Chapman (1972). En él se encuentran numerosas urnas y algunas ánforas, y buena parte procede de Qrayé, en las cercanías de Sidón y de Khirbet Silm, Joya y Qasmich en el área de Tiro. Se trata de necrópolis en las que al parecer coexistieron inhumación e incineración, pero desgraciadamente fueron excavadas en los años 20 sin ninguna garantía y no se sabe prácticamente nada de los contextos.

Ya en Palestina encontramos la necrópolis fenicia de Akziv (o Achzib), cuya memoria definitiva no ha sido publicada aún. Excavada entre 1958 y 1963, se hallaron cuatro tipos principales de tumbas, en tres de los cuáles se utilizó la incineración. En efecto, en el llamado cementerio sur coexistieron:

- enterramientos individuales, tanto de inhumación como de incineración.
- enterramientos en los que ambos tipos están asociados.
- tumbas excavadas en la roca, colectivas, donde -

aparecen algunas cremaciones entre las inhumaciones mayoritarias (Prausnitz, 1959; 1969).

Las incineraciones de los primeros tipos están recogidas frecuentemente en urnas de dos asas, depositadas al fondo de una fosa a veces por parejas y tapadas por un plato o fuente, además de una fuerte capa de arcilla, pero también se recogen en cuencos (Prausnitz, 1966, p. 178). El ajuar es tá compuesto por jarritas de diversos tipos y se encuentra a menudo pequeños objetos de uso personal (anillos, brazaletes, escarabeos...) dentro de las urnas pero nunca quemados (Prausnitz, 1982, pp. 35-36).

Se han documentado casos en que las urnas acompañan a un inhumado, llegándose incluso a colocar a éste en de cúbito supino con la cabeza apoyada en una urna llena de huesos calcinados. En los casos de hipogeos, que además del pozo de acceso tenían una apertura en la parte superior para colocar un altar de ceremonias, se encuentran centenares de inhumados en cada cámara que constituyen un auténtico panteón familiar en uso a lo largo de toda la existencia de la necrópolis, desde mediados del s. X a finales del s. VIII a.J.C.. Entre los huesos aparecen algunas cremaciones, pero no se han podido individualizar y contabilizar.

Este cementerio sur de Akziv parece corresponder a la población fenicia del lugar, mientras que el cementerio este, con tumbas colectivas de inhumación y ritos muy distintos se ha atribuido a los Israelitas allí instalados, modelo éste de una convivencia varias veces referida en la Biblia: Jueces, 1, 27-35.

La necrópolis de Azor (cerca de Tel Aviv), posiblemente una de las más ricas de Palestina en la Edad del Hierro, sólo ha proporcionado un único caso de incineración de notable interés, fechable en la segunda mitad del s. XI a.J. C.. Se trata de una estructura más o menos cuadrada de cerca de 1 m. de altura, construida a modo de cista con piedras de buen tamaño. En el centro se depositó un ánfora de hombro - marcado que contenía los restos quemados de un adulto y un niño, que fué cubierta por las distintas piezas del ajuar, - entre ellas un cuenco de bronce (Dothan, 1961, p. 173). Identificada como filistea por su excavador, su cronología ha sido rebajada y su adscripción cultural puesta en duda (Culican 1973, p. 103, n.24).

También en Palestina se encuentra la necrópolis de Atlit, en la costa, que corresponde a un asentamiento puramente fenicio que se ha querido identificar con Arad de los Sidonios. Las excavaciones llevadas allí a cabo en los años 30 constituyen, gracias a su rápida y más que aceptable publicación, una referencia obligada y uno de los lugares donde mejor se ha analizado el ritual funerario (Johns, 1937).

En el sector que nos interesa se descubrieron un total de 18 enterramientos, alguno de ellos doble, todos de incineración menos uno. Los restos corresponden a hombres y mujeres, adultos y niños. Normalmente los cuerpos eran colocados directamente en el suelo y quemados in situ. Apparentemente no había una norma para la orientación y los cuerpos - se hallaron en decúbito supino o flexionados. La combustión afectaba a la totalidad del ajuar, pero no era muy intensa y

además las piras eran apagadas echando tierra sobre ellas an tes de la total cremación del cadáver. Los objetos que le - acompañaban eran los normales de adorno, joyas, amuletos, - etc., de plata y bronce, hallándose un escarabeo egipcio, y diversas cerámicas de tamaño pequeño y mediano entre las que destacaremos las lucernas de un pico. En muchos casos las - piezas fueron rotas intencionalmente en o junto a la pira, - lo que testimonia la realización de ofrendas en el transcurso de la ceremonia.

Además de estos busti apareció un solo enterramiento en urna (XVIIc), con el recipiente tapado por un plato y depositado junto a las demás tumbas. Parece que la situación de éstas era conocida, dada la perfecta orientación y la inexistencia de remociones o superposiciones. Podrían haber - existido marcas o elementos de señalización en la superficie pero si fué así resultaron destruidos por las grandes obras realizadas en época de las Cruzadas (la necrópolis está junto al llamado Castillo de los Peregrinos).

La cronología del conjunto se escalona a lo largo del s. VII a.J.C., pudiendo existir alguna incineración más antigua ya que sólo se excavó un sector. La única inhumación (II) se fecha en el s. VI a.J.C. y marcaría la desaparición de la incineración y la transmisión a otros tipos de rituales que se plasmarán en las tumbas de pozo excavadas en la roca del llamado cementerio Atlit Sureste, también excavado por - Johns (1933).

Hemos indicado al principio que Atlit es considerado como un establecimiento fenicio, sin aparentes intromisiodo

nes indígenas según parecen indicar la necrópolis y sus materiales. La situación es diferente en dos importantes yacimientos palestinos excavados por Sir Flinders Petrie: Tell Fara y Tell Ajjul.

En Tell Fara, en el valle del Jordán, las incineraciones en urna son auténticas intrusiones entre las grandes tumbas colectivas de inhumación, construidas con bloques de piedras rectangulares. Un total de 37 aparecieron en el llamado cementerio 200 o de Beth Pelet I. Se hallaron enterradas, tapadas en ocasiones con un cuenco o plato y acompañadas de un reducido ajuar compuesto por jarritas y elementos de hierro y bronce, entre ellos puntas de flecha. Las sepulturas de inhumación, con ritual y ajuar bien diferentes, fueron fechadas entre las XX y XXII dinastías (1200-745 a.J.C.) por Petrie y Tufnell, pero posteriormente se ha considerado que estuvieron en uso entre el 1000 y el 800 a.J.C., mientras que las incineraciones irían a lo sumo del 950 a fines del s. IX a.J.C. (Culican, 1973, p. 96).

Tell Ajjul está situado cerca de Gaza y allí aparecieron escasas cremaciones en una necrópolis mayoritariamente de inhumados. También se trata de enterramientos en urna con escaso ajuar, de cronología semejante a Tell Fara.

Finalmente, en el extremo sur de Palestina, muy cerca igualmente de Gaza, está la necrópolis de Tell er-Regeish (o de Abu Rugeish). Excavada en 1940, algunos de sus materiales fueron dados a conocer en años sucesivos, pero la mayoría de los datos y algunos objetos se perdieron durante la Guerra Mundial y los posteriores sucesos de Palestina. Cu

lican pudo completar un estudio aproximado de conjunto mucho después (1973).

La necrópolis estaba en un pequeño altozano junto al mar, y en él se hallaron 32 incineraciones en urnas de diversos tipos, además de una tumba que sólo contenía cuatro - cráneos no quemados. Las urnas se depositaron en agujeros - bien diferenciados abiertos en la arena, normalmente cubiertas por un cuenco y acompañadas de jarritas de diversos tipos entre las cuales había varias de engobe rojo. También se usaron ánforas como contenedores de los restos. Estos tam- - bién se perdieron en los años 40, aunque se sabe que correspondían básicamente a adultos y adolescentes. La cronología propuesta por Culican es de mediados del s. IX a.J.C., y - cree que se trata del cementerio de una población fenicia - instalada en una escala del comercio hacia Egipto, pero también hacia Arabia, pues no hay que olvidar que hubo una expansión fenicia hacia oriente.

Este es el panorama actual de la investigación, - muy abreviado, en los lugares de origen de los colonos fenicios occidentales. Compartimos las conclusiones de Bienkowski en su trabajo varias veces citado, en el sentido de que - la extensión de la incineración en el Próximo Oriente sobre todo a partir de la segunda mitad del segundo milenio no debe ponerse forzosamente en relación con la llegada de gentes nuevas, como se ha hecho a menudo atribuyendo este ritual a los Pueblos del Mar. La cremación de los cuerpos ya es conocida esporádicamente en la zona, y al menos en el sur de Anatolia y norte de Siria se dan numerosos casos antes de la



crisis provocada por esos pueblos.

No entraremos en discusión sobre hititas e indo-europeos, lo que nos interesa es la aparición y uso de la incineración entre los fenicios. Aunque minoritaria, hemos visto que sí está documentada su utilización tanto en Fenicia como en Palestina, aquí en lugares donde hay colonos instalados. Hay una aparente contradicción subrayada por Bienkowski en el hecho de que las fechas más antiguas corresponden a las teóricas colonias como Tell Fara o Tell Ajjul (desde 950 a.J.C.), mientras que hasta el s. IX no se documentan en la madre patria. El hecho es sugerente en sí e invitaría a buscar una explicación aplicable a las colonias del otro extremo del Mediterráneo, en el sentido de relacionar el carácter de emigrados, alejados y porqué no aventureros de los habitantes de las colonias con la adopción del ritual incinerador. Volveremos sobre la idea, pero queremos expresar aquí nuestras dudas sobre la mayor antigüedad del rito en el sur de Palestina que en la propia Fenicia, ya que es un argumento ex-silentio que el propio proceso de investigación (totalmente estancado por desgracia en el Líbano) puede hacer caer. Nos parecen una base escasa los poco más de 75 años que separan las incineraciones sur-palestina de las de Tambourit, - por ejemplo.

Se ha pensado que la introducción de la cremación entre los semitas se debió a los contactos con los griegos - del período geométrico (Saidah, 1977, p. 146, n. 16). Es cierto que en Grecia hay casos esporádicos al final del Micénico III, y el ritual se expandió irregularmente en los si-

glos siguientes, con grandes variaciones cronológicas y geográficas: plena aceptación en Creta y Arica, reticencias del Peloponeso... En el caso de Atenas la incineración gozó de preferencia desde finales del submicénico hasta mediado el geométrico (c. 800 a.J.C.). A lo largo del s. VIII resurge con fuerza la inhumación, para ceder el paso momentáneamente a la incineración durante el s. VII y volver en el s. VI a. J.C. (Cook, 1960, p. 178). Pero de una manera general, el panorama no es tan claro, y cada región debe ser estudiada individualmente.

Los enterramientos de incineración griegos son básicamente de dos tipos: directamente en pequeñas tumbas de pozo tapadas con piedras o bien en urna también enterrada y cubierta. Puede aparecer además esporádicamente en los tipos diversos reservados habitualmente para la inhumación: sarcófagos, cistas, ... (Snodgrass, 1971, pp. 142-143).

La observación de su progresiva expansión ha permitido a Snodgrass resaltar que las primeras cremaciones se dan en las orillas orientales del Egeo y en las islas del Dodecaneso, lugares en donde se mantendrán con fuerza, además de Creta. De ello se deduce la influencia anaóllica y más concretamente hitita, cultura que practica el rito desde c. 1.600 a.J.C. (1971, p. 189).

No es por lo tanto desdeñable la idea de que el contacto con el ritual griego hubiera inducido a los fenicios de algunos lugares a adoptar la incineración con mayor o menor éxito. Estos contactos serían más factibles para marineros y comerciantes que frecuentarían sus clientes o cole

gas helénicos en lugares como Creta y Rodas, donde su presencia ha sido perfectamente documentada (Coldstream, 1969; - 1982; Negbi, 1982).

Para terminar este tour d'horizon en oriente, hemos de referirnos forzosamente a Chipre. Estratégicamente situada entre las tres áreas que hemos visto por las que se extiende la incineración, la gran isla parece sin embargo haber sido inicialmente impermeable a este rito. A lo largo de toda su Edad del Bronce se practicará exclusivamente la inhumación, normalmente en tumbas de cámara y pasillo de diversos tipos y tamaños (Cassimatis, 1973). Sólo se conoce actualmente una excepción, la tumba nº 40 de Kaloriziki, cerca de Kurion, donde un hombre y una mujer fueron incinerados y sus restos depositados en una cámara sin pasillo, con un riquísimo ajuar, lo que ha hecho suponer que se trataba de un reyzeuelo (había un cetro de oro) o notable no-chipriota (Mc Fadden, 1954). Sólo a partir del s. VIII a.J.C. bien entrado, se empezará a quemar a los muertos en Chipre, siempre de forma esporádica y muy especialmente en aquellos lugares donde la influencia griega es más notoria. La necrópolis de Salamina ha proporcionado algunos ejemplos, como la tumba nº 1 (c. 750 a.J.C.) con rico ajuar y un ritual indudablemente griego, así como las nº 19 y 31 (s. VII a.J.C.) en las que los cuerpos incinerados habían sido depositados en urna en un caso y directamente en el suelo en otro, dentro de sus respectivas cámaras (Karageorghis, 1969, pp. 25-27 y 72-73).

Forzosamente nos interesa examinar la implantación del rito en las colonias fenicio-púnicas del Mediterráneo -

central y occidental, y para ello empezaremos por Cartago si guiendo un orden geográfico aproximado y excluyendo Malta y Gozo, para los que no hemos encontrado ningún caso de cremación.

Entre los centenares de tumbas de cronología alta excavados en diferentes sectores de la necrópolis de Cartago (Dermech, Juno, Byrsa, ...), son contados los casos de incineración repertoriados. Se incluirían en los tipos III, IV,1 y VII de Bénichou:

- tipo III: alveolos de incineración, cavidades - irregulares o cúbicas en el suelo en las que se depositan di rectamente los huesos o se introducen previamente en una urna.

- tipo IV,1: pozzi o pozos estrechos y relativamen te profundos, tapados con una piedra; los huesos se deposi - tan en el fondo, protegidos a veces con una pieza de ceste - ría, y se acompañan de una sola cerámica como ajuar.

- tipo VII: fosas individuales excavadas en la roca, con o sin laja de cubrición, a veces de paredes recubier tas de argamasa.

En ningún caso parece que la incineración se reali zara in situ, por lo que hay que suponer la existencia de us trina, uno de los cuales posiblemente encontró el P. Delattre en la colina cercana a Ste. Monique, de época más avanzada - (Bénichou, 1982, pp. 69-70, 101-102 y 237-248).

Muchas de las fosas se hallaron en el sector de Der mech, mientras que los pozos se encontraron sobre todo en Ju mech.

no, En éstos es norma que los huesos y las cenizas de la pira se entierren en recipientes separados. En cuanto a la colina de Byrsa, las excavaciones más recientes y mejor documentadas sólo han permitido descubrir tres incineraciones en el conjunto de 27 tumbas excavadas en el llamado nivel funerario. Entre las fosas de inhumación apareció una incineración (A. 143) de adulto depositada en el pozo de otra tumba. Los huesos fueron agrupados pero dispuestos directamente en el suelo, protegidos por un rico ajuar compuesto por un ánfora fenicia oriental, una jarrita trilobulada, un kotylos proto-corintio, dos cooking-pots y una jarrita de boca de seta; en el interior del ánfora aparecieron numerosos trozos de piezas diversas de marfil y hueso, trabajadas o en bruto, que han permitido sugerir que se trataba de la tumba de un artesano (Lancel, 1983). Las otras dos incineraciones son infantiles. La A.141 era un ánfora Cintas 268 en cuyo interior se hallaron los huesos de un niño entre 6 y 12 meses, además de una sencilla jarrita sin decorar y de dos conchas marinas (lapa y cyprea). La A.155 es una pequeña cavidad excavada en la roca de menos de 0,20 m. de diámetro. Contenía los restos de un niño de 3 a 4 años, con fragmentos de un aryballos protocrintio, tres cuentas de pasta vítrea y una aguja de bronce.

Este conjunto funerario de Byrsa ha sido considerado como el cementerio de una clase media (en comparación con las grandes tumbas construidas de áreas cercanas), pero no pobre, dada la relativa riqueza de los ajuares (Lancel, 1982 pp. 261-364).

En resumen, la incineración es en Cartago un rito absolutamente minoritario en época arcaica, que desaparece totalmente en torno al 600 a.J.C. (Bénichou, 1982, p. 329). Sin embargo, se rechazan actualmente las viejas interpretaciones que suponían que las personas incineradas eran no-fenicias, extranjeros instalados en la ciudad, y se tiende más a buscar la explicación en un problema de espacio, como se supone que sucedió en Mozia, o en una simple coexistencia de ritos sin mayor trascendencia religiosa, sin desdeñar razones sociales como es atribuir la incineración a los navegantes que mantenían contactos con los griegos (Cintas, 1976, pp. 289-293).

En Sicilia el rito de la cremación tiene tal vez una de sus mejores representaciones en la necrópolis arcaica de Mozia. Las tumbas conocidas de las excavaciones modernas, más de 160, son todas de incineración, y a ellas hay que añadir las excavadas por Whittaker a principios de siglo, de idéntico rito y cronología (Whittaker, 1921, esp. pp. 206-213 y 248-260). Se trata en general de cavidades medianas abiertas artificialmente en la roca, llegando a obtenerse en las más antiguas un hueco circular de 0,50-0,80 m. de diámetro y 0,50-0,60 m. de profundidad. Se han establecido tres tipos principales para la deposición de los huesos:

tipo A: parecidas a cistas, las tumbas están formadas por seis lajas de piedra, cuatro laterales, una de base y otra de cubrición, que se encajan en un agujero excavado en la roca o la tierra o bien que se depositan directamente en la roca, bien trabadas.

tipo B: los huesos son introducidos en una urna o sobre todo en un ánfora, que se deposita en una cavidad tallada regularmente en la roca.

tipo C: el recipiente usado es un pequeño bloque monolítico de piedra, con una fosilla para contener los huesos; se cubría con una laja o con otro bloque similar de piedra; el conjunto se deposita sobre la roca o en un agujero artificial.

El tipo B es el más generalizado, con 75 casos, seguido del tipo A (54 tumbas) y del tipo C (11). El resto se reparte en 18 casos en que los huesos y el ajuar se deposi-tan directamente en la roca, sin estructura alguna.

El ajuar rara vez es numeroso, y en ocasiones ni existe. Está formado abrumadoramente por cerámica fenicia, - con un 9% tan sólo de importaciones, protocorintias en general. Sólo 15 tumbas llevaban algún objeto metálico en su - ajuar, casi siempre elementos personales de adorno. Escasean los amuletos, salvo algún escarabeo de pasta.

No se han realizado estudios antropológicos, pero se ha supuesto que las incineraciones se realizaban en el - llamado luogo di arsione, donde también se quemarían los niños que luego se enterrarían en el tophet cercano.

La cronología de la necrópolis arcaica de Mozia es de fines del s. VIII a inicios del s. VI a.J.C. (Tusa, 1972, pp. 5-81; 1978, pp. 5-65).

En Cerdeña se encuentra mejor representada la incineración, apreciándose ciertas variaciones en los rituales -

que los hacen parecerse bastante a algunos de los que hemos visto en Ibiza.

Entre las diversas fases funerarias que se han documentado en Bithia (Torre de Chia), G. Pesce excavó un sector en el que encontró 17 incineraciones depositadas en pequeñas cavidades artificiales hechas en la roca. Estaban situadas junto al conocido templo de Bes (debajo del cual indudablemente existen más) y cerca también del no menos notable depósito de figuras votivas cilíndricas (Pesce, 1968, pp.323-328).

Las cavidades están regularmente excavadas en la roca, son de planta circular y sección en forma de embudo. Sus medidas oscilan entre los 0,20 y 0,35 m. de diámetro, y los 0,30 y 0,45 m. de profundidad, y como elemento de cubrición y cierre presentan a menudo un empedrado de guijarros que puede disponerse formando un círculo sobre la cavidad. Bien quemados, muchos de los huesos pertenecen a niños de muy poca edad. No están acompañados por objetos, y si hay ajuar éste es muy sencillo: alguna cerámica pequeña a mano, identificada como nurágica a veces. Excepcionalmente la tumba nº 17 contenía una olla a mano con un asa y dos ampollas globulares del tipo Bisi 3, que permiten fechar la necrópolis en la segunda mitad del s. VII o primera del s. VI a. J. C. Su excavador no la considera estrictamente fenicia ni nurágica, sino como un lugar en el que se aprecian influencias de ambos mundos. Creemos sin embargo que la disposición, cronología y emplazamiento no permiten dudar de su carácter fenicio.

Recientemente se ha dado a conocer la noticia del hallazgo de otra necrópolis en Bithia, con cuatro períodos de utilización (A-D) entre finales del s. VII a.J.C. y fines del s. II d.J.C. Al más antiguo (D) corresponden unas incineraciones depositadas en urnas o bien en el interior de unas cistas de piedras, acompañadas por un rico y variado ajuar cerámico entre el que se cuentan importaciones griegas y etruscas. Fechadas entre finales del s. VII y mediados del s. VI a.J.C., estas tumbas presentan además el interés de contar con la presencia regular de armas de hierro (Barreca, 1982, pp. 181-182). Indudablemente este rasgo casi desconocido en el ámbito fenicio y la utilización de cistas hacen de esta necrópolis un especial punto de referencia, cuya publicación esperamos permita valorarla convenientemente.

Pani Loriga (Santadi), también en el SO de la isla es un asentamiento militar fenicio insuficientemente publicado a pesar de su interés. En la ladera de la colina sobre la que se asienta la fortaleza fué localizada una extensa necrópolis de incineración, de la que en una primera campaña -inédita- se excavaron alrededor de 150 fosas. Estas son muy sencillas, abiertas en la roca, y aparecen llenas de cenizas entre las que se hallan los huesos fragmentados y el ajuar cerámico, a excepción de un caso de inhumación. Es posible que los huesos se depositaran originalmente en recipientes de tela. La cremación no se realizaba in situ, aunque no se ha podido localizar ustrinum alguno. La cronología propuesta es del s. VII a.J.C. (Barreca, 1971, pp. 20-22).

Posteriores excavaciones en la misma área han per-

mitido concretar el ritual y matizar la cronología, mediante el estudio de varias decenas de fosas más. Son de forma aproximadamente circular o elíptica, de menos de 2 x 1 m. con una profundidad que sólo en dos casos sobrepasa los 0,30 m. Están mal delimitadas sobre la roca, con una orientación - aproximada E-O. Los restos quemados de niños y adultos aparecen acompañados por cerámicas diversas: ampollas, platos, jaras de boca de seta y trilobuladas, etc., además de frecuentes joyas pequeñas, siempre en plata. En ningún caso se ha podido comprobar tampoco la cremación en la misma fosa. El excavador propone una datación de la primera mitad del s. VI a.J.C., estimando que la de su predecesor es excesivamente - alta. (Tore, 1975, pp. 365-374).

El asentamiento militar de Monte Sirai, al NO de Pani Loriga, es sobradamente conocido desde hace años, habiéndose excavado la fortaleza, el tophet, y la necrópolis - de hipogeos. Sin embargo, muy recientemente se ha localizado y está en proceso de investigación una necrópolis arcaica, y los primeros avances preliminares han permitido apreciar el enorme interés del conjunto funerario a través de la exposición detallada del ritual (Bartoloni, 1985).

El rito utilizado es básicamente la incineración - en fosa (12% de inhumaciones), efectuada bien en ustrina - bien directamente in situ. En el primer caso, el ustrinum se situa cerca de la fosa, y se encuentran en él algunos restos de huesos y fragmentos sueltos de cerámica muy quemados. La mayoría de los huesos se depositan luego en el fondo de la fosa, acompañados del ajuar correspondiente.

En el segundo caso la pira se dispone sobre la fosa abierta, se coloca el cuerpo en decúbito supino con sus pertenencias personales y se procede a la cremación. Al finalizar ésta, se coloca el resto del ajuar, normalmente cerámicas en número de 1, 3 ó 5, las jarras a los pies del muerto y las formas abiertas (platos, tazas, ...) en el centro de la fosa. Esta se rellenaba a continuación con tierra arcillosa y piedras irregulares procedentes sin duda de la misma excavación de la estructura, formando una especie de empedrado. Finalmente el conjunto se cubría con un pequeño túmulo de tierra y guijarros.

Se han encontrado incineraciones tanto de adultos como de adolescentes, notándose en éstos últimos casos la presencia de un ajuar más reducido compuesto básicamente por pequeños objetos de adorno (joyas, cuentas de pasta vítrea), que estaban quemados.

En conjunto, las incineraciones se han datado en la primera mitad del s. VI a.J.C., y hay que destacar que ya en el siglo siguiente muchas de estas tumbas serán removidas y afectadas por nuevos enterramientos.

Siguiendo hacia el oeste y antes de abordar las necrópolis de la Península Ibérica, hemos de referirnos a Rachgún. La necrópolis de este pequeño islote en la costa argelina, excavada en los años 50, ha marcado un hito en la investigación del mundo fenicio occidental y es sobradamente conocida como para extendernos en detalles (Vuillemot, 1955; 1965, pp. 58-93). Recordaremos únicamente las principales ca

racterísticas del ritual funerario.

De las 114 tumbas excavadas, 101 eran de incineración, 9 de inhumación y en 4 casos ambos ritos estaban yuxta puestos. Las inhumaciones correspondían siempre a niños de - menos de 9 años, dispuestos en un hueco natural de la roca y sin ajuar, salvo un brazalete de bronce en una sola ocasión.

Las incineraciones son de dos tipos: directamente sobre la roca o bien en urnas de diversas formas. En el primer caso (68 tumbas) la cremación parece haberse realizado - en el mismo lugar, y los huesos resguardados tal vez en algún recipiente de cestería. El ajuar compuesto por cerámicas, joyas, amuletos y armas fué quemado junto al muerto, y el - conjunto cubierto por una simple piedra o excepcionalmente - por un fragmento de ánfora. En el segundo caso (33 tumbas) - los huesos muy quemados eran cribados y separados de las cenizas para ser luego introducidos en urnas. Estas se dispo - nían en posición vertical en un agujero en la tierra (en una sola ocasión se dispuso la vasija horizontalmente), y se fal caban con piedras de tamaños diversos. En algunos casos se dispusieron piedras planas bastante grandes, formando así - una especie de cista. Los recipientes se tapaban con otra - piedra pequeña o algún plato, y en su interior sólo aparece excepcionalmente ajuar: objetos de adorno y armas. Finalmen - te, y para facilitar el enterramiento de la urna, se excavó en ocasiones una pequeña cavidad regular en la roca, circu - lar y cóncava.

El material recogido es bastante abundante y sobre todo variado. Las urnas cinerarias son normalmente del tipo

Cruz del Negro o pithoides, con diversas variantes y a menudo decoradas. También se usaron dos veces vasas chardons hechos a mano. Como ajuar encontramos jarras de boca de seta y trilobuladas, platos y cuencos de engobe rojo, ampollas, - cuencos trípodes y algunas lucernas, así como 3 askoi zoomor fos. También hay bastante cerámica a mano, mucha de ella imi tando formas fenicias a torno, puntas de lanza de hierro y - numerosos colgantes, aretes y pendientes de plata pero sobre todo de bronce.

Vuillemot fechó la necrópolis, que corresponde al hábitat cercano, en la segunda mitad del s. VII y a lo largo del s. VI a.J.C., y subrayó el carácter no-africano y poco fenicio en su opinión del ritual y de algunas cerámicas a mano, lo que le llevó a suponer que el lugar de origen de - los habitantes de Rachgún sería la Península Ibérica. El islote, ocupado tanto por motivos militares como comerciales, sería abandonado en el s. V a.J.C. cuando las condiciones de peligro desaparecieron y permitieron un asentamiento indudablemente más cómodo en la cercana costa (Vuillemot, 1965, pp. 129-130).

Iniciaremos el repaso de las necrópolis fenicias - de la Península Ibérica por Villaricos, siguiendo nuestra ru ta de este a oeste. Pensamos que no se ha subrayado bastante el interés que revisten un numeroso grupo de fosas que conte nían incineraciones, individualizadas por Astruc en su grupo A y situadas en la llamada colina U, la zona más antigua de la necrópolis. Eran de forma rectangular, con medidas muy va riables: de 1 a 2,90 m. de largo; 0,60 a 1,70 m. de ancho, y

0,40 a 2,55 m. de profundidad. En el fondo y en el centro ha
bía otra fosilla rectangular, larga, estrecha y poco profunda, en la que se recogían los huesos una vez realizada la -
cremación en la misma fosa. La fosilla era recubierta con la
jas de piedra y sobre éstas se depositaba el ajuar, rellenan
do finalmente la fosa con tierra al tiempo que se realizaban
ofrendas, arrojando al interior vasijas enteras o fragmenta-
das. Las fosas estaban excavadas normalmente en la roca, aun
que algunas fueron totalmente construidas con adobes. Por -
desgracia, el conjunto sufrió la superposición de tumbas en
épocas posteriores y la acción de los saqueadores. Sin embar
go los elementos conocidos del ajuar (huevos de avestruz y -
lucernas de dos picos) y de los pozos, entre ellos urnas con
decoración pintada, permiten fechar estas fosas en el s. VI
a.J.C., debiéndose considerar los amuletos y las joyas recu-
perados como producto de la reutilización de los mismos o de
caídas accidentales por las remociones (Astruc, 1951, pp. 17
-22).

A nuestro entender, esta zona de la necrópolis de-
be considerarse como la de los colonos fenicios asentados en
Villaricos en los inicios de la ocupación del lugar (aunque
no hay que desechar ni mucho menos la existencia de un área
más antigua, dadas las vicisitudes del yacimiento), y su cro
nología podría tal vez rebajarse a la segunda mitad del s.
VI a.J.C., tanto por los materiales arqueológicos como por
la coexistencia con un grupo de fosas similares en las que
se practica el rito de la inhumación.

Existe además el testimonio de lo que puede ser - otra necrópolis fenicia arcaica muy cerca de Villaricos. Refiere Siret el descubrimiento en Herrerías, cerca de las minas antiguas allí localizadas, de una serie de tumbas de incineración, a menudo en urnas. Se depositaron en hoyos o pozos de 0,50 a 1 m. de ancho y otro tanto de profundidad, de forma irregular al estar excavados en la tierra suelta y no en la roca. El fondo de estos pozos aparece calcinado con carbones y huesos quemados (¿busti?) y en otros casos se encuentran urnas con las cremaciones. Son de dos tipos: "indígenas", de fabricación tosca, con algún elemento de ajuar metálico, y otras a torno, de formas ovoides y decoración pintada a bandas, acompañadas de grandes lucernas de dos picos con su plato, huevos de avestruz decorados y cuentas de pasta vítrea y oro, además de un espléndido colgante de plata - con el disco estrellado cubierto por la media luna (Siret, - 1908, pp. 432-434).

Esta necrópolis llamada de Boliche ha sido reestudiada hace pocos años a partir de los objetos depositados en el M.A.N. (Osuna-Remesal, 1981). Aunque no se han podido recuperar todos los ajuares, el conocimiento de cierto número de piezas permite comprobar el carácter eminentemente fenicio de los objetos, entre los que hay platos de engobe rojo. La presencia de una urna de orejetas y de alguna cerámica a mano nos confirma en la idea ya avanzada por el propio Siret de que se trata de una necrópolis mixta, en la que se enterrarán juntos indígenas y colonos. No consideramos, como hacen los autores arriba citados, que el rito de la cremación y la

técnica de preparación de las tumbas, con agujeros excavados en la tierra y reforzados por piedras, sean exclusivamente - indígenas. En resumen, se trata de otra necrópolis a la que se aplica la denominación de orientalizante, fechable en el s. VI, aunque algunas tumbas pueden ser anteriores: habría - que estudiar de nuevo la cerámica de engobe rojo, ya que el plato de la sepultura nº 10 parece antiguo. No es ésta la - única necrópolis problemática, como más adelante comentare - mos.

Independientemente del discutible carácter mixto - de la necrópolis, hemos de coincidir con su excavador en situar esta necrópolis antes del s. V a.J.C. (y la primera mitad del s. VI es muy plausible) y pensar que se trata al menos en parte de los restos de colonos involucrados en la explotación de los minerales de la desembocadura del río Almanzora (Siret, 1908, pp. 432-434).

Entre las numerosas sorpresas y novedades que proporcionó la excavación de la necrópolis Laurita (Cerro de - San Cristóbal, Almuñecar) debemos contar la utilización del rito de la incineración, poco atestiguado hasta entonces en el ámbito fenicio. Las catorce tumbas conocidas son pozos ex - cavados en la roca, más o menos cilíndricos aunque sus paredes no son totalmente verticales, con 2 m. de diámetro y 3,5 m. de profundidad medios. En todos los casos los huesos quemados fueron introducidos en espléndidas urnas de alabastro egipcias, algunas con inscripciones jeroglíficas, que se depositaron en el fondo del pozo. Este presentaba cuatro va - riantes: con nicho lateral, con dos nichos laterales yuxta -

puestos, con un nicho lateral y una especie de cista central y, finalmente, con fosa central. El ajuar no era muy abundante pero sí de cierta riqueza: vasijas de engobe rojo, cerámica protocorintia, huevo de avestruz, joyas de oro y plata, etc... La cronología ahora aceptada, como hemos visto en otro lugar, es de finales del s. VIII a.J.C. hasta aproximadamente el 625 a.J.C. (Pellicer, 1963; 1986, pp. 94-107).

Hay que subrayar que la incineración parece desaparecer muy pronto en Almuñecar, ya que en la necrópolis de Puente de Noy, que sucede inmediatamente a Laurita, sólo tenemos una incineración arcaica, la tumba 2 del sector E, dentro de la gran tumba construida 1E, de inhumación. Es un caso aislado y único de incineración en ánfora, fechable en torno al 600 a.J.C. o ya a inicios del s. VI a.J.C. El rito de la cremación no reaparecerá en la antigua Sexi hasta el s. III a.J.C. (Molina-Huertas, 1985, p. 177).

Las tumbas de la necrópolis de Trayamar, que pertenecieron posiblemente a los colonos del vecino asentamiento del Morro de Mezquitilla, son también lo bastante conocidas como para que nos extendamos sobre ellas. Hasta donde se puede saber (recordemos que tres de ellas no pudieron ser excavadas) se trata de grandes tumbas rectangulares, construidas con sillares de buen tamaño y con dromos. La nº 2 contuvo al menos dos incineraciones en urnas de alabastro, una posiblemente en ánfora y varias inhumaciones. La nº 3 también tenía una incineración al menos, en urna de alabastro, y según todos los indicios lo mismo ocurrió en la nº 5.

La nº 1, bien excavada aunque removida parcialmente en los años 30, contuvo dos incineraciones en sendas urnas o ánforas de hombro marcado y recubiertas de engobe rojo, con tapaderas de botón y dispuestas sobre un soporte de carrete. No fueron depositadas al mismo tiempo, pero no debió transcurrir mucho entre una y otra ocasión, dado la homogeneidad del ajuar: una jarra de boca de seta y otra trilobulada, un vaso doble o quemaperfumes y un ánfora R-1 para cada incineración. Había además una lucerna (inc. 1a) y un plato (inc. 1b), ambos de engobe rojo, y un anillo de oro y otro de bronce.

En la tumba 4 aparecieron tres incineraciones y dos inhumaciones, éstas correspondientes a una reutilización ligeramente posterior a la primera. Las incineraciones 4a y 4b debieron estar contenidas en cofrecillos de madera o cestos, mientras que la 4c fué depositada en una urna de engobe rojo similar a las de la tumba 1. La distribución del ajuar no ha podido realizarse con tanta minuciosidad, pero hay que destacar su calidad y composición, semejante a la que hemos visto para la tumba 1.

Recordemos finalmente que la cronología establecida para Trayamar es de la segunda mitad del s. VII a.J.C., - siendo la sepultura 1, con la incineración 1a, la más antigua: alrededor del 650 a.J.C. (Schubart-Niemeyer, 1976, esp. 234-237).

La necrópolis de Jardín, muy cerca de Toscanos, ha proporcionado un centenar de tumbas de diversas formas. A la espera de que su anunciada publicación definitiva permita -

apreciar el conjunto con detenimiento, hay que mencionar que aparentemente coexisten en ella inhumaciones e incineraciones. Estas últimas han sido documentadas en fosas más o menos rectangulares excavadas en la pizarra, destacando la tumba nº 8 en la que huesos quemados habían sido depositados en una pequeña cista de piedras construida en el centro de la fosa (Schubart-Niemeyer-Lindemann, 1972, pp. 32-41). A pesar de los fuertes saqueos sufridos por la necrópolis desde época antigua, los restos de ajuares encontrados permiten situarla en los s. VI y V a.J.C. (Schubart-Maas, 1979; Schubart, 1979b). Cabe pensar que las incineraciones correspondían a la fase más antigua de su utilización.

Para completar los datos sobre Toscanos, hay que mencionar el hallazgo en la ladera occidental del Cerro del Mar de los restos muy arrasados de una necrópolis correspondiente a la fase de utilización de la factoría. Sólo se ha podido documentar la parte inferior de lo que debieron ser tumbas de pozo parecidas posiblemente a las de Laurita, ya que en el fondo se puede apreciar un rehundimiento artificial destinado a contener las urnas de incineración, hallándose incluso en un caso la base de una urna de alabastro. Las destrucciones sufridas por este área desde época romana no impiden que se pueda suponer una datación para la necrópolis del s. VII a.J.C., a juzgar por los escasos fragmentos cerámicos recogidos (Niemeyer, 1979, pp. 247-248).

Terminamos aquí este repaso de los principales testimonios de utilización del rito de la cremación en necrópolis fenicias. Sin embargo, hemos de hacer referencia forzosa

mente a algunos otros lugares de la Península Ibérica en los que este rito es usado con mucha frecuencia: las necrópolis tartésicas. Setefilla, La Joya y otros lugares peor conocidos han proporcionado incineraciones en urnas en las que al menos en parte el ritual es muy parecido al que hemos venido describiendo en las páginas anteriores. No nos corresponde desarrollar aquí el tema demasiado amplio de la influencia fenicia en la sociedad tartésica a partir del período orientalizante, en especial en su clase aristocrática, de las que las necrópolis mencionadas son algunos de sus mejores reflejos como muy bien ha estudiado Aubet (1984). Pero queremos destacar como en algunos casos la identidad de ritos es tan grande que no se puede descartar que sean el resultado de un contacto muy estrecho entre colonos fenicios y personas tartésicas, hasta el punto de que la adscripción cultural es cuando menos difícil de establecer. Esto es lo que sucede con la necrópolis de Frigiliana, en Granada (Arribas-Wilkins 1969). Situada a pocos kilómetros de las factorías de Toscaños y Morro de Mezquitilla, hacia el interior, las incineraciones allí encontradas eran realizadas en ustrina (no hallados) y luego introducidos en urnas de diversos tipos, entre ellos pithoides y otras evolucionadas de las Cruz del Negro, también con decoración pintada. A continuación se depositaban en pequeños hoyos artificiales excavados en la roca o en brechas naturales de ésta, para ser finalmente tapadas con un plato o una pequeña losa de piedra. El ajuar muy escaso se encontró normalmente dentro de la urna, y estaba compuesto por elementos metálicos de adorno o de uso personal (pin-

zas, fíbulas de doble resorte, un escarabeo). Sin poderse -
 precisar demasiado, cabe suponer que la necrópolis estuvo en
 uso a lo largo del s. VI a.J.C. La identidad del ritual uti-
 lizado con lo que sabemos de Rachgún o de la propia Ibiza -
 nos induce a pensar que si en Frigiliana los enterrados no
 son fenicios, se trata de gente en estrechísimo contacto con
 los colonos.

Hemos visto que, en contra de lo que mantienen di-
 versos autores, la incineración es un rito conocido y utili-
 zado en Fenicia desde al menos el s. IX a.J.C., en lugares
 muy variados, y que además sus vecinos del norte lo practi-
 can con cierta regularidad desde varios siglos antes. Es pro-
 bable que desde allí se introdujera, ya que los casos de in-
 cineración de Palestina, muy levemente anteriores, correspon-
 den a gentes que culturalmente podemos definir como fenicias,
 aunque en convivencia con otros pueblos (Tell Ajjul, Tell Re-
 geish). Como hemos visto, tampoco debe descartarse una in-
 fluencia griega, alimentada por los contactos establecidos
 en Rodas, Creta y otras islas.

No cabe duda de que la cronología, los posibles lu-
 gares de origen del rito y su aparición en general minorita-
 ria en los grandes centros fenicios, invitan a pensar que la
 incineración fué practicada por un determinado grupo social,
 entre el que se extiende la costumbre posiblemente más en -
 función de un tipo de vida que de la situación de ese grupo
 en la escala social. No somos originales al creer que a ese
 grupo pertenecen las personas directamente relacionadas con

las actividades comerciales y por extensión con la navegación. Son ellas las que tienen ocasión de conocer antes el uso del rito y de apreciar sus ventajas a la hora de decidir la conservación y eventual transporte de los restos del difunto hasta su lugar de origen. Ello explicaría en parte por qué en la madre patria las incineraciones son menos frecuentes y se encuentran a menudo entre las inhumaciones predominantes, como queda patente en Khaldé o incluso en Akziv, donde recordemos que los fenicios se inhuman mayoritariamente en las cámaras excavadas en la roca del cementerio sur.

¿Queda esto reflejado en los asentamientos conocidos fuera de Fenicia? Aparentemente sí. Desde Atlit hasta Trayamar parece que los casos que hemos estudiado nos muestran una utilización mayoritaria de la incineración. Las necrópolis reflejan el uso preferente del rito por los grupos sociales establecidos en las factorías, todas ellas en este momento pequeños enclaves comerciales (Toscanos, Mozia, Bithia...), pero también indudablemente militares (Pani Loriga, Monte Sirai, Rachgún). La diferenciación social dentro de cada uno de estos asentamientos, reflejada en sus necrópolis, no parece excesivamente fuerte. No hemos podido apreciar sustanciales variaciones de riqueza en el análisis de las tumbas arcaicas del Puig des Molins que reflejen la existencia de al menos dos clases sociales, si bien un estudio detallado nos permite matizar estas afirmaciones que comentaremos en el próximo capítulo. Homogéneos también parecen los grupos sardos, de Rachgún o del sur peninsular. Sin embargo, la comparación entre todos ellos conduce a la constatación de mar-

cadras diferencias entre uno y otro lugar. Las personas enterradas en Laurita, Trayamar e incluso en Monte Sirai, parece pertenecer, por sus ajuares o por las estructuras funerarias construidas, a lo que llamaríamos con precaución una clase social alta, en comparación con lo que conocemos y no en términos absolutos. Ibiza, Pani Loriga, Bithia o las cremaciones de Boliche nos reflejan clases más modestas, con estructuras relativamente sencillas y ajuares reducidos.

Somos conscientes del peligro que existe en deducir la existencia de ricos y pobres en una sociedad a partir de los ajuares funerarios, como han señalado diversos autores, ya que la elección de los objetos que acompañan al muerto puede estar gobernada por criterios rituales o sociales que se nos escapan, como las comparaciones etnográficas han demostrado (Ucko, 1969, pp. 266-268). Pero en el ámbito que tratamos no tenemos una única muestra puntual sino un número relativamente amplio de yacimientos pertenecientes a una misma cultura y de una cronología bastante similar, y por ello creemos poder afirmar que entre los colonos fenicios existen apreciables diferencias de status. En buena lógica ello no debe sorprendernos, dado que los grupos humanos de los que tratamos estarían compuestos por mercaderes, marineros y soldados cuando menos, además de otras categorías profesionales que podemos inferir de las actividades desarrolladas en o cerca de las factorías: agricultores, artesanos (orfebres, ...) y personas relacionadas con la minería. El hecho de que en general no podamos distinguir categorías dentro de una misma necrópolis se puede deber a menudo a que no conocemos

todas las tumbas de un mismo período en un mismo lugar. Pero insistimos en que esa diferenciación es factible a partir - del estudio pormenorizado de los cementerios (y los asentamientos cuando los hay) del Mediterráneo central y occidental.

Ello nos conduce a considerar, en resumen, que los distintos componentes de las colonias fenicias, entre los que existen diferencias sociales, económicas y profesionales, practican un ritual funerario común, la cremación, que es mayoritario hasta bien entrado el s. VI a.J.C., lo que les diferencia de los habitantes de su propio lugar de origen inicial, inclinados en general hacia la inhumación. El único denominador común que une a los colonos parece por lo tanto el mismo hecho de ser en cierta medida emigrantes, gente con una movilidad geográfica que cabe suponer y que en sus desplazamientos tiene ocasión de conocer mejor otras sociedades incineradoras. La comodidad de transporte que suponen los restos quemados debió ser rápidamente valorada, para facilitar la vuelta de los restos del difunto a su propia colonia de origen o incluso a la metrópolis, y de hecho predomina la incineración secundaria sobre los busti. Una vez establecida la costumbre, se mantiene por tradición sin que tengan que mediar motivos religiosos o de otra índole.

Se conjugan pues muchos factores a la hora de intentar explicar la cremación entre los fenicios, que resumiríamos en que es mayoritaria entre los colonos, es más cómoda y está muy extendida entre otros pueblos con los que trata, sin que por ello pensemos que disponemos de todos los da

tos del problema y mucho menos que queda así resuelto. Por ejemplo, no podemos despreciar, pero tampoco evaluar, la importancia que tiene el simple factor moda o gusto, evocado por numerosos autores como ya se ha dicho. Pero al menos trazamos un cuadro que estimamos coherente, al que todavía queremos añadir algunas consideraciones más.

No es inusual que los colonos no sigan forzosamente el rito que predomina en su lugar de origen. Snodgrass ha evidenciado claramente el caso de Pitecusa, colonia eubea - en cuya necrópolis son muy numerosas las incineraciones depositadas sin urna y recubiertas de un pequeño túmulo con abundantes piedras. Este ritual es totalmente desconocido no sólo en Eubea, sino en toda Grecia en esa época, y puede ser - atribuible a contactos con otros colonizadores o a "presiones circunstanciales" que son más fuertes que los propios - orígenes culturales (Snodgrass, 1971, pp. 173-176). Ello no impide que se pueda afirmar la existencia de una total identidad de ideología funeraria entre los colonos pitecusanos y las metrópolis de la isla de Eubea (Buchner, 1982, p. 286).

El caso de Cartago es un poco especial. Es la única colonia hasta donde sabemos en la que la inhumación predomina en la fase arcaica de su necrópolis, con pocos ejemplos de incineración, como hemos podido ver más arriba. Quiere - ello decir que en la composición del grupo inicial de colonos se dan unas características diferentes que no hallamos - en las demás factorías. Si damos crédito a la leyenda fundacional, tal vez habría que pensar que sus primeros habitantes no pertenecen mayoritariamente a las categorías sociales

que normalmente se ven involucradas en la navegación hacia -
occidente, e incluso podríamos valorar la presencia de ele-
mentos chipriotas (donde no se practica la cremación) como
una de las razones de la generalización de la inhumación (2).
Sin satisfacernos totalmente, pensamos que estas hipótesis -
han de ser tenidas en cuenta, especialmente al estudiar el
papel de Cartago a partir de la segunda mitad del s. VI a.J.
C. como casi seguro aglutinador de las diferentes colonias y
muy rápidamente centro de lo que ya se puede llamar cultura
púnica, uno de cuyos rasgos diferenciadores es precisamente
la inhumación y el total abandono de la incineración hasta
el s. III a.J.C.

A la hora de concluir este capítulo dedicado al ri
tual funerario debemos insistir en que la idea de que la -
adopción de un sistema u otro de enterramiento puede no de-
pende de fundamentales creencias religiosas o culturales, -
pero que tampoco es debido a simple capricho. La revisión -
del estado de la cuestión en el mundo fenicio, sin pretender
ser todo lo exhaustivo que tal vez hubiese sido menester, -
nos ha sugerido que el rito en sí, incineración o inhumación,
no puede ser estudiado de manera abstracta, sin tener en -
cuenta la cronología, la situación geográfica y sobre todo -
los numerosos objetos y ceremonias que acompañan al hecho in
trínsecamente sencillo de deshacerse del cuerpo. De otro mo
do, no podríamos comprobar que la cremación en la cultura fe

(2) Sobre las características especiales de la fundación de
Cartago, y un poco en nuestra óptica, es muy interesante
un reciente trabajo: Alvar-Wagner, 1985.

ncia tiene sus características propias, diferenciables por ejemplo del mundo griego o de los campos de urnas, por citar dos culturas más o menos coetáneas. Si reconocemos una identidad cultural o al menos un fuerte paralelismo entre las incineraciones ebusitanas y las de Monte Sirai, Bithia o Rachgún, ello no se debe a la simple práctica del mismo ritual, sino a las estructuras concebidas para él y a los ajuares depositados junto a los muertos. Creemos, por lo tanto, que al menos en el caso de los fenicios, la adopción de un rito u otro no es achacable a motivos religiosos o incluso étnicos, como se ha podido pensar, sino a los condicionantes que imperaron en el propio desarrollo de la colonización en el Mediterráneo.

IX. LA ISLA DE IBIZA EN LOS S. VII Y VI a.J.C.

Podría parecer un poco prematuro intentar a la vista de los materiales y datos aportados en los capítulos anteriores, la reconstrucción de lo que podía ser la factoría de Ibiza en sus primeros siglos de existencia. Sin embargo los avances de la investigación han sido considerables no sólo en la isla sino en otros asentamientos fenicios de Occidente y a pesar de ser relativamente poco lo que sabemos de Ibiza en comparación con otros lugares, los nuevos datos se enmarcan bien en el panorama de la colonización, iluminando incluso algún punto poco claro o hasta ahora simplemente intuido, como las relaciones comerciales con el NE peninsular y el sur de Francia. Por otra parte, no somos personalmente muy optimistas en cuanto a futuros descubrimientos, al menos en el ámbito estrictamente urbano, dadas las dificultades de todo tipo que existen para el desarrollo de una investigación arqueológica seria en la ciudad de Ibiza. Si más de diez años después de la obra fundamental de Tarradell y Font se puede aportar algo nuevo, creemos que debe intentarse, sun que la imagen que obtengamos no sea todo lo clara que deseáramos.

1. El asentamiento y su primera fase de existencia

Por lo que hoy sabemos, la instalación de la prime

ra escala en la isla debió de producirse en torno a mediados del s. VII a.J.C.. Antes de esa fecha difícilmente podremos hablar de presencia fenicia, al no existir yacimientos indígenas que nos muestren una progresiva llegada de los productos típicos que en Andalucía y toda la costa oriental son la prueba palpable de los primeros contactos con los comerciantes semitas. Si acaso los depósitos de hachas de Les Salines o La Saïna y Can Mariano Gallet, en Formentera, nos indican una frecuentación de la zona antes de la instalación, pero su cronología no es lo bastante precisa y bien pueden corresponder a la etapa en la que el asentamiento ya se ha producido.

No se puede seguir afirmando con seguridad que la primera instalación tuvo lugar en la actual bahía de Ibiza, y mucho menos en Illa Plana, como una persistente tradición mantiene. En efecto, existen diversos lugares en los que se han hallado en superficie materiales del s. VII a.J.C., como el Cap Llibrell (Sta. Eulalia) o Sa Caleta (S. José). En esta última cala, al sur de la isla, se encontraron numerosos restos de ánforas R-1, cuencos trípode e incluso bordes de urnas pithoides, que fueron debidamente valorados (Ramón, - 1981, pp. 29-30). Se pensó entonces que se trataba de un simple lugar de transacciones con los indígenas, sin estructuras, y en relación con el cercano yacimiento fortificado del Puig Jonçal (véase supra, cap. II, 5B), donde se encontraron también fragmentos de ánforas fenicias. Pero por una parte - parece que el poblado prehistórico debe datarse en el segundo milenio a.J.C., y por otra las excavaciones que se están

llevando a cabo en Sa Caleta desde 1985 han sacado a luz un auténtico asentamiento (1).

Está situado sobre una pequeña península que se eleva unos 15 m. sobre el nivel del mar, bastante plana y erosionada al SO por los embates del mar, que posiblemente haya hecho desaparecer parte del yacimiento. Es probable que en la antigüedad se tratase de una isla, ya que allí desemboca un torrente del que todavía se aprecian los dos brazos que formaba el final de su cauce, de manera que la punta de Sa Caleta quedaría algo separada de tierra. Aunque sólo los estudios geográficos llegarán a confirmar si fué una isla, las características del asentamiento reúnen todas las condiciones que tradicionalmente encontramos en los centros fenicios: una península fácilmente defendible que protege una pequeña cala en la que varan cómodamente los barcos (aún hoy se concentran allí numerosos pequeños llaçts de pescadores), y además agua potable en abundancia.

El hábitat está compuesto por un conjunto de edificios, algunos con varias habitaciones, de planta rectangular en general y dispuestos sin una orientación claramente definida. Los muros se conservan en poca altura y están bien contruidos con piedras medianas simplemente careadas. El material hallado consiste casi exclusivamente en restos de ánforas R-1, aunque algunos fragmentos de engobe rojo parece que permiten afinar la cronología y situarla en la segunda

(1) Agradecemos a D. Juan Ramón, Director de las excavaciones, su gentileza al proporcionarnos datos y documentos sobre los trabajos aún en curso en Sa Caleta.

mitad del s. VII a.J.C..

La publicación completa de este importante yacimiento, ya en preparación, permitirá su correcta valoración. Podemos, sin embargo, plantear algunas de las reflexiones - que sugiere su misma existencia.

Sa Caleta sigue las pautas de lo que conocemos especialmente en los yacimientos andaluces, y en ese sentido es la confirmación de lo que el material de los hipogeos de 1983 ya indicaba: la primera colonización de Ibiza fué obra de los fenicios del círculo del Estrecho. No nos extendere_{mos} sobre este hecho que estudiamos más adelante, pero debemos valorar el dato de que tenemos ahora al menos dos lugares tal vez coetáneos funcionando en la isla poco después del - 650 a.J.C.. No disponemos de datos suficientes para valorar su entidad, pero parece que Sa Caleta no llegó a tener una - existencia superior a los 50 años, y probablemente menos. Se abandona a fines del s. VII a.J.C., y no volverá a utilizarse siquiera esporádicamente hasta el s. III a.J.C.. Quiere - ello decir que fué abandonado en provecho del asentamiento - de la bahía de Ibiza cuyas condiciones eran mejores a todas luces. Cabe por tanto la posibilidad de que fuera anterior a éste, pero es más lógico pensar, y el material|arqueológico - así lo sugiere, que durante algún tiempo coexistieron ambos asentamientos. Pese a estar relativamente alejados, algo más de 10 km. en línea recta, son visibles uno desde el otro y están separados por el estrecho de Els Freus, de no siempre fácil navegación. La comunicación por tierra es sin embargo cómoda, ya que Sa Caleta se encuentra en el extremo oeste -

del Plá de S. Jorge, continuación del Plá de Vila.

Si comparamos con la situación de factorías como - Toscanos y Morro de Mezquitilla, distantes apenas unos kilómetros entre sí, podríamos pensar que en el caso ebusitano - una factoría no tendría por qué haber desaparecido en benefi - cio de la otra. Pero allí las condiciones eran diferentes, - con un volumen de actividades mucho mayor y la mirada siem - pre puesta en las relaciones con el mundo indígena. En Ibi- za sólo se buscaba una escala en las navegaciones hacia el - Norte de la Península y hacia el Mediterráneo central. No ha - biendo además en nuestra opinión núcleos indígenas de cierta entidad con los que fuese necesario mantener relaciones y - que obligasen a una distribución estratégica (y hablamos de estrategia comercial), las necesidades quedaban cubiertas con un sólo centro que reuniese todas las actividades, y para ello se favoreció el que parecía contar con las mejores condiciones, es decir la bahía de Ibiza.

Evidentemente no podemos estar seguros de ello, y es fácil que en un momento inicial y de tanteo se habilita - sen varios puntos seguros de atraque que apoyasen la navega- ción. Si conocemos hoy tan sólo dos, nada impide que el desa - rrollo de la investigación arqueológica revele más adelante la existencia de otros más, aunque sepamos que sólo uno lle - gó a la categoría de gran puerto y luego de ciudad. La exten - sión de la isla, más de 40 km. de punta a punta, permite pen - sar que las naves procedentes, por ejemplo, de Cerdeña vía - las Baleares efectuarían su primer atraque en el E., en el - área comprendida entre San Vicente y tal vez Es Caná, donde

de hecho conocemos un fondeadero documentado desde el s. IV a.J.C. (Gómez Bellard, 1982).

La bahía de Ibiza constituye un puerto relativamente abrigado cuya configuración ha variado sensiblemente en poco más de un siglo (fig.). Antiguamente los barcos que se adentraran en ella encontrarían al oeste el empinado Puig de Vila (81 m.), que la cierra por ese lado ofreciendo al - pié de su ladera N y NO una zona llana que facilitaría el - desembarco. Esta se prolonga en dirección E. a lo largo de - los actuales puertos deportivos, donde en un tiempo acababa el Plá de Vila en un área de marjales relativamente transita- bles e indicio de las capas de agua potable que allí se en- contraban. Siguiendo hacia el este y alejándonos de la peque- ña elevación que constituye el Puig d'en Valls (40 m.), si- tuada muy cerca de la línea de costa, encontraríamos la zona también llana de Talamanca, ideal para el desembarco y ape- nas dominada por la pequeña altura conocida como Ses Torres (30 m.). Finalmente, la bahía quedaría cerrada al E. por la ladera O. del Cap Martinet, que también cae suavemente en el mar. En medio de ella se encontraban las pequeñas islas de Illa Plana e Illa Grossa, de poco más de 500 m. de lago, y el islote de Botafoc. Todavía en el plano de J. Ballester, - de 1740, podemos apreciar como las islas estaban separadas - de tierra firma (Julbe-García Pascuet, 1980, p. 43), pero en el siglo pasado fueron definitivamente enlazadas mediante un brazo de tierra y dos espigones. De esa manera la bahía per- dió su fisonomía original y quedó dividida en dos bahías di- ferenciadas: la de Ibiza y la de Talamanca.

Aún en la antigüedad la zona más resguardada de toda la bahía es la pequeña ensenada situada en el fondo occidental, protegida por el Puig de Vila y guarecida de casi todos los vientos, aunque el del este (llevant) pudiera afectarle, si bien es el menos frecuente y nunca suele soplar - muy fuerte en la actualidad. No cabe la menor duda de que - fué allí donde debió situarse el puerto, con las primeras estructuras imprescindibles para la realización de las faenas pertinentes. Siempre se ha querido sin embargo valorar especialmente el llamado Puig de Vila como primer lugar de asentamiento.

Es sabido que la actual ciudad ocupa la totalidad de ese espolón rocoso, y que así ha sido durante siglos hasta que el s. XX viera el desbordamiento urbano por la llanura inmediata, que hoy se encuentra considerablemente edificada a causa del desarrollo turístico. La fisonomía que presenta la parte antigua está dominada por las impresionantes murallas renacentistas acabadas en época de Felipe II, que encierran la llamada Dalt Vila o villa de arriba, ya que efectivamente cubre toda la parte superior del cerro. Al sur de ella una yerma extensión rocosa cae hacia el mar: Es Soto. - Por el E. están los fuertes acantilados ya reseñados y al O. - el Puig de Vila se prolonga en leve pendiente en otras dos alturas englobadas bajo el conocido nombre de Puig des Molins. En dirección norte la ladera es ocupada por dos agrupaciones de casas, los barrios de Sa Penya, hábitat tradicional de pescadores, y algo más al oeste La Marina. Hay que - mencionar una pequeña elevación que existía entre la cima y

la punta de Sa Penya, hoy ocupada por el Ayuntamiento y la iglesia de Sto. Domingo, y antes llamada Burgo de Sta. Lucía.

La construcción de las murallas en el s. XVI implicó unas enormes remociones de tierras y el cambio de la apariencia general de la ciudad. Sin embargo, respetó en muchas ocasiones parte de las estructuras de época islámica, que han podido ser estudiadas, ya que fueron englobadas o cubiertas, situándose en general los nuevos lienzos de murallas delante de ellas. El conocimiento de lo que fué el recinto islámico se reduce sin embargo a sus aspectos topográficos, sin que se hayan realizado, que sepamos, estudios arquitectónicos y aproximaciones cronológicas de mayor entidad (Costa, 1961). Partiendo del supuesto de que las mismas murallas árabes hubiesen respetado en buena parte estructuras anteriores, se ha podido hipotetizar sobre la topografía urbana de época púnica y romana, en un feliz intento de aunar información arqueológica y paralelos extra-insulares (Ramón, 1985, pp. 42-51). Sin embargo, para la época que nos interesa aquí es casi imposible ir más allá de algunas pocas hipótesis.

La cima superior del Puig de Vila parece haber sido ocupada siempre por los tres elementos que cabe suponer en el interior del reducto defensivo de una ciudad antigua: fortaleza, ciudadela y templo, sustituido en el s. X por la alcázar, la almudaina y la mezquita y después de la conquista de Jaime I por el castell, la ciudadela y la catedral. - Hay buenas razones para pensar que allí se pudo ubicar el nú

cleo original de hábitat fenicio, además del que ya hemos su puesto en el puerto. Desgraciadamente no ~~denemos~~ confirma- - ción arqueológica, y sólo cabe pensar que la enorme potencia estratigráfica sobre la que se asienta el llamado Castillo - refleja efectivamente una continua reutilización del lugar. Tenemos el testimonio personal de un grupo de espeleólogos - que hace pocos años y al intentar encontrar posibles salas - subterráneas tapiadas dentro del castillo, perforó un pozo cerca de la Plaza de Armas, llegando después de más de seis metros a unos estratos... del siglo XVII. Como vemos, el - planteamiento de futuras excavaciones en esta zona de la ciu dad vieja es cuando menos problemática.

Por lo tanto, si existieron allí las primeras ca- - sas, nada sabemos, aunque podemos imaginarlas, tal vez rodea- - das de un sencillo sistema defensivo. Se ha mencionado la - existencia, al NE de esta zona pero muy cerca de ella, en el Burgo de Sta. Lucía, de algunos hipogeos (Ramón, 1985, p.45). Aunque se sabe muy poco de ellos, su existencia al menos en el s. VI a.J.C. indicaría que el sector urbano es reducido - en la cima, o que no se extiende en esa dirección. La exis - tencia de una necrópolis diferente del Puig des Molins no de be sorprender, y es una hipótesis que ya se ha considerado - otras veces. En cualquier caso, tuvo que tener una corta - existencia, ya que el sector fué rápidamente urbanizado como demuestran las cisternas allí localizadas. Poco más se puede decir con los datos de que disponemos.

Se sabe que en época anterior a la construcción de las murallas se evitaba a toda costa que se establecieran ca

sas en los sectores comprendidos entre la zona amurallada y la línea de mar, es decir lo que posteriormente se llamará - La Vila Nova. Así se muestra en uno de los planos de Juan - Bautista Calvi, arquitecto e iniciador de la construcción de las murallas, datado en 1554 (Julbe-García Pascuet, 1980, p. 11). Ello es debido al temor de que cualquier enemigo (léase berberiscos y turcos) pudiera hacerse fuerte en esas estructuras y desde allí hacer fuego sobre la ciudad. Sin embargo, hay testimonios de que no se consiguió casi nunca convencer a la población y en el citado plano de Calvi apreciamos como las casas se escalonan por la ladera, cubriendo además Santa Lucía. Evidentemente en los s. VII y VI a.J.C. no existía - tal preocupación, y hemos de pensar en una progresiva construcción urbanística que enlazaría el puerto con la agrupación superior. No podemos tampoco despreciar la posibilidad de que no existieran instalaciones en el hoy casi pelado Soto, al sur del Puig de Vila. Precisamente allí se localizaron en superficie, casi directamente en la roca fragmentos - de R-1, bordes de urnas pithoides y algunas puntas de flecha tipo Macalón (Ramón, 1981c, pp. 28-29). La actual ausencia - de tierras impide llevar a cabo investigaciones más completas, pero ello no es óbice para pensar que allí no pudo existir originalmente alguna de las dependencias de la primera - factoría.

Por lo tanto, y en resumen, podemos decir que tres son las zonas que fueron ocupadas por la factoría primitiva: la punta J. Tur Esquerrer (Es Soto), la parte superior del Puig de Vila y los aledaños del puerto, al pié de éste y en

la parte más occidental de la bahía. Además de los materiales arqueológicos que acabamos de mencionar, contamos también con dos hallazgos casuales, los únicos de época arcaica pero que tal vez sean ya del s. VI a.J.C.: el fragmento de ánfora ática del Baluarte de Sta. Lucía y el atípico smiting-god de plomo hallado en el relleno del Baluarte de San Juan en los años 60 (Fernández, 1982; Fernández Miranda, 1983). Pero - existe además otro importante testimonio que debemos valorar ahora: el lote de materiales hallados en 1983 en el interior de unos hipogeos del Puig des Molins (véase cap. V,1).

Como planteamos en su momento, a través de su estudio, muchos de los tipos cerámicos y su misma asociación no corresponden en absoluto a lo que se encuentra normalmente - en las necrópolis fenicias, sino que son característicos de los lugares de hábitat. Datados en conjunto en el último - cuarto del s. VII a.J.C., son casi los materiales más antiguos de la factoría de la bahía, tal vez sólo un poco posteriores a los de Es Soto y la propia factoría de Sa Caleta. - En nuestra opinión tienen que proceder de un hábitat cercano al lugar de su hallazgo, ya que no creemos que el relleno de las tumbas fuese transportado desde muy lejos, independiente - mente de la época en que se produjese. Las casas más cercanas serían las del propio puerto, que no distarían más de - 300 metros, a menos de que ya estuviese habitada la zona en la que a partir de mediados del s. VI a.J.C. estarían instaladas las alfarerías y otros talleres artesanos, es decir el pié del propio Puig des Molins, el área contigua a la necrópolis. que esta zona llana fuese ya aprovechada no resulta -

ría extraño, ya que estando situada al NO del Puig de Vila - es la primera extensión no accidentada que se encuentra viniendo del Puig o del puerto.

Hemos delimitado tres, tal vez cuatro áreas ocupadas por los primeros colonos asentados en la bahía de Ibiza. Pero existe otra más, y es el lugar donde enterraron a sus muertos.

No tenemos la seguridad de que se haya excavado la primerísima necrópolis urbana, pues a nuestro entender puede existir un pequeño desfase cronológico entre algunos materiales de 1983 y las primeras incineraciones en urna documentadas. No descartamos por ello que se pueda llegar a encontrar un área de necrópolis todavía un poco más antigua, pero no - en muchas décadas sino en pocos años. En cualquier caso, a finales del s. VII a.J.C. los colonos escogieron un espacio llano al pié del Puig des Molins, a pocos centenares de metros del puerto y tal vez más cerca aún de sus últimas casas. Allí incineraron a sus difuntos y los enterraron en cavidades, fosas o en urnas policromas, siguiendo un rito que conocían bien en su lugar de origen, el sur de la Península Ibérica, donde era practicado desde hacía tiempo tanto por los tartésicos como por los propios fenicios. Por el contrario, la elección del lugar nos plantea algunos problemas, ya que no parece seguir escrupulosamente las pautas que empezamos a conocer relativamente bien en Andalucía. Por una parte, se establecen las sepulturas a cierta distancia del hábitat, o no es normal, pero por otra no se busca una altura claramente separada de las casas como se hace en el Sur, donde las

necrópolis se sitúan en una colina al otro lado del río: Toscanos - Cerro del Mar, Morro de Mezquitilla - Trayamar, Almuñécar - Laurita... Bien es verdad que no sabemos si en la bahía de Ibiza desembocaba un río, pero siguiendo una pauta parecida, la necrópolis debía de haberse establecido en el Puig d'en Valls, la pequeña elevación situada al fondo de la bahía aproximadamente a 1,5 km. del puerto, y sin embargo no parece ocuparse hasta mediados del s. VI a.J.C..

Es posible en consecuencia que la hondonada que se para el Puig de Vila del Puig des Molins fuese considerada suficiente para cubrir las necesidades rituales que implicaba la elección de un espacio para la necrópolis. Pero también es igualmente posible que ante unos condicionamientos geográficos algo diferentes a los de las factorías andaluzas, los colonos ebusitanos diesen respuestas diferentes, no pudiéndose sino hipotetizar una vez más sobre la rigidez de los mencionados rituales que, por otra parte, sólo conocemos empíricamente.

No parece que en estos años iniciales del asentamiento se hayan ocupado otras zonas de la bahía. Illa Plana, al igual que Puig d'en Valls, no ha proporcionado hallazgos anteriores a mediados del s. VI a.J.C.. Algunos fragmentos inéditos de ánforas R-1, recuperados en la superficie de Illa Grossa, carecen todavía de entidad suficiente como para cambiar el panorama, aunque no sería nada extraño que allí hubiese habido algún tipo de instalación por pequeña que fuera. Su estratégica situación permite controlar la entrada a la bahía, control redoblado por el asentamiento de la punta

J. Tur Esquerrer, que se encuentra justo frente a ella. Finalmente, en el lado E de la bahía ningún yacimiento ha proporcionado todavía indicios claros de un asentamiento en época arcaica, y la importante necrópolis de Ses Torres parece entrar en funcionamiento sólo a finales del s. V o inicios del IV a.J.C. (Gómez Bellard, 1986b, p. 181).

Con estos datos en mano y con el conocimiento aproximado de la topografía de los primeros asentamientos en Ibiza, podemos intentar responder ahora a la pregunta de porqué se instalaron los fenicios en la isla. Existen, a nuestro entender, varias razones, todas ellas claras, que podemos dividir en dos categorías: las causas que surgen de la propia dinámica de la expansión colonial en el s. VII a.J.C., y las que atañen exclusivamente a la isla por su situación y sus características geográficas.

El hecho de que Ibiza es una fundación fenicia realizada por comerciantes del sur de la Península Ibérica y no un establecimiento púnico o la "primera colonia de Cartago" es algo que nos parece ya fuera de toda duda. El material arqueológico que hemos ido presentando así lo confirma, pero también la revisión de las fuentes escritas recientemente llevada a cabo (Barceló, 1985). La incondicional aceptación de los datos de Timeo, transmitidos por Diodoro fué el origen de la creencia en una fundación púnica a mediados del s. VII a.J.C.. Si la fecha ha resultado acorde con lo que hoy sabemos, podemos al contrario seguir a Barceló en su demostración de que los datos que nos han llegado por Diodoro reflejan más bien una transposición cronológica: "Lo más pro-

bable es (...) que Diodoro -remitiéndose a Timeo- contemporánea la fundación de la colonia, aplicando a la Ibiza púnica de los tiempos de su fuente informativa una excesiva dosis -de barniz cartaginés" (1985, p. 281).

Debemos, por lo tanto, estudiar la instalación en Ibiza en función sobre todo de los asentamientos andaluces y de sus intereses.

Está ya perfectamente establecido que esos centros empiezan a funcionar a partir del s. VIII, siendo hoy por hoy el más antiguo el de Morro de Mezquitilla, fundado antes del 750 a.J.C. (Aubet, 1983; Schubart, 1986, p. 78). Las causas y las circunstancias de su instalación son cada vez mejor conocidas, y las investigaciones actuales tienden acertadamente a profundizar en los modelos de asentamiento, el status y la función económica, superada ya en gran parte la época de las comprobaciones arqueológicas (Niemeyer, 1986). Muchas de las ideas e hipótesis aceptadas unánimemente en los últimos veinte años están siendo puestas en duda o incluso desechadas, y aunque no nos corresponde aquí profundizar en esta cuestión, que antecede al marco cronológico que nos hemos marcado, sí debemos al menos sintetizar brevemente las líneas generales de un estado de la cuestión tratado extensamente en recientes trabajos (Aubet, 1986).

La creación e instalación de colonias en el extremo occidente mediterráneo corresponde a una política económica y comercial expansionista emprendida por Tiro a partir del s. IX a.J.C., cuyo primer eslabón es, sin duda, Kitián (850 a.J.C.), desde donde se controlará la rica producción -

de cobre chipriota, centrada en los montes Troodos y encaminada de allí hacia el puerto. Entre las causas que se vislumbran para este giro hacia occidente de los intereses de la ciudad fenicia se pueden citar la crisis que le cierra el acceso al Mar Rojo y a las materias que por allí llegan, el aumento de la demanda oriental, asiria sobre todo, de metales abundantes en occidente (plata, cobre, hierro, estaño...), y posiblemente la presión demográfica ejercida sobre un territorio geográficamente pequeño y por tanto agrícolamente limitado.

Parece que poco después del 800 a.J.C. se produce la primera llegada importante de colonos al sur de la Península Ibérica, cuya huella material podemos apreciar algunas décadas después. Su integración en una red comercial preexistente, sobre todo atlántica, a la que impulsan y desvían en beneficio propio (Frankenstein, 1979, pp. 280-282), o bien la puesta en marcha de esa red, tienen un rápido reflejo en Oriente. Es interesante anotar que no todas las materias primas cruzarían el Mediterráneo directamente, sino que una parte sería reelaborada o intercambiada en los centros fenicios de Cerdeña, Sicilia y en otros puertos frecuentados del estilo en Pitecusa, de manera que llegaría a Fenicia y Asiria ya convertida en objetos de lujo.

Del éxito de esta empresa son buena prueba el enriquecimiento de las propias colonias andaluzas, que se engrandecen progresivamente y crean a su vez otros asentamientos, y el impacto económico y cultural que tienen sobre la población indígena, patente en sus hábitats y sobre todo en

sus necrópolis. A partir de aquí sí parece correcto hablar - de colonias, y parecen más plausibles las teorías de un aprovechamiento del hinterland inmediato de Toscanos, Morro y los demás lugares desde un punto de vista agrícola y ganadero, - como sugieren algunos autores aunque para un período anterior (Whittaker, 1974, esp. pp. 59-63).

Pero mucho más importante que eso resulta a nuestro entender el significativo florecimiento general de los asentamientos comprobado a partir de los inicios del s. VII a.J.C., que se ha puesto en relación sustancialmente con un aumento de la demanda oriental pero que lógicamente puede tener otras causas, como la aparición de nuevos mercados más diversificados, el mayor nivel de vida de las poblaciones indígenas, etc...

Por una parte, se produce una reestructuración interna de las colonias que afecta a sus dependencias comerciales, como se ha podido comprobar bien en Toscanos, donde un gran almacén centraliza los intercambios de mercancías que adquieren sin duda mayor volumen y donde también se aprecia un crecimiento urbano que lógicamente refleja el auge demográfico (Niemeyer, 1986, pp. 113-117). Por otra parte, las actividades industriales (artesanas sería tal vez la palabra adecuada, si no nos sugiriera una idea de producción limitada y selectiva) conocen un gran auge del que dan testimonio los talleres metalúrgicos hallados en el Cerro del Peñón y en Morro de Mezquitilla, aunque en este último lugar ya existieran con anterioridad (Niemeyer, 1979, p. 247; Schubart, 1986, p. 63).

Evidentemente, hemos de suponer otras actividades menos comprobables arqueológicamente como son la fabricación de tejidos y tintas, salazones de pescado, y tal vez para entonces la producción de vino y aceite, no olvidando nunca la explotación, transporte y comercialización de materias primas, de los minerales en ~~turno~~ a los cuales gira la mayoría de los intereses fenicios en Occidente. Asistimos, en una palabra, al inicio del período de mayor desarrollo económico de las colonias que supondrá unas décadas de prosperidad, un siglo a lo sumo, que no se volverán a repetir en mucho tiempo.

Planteada con unos objetivos concretos, la estrategia comercial fenicia apunta hasta el período en el que nos adentramos a la obtención de los minerales andaluces, en especial los del área de Huelva pero también los de Andalucía oriental, y ello explica que los reflejos de su actividad puedan notarse sobre todo desde Granada hasta el Atlántico portugués. El mayor peso probable de las vías que acarrear los minerales desde el NO hasta la desembocadura del Tinto y Odiel, sean marítimas o terrestres, hacen destacar en importancia los intereses de la zona occidental, con Cádiz hipotéticamente como cabeza (2). Todo ello sin perjuicio de que las colonias mediterráneas jueguen un papel cuando menos tan importante, favorecidas por las a menudo inclementes condiciones de navegación del Estrecho (Gasull, 1986) y por la

(2) Para una distinción de los intereses de Huelva y Cádiz, con el planteamiento de rutas de aprovisionamiento distintas para ésta última, véase Ruiz Mata, 1986, pp. 260-261.

existencia de cómodas comunicaciones terrestres entre Málaga y el Atlántico, lo que ha hecho incluso dudar últimamente - del papel preponderante de la factoría arcaica gaditana, arqueológicamente tan elusiva (Aubet, 1986, pp. 12-13). De todas formas, el desarrollo de ambas áreas puede ser relativamente independiente, en la medida en que Cádiz se relacione más con la explotación de la plata onubense y el estaño venido del NO, mientras que las factorías malagueñas podrían dedicarse preferentemente al hierro, abundante en Andalucía - Oriental.

Dentro de este panorama que hemos descrito brevemente, la progresiva frecuentación y posterior instalación - en el Sudeste de la Península encuentra un marco lógico y es fácilmente explicable. La necesidad de hallar nuevos recursos y de extender el mercado existente, como consecuencia - del propio desarrollo y tal vez de la demanda oriental, impulsaría a los comerciantes a buscar zonas nuevas, distintas de la andaluza (y sobre todo de la andaluza occidental). Las rutas así tanteadas son perceptibles en los esporádicos contactos con lugares de las actuales provincias de Almería, - Murcia y Alicante, detectados a partir del 700 a.J.C., y el éxito de esta nueva empresa es patente en una serie de yacimientos, normalmente indígenas, pero que podemos sin duda - considerar como factorías, al menos en algún caso: Los Salares y Peña Negra (Arteaga-Serna, 1975; González Prats, 1983). La llegada de materiales fenicios se extiende a muchos puntos, incluso ya hacia el interior (Arteaga, 1981, pp. 46-47) y cabe citar entre ellos dos excelentes ejemplos, uno ya pu-

blicado, el Peñón de la Reina en Alboloduy, Almería (Martínez-Botella, 1980) y otro a punto de ver la luz, el Castellar de Librilla, en Murcia (3).

No cabe duda de que posiblemente correspondan a este mismo momento otros tanteos y exploraciones, seguidas de instalaciones, en diversas áreas geográficas entre las que destaca la costa atlántica marroquí. Mogador es la prueba de que también por esa dirección hubo éxito en la empresa, al menos en el s. VII a.J.C.

Ya a mediados del siglo, todo el área que venimos comentando conoce un gran auge, y al norte de la Nao se intensifican las relaciones. El sur de Francia, Cataluña y el País Valenciano se conectan paulatinamente con esta gran red comercial, cuya mayor extensión unida al aumento de las distancias provocará la creación de nuevas escalas o enclaves portuarios. Ibiza será uno de ellos.

La situación estratégica de la isla es por lo tanto uno de los motivos fundamentales de su elección para instalar un pequeño centro de apoyo a la navegación por las rutas que se van estableciendo cada vez con más fuerza en dirección norte. Sin duda, algún punto de las costas del norte de Alicante o de la actual provincia de Valencia hubiese servido igual, pero aunque no se pueda descartar que un día se

(3) Agradecemos sinceramente a D^a Mila Ros Salas, Profesora del Departamento de Arqueología de la Universidad de Murcia su gentileza al mostrarnos y comentarnos todos los materiales de sus excavaciones en Librilla, así como por hacernos visitar el propio yacimiento. De momento puede verse un brevísimo avance en Ros, 1985.

encuentre un establecimiento en la zona, Ibiza presenta -
 otras ventajas. La de estar prácticamente deshabitada, como
 hemos reflejado en otro lugar, no sería la menor de ellas. -
 Aunque aceptamos^{ra} la existencia de pequeños grupos humanos, -
 cosa que hoy por hoy es indemostrable, su relevancia sería e
 mínima y totalmente insuficiente desde luego para constituir
per se el motivo de la instalación de una factoría destinada
 a comerciar con ellos.

Por otra parte, existen en la isla unas importantes -
 salinas cuya configuración en la antigüedad no debió de
 pasar desapercibida a los colonos, prontos a valorar la po-
 tencial explotación de un producto de primera necesidad como
 es la sal (Vilá Valentí, 1954).

Finalmente, hay que tener en cuenta que Ibiza se
 encuentra cerca de las Baleares, éstas sí habitadas por una
 numerosa población talayótica que podrían constituir un mer-
 cado de cierta importancia. Pero además constituye el penúl-
 timo eslabón de la ruta que a través de las islas une Fenici -
 a con la Península Ibérica, que se tiende a valorar cada
 vez más frente a la tradicional ruta norteafricana (Picard,
 1982).

En resumen, la conjunción de unos factores externos -
 (las necesidades del comercio fenicio sur-peninsular) -
 con las condiciones geográficas de Ibiza, permiten compren -
 der porqué se produce el asentamiento en la isla, a mediados
 o en la segunda mitad del s. VII a.J.C. - Difícilmente pode-
 mos hablar de factoría o de port of trade en el sentido en
 que diferentes investigadores a partir de Palanyi han definini

do estos términos. El asentamiento ebusitano está orientado desde el primer momento a apoyar los intercambios comerciales entre diversas regiones en medio de las cuales se encuentra. En esta primera fase de su existencia, que de una manera aproximada situaríamos entre el 650 y el 580 a.J.C., aunque con mayor seguridad documental en 625-580 a.J.C., cuenta únicamente con la infraestructura necesaria para jugar ese papel, es decir los fondeaderos (ignoramos en realidad si hay construcciones portuarias), los lugares de almacenamiento de mercancías de paso que no debían permanecer largo tiempo en la isla y las diferentes zonas de hábitat necesarias para el mantenimiento de una población fija: casas, necrópolis y tal vez ya algún pequeño templo o santuario. Estos primeros habitantes debieron poner en marcha muy pronto una agricultura y una ganadería que los hicieran al menos autosuficientes, y no es difícil imaginar que los alrededores de la propia bahía, por donde se empieza a extender el Plá de Vila, servirían a tal fin. No estamos seguros de ello y nada se podrá saber sobre estos aspectos de la subsistencia hasta que no se pueda excavar más niveles de hábitat de esta época y se conozcan los resultados de Sa Caleta. Hoy por hoy sólo tenemos el escueto testimonio que supone el hallazgo de restos de cabritillo en la incineración 1985/III del Puig des Molins.

Volviendo a la población, permítasenos avanzar una hipótesis que surgió a raíz del estudio antropológico de los restos (véase Apéndice I). La sorprendente mayoría de individuos jóvenes, alrededor de 30 años o menos, junto con la pre

sencia compartida de hombres, mujeres y niños, hacen pensar que el núcleo inicial de pobladores estaba compuesto por familias de personas jóvenes, una imagen que se encuentra con frecuencia en las emigraciones de todas épocas, incluso recientes. Parece normal que en las primeras instalaciones en tierras más o menos desconocidas, donde se iba a llevar una vida relativamente más incómoda que en los centros del sur ya desarrollados, intervinieran mayoritariamente personas jóvenes. Aunque nuestra muestra sea escasa (una treintena de restos analizados) y cubra hasta mediados del s. VI a.J.C., parece que esta característica se mantiene en todo el primer período. Evidentemente, es una simple hipótesis que podrá ser contrastada cuando se excave más ampliamente el sector arcaico del Puig des Molins, pero queremos que quede constancia de ella en la medida en que es un paso más para el conocimiento de los aspectos sociales de la colonización fenicia sobre los que sabemos muy poco.

La posibilidad de que existiera una factoría fenicia (y no púnica) en Ibiza en el s. VII a.J.C. fué ya adelantada hipotéticamente por el Pr. Maluquer hace muchos años, a la vista de los hallazgos fenicios de Cataluña, especialmente de la zona del Delta del Ebro (Maluquer, 1969, esp. pp. - 246-250). Estos hallazgos han aumentado considerablemente desde entonces, como en seguida veremos, y entre los problemas que nos plantean está el de saber si el desarrollo de este comercio se debe en parte a Ibiza o si, por el contrario, el asentamiento isleño corresponde a la necesidad de dotar de puntos de apoyo una red comercial en pleno auge. La crono

logía de los restos encontrados en el País Valenciano, Cataluña y sur de Francia parece apuntar más bien a la primera hipótesis. Se trata, en general, de materiales datables en la segunda mitad del s. VII a.J.C. bien entrada, cuando el centro ebusitano ya está en funcionamiento. Debemos suponer que jugó por lo tanto un papel de primer orden en la transmisión de mercancías de todo tipo a lo largo de la fachada oriental peninsular, y que en este papel obtendría con cierta rapidez notables beneficios que irían afianzando poco a poco la futura colonia. Aunque los primeros intercambios entre el sur y el NO. se hubiesen producido antes, no cabe duda que la isla ayudó a afianzarlos y a desarrollarlos.

No es éste lugar adecuado para pormenorizar los numerosos hallazgos en muy distintos yacimientos que avalan -- lo expuesto en las líneas anteriores. Se trata generalmente de grandes envases anfóricos y diversos tipos de urnas y recipientes más pequeños, así como amuletos, cuentas, etc..., repartidos desde la desembocadura del Ebro hasta el Hérault, pero con mayor concentración en el sur: La Ferradura, Mas de Mussols, Coll de Moro, Mianes, Tossal del Moro (Maluquer, - 1983; San Martí-Padró, 1981). Desgraciadamente muchos de estos yacimientos están insuficientemente publicados o permanecen inéditos, lo que hace casi imposible una valoración de conjunto. En el caso del Languedoc, hace ya tiempo que se ha señalado como la evolución divergente del área oriental y de la occidental a partir de la segunda mitad del s. VII a.J.C. coincide con la fundación de una factoría en Ibiza, lo que hace suponer un cierto impacto fenicio en el Languedoc occi-

dental (Solier, 1981, esp. pp. 220-222). Pero allí también haría falta una revisión de materiales de los oppida que permitiera identificar mejor las importaciones, especialmente - las ánforas.

Al sur del Ebro y descontando por supuesto el área del sur de Alicante no se ha valorado sustancialmente el comercio fenicio más que en la zona del Maestrazgo, cercana al Delta, y allí cada año que pasa vé como la investigación hace incrementar el número de importaciones que llegan a los - poblados indígenas (Gusi-Samartí, 1981; Oliver, 1980). En el resto de la actual provincia de Castellón y en Valencia, las excavaciones de Vinarragell (Burriana) son buen testimonio del inicio de los intercambios con los comerciantes feni cios, posiblemente ya a finales del s. VII a juzgar por los materiales conocidos, a los que hay que añadir algunos hallazgos aislados en toda el área cercana a la desembocadura del río Millares (Mesado, 1974; Mesado-Arteaga, 1979; Ribera 1982, pp. 30-37). Poco a poco se vá demostrando que los esp acios vacíos en los mapas de distribución del tipo de importa ciones que nos ocupa aquí eran más el reflejo de un problema de investigación y de identificación que el resultado de una ausencia real de contactos. Así lo testimonian los recientes hallazgos de materiales fenicios en diversos puntos del inte rior de la provincia de Valencia, muy especialmente en el - Camp del Turia, la comarca que rodea a Liria, pero también a gran distancia del mar, como en Los Villares, Caudete de las Fuentes (4) y el Castellar de Meca en Ayora (Broncano, 1986,

(4) Agradecemos a D^a Helena Bonet, D^a Consuelo Mata y D. Pi^o

pp. 147-149), si bien para estos dos casos tal vez haya que pensar en una vía de llegada terrestre desde Andalucía.

En cualquier caso está todavía por hacer una valoración global del impacto comercial fenicio en las poblaciones indígenas valencianas y catalanas, partiendo para ello de un inventario exhaustivo de los materiales correctamente identificados. Mientras que no se realice esa labor, única -mente se podrán manejar listas de yacimientos y trabajar a partir de hipótesis, pero no se podrá avanzar más de lo que se ha hecho en los últimos años.

En conclusión, recordaremos que la fundación de un pequeño establecimiento portuario en Ibiza se enmarca en la dinámica comercial de las colonias andaluzas en el s. VII a. J.C., época de su máximo auge. Su finalidad es servir de apoyo a la ruta que a lo largo de la costa oriental peninsular les permite intervenir en las transacciones que tienen lugar en el oeste del Golfo de León, además de comerciar con las poblaciones indígenas que encuentran en su recorrido. Por ello es evidente que cuando las condiciones que rodean las colonias fenicias cambien en torno al 600 a.J.C., el asentamiento ebusitano sufrirá también transformaciones y una progresiva evolución en su papel.

rre Gerin, los datos facilitados sobre sus trabajos en - curso en el Camp del Turia y Los Villares.

2.- Ibiza y el Mediterráneo Central

Se ha considerado a menudo que el en teoría repuntino interés de los fenicios por el E. y NE. peninsulares traduucía una serie de problemas mal conocidos que se resumen en una crisis con sus vecinos tartésicos. En nuestra opinión y como hemos señalado ese interés no es tan repentino, pues es perceptible una progresiva expansión desde la Andalucía - oriental que tiene una duración relativamente larga, y no puede relacionarse con la mencionada crisis, ya que es cronoulógicamente anterior, como la propia instalación en Ibiza de umuestra.

Parece lógico que la ampliación de los circuitos - comerciales en una época de expansión intentase englobar un área de tanto interés como es el sur de Francia, especialmenute el Languedoc. Las especulaciones sobre cuál era el elemenuto más atrayente en esta zona han llevado siempre a hablar - de la ruta aquitana del estaño, que desembocaría precisamente allí (Arteaga-Padró-Sanmartí, 1978, pp. 133-134; 1986). Fue- se ese metal u otro producto el que más interesase, lo que es evidente es que en los inicios del s. VI a.J.C. la activiudad en el área continúa y parecen afianzarse las relaciones con el NE, y ello a pesar de que la fecha del 600 a.J.C. su- pone tradicionalmente el principio de grandes cambios. La crisis de las factorías andaluzas por una parte, y las fundauciones de Masalia y Ampurias por otra, alterarán la compleja red de intereses coloniales en Occidente, y como es lógico - este nuevo estado de las cosas quedará reflejado en Ibiza.

La citada crisis que aparentemente sufren los centros de Andalucía se conoce tal vez mejor a través de sus consecuencias que de su propio desarrollo. Se cree que un período relativamente largo de lo que se ha llamado para esconder nuestra ignorancia "malas relaciones" entre fenicios y tartésicos desembocó en una serie de enfrentamientos, algunos de ellos violentos. Las excavaciones de Toscanos,

permiten todavía estudiar la cuestión a fondo, nos muestran una reestructuración total del hábitat, que supone un abandono del área del cortijo y la instalación de la población al otro lado del río, en el Cerro del Mar.

La factoría de Guadalhorce también muestra señales de una reestructuración, aunque el corte entre sus fases I y II, en torno al 600 a.J.C., no impide que exista una continuidad en el hábitat. En realidad, lo que parece variar más es la cultura material (Arribas-Arteage, 1975, pp. 93-95).

En conjunto no se puede hablar de grandes cambios. Parece que los grupos fenicios establecidos en el sur permanecen en los mismos lugares en los que llevan, en ocasiones, siglo y medio e incluso conocemos a partir de entonces nuevos centros, como Málaga o la misma Villaricos que empieza a adquirir importancia. El área geográfica inmediata que queda bajo su radio de acción sigue siendo la misma. Por lo tanto, hemos de buscar otra causa exterior que justifique la rápida evolución que en pocas décadas llevará a todo el Mediterráneo central y occidental fenicio a lo que denominamos cultura púnica. Esta causa, como se ha venido repitiendo por muchos investigadores, no parece ser otra que la caída de Tiro,

en torno al 573 a.J.C., tras diez años de asedio, y su incorporación al imperio neo-babilónico. La ruptura de los lazos con la metrópolis y con el Mediterráneo oriental en general habrían significado el fin de la prosperidad para las colonias occidentales, privadas de sus apoyos y de sus mercados y obligadas a replegarse sobre sí mismas al entrar en franca decadencia económica.

El panorama sin embargo no parece tan sencillo. Ya no es unánime la aceptación de la caída de Tiro como causa - de todos los males, y se han emitido interesantes hipótesis que buscan razones más profundas y diversas (Frankenstein, -- 1979, p. 291). Entre ellas tendrían especial peso la brusca disminución de la demanda asiria de plata ya en las últimas décadas del s. VII a.J.C., y la progresiva incorporación de Centroeuropa, es decir de los territorios al norte de los Alpes, a las actividades del mundo mediterráneo. Sus relaciones con griegos y etruscos permitirán a éstos acceder directamente a recursos minerales y materias primas (como el cobre y el estaño) que hasta entonces obtenían en gran parte - por el intermediario fenicio, con las consiguientes pérdidas económicas que ello supuso para los semitas. Finalmente, el empuje comercial griego hacia el golfo de León y la Península Ibérica afectará también a una red comercial hasta entonces casi monopolizada, en detrimento de sus creadores.

¿Cómo evolucionará Ibiza en estas décadas cruciales, con el trasfondo de los cambios de todo tipo que se están produciendo?

Hemos de partir de la imagen que del primer asentamiento hemos trazado más arriba. Enclave portuario dedicado fundamentalmente a los intercambios, un porcentaje sobre los cuales constituiría su principal recurso, la disminución del flujo de mercancías afectaría sensiblemente su economía. Por ello se mantendría al mayor nivel posible las relaciones con las colonias del sur, y buena prueba de ello es que los productos mediante los que detectamos el comercio (ánforas, athymata, etc...) siguen encontrándose en Cataluña y regiones adyacentes hasta la tercera o cuarta década del s. VI a.J.C., sin que podamos afinar excesivamente la cronología por las mismas características de los objetos transportados. Sin embargo, ésto no parece suficiente y los comerciantes ebusitanos empiezan a orientar sus intereses hacia el este, y más concretamente hacia los centros fenicios del Mediterráneo central en los que no se detecta la crisis. Sicilia y sobre todo Cerdeña participan en lo que Gras ha llamado acertadamente "tráficos tirrénicos", en buenas relaciones con el mundo etrusco que conoce entonces una de sus épocas de gran prosperidad (Gras, 1985, pp. 163-217).

Los testimonios arqueológicos de esta nueva orientación son poco numerosos todavía, pero a nuestro entender muy explícitos. Los materiales cerámicos griegos y etruscos recuperados o valorados en los últimos años señalan efectivamente hacia Sicilia y Cerdeña como lugares más probables de su procedencia. El kantharos de bucchero, el aryballos de imitación, la cerámica corintia y de la Grecia del este estudiados en capítulos anteriores son simples muestras de un in

tercambio que debió alcanzar cierta magnitud y cuyos componentes principales desconocemos aunque podemos suponer. A título de ejemplo podríamos valorar la sugerente hipótesis de que Ibiza jugó un papel importante en el comercio del hierro de Etruria que afluyó a la Península como consecuencia del gran incremento en la demanda de este mineral por parte de las poblaciones ibéricas, en especial para la fabricación de armas (Maluquer, 1982, pp. 48-49).

Pero tenemos además los datos que proporciona el estudio de los rituales funerarios del Puig des Molins. Las incineraciones en cavidades de la roca, la deposición como ajuar de una sencilla ampolla del tipo Bisi-3 tan frecuente en Cerdeña donde al menos en parte hay que buscar su lugar de fabricación (Ramón, 1982b) son la prueba de la existencia de unos lazos estrechos que van más allá de los simples contactos comerciales. Reflejan un acercamiento cultural que incluye la transmisión de creencias religiosas o de prácticas funerarias, y no debemos descartar el inicio de la llegada e instalación de colonos sardos o sicilios.

Que esta ruta Ibiza-Cerdeña era de doble dirección podrían demostrarlo las joyas de plata características de las necrópolis fenicias sardas y anteriores a la generalización de la orfebrería del oro en época púnica. El aprovisionamiento del preciado metal seguiría haciéndose en el sur peninsular, como desde hacía casi dos siglos, y ello justificaría la presencia del escaso bucchero conocido hasta hoy en Andalucía, hallado en Toscanos, Málaga y Guadalhorce.

Nuestro último argumento en favor de esta hipóte -
sis sobre el giro oriental del papel de Ibiza y por tanto de
sus intereses, se apoya sobre el inicio de la producción de
cerámica en la isla. Es un tema todavía poco investigado y -
al que el conocimiento de las alfarerías de la ciudad no pa-
rece que pueda aportar soluciones de momento. Las excavacio-
nes realizadas en éstas en los últimos años, en el área si -
tuada al sur de la necrópolis y vertebrada a lo largo de la
actual Avenida de España no han permitido documentar niveles
anteriores a fines del s. VI a.J.C. (Ramón, 1985, pp. 71-73).
Sin embargo, el estudio del material ebusitano de ese siglo
permite apreciar que existen ya en el período que estudiamos
algunas vasijas fabricadas en la isla, reconocibles por sus
características técnicas: pasta, cocción, etc... Algunas am-
pollas, platos de pocillo sin decoración y otras formas so-
bre las que todavía tenemos alguna duda cronológica, consti-
tuyen el corto elenco de las producciones vasculares centra-
das en el segundo cuarto del s. VI a.J.C.. Al igual que sus in
mediatas sucesoras, estas formas no recuerdan la morfología
de la cerámica fenicia de occidente del período anterior, en
uso como se ha visto en la propia isla. Por el contrario, -
apuntan a las formas más corrientes de los asentamientos fe-
nicios del Mediterráneo central, y se incluyen por lo tanto
sin problema alguno en el marco general que estamos trazan-
do.

Hemos hablado varias veces del Mediterráneo central,
de Cerdeña sobre todo, pero poco de Sicilia y nada de Carta-
go. Dejando Sicilia de lado, pues no tenemos datos ni tan só

lo para intentar un acercamiento al estudio de sus relaciones con Ibiza, hemos de recalcar que la colonia norteafricana no parece intervenir todavía de forma decisiva en las rutas comerciales que comentamos, y por lo tanto su peso cultural no se deja sentir. Ni los rituales del Puig des Molins ni los materiales de los que disponemos encuentran todavía su paralelo en Cartago, y ello es tanto más comprobable en la medida en que la intervención cartaginesa va a ser constatada muy rápidamente.

Así, esta segunda etapa de la existencia de la Ibiza fenicia, que situaríamos entre el 580 y el 540 a.J.C. sin que se deban considerar estas fechas como límites estrictos, corresponde a una adaptación de los colonos a una situación económica muy cambiante. No debemos entender esto como un alejamiento total de los intereses de las colonias andaluzas que fundaron el asentamiento. De hecho el establecimiento de la ruta hacia Cerdeña-Etruria o su revitalización podría haberse realizado perfectamente a impulsos de éstas, interesadas también en diversificar mercados y productos en una época de crisis. Sin embargo, las características culturales propias que poco a poco se van definiendo, el contacto más frecuente no sólo con "otros" fenicios y con etruscos, sino también con griegos, ya que podemos presumir que es ahora cuando se inicia la fructífera relación con Ampurias destinada a durar varios siglos, todo ello unido nos permite entrever como el pequeño puerto de escala se va afirmando en una personalidad propia que no tardará en cuajar. Sin un desarrollo económico espectacular pero tampoco excesivamente afecta

do por la crisis, podemos suponer que el primitivo asentamiento se vá extendiendo, ampliando sus construcciones y probablemente aumentando las superficies agrícolas explotadas, aunque todavía limitadas al Plá de Vila, todo ello apoyado en un incremento de la población que se nutre de inmigrantes.

El estudio minucioso del ritual funerario y los datos de tipo social y económico que de él se desprenden (véase supra, cap. VIII, 1) permiten asegurar que el grupo social ebusitano seguiría estando compuesto mayoritariamente por gente joven, y que no existirían todavía grandes diferencias en la distribución de las riquezas. Sólo la incineración en fosas de cierta complejidad y con mayor número de fuerza de trabajo incorporada que los demás sistemas de enterramiento sugiere la existencia de algunas personas diferenciadas tal vez, pero más en función de su cargo que de su poder económico. Estamos aquí lejos de las elaboradas tumbas que se hacen construir los ricos comerciantes de las colonias del sur.

Este crecimiento pausado se verá sin embargo afectado, en la segunda mitad del s. VI a.J.C., por la intervención cartaginesa que imprimirá un carácter distinto a casi todos los aspectos de la vida de la colonia.

3.- La órbita de Cartago: Ibiza púnica

Se pueden aducir diversas razones para justificar la decisión de Cartago de intentar controlar lo que había sido la red comercial de Tiro, y varias de ellas son complementarias. Pero creemos que se debe huir del esquema simplista que reduce esa empresa al cumplimiento de unas ambiciones imperialistas, y conviene considerar mejor algunas explicaciones de tipo económico.

Cartago se había beneficiado durante buena parte de su existencia del tráfico comercial entre la Península Ibérica y la metrópolis oriental. Estratégicamente situada en el cuello de botella centro-mediterráneo, donde hace de charvela, por ella pasan las naves cargadas de materias primas que desde las factorías andaluzas y africanas se dirigen a Oriente. Pero también se había vinculado a las redes comerciales de las ciudades etruscas, con quienes mantuvo excelentes relaciones a lo largo de toda su historia. Esta colaboración etrusco-cartaginesa parece remontarse al s. VII, por lo menos, y ya en torno al 600 a.J.C. se unen según la tradición para intentar evitar la fundación de Marsella por los focceos.

Aunque por las condiciones de su fundación Cartago difiera originalmente del resto de los establecimientos fenicios de occidente, tal como pueden reflejar sus necrópolis y sus rituales funerarios propios, en sus dos primeros siglos largos de existencia evoluciona como cualquier otra de las colonias conocidas: se enriquece, se agranda, y extiende su red de intereses que se relaciona también con los centros

fenicios sicilianos, tan próximos, y en menor medida los sardos. Por ello la crisis del 573 a.J.C. provocada por la caída de Tiro y la conjunción de una serie de factores que ya hemos comentado le afecta al igual que a las colonias del Egipto, pero solo parcialmente. Su vinculación con el comercio tirrénico puede salvar momentáneamente la situación. Pero cuando éste empieza a tener dificultades, a partir de mediados del s. VI a.J.C., Cartago organiza su intervención para controlar por sí mismo unas redes en las que antes sólo participaba.

Emprende la conquista de Sicilia hacia el 550 a.J.C., cuando envía allí a su general Malco con el fin de paralizar el empuje hacia el oeste de las ciudades griegas. Militarmente este mismo Malco defiende los asentamientos fenicios de Cerdeña contra las presiones de los purágicos. Con ello se ponen en marcha los mecanismos que permitirán en muy poco tiempo colocar las colonias sardas y sicilianas, hasta entonces autónomas, bajo la protección y finalmente el mando de Cartago. Por último, la batalla de Atalia, entre el 540-535 a.J.C., supone además del cumplimiento de un compromiso con los etruscos, un aviso a los griegos de quien entiende establecer las normas del comercio en determinadas áreas del Mediterráneo. Otro efecto no menos importante a nuestro entender es el prestigio que con la batalla gana la ciudad nor-teafricana en el mundo fenicio, sin que podamos descartar que una probable participación en el combate de colonos de diversos lugares sirviese para aumentar un sentido de unidad en torno a la nueva metrópolis ascendente.

No cabe duda que este proceso del que conocemos sobre todo los aspectos militares se vé acompañado de una penetración cultural que es patente en Sicilia y sobre todo en Cerdeña (Bondi, 1983a, pp. 88-89). Por esa vía pre-existente los cartagineses empezarán a llegar a Ibiza, a instalarse y a hacer de ella una de sus colonias más fiel. Sin problemas de tipo militar como los que encuentran frente a griegos y murágicos, no les resultará difícil atraer a la isla a sus intereses y darle el papel de punta de lanza comercial hacia la Península Ibérica. Este proceso es relativamente rápido y los elementos que dan testimonio de él numerosos.

El crecimiento urbano que tiende a cubrir todo el Puig de Vila, reuniendo en una única aglomeración las instalaciones del puerto con las de la ciudadela, debe proseguir con regularidad. Tal vez el mejor indicio de ello sea la comprobación de que en el último tercio del s. VI a.J.C. están funcionando unas alfarerías instaladas a varios centenares de metros al O. del puerto y un poco al S. del Puig des Molins. Este alejamiento de una infraestructura artesana de tanta importancia refleja una falta de espacio en lo que desde su fundación era el centro del asentamiento.

Las sustanciales variaciones que sufre la necrópolis, tanto en sus estructuras como en el ritual funerario utilizado, son quizás una de las mejores pruebas de este período de cambio. Por primera vez se abandona, de manera muy rápida, el rito de la incineración, y los cuerpos son inhumados en el interior de espaciosos hipogeos y de grandes fosas excavados en la roca. Las primeras cámaras que conocemos, do

documentadas en las excavaciones del solar de la calle León, 10-12, se abren a escasa distancia de las incineraciones arcaicas, en lo que podemos considerar un área contigua, algo más cercana al núcleo urbano. Los pozos regulares de planta rectangular, muy grandes, con escalones laterales para facilitar el descenso a una profundidad media superior a los dos metros, permiten acceder a unas cámaras perfectamente talladas, sencillas en la medida en que no cuentan con detalles como bancos o nichos, pero perfectamente acabadas. El conjunto de la disposición, en la que únicamente encontramos una cámara con un pozo vertical, nos remite directamente a Cartago donde tumbas semejantes están en uso desde el s. VII a.J. C. (Bénichou, 1982, pp. 105-106 y 352-355). Desde allí se han ido extendiendo a Sicilia y Cerdeña, progresivamente constituirán un elemento clásico de la cultura púnica que llegará hasta la Península Ibérica, y se adoptará también en el norte de Africa.

Los escasos materiales recuperados en los hipogeos de la calle León sirven para confirmar la adscripción cultural de los allí enterrados, ya sean éstos emigrantes del Mediterráneo central o colonos ebusitanos que han adoptado las formas aportadas por ellos. Junto a los esqueletos completos colocados en decúbito supino o en las bocas de los hipogeos, se depositan navajas de afeitar, pequeños cuencos, urnas biconocónicas y terracotas que encuentran como se ha visto sus paralelos más exactos en producciones del Mediterráneo central. El nuevo impacto cartaginés se confirma con el hallazgo por vez primera de cáscaras de huevo de avestruz deco

radas, elemento de ajuar de claro origen africano destinado a gozar de gran predilección en la isla en los siglos siguientes. Junto a todo ésto siguen apareciendo objetos ya conocidos en la época anterior, pequeñas joyas, amuletos y cuentas, escarabeos que también formarían parte de los ajuares durante mucho tiempo.

No nos cabe ninguna duda de que el número de enterramientos de este tipo debe ser bastante mayor de lo que conocemos. Buena prueba serían los materiales que hemos rastreado por diversos museos y que hemos estudiado en el capítulo III. Muchos de ellos han de proceder de hipogeos como los que comentamos, dadas sus características y su cronología, pero recuperados por desgracia en viejas excavaciones no pueden aportarnos hoy más datos que los expuestos.

Las cámaras no serían el único sistema de enterramiento utilizado, por supuesto. Existen varias fosas que se podrían datar en el último cuarto del s. VI a.J.C., en especial algunas de forma rectangular y con resalte documentadas en la Via Romana, 38. Mal conocidas todavía, son también de inhumación y parte de los materiales que comentamos podrían proceder de ellas. Sin embargo, la investigación actual no nos ha deparado todavía un conjunto homogéneo e intacto que permita una aproximación más profunda, y por esta razón se hace inviable un estudio social como el que hemos intentado para la primera mitad del s. VI a.J.C.. A pesar de ellos, hemos de resaltar que a nuestro entender la apertura de grandes hipogeos no revela tan sólo la adopción de un nuevo ritual funerario, sino que también es la prueba de un enrique-

cimiento de parte de la población que puede permitirse ahora un mayor dispendio a la hora de dar sepultura a sus muertos. Otra interpretación bastante plausible sería la de atribuir estos hipogeos a los comerciantes cartagineses recién llegados para beneficiarse de la nueva situación de la isla, trayendo consigo las costumbres de la metrópoli.

El proceso de cambio no es sólo apreciable en el área urbana y su necrópolis, sino que parece acompañarse de la instalación de gente en otras zonas de la bahía de Ibiza y sobre todo de la fundación de dos santuarios, los primeros de los que tenemos claros testimonios: Illa Plana y Puig d'en Valls.

Es muy posible que sobre la pequeña Illa Plana - existiera desde un momento temprano un lugar de culto, al me nos así lo han pretendido diversos investigadores a partir - de algunos fragmentos de terracotas de clara filiación orien tal que se fecharían en los finales del s. VII a.J.C. o primera mitad del s. VI a.J.C. Aunque así fuera, no es sino a partir del 550 a.J.C. cuando podemos considerar que existe - la estructura de tipo religioso de la que proceden las figu rillas votivas que tan famoso han hecho el yacimiento. Las desafortunadas condiciones de excavación a principios de si glo hacen que sólo sepamos que proceden de un bothros en el que habían sido arrojadas. Pérez Cabrero, que es quien nos ha transmitido más información sobre los trabajos allí efec tuados, habla del hallazgo de restos de figuras en varias - partes de la isla y sobre todo de los restos de un templo y de un aljibe. De éste no se ~~da~~ nada más, pero el supuesto

templo fué reexcavado en 1953 y resultó ser el fondo de una cisterna romana (Mañá-Astruc, 1956). Sin embargo, Pérez Cabrero hace también escueta referencia a que se encontraron - los cimientos de un importante edificio, del que nada más se ha vuelto a saber (Pérez Cabrero, 1911, pp. 23-30). Espera - mos que las excavaciones ya programadas en esa zona para el próximo año puedan aportar datos reveladores, pero de momen - to únicamente nos podemos referir a los materiales hallados.

Las terracotas votivas hechas a torno femeninas y masculinas se han identificado como orantes, asignándoles - una cronología entre los s. VI y IV a.J.C. según el grupo a que pertenecen, aunque algunos autores remontan las más anti - guas al s. VII a.J.C. - Son desconocidas en los centros feni - cios occidentales y sus paralelos exactos se encuentran en - Cartago y diversos lugares de Cerdeña (Nora, Sulcis). No ca - be duda por lo tanto que atestiguan la introducción de un - culto religioso desconocido hasta entonces en Ibiza y de cla - ra procedencia centro-mediterránea, al menos en su forma ex - terna. El estudio de las piezas en cuanto a gestos, sexo y - otras variantes, ha sugerido que podrían ser ofrendas voti - vas destinadas a un dios masculino, tal vez Eschmún, dios de la salud y una de las figuras principales del panteón carta - ginés (Aubet, 1969; San Nicolás, en prensa).

Los datos disponibles sobre Puig d'en Valls son to - davía más escuetos si cabe. Estratégicamente situada al fon - do de la bahía de Ibiza, esta colina parece haber sido ocupa - da en las últimas décadas del s. VI a.J.C. - Pérez Cabrero y C. Román hablan de cisternas, oquedades en la roca, trinche -

ras, dos templos (uno de ellos subterráneo) y grandes cantidades de huesos humanos así como materiales diversos (Pérez Cabrero, 1911, pp. 16-17; Román, 1913, pp. 122-125). Hoy en día sólo alguna de las primeras es visible bajo las construcciones modernas, y nos quedan unas pocas cerámicas que llegan hasta época islámica. Entre ellas hay que destacar una docena de terracotas, algunas semejantes a las más antiguas de Illa Plana halladas en superficie, que autorizan tal vez a suponer la existencia de otro centro de culto en aquella elevación. Sin embargo, se ha propuesto un papel para el Puig d'en Valls más orientado hacia funciones económicas. El incremento de la explotación agraria del Plá de Vila aconsejaría la instalación de colonos a dos kilómetros de la ciudad, más cerca de los campos. Al mismo tiempo se podrían realizar desde allí actividades relacionadas con el mar (¿pesca?), ya que la costa dista menos de 500 metros (Ramón, 1985 pp. 89-91).

Cambio en los rituales funerarios y en los ajuares, innovaciones religiosas, expansión del hábitat, son algunos de los datos con los que contamos para comprobar que la Ibiza de la segunda mitad del s. VI a.J.C. estaba inmersa en un proceso de rápida evolución que podemos considerar el de su entrada en la órbita de Cartago. No es este exclusivo de la isla, pues todo el ámbito fenicio occidental está conociendo a distintos niveles una transformación semejante. Asentamientos como Villaricos y Guadalhorce, necrópolis como Jardín y

Gadir son yacimientos arqueológicos mejor o peor conocidos - que así lo reflejan (Aubet, 1986b), aunque cada uno de ellos adopte soluciones diferentes y evolucione dentro de lo que - ya podemos llamar cultura púnica en función de su propio pasado y de las posibilidades que le ofrece su entorno geográfico.

Para Ibiza significa sin lugar a dudas el inicio - del período de mayor prosperidad de toda su historia, que durá varios siglos, y de ello también empezamos a tener testimonios. La creación de alfarerías en lo que se transformará pronto en un auténtico barrio artesanal no sólo sirve para fabricar las cerámicas imprescindibles para la vida cotidiana, siguiendo ya decididamente modelos importados de Cerdeña, Sicilia y Cartago que encontramos cada vez en mayor número en las tumbas, como las urnas bitronocónicas, las jarritas Eb-12 o las de boca trilobulada (Gómez Bellard, 1981; Ramón, 1982a). Por primera vez se fabrican grandes envases - de transporte, las ánforas de los tipos PE-11 y PE-21 de J. Ramón que se han encontrado en los niveles inferiores del - llamado taller AL-2 (Ramón, 1981a, pp. 58-59). Y ello no nos deja ninguna duda sobre el potencial agrícola que la isla ha adquirido.

Bien es verdad que no conocemos ninguna instalación rural anterior al s. V a.J.C., y que los materiales de procedencia extra-urbana más antiguos se datan en torno al 450 a. J.C., como un lekythos de figuras rojas de Sta. Eulalia conservado en el M.A.I. y posiblemente el hipogeo rural de Can Marines, inédito. A pesar de ello, este argumento ex-silen-

tio choca con la evidencia de que Cartago estimula, desde finales del s. VI a.J.C., la explotación y el control de mayores superficies agrícolas no sólo en su propio hinterland, - sino también en Cerdeña (Bondi, 1983b, pp. 387-390). Las primeras ánforas ebusitanas, de esa misma cronología, reflejan que al modesto nivel que sea el agro isleño tiene ya la capacidad de producir un excedente exportable. Podría aducirse - que las ánforas PE-11 no tienen porqué servir para transportar aceite, como se ha supuesto, sino que podrían contener - salazones de pescado o algún producto marino semejante. Aún así, es impensable que las PE-21 llevaran otra cosa que vino: imitan fielmente las ánforas vinarias griegas, tal vez corintias, que circulan en esa época por todo el golfo de León - (Ramón, 1981a, pp. 109-110).

Cargados de productos no sólo ajenos como hasta entonces sino propios y por consiguiente susceptibles de reportar mayores beneficios (¿aceite, vino, salazones, sal?), los comerciantes ebusitanos navegan por una amplia red comercial preexistente a la que también van a añadir nuevas rutas. El mantenimiento de los contactos con los centros ahora púnicos de la Península Ibérica no ofrece dudas, como la identidad - cultural con Villaricos demuestra, pero parece que existe - una clara preferencia por los mercados del N peninsular. - Los lazos establecidos con Ampurias son visibles en la presencia de materiales ebusitanos no sólo en las necrópolis de la colonia griega, sino también en Ullastret (ánforas especialmente), así como en la llegada continuada de pequeños objetos más o menos lujosos: escarabeos, amuletos, objetos de

marfil y hueso... Se ha valorado también recientemente el papel de intermediarios que Ampurias e Ibiza podrían haber jugado en la contratación y transporte de mercenarios iberos - de Cataluña y Languedoc, cuya participación en las guerras - sicilianas entre las filas cartaginesas está probada (Ramón, 1985, pp. 23-24). La frecuentación de las costas del Midi - por los ebusitanos no sólo podría inferirse de la rápida imitación que hacen del ánfora vinaria allí frecuente (la PE-21, como se ha dicho), sino que parecen llegar ánforas massalio-tas de las que se conoce algún ejemplar pescado en la costa ibicenca (Ramón, 1982c, fig. 4). No hay que descartar sin embargo el papel de Ampurias en estos procesos.

Hacia el este, Ibiza parece interesarse por prime-ra vez por sus vecinas las Baleares. Aunque nada sepamos aún de Menorca, en Mallorca se ha podido detectar la presencia - de los primeros productos ebusitanos en poblados talayóticos a fines del s. VI a.J.C., prólogo de lo que en poco más de cien años se constituirá en un auténtico proceso de colonización que sólo se ha empezado a valorar en los últimos años - (Guerrero, 1984, pp. 9-17; 1985, pp. 66-68). No cabe duda de que los comerciantes púnico-ebusitanos supieron poner en marcha los mecanismos para la creación de un mercado que poten-cialmente parecía de gran interés, dada la cuantiosa pobla-ción de las islas. Su atractivo como fuente de mercenarios, que conocemos bien por los textos clásicos, también sería un argumento de peso a la hora de incluirlas en las rutas comerciales.

La llegada del s. V a.J.C. a cuyas primeras déca-

das hay que prolongar sin duda algunos de los procesos que - hemos venido describiendo, encuentra a la isla en una situación de desarrollo que se irá afirmando progresivamente.

Acabado el proceso de adaptación que ha llevado a la modesta escala portuaria fundada por los fenicios de occidente a la probable categoría de ciudad púnica o al menos de gran centro urbano, Ibiza nos aparece como un importante foco cultural y económico integrado en las amplias redes de los intereses de Cartago. Sin embargo, al igual que sus hermanas de Sicilia, Cerdeña, el Norte de Africa y la Península Ibérica, gozará de una autonomía suficiente como para orientar por sí misma sus múltiples campos de acción, tanto en su estricto y limitado marco geográfico como en su proyección - hacia las áreas y culturas circundantes.

No existe razón alguna para que se deba separar este período de la etapa anterior, cuyo inicio señalábamos grosso modo en torno al 540 a.J.C., pero cuyo final nos sentimos menos seguros de fijar. La segunda mitad del s. V a.J. C., cuando ya la ocupación de la isla parece generalizada y existen multitud de pequeños asentamientos rurales dedicados a la agricultura y la ganadería, podría ser un punto final - válido, ya que a partir de entonces entra Ibiza en lo que todos los investigadores consideran tradicionalmente su época clásica. Y ésta es merecedora de un estudio mucho más amplio que el que aquí hemos presentado para la época arcaica.

BIBLIOGRAFIA

Lista de las abreviaturas utilizadas.

- A.E.A.: Archivo Español de Arqueología
- A.J.A.: American Journal of Archaeology
- A.J.B.A.: Australian Journal of Biblical Archaeology
- A.P.L.: Archivo de Prehistoria Levantina
- B.A.S.O.R.: Bulletin of the American School of Oriental Research
- B.A.R.: British Archaeological Reports
- B.C.O.C.I.N.: Boletín de la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación (Palma de Mallorca)
- B.E.F.A.R.: Bibliothèque de l'Ecole Française d'Athènes et de Rome
- B.M.B.: Bulletin du Musée de Beyrouth
- B.P.H.: Biblioteca Praehistorica Hispana
- C.I.S.F.P.: Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici
- C.N.A.: Congreso Nacional de Arqueología
- C.P.A.C.: Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Castellón
- C.P.A.G.: Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Granada
- E.A.E.: Excavaciones Arqueológicas en España
- F.P.I.: Los Fenicios en la Península Ibérica, M^o E. Aubet y G. del Olmo Ed., Editorial AUSA, Sabadell, 1986, 2 volúmenes.
- I.E.J.: Israel Exploration Journal

- J.D.A.I.: Jahrbuch der Deutsche Archäologische Institut
- J.S.E.A.: Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades
- M.E.F.R.A.: Mélanges de l'Ecole Française de Rome, Antiquité
- M.M.: Madrider Mitteilungen
- M.M.A.P.: Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales
- N.A.H.: Noticiario Arqueológico Hispánico
- N. Sc.A.: Notizie degli Scavi dell'Antichità
- P. d. P.: La Parola del Passato
- P.I.P.: Programa de Investigaciones Protohistóricas
- P.B.S.R.: Papers of the British School in Rome
- Q.D.A.P.: Quarterly of the Department of Antiquities of Pa -
lestine
- R.A.B.M.: Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos
- R.S.F.: Rivista di Studi Fenici
- R.E.P.P.A.L.: Revue des Etudes Phénico-Puniques et des Anti-
quités Lybiques
- S.I.P.P.: Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular
- T.M.A.I.: Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza
- T.P.: Trabajos de Prehistoria
- T.V.S.I.P.: Trabajos Varios del Servicio de Investigaciones
Prehistóricas.
-

- ACQUARO, E., 1971: I raschi punici. Centro di Studio per la -
Civiltà Fenicia e Punica, Studi Semitici, 41, Roma
235 pp.
- ACQUARO, E., 1977: Amuleti egiziani ed egittizzanti del Museo
Nazionale di Cagliari. C.S.C.F.P., Studi Fenici n°
10, Roma, 158 pp.
- ACQUARO, E., 1978: Cartagine, un impero sul Mediterraneo. Ci
viltà Scomparse n° 14, Newton Comptan Ed., Roma,
214 pp.
- AHARONI, Y., 1975: Investigations at Lachish. The Sanctuary
and the Residency (Lachish V). Tel Aviv University
Publ. of the Inst. of Arch., Gateway Publ. Inc., -
Tel Aviv.
- ALBORE LIVADIE, C., 1972: L'épave étrusque du Cap d'Antibes.
Rivista di Studi Liguri, XXXIII (= Hommage à F. Be
noit I), pp. 300-326.
- ALCOVER, J.A.-MUNTANER, J., 1985: Els vertebrats a les Illes
Pitiüses. Estudis Balearics, n° 16, Palma, pp. 105
-116.
- ALMAGRO BASCH, M., 1960: Manual de Hª Universal. Espasa Cal-
pe, Madrid, tomo I, 916 pp.
- ALMAGRO BASCH, M., 1962: Inventaria Archaeologica, fasc. 6.
Madrid
- ALMAGRO BASCH, M., 1966: Sobre el origen posible de las más
antiguas fibulas anulares hispánicas. Ampurias, -
XXVIII, Barcelona, pp. 215-236.
- ALMAGRO BASCH, M., 1967: Inventaria Archaeologica, fasc. 6.
Madrid.
- ALMAGRO BASCH, M., del AMO, M., BELTRAN, A. y otros, 1974: -
Huelva: Prehistoria y Antigüedad. Editora Nacional.
Madrid, 320 pp.
- ALMAGRO GORBEA, M.J., 1967: Excavaciones arqueológicas en -
Ibiza. E.A.E., n° 56, 30 pp.
- ALMAGRO GORBEA, Mª José, 1970: Un quemaperfumes en bronce -
del Museo Arqueológico de Ibiza. T.P., vol. 27. Ma
drid, pp. 191-198.
- ALMAGRO GORBEA, Mª J., 1978: Revisión del recipiente de Nau-
cratis de Ibiza. T.P. n° 35, pp. 407-413.
- ALMAGRO GORBEA, Mª J., 1980: Corpus de las terracotas de Ibi
za. B.P.H., vol. XVIII, Madrid, 348 pp. más CCXV -
láminas.

- ALMAGRO GORBEA, M^a J., 1986: Orfebrería fenicio-púnica. Ma -
drid, 217 pp.
- ALMAGRO GORBEA, M^a J., FORTUNY, E. de, 1971: Excavaciones en
la Cueva de Es Cuyeram (Ibiza). N.A.H., núms. XIII
-XIV. Madrid, pp. 7-35
- ALMAGRO GORBEA, M., 1972: Los dos jarros paleopúnicos del M.
A.N. hallados en la Casa de la Viña (Torre del Mar)
M.M., n^o 13, pp. 172-183.
- ALMAGRO GORBEA, M., 1977: El Bronce Final y el período orien
talizante en Extremadura. B.P.H., vol. XIV. Madrid
543 pp.
- ALMAGRO GORBEA, M., 1981: La iberización de las zonas orien
tales de la Meseta. Ampurias, n^o 38-40 (1976-78).
Barcelona, pp. 93-156.
- ALVAR, J., GONZALEZ WAGNER, C., 1985: Consideraciones histó
ricas sobre la fundación de Cartago. Gerión, 3. Ma
drid, pp. 79-95.
- AMIRAN, R., 1970: Ancient Pottery of the Holy Land. Rutgers
University Press, 306 pp.
- AMIX, D.A., LAWRENCE, P., 1975: Archaic Corinthian Pottery -
and the Anaploga Well (= Corinth VII,II). Prince -
ton, 177 pp.
- ARANEGUI, C., 1975: La cerámica gris monocroma. Puntualiza -
ciones sobre su estudio. Papeles del Laboratorio -
de Arqueología de Valencia, n^o 11, Valencia, pp. -
333-379.
- ARANEGUI, C., 1980: Contribución al estudio de las urnas de
tipo Cruz del Negro. Saguntum, n^o 15. Valencia, pp.
99-118.
- ARRIBAS, A., ARTEAGA, O., 1975: El yacimiento fenicio de la
desembocadura del río Guadalhorce (Málaga). Cuader
nos de Prehistoria de la Universidad de Granada. -
Monográfica n^o 2, 117 pp.
- ARRIBAS, A., TRIAS, G., 1961: Un interesante hallazgo cerra
do en el yacimiento de Ullastret. A.E.A., vol. -
XXXIV, pp. 18-40.
- ARRIBAS, A., WILKINS, J., 1969: La necrópolis fenicia del -
Cortijo de las Sombras (Frigiliana, Málaga). Pyre
nae, n^o 5. Barcelona, pp. 185-234.
- ARTEAGA, O., 1981: Problemática general de la iberización en
Andalucía Oriental y en el Sudeste de la Península.
Ampurias, 38-40. Barcelona, pp. 23-60.

- ARTEAGA, O., PADRO, J., SANMARTI, E., 1978: El factor fenici a les costes catalanes i del golf de Lió. 2^o Col. loqui Intern. d'Arqueologia de Puigcerdá, Puigcerdá, pp. 129-135.
- ARTEAGA, O., PADRO, J., SANMARTI, E., 1986: La expansión fenicia por las costas de Cataluña y del Languedoc. F.P.I., Sabadell, vol. II, pp. 303-314.
- ARTEAGA, O., SERNA, M^a., 1975: Los Saladares-71. N.A.H., Arqueología, 3. Madrid, pp. 7-141.
- ÅSTRÖM, P., 1972: The Middle Cypriote Bronze Age. The Swedish Cyprus Expedition, vol. IV, part. 1B, Lund, 307 pp.
- ASTRUC, M., 1951: La necrópolis de Villaricos. Informes y Memorias n^o 25, Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas. Madrid, 234 pp.
- AUBET, M^a E., 1968: La Cueva d'Es Cuyeram (Ibiza). Pyrenae - n^o 4. Barcelona, pp. 1-66.
- AUBET, M^a E., 1969: Los depósitos votivos púnicos de Isla Plana (Ibiza) y Bithia (Cerdeña). Studia Archaeologica n^o 3. Santiago de Compostela, 21 pp.
- AUBET, M^a E., 1971: Los hallazgos púnicos de Osuna. Pyrenae, 7. Barcelona, pp. 111-128.
- AUBET, M^a E., 1973: Dos marfiles con representación de esfinge de la necrópolis púnica de Ibiza. R.S.F., I, 1. Roma, pp. 59-68.
- AUBET, M^a E., 1974: Excavaciones en Las Charreras (Málaga). Pyrenae, 10. pp. 79-108
- AUBET, M^a E., 1975: La necrópolis de Setefilla en Lora del Río. Sevilla. P.I.P. II, Inst. de Arqueología y Prehistoria. Barcelona, 160 pp.
- AUBET, M^a E., 1976: La cerámica púnica de Setefilla. Studia Archaeologica, n^o 42. Valladolid, 34 pp.
- AUBET, M^a E., 1981: La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla). Ampurias, 38-40. Barcelona, pp. 267-287.
- AUBET, M^a E., 1982: El santuario de Es Cuieram. T.M.A.I., n^o 8. Ibiza, 55 pp.
- AUBET, M^a E., 1983: Aspectos de la colonización fenicia en Andalucía durante el siglo VIII A.C. 1^o C.I.S.F.P. Roma, pp. 815-824.
- AUBET, M^a E., 1984: La aristocracia tartésica durante el pe-

riodo orientalizante. OPUS (Rivista internazionale per la storia economica e sociale dell'antichità), III, 2, Roma, pp. 445-468.

- AUBET, M^a E., 1986: Los fenicios en España: estado de la cuestión y perspectivas. F.P.I., Sabadell, pp. 9-38.
- AUBET, M^a E., 1986: La necrópolis de Villaricos en el ámbito del mundo púnico peninsular. Homenaje a Luis Siret. Consejería de Cultura, Sevilla, pp. 612-624.
- AUBET, M^a E., MAAS LINDEMANN, G., SCHUBART, H., 1979: Chorras, un establecimiento fenicio al E de la desembocadura del Algarrobo. N.A.H., 6, pp. 89-138.
- AUDIN, A., 1960: Inhumation et incinération. Latomus, 19, pp. 312-322 y 518-532.
- BALDACHINO, J.G., DUNBABIN, T.H., 1953: Rock tomb at Ghajn - Qajjet, near Rabat, Malta. P.B.S.R., VIII, pp. 32-41.
- BAQUES ESTAPE, LL., 1976: Escarabeos egipcios de Ibiza. Ampurias n^o 36-37 (1974-1975). Barcelona, pp. 87-146.
- BAQUES, L., 1979: The foundation date of the punic Ibiza - from the egyptian scarabs found there. First International Congress of Egyptology (Cairo, 1976), Berlin, pp. 87-94.
- BARCELO, P.A., 1985: Ebusus: ¿colonia fenicia o cartaginesa? Gerión, 3. Madrid, pp. 271-282.
- BARCELO, P.A., 1986: El comienzo de la presencia cartaginesa en Ibiza. Studia Historica, vol. II-III, 1 (1984-85). Salamanca, pp. 73-80.
- BARNETT, R.D., 1957: A catalogue of the Nimrud ivories. London.
- BARRECA, F., 1971: Sardegna. L'espansione fenicia nel Mediterraneo (Coloquio de Roma, 1970), C.S.C.F.P., C.N.R. Roma, pp. 7-27.
- BARRECA, F., 1982: Nuove scoperte sulla colonizzazione fenicio-punica in Sardegna. Phönizier im Westen. Madri der Beiträge, 8, pp. 181-184.
- BARROSO RUIZ, C., 1980: Nuevas pinturas rupestres en Jimena de la Frontera (Cádiz): Abrigo de Laja Alta. Zephyrus, ~~XXX-XXXI~~. Salamanca, pp. 23-42.
- BARTOLINI, P., 1981: Contributo alla cronologia delle necro-

poli fenicie e puniche di Sardegna. R.S.F., IX supplemento, pp. 13-29.

BARTOLONI, P., 1981b: Ceramiche vascolari nella necropoli arcaica di Tharros, R.S.F., IX, pp. 93-97.

BARTOLONI, P., 1985: Monte Sirai 1984. La necropoli (campagne 1983 e 1984). R.S.F., XIII, 2, Roma, pp. 247-263.

BELEN, M^a., 1976: Estudio y tipología de la cerámica gris en la provincia de Huelva, R.A.B.M., LXXIX, 2. Madrid pp. 353-388.

BELEN, M^a., 1986: Importaciones fenicias en Andalucía Occidental. F.P.I., Sabadell, vol. II, pp. 263-278.

BELEN, M^a., PEREIRA, J., 1985: Cerámicas a torno con decoración pintada en Andalucía. Huelva Arqueológica, - VII. Huelva, pp. 307-360.

BENICHOUSAFAR, H., 1981: A propos des ossements humains du tophet de Carthage. R.S.F., IX, 1. pp. 5-9.

BENICHOUSAFAR, H., 1982: Les tombes puniques de Carthage. - Topographie, structures, inscriptions et rites funéraires. *Études d'Antiquité Africaine*, C.N.R.S., Paris, 437 pp.

BIENKOWSKI, P.A., 1982: Some remarks on the practice of cremation in Levant. *Levant*, n^o XIV, pp. 80-89.

BIKAI, P.M., 1978a: The Pottery of Tyre. Aris and Phillips - Ltd., Warminster, 92 pp. más XCV fig.

BIKAI, P.M., 1978b: The Late Phoenician. Pottery Complex and Chronology. B.A.S.O.R., n^o 229, pp. 47-56.

BISI, A.M., 1968: I pettini d'avorio di Cartagine. *Africa*, - n^o 2 (1967-68). Tunis, pp. 11-73.

BISI, A.M^a., 1968: Aspetti e problemi della ceramica punica - arcaica dipinta (con particolare riguardo a quella maghrebina). *Studi Magrebini*, II, Nápoles, pp. 1-43.

BISI, A.M^a., 1970a: La cerámica púnica. Aspetti e problemi. Nápoles, 198 pp. más XXX lám.

BISI, A.M^a., 1973: Le terrecotte figurate di tipo greco-punico di Ibiza. I. Museo del Cap Ferrat a Sitges. - R.S.F., I, 1, pp. 69-89.

BISI, A.M^a., 1974: Le terrecotte figurate di tipo greco-punico di Ibiza. II. Museo Archeologico di Barcellona. R.S.F., II, 2, pp. 201-244.

- BISI, A.M^a., 1974: Le componenti mediterranee e le costanti tipologiche della ceramica punica. *Symposio Int. de Colonizaciones (1971)*, Instituto de Prehistoria y Arqueología. Barcelona, pp. 15-23.
- BISI, A.M^a., 1978: Le terracotte figurate di tipo greco-punico di Ibiza. III. Museo di Ibiza. R.S.F., vol. IV, 2, Roma, pp. 161-226.
- BISI, A.M^a., 1979: Palingenesi di una forma ceramica cartaginesi. *Studi Magrebini*, XI, Nápoles, pp. 1-17.
- BISI, A.M^a., GUZZO AMADASI, M.G., TUSA, V., 1969: Grotta Regina-I. C.S. per la C.F. e Púnica, Coll. Studi Semitici n^o 33, Roma, 67 pp. más lám.
- BLANCE, B., 1971: Die Anfänge der Metallurgia auf der Iberischen Halbinsel. *Studien zu den Anfängen der Metallurgie*, n^o 4, Berlin, 204 pp.
- BLAZQUEZ, J.M^a., 1956: Pinax fenicio con esfinge y árbol sagrado. *Zephyrus*, VII. Salamanca, pp. 217-228.
- BLAZQUEZ, J.M^a., 1975: Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente. Universidad de Salamanca (2^a ed.), 447 pp.
- BOARDMAN, J., 1984: Escarabeos de piedra procedentes de Ibiza. *Catálogos y Monografías del M.A.N.*, n^o 8. Madrid, 103 pp.
- BOEHLAU, J., 1898: *Aus ionischen und italischen Nekropolen*. Leipzig.
- BONDI, S.F., 1983a: L'espansione fenicia in Italia. Fenici e Arabi nel Mediterraneo (Roma 1982), *Accademia Nazionale dei Lincei*, Roma, pp. 63-95.
- BONDI, S.F., 1983b: I fenici in Occidente. Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés - anciennes (Cortone, 1981), *Coll. de l'Ecole Française de Rome*, n^o 67, Roma, pp. 371-400.
- BOUCHER, E., 1953: *Ceramique archaïque d'importation au Musée Lavignerie de Carthage*. Cahiers de Byrsa, n^o 3. pp. 11-38.
- BOULOUMIE, B., 1982: L'épave étrusque d'Antibes et le commerce en Méditerranée occidentale au VI^e siècle av. - J.C.. *Kleine Schriften aus dem Vorgeschichtlichen Seminar* n^o 10, Marburgo, 88 pp.
- BREUIL, H., 1920: Cueva de las Fontanellas (Iviça). *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, tomo XX, n^o 10. Madrid.

- BRIEND, J., HUMBERT, J.B., (ed.), 1980: Tell Keisan (1971-1976). Une cité phénicienne en Galilée. Editions Universitaires, Orbis Biblicus et Orientalis, Series Archaeologica 1, Friburgo, 392 pp. más 142. - figs.
- BRONCANO, S., 1986: El Castellar de Meca. Ayora (Valencia). Textos. E.A.E., nº 147, Madrid, 162 pp.
- BROTHWELL, D., 1981: Digging up bones. Oxford University Press, Oxford, 3ª ed., 208 pp.
- BUCHHOLZ, H., 1963: Steinere Dreifusschalen des ägaischen Kulturkreises und ihre Beziehungen zum Osten. J.D.A.I., nº 78, pp. 1-77.
- BUCHNER, G., 1982: Die Beziehungen Zwischen der euboischen - Kolonie Phitekoussai auf der Insel Ischia und dem nordwestsemitischen Mittemeerraum in der zweiten - Hälfte des 8 Jhs. v. Chr.. Phönizier im Westen, Madrider Beiträge nº 8, Maguncia, pp. 277-306.
- BUCHNER, G., 1982b: Articolazione sociale, difference di rituale e composizione dei corredi nella necropoli - di Pithecusa. La mort, les morts dans les sociétés anciennes (G. Snoli et J.P. Vernaut, ed.). Cambridge University Press et Editions Maison des Sciences de l'Homme. Cambridge, pp. 275-287.
- CAMPS, G., 1974: La question des navigations préhistoriques dans le bassin Occidental de la Méditerranée. Travaux du Laboratoire d'Anthropologie, de Préhistoire et d'Ethnologie des Pays de la Méditerranée occidentale, Univ. de Provence, Aix, 16 pp.
- CANTARELLAS CAMPS, C., 1972: Cerámica incisa en Mallorca. - Ed. C. de A. y M. de P. de las Baleares. Palma, 95 páginas.
- CARRASCO, J., PASTOR, M., PACHON, J., 1982: Cerro de la Mora I (Moraleda de Zafayona, Granada). Excavaciones de 1979. N.A.H., 13. Madrid, pp. 7-164.
- CARRIAZO, Juan de la Mata, 1973: Tartessos y el Carambolo. Arte de España nº 5, Ministerio de Educación y Ciencia. Madrid, 681 pp.
- CASSIMATIS, H., 1973: Les rites funéraires à Chypre. Report of the Department of Antiquities of Cyprus, Nicosia, pp. 116-166.
- CIASCA, A., 1979: Scavi alle mura di Mozia (Campagna 1978). R.S.F., VII, 2, pp. 207-227.

- CINTAS, P., 1946: Amulettes puniques. Institut des Hautes -
Etudes de Tunis, I, 173 pp.
- CINTAS, P., 1950: Céramique punique. Institut des Hautes Etu-
des de Tunis, III, Lib. C. Klincksieck, Paris, -
685 pp.
- CINTAS, P., 1970 y 1976: Manuel d'Archéologie punique. Ed. -
A. et J. Picard, Paris, vol I (1970), 513 pp.; vol.
II (1976), 415 pp.
- COACCI POLSELLI, G., GUZO AMADASI, M.G., TUSA, V., 1979: -
Grotta Regina-II. C.S. per la C.F. e Punica, coll.
Studi Semitici, nº 52, Roma, 117 pp. más lám.
- COLDSTREAM, J.N., 1969: The Phoenicians of Jalysos. Bulletin
of the Institute of Classical Studies, University
of London, nº 16, pp. 1-8.
- COLDSTREAM, J.N., 1982: Greeks and Phoenicians in the Ae- -
gean. Phönizier im Westen, Madrider Beiträge, nº 8
Maguncia, pp. 260-272.
- COLOMINES ROCA, J., 1938: Les terracuites cartagineses d'Ei-
vissa. A.D.A.C., Barcelona, 18 pp. más XLIV lám.
- COOK, R.M., 1960: Archaeological Argument: Some Principles.
Antiquity, XXXIV, pp. 177-179.
- COSTA, A., 1961: La triple muralla de la Ibiza árabe. C.S.I.
C., Instituto de Estudios Ibicencos, Palma.
- COSTA RIBAS, B., GOMEZ BELLARD, C., 1987: Las importaciones
cerámicas griegas y etruscas en Ibiza. Mélanges de
la Casa de Velázquez, XXIII, pp.31-56 (en prensa)
- COSTA, B., GURREA, R., 1984: Excavaciones de urgencia en Ei-
vissa, c/ León 10-12. Museo Arqueológico, Ibiza, -
31 pp.
- COURBIN, P., 1977: Une pyxis géométrique argienne (?) au Li-
ban. Berytus, XXV, pp. 147-161.
- CULICAN, W., 1970: Phoenician oil-bottles and tripod-bools.
Berytus, vol. XIX, pp. 5-18.
- CULICAN, W., 1972: Phoenician remains from Gibraltar. A.J.B.
A., 2,1, pp. 110-145.
- CULICAN, W., 1973: The graves at Tell Er-Regaish. A.J.B.A.,
vol. 2, nº 2, Sydney, pp. 66-103.
- CULICAN, W., 1975: Sidonian Bottles. Levant, t. 7, pp. 145-
150, lám. XXIII-XXIV.
- CULICAN, W., 1982: The Repertoire of Phoenician Pottery. -

Phönizier im Westen, Madrider Beiträge, nº 8, Ma-
guncia, pp. 45-78.

- CHAPMAN, R.W., 1985: The Later Prehistory of Western Mediter-
ranean Europe: Recent Advances. Advances in World
Archaeology, vol. 4, Academic Press, pp. 115-187.
- CHAPMAN, R., RANDSBORG, K., 1981: Approaches to the archaeo-
logy of death. The Archaeology of Death (Chapman-
Kinnes-Randsborg, ed.), New Directions in Archaeo-
logy, Cambridge University Press, pp. 1-24.
- CHAPMAN, S.V., 1972: A catalogue of Iron Age Pottery from -
the cemeteries of Khirbet Silm, Joya, Qrayé and -
Qasmich of South Lebanon. Berytus, XXI, pp. 55-194.
- CHARDENOUX, M.B., COURTOIS, J.C., 1979: Les haches dans la -
France Méridionale. Prähistorische Bronzefunde, IX
11, Munich.
- CHELBI, F., 1985: Carthage: découverte d'un tombeau archaïque
à Junon. Reppal, I, Tunis, pp. 97-117.
- CERRY, J.F., 1981: Pattern and process in the Earliest Colo-
nisation of the Mediterranean Islands. Proceedings
of the Prehistoric Society, vol. 47, pp. 41-68.
- CHILDE, V.G., 1957: The Dawn of European Civilization. Routh
ledge and Kegan Paul, Londres.
- DANIEL, G., 1958: The Megalith Builders of Western Europe.
Hutchinson, Londres, 142 pp.
- DEBERGH, J., 1983: La libation funéraire dans l'Occident pu-
nique. Le témoignage des nécropoles. 1^o C.I.S.F.P.
III, Roma, pp. 757-762.
- DELIBES de CASTRO, G., FERNANDEZ-MIRANDA, M., 1984: Metalur-
gia balear de la Edad del Bronce: hachas de cubo,
de talón, de apéndices laterales. Conferencia de -
Deyá, B.A.R., nº 229, vol. III, pp. 998-1025. Ox-
ford.
- DENEAUVE, J., 1974: Lampes de Carthage. C.N.R.S. Paris, 229
páginas.
- DIEHL, E., SAN MARTIN, P., SCHUBART, H., 1962: Los Nietos. -
Ein Handelsplatz des 5. bis 3. Jahrhunderts an der
Spanischen Levanteküste. M.M., 3, Heidelberg, pp.
- D'ORIANO, R., 1984: Considerazione sulle importazione etrus-
che e greche della Sardegna settentrionale, en G.

Hgas-R.Zucca: Il commercio arcaico in Sardegna, A. Viale Edit., Cagliari.

- DOTHAN, M., 1961: Excavations at Azor 1960. I.E.J., 11, pp. 171-175.
- DUNBABIN, T.J., 1948: The Western Greeks. Clarendon Press, - Oxford, 504 pp.
- DUNBABIN, T.J., SHEFTON, B.B., 1962: Perachora II. Oxford.
- ESCANDELL, B., 1970: Aportación a la Historia de las murallas renacentistas de Ibiza. Instituto de Estudios Ibicencos. Ibiza, 51 pp.
- FANTAR, M., 1966: Le cavalier marin de Kerkouane. Africa, n^o 1, Túnez, pp. 19-32.
- FANTAR, M., 1970: Eschatologie phénicienne-punique. Institut National d'Archéologie et d'Arts, Túnez, 38 pp.
- FANTAR, M., 1972: Une tombe punique sur le versant est de la colline dite de Junon. Antiquités Africaines, n^o 6 pp. 17-27.
- FERNANDEZ, A., GOMEZ BELLARD, C., RIBERA, A., 1987: Las ánforas griegas, etruscas y fenico-púnicas en las costas del País Valenciano. Marines marchandes et commerce grec, carthaginois et étrusque dans la mer Tyrrhénienne, Ravello, en prensa.
- FERNANDEZ, J.H., 1973: Nuevo depósito de hachas de bronce descubiertas en la isla de Formentera. Pyrenae, n^o 9, Barcelona, pp. 177-183.
- FERNANDEZ, J.H., 1974: Hachas de bronce halladas en Ibiza y Formentera. VI S.I.P.P. Barcelona, pp. 64-71.
- FERNANDEZ, J.H., 1975: Los thymateria de cerámica del Museo de Ibiza. Mayurqa, 14, pp. 247-254.
- FERNANDEZ, J.H., 1977: Ultimos descubrimientos prehistóricos de la isla de Formentera. XIV C.N.A. (Vitoria), Zaragoza, pp. 471-477.
- FERNANDEZ, J.H., 1982: Una estatuilla en plomo del Museo Arqueológico de Ibiza. Estudios de Prehistoria, d'Historia de Mayurqa i d'Historia de Mallorca (homenaje a G. Roselló Bordoy), Palma, pp. 51-60.
- FERNANDEZ, J.H., 1983: Guía del Puig des Molins. T.M.A.I., n^o 10. Madrid, 242 pp.

- FERNANDEZ, J.H., 1984: The Prehistory of Eivissa and Formentera, in Kuhbier, H.-Alcover, J.A. y Guerau de Arellano, C (eds.), Biogeography and Ecology of the Pityusic Islands, Dr.W.Junk Publ., La Haya, pp. 565-595.
- FERNANDEZ, J.H., 1986: Necrópolis del Puig des Molins (Ibiza): nuevas perspectivas. F.P.I., Sabadell, pp. 149-175.
- FERNANDEZ, J.H., COSTA, B., 1985: Les Pitiüses a l'època musulmana (Guia de la exposició). Museo de Ibiza. Ibiza, 55 pp.
- FERNANDEZ, J.H., GOMEZ BELLARD, C., GURREA, R., 1984: La première période de la colonisation punique à Ibiza. The Deyà Conference, B.A.R., IS, nº 229, Oxford, pp. 785-794.
- FERNANDEZ, J.H., PADRO i PARCERISA, J., 1982: Los escarabeos del M.A.I., T.M.A.I., nº 7. Madrid, 249 pp.
- FERNANDEZ, J.H., PADRO, J., 1986: Amuletos de tipo egipcio - del Museo Arqueológico de Ibiza. T.M.A.I., nº 16. Ibiza, 109 pp.
- FERNANDEZ, J.H., PLANTALAMOR, L., TOPP, C., 1976: Excavaciones en el sepulcro megalítico de Ca Na Costa (Formentera). Estudios de Prehistoria Balear nº 1 (separata de Mayuñqa, 15). Palma de Mallorca, pp. 101-138.
- FERNANDEZ, J.H., TOPP, C., 1984: Prehistoric activities in the Pitiussae Islands. Deyà Conference of Prehistory, B.A.R. IS, 229, Oxford, pp. 763-784.
- FERNANDEZ MIRANDA, M., 1978: Secuencia cultural de la prehistoria de Mallorca. B.P.H., XV. Madrid, 376 pp.
- FERNANDEZ MIRANDA, M., 1983: Resef en Ibiza. Homenaje al Pr. Martín Almagro Basch, Ministerio de Cultura. Madrid, vol. II, pp. 359-368.
- FONT DE TARRADELL, M., 1978: Una máscara punico-ebusitana de terra cuita, excepcional. Fonaments, 1. Barcelona, pp. 85-88.
- FOREST, J.D., 1983: Les pratiques funéraires en Mésopotamie du cinquième millénaire au début du troisième, étude de cas. Editions Recherche sur les Civilisations. Mémoire nº 19. Paris, 244 pp.
- FOSTER, G.M., 1963: Las "feixes" de Ibiza. B.C.O.I.C.N., Palma, nº 639, pp. 88-93.
- FRANKESTEIN, S., 1979: The Phoenicians in the Far West: a

function of Neo-Assyrian imperialism. Power and Propaganda (M. Trolle Larsen Ed.), Mesopotamia n^o 7, Akademisk Forlag, Copenhagen, pp. 263-294.

- GAMER-WALLERT, I., 1978: Agyptische und Ägyptisierende Funde von der iberischen Halbinsel. Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B, n^o 21, Wiesbaden.
- GARCIA y BELLIDO, A., 1942: Fenicios y cartagineses en Occidente. C.S.I.C., Instituto Arias Montano. Madrid, 316 pp.
- GARCIA y BELLIDO, A., 1952: Colonización púnica. Historia de España (R. Menéndez Pidal, Dir.), tomo I, vol. II, Espasa Calpe, Madrid, pp. 309-492.
- GARCIA GUINEA, M.A., 1967: Las puntas de flecha con anzuelo y doble filo y su proyección hacia Occidente. - A.E.A., vol. 40, n^o 115-116. Madrid, pp. 69.
- GARCIA GUINEA, M.A., SAN MIGUEL RUIZ, J.A., 1964: El poblado ibérico de El Macalón (Albacete). E.A.E., n^o 25. - Madrid, 43 pp.
- GARRIDO, J.P., ORTA, E., 1978: Excavaciones en la necrópolis de "La Joya", Huelva. E.A.E., n^o 96, Madrid, 258 - páginas.
- GASULL, Pepa, 1982: Los soportes en el Bajo Guadalquivir: intento de clasificación. M.M., 23. Madrid, pp. 62-95.
- GASULL, Pepa, 1986: Problemática en torno a la ubicación de los asentamientos fenicios en el Sur de la Península. F.P.I., Sabadell, vol. II, pp. 193-201.
- GAUCKLER, P., 1915: Nécropoles puniques de Carthage. Auguste Picard Editeur. Paris, 2 vols, 621 pp. más CCCXL - láminas.
- GENIERE, Juliette de la, 1982: Asie Mineure et Occident. Quelques considérations. (I focei dell'Anatolia al'Occidente). E.d.P., fasc. XXIV-XXVII, mayo-diciembre, pp. 163-181.
- GOMEZ BELLARD, C., 1981: Los oinokoi de la forma Eb.12 en el M.A.I., Saguntum 16. Valencia, pp. 195-207.
- GOMEZ BELLARD, C., 1982: El fondeadero de Es Caná (Sta. Eulalia del Rio, Ibiza). Saguntum, 17. Valencia, pp. 97-112.
- GOMEZ BELLARD, C., 1984: La necrópolis del Puig des Molins - (Ibiza). Campaña de 1946. E.A.E. n^o 132. Madrid, 179 pp.

- GOMEZ BELLARD, C., 1986a: Lekythoi samios y botellas sidonias. Estudio de un ejemplar procedente de Ibiza. *Saguntum* 20. Valencia, pp. 43-56.
- GOMEZ BELLARD, C., 1986b: Asentamientos rurales en la Ibiza púnica. F.P.I., Sabadell, vol. I, pp. 177-192.
- GOMEZ BELLARD, F., 1985: Estudio antropológico de algunas incineraciones púnicas del Puig des Molins. Ibiza. *Saguntum*, nº 19. Valencia, pp. 141-151.
- GONZALEZ PRATS, A., 1979: Excavaciones en el yacimiento protohistórico de la Peña Negra, Crevillente (Alicante). E.A.E. nº 99, Madrid, 263 pp.
- GONZALEZ PRATS, A., 1982: Peña Negra IV. Excavaciones en el Sector VII de la ciudad orientalizante (1980-1981). N.A.H., 13. Madrid, pp. 305-418.
- GONZALEZ PRATS, A., 1982: Ampollas de perfume fenicias en el horizonte orientalizante de la sierra de Crevillente. *Helike*, nº 1, Elche, pp. 139-143.
- GONZALEZ PRATS, A., 1983: Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante). Anejo de *Lucentum*, nº I. Alicante, 374 pp.
- GONZALEZ PRATS, A., 1986: Sobre unos elementos materiales - del comercio fenicio en tierras del Sudeste Peninsular. *Lucentum*, IV (1985), Alicante, pp. 97-106.
- GORDILLO COURCIERES, J.L., 1981: Formentera, historia de una isla. Albatros Ediciones, Valencia, 345 pp.
- GRAS, M., 1974: Les importations du VI^e s. a.C. à Tharros - (Sardaigne). *Mefra*, nº 86, pp. 79-139.
- GRAS, M., 1975: Céramique d'importation étrusque à Bithia - (Sardaigne). *Studi Sardi*, XXIII (1973-74). Sassari pp. 131-139.
- GRAS, M., 1982: La Sicile et l'Italie centrale au VII^e s. et dans la première moitié du VI^e s. av. J.C. *Kokalos*, XXVI-XXVII (1980-1981), pp. 99-156.
- GRAS, M., 1985: Trafics tyrrhéniens archaïques. B.E.F.A.R., nº 258, Roma, 773 pp.
- GSELL, S., 1928: Histoire Ancienne de l'Afrique du Nord. Tome IV: la civilisation carthaginoise. Paris (reed. O. Zeller, Ornabrück, 1972), 515 pp.
- GUBEL, E. (ed.), 1986: Les Phéniciens et le monde méditerranéen. Générale de Banque, Bruselas, 295 pp.
- GUERAU D'ARELLANO, C., TORRES, J.R., 1979: Ses Salines d'Eivissa i Formentera. Eivissa, nº 9. Ibiza, pp. 3-6.

- GUERAU D'ARELLANO, C., TORRES, N., 1981: Nova aportació al ce
neixement de les plantes d'Eivissa i Formentera. -
Institut d'Estudis Eivissencs. Ibiza, 132 pp.
- GUERRERO AYUSO, V.M., 1984: La colonización púnico-ebusitana
de Mallorca. Estado de la cuestión. T.M.A.I. nº 11
Ibiza, 39 pp.
- GUERRERO, V.M., 1985: Indigenisme i colonització púnica a Ma-
llorca. Ajuntament de Ses Salines. Mallorca, 153 -
páginas.
- GUSI, F., SANMARTI, E., 1981: Asentamientos indígenas preibé-
ricos con materiales fenico-púnicos en el área cos-
tera del Baix Maestrat (provincia de Castellón de
la Plana). Ampurias, nº 38-40, Barcelona, pp. 361-
380.
- HARDAKER, R., 1976: Las hachas de cubo de la Península Ibéri-
ca. C.P.A.C., nº 3, Castellón, pp. 151-171.
- HARDEN, D., 1962: The Phoenicians. Ancient Peoples and Places
vol. 26, Thames and Hudson, Londres, 336 pp.
- HARRISON, R.J., CRADDOCK, P.T., 1981: A study of the Bronze
Age Metalwork from the Iberian Peninsula in the -
British Museum. Ampurias, t. 43, Barcelona, pp. -
113-179.
- HIGGINS, R.A., 1969: Catalogue of the Terracotas in the De- -
partment of Greek and Roman Antiquities British Mu-
seum. British Museum. Londres.
- ISSERLIN, B.S.J., CULICAN, W., BROWN, W.L., TUSA-CUTRONI, A.,
1958: Motya: 1955. P.B.S.R., vol. XXVI, pp. 1-29.
- JACOPI, C., 1929: Clara Rodos III.
- JODIN, A., 1966a: Mogador, comptoir phénicien du Maroc Atlan-
tique. Etudes et Travaux d'Archéologie Marocaine,
t. II, Rabat, 211 pp.
- JOHNS, C.N., 1933: Excavations at Atlit (1930-31): the South
Eastern Cemetery. Q.D.A.P., 2, pp. 41-104.
- JOHNS, C.N., 1937: Excavations at Pilgrims' Castle, Atlit -
(1933), Cremated burials of Phoenician origin. -
Q.D.A.P., nº 6, pp. 121-152.
- JULBE, F., GARCIA PASCUET, R., 1980: Introducció al análi -

sis histórico de la ciudad de Ibiza. (De la ciudad púnica a 1912). Colegio de Arquitectos de Baleares Publ. de la Delegación en Ibiza y Formentera, nº 1-2, Ibiza, 114 pp.

- KARAGEORGHIS, V., 1965: Nouveaux documents pour l'étude du - Bronze Récent à Chypre. Etudes Chypriotes III. Ecole Française d'Athènes, Paris, 275 pp.
- KARAGEORGHIS, V., 1969: Salamis in Cyprus. Homeric, Hellenistic and Roman. Thames and Hudson. Londres. 212 pp.
- KARAGEORGHIS, V., 1971: Chypre. L'espansione fenicia nel Mediterraneo. Studi Semitici, 8. C.N.R., Roma, pp. - 161-173.
- KARAGEORGHIS, V., 1976: Kition. Mycenaean and Phoenician Discoveries in Cyprus. Thames and Hudson. Londres, - 184 pp.
- KERÉNYI, C., 1966: Selinunte. Una tomba arcaica. N.Sc.A., vol XX. Roma, pp. 298-309.
- KIMING, W., 1954: Zur Urnenfelder Kultur in Sudwesteuropa. - Festschrift für Peter Goessler, Stuttgart.
- LANCEL, S., 1981: Fouilles françaises à Carthage. La colline de Byrsa et l'occupation punique (VII^e siècle-146 - av.J.C.). Bilan de sept années de fouilles. Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, Paris, avril-juin, pp. 156-193.
- LANCEL, S., 1983: Ivoires phénico-puniques de la nécropole - archaïque de Byrsa, à Carthage. 1^o C.I.S.F.P., Roma, vol. III, pp. 687-692.
- LANCEL, S., MOREL, J.P., THUILLIER, J.P., 1982: Byrsa II. - Rapports préliminaires sur les fouilles 1977-1978: niveaux et vestiges puniques. Coll. Ecole Française de Rome, nº 41, Roma, 417 pp.
- LERMA, J.V., 1981: Los orígenes de la metalurgia en el País Valenciano. A.P.L., vol. XVI, Valencia, pp. 129-140.
- LINDEMANN, G., 1974: Phoenikische Grabformen des 7/6 Jahrhunderts v. Chr. im Westlichen Mittelmeerraum. M.M., 15, pp. 122-135.
- LO PORTO, F.G., 1960: Cerámica arcaica della necropoli di Taranto. Annuario delle Scuola Archeologica Italiana di Atene, NS, XXI-XXII (1959-1960).

- LULL, V., 1983: La "cultura" de El Argar. Ed. Akal. Col. Universitaria nº 49. Madrid, 487 pp.
- LLORENÇ, Ll., PERICAS, J., ROSELLO, J.A., 1985: La flora y - la vegetació de les Pitiuses. Estudis Balearics nº 16, març. Palma, pp. 65-85.
- MAASS-LINDEMANN, G., 1982: Toscanos. Die Westphönikische nie derlassung an der mündung des Rio de Vélez; gra- - bungskampagne 1971 und die Importdatierte westphö- nikische grabkeramik des 7/6 JHS v. CHR. Madrider Forschungen, 6.3. Berlin, 232 pp.
- MAASS-LINDEMANN, G., 1986: Vasos fenicios de los s. VIII-VI en España. Su procedencia y posición dentro del - mundo fenicio-occidental. F.P.I. Sabadell, tomo 2, pp. 227-239.
- MAC INTOSH TURFA, 1977: Evidence for Etruscan-Punic rela- - tions. A.J.A., 81.3, pp. 368-374.
- MACABICH, I., 1966: Historia de Ibiza. Edit. Daedalus. Palma de Mallorca, vol. I, 550 pp.
- MALUQUER de MOTES, J., 1969: Los fenicios en Cataluña. V S. I.P.P. (1968), Barcelona, pp. 241-250.
- MALUQUER, J., 1982: Problemática histórica de la cultura ibé- rica. XVI C.N.A., Programa. Murcia, pp. 29-49.
- MALUQUER, J., 1983: El poblado paleoibérico de la Ferradura, Ulldecona (Tarragona). P.I.P., nº VII. Barcelona, 32 pp.
- MALUQUER de MOTES, J., 1985: En torno al comercio protohistó- rico terrestre y marítimo griego en el SE., VI C.I. de Arqueología Submarina (Cartagena 1982). Madrid, pp. 475-482.
- MALUQUER, J., GIRO, P., MASSACHS, J.M., 1963: Excavaciones - en sepulcros megalíticos de Valldossera (Querol, Ta- rragona). E.A.E. nº 20. Madrid, pp. 1-18.
- MAÑA de ANGULO, J.Mª., 1952: Notas arqueológicas sobre Formen- tera. M.M.A.P., vol. XIII, pp. 12-16.
- MAÑA, J.M., 1984: Sobre arqueología ebusitana. T.M.A.I. nº 12 Ibiza, 173 pp.
- MAÑA, J.M., ASTRUC, M., 1956: Isla Plana (Ibiza. Santa Eula- lia.) N.A.H., III-IV. Madrid, pp. 296-297.

- MARI CARDONA, J., 1983: Illes Pitiuses: III. Formentera. Institut d'Estudis Eivissencs. Ibiza. 497 pp.
- MARI TUR, J., 1973: Nuevo testimonio de la Edad del Bronce - en Ibiza. Eivissa, nº 1, Ibiza, pp. 7-8.
- MARTI JUSMET, F., 1970: Las hachas de bronce en Cataluña. Am purias, t. 31-32 (1969-70). Barcelona, pp. 105-151.
- MARTIN ORTEGA, M^a A., 1980: Ullastret. Guia de las excavaciones y su museo. Diputación Provincial, Gerona (5^a ed.), 58 pp.
- MARTIN ORTEGA, M^a A., 1982: Aportació de les excavacions de Roses a l'estudi del comerç massaliota a l'Alt Empordá. Cypsela, IV, Gerona, pp. 113-122.
- MARTIN ORTEGA, M^a A., 1985: Noves dades per a l'estudi del comerç etrusc a l'Empordá. Cypsela, V, Gerona, pp. 79-87.
- MARTINEZ, C., BOTELLA, M., 1980: El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería). E.A.E., nº 112. Madrid, 353 pp.
- MATA, C., 1978: La Cova del Cavall y unos enterramientos en úrna, de Liria (Valencia). A.P.L., CV, pp. 113-135.
- MATEU PRATS, M.L., 1984: La joyería ibicenca. Institut d'Estudis Balearics. Palma, 166 pp.
- MAXWEL-HYSLOP, K.R., 1971. Western Asiatic Jewellery c. 3000 -612 BC.- Londres.
- Mc FADDEN, G., 1954: A Late Cypriote III Tomb from Kourion, Kaloriziki, nº 40. A.J.A., vol. 58, pp. 131-142.
- MENDOZA, A., MOLINA, F., ARTEAGA, O., AGUAYO, P., 1981; Cerro de los Infantes (Pinos Buente, provincia Granada) M.M., nº 22. Madrid, 171-197.
- MESADO, N., 1974: Vinarragell (Burriana, Castellón). T.V. del S.I.P. nº 46. Valencia, 170 pp.
- MESADO, N., ARTEAGA, O., 1979: Vinarragell II (Burriana, Castellón). T.V. del S.I.P. nº 61, Valencia, 78 pp.
- MESTRES, J., 1982: Mas Plá (Valldossera, Querol). Les excavacions arqueològiques a Catalunya en els darrers anys. Generalitat de Catalunya. Barcelona, pp. 119-120.
- MOLINA, F., 1984: La necrópoli sur de Tharros. R.S.F. XII, 1, pp. 77-101.
- MOLINA, F., 1986: Almuñecar a la luz de los nuevos hallazgos fenicios. F.P.I., Sabadell, pp. 193-216.

- MOLINA, F., HUERTAS, C., 1985: La necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy II. Granada, 179 pp.
- MOLINA, F., MENDOZA, A., SAEZ, L., ARTEAGA, O., AGUAYO, P., ROCA, M., 1983: Nuevas aportaciones al estudio - del origen de la cultura ibérica en la Alta Andalucía. La campaña de 1980 en el Cerro de los Infantes. XVI CNA (Murcia, 1982). Zaragoza, pp. - 689-707.
- MONTEAGUDO, L., 1977: Die Beile auf der Iberischen Halbinsel. Prähistorische Bronzefunde, IX, 6, Munich.
- MONRAVAL SAPIÑA, M., 1985: Exalipro corintio procedente de Picanya (Horta Sud, Valencia). Saguntum, nº 19. - Valencia, pp. 131-140.
- MOOREY, P.R.S., 1980: Cemeteries of the First Millennium - B.C. at Deve Hüyük. B.A.R. International Series, nº 87. Oxford.
- MOREL, J.P., 1981: Le commerce étrusque en France, en Espagne et en Afrique. L'Etruria Mineraria, Instituto di Studi Etruschi ed Italici, L.S. Olschki Ed., - Florencia, pp. 463-508.
- MOSCATI, S., 1972: I fenici e Cartagine. U.T.E.T. Coll. Società e Costume, 730 pp. Turín.
- MOSCATI, S., 1983: Cartagineses. Ediciones Encuentro. Madrid, 277 pp.
- NAVARRO, R., 1970: Las fíbulas en Cataluña. Instituto de Arqueología y Prehistoria. Publ. Eventuales nº 16. - Barcelona, 126 pp.
- NEGBI, O., 1982: Evidence for early Phoenician Communities - on the Eastern Mediterranean Islands. Levant, XIV, pp. 179-182.
- NEGUERUELA, I., 1981: Zur datierung der Westphönizischen nekropole von Almuñecar. M.M., 22, pp. 212-228.
- NEGUERUELA, I., 1982: Sobre la cerámica de engobe rojo en España. Habis, 10-11 (1979-80), Sevilla, pp. 325-359.
- NEGUERUELA, I., 1983: Jarros de boca de seta y de boca trilobulada de cerámica de engobe rojo en la Península Ibérica. Homenaje a M. Almagro, vol. II. Madrid, - pp. 259-279.
- NIEMEYER, H.G., 1979: Toscanos, campañas de 1973 y 1976 (con un apéndice sobre los resultados de la campaña de 1978. N.A.H., 6. Madrid, pp. 219-258.

- NIEMEYER, H.G., 1982: El yacimiento fenicio de Toscanos: balance de la investigación 1964-1979. *Huelva Arqueológica*, VI, pp. 101-127.
- NIEMEYER, H.G., 1984: Griechische Keramik im Phönizischen Faktoreien. Der Befund der Kampagne 1967 in Toscanos (Malaga). *Ancient Greek and Related Pottery*, Allard Pierson Series, Amsterdam, pp. 212-217.
- OLAVARRI, E., 1973: Diferencias en la cerámica de Israel y de Judá en el período de la monarquía dividida. *T.P.*, vol. 30, 1973, pp. 121-150.
- OLIVER, A., 1980: Las influencias mediterráneas en el mundo ibérico de la zona sur del Delta del Ebro. *C.P.A. C. nº 7*, Castellón, pp. 99-118.
- ORLANDINI, P., 1978: Ceramiche della Grecia dell'Est a Gela. Les Céramiques de la Grèce de l'Est et leur diffusion en Occident (Colloque de Naples, 1976), C.N. R.S., Paris, pp. 93-98.
- O'SHEA, J.M., 1984: Mortuary variability. An Archaeological investigation. Academic Press. Nueva York,
- OSUNA RUIZ, M., REMESAL RODRIGUEZ, J., 1981: La necrópolis de Boliche (Villaricos, Almería). *A.P.L.*, XVI, Valencia, pp. 373-416.
- PACHON, J., CARRASCO, J., PASTOR, M., 1979: Protohistoria de la cuenca alta del Genil. *C.P.A.G.*, nº 4, pp. 295-337.
- PADRO i PARCERISA, J., 1974: Los escarabeos de Emporion. *Miscelánea Arqueológica*, II. Barcelona, pp. 113-125.
- PADRO, J., 1980, 1983, 1985: Egyptian-type Documents from the Mediterranean Littoral of the Iberian Peninsula before the Roman Conquest. E.J. Brill, Leiden, 3 vols., I (1980), 74 pp., II (1983), 146 pp., III (1985), 160 pp.
- PADRO i PARCERISA, J., 1981: Datos para una valoración del "factor egipcio" y de su incidencia en los orígenes del proceso de iberización. *Ampurias* 38-40 (1976-78). Barcelona, pp. 487-509.
- PAYNE, Humphry, 1931: *Necrocorinthia. A study of Corinthian Art in the Archaic Period.* Oxford.
- PELLICER CATALAN, M., 1963: Excavaciones en la necrópolis púnica "Laurita" del Cerro de S. Cristobal (Almuñecar, Granada). *E.A.E.*, nº 17. Madrid, 66 pp.

- PELLICER, M., 1969a: El yacimiento de los Toscanos y su contribución al estudio de las cerámicas pintadas hispanas protohistóricas. A.E.A., vol. 42, pp. 3-11.
- PELLICER, M., 1969b: Las primeras cerámicas a torno pintadas andaluzas y sus problemas. V S.I.P.P. (Jerez, 1968). Barcelona, pp. 211-310.
- PELLICER, M., 1986: Sexi fenicia y punica. F.P.I., Sabadell, pp. 85-107.
- PELLICER, M., ESCACENA, J.L., BENDALA, M., 1983: El Cerro Macareno. E.A.E., nº 124. Madrid, 215 pp.
- PELLICER, M., MENANTEAU, L., ROVILLARD, P., 1977: Para una metodología de localización de colonias fenicias en las costas ibéricas: el Cerro del Prado. Habis, 8, Sevilla, pp. 217-251.
- PEREZ CABRERO, A., 1909: Ibiza. Guía del turista. Imprenta de J. Costa. Barcelona, 156 pp.
- PEREZ CABRERO, A., 1911: Ibiza arqueológica. Est. Gráfico - Thomas. Barcelona, 56 pp.
- PESCE, G., 1968: Chia (Cagliari). Scavi nel territorio. N.Sc. A., ser. 8, nº 22. Roma, pp. 309-345.
- PICARD, C., 1972: Figurines de terre cuite du Musée de Préhistoire de Valencia. A.P.L. XIII. Valencia, pp. 81-92.
- PICARD, C., 1982: Les navigations de Carthage vers l'Ouest. Carthage et le pays de Tarsis aux VIII^e-VI^e siècle PHÖnizier im Westen. Madrider Beiträge 8, Maguncia pp. 167-171.
- PLANTALAMOR MASSANET, Ll., 1978: Algunas consideraciones sobre los sepulcros megalíticos de Menorca. Sautuola. II, Santander (1976-77), pp. 157-173.
- PONSICH, M., 1981: Lixus: le quartier des temples (étude préliminaire). Etudes et Travaux d'Archéologie Marocaine, vol. IX, Rabat, 148 pp.
- PRADOS, L., SANTOS, J.A., 1984: La colección de cerámica campaniense de Ibiza en el Museo Arqueológico Nacional. Lucentum, III. Alicante, pp. 67-77.
- PRAUSNITZ, Max W., 1959: Achziv. I.E.J., 9, p. 271.
- PRAUSNITZ, M.W., 1966: A Phoenician Krater from Akhziv, Oriens Antiquus, nº 5, Roma, pp. 177-188.
- PRAUSNITZ, M.W., 1969: Israelite and Sidonian burial rites at Akhziv. Proceedings of the Vth World Congress of Jewish Studies, Jerusalem, pp. 85-89.

- PRAUSNITZ, M.W., 1982: Die Nekropolen von Akhziv und die Entwicklung der Keramik vom 10. bis zum 7. Jahrhundert v. Chr. in Akhziv, Samaria und Ashdod. Phönizier im Westen. *Madriener Beiträge*, 8, Maguncia, pp. 31-44.
- QUATROCCHI PISANO, G., 1974: I gioielli fenici di Tharros - nel Museo Nazionale di Cagliari. Centro di Studio per la Civiltà Fenicia e Punica, Studi Fenici n° 3, Roma, 199 pp.
- QUATTROCCHI, G., 1981: La collezione Garovaglio. Antichità - fenicio-puniche al Museo di Como. R.S.F., vol. IX, suplem., pp. 59-98.
- QUILLARD, B., 1979: Bijoux Carthaginois: I. Les colliers. - Aurifex 2, Institut Supérieur d'Archéologie et d'Histoire de l'Art, Louvain-La Neuve, 125 pp.
- RAMAGE, N.H., 1970: Studies in early Etruscan bucchero. P. B.S.R., n° 38, pp. 1-30.
- RAMON, J., 1978: Necrópolis des Puig des Molins: solar n° 40 del carrer de la Via Romana de la ciudad d'Eivissa Fonaments, n° 1, Barcelona 1978, pp. 65-83.
- RAMON TORRES, J., 1981a: La producción anfórica punico-ebusitana. Congreso de Cultura Pitiusa. Delegación Insular del Ministerio de Cultura. Ibiza, 158 pp.
- RAMON, J.: 1981b: Ibiza y la circulación de ánforas fenicias y púnicas en el Mediterráneo Occidental. T.M.A.I., n° 5, Ibiza, 64 pp.
- RAMON TORRES, J., 1981c: Sobre els orígens de la colonia fenicia d'Eivissa. Eivissa, n° 12, Ibiza, pp. 24-31.
- RAMON, J., 1982a: Algunas cerámicas arcaicas del Puig des Molins y su conexión con las formas púnicas del Mediterráneo central. *Informació Arqueològica*, n° 36-37 (1981), Barcelona, pp. 162-170.
- RAMON, J., 1982b: Cuatro elementos cerámicos arcaicos de importación encontrados en Ibiza. *Informació Arqueològica*, n° 40, pp. 111-120.
- RAMON, J., 1981c: L'època fenicio-púnica i la seva transcendència en la historia antiga d'Eivissa. Congreso de Cultura Pitiusa. Dirección Insular del Ministerio de Cultura. Ibiza, pp. 17-37.
- RAMON TORRES, J., 1983: Puntas de flecha de bronce fenicio-púnicas halladas en Ibiza: algunos materiales inéditos.

ditos. Homenaje a M. Almagro Basch, M. de Cultura Madrid, pp. 309-323.

- RAMON, J., 1985a: Els monuments antics de les Illes Pitiuses Conselleria de Cultura, Consell Insular d'Eivissa i Formentera, Ibiza, 147 pp.
- RAMON TORRES, J., 1985b: Es Cuieram 1981. N.A.H., 20. Madrid pp. 225-226.
- RANGHEARD, Y., 1985: La historia geológica d'Eivissa i Formentera. Estudis Balearics, nº 16, Palma, pp. 13-64.
- RASMUSSEN, T.B. 1979: Bucchero Pottery from Southern Etruria, Cambridge Classical Studies, Cambridge University Press.
- REVERTE, J.M., 1985a: El rito de las cremaciones. Tribuna Médica, nº 1092, Madrid, octubre, pp. 9-12.
- REVERTE, J.M., 1985b: La necrópolis ibérica de Pozo Moro (Albacete): estudio anatómico, antropológico y paleontológico. T.P., vol. 42, Madrid, pp. 195-282.
- REVERTE, J.M. 1986: Cremaciones prehistóricas en España. Anales de la Escuela de Medicina Legal, nº I, Universidad Complutense. Madrid, pp. 129-151.
- RIBERA, A., 1981: Un ánfora etrusca del Museo de Alicante. Revista del Instituto de Estudios Alicantinos, nº 34, Alicante, pp. 113-116.
- RIBERA, A., 1982: Las ánforas prerromanas valencianas (Fenicias, ibéricas y púnicas). T.V. del S.I.P., nº 73. Valencia, 141 pp.
- RIBERA, A., FERNANDEZ, A., 1985: Anforas etruscas en el País Valenciano. IIº Congresso Internazionale Etrusco. Florencia, en prensa.
- RIIS, P.J., 1948: Hama. Les cimetières à crémation. Fouilles et recherches de la Fondation Carlsberg (1931-1938) vol. II,3. Nationalmuseets Skrifter, Copenhagen, - 260 pp.
- RIIS, P.J., 1979: Sukas VI: The Graeco-Phoenician Cemetery - and Sanctuary at the Southern Harbour. Det Kongelige Danske Videnskabernes Selskab, Historisk-filosofiske Skrifter, nº10,2, Copenhagen, 68 pp.
- RIIS, P.J.: 1982: Griechen in Phönizien. Phönizier im Westen Madrider Beiträge, 8. Maguncia, pp. 237-255.
- RODERO, A., 1980: Colección de cerámica púnica de Ibiza en el Museo Arqueológico Nacional. Ministerio de Cultura. Madrid, 125 pp.

- ROMAN y CALVET, J. 1906: Los nombres e importancia arqueológica de las islas Pythiusas. Tipografía L'Avenç. - Barcelona, 342 pp.
- ROMAN FERRER, C., 1913: Antigüedades Ebusitanas. Tip. La Académica. Barcelona, 145 pp. más CI lám.
- ROMAN, C.; 1924: Excavaciones en Ibiza. Memoria de los resultados obtenidos en las excavaciones practicadas en 1923. Memorias de la J.S.E.A., nº 68, Madrid, 48 - páginas.
- ROOS, A.M^a, 1982: Acerca de la antigua cerámica ^{gris} a torno en la P.I., Ampurias, nº 44, Barcelona, pp.
- ROS SALA, M., 1985: Excavaciones en "El Castellar" (Libri - lla). Rev. de Arqueología, nº 53. Madrid, pp. 57-60.
- ROSELLO BORDOY, G., 1974: Los ajuares metálicos mallorquines como elementos cronológicos. VI S.I.P.P. Barcelona, pp. 115-127.
- ROUILLARD, P., 1979: Le bucchero nero dans la Péninsule Ibérique. Le bucchero nero étrusque et sa diffusion en Gaule Méridionale, Collection Latomus, nº 160. Bruselas, pp. 167-169.
- RUIZ MATA, D., 1986: Las cerámicas fenicias del Castillo de D^a Blanca (Puerto de Santa María, Cadiz). F.P.I., Sabadell, pp. 241-263.
- SAIDAH, R., 1966: Fouilles de Khaldé. Rapport préliminaire sur la première et deuxième campagnes (1961-1962). B.M.B., 19, Beirut, pp. 51-90.
- SAIDAH, R., 1977: Une tombe de l'âge du Fer à Tambourit (région de Sidon). Berytus, XXV, pp. 135-146.
- SAIDAH, R., 1983: Nouveaux éléments pour la datation de la céramique de l'Age du Fer au Levant. I.C.I.S.F.P. Roma (1979), pp. 213-16.
- SANCHEZ, C., 1981: La cerámica ática de Ibiza en el Museo Arqueológico Nacional. T.P., vol. 38, pp. 281-316.
- SANCHEZ MESEGUER, J., 1974: Nuevas aportaciones al tema de las puntas "à barbillon". C.P.A., Un. Autónoma, nº 1. Madrid, pp. 71-101.
- SAN NICOLAS, M^a del P., 1975: Las cáscaras de huevo de aves-truz fenicio-púnico en la P.I. y Baleares. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología, nº 2, Dto. de P. y A., Un. Autónoma. Madrid, pp. 75-100.

- SAN NICOLAS, M^a P., 1983: La indumentaria púnica representada en las terracotas de Ibiza. A.E.A., vol. 56. Madrid, pp. 67-98.
- SAN NICOLAS, M^a P.: 1986: Orfebrería púnica: los collares de Ibiza en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Saguntum, nº 20. Valencia, pp. 57-94.
- SAN NICOLAS M^a P., en prensa: Dos colgantes excepcionales - del Museo Arqueológico de Ibiza. Homenaje a G. Nieto Gallo. Madrid.
- SAN NICOLAS, M^a P., en prensa: Las terracotas figuradas de la Ibiza púnica. Col. Studi Fenici, I.S.C.F.P., Roma.
- SANMARTI, E., 1973: Materiales cerámicos griegos y etruscos de época arcaica en las comarcas meridionales de Cataluña. Ampurias, nº 35, pp. 221-234.
- SANMARTI, E., MARTI, F., 1974: Algunas observaciones sobre el comercio etrusco en Ampurias. Simposio de Colonizaciones (1971). Barcelona, pp. 52-59.
- SANMARTI, E., PADRO, J., 1981: Ensayo de aproximación al fenómeno de la iberización en las comarcas meridionales de Cataluña. Ampurias, nº 38-40. Barcelona, pp. 157-176.
- SCHILER, H., 1964: El rendimiento efectivo de las novias en Ibiza. B.C.O.C.I.M., LXVI, nº 644-645. Palma, pp. 214-224.
- SCHUBART, H., 1971: Acerca de la cerámica del Bronce tardío en el sur y oeste peninsular. T.P., nº 28. Madrid pp. 153-182.
- SCHUBART, H., 1975: Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel. Madrider Forschungen, nº 9. Berlin, 300 pp. más. vol. lám.
- SCHUBART, H., 1976: Westphönizische teller. R.S.F., vol. IV, 2, Roma, pp. 179-196.
- SCHUBART, H., 1979a: Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones 1976. N.A.H., 6, pp. 175-218.
- SCHUBART, H., 1979b: Janín. Informe preliminar de 1976 en la necrópolis de los s. VI-V a.J.C., N.A.H., 6. Madrid, pp. 151-157.
- SCHUBART, H., 1985: Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1982. N.A.H., nº 23. Madrid, pp. 141-174.

- SCHUBART, H., 1986: El asentamiento fenicio del s. VIII a.C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga). - F.P.I., Ed. AUSA. Sabadell, pp. 59-83.
- SCHUBART, H., MAAS LINDEMANN, G., 1979: Jardín: informe preliminar sobre las excavaciones de 1974. N.A.H., nº 6. Madrid, pp. 139-149.
- SCHUBART, H., MAAS LINDEMANN, G., 1984: Toscanos. El asentamiento fenicio occidental en la desembocadura del río Vélez. Excavaciones de 1971. N.A.H., 18. Madrid pp. 39-210.
- SCHUBART, H., NIEMEYER, H.G., 1976: Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo. E.A.E., nº 90. Madrid, 254 pp.
- SCHUBART, H., NIEMEYER, H., LINDEMANN, G., 1972: Toscanos. - Jardín y Alarcón. Excavaciones de 1971. N.A.H., Arqueología 1. Madrid, pp. 9-41.
- SCHUBART, H., NIEMEYER, H., PELLICER, M., 1969: Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez. E.A.E., nº 66. Madrid, 156 pp.
- SCHULE, W., 1969: Die Meseta-Kulturen der Iberische Halbinsel. Madrider Forschungen, nº 3, Berlin, 2 vols. - 318 pp. más lám.
- SCHULE, W., 1970: Navegación primitiva y visibilidad de la tierra en el Mediterráneo. XI C.N.A. (Mérida, - 1968). Zaragoza, pp. 449-462.
- SHEFTON, B.B., 1982, Greeks and Greek Imports in the South - of the Iberian Peninsula. The archaeological evidence. Phönizier im Westen. Madrider Beiträge nº 8. Maguncia, pp. 337-370.
- SIRET, L., 1908: Villaricos y Merrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes. Memorias de la R.A.H., Est. Tipográfico de Jaime Ratés. Madrid, - 102 pp.
- SNODGRASS, A.M., 1971: The Dark Age of Greece. University - Press, Edimburgo, 456 pp.
- SOLIER, Y., 1981: La culture ibéro-languedocienne aux VI^e-V^e siècle. Ampurias, nº 38-40. Barcelona, pp. 211-264.
- SORA BONED, M., 1944: Restos de la Edad del Bronce en Ibiza y Formentera. Rev. Ibiza (1^a época), nº 2, abril - pp. 18-20.

- TAINTER, J.A., 1978: Mortuary Practices and the study of Prehistoric Social Systems. *Advances in Archaeological Method and Theory*, vol. 1, Academic Press. Nueva - York, pp. 105-141.
- TARRADELL, M., 1974: Terracotas púnicas de Ibiza. Edit. Gustavo Gili. Barcelona, 211 pp.
- TARRADELL, M., FONT, M., 1975: Eivissa Cartaginesa. *Bibl. de Cultura Catalana* nº 13. Ed. Curriel. Barcelona, 316 páginas.
- TEJERA GASPAS, A., 1979: Las tumbas fenicias y púnicas del - Mediterráneo Occidental (estudio tipológico). *Anales de la Univ. Hispalense* nº 44. Sevilla, 191 pp.
- THALMANN, J.P., 1978: Tell Arqa 1978-1979. Rapport provisoire. B.M.B., XXX, pp. 61-75.
- THALMANN, J.P., 1983: Les niveaux de l'Age du Bronze et de - l'Age du Fer à Tell Arqa (Liban). 1º C.I.S.F.P., vol. I. Roma, pp. 217-221.
- TOPP, C., FERNANDEZ, J.H., PLANTALAMOR, L., 1976: Ca Na Costa: a megalithic chamber tomb on Formentera, Balearic Islands. *Bulletin* nº 13, Institute of Archaeology of the University of London. Londres. pp. 139-174.
- TOPP, C., FERNANDEZ, J.H., PLANTALAMOR, L., 1979: Recent archaeological activities in Ibiza and Formentera. *Bulletin* nº 16, Institute of Archaeology of the University of London. Londres, pp. 215-231.
- TORRE, G., 1973: Due cippi-trono del tophet di Tharros. *Studi Sardi*, vol. XXII (1971-1972), Sassari, pp. 99-248.
- TORRE, G., 1975: Ricerche puniche in Sardegna: I (1970-1974). Scoperte e Scavi a) Pani Loriga. Santadi (Cagliari) *Studi Sardi*, vol. XXIII, I, Sassari, pp. 365-374.
- TRIAS, G., 1967: Cerámica griega de la Península Ibérica. *Publicaciones de Arqueología Hispánica*, II, The William L. Bryant Foundation. Valencia, 511 pp. más - CCLVIII lám.
- TRIAS, M., 1977: Cova Xives: troballes prehistòriques a Eivissa. *Endins*, nº 4. Palma de Mallorca, pp. 49-52.
- TRIAS, M., 1983: Espeleología de les Pitiuses. *Estudis Breus* nº 2. Institut d'Estudis Eivissencs, Eivissa, 58 - páginas.
- TRIAS, M., ROCA, Ll., 1975: Noves aportacions al coneixement de les coves de Sa Mola (Formentera) i de la seva importància arqueològica. *Endins*, nº 2. Palma de Mallorca, pp. 15-33.

- TUSA, V. et alii, 1972: Mozia-VII. C.S.C.F.P., Studi Semitici n^o , C.N.R., Roma, pp.
- TUSA, V., et alii, 1978: Mozia-IX. C.S.C.F.P., Studi Semitici n^o , C.N.R., Roma, pp.
- UCKO, P.J., 1969: Ethnography and archeological interpretation of funerary remains. World Archaeology I, 2, pp. 263-280.
- UGAS, G., ZUCCA, R., 1984: Il Commercio arcaico in Sardegna. A. Viale Editore. Cagliari, 210 pp.
- VALLES COSTA, R., PRATS, E., RAMON, F., s.f.: Geografia de les Illes Pitiuses (I). Institut d'Estudis Eivissencs, Ibiza, 13 pp.
- VENTO, E., 1985: Colección Martí Esteve. Materiales procedentes de Ibiza. Serie Arqueología n^o 4. Ayuntamiento de Valencia, 159 pp.
- VENY; C., 1968: Las cuevas sepulcrales del Bronce Antiguo de Mallorca. B.P.H., n^o IX. Madrid, 428 pp.
- VERCOUTTER, J., 1945: Les objets égyptiens et égyptisants du mobilier funéraire carthaginois. Bibl. Archéologique et Historique, tome XL, Librairie Orientaliste P. Geuthner, Paris, 397 pp.
- VILA VALENTI, J., 1953: Ibiza y Formentera, islas de la sal. Estudios Geográficos, n^o 52, C.S.I.C., Madrid, 363-408.
- VILA VALENTI, J. 1954: Notas sobre la antigua producción y comercio de la sal en el Mediterráneo Occidental. I. Congreso del Marruecos Español. Tetuán, pp. 225-233.
- VILA VALENTI, J., 1960: Los llanos de S. Mateo y Sta. Inés. Ibiza, (2^a época), n^o 6. Ibiza, pp. 1-12.
- VILA VALENTI, J., 1961: El Polje de Sta. Inés o Corona (Ibiza). Speleon, 12. Oviedo, pp. 55-56:
- VILLARD, F., 1966: Céramique grecque du Maroc. Bulletin d'Archéologie Marocaine, IV, pp. 1-26.
- VIVES y ESCUDERO, A., 1917: Estudio de Arqueología Cartaginesa. La necrópoli de Ibiza. Imprenta de Blass y Cia Madrid, 189 pp.



- VUILLEMOT, G., 1955: La nécropole punique du phare dans l'Ile Rachgoun (Oran), Libyca, t.III, 2^e sem., pp. 7-76.
- VUILLEMOT, G., 1965: Reconnaissance aux échelles puniques d'Oranie. Musée Robin, Autun, 451 pp.
- WALDREN, W., 1985: Baleario Beaker Wares, an inventory. Damarco, Deyà, 126 pp.
- WEBB, V., 1978: Archic Greek Faience. Aris & Phillips Ltd., Warminster, 174 pp.
- WELLS, C., 1960: A study of Cremation. Antiquity, vol. XXXIV pp. 29-37.
- WHITAKER, J.I.S., 1921: Motya. A Phoenician colony in Sicily G. Bell & Sons Ltd. Londres, 357 pp.
- WHITTAKER, C.R., 1974: The Western Phoenicians: colonisation and assimilation. Proceedings of the Cambridge Philological Society, vol. 200, pp. 58-79.
- XELLA, P., 1981: Aspetti e problemi dell'indagine storico-religiosa. 4^a Religione fenicia, matrici orientali e sviluppi occidentali (Coloquio de Roma, 1979), Studi semitici, 53, C.N.R., Roma, pp. 7-25.
- ZANCANI, P.: 1972: Lekythoi "samie" e bucchero "eolico". Archeologia Classica, XXIV, 2, pp. 372-377.

APENDICE I : Estudio antropológico

Dr. Francisco Gómez Bellard

Laboratorio de Antropología Médica

y Forense

Universidad Complutense. Madrid

Hace apenas dos décadas, los restos humanos incinerados no formaban parte de los estudios antropológicos ligados a la arqueología; eran poco más que el sujeto de entretenimiento de algunos investigadores y sus conclusiones rara vez veían la luz.

En los últimos años, la experiencia en este campo se ha acrecentado hasta el punto que son cada vez más numerosos los trabajos arqueológicos que cuentan con un informe antropológico detallado cuando se desea contar con determinados datos complementarios acerca de las incineraciones.

Sin embargo, no existen todavía suficientes estudios de este tipo publicados en el mundo como para disponer de elementos comparativos. Por esta razón, buena parte de los datos que empleamos en el presente estudio se quedan sin aparente conclusión, a la espera de reunir más material de otras zonas geográficas y otras épocas; sólo entonces cobrarán pleno sentido, por ejemplo, los pesos totales y parciales de las diversas porciones anatómicas.

Siguiendo a otros autores (WELLS, 1960; BROTHWELL, 1981; REVERTE, 1986) nuestra metodología consistirá en medir y pesar los contenidos que se nos remiten, separarlos por regiones anatómicas y describirlos con minuciosidad para extraer datos acerca de la edad, el sexo y las condiciones de incineración y recogida de lo que un día fue un cadáver humano sometido de forma ritual a la acción del fuego.

Las incineraciones que presentamos constituyen el conjunto homogéneo más numeroso y más antiguo que jamás haya sido estudiado. Para una mayor claridad expositiva, se presentan las incineraciones una por una, señalando la posible aparición de elementos animales, minerales y vegetales y especificando las conclusiones relativas a cada una de ellas para terminar haciendo un comentario sobre el conjunto y su significado.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº 1

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En brecha natural del terreno.

Peso total.....	59 g
Neurocráneo.....	25 "
Esplacnocráneo.....	1 "
Huesos largos.....	6 "
Cinturas escapular y pelviana.....	1 "
Costillas y esternón.....	1 "
Vértebras.....	3 "
Manos y piés.....	"
Restos no identificables.....	12 "
Cerámica, adorno y utensilios.....	2 "
Tierra, piedras y polvo.....	8 "
Restos animales.....	"
Restos vegetales.....	"

DESCRIPCION: El conjunto presenta coloración gris pizarra, con algunos fragmentos blanquecinos y otros negros.

Neurocráneo: Fragmentos de escasa combustión con otros 5 bien quemados, muy blancos. Aparece el peñasco del temporal derecho con orificio auditivo interno (OAI). Se aprecian suturas indeterminadas totalmente abiertas en fragmentos de 1 a 3 mm de espesor.

Esplacnocráneo: Fragmento de cúpula de 1º molar de leche, frágil. Edad aparente entre 15 y 20 meses.

Otros: Fragmento de clavícula claramente infantil y 2 porciones de costillas muy planas, bien quemadas.

CONCLUSIONES: Se trata de los restos incinerados de manera desigual, poco cuidadosa, de un niño de edad comprendida entre los 15 y los 20 meses. Los restos son incompletos.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº 2a

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En fosa excavada en la roca.

Peso total.....	123	g
Neurocráneo.....	8	"
Esplacnocráneo.....		"
Huesos largos.....	32	"
Cinturas escapular y pelviana.....		"
Costillas y esternón.....	3	"
Vértebras.....		"
Manos y piés.....		"
Restos no identificables.....	50	"
Cerámica, adorno y utensilios.....		"
Tierra, piedras y polvo.....	30	"
Restos animales.....		"
Restos vegetales.....		"

DESCRIPCION: Coloración blanco mate muy uniforme, lo que indica una combustión intensa y regular.

Neurocráneo: pequeños y escasos fragmentos de espesor inferior a 3 mm, siendo visible en alguno la sutura sagital muy dentada y abierta.

Huesos largos: muy escasos, presentan una gran fragilidad y un periostio muy delgado.

CONCLUSIONES: Incineración intensa de un niño de edad inferior a los 5 años, siendo imposible precisar el sexo.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº2b

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En fosa excavada en la roca.

Peso total.....	305	g
Neurocráneo.....		"
Esplacnocráneo.....		"
Huesos largos.....	160	"
Cinturas escapular y pelviana.....		"
Costillas y esternón.....		"
Vértebras.....		"
Manos y piés.....		"
Restos no identificables.....	70	"
Cerámica, adorno y utensilios.....		"
Tierra, piedras y polvo.....	75	"
Restos animales.....		"
Restos vegetales.....		"

DESCRIPCION: Coloración blanco mate con numerosos fragmentos grisáceos de menor combustión. El conjunto sólo consta de huesos largos, entre los que destacan 4 fragmentos de fémur claramente adulto. En dos de ellos se aprecia una pilastra débil y un diámetro diafisario muy femenino.

CONCLUSIONES: Se trata de restos muy incompletos de incineración de cadáver femenino adulto de combustión poco regular.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº3

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En fosa excavada en la roca. Cremación in situ.

Peso total.....	1.065 g
Neurocráneo.....	59 "
Esplacnocráneo.....	26 "
Huesos largos.....	210 "
Cinturas escapular y pelviana.....	"
Costillas y esternón.....	"
Vértebras.....	"
Manos y piés.....	14 "
Restos no identificables.....	218 "
Cerámica, adorno y utensilios.....	"
Tierra, piedras y polvo.....	445 "
Restos animales.....	65 "
Restos vegetales.....	28 "

DESCRIPCION: Coloración blanco mate uniforme que revela buena combustión, prolongada exposición y recogida minuciosa.

Neurocráneo: Aparecen 19 fragmentos de calota craneal de espesor variable entre los 5 y los 7 mm; se reconocen dos trozos de hueso occipital, lado derecho, con parte de sutura lambdática en vías de sinóstosis en su cara endocraneal, pero no en la exocraneal. También se encuentra un borde orbitario superior, derecho, incompleto, con porción de glabella, muy roma. Se ve, a través de una rotura, el seno frontal derecho, grande. El conjunto tiene aspecto marcadamente masculino.

Esplacnocráneo: Se ven 5 fragmentos de maxilar inferior muy deteriorados y no consecutivos. De ellos destaca:

- 1º. Un tercer molar derecho de reciente aparición
- 2º Un canino derecho in situ entero, grande y recio.
- 3º Una sínfisis mentoniana muy deteriorada, pero de aspecto claramente masculino.

Además, aparecen piezas dentarias sueltas, a saber:

1. Un canino con abrasión tipo II, grande y masculino.
2. Un segundo incisivo, muy bien quemado.
3. Un premolar I relativamente pequeño, sin corona.
4. Un molar, dudoso si M1 o M2, también sin corona, grande.

Huesos largos: Entre los fragmentos, todos bien quemados, se reconoce uno de fémur de 64 mm de longitud, que abarca la mitad posterior de la diáfisis, en la que se aprecia una recia pilastra. Un fragmento de húmero, también diafisario, tiene un espesor de 7 mm entre el borde externo y el borde interno. Algunos fragmentos presentan la característica forma en "uña de pulgar" (REVERTE COMA, 1986, p.137).

Manos: Aparece un hueso ganchoso del carpo, incompleto, así como un fragmento de falange distal con fusión total de la cabeza.

Animales: Diversos fragmentos de hueso de ovicaprino.

Vegetales: Restos de carbón vegetal.

CONCLUSIONES: Se trata de restos abundantes de la incineración prolongada e intensa de un sujeto varón de edad comprendida entre los 20 y los 25 años, con acompañamiento de restos también incinerados de animal ovicaprino. Se puede apreciar cierta patología dentaria del tipo de la abrasión que, para la edad del sujeto, representa sin duda un deterioro serio de la salud dental.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº4

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En fosa excavada en la roca.

Peso total.....	62 g
Neurocráneo.....	"
Esplacnocráneo.....	"
Huesos largos.....	38 "
Cinturas escapular y pelviana.....	"
Costillas y esternón.....	"
Vértebras.....	"
Manos y piés.....	"
Restos no identificables.....	6 "
Cerámica, adorno y utensilios.....	"
Tierra, piedras y polvo.....	18 "
Restos animales.....	"
Restos vegetales.....	"

DESCRIPCION: La coloración es grisácea con fuerte impregnación terrosa. La escasez del material, que está muy deteriorado y desmenuzado impide la obtención de datos. Únicamente algún fragmento de hueso largo permite suponer que se trata de un ser humano adulto, sin que sean posibles más precisiones.

CONCLUSIONES: Se trata de una incineración muy incompleta y destruída de un ser humano probablemente de edad adulta.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº5

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En urna colocada en cavidad tallada en la roca.

Peso total.....	656	g
Neurocráneo.....	22	"
Esplacnocráneo.....	7	"
Huesos largos.....	63	"
Cinturas escapular y pelviana.....		"
Costillas y esternón.....	18	"
Vértebras.....	14	"
Manos y piés.....		"
Restos no identificables.....	420	"
Cerámica, adorno y utensilios.....	19	"
Tierra, piedras y polvo.....	85	"
Restos animales.....	8	"
Restos vegetales.....		"

DESCRIPCION: Coloración blanco mate con impregnaciones de tierra muy roja.

Neurocráneo: 23 fragmentos de calota craneal de espesor variable entre los 2 y los 6 mm ; 4 de ellos permiten ver unas suturas no identificables muy abiertas tanto en su cara endocraneal como en la exocraneal. Parece tratarse, pués, de una persona joven. El grado de deformación de los fragmentos hace suponer una intensa combustión.

Esplacnocráneo: Aparece un fragmento de rama ascendente mandibular derecha, muy fina y grácil, claramente femenina.

Las piezas dentarias, que aparecen sueltas, corresponden a 3 incisivos, 5 premolares y 1 molar (probablemente M1) cuya característica común es la de ser dentición definitiva, estar bien quemadas y estar rotas a la altura del cuello.

Vértebras: Un fragmento de vértebra dorsal permite apreciar ru-

gosidades en las caras superior e inferior del cuerpo vertebral, siendo muy características de una edad juvenil por falta de fusión de las epífisis. Se trataría de una persona de menos de 14 años.

Huesos largos: Todos los fragmentos son muy pequeños pero presentan grandes estriaciones características de combustión intensa.

Dos fragmentos corresponden a cabeza humeral pequeña.

CONCLUSIONES: Incineración intensa y bastante bien recogida de una mujer de edad comprendida entre los 12 y los 14 años.

El material cerámico corresponde a 7 cuentas de collar de color negro y naranja. Además, aparece un cierre de broche metálico.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº6

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En anfractuosidad natural de la roca, pero retocada parcialmente para darle forma circular.

Peso total.....	1.120 g
Neurocráneo.....	183 "
Esplacnocráneo.....	4 "
Huesos largos.....	284 "
Cinturas escapular y pelviana.....	4 "
Costillas y esternón.....	9 "
Vértebras.....	26 "
Manos y piés.....	8 "
Restos no identificables.....	280 "
Cerámica, adorno y utensilios.....	"
Tierra, piedras y polvo.....	320 "
Restos animales.....	2 "
Restos vegetales.....	"

DESCRIPCION: Coloración grisácea con escasa impregnación terrosa.

Neurocráneo: Abundante aunque muy fragmentado. La calota presenta un espesor de 3 a 6 mm. La cara endocraneal presenta escasa deformación y coloración más negra que la exocraneal, lo que refleja combustión poco intensa. Se reconoce un borde orbitario superior de lado izquierdo, fino, de aspecto femenino. Se observan parcialmente las suturas sagital y lambdática con inicio de sinóstosis endocraneal pero apenas esbozada en el exocráneo. Se trataría, por tanto de una persona adulta joven.

Esplacnocráneo: Aparece el cóndilo izquierdo de la mandíbula, de una anchura de 16 mm, grácil. Se encuentran 5 raíces dentarias correspondientes a incisivos definitivos pero de pequeño tamaño.

Huesos largos: Son muy abundantes los restos que aparecen. Se reconoce un fragmento diafisario estrecho, sin apenas pilastra, bien quemado. También corresponde a diáfisis un fragmento de radio pequeño y de escaso diámetro. Otros fragmentos menos reconocibles presentan también un aspecto femenino.

Vértebra: Únicamente se identifican 2 porciones de cuerpos vertebrales dorsales, pequeños, sin signos degenerativos aunque corresponden a adulto. 14 fragmentos de apófisis transversas son muy femeninos.

Costillas: Aparecen 7 fragmentos costales de altura entre 8 y 9 mm y espesor anteroposterior de 4 mm.

Clavícula: Mitad interna de clavícula derecha grácil.

Manos: 6 fragmentos de falanges de mano. Uno de ellos permite ver una cabeza bien fusionada.

CONCLUSIONES: Restos incinerados de manera desigual de cadáver de mujer de poco más de 20 años de edad. La combustión es muy buena en algunas partes y poco intensa en otras.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº7

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En grieta natural de la roca.

Peso total.....	1.900 g
Neurocráneo.....	306 "
Esplacnocráneo.....	11 "
Huesos largos.....	548 "
Cinturas escapular y pelviana.....	44 "
Costillas y esternón.....	10 "
Vértebras.....	42 "
Manos y piés.....	17 "
Restos no identificables.....	655 "
Cerámica, adorno y utensilios.....	"
Tierra, piedras y polvo.....	267 "
Restos animales.....	"
Restos vegetales.....	"

DESCRIPCION: Todo el conjunto presenta una intensa coloración blanco muy mate con fuerte impregnación color tierra rojiza.

Neurocráneo: Destaca en primer lugar un fragmento relativamente grande, de 38 mm de largo por 21 mm de ancho, que corresponde a hueso occipital, pudiendo apreciarse una línea nucal suprema muy prominente, indicio de potente musculatura nucal. La porción de sutura lambdática derecha que incluye la pieza presenta escasa sinóstosis exocraneal pero avanzada fusión en la cara endocraneal. Aparecen los orificios auditivos internos en unos peñascos temporales muy robustos. Un fragmento de temporal izquierdo deja ver una apófisis mastoide con profundo surco digástrico y gran tamaño. Todo ello sugiere la presencia de un varón.

Aparecen, sin embargo, otros 73 fragmentos de neurocráneo mucho más finos, de espesor máximo de 5 mm. Algunos de éstos permiten ver suturas muy abiertas. Se reconoce parte de una cavidad glenoidea craneal de tamaño muy pequeño; se trata indudablemente de una mujer joven, con toda probabilidad una adolescente.

Esplacnocráneo: Se reconocen 3 fragmentos de rama mandibular derecha entre los que se ve el cóndilo, pequeño, que corresponde a la cavidad glenoidea antes descrita. También aparece el cóndilo del lado izquierdo, similar al anterior.

Las piezas dentarias, en número de 14, están bien quemadas y son raíces de incisivos (4), caninos (3), premolares (2) y molares (5).

2 caninos y 2 molares tienen un tamaño claramente menor que las demás piezas. Creemos que se trata del segundo individuo, casi seguro una mujer adolescente, puesto que las piezas son dientes ya definitivos, aunque con los ápices de las raíces aún abiertos. Los dientes del varón están bien formados y corresponden a edad adulta.

Huesos largos: El material es muy abundante, pero muy deteriorado; se reconoce un fragmento femoral que presenta rugosidades de inserciones musculares a la altura del cuello quirúrgico de gran robustez.

También un fragmento de tibia muestra un desarrollo muy masculino.

Otros fragmentos no identificables muestran un menor grosor y una falta notable de líneas de inserción muscular, por lo que estaríamos en presencia de la joven adolescente. Por otra parte, dos cúpulas de húmero, aunque incompletas, pueden atribuirse a un varón adulto.

Vértebrales: Diversos fragmentos de cuerpos vertebrales dorsales (3) y lumbares (6) presentan características típicamente masculinas

Manos y piés: 6 fragmentos de falanges corresponden al individuo femenino de edad juvenil, lo mismo que 3 metacarpianos incompletos.

Por otra parte, aparecen 3 fragmentos de metatarsianos de varón adulto; uno de ellos presenta una lesión inflamatoria en el cuerpo del hueso que deforma a éste para darle un aspecto globular.

Coxales: Un fragmento de escotadura ciática, recio, presenta una angulación muy inferior a 90°, lo que permite atribuirlo al varón.

Pero otro fragmento, también de escotadura ciática, es claramente atribuible a una mujer por su gracilidad y su angulación de 105°.

Un fragmento de tuberosidad isquiática es también femenino.

CONCLUSIONES: Estamos en presencia de una incineración de gran peso que presenta indicios anatómicos de corresponder a dos cadáveres de distinto sexo. El problema de las incineraciones dobles ya ha sido estudiado en alguna ocasión por nosotros mismos (GOMEZ BELLARD, F., 1985) y mencionado por algún otro autor (BINFORD, 1963). El presente caso es una clara muestra de esta posibilidad, aunque no es fácil decir si se trata de una cremación doble de carácter ritual o si no estamos más que ante la presencia de dos conjuntos de restos incinerados en diferentes momentos y colocados en su punto de aparición actual por mera superposición. La regularidad y similitud de la combustión nos inclina a pensar que ambos cuerpos fueron quemados simultáneamente, pero no debemos olvidar que la cremación aparece en una grieta natural de la roca, que muy bien podía servir para sucesivas recogidas de restos incinerados, un poco a modo de panteón.

En definitiva, concluimos que se trata de restos incinerados de una mujer adolescente y de un varón adulto, robusto, de unos 25 años que aparecen juntos. El varón presenta una lesión inflamatoria en huesos del pie.

La combustión de ambos cadáveres fue minuciosa y prolongada; la recogida de los huesos quemados también se hizo con meticulosidad.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº9

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En fosa tallada en la roca

Peso total.....	248	g
Neurocráneo.....	65	"
Esplacnocráneo.....	1	"
Huesos largos.....	112	"
Cinturas escapular y pelviana.....	2	"
Costillas y esternón.....		"
Vértebras.....		"
Manos y piés.....		"
Restos no identificables.....	55	"
Cerámica, adorno y utensilios.....		"
Tierra, piedras y polvo.....	12	"
Restos animales.....		"
Restos vegetales.....	1	"

DESCRIPCION: La coloración es muy desigual, con algunos huesos que apenas han sido rozados por el fuego, aunque están bastante deteriorados. Otros fragmentos presentan coloración negra, típica de combustión parcial y, por fin, algunos fragmentos de calota craneal presentan coloración blanco mate intensa.

Neurocráneo: Aparece un borde orbitario superior izquierdo incompleto. Su aspecto grueso, romo, le da carácter de masculinidad.

Otros fragmentos de calota presentan un espesor medio de 7 a 9 mm.

En alguno de ellos se aprecian porciones de sutura sagital en vías de reabsorción exocraneal; aparece un orificio auditivo interno.

Esplacnocráneo: Se reconocen únicamente dos raíces rotas de incisivo y premolar adultos.

Cintura escapular: Unicamente aparece un fragmento de clavícula derecha muy deformada por la combustión, de aspecto poco robusto.

Huesos largos: Diversas porciones de diáfisis poco identificables; su característica es estar poco quemados.

CONCLUSIONES: Se trata de una incineración muy irregular de un cadáver de varón adulto, de 25 a 30 años. Pensamos que la posición del cadáver en la pira era de decúbito supino, toda vez que la parte mejor quemada es la calota craneal posterior, mientras que las extremidades están poco intensamente quemadas. La recogida de los restos, una vez finalizada la cremación, tampoco fue muy cuidadosa.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº10

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En cavidad natural retocada.

Peso total.....	360	g
Neurocráneo.....	25	"
Esplacnocráneo.....		"
Huesos largos.....	48	"
Cinturas escapular y pelviana.....		"
Costillas y esternón.....		"
Vértebras.....		"
Manos y piés.....		"
Restos no identificables.....	85	"
Cerámica, adorno y utensilios.....	6	"
Tierra, piedras y polvo.....	194	"
Restos animales.....	2	"
Restos vegetales.....		"

DESCRIPCION: Coloración blanca mate con impregnación ocre.

Neurocráneo: Muy escaso, sólo se reconocen fragmentos de calota parietal de espesor variable entre 6 y 9 mm, por lo que podría tratarse de un varón.

Huesos largos: No presentan ningún dato de interés, exceptuando su gran distorsión por el fuego.

CONCLUSIONES: Incineración muy incompleta de un individuo probablemente varón, de edad adulta, sin que sea posible precisar más la edad.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº11

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En una grieta natural de la roca.

Peso total.....	300 g
Neurocráneo.....	7 "
Esplacnocráneo.....	1 "
Huesos largos.....	"
Cinturas escapular y pelviana.....	"
Costillas y esternón.....	"
Vértebras.....	"
Manos y piés.....	"
Restos no identificables.....	32 "
Cerámica, adorno y utensilios.....	"
Tierra, piedras y polvo.....	260 "
Restos animales.....	"
Restos vegetales.....	"

DESCRIPCION: El material presenta una coloración blanco mate.

Neurocráneo: material tan escaso y fragmentado que apenas se aprecia que se trata de calota de espesor de 3 mm, muy frágil.

Esplacnocráneo: 4 fragmentos que corresponden a piezas dentarias, de las que una parece un incisivo ya definitivo. Las otras 3 son simples raigones de canino o premolar de aspecto caduco.

CONCLUSIONES: Pensamos que se trata de restos muy parciales de un individuo de edad no superior a los 6 o 7 años, sin que sea posible aportar más precisiones.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº 13

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION:

Peso total.....	27	g
Neurocráneo.....	6	"
Esplacnocráneo.....	3	"
Huesos largos.....	11	"
Cinturas escapular y pelviana.....		"
Costillas y esternón.....	1	"
Vértebras.....		"
Manos y piés.....		"
Restos no identificables.....	3	"
Cerámica, adorno y utensilios.....		"
Tierra, piedras y polvo.....	2	"
Restos animales.....	1	"
Restos vegetales.....		"

DESCRIPCION: Coloración blanca grisácea uniforme en un conjunto muy escaso.

Neurocráneo: Pequeños fragmentos de calota de 3 mm de espesor, bien quemados y retorcidos en concavidad, de aspecto infantil.

Esplacnocráneo: Aparecen 3 piezas dentarias decíduas o de leche: un M_2 , un M_1 y un incisivo roto que puede ser 1 o 2. Las piezas habían hecho irrupción recientemente, por lo que podemos calcular la edad entre los 2 y los 3 años.

Huesos largos: Muy escasos, pequeños, propios de infante por su gran finura y su reducido diámetro diafisario y cortical.

Costillas: Solamente se ve un fragmento de 1ª costilla infantil.

CONCLUSIONES: Incineración muy escasa y bien quemada de cadáver de niño de sexo no determinable, de 2 a 3 años de edad.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº14

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En cavidad natural retocada.

Peso total.....	535	g
Neurocráneo.....	25	"
Esplacnocráneo.....	17	"
Huesos largos.....	85	"
Cinturas escapular y pelviana.....		"
Costillas y esternón.....		"
Vértebras.....		"
Manos y piés.....	5	"
Restos no identificables.....	285	"
Cerámica, adorno y utensilios.....	15	"
Tierra, piedras y polvo.....	103	"
Restos animales.....		"
Restos vegetales.....		"

DESCRIPCION: Coloración blanco mate con ligeras impregnaciones.

Neurocráneo: Llama la atención la presencia de fragmentos de calota craneal de espesor 4 a 6 mm junto a otros de mucha fragilidad y de apenas 3 mm de espesor.

Esplacnocráneo: 3 piezas dentarias, un incisivo y 2 premolares, corresponden claramente a una mujer por su tamaño.

Aparecen también fragmentos de rama mandibular de escasa robustez, propia de mujer.

Huesos largos: aunque escasos, se reconocen diáfisis de tamaño femenino; aparecen también unos fragmentos de escasísima consistencia, muy finos, que parecen corresponder a un recién nacido.

Manos: 4 fragmentos permiten apreciar que se trata de falanges de adulto; por su tamaño, parecen femeninos.

CONCLUSIONES: Se trata de la incineración intensa y prolongada del cadáver de una mujer, probablemente joven, junto a la que aparecen restos de recién nacido o de feto quemado intra-útero.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº15

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En grieta natural retocada.

Peso total.....	820 g
Neurocráneo.....	68 "
Esplacnocráneo.....	2 "
Huesos largos.....	147 "
Cinturas escapular y pelviana.....	8 "
Costillas y esternón.....	4 "
Vértebras.....	12 "
Manos y piés.....	7 "
Restos no identificables.....	502 "
Cerámica, adorno y utensilios.....	4 "
Tierra, piedras y polvo.....	66 "
Restos animales.....	"
Restos vegetales.....	"

DESCRIPCION: Coloración blanquecina con intensa impregnación de un siena terroso.

Neurocráneo: Múltiples fragmentos muy pequeños de calota, de espesor máximo de 4 a 6 mm. Junto a éstos, se reconocen otros elementos de calota muy finos, sin apenas espacio diploico, característicos de infante de escasos meses de edad. Sólo en un fragmento se aprecia una porción de sutura sagital con apertura total exocraneal e inicio de fusión endocraneal. Parece clara, por tanto, la presencia de una mujer joven y de un infante de meses.

Esplacnocráneo: Unicamente aparecen dos piezas dentarias: un diente de leche, probablemente un premolar 1, y un molar 1 de adulto. bien quemado, pequeño y sin desgaste coronal.

Costillas: 6 fragmentos de costilla estrecha, grácil, muy femenina.

Vértebras: escasos fragmentos de apófisis espinosas pequeñas.

Coxales: Se reconoce un fragmento de acetábulo en su mitad externa, de aspecto grácil, muy femenino, sin signos degenerativos ni alteraciones de sus bordes, muy sugestivo de persona joven.

Huesos largos: incluimos en este apartado anatómico, por su interés, la existencia de un fragmento de rótula de persona adulta joven, de tamaño muy acorde con una sexualidad femenina.

también aparece un fragmento de rótula infantil, claramente reconocible por su borde metafisario no fundido.

Manos: Son reconocibles dos extremidades distales de falanges infantiles a las que falta la cabeza. Por otro lado, es evidente la presencia de 3 cuerpos falángicos incompletos de persona de edad adulta joven.

Piés: Un fragmento de falange distal de 1º dedo del pie (¿derecho?) de adulto grácil presenta una gran deformidad por combustión.

CONCLUSIONES: Del conjunto de restos humanos presentes en esta incineración se deduce la presencia de una mujer de edad adulta joven, de poco más de 20 años junto al cadáver de un niño de corta edad, probablemente de menos de 6 meses, de sexo imposible de determinar.

Al contrario de lo que sucede con la incineración nº14, pensamos que la presente cremación incluye el cadáver de un niño que sobrevivió algunos meses. Este tipo de incineración plantea el dilema de saber si la muerte se produjo por causas naturales y de forma simultánea por ejemplo, un infección o si se trata de un ritual en el que el niño es sacrificado con motivo de la muerte de su madre (BENICHO SAFAR, 1981).

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº16

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En urna cerámica depositada en grieta natural de la roca.

Peso total.....	623	g
Neurocráneo.....	110	"
Esplacnocráneo.....	6	"
Huesos largos.....	149	"
Cinturas escapular y pelviana.....	4	"
Costillas y esternón.....	3	"
Vértebras.....	6	"
Manos y piés.....		"
Restos no identificables.....	205	"
Cerámica, adorno y utensilios.....		"
Tierra, piedras y polvo.....	140	"
Restos animales.....		"
Restos vegetales.....		"

DESCRIPCION: Intensa impregnación siena debajo de la que aparece un blanco mate de buena combustión.

Neurocráneo: Relativamente abundante, se aprecian algunos fragmentos negros o grises de menor combustión. El espesor máximo es de 8 mm y se ven suturas sagital y coronal ya fusionadas en endocráneo y en vías de sinóstosis avanzada en el exocráneo. Se pueden reconocer también ambos arcos zigomáticos en su porción más proximal al temporal. Su aspecto es marcadamente grácil, femenino, de edad adulta. También se identifica un borde orbitario superior izquierdo fino y de escasa consistencia, femenino. Aparece uno de los orificios auditivos internos.

Esplacnocráneo: Se reconoce un pequeño fragmento de maxilar superior que presenta 2 mitades de cavidades alveolares pequeñas y 1

muy agrandada. Su tamaño es triple que el de los otros alveolos y los bordes presentan espiculaciones óseas múltiples que evidencian una intensa reacción reparadora. El aspecto del tejido subyacente es, radiológicamente, característico de inflamación aguda. Si bien la reacción ósea reparadora está ya claramente iniciada, se puede afirmar que en el momento de la muerte el sujeto padecía un absceso alveolar y perialveolar de gran importancia en el 2º molar superior izquierdo. Aunque este tipo de lesiones no tienen que provocar obligatoriamente repercusiones fatales, nuestra opinión es que, a la vista de la época, no es del todo descartable la posibilidad de que este absceso alveolar se acompañara de otros abscesos de más graves consecuencias, como los abscesos cerebrales, que se asocian con relativa frecuencia a los abscesos de maxilar superior en épocas históricas remotas (ZIVANOVIĆ, 1982, p.210).

En la mandíbula, aparece un fragmento de rama vertical muy fina; es reconocible también una porción paramentoniana de características muy femeninas. En cuanto a las piezas dentarias, aparecen un incisivo inferior incompleto, pequeño, muy quemado, y una raíz bífida de premolar, ambos de características femeninas.

Costillas: Únicamente se reconocen 3 pequeños fragmentos de costillas de una anchura máxima de 9 mm, muy femeninas.

Vérttebras: sólo se aprecian pequeñas porciones de apófisis transversas.

Coxales: Aparecen dos fragmentos que corresponden a las escotaduras ciáticas de ambos lados, con angulación valorable en 112º.

Huesos largos: Son relativamente escasos y muy fragmentarios.

CONCLUSIONES: Estamos ante los restos muy bien incinerados pero incompletos del esqueleto de una mujer de alrededor de 30 años, con patología bucal de tipo infecto inflamatorio en forma de absceso alveolar y perialveolar que pudo ser el inicio de un proceso conducente a infecciones multifocales de fatales consecuencias.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº17

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En grieta natural retocada.

Peso total.....	46 g
Neurocráneo.....	14 "
Esplacnocráneo.....	2 "
Huesos largos.....	11 "
Cinturas escapular y pelviana.....	"
Costillas y esternón.....	"
Vértebras.....	"
Manos y piés.....	"
Restos no identificables.....	6 "
Cerámica, adorno y utensilios.....	"
Tierra, piedras y polvo.....	13 "
Restos animales.....	"
Restos vegetales.....	"

DESCRIPCION: Coloración blanquecina con escasa impregnación ocre de tierra.

Neurocráneo: Muy escasos fragmentos de calota craneal de un espesor inferior a 4 mm, sin impresiones, muy blancos. Se reconoce una porción de peñasco de temporal con orificio auditivo interno de pequeño tamaño. Las escasas porciones de sutura sagital visibles están totalmente abiertas, sugiriendo que se trata de un niño.

Esplacnocráneo: Aparece media corona de 2^º molar de leche, lo que nos daría una edad superior a los 2 años e inferior a los 6.

Huesos largos: Son muy escasos y de una gran fragilidad.

CONCLUSIONES: Se trata de restos poco abundantes de la incineración prolongada del cadáver de un niño de entre 2 y 3 años de edad sin que sea posible determinar su sexo.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº20

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En cavidad excavada en la roca.

Peso total.....	281 g
Neurocráneo.....	24 "
Esplacnocráneo.....	4 "
Huesos largos.....	68 "
Cinturas escapular y pelviana.....	1 "
Costillas y esternón.....	1 "
Vértebras.....	2 "
Manos y piés.....	"
Restos no identificables.....	130 "
Cerámica, adorno y utensilios.....	"
Tierra, piedras y polvo.....	49 "
Restos animales.....	2 "
Restos vegetales.....	"

DESCRIPCION: Coexistencia de partes muy blancas con porciones de coloración negruzca de escasa combustión.

Neurocráneo: Muy fragmentado, el neurocráneo presenta porciones poco quemadas, que son las de mayor espesor (6 mm), junto a otros fragmentos finos y muy blancos. No se aprecian suturas ni otros elementos anatómicos reconocibles.

Esplacnocráneo: No hay piezas dentarias y sólo se reconocen ambos ángulos goniacos con parte de las ramas horizontal y ascendente que parecen femeninas por su escasa rugosidad.

Huesos largos: sin interés especial por su gran fragmentación.

Vértebras: Un fragmento de arco anterior de atlas con fóvea dentis y tubérculo anterior permite afirmar que se trata de una mujer.

Además, se reconocen dos fragmentos de cuerpos vertebrales proba-

blemente dorsales, de tamaño pequeño, pero definitivamente formados, correspondientes a una persona adulta.

Costillas: Se trata de un diminuto fragmento de costilla femenina.

Coxales: Aparece una parte de la cavidad acetabular derecha de poco espesor y borde anterior muy fino; todo ello parece señalar la presencia de una mujer.

Animal: Una parte de diáfisis de hueso animal, sin duda un ovicaprino muy joven.

CONCLUSIONES: Estamos ante los restos incinerados de un ser humano del que apenas podemos decir que se trata de una mujer. La fragmentación de los huesos quemados, incluso de los que presentan combustión pobre, impide reconocer elementos anatómicos esenciales para la determinación de una característica tan significativa como la edad.

Pensamos que se trata de una mujer adulta, pero la edad es imposible de determinar con los restos de que disponemos.

En cuanto a la combustión, ya hemos señalado que es notoriamente irregular; aunque la pira debía de ser buena a juzgar por las partes bien quemadas, el cuerpo no debió de ser sometido a la acción del fuego de manera uniforme, probablemente por escasa diligencia de quien estuviera a cargo de la operación.

La recogida de los restos debió de ser buena pues aparecen elementos anatómicos dispares, pero lo que nos ha llegado a nosotros es ya muy reducido.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº22

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En una grieta natural del terreno.

Peso total.....	1.252 g
Neurocráneo.....	115 "
Esplacnocráneo.....	25 "
Huesos largos.....	302 "
Cinturas escapular y pelviana.....	3 "
Costillas y esternón.....	4 "
Vértebras.....	30 "
Manos y piés.....	3 "
Restos no identificables.....	290 "
Cerámica, adorno y utensilios.....	2 "
Tierra, piedras y polvo.....	470 "
Restos animales.....	8 "
Restos vegetales.....	"

DESCRIPCION: Coloración blanco mate, con impregnaciones ocre, de combustión intensa y uniforme.

Neurocráneo: Diversos fragmentos, alguno de tamaño relativamente grande (4x5 cm), de espesor entre 7 y 9 mm. Se aprecian claramente porciones de sutura sagital y coronal con signos evidentes de sinóstosis endocraneal e inicio importante de sinóstosis exocraneal en sutura sagital. Un borde orbitario superior izquierdo presenta una forma roma y rugosa propia de varón. También se reconoce una porción de línea nugal suprema poderosa y varonil. La apófisis mastoide derecha, perfectamente reconocible, está abierta en sentido longitudinal y muestra un grosor y una longitud propias de varón (Longitud: 23 mm; anchura: 19 mm).

Esplacnocráneo: Un fragmento muy deteriorado de apófisis orbitaria de hueso malar derecho, grueso y robusto, propio de varón. Se reconocen también dos porciones de maxilar superior con alveolos grandes abiertos, sin lesiones.

Por último, es reconocible una parte de sínfisis mentoniana, con pérdida de sustancia ósea en borde inferior, pero que permite ver una apófisis geni bífida y prominente. Los alveolos correspondientes a P_1 , C e I_2 izquierdos están vacíos, lo que señala pérdida post mortem de las piezas dentarias. Sin embargo, existe una total reabsorción de los orificios alveolares de I_1 y P_2 izquierdos, evidenciando así la pérdida de estas dos piezas al menos un año antes de la muerte. En la porción derecha que se puede ver, está abierto el alveolo de I_2 , aunque existe una reabsorción completa de I_1 . El sujeto perdió varias piezas dentarias antes de su muerte.

En cuanto a las piezas dentarias en sí, mencionamos un I_1 superior de adulto con raíz también afectada por el fuego; un I_2 superior muy deteriorado por el fuego; un fragmento de I_2 inferior; dos fragmentos de M_1 rotos por la acción del fuego; un C largo y ancho, de varón, también roto y quemado.

Huesos largos: Múltiples fragmentos, entre los que destacan una cabeza coronal de radio, incompleta, pero cuyo diámetro se puede medir, entre 21 y 23 mm, y una parte de cúbito que presenta borde interóseo grueso.

Cintura escapular: Se reconoce una apófisis coracoides muy recia.

Costillas: Únicamente se ven dos fragmentos pequeños de gran anchura.

Vértebra: Numerosos fragmentos de apófisis transversas de vértebras lumbares y alguna apófisis espinosa dorsal.

Coxales: Fragmento muy pequeño de escotadura ciática muy gruesa y recia; no se puede calibrar la angulación.

Manos: Fragmento incompleto de 2ª falange de adulto.

CONCLUSIONES: Estamos ante los restos abundantes de la incineración intensa de un sujeto varón de 25 a 30 años de edad que sufrió patología dental importante poco tiempo antes de su muerte. El hecho de que no se aprecien lesiones inflamatorias hace pensar que dicha patología no afectaba más que a los dientes y no a los alveolos ni al tejido perialveolar.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº23

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En una grieta natural del terreno.

Peso total.....	126 g
Neurocráneo.....	2 "
Esplacnocráneo.....	"
Huesos largos.....	8 "
Cinturas escapular y pelviana.....	"
Costillas y esternón.....	"
Vértebras.....	"
Manos y piés.....	"
Restos no identificables.....	6 "
Cerámica, adorno y utensilios.....	"
Tierra, piedras y polvo.....	110 "
Restos animales.....	"
Restos vegetales.....	"

DESCRIPCION: La escasez de toda la cremación impide su estudio detallado. Apenas podemos señalar que la combustión parece intensa y que los fragmentos de huesos largos señalan posiblemente la presencia de un ser humano adulto.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº25

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En una grieta natural del terreno.

Peso total.....	1.032 g
Neurocráneo.....	48 "
Esplacnocráneo.....	4 "
Huesos largos.....	32 "
Cinturas escapular y pelviana.....	1 "
Costillas y esternón.....	2 "
Vértebras.....	"
Manos y piés.....	3 "
Restos no identificables.....	465 "
Cerámica, adorno y utensilios.....	2 "
Tierra, piedras y polvo.....	524 "
Restos animales.....	1 "
Restos vegetales.....	"

DESCRIPCION: Coloración blanco mate intenso, muy uniforme, con impregnación de tierra color ocre.

Neurocráneo: Aparecen múltiples fragmentos muy pequeños, de un espesor máximo de 2 mm. En algunos se aprecian suturas totalmente abiertas y de ancha dentición en sierra, sugiriendo la presencia de un niño.

Esplacnocráneo: Únicamente aparecen 5 piezas dentarias:

- . Una corona de 1º molar de leche que parece haber emergido ya a la cavidad bucal.
- . Una corona de I₁ de leche, inferior, con signos de haber brotado.
- . Un fragmento de C inferior, también de leche.
- . Una corona con parte de raíz de P₁ deciduo.
- . Una corona y parte de la raíz de un C superior de leche.

Huesos largos: Aparecen numerosos fragmentos bien quemados, muy frágiles, con delgada cortical, sugerente de esqueleto infantil. No se reconoce ninguna porción anatómica especial.

Costillas: Se reconocen dos fragmentos pertenecientes a ambas 1ª costilla de tamaño muy pequeño.

Coxales: Solamente aparece un fragmento de cavidad acetabular muy pequeña y deteriorada.

Manos: Dos fragmentos de metacarpianos de diámetro 0,6 mm, propias de edad infantil.

CONCLUSIONES: Estamos en presencia de la incineración prolongada del esqueleto de un niño de entre 2 y 3 años de edad según permite establecer con precisión la dentición encontrada.

YACIMIENTO: Can Partit (Ibiza) REF: Incin. nº26

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En brecha natural del terreno.

Peso total.....	1.115 g
Neurocráneo.....	130 "
Esplacnocráneo.....	19 "
Huesos largos.....	360 "
Cinturas escapular y pelviana.....	65 "
Costillas y esternón.....	18 "
Vértebras.....	50 "
Manos y piés.....	8 "
Restos no identificables.....	440 "
Cerámica, adorno y utensilios.....	"
Tierra, piedras y polvo.....	25 "
Restos animales.....	"
Restos vegetales.....	"

DESCRIPCION: Coloración blanco mate intenso y uniforme.

Neurocráneo: Formado por múltiples fragmentos pequeños, entre los que se reconoce una porción de hueso frontal con borde orbitario izquierdo muy romo y recio. Se aprecia también una protuberancia supraorbitaria gruesa y abultada, propia de varón. Se ven porciones de suturas sagital y coronal abiertas en la cara exocraneal pero en vías de reabsorción endocraneal. Los fragmentos de calota tienen un espesor medio de 7 a 8 mm.

Esplacnocráneo: Aparece una parte de la rama ascendente mandibular izquierda con parte del cóndilo mandibular de ese lado.

El conjunto es relativamente pequeño pero se aprecian signos de una potente musculatura masticatoria propia de un varón adulto joven.

Las piezas dentarias corresponden a 4 fragmentos de incisivos muy bien quemados, a 2 fragmentos de caninos también quemados intensamente y a un P_1 del que sólo aparece parte de la raíz. Las piezas descritas no están deformadas y presentan un aspecto joven. Su combustión intensa es señal de que la cremación del sujeto fue prolongada, puesto que la cavidad bucal y las piezas dentarias están siempre relativamente protegidas de la acción del fuego.

Huesos largos: Aparecen abundantes fragmentos diafisarios entre los que se reconoce una porción de diáfisis femoral con pilastración, varonil. Otras partes reconocibles son un fragmento de cuello anatómico femoral, una cabeza coronal de radio incompleta y un extremo distal de cúbito claramente masculino.

Cinturas escapular y pelviana: Son reconocibles un fragmento de apófisis coracoides y de acromion de gran reciedad; también se aprecia una porción de cresta ilíaca rugosa y gruesa y una tuberosidad isquiática inudablemente masculina.

Vértebra: Sólo aparecen láminas espinosas y transversas de vértebras lumbares y la porción media anterior de un atlas con un ancho agujero vascular transverso.

Costillas: Muy escasos fragmentos de costillas de anchura considerable (14 mm) y gran espesor.

Manos: Algunas porciones de metacarpianos y de falanges están notablemente deformadas por el fuego, por lo que confirman la presencia de una incineración intensa y prolongada. Las características de estas piezas son claramente masculinas de adulto joven.

CONCLUSIONES: Estamos ante los restos muy bien incinerados de un varón adulto de edad vecina a los 30 años y de importante masa muscular.

YACIMIENTO: Puig des Molins (Ibiza) REF: Incin. 83/III
(1986)

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: Quemado in situ sobre la roca.

Peso total.....	810	g
Neurocráneo.....	107	"
Esplacnocráneo.....	8	"
Huesos largos.....	115	"
Cinturas escapular y pelviana.....	9	"
Costillas y esternón.....	4	"
Vértebras.....		"
Manos y piés.....	3	"
Restos no identificables.....	455	"
Cerámica, adorno y utensilios.....	3	"
Tierra, piedras y polvo.....	104	"
Restos animales.....		"
Restos vegetales.....	2	"

DESCRIPCION: Coloración blanco mate con impregnaciones siena de tierra. Algún fragmento aislado con coloración negra.

Neurocráneo: Numerosos e irregulares fragmentos de calota. El espesor medio es de 5 a 6 mm. Son abundantes los fragmentos con restos de suturas coronal, sagital y lambdoidea con falta de sinóstosis en casi todas ellas, excepto en alguna porción sagital, en que se aprecia un comienzo de sinóstosis exocraneal y buena fusión endocraneal. Se trataría, pués, de una mujer joven.

Esplacnocráneo: Aparece el cóndilo mandibular izquierdo y parte de la rama ascendente del mismo lado. Ambas porciones son estrechas y finas. También se reconocen 4 piezas dentarias incompletas: 2 raíces de incisivo pequeñas en las que todavía es visible el orificio apical; una raíz de P1, también pequeña y una raíz doble de M1 o M2, de aspecto también femenino. Las piezas están muy quemadas y retorcidas.

Huesos largos: Se reconoce un fragmento de diáfisis de radio izquierdo muy fino y grácil, sin apenas improntas musculares; su diámetro es de 14 mm, evidenciando su rasgo indudablemente femenino. Otro fragmento reconocible es una porción de diáfisis cubital intensamente deformado por el fuego, adoptando la característica disposición en torsión. Su diámetro es de 15 mm. por último, se reconoce un fragmento de cúpula humeral muy esponjosa, propia de persona joven.

Coxales: Unicamente aparecen dos fragmentos de escotadura ciática de una angulación de 124° , femenina, que corresponden a la parte peor quemada de los restos de esta incineración.

Costillas: Solamente se ven 3 fragmentos de cuerpos costales de un espesor de 3 mm y una anchura máxima de 11 mm.

Manos: 6 fragmentos de falanges de las manos de las que 2 presentan una cabeza muy bien fusionada, sin rastro de línea epifisio metafisaria. Se trataría, por tanto, de una mujer adulta joven.

CONCLUSIONES: Estamos en presencia de los restos incinerados del cadáver de mujer de edad comprendida entre los 20 y los 25 años. En general, la combustión fue intensa, a pesar de que algunas partes quedaron poco expuestas a la acción del fuego, en particular, las caderas.

YACIMIENTO: Puig des Molins(Ibiza) REF: Cata A4

Sector arcaico

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En cavidad natural retocada

Peso total.....	54	g
Neurocráneo.....	12	"
Esplacnocráneo.....		"
Huesos largos.....	20	"
Cinturas escapular y pelviana.....		"
Costillas y esternón.....		"
Vértebras.....		"
Manos y piés.....		"
Restos no identificables.....	22	"
Cerámica, adorno y utensilios.....		"
Tierra, piedras y polvo.....		"
Restos animales.....		"
Restos vegetales.....		"

DESCRIPCION: Coloración blanco mate intensa.

Neurocráneo: Escasos fragmentos de calota craneal de espesor de 4 a 5 mm, alguno de los cuales permite ver sutura sagital de una total falta de sinóstosis, evidenciando una infantilidad.

Huesos largos: Muy escasos fragmentos diafisarios de cortical muy estrecha, sin signos de impresiones musculares.

CONCLUSIONES: Incineración intensa pero muy escasa de un ser humano de menos de 1 año de edad, de sexo no determinable.

YACIMIENTO: Puig des Molins (Ibiza) REF: Cata Bl
Sector arcaico

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: Depositada en fosa excavada en roca.

Peso total.....	162	g
Neurocráneo.....	22	"
Esplacnocráneo.....	2	"
Huesos largos.....	96	"
Cinturas escapular y pelviana.....		"
Costillas y esternón.....		"
Vértebras.....		"
Manos y piés.....		"
Restos no identificables.....	33	"
Cerámica, adorno y utensilios.....	8	"
Tierra, piedras y polvo.....		"
Restos animales.....		"
Restos vegetales.....	1	"

DESCRIPCION: Elementos muy blancos junto a porciones de tonos grises y algún fragmento negro de escasa combustión.

Neurocráneo: Algunos elementos de calota craneal presentan un espesor de 6 a 8 mm, permitiendo ver suturas, sagital y lambdoidea, abiertas exocranealmente y en vías de reabsorción incipiente en la cara endocraneal. Algunas porciones fueron poco quemadas.

Esplacnocráneo: Unicamente se reconoce un cóndilo mandibular de aspecto masculino, poco quemado.

Huesos largos: Llama la atención el espesor considerable de los fragmentos diafisarios que denotan una masculinidad joven y robusta. La combustión es desigual en intensidad.

CONCLUSIONES: Estamos en presencia de restos desigualmente quemados del cadáver de un varón de entre 25 y 30 años, de aparente gran desarrollo muscular que se traduce en un recio esqueleto.

YACIMIENTO: Puig des Molins (Ibiza) REF: Cata B3

Sector arcaico

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: Directamente en el terreno.

Peso total.....	58	g
Neurocráneo.....	12	"
Esplacnocráneo.....		"
Huesos largos.....	25	"
Cinturas escapular y pelviana.....		"
Costillas y esternón.....		"
Vértebras.....		"
Manos y piés.....		"
Restos no identificables.....	8	"
Cerámica, adorno y utensilios.....	13	"
Tierra, piedras y polvo.....		"
Restos animales.....		"
Restos vegetales.....		"

DESCRIPCION: Coloración desigual, desde el blanco mate intenso hasta el negro de escasa combustión.

Neurocráneo: Fragmentos de calota craneal de espesor de 8 a 9 mm con una porción de sutura sagital en vías de reabsorción. Uno de los fragmentos presenta combustión diferente en dos partes con una línea divisoria muy clara.(Fig.).

Huesos largos: Notable desarrollo de las porciones diafisarias tanto en su cortical como en sus diámetros.

CONCLUSIONES: Incineración muy escasa y muy desigualmente llevada a cabo de un cadáver de varón de alrededor de 25 años de edad.

La desigualdad de la combustión en una misma zona anatómica revela que el cadáver apenas fue removido en la pira o que ésta era muy deficitaria en material combustible.

YACIMIENTO: Puig des Molins (Ibiza) REF: Cata C2a

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: Directamente sobre el terreno.

Peso total.....	19	g
Neurocráneo.....	12	"
Esplacnocráneo.....		"
Huesos largos.....	2	"
Cinturas escapular y pelviana.....		"
Costillas y esternón.....	4	"
Vértebras.....		"
Manos y piés.....		"
Restos no identificables.....	1	"
Cerámica, adorno y utensilios.....		"
Tierra, piedras y polvo.....		"
Restos animales.....		"
Restos vegetales.....		"

DESCRIPCION: La coloración es blanquecina con impregnaciones de tierra ocre.

Neurocráneo: Solamente 4 fragmentos de calota de una gran finura, con espesor de 2 a 3 mm.

Huesos largos: Muy escasos, tienen una gran fragilidad y una extrema delgadez cortical en sus diáfisis. Parecen corresponder a un niño de corta edad.

Costillas: Muy pequeños fragmentos; uno de ellos es una primera costilla completa de marcado carácter infantil.

CONCLUSIONES: Se trata de la incineración de un cadáver de un ser humano de poco más de dos años de edad, incompleta pero bien quemada.

YACIMIENTO: Puig des Molins (Ibiza) REF: Incin. C2b
Sector arcaico

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION:

Peso total.....	128	g
Neurocráneo.....		"
Esplacnocráneo.....		"
Huesos largos.....	48	"
Cinturas escapular y pelviana.....		"
Costillas y esternón.....		"
Vértebras.....		"
Manos y piés.....		"
Restos no identificables.....	32	"
Cerámica, adorno y utensilios.....		"
Tierra, piedras y polvo.....	48	"
Restos animales.....		"
Restos vegetales.....		"

DESCRIPCION: Coloración blanco grisácea con impregnaciones de coloración rojiza de tierra.

Huesos largos: Unicamente se reconoce algún fragmento de húmero de aspecto adulto por la consistencia de la cortica. La escasa presencia de huellas de inserciones musculares hablaría en favor de una mujer, aunque no se puede afirmar con seguridad.

CONCLUSIONES: Incineración escasa de restos humanos de apariencia adulta y dudosamente femeninos, sin que sea posible obtener más información dados los escasos elementos presentes.

YACIMIENTO: Puig des Molins (Ibiza) REF: Incin. "Cruz del Negro"
Sector arcaico 1976

EPOCA: Siglo VI a.J.C.

MODO DE PRESENTACION: En urna tipo "Cruz del Negro"

Peso total.....	600	g
Neurocráneo.....	140	"
Esplacnocráneo.....	10	"
Huesos largos.....	205	"
Cinturas escapular y pelviana.....	7	"
Costillas y esternón.....	15	"
Vértebras.....	16	"
Manos y piés.....	5	"
Restos no identificables.....	174	"
Cerámica, adorno y utensilios.....		"
Tierra, piedras y polvo.....	28	"
Restos animales.....		"
Restos vegetales.....		"

DESCRIPCION: Coloración blanco mate intenso pero con bastante impregnación ocre.

Neurocráneo: Es muy abundante aunque muy fraccionado. Los fragmentos de calota presentan un espesor medio de 4 a 6 mm. Las porciones de suturas visibles aparecen bastante abiertas e imbricadas, incluso en la cara endocraneal. Aparecen ambos orificios auditivos internos en los peñascos temporales. Se reconoce un fragmento formado por la apófisis mastoide derecha, una porción de temporal y el inicio de la apófisis estiloides del mismo lado. El conjunto es claramente femenino y a ello contribuye el diámetro reducido de la estiloides.

Esplacnocráneo: Aparece un cóndilo mandibular izquierdo estrecho y la porción inicial de la rama horizontal del mismo lado con los

alveolos de M3 y M2 abiertos (pérdida postmortem de las piezas). El alveolo de M3 es todavía estrecho, por lo que se puede deducir que esta pieza había brotado recientemente. Todo ello nos lleva a señalar una edad próxima a los 17 o 18 años.

Por último, aparece un fragmento que corresponde a la parte central del maxilar inferior, en el que se ven los alveolos de I1 e I2 izquierdos, pequeños, siendo el conjunto de aspecto femenino.

Huesos largos: Múltiples fragmentos entre los que se reconoce alguno perteneciente a un cúbito, a un radio y a un fémur; también hay una porción de cúpula femoral y otra de húmero, incompletas. Por otra parte, se ve un extremo distal de cúbito con falta de fusión, lo que permite afirmar que la edad es inferior a 18,11 años de edad (COMAS, 1957, p.217). También es apreciable un fragmento de epífisis superior de tibia con falta de fusión; es decir, correspondiente a una edad no superior a 17 o 18 años.

Vértebra: Algunas porciones de cuerpos vertebrales dorsales incompletos y varias apófisis transversas lumbares. Se reconoce la apófisis odontoides del axis, claramente femenina.

Costillas: 7 fragmentos gráciles y de apariencia femenina; en alguno se puede ver la carilla articular costovertebral de muy escaso diámetro.

Manos:) fragmentos de 2ª falanges estrechas con fusión completa de epífisis.

CONCLUSIONES: Se trata a nuestro juicio de la incineración prolongada y bien recogida del cadáver de una mujer adolescente, de edad comprendida entre los 17 y los 18 años, sin lesiones aparentes.

Tabla . Distribución de pesos por grupos anatómicos de las incineraciones de Can Partit.

NEURÓCRANEO	ESPLAÑOGRAMIO	HUESOS LARGOS	CINTURAS PELVIANA Y ESCÁPULAR	COXILLAS Y ESTERNO	VERTEBRAS	MARRO Y PIEL	RECIPOS 60 TEGIBLES	PLSO TOTAL (g)	V
25	1	6	1	1	3		12	59	1
8		32		3			50	123	2a
		160					70	305	2b
59	26	210				14	218	1065	3
		38					6	62	4
22	7	63		18	14		420	656	5
183	4	284	4	9	26	8	280	1120	6
306	11	548	44	10	42	17	655	1900	7
65	1	112	2				55	248	9
25		48					85	360	10

INSTRUMENTO	ESPELACINORARIO	HUESOS LARGOS	CINTURAS PIVIANA Y ESCAPULAR	COSTILLAS Y ESTERNO	VERTEBRAS	MANOS Y PIES	RESTO INDIFERENCIABLES	PESO TOTAL (g)	N
7	1						32	300	11
6	3	11		1			3	27	13
25	17	85				5	285	535	14
68	2	147	8	4	12	7	502	820	15
110	6	149	4	3	6		205	623	16
14	2	11					6	46	17
24	4	68	1	1	2		130	281	20
115	25	302	3	4	30	3	290	1252	22
2		8					6	126	23
48	4	32	1	2		3	465	1132	25

COMENTARIO

Aunque el conjunto que hemos estudiado es homogéneo desde un punto de vista histórico y cultural, las incineraciones analizadas han sido fruto de diferentes excavaciones arqueológicas, llevadas a cabo por diversas personas y, estamos seguros, con distintos métodos. Esta puede ser una de las razones que justifiquen la diversidad que se aprecia en las cantidades de material humano aparecido.

Las diferencias de peso de las diferentes incineraciones son muy llamativas, aún citándonos a las que contienen un único esqueleto. Además de la razón técnica ya expuesta, se puede aceptar que la recogida de los restos incinerados se realizó con diferentes métodos y muy probablemente con diferente meticulosidad. Ya hemos señalado en otro lugar esta diferencia de "calidad" (GOMEZ BELLARD, F., 1985, p.150) en la recogida y posterior inhumación de las cenizas. Los historiadores podrán confirmarnos si estas diferencias corresponden a realidades de tipo social o ritual.

Otro aspecto interesante de este conjunto es que las partes que aparecen en mayor cantidad son casi siempre las mismas: neurocráneo, huesos largos y, lógicamente, porciones tan pequeñas de hueso que resultan irreconocibles morfológicamente. Dentro del neurocráneo, la zona parietal de la calota es la más frecuente, seguida del peñasco del temporal y de la escama del occipital. La posibilidad de que estas partes anatómicas estén más protegidas de la acción del fuego, tal y como sostenían algunos autores hasta hace poco, nos parece no tener base alguna: la acción del fuego se mide por la coloración blanquecina de los restos y, precisamente, la calota suele estar bien quemada (BINFORD, 1963).

Sin embargo, hemos encontrado un caso que ilustra muy bien las diferentes combustiones de un cadáver (Cata B3, Fig. 1): la presencia de una clara línea divisoria entre hueso blanco bien quemado y hueso negro poco quemado, en un mismo fragmento de calota de no más de 5 cm de diámetro, indica claramente que esa diferencia de combustión se debe exclusivamente al combustible en sí, a su disposición, más que a una diferencia orgánica.

¿Negamos con ello que diferentes partes del cuerpo se destruyen de diferente modo, aún en iguales condiciones de temperatura? No, antes al contrario. Lo que señala una diferenciación anatómica en la combustión no es el color: es la forma en que se destruye el hueso. Como ya ha señalado recientemente Reverte (REVERTE, 1986, pp. 150-151), es incluso la forma en que se nos presenta un fragmento óseo lo que nos ayuda a determinar el hueso a que pertenece ese fragmento.

Con estos datos previos, podemos concluir que las presentes incineraciones fenicias de Ibiza presentan un alto grado de combustión, con alguna excepción, si bien la disposición en la pira y, sobre todo, la meticulosidad con que se manipuló ésta no resulta uniforme. En cuanto a la recogida de los restos una vez terminada la cremación, consideramos que fue minuciosa en líneas generales; al estar una gran parte de las incineraciones colocadas directamente en el terreno, no podemos afirmar si las que presentan menor cantidad de material humano y mayor número de piedras corresponden a incineraciones peor recogidas. Sin embargo, cuando aparece una cremación en urna con abundante material pétreo y tierra (Incineración nº XVI) se puede afirmar que la recogida postcombustión fue poco cuidadosa (Compárese con la Incineración nº V).

El conjunto estudiado presenta una distribución sexual poco precisa porque una parte importante del material corresponde a niños de corta edad en las que los caracteres sexuales no están definidos y no se puede reconocer. En los casos de adolescentes y de adultos, el diagnóstico sexual se hace principalmente mediante el hueso occipital, los bordes orbitarios del frontal, la mandíbula, el grosor o gracilidad de los huesos largos y la angulación de la escotadura ciática del coxal. Cuando se encuentran todos estos elementos óseos, el diagnóstico resulta indudable. Si existen únicamente algunos de éstos, el diagnóstico puede ser también muy preciso, dependiendo de la caracterización sexual intrínseca del fragmento (ángulo ciático, atlas, axis, etc...). En otras ocasiones, el diagnóstico es de apariencia y así debe indicarse. En nuestra muestra, esto ocurre en un caso de adulto joven.

Desde el punto de vista de la edad, nuestro grupo presenta algunos aspectos de gran importancia. Si analizamos la distribución de las edades, recogidas en la tabla **XIII**, observamos que existen dos grupos bien diferenciados y numéricamente importantes: los niños de corta edad y los adultos jóvenes, es decir, los que tienen entre 20 y 25 años.

En un trabajo antropológico, las categorías de edades se suelen distribuir en grupos de márgenes no estrictos: recién nacidos, niños, adolescentes, adultos jóvenes, adultos maduros y añosos. Se comprende que esta nomenclatura es necesaria cuando se estudian grandes conjuntos humanos, pero es posible que arqueológicamente, interese en ocasiones recurrir a mayor precisión. Por este motivo, expresamos aquí las edades en franjas numéricas siempre que nos es posible.

Se acepta que el error en la interpretación de la edad no es constante, puesto que depende de las referencias que cada fragmento permite tomar: de gran precisión cuando se dispone de la dentición, la determinación de la edad es sólo de valor orientativo cuando únicamente se cuenta, por ejemplo, con fragmentos diafisarios de huesos de las extremidades (REVERTE, 1986).

Aplicando estas consideraciones a la muestra estudiada, debemos señalar en primer lugar la ausencia de niños de edades comprendidas entre los 6 y los 12 años. Si bien no nos corresponde a nosotros la interpretación histórica de este dato, sí señalaremos que resulta llamativo por cuanto se trata de un grupo de edad de elevada mortalidad en todas las épocas y lugares. Si en el mundo moderno la causa de esta mortalidad es en primer lugar la accidental, podemos aceptar que no sucediera lo mismo en una época de menores riesgos en este aspecto; pero es obligado recordar que la causa infecciosa era con gran diferencia la primera hasta el presente siglo. En nuestra opinión, habrá que esperar a disponer de más abundantes materiales de Ibiza antes de aceptar la inexistencia de tasas de mortalidad importantes en la infancia media.

Desde un punto de vista ritual, es interesante señalar la presencia de 3 incineraciones múltiples: 1 de varón y mujer, adulto y adolescente, respectivamente, y otras dos de mujeres adultas jóvenes con esqueletos fetal o de recién nacido, en el primer caso, y de lactante en el segundo.

En nuestra opinión, ambos tipos de incineración múltiple representan no sólo circunstancias distintas, sino conceptos rituales o religiosos también diferentes.

En el caso de la incineración de una mujer gestante, recién parida o en período de lactancia, se comprende que existen numerosas situaciones que pueden provocar la muerte simultánea de los dos seres: si la gestante fallece, el feto muere (si nos situamos en la época histórica que nos ocupa); la mortalidad del recién nacido o del lactante, aunque no obligada, es casi siempre la norma en esos períodos de escasísimo desarrollo de los conocimientos médicos. Resulta lógico, por tanto, encontrar incineraciones de mujeres en edad fértil acompañadas de incineración de feto, recién nacido o lactante.

Por el contrario, la incineración de una adolescente y de un varón adulto resulta menos comprensible, menos "natural", por decirlo en términos médico legales. Aunque en el caso de la incineración 7 que nos ocupa, los restos estaban dispuestos directamente en una grieta del terreno, por lo que cabe la posibilidad de que fueran depositados en momentos distintos, no habiendo entonces oportunidad de discutir que las dos muertes se produjeron en forma natural con un intervalo razonable de tiempo entre ellas. Pero resulta extraño, entonces, que la "calidad" de la incineración y, en nuestra opinión, la temperatura de la misma resulten tan idénticas: si las muertes se produjeron en momentos diferentes, las incineraciones no debieron ser menos diferentes. En este caso, nos parece que hay que pensar en una incineración única y simultánea, lo que no impide que las muertes pudieran producirse de forma natural con un intervalo de muy pocos días, incluso de algunas horas. Estaríamos entonces ante un caso de muerte de origen infeccioso y altamente contagioso, probablemente de tipo respiratorio.

Sin embargo, ya tuvimos ocasión de señalar la posibilidad de que la muerte del varón fuese natural y seguida de manera inmediata de

la muerte no natural, voluntaria y ritual de la mujer joven, probablemente la esposa (GOMEZ BELLARD, F., 1985). Este tipo de rito es frecuente en algunas culturas y aún actualmente se puede describir en la India .

Creemos, sin embargo, que es relativamente prematuro, a la luz de nuestros conocimientos, decidir de una manera definitiva que este rito es el que tenemos entre la población fenicia de Ibiza. Unicamente hemos descrito dos casos entre más de 40 incineraciones fenicias y púnicas fechadas en diferentes momentos.

Terminaremos señalando algunos rasgos patológicos de este conjunto de incineraciones.

Un metatarsiano de varón (incineración VII) presenta lesión inflamatoria extra-articular que no parece corresponder a patología endocrina del tipo de la gota o hiperuricemia, sino a un simple foco infeccioso, probablemente de origen postraumático.

El resto de la patología encontrada se refiere a la cavidad bucal. Esto se debe a dos razones bien diferentes: en primer lugar, la patología alveolodentaria tuvo que ser muy frecuente en la Ibiza de época fenicia, tanto por las dietas como por la falta de higiene; en segundo lugar, la cavidad bucal es una de las partes de la anatomía que menos se ven afectadas por la acción del fuego, por lo que nos llega en mejores condiciones de conservación que otros elementos. Nuestros diagnósticos son, por ello, más frecuentes y precisos en la cavidad bucal.

Hemos descrito en estas incineraciones pérdidas de piezas dentarias en edades relativamente jóvenes. Estas pérdidas se pueden atribuir a carencias vitamínicas que debilitan las encías y los alveolos, así como a caries progresivas.

Un caso de absceso perialveolar es claramente infeccioso y la abrasión, de tipo II casi siempre, es consecuencia tanto de la falta de higiene como del desgaste de las superficies dentarias por alimentos poco cocinados (carnes) o muy abrasivos (harinas molidas con piedra).

BIBLIOGRAFIA

- BENICHO SAFAR, H.: "A propos des ossements humains du tophet de Carthage". Revista di studi fenici, Vol. IX, 1, Roma, 1981, pp. 5-9.
- BINFORD, L.R.: "An analysis of cremations from three Michigan sites." The Wisconsin Archeologist, Vol. 44, pp. 99-110, 1963.
- BROTHWELL, D.: Digging up bones. OUP, Oxford, 1981, 3ªed.
- COMAS, J.: Manual de Antropología Física. UNAM, México, 1957.
- GOMEZ BELLARD, F.: "Estudio antropológico de algunas incineraciones púnicas del Puig des Molins. Ibiza." Saguntum, 19, pp. 141-151, Valencia, 1985.
- REVERTE COMA, J.M.: "Cremaciones prehistóricas en España". Anales de la Escuela de Medicina Legal, I, pp. 129-151, Madrid, 1986.
- WELLS, C.: "A study of cremation". Antiquity, 133, pp. 29-37, 1960.
- ZIVANOVIC, S.: Ancient Diseases. Methuen and Co. Londres, 1982.

APENDICE II: Estudio antracológico.

Elena Grau Almero

El análisis antracológico efectuado sobre 440 fragmentos de carbón procedentes de las incineraciones números - 1983/III, 1985/III y 1985/IX, del Puig des Molins, datadas - de finales del siglo VII o inicios del VI a.J.C., nos revela la presencia de dos especies botánicas: Pinus halepensis (pino carrasco) y Prunus domestica (ciruelo).

De la incineración número 1985/IX disponíamos de - muy poca cantidad de carbón para analizar, en total 10 fragmentos todos ellos de Pinus halepensis. Las otras dos proporcionaron restos más numerosos, correspondiendo también a Pinus Halepensis en los dos casos, salvo una rama de buen tamaño de la incineración número 1983/III que resultó ser de Prunus domestica.

La gran importancia que tenía el pino en Ibiza, - llevó a los fenicios a darle a la isla el nombre de "i-busim" o "isla del pino" y a los griegos el de "Pityussa".

El pino carrasco es una especie termófila ampliamente difundida por los pisos de vegetación meso y termomediterráneos de los países ribereños del Mediterráneo occidental. No tiene exigencias edáficas en general, aunque es más bien calcícola. Tiene gran resistencia a la sequía y se suele desarrollar bien desde el nivel del mar hasta los 1.000 m. Es una especie pirófito que coloniza los espacios quemados del bosque esclerófilo mediterráneo. Suele encontrarse o bien en formaciones abiertas de bosque claro o bien en pinares con abundante sotobosque de especies como la coscoja - (Quercus coccifera), espino negro (Rhamnus lycioides), len-

tisco (Pistacia lentiscus), enebro (Juniperus oxycedrus), ro mero (Rosmarinus officinalis), etc.

La madera del Pinus halepensis anatómicamente se caracteriza por presentar canales resiníferos repartidos tanto en el leño temprano como en el leño tardío. El diámetro de dichos canales oscila entre 70 y 130 μ m. Los radios son uniseriados y de 1 a 10 células de altura. Los campos de cru ce tienen de 1 a 4 pequeñas punteaduras de tipo pinoide.

Su madera es dura y resinosa, buena para calefac ción y carpintería. Destilando las cepas se extrae pez y los taninos de la corteza pueden servir como curtientes.

El Prunus domestica (ciruelo) es una especie que se encuentra en la mayor parte de la cuenca mediterránea. Anatómicamente su madera presenta bien visibles los límites de los anillos de crecimiento, caracterizándose porque la densidad de las tráqueas varía de unas muestras a otras e incluso en la misma muestra, siendo en unas de porosidad semi-circular y en otras de porosidad dispersa con muy pocos vasos. Las tráqueas aparecen aisladas y en grupos de 2 a 3, dispuestas radialmente. Su diámetro varía de 30 a 65 μ m, siendo $P/p = 2/1$. El parénquima es apotraqueal disperso. Las tráqueas presentan perforación simple, punteaduras inter vasculares y engrosamientos helicoidales muy finos. Los radios son heterogéneos, de 6 a 10 células de anchura y unas 30 de altura.

Es necesario el estudio de otras incineraciones fenicias para poder sacar conclusiones de tipo etnológico, re-

ferentes a la utilización de estas maderas con alguna finalidad de tipo ritual.

APENDICE III: Estudio zoológico

Rafael Martínez Valle

A.- Restos óseos de la Incineración nº 1985/III
del Puig des Molins.

1- Astrágalo derecho de Capra Hircus.

LML: 21,1 Ad: 13,4

LMm: 20,9

2- Astrágalo izquierdo de Capra Hircus.

LML: 21 Ad: 13,6

LMm: 20,3

3- Fragm. de diáfisis de tibia izquierda de Capra Hircus
deformada en su tercio distal por efecto del fuego.

4- Fragm. distal de diáfisis de tibia izquierda de Capra
Hircus.

5- Epífisis distal de tibia izquierda de Capra Hircus

Ad: 18,1

6- Fragm. distal de diáfisis de tibia derecha de Capra -
Hircus.

7- Epífisis distal de tibia derecha de Capra Hircus.

Ad: 18,6

8- Fragm. proximal de cúbito izquierdo de ovicáprido.

EmO: 13,4 EPA: 14,8 APC: 11,1

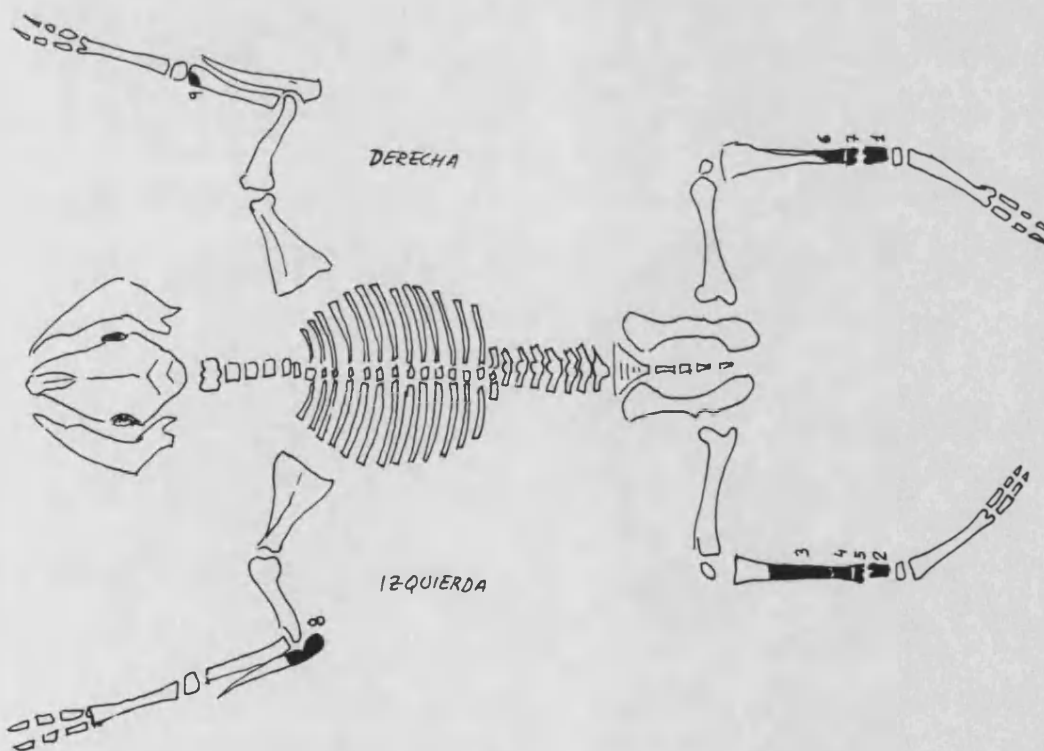
9- Fragm. distal de radio derecho de ovicáprido con la -
epífisis distal no soldada.

Los restos identificados corresponden a una cabra
de menos de seis meses de edad. La totalidad de los restos -

han estado sometidos a altas temperaturas por lo que se han producido alteraciones en su morfología.

Como se aprecia en el dibujo inferior, todos los restos identificados corresponden a las articulaciones de las extremidades. La escasa consistencia de los huesos, propia de individuos infantiles, unida a la acción del fuego o incluso la recogida selectiva de las cenizas, serían los factores que han determinado la parcialidad de los restos óseos llegados hasta nosotros.

Localización de los restos identificados:

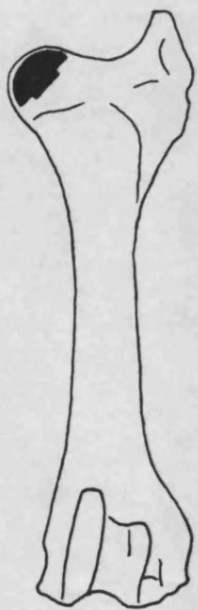


B.- Pieza indeterminada de la Incineración
nº 1985/XIV (nº 401).

La pieza se ha fabricado con una porción de la cabeza de un fémur perteneciente a un bóvido adulto (el que el animal fuera de edad avanzada se deduce por lo compacto que se muestra el tejido esponjoso que compone esta epífisis articular).

En la superficie externa, apenas modificada por el trabajo del artesano, se ha producido una pérdida de sustancia en la zona donde se situaría la fosa de inserción del ligamento redondo, por lo cual no se aprecia ningún rastro de esta depresión.

A continuación mostramos la situación de la pieza en la porción del hueso a que pertenece.



APENDICE IV: Estudio mineralógico de fragmentos de
cuencos trípode.

Virginia Galván Martínez
Dr. Jesús Galván García
Instituto de Edafología y Biología Vegetal
C.S.I.C. MADRID.

Puig des Molins (Ibiza)

PM 83-144
PM 83-145
PM 83-146/172
PM 83-147
PM 83-148
PM 83-149
PM 83-150
PM 83-170
PM 83-171
PM 83-214

Sa Caleta pequeña (Ibiza)

D 54

Sa Caleta (Ibiza)

C 23/D 61

Para ello se aplicaron los siguientes métodos:

1- Difracción de Rayos X: Método de polvo. Se utilizó un difractómetro de Rayos X Philips PW 1710.

2- Microscopía Electrónica: Se utilizó un microscopio electrónico Philips 300.

3- Espectroscopía Infrarroja: Se utilizó un Espectrofotómetro Perkin Elmer, modelo 683.

Previamente a la aplicación de estos métodos, se llevó a cabo el estudio de cada una de las muestras con binocular.

ESTUDIO BINOCULARPuig des Molins (Ibiza)

- PM 83-145: Se observan microcristales de cuarzo redondeados, como desgrasantes de procedencia marina.
- PM 83-148: De características iguales a la anterior.
- PM 83-149: Siguen observándose cuarzos de procedencia marina.
- PM 83-150: Matriz arcillosa gris oscura muy fina y porosa, - con desgrasantes abundantes. Cuarzos redondeados, posiblemente de origen marino.
- PM 83-170: Arcilla con grano muy fino y morfología estratificada, con muchos huecos. Desgrasantes muy finos y algunos puntos de oxidación.
- PM 83-171: Material arcilloso de color marrón claro, se sigue observando una estructura estratigráfica con muchas oquedades y restos de microorganismos.
- PM 83-214: Arcilla muy fina con microcristales de cuarzo y - con geodas recristalizadas. Es muy porosa.

RESULTADOS DE DIFRACCION DE RAYOS X

PM 83-144 (Ibiza)

<u>2</u>	<u>d</u>	<u>I</u>	<u>Atribuido a</u>
9.10	9.71	muy debil	cuarzo
17.90	4.95	muy debil	mica
20.00	4.43	debil	min. lam.
21.00	4.23	debil	cuarzo
23.30	3.81	muy debil	calcita
26.90	3.31	muy fuerte	cuarzo
27.70	3.22	muy debil	feldespato
29.78	3.00	fuerte	calcita
48.80	1.86	debil	calcita
50.40	1.81	debil	cuarzo
60.20	1.53	debil	cuarzo

PM 83-145 (Ibiza)

<u>2</u>	<u>d</u>	<u>I</u>	<u>Atribuido a</u>
8.80	10.04	muy debil	mica
17.80	4.98	muy debil	mica
19.80	4.46	debil	min. lam.
21.10	4.21	debil	cuarzo
23.30	3.81	muy debil	calcita
26.70	3.33	muy fuerte	cuarzo
28.20	3.18	muy debil	feldespato
29.60	3.01	fuerte	calcita
36.70	2.44	debil	cuarzo
48.70	1.86	debil	calcita
50.30	1.81	media	cuarzo
60.10	1.53	media	cuarzo

PM 83-146/172 (Ibiza)

<u>2</u>	<u>d</u>	<u>I</u>	<u>Atribuido a</u>
8.80	10.04	muy debil	mica
17.80	4.98	muy debil	mica
19.90	4.46	debil	min. lam.
20.90	4.25	debil	cuarzo
23.20	3.83	debil	calcita
26.70	3.33	muy fuerte	cuarzo
27.80	3.20	muy debil	feldespato
29.55	3.02	muy fuerte	cuarzo
36.70	2.44	debil	cuarzo
48.75	1.86	media	calcita
50.30	1.81	media	cuarzo
60.10	1.53	media	cuarzo

PM 83-147 (Ibiza)

<u>2</u>	<u>d</u>	<u>I</u>	<u>Atribuido a</u>
8.80	10.04	muy debil	mica
17.90	4.95	muy debil	mica
19.80	4.48	debil	min. lam.
20.95	4.24	debil	cuarzo
23.20	3.83	debil	calcita
26.70	3.33	muy fuerte	cuarzo
27.60	3.23	debil	feldespato
28.00	3.18	muy debil	feldespato
29.55	3.02	muy fuerte	cuarzo
36.10	2.48	debil	cuarzo
48.70	1.86	debil	calcita
50.30	1.81	media	cuarzo
60.10	1.53	debil	cuarzo

PM 83-148 (Ibiza)

<u>2</u>	<u>d</u>	<u>I</u>	<u>Atribuido a</u>
8.90	9.93	muy debil	mica
19.80	4.48	debil	min. lam.
21.00	4.23	debil	cuarzo
22.20	4.00	debil	feldespato
23.20	3.83	debil	calcita
26.70	3.33	muy fuerte	cuarzo
27.70	3.22	debil	feldespato
29.55	3.02	fuerte	calcita
36.70	2.44	debil	cuarzo
48.70	1.86	debil	calcita
50.30	1.81	media	cuarzo
60.10	1.63	media	cuarzo

PM 83-149 (Ibiza)

<u>2</u>	<u>d</u>	<u>I</u>	<u>Atribuido a</u>
8.90	9.99	debil	mica
12.30	7.19	muy debil	
17.85	4.96	muy debil	mica
19.80	4.48	debil	min. lam.
20.95	4.24	fuerte	cuarzo
23.10	3.85	debil	calcita
26.70	3.33	muy fuerte	cuarzo
27.50	3.24	debil	feldespato
28.00	3.18	muy debil	feldespato
29.50	3.02	muy fuerte	calcita
36.65	2.45	debil	cuarzo
48.60	1.86	media	calcita
50.20	1.81	media	cuarzo
60.00	1.54	media	cuarzo

PM 83-150 (Ibiza)

<u>2</u>	<u>d</u>	<u>I</u>	<u>Atribuido a</u>
8.80	10.08	debil	mica
17.60	5.03	muy debil	mica
19.70	4.50	debil	min. lam.
20.80	4.27	media	cuarzo
23.10	3.85	debil	calcita
26.60	3.35	muy fuerte	cuarzo
27.40	3.25	muy debil	feldespato
27.90	3.18	muy debil	feldespato
29.40	3.03	muy fuerte	calcita
36.50	2.46	debil	cuarzo
48.50	1.87	debil	calcita
50.10	1.82	media	cuarzo
29.90	1.54	media	cuarzo

PM 83-170 (Ibiza)

<u>2</u>	<u>d</u>	<u>I</u>	<u>Atribuido a</u>
8.90	9.93	muy debil	mica
17.70	5.01	muy debil	mica
19.80	4.48	debil	min. lam.
21.00	4.23	media	cuarzo
23.20	3.83	muy debil	calcita
26.70	3.33	muy fuerte	cuarzo
27.60	3.23	muy debil	feldespato
29.50	3.02	muy fuerte	calcita
36.60	2.45	debil	cuarzo
48.60	1.87	debil	calcita
50.20	1.81	fuerte	cuarzo
60.00	1.54	media	cuarzo

PM 83-171 (Ibiza)

<u>2</u>	<u>d</u>	<u>I</u>	<u>Atribuido a</u>
8.95	9.88	debil	mica
17.70	5.01	muy debil	mica
19.80	4.48	debil	min. lam.
20.90	4.25	media	cuarzo
23.20	3.83	debil	calcita
26.70	3.33	muy fuerte	cuarzo
27.55	3.23	muy debil	feldespato
28.00	3.18	muy debil	feldespato
29.50	3.02	muy fuerte	calcita
36.60	2.45	debil	cuarzo
48.60	1.86	media	calcita
50.20	1.81	media	cuarzo
60.00	1.54	media	cuarzo

PM 83-214 (Ibiza)

<u>2</u>	<u>d</u>	<u>I</u>	<u>Atribuido a</u>
8.96	9.93	muy debil	mica
17.65	5.02	muy debil	mica
19.80	4.48	muy debil	min. lam.
21.00	4.23	media	cuarzo
22.10	4.02	muy debil	feldespato
26.70	3.33	muy fuerte	cuarzo
28.00	3.18	debil	feldespato
29.00	3.01	media	calcita
36.65	2.45	debil	cuarzo
48.60	1.87	muy debil	calcita
50.20	1.81	media	cuarzo
60.00	1.54	media	cuarzo

D 54 Sa Caleta (pequeña) (Ibiza)

<u>2</u>	<u>d</u>	<u>I</u>	<u>Atribuido a</u>
8.70	10.16	muy debil	mica
17.80	4.98	muy debil	mica
19.70	4.50	debil	min. lam.
20.93	2.24	media	cuarzo
22.20	4.00	muy debil	feldespato
26.70	3.33	muy fuerte	cuarzo
27.90	3.19	debil	Feldespato
29.60	3.01	media	calcita
36.60	2.45	debil	cuarzo
48.70	1.86	muy debil	calcita
50.20	1.81	media	cuarzo
54.95	1.67	debil	cuarzo

C 23/D 61 Sa Caleta (Ibiza)

<u>2</u>	<u>d</u>	<u>I</u>	<u>Atribuido a</u>
19.85	4.47	muy debil	min. lam.
20.85	4.26	debil	cuarzo
22.00	4.04	muy debil	feldespato
26.70	3.33	muy fuerte	cuarzo
27.85	3.20	media	feldespato
29.50	3.02	media	calcita
36.50	2.46	debil	cuarzo
48.60	1.87	muy debil	calcita
50.20	1.81	media	cuarzo
59.95	1.54	debil	cuarzo

ESTUDIO POR MICROSCOPIA ELECTRONICA

- PM 83-144: Mica abundante en forma de grandes cristales.
- PM 83-145: Se observan minerales fibrosos, micas y minera -
les laminares en mayor proporción que en la mues-
tra anterior. Posibles haloisitas globulares.
- PM 83-146/172: Presencia de geles. Proceso de haloisitiza -
ción tanto en forma tubular como globular.
Foto 5319 102.000 aumentos
- PM 83-147: Presencia de minerales laminares e indicios de ha
loisitas. Es una muestra muy opaca
Foto 5467 25.000 aumentos
Foto 5552 78.000 aumentos
- PM 83-148: Se observan minerales muy alterados. Micas. Apari -
ción de geles de sílice o aluminio.
Foto 5318 121.000 aumentos
- PM 83-149: Lo típico de esta muestra es un proceso de haloi-
sitización en el mineral laminar dando origen a
formas globulares.
Foto 5378 205.000 aumentos
- PM 83-150: Se observan muy bien las micas.
- PM 83-170: Micas abundantes (esto es muy típico de estas -
muestras).
- PM 83-171: Cristal de mica de aproximadamente 3 micras de -
longitud con alteración en los bordes.
Foto 5320 41.000 aumentos

PM 83-214: Láminas de mica y material de alteración.

D 54 (Sa Caleta): Se observan perfectamente los minerales la
minares, muy abundantes en esta muestra.

Foto 5381 50.000 aumentos

C 23/D 61 (Sa Caleta): Presenta minerales muy opacos y lami
nares con bordes alterados y corroidos posiblemen
te por efecto de la temperatura.

Foto 5380 50.000 aumentos

ESTUDIO POR ESPECTROSCOPIA INFRARROJA

2/ El material del Puig des Molins (Ibiza), presenta en sus espectros de absorción infrarroja las bandas características del cuarzo con sus dobletes típicos: 370-395 cm^{-1} y 778-798 cm^{-1} .

Las bandas de la calcita son muy intensas y están representadas en su totalidad: 325, 710, 872, 1430 cm^{-1} .

Todas las muestras excepto la PM 83-149, PM 83-144, presentan la banda de 1380 cm^{-1} . En la PM 83-145 ésta es muy intensa.

El grupo de los silicatos está bien representado.

Las muestras D 54 y C 23/D 61 de Sa Caleta presentan en sus espectros las bandas del cuarzo y la calcita, aunque en el caso de la D 54 apenas se aprecia esta última.

RESULTADOS2/ Puig des Molins (Ibiza)

La ciudad de Ibiza está situada en dos tipos de te rreno geológico, Cuaternario en la parte norte y Jurásico -- preferentemente calizo en la parte sur.

El material de la cerámica estudiada confirma plenamente los restos petrográficos y sedimentarios del yaci- - miento, es decir que la caliza (Carbonato Cálcico) se ha vis to confirmada en todos los diagramas que hemos estudiado, va riando la cantidad de la misma en cada uno. Esto podría ser debido al empleo directo de la materia prima en la fabrica- ción de los cuencos, sin utilizar cantidades constantes de calcita.

El dato anterior vendría confirmado por las canti- dades variables de feldespatos, que oscilan entre intensida- des muy débiles y medias en sus efectos más característicos. Solamente en el caso de la muestra PM 83-149 este mineral es tá ausente, además es la única que presenta caolinita.

Los cuencos PM 83-145, PM 83-146 y PM 83-147 pre - sentan haloisita en escasa cantidad. Las dos últimas son - idénticas.

Por otra parte y en lo que se refiere a las mues - tras de Sa Caleta C 23/D 61 y D 54 ambas son muy similares, si bien la primera no presenta mica (esta es la única mues - tra entre todas que tiene esta característica).

